

TOMMASO LANDOLFI

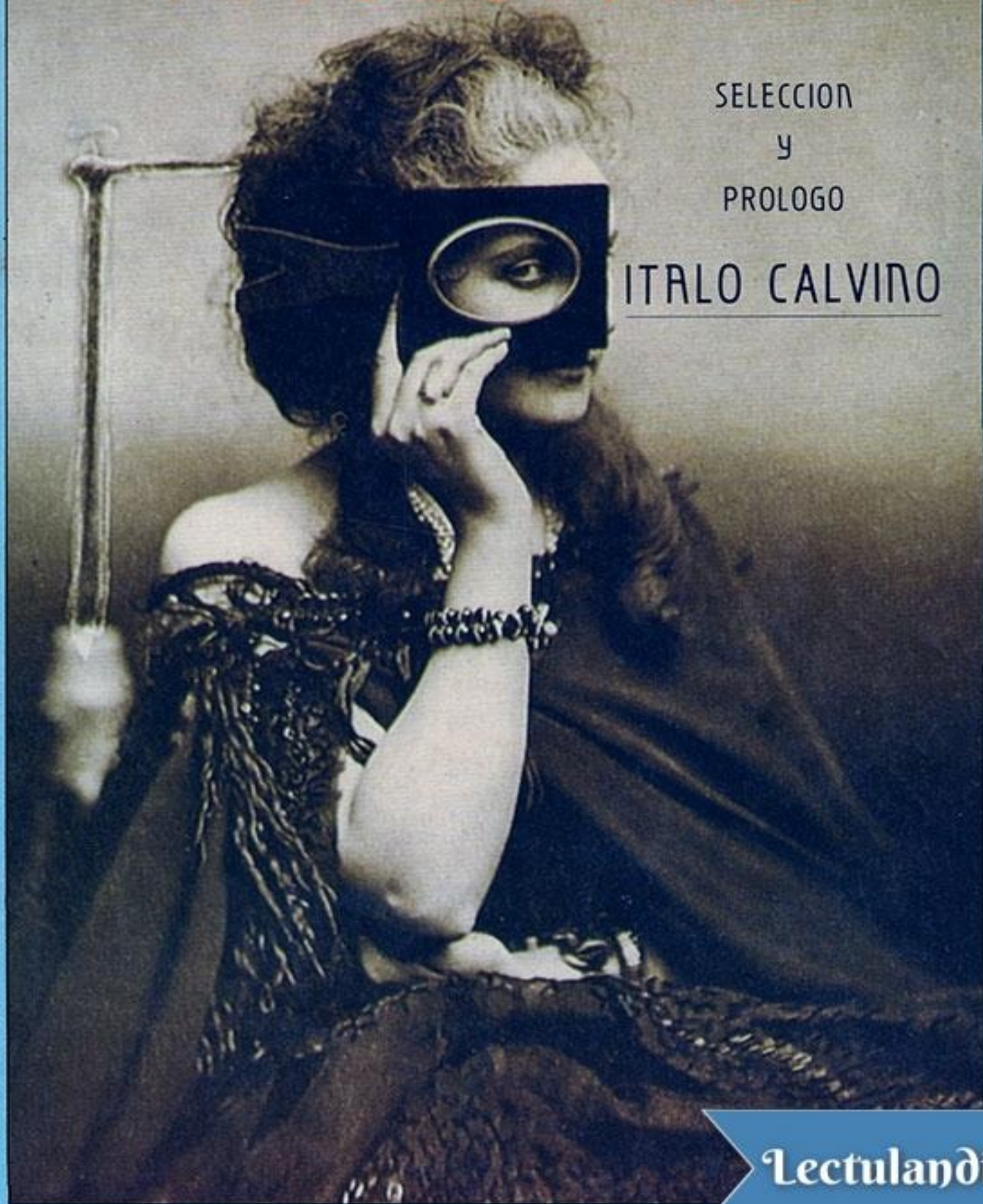
INVENCIIONES

SELECCION

y

PROLOGO

ITALO CALVINO



Lectulandia

Conocido y admirado en casi toda Europa, Tommaso Landolfi (1908-1979) es un escritor prácticamente inédito en España. Nada mejor para adentrarse en su fantasía perversa y en su versatilidad inventiva que estos cincuenta y dos relatos, prologados y seleccionados por Italo Calvino.

En una obra como la de Landolfi la primera regla de juego que el autor establece con su lector es que, tarde o temprano, a éste le aguarda una sorpresa. Pero aquí el juego es más complejo: alrededor de una idea —casi siempre una invención pérfida o escalofriante— se organiza un cuento de elaborada ejecución que, generalmente, se plantea sobre una voz que parece ser el eco de otra, o bien sobre una escritura que, sólo fingiendo ser parodia de otra escritura, logra ser directa, espontánea y fiel a sí misma.

Haciendo gala de su vasta erudición sobre historia antigua, lingüística y literatura rusa, Landolfi crea ante el lector una serie de referencias y alusiones que le dieron fama de escritor difícil y minoritario; y lo sería si estas alusiones no constituyeran una parte inherente de su juego siempre entretenido. Quizás el mayor enigma de Landolfi sea hasta qué punto son suyas, y no máscaras de un ágil actor, estas obsesiones donde, según palabras de Calvino, «más que la muerte, es la patología del viviente» lo que predomina.

Además del juego, su verdadera obsesión fue el lenguaje, «la miel de los dioses», que le proporcionaba un placer casi físico en su afán de extraer palabras caídas en desuso, de los diccionarios antiguos, o de jugar con los múltiples sentidos de una palabra, inventarlas, o buscar equivalencias y sutilezas en varias lenguas. Por ello, la versión elaborada para este libro por Ángel Sánchez Gijón podría casi calificarse de perfecta.

Tommaso Landolfi cultivó y mantuvo una vida de excéntrico solitario, hasta el extremo de llegar a prohibir a sus editores italianos que publicaran cualquier dato biográfico suyo en las solapas de sus libros. Todo cuanto sabemos de él proviene de sus invenciones. Escribió novelas, como *La pietra lunare* (1939) y *Racconto d'autunno* (1947), y doce volúmenes de relatos, los más conocidos son *Racconti* (1960), *Tre racconti* (1964) y *Racconti impossibili* (1966).

Lectulandia

Tommaso Landolfi

Invenciones

El ojo sin párpado - 40

ePub r1.0

orhi 19.12.15

Título original: *Le più belle pagine de Tommaso Landolfi*

Tommaso Landolfi, 1982

Traducción: Ángel Sánchez Gijón

Selección y prólogo: Italo Calvino

En sobrecubierta: *La condesa de Castiglione. Fotografía de Mayer y Pierson, h. 1800*

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

LA EXACTITUD Y EL AZAR

LO que esta selección de cuentos se propone es un nuevo encuentro entre Landolfi y el público. El don de captar la atención y de provocar la maravilla del lector Landolfi lo tuvo en grado sumo (de sus maestros del romanticismo «negro» había heredado el gusto por el cuento de efecto y suyos, en toda su plenitud, eran la agilidad, el brío y la riqueza sin igual de los recursos verbales capaces de garantizarle una escritura comunicativa en su máximo grado). Pero la fama de impracticabilidad y extrañeza que caracterizó su personaje legitimaba la convicción —nunca hasta ahora desvanecida— de que su obra debía ser «para unos pocos». Una ocasión de comprobarlo puede ser esta selección, que, como «invitación a la lectura de Landolfi», puede representar los variados aspectos de la extraordinaria individualidad del autor.

En una obra como la de Tommaso Landolfi la primera regla del juego que se establece entre autor y lector es que, más pronto o más tarde, hay que esperarse una sorpresa, y que esta sorpresa nunca será agradable o consoladora, sino que tendrá el efecto, en el mejor de los casos, de una uña que chirría contra un cristal o de una caricia a contrapelo o de una asociación de ideas que inmediatamente se querría arrancar de la mente. No por nada los penúltimos retoños de la genealogía literaria a la que Landolfi pertenece, Barbey d'Aurevilly y Villiers de l'Isle-Adam, titularon sus libros de cuentos Las diabólicas y Cuentos crueles.

Pero el juego de Landolfi es más complejo. Alrededor de una idea —casi siempre una invención páfida u obsesiva o escalofriante— se organiza un cuento de elaborada ejecución planteado casi siempre sobre una voz que parece ser el eco de otra voz (pero como un gran actor que, para definir un personaje, sólo necesita distanciarse apenas una pizca de su propia dicción habitual), o, digamos, sobre una escritura que sólo fingiendo ser parodia de otra escritura (no de un autor particular, sino como de un autor imaginario al que todos tenemos la ilusión de haber leído una vez), logra ser directa y espontánea y fiel a sí misma. Alrededor de este planteamiento se despliega un espectáculo verbal que sabe dosificar sus propios golpes de escena con precisión pero también abandonarse a la inspiración más voluble.

Eso es el cuento de Landolfi cada vez que el autor decide gastar su por la precisión formal y el despegue indiferente con que abandonaba la obra terminada a su suerte. Después de haber empeñado toda su negra honrilla y toda su diversión al escribir, se desinteresaba del libro compuesto y ni siquiera se preocupaba por corregir las pruebas. Contaba a sus amigos que, al abrir un libro suyo recién publicado, había descubierto una errata que hacía incomprensible todo un diálogo

(«Francesismo» se había convertido en «Franceschino», A caso, p. 139). Cosas que a mí me habrían llevado a darme de cabezazos contra la pared a él le divertían como si nada tuvieran que ver con él.

Al hacer una antología de Landolfi, es decir, al pasar por el tamiz las colecciones publicadas por él a lo largo de cuarenta años —unos diez volúmenes que reúnen piezas de vario carácter y valor—, es natural primar los cuentos propiamente dichos, las composiciones más complejas, las pruebas de virtuosismo animadas de un intento de perfección, más que las páginas que responden a los humores y a los tics del momento, cuando no, sobre todo, al propósito de parecer provocador o engañoso. Pero uno se da cuenta en seguida de que una selección verdaderamente representativa debe tener en cuenta la una y la otra disposición, y que si se descartan los textos más defectuosos en su forma también es justo descartar los demasiado «bien hechos» y acabados. Por esta razón excluí uno de los cuentos más alabados por la crítica, como «La muta», y no sólo éste, sino las tres piezas del volumen Tre racconti, a las que clasifiqué en la categoría de las obras narrativas de más amplio vuelo («cuentos largos» o «novelas cortas», entre las cuales mi preferencia se inclina por Racconto d'autunno), no susceptibles de ser incluidos en una antología en cuanto que libros completos en sí mismos, que se toman o se dejan.

El «verdadero Landolfi» que este volumen propone es el que prefiere dejar en su obra algo no resuelto, un margen de sombra y de riesgo; el Landolfi que despilfarra sus jugadas en una apuesta o las retira bruscamente de la mesa con el gesto alucinado del jugador.

El jugador —casi siempre en primera persona y, a veces, en tercera— es el protagonista más frecuente de sus cuentos y de sus meditaciones, a los que cada vez más sirven de escenario las ciudades que tienen un Casino, sobre todo la que para mí se identificaba con mis raíces familiares y todos mis recuerdos de infancia y juventud, y para él no sólo con la pasión devoradora de toda su vida sino con la llegada de su madurez en su nuevo papel de padre de familia. Recuerdos muy distintos nos unían a las mismas calles, a los mismos colores de estaciones y paisajes. La narración de sus primeras expediciones juveniles a San Remo (que no encuentro en los cuentos escritos por él, pero de algunos cuentos suyos narrados a viva voz me queda la evidencia, el corte, el estilo, como de una página escrita) incluía la llegada en tren, las maletas dejadas a toda prisa en el hotel, la carrera hacia las salas de juego, las horas de la tarde, de la noche y de la madrugada pasadas sin aliento en la ruleta o el chemin-de-fer, hasta que —me parece que era a las cinco de la mañana— los croupiers cerraban la banca y los últimos infatigables perseguidores de un anhelado desquite se veían obligados a desalojar. Entonces volvía al hotel, que era el que estaba (el «Europa e Pace», creo) justo enfrente del Casino. Insomne, se asomaba a la ventana; en la luz del alba reconocía las ventanas de la sala de la que acababa de salir; los cristales estaban abiertos para cambiar el aire saturado de humo y veía a las mujeres de la limpieza atareadas con las

aspiradoras y las abillantadoras alrededor de las mesas; mentalmente, las incitaba a que se dieran prisa porque debía volver a ocupar su sitio lo más rápidamente posible. No podía quitar la vista de allí, contando las horas que lo separaban de la reapertura del juego.

En cambio, nunca conocí en vivo la otra máscara, que en alternancia con ésta, Landolfi coloca al yo narrador de sus cuentos (más frecuente en los primeros que en los últimos, a pesar de que la casa solariega de Pico, entre los olivares de la Ciociaria, continuase siendo hasta el final un polo estable de su vida): el personaje del hidalgo de pueblo que envejece permaneciendo soltero e «hijo» en un ambiente que concentra todas sus obsesiones de lunático. Pero aquí entramos en una zona en la que sobre la autobiografía prevalece la transfiguración caricaturesca, como una mueca cruel y dolorosa, cuando no de sadismo y de impotencia. (Esa máscara ya está fijada en todos sus particulares empezando por el primer cuento que lo descubrió en su juventud, «Maria Giuseppa», fechado en 1929. Véase también la página de «verdadera historia» o confesión con la que veinticinco años más tarde cumple un acto de reparación y piedad para con el coeur simple de la auténtica Maria Giuseppa.)

Pero, además, hay otro Landolfi: el literato laboriosísimo y competente y el traductor preciso y genial, el autor de miles de páginas que llevan la señal de la gracia como única marca de origen (y no la de la caza a los magrísimos ingresos que, oyéndole hablar, dominaba todos sus pensamientos y sus esfuerzos). Es éste un personaje que se encuentra más raramente en los cuentos (a veces se le reconoce en páginas de viaje, como si el movimiento fuera la necesidad auténtica de esta existencia sedentaria), pero sí en los recuerdos de sus amigos, sobre todo del decisivo período florentino de antes de la guerra.

Las relaciones de Landolfi consigo mismo, si se las sigue a través de sus escritos, definen un egotismo de lo más complejo y contradictorio. Del teatro de las narraciones en que más se ensaña consigo mismo se pasa a la vena de autobiografía directa y libre, donde (más que en los cuentos de invención) la medida y el distanciamiento son los que revelan su sufrimiento. Siguiendo esta línea de constancia psicológica, podemos partir de sus memorias del colegio en Prato para llegar a uno de los últimos cuentos publicado en el Corriere, «Cochinilla de humedad,» hasta este momento inédito en libro.

Y aquí no me pondría a averiguar cuánto de auténtico y cuánto de teatro había de verdad en estos tormentos interiores. Ya el hecho de que, haciendo alarde de su yo doliente, quisiera, sobre todo, divertirse y divertir, rescata su actitud ya sea del egocentrismo ya sea de un juego del todo exterior. Del mismo modo que poco cuenta establecer si sus obsesiones y los fantasmas de la imaginación sexual que sus cuentos ponen en evidencia son pura ficción o corresponden a pulsiones del inconsciente. Con su ostentación parece darse a la interpretación psicoanalítica (y así, Sanguinetti, tomando como ejemplo «Un pecho de mujer», puede rastrear a lo largo

de su obra una constante sexofóbica o, mejor dicho, de miedo al sexo femenino), pero, al mismo tiempo, la desarma, ya que la ausencia de censuras interiores debería implicar que el verdadero inconsciente está en otra parte.

La cuestión de qué es lo que Landolfi dice verdaderamente aún está por plantear. Porque Landolfi sigue siempre el hilo de un discurso propio cuanto más declara que «no tiene nada que decir». No tardará en llegar el momento en que en filosofía sea extraída de la maraña de interrogaciones sin respuestas, contradicciones, declamaciones y provocaciones que lo envuelve. Si nuestra intención ahora es sólo comunicar el placer de leer a Landolfi en superficie es porque ése es el primer paso necesario. Y sólo en superficie documentamos también su gusto por los falsos «tratados», las falsas «conferencias», las falsas «obrillas morales», pero sin excluir que un día se pueda afirmar que sólo eran falsas hasta un cierto punto y que un hilo que une Leopardi a Landolfi existe, entre los dos burgos salvajes y las dos mansiones paternas y las dos juventudes gastadas en los sudados papeles y las dos invectivas contra las suertes humanas cuando aparece la verdad. (Por lo que se refiere a los diálogos, que Landolfi escribió en gran número, especialmente en sus últimos tiempos, debo decir que son lo que menos me gusta. Si puedo fiarme de mi lectura en superficie, creo que corresponden a su vena menos exigente.) Sobre todo de los diarios (Rien va y Des mois, que no me considero capaz de llevar a una antología porque también ellos hay que tomarlos como un todo) es de donde esta exploración deberá comenzar (o ya está comenzando: véase G. Marchetti, en Paragone, n.º 365).

Suele decirse que lo que Landolfi escribe siempre es máscara del vacío, de la nada, de la muerte. No se puede olvidar que esta máscara siempre es un mundo pleno, concreto, cargado de significados. Un mundo hecho de palabras, naturalmente, pero de palabras que cuentan por su riqueza, precisión y congruencia.

Tómese un texto emblemático como «El paseo». Las frases están construidas a base de sustantivos y verbos incomprensibles, como en uno de esos experimentos de falso significado de un léxico inventado, como hace Lewis Carroll en Jabberwocky. Si así fuera, sería un divertimento no nuevo y de poca sustancia. En cambio, basta con que el lector se tome la molestia de consultar un buen y viejo diccionario de la lengua italiana (Landolfi utilizaba el Zingarelli) y verá que todas las palabras están en él... «El paseo» es un texto con un sentido completo, sólo que el autor se impuso como regla usar el máximo número posible de vocablos caídos en desuso. (El mismo, en un volumen sucesivo, no supo resistir la tentación de desvelar el secreto para mofarse de aquellos que no lo habían descubierto.) De donde se ve que el «embrollón» Landolfi es el «antiembrollón» por excelencia: devuelve significado (el significado) a las voces que lo habían perdido (y en vez de dejar al vulgo literato en el error, se toma la molestia de explicar pacientemente qué es lo que ha hecho).

Pero el discurso de Landolfi sobre el lenguaje había comenzado mucho antes. El cuento que da título a su primer libro (Diálogo de los máximos sistemas, 1937) consiste en una discusión sobre el valor estético de poemas escritos en una lengua

inventada que sólo su autor (pero tal vez ni siquiera él) puede entender. No es sólo por hipérbole irónica, creo, que cuento y volumen se ornaran de aquel título ilustre. Es como si Landolfi quisiera anunciarnos que más allá del humor paradójico de su texto (y más allá de la sátira, que también aflora claramente, del crocianismo académico entonces dominante) el problema que más le interesa es precisamente el de la lengua como convención colectiva y herencia histórica y el de la palabra individual y mutable. Éste es el primer documento de una reflexión que atravesará toda la obra de Landolfi, siempre en el mismo tono funambulesco, pero no por ello menos seria y rigurosa, hasta «Palabras alborotadas», nítida fabulilla sobre el «significante» y el «significado», contenida en su último libro (Un paniere di chiocciolo, 1968).

Ignoro cuáles fueron las fuentes de su habilidad. Ciertamente, en la época de su formación no se puede decir que la lingüística estuviera a la orden del día (y mucho menos la estructural de Saussure) en la cultura literaria europea (y mucho menos en la italiana), y más tarde, cuando la lingüística asumió su papel de «disciplina piloto», también excluiría que Landolfi se interesase por ella. Y, sin embargo, todo lo que dice sobre esa materia me parece de una exactitud «científica» (como terminología y como conceptos) hasta el punto de poder servir de texto en el seminario universitario más puesto al día.

De los cuentos y de los diarios de Landolfi me parece que se pueda extrapolar una teorización lingüística cuyos presupuestos son las estructuras mentales innatas (véanse en Des mois las reflexiones sobre su hijo, que está empezando a hablar), la arbitrariedad del signo lingüístico (ibídem, pp. 135 y ss.) y, sobre todo, la no arbitrariedad de la lengua como sistema, como creación histórica y estratificación cultural (ibídem, pp. 9-10 de las que extraigo la cita que sigue).

«Amenas tentativas de quien busca nuevos lenguajes y necesariamente vuelve a caer en algún antiquísimo sistema de relaciones del que no se escapa. Antiquísimo, connatural diría yo. Desafío a quien sea a que invente de verdad un juego nuevo (de fondo y no de modo) o, si no, una nueva relación con la realidad (o irrealidad): los resultados obtenibles se disponen inevitablemente, parece, en la una o en la otra de las categorías ordenadas, en número finito, ab aeterno.»

La creación individual e imprevisible del poeta es posible sólo porque a sus espaldas hay una lengua con sus reglas y sus usos establecidos que funciona independientemente de él: el razonamiento de Landolfi siempre gira alrededor de este eje. (También en la conversación: recuerdo que la primera vez que hablé con él, hace veinticinco años, acabamos no sé cómo discutiendo de lengua y de dialectos y él confutó los argumentos con que yo defendía la posibilidad de un italiano literario que tuviera sus raíces fuera del toscano.)

En suma, no es el impulso innovador de la vanguardia lo que mueve las acrobacias de Landolfi; al contrario, él es un conservador de un modo especial (hasta metafísico) en el que no puede no ser conservador el jugador al que la

inmutabilidad de las reglas del juego garantiza que el azar no será abolido en cada tirada de dados.

Su crítico y compañero más fiel e incondicional (desde los años florentinos), Carlo Bo, dejó escrito en más de una ocasión que Landolfi era el primer escritor italiano después de D'Annunzio que podía hacer con la pluma todo lo que quisiera. Al principio el emparejamiento de los dos nombres me sorprendió, aunque ambos derivasen del modelo del dandy decimonónico (tipo el Des Esseintes de Huysmans); D'Annunzio había partido en dirección heroico-eufórica y Landolfi en dirección autoirónica y depresiva. En suma, los personajes, su presencia literaria y su relación con el mundo eran opuestos. Luego, pensándolo bien, comprendí que el verdadero elemento en común entre los dos era otro: del uno y del otro (y sólo de ellos dos) se puede decir que escribían teniendo presente toda entera la lengua italiana, la pasada y la presente, disponiendo de ella con maestría y mano segura como de un patrimonio inagotable al que recurrir con abundancia y placer continuo.

Claro que por lo que respecta a Landolfi hay que atribuirle un papel especial a su experiencia de traductor, y no de las lenguas «que todos saben» sino del ruso (que en la cultura italiana sigue siendo una lengua para especialistas, y no sólo en Italia. El único precedente ilustre que recuerdo es el de Merimée, que tradujo los cuentos de Pushkin). En suma, hay que referirse a ese particular placer de hacer vivir acentos lejanos y complejos en una impostación de voz toda italiana, con la limpidez y las sombras de su Gogol, el habla agitada de su Leskov, el falsete del colorido precioso de su Hofmannsthal (El caballero de la rosa, por referirnos a otra de sus lenguas).

Pero su identificación con una dimensión de la literatura europea, sin la que Landolfi no sería Landolfi, no debe hacernos olvidar su dominante pasión por la literatura italiana. Es éste un aspecto poco documentado en sus escritos (aunque hizo crítica literaria de un modo regular en Il Mondo de Pannunzio, sólo se ocupaba de extranjeros), pero revelaba en su conversación, que se encendía al discutir de Manzoni o de Foscolo o al citar usos lingüísticos y vocablos de los clásicos; y hasta cuando se hablaba de contemporáneos, él, aparentemente tan poco atraído por la actualidad, era a la lengua a la que dirigía su atención. (Si alguna vez tuve algún mérito a sus ojos fue porque había usado en un cuento mío la palabra «pezdehuevo», que es el correcto vocablo italiano para «tortilla francesa».)

Obsérvese bien que este amor suyo por el vocabulario no era en él preciosismo ni exaltación canora. Y aquí conviene citar a Giacomo Debenedetti: «Al leer a Landolfi es como si uno se encontrase frente a palabras demasiado bellas, demasiado correctas para ser verdaderas y, en cambio, son de puro vocabulario, donde estaban a la espera de que alguien las encontrara. En cambio, él las alinea sin pestañear: la frase no se recrea en ellas, no se sostiene; parecen salidas de la memoria usual donde tomamos las palabras de todos los días. Hasta un barroco o un decadente habría ido a buscarlas, pero para hacerlas florecer en la cumbre de una escala musical; Landolfi las nivela en su bello timbre de cantante bajo».

El problema de las palabras no inmediatamente comprensibles pero significantes vuelve ahora a ser planteado en un ensayo de Giorgio Agamben sobre la «glosolalia» (entendida como «hablar en glosa», es decir, con palabras «extrañas al uso presente») que parte de Pascoli. (El ensayo está publicado como introducción a una edición de Il fanciullino de Giovanni Pascoli, Feltrinelli, 1982.) ¿Puede valer también para Landolfi la teorización de Agamben sobre las «palabras muertas» como experiencia de la «muerte de la lengua en la voz»? A mí me parece que la lengua, «palabras muertas» incluidas, para Landolfi forma parte toda ella de la vida, pero precisamente porque la muerte está allí, a dos pasos, alrededor de todo. Lo que, acaso, acaba siendo el mismo discurso pero con una dramaticidad que viene de la conciencia de lo viviente. ¿La moraleja de los diarios (Rien va y, sobre todo, Des mois) no está en el hecho de que toda la meditación negativa se desarrolla frente a la vida que impone su presencia, representada por la Minor y por el Minimus, es decir, en la aceptación —a pesar de todo— de una continuidad vital?

La fisicidad de la existencia está siempre presente en su imaginar así como en su argumentar. Una pulsión de muerte —hecha de miedo y de atracción— se cierne continuamente en sus pensamientos, pero queda representada a través de la emoción corpórea. La abstracción desencarnada de la mente del filósofo no está hecha para él: su problema es la presencia determinada, física, sensible, tanto de sí mismo como de los demás, que le provoca reacciones tumultuosas: espanto, crueldad homicida; pero éstas no son más que las notas extremas de una gama que engloba todas las posibilidades afectivas.

Se explica así cómo su tiempo de reflexión verdadera —con la necesidad de llevar un diario— comienza cuando siente que debe hacer sus cuentas con un hecho «biológico» nuevo, su paternidad en edad madura, que no cuadra con ninguno de los modos de ser de su personaje, con ningunos de los roles previstos por su repertorio. Y también entonces deja que se despliegue la gama de las actitudes posibles sin descartar ninguna: desde la ternura más inerte hasta los raptus de sadismo infanticida (estos últimos cada vez más raros, es cierto). Y basándose en la experiencia de una relación entre existencias —el prójimo sentido como proximidad carnal— él decidirá el curso de sus ideas y no viceversa.

(Así se explica también el sentido de sus fantasías «eróticas» de antes y de después: rendición de cuentas de atracciones y repulsiones —recordemos la mujer-cabra de la Pietra lunare—, de fascinaciones y desganas, que vale precisamente en cuanto que es mudable y sin fin.)

Pues, ¿y la muerte? ¿Se puede dar de ella una imagen sensible y una experiencia? En los escritores románticos y simbolistas el tema principal de los cuentos fantásticos eran los espectros, los muertos vivientes, los dudosos confines entre ultratumba y nuestro mundo. Landolfi exploró a lo largo y a lo ancho ese repertorio, y apariciones del más allá no faltan en sus dos novelas mayores, La pietra lunare y Racconti d'autunno. Pero en las narraciones más cortas entre las que debía

hacer mi selección diría que el mundo de los muertos nunca ocupa el primer plano; su obsesión, más que la muerte, es la patología del viviente. De Poe, autor al que a menudo se le compara, el tema dominante, la necrofilia, no se da en Landolfi; sólo encontramos el tema complementario, la angustia de la muerte presunta y del entierro prematuro, pero como sutil pastiche e irónico homenaje al maestro en el cuento «Las labrenas».

La muerte, la nada, a menudo nombradas, pero raramente representadas, pertenecen, pues, al restringido número de conceptos abstractos del siempre concreto Landolfi. Un concepto que representa el límite necesario, el aliento, el reposo de este mundo tan denso de existencia, tan cargado tan compacto... La verdadera pesadilla de Landolfi es ésta: que la nada no existe. Incluso en sus dos libros de poemas (Viola di morte y, sobre todo, Il tradimento) retorna varias veces a este tema, enunciado en un párrafo de Rien va (p. 138):

«La existencia es una condena sin apelación y sin remisión; no hay nada que hacer contra ella. Y, tal vez, sea nuestra esperanza solamente, nuestra necesidad de recobrar el aliento, como provocada por el agudo dolor de una herida, la que ha imaginado un estado distinto del existir, una nada. Tal vez, Dios mío, todo existe, ha existido y existirá eternamente. No hay nada que hacer contra la vida, salvo vivir, más o menos, del mismo modo que en un lugar cerrado donde se ahoga uno con el humo del tabaco, no hay nada mejor que hacer que fumar...»

Italo Calvino

Los encuentros directos, por desgracia escasos, y el conocimiento indirecto por el que me aventuro a hablar del hombre Landolfi se los debo a Filiberto Lodi, que fue amigo queridísimo suyo y mío. (Así como de Soldati y de Bassani, que nos presentó a todos a este paisano suyo ferrarés trasplantado a la Riviera.) Más tarde Landolfi enfermó, Lodi murió de repente y muchos hilos se rompieron también para mí. A la memoria de Filiberto, que siempre me acompañó con su paso tranquilo y tranquilizador, con su interés por el prójimo, con su alegría, dedico este trabajo.

I. Cuentos fantásticos

EL CUENTO DEL LICÁNTROPO

MI amigo y yo no podemos soportar la luna. A su luz salen los muertos desfigurados de las tumbas, sobre todo mujeres envueltas en blancos sudarios. El aire se puebla de sombras verduzcas y a veces se tizna de un amarillo siniestro. Todo infunde temor, cada brizna de hierba, cada fronda, cada animal, en una noche de luna. Y lo que es peor, nos obliga a revolcarnos gruñendo y ladrando en lugares húmedos, en el cieno detrás de los pajares. ¡Ay entonces si un semejante nuestro se parase ante nosotros! Con ciega furia lo despedazaríamos, a menos que él nos pinchase, más veloz que nosotros, con un alfiler. Y en este caso también permanecemos toda la noche y luego todo el día aturdidos y torpes, como si saliéramos de una pesadilla infamante. Resumiendo, mi amigo y yo no podemos sufrir la luna.

Y sucedió que una noche de luna yo estaba sentado en la cocina, que es la estancia más abrigada de la casa, junto al hogar. Había cerrado puertas y ventanas, postigos y tragaluces para que no penetrase ni un hilo de los rayos que, afuera, llenaban el aire y lo dejaban en suspenso. Y, sin embargo, siniestros movimientos se producían dentro de mí, cuando mi amigo entró de improviso llevando en la mano un gran objeto redondo semejante a una vejiga de manteca de cerdo pero algo más brillante. Al observarla se veía que latía un poco, como hacen algunas bombillas eléctricas, y parecía recorrida por débiles corrientes bajo la piel, las cuales provocaban leves reflejos anacarados semejantes a los que colorean a las medusas.

—¿Qué es eso? —grité, atraído a pesar mío por algo de magnético en el aspecto y, también, en el comportamiento de la vejiga.

—¿No lo ves? Conseguí atraparla... —respondió mi amigo mirándome con una sonrisa insegura.

—¡La luna! —grité. Mi amigo asintió en silencio.

El asco nos dominaba. Además, la luna sudaba un líquido hialino que goteaba entre los dedos de mi amigo, pero no se decidía a soltarla.

—¡Oh, ponía en ese rincón! —grité—. Ya encontraremos el modo de matarla.

—No —dijo mi amigo con repentina resolución, y empezó a hablar apresuradamente—. Escúchame, yo sé que, abandonada a sí misma, esta cosa asquerosa hará todo lo posible para regresar al cielo (para tormento nuestro y de tantos otros). No puede dejar de hacerlo, es como los globitos de los niños. Y ciertamente no buscará las salidas más fáciles, no, siempre hacia arriba, ciega y estúpidamente. Ella, la maligna que nos domina, tiene una fuerza irresistible que también la gobierna. Ya habrás captado mi idea: dejémosla ir por la campana de la chimenea y, si no nos liberamos de ella, nos liberaremos de su funesto esplendor, pues el hollín la volverá negra como un deshollinador. De cualquier otro modo es inútil, no conseguiríamos matarla. Sería como querer aplastar una lágrima de plata viva.

Y, así, soltamos a la luna debajo de la campana de la chimenea e inmediatamente se elevó con la rapidez de un cohete y desapareció por el cañón de la chimenea.

—¡Oh! —dijo mi amigo—. ¡Qué alivio! ¡Qué esfuerzo me costaba tenerla agarrada, tan viscosa y grasienta! Ya podemos estar tranquilos —y se miraba con asco las manos untadas.

Por un momento oímos allá arriba unos ruidos, unos flatos sordos parecidos a pedos, como cuando se pincha una vejiga, y hasta suspiros. Tal vez la luna, llegada al sitio más estrecho del cañón, sólo podía pasar a duras penas y se diría que resoplaba. Tal vez comprimía y deformaba, para pasar, su cuerpo fofo. Gotas de un líquido sucio caían crepitando en el fuego y la cocina se llenaba de humo, pues la luna obstruía el tiro. Luego, nada más, y la campana siguió extrayendo el humo.

Nos precipitamos fuera. Un gélido viento barría el cielo terso, todas las estrellas brillaban vivamente y no se veía el menor rastro de la luna. «¡Viva, hurra! —gritamos como posesos—. ¡Lo hemos conseguido!» Y nos abrazábamos. Pero una duda se apoderó de mí. ¿No podría haber ocurrido que la luna se hubiera quedado aplastada en el cañón de mi chimenea? Pero mi amigo me tranquilizó: no podía ser, de ninguna manera, y, además, me di cuenta de que ni él ni yo teníamos valor para ir a ver. De modo que nos abandonamos, afuera, a nuestra alegría. Cuando me quedé solo quemé en el fuego, con gran cuidado, sustancias venenosas y aquellos sahumerios me tranquilizaron del todo. Esa misma noche, tan alegres estábamos, fuimos a revolcarnos en un lugar húmedo en mi jardín, pero lo hicimos inocentemente y casi como una burla, no porque nos viésemos obligados a hacerlo.

Durante bastantes meses la luna no reapareció en el cielo y nosotros nos sentíamos libres y ligeros. Libres no, contentos y libres de las tristes rabias, pero no libres. No es que no estuviera en el cielo, sabíamos muy bien que estaba allí y que nos miraba, sólo que estaba oscura, negra, demasiado fuliginosa para que se pudiera ver y para que pudiera atormentarnos. Era como el sol negro y nocturno que en los tiempos antiguos atravesaba el cielo hacia atrás, del ocaso al alba.

Efectivamente, también aquella mísera alegría nuestra duró poco. Una noche la luna volvió a aparecer. Estaba mellada y fumosa, sombría hasta más no poder y apenas se veía; tal vez sólo mi amigo y yo podíamos verla porque sabíamos que estaba allí. Y nos miraba sombría desde lo alto con aire de venganza. Entonces vimos cuánto daño le había hecho su paso forzado por la estrechez del cañón. Pero el viento de los espacios y su misma carrera la iban limpiando paulatinamente del hollín y su continua rotación volvía a dar forma a su blanco cuerpo. Durante mucho tiempo apareció como cuando sale de un eclipse y cada día un poco más clara, hasta que volvió a ser así, como cualquiera puede verla, y nosotros volvimos a revolcarnos en el fango.

Pero no se vengó, como parecía que quería hacer. En el fondo, es más buena de lo que creemos, menos maligna, más estúpida. ¡Qué sé yo! Yo tiendo a creer que, en definitiva, no tiene ninguna culpa, que la culpa no es suya, que ella está obligada

igual que nosotros, realmente quiero creerlo. Mi amigo no; para él no hay excusas que valgan.

Y por eso es por lo que yo os digo: contra la luna no hay nada que hacer.

LA ESPADA

UNA noche, Renato di Pescogianturco-Longino, hurgando entre los objetos heredados de sus antepasados... Pero conviene decir brevemente en qué consistía esa herencia. Los Pescogianturco-Longino, aparte los antepasados cruzados, habían sido todos gentes más o menos bien (como suele decirse). Se habían ocupado de la administración de sus propios bienes y de la prosperidad de la familia en general, hasta llegar al padre de Renato, un pedazo de pan, que representaba el eslabón de unión entre aquella edificante serie de caballeros y su hijo. El cual, dicho en pocas palabras, nunca había sido capaz de hacer nada de provecho; era fantástico, caprichoso, extremadamente sensible y, sobre todo, perezoso más allá de toda medida: resumiendo, un melancólico despilfarrador. Es decir, que su ilustre prosapia parecía destinada a corromperse por completo y por último a extinguirse con él, ya que la aparición de uno de estos sujetos condena a muerte segura a las más antiguas familias. Además, es admirable considerar en qué breve tiempo la prosperidad a que aludíamos se mudase en penuria y luego en desidiosa miseria: a lo largo de sólo dos generaciones. Y, sin embargo, así fue, y en cuanto a Renato, podía legítimamente considerar como única, o casi, herencia de sus antepasados los variopintos y preclaros trastos esparcidos por los desvanes del castillo, aparte el propio castillo, donde, para dejarnos de preámbulos, se había visto reducido a vivir con gran penuria de medios.

Decíamos que esa noche, de un montón de armas y gualdrapas polvorientas, cosas de otros tiempos, en determinado momento sacó una espada envainada que le pareció no haber visto nunca. A la luz del candelabro conservó primero la vaina y vio que era de nobles tejidos, como terciopelos y linos unidos por piezas de pieles preciosas de los más vivos colores y por bullones y broches que parecían de oro y de plata, a pesar de que el tiempo había velado su brillo, como una obra hecha a cincel. Aquello parecía realmente una preciosa joya y ello excitó especialmente la atención de Renato. ¡Quién sabe si se podría obtener algo de ella! Decidió llevarse la espada a sus aposentos y examinarla con toda comodidad.

Desde hacía un tiempo Renato padecía extrañas turbaciones, presentimientos que se revelaban sin fundamento pero que, a pesar de todo, lo angustiaban no poco. Confusamente se decía para sí que ya era hora de hacer algo y de salir de aquella situación; pero, aparte de una vaga sensación de remordimiento, a menudo se apoderaba de él una extraña excitación, comparable a la del buscador de tesoros cuando se siente por virtud adivinadora próximo a descubrir uno. Tenía la sensación de tener una gran riqueza a su disposición, pero sin saber exactamente de qué clase ni cómo habría podido servirse de ella. Y ahora, cuando estaba con la preciosa espada ante el fuego de la chimenea, esa sensación volvió a apoderarse de él con más fuerza que nunca.

En cuanto la desempolvó un poco, la vaina se mostró tal como Renato la había

entrevisto en el desván. ¡Realmente aquélla era un arma ínclita y de un egregio artífice! Y no había duda de que los bullones eran de oro fino ni de que las piedras de la empuñadura eran topacios y esmeraldas, si bien casi apagadas por el largo ocultamiento. Sin embargo, Renato no se decidía a desnudar la hoja, como si un inexplicable temor se lo impidiera. Por fin lo hizo con brusco movimiento.

Las hojas que el sol de otoño alarga entre los postigos entreabiertos en una oscura estancia, los dardos agudos que lanza contra los rincones recónditos, las vividas lenguas que a veces el fuego levanta no eran nada comparados con aquella hoja deslumbrante. Renato entrecerraba los ojos atónito para que su vivo esplendor no los hiriera, y eso que en aquella antigua sala no había mucho claror. Es que la hoja parecía resplandecer de luz propia. Primorosa, intacta desde tiempos antiguos, se diría que estuviera hecha de hojas de oro si una cierta oscuridad, radiante —por así decir— desde dentro (que ni siquiera ensombrecía un poco su esplendente transparencia) no hubiera emparentado la misteriosa materia de que estaba hecha con el mismo topacio o, tal vez, con extrañas piedras de Oriente. Pues era transparente. Renato veía a través de ella las lenguas del fuego en la chimenea sólo un poco deformadas. Y era tan fina que parecía no tener espesor alguno ni tampoco filo ni revés, ni dos filos ni nervadura, como todas las otras espadas. Tan fina que habría debido doblarse o arrugarse si un arcano procedimiento de temple no le hubiera atribuido rigidez y flexibilidad como a cualquier otra hoja de buen acero.

—¡Caramba! —dijo Renato en voz alta, y se acercó la hoja al pulgar como se usa para probar el filo. ¡Nunca lo hubiera hecho! Un creciente de uña y un minúsculo trocito de la yema saltaron antes, le pareció, de que hubiese ejercido la más leve presión. O mejor, y esto es lo llamativo, pareció como si la hoja hubiera pasado a través de la uña y de la yema como sin cortar y, por supuesto, sin causar ningún dolor. Y sólo un instante más tarde, debido a un movimiento de Renato, el preciso gajito de dedo se separó y la quemazón se dejó sentir—. ¡Caray! —repitió Renato secándose la sangre—. ¡Ésta sí que es un arma afilada!

Volvió a empuñar la espada y quiso probarla en materia más consistente. La dirigió hacia un leño redondo que en la chimenea ardía por una punta mientras la otra se apoyaba en un morillo. Y apenas la había apoyado, sin siquiera apretar, cuando el tronco se hendió dócil con un corte extraordinariamente limpio; sólo el insensible peso de la espada había sido suficiente. Relampagueando sesgada contra las llamas, la espada refulgió como un vivo espejo de cobre y fugaces palabras parecieron aflorar en ella, grabadas o tal vez estampadas a fuego, palabras ligeras en el corazón de la hoja, sin saberse muy bien dónde estaban trazadas, como las que el polvo del sol puede escribir en un soplo de viento. Renato leyó: «Yo, el Caballero Castaldo Di Pescogianturco-Longino Templé esta espada Más afilada que la de Orlando Ya no tendrás enemigo». Parecían versos y los caracteres eran muy antiguos.

Entonces Renato fue presa de gran excitación y lanzó la espada contra la cabeza de un morillo, como en un reto a las palabras de su remoto antepasado, y el pomo de

cobre primoroso, obra fina, rodó al instante entre las llamas. ¡La espada también cortaba con la misma facilidad el hierro! Abandonando el hogar y el morillo decapitado, Renato se levantó y empezó a dar vueltas por la antigua sala manejando la espada y dirigiéndola contra todo objeto que se pusiera a tiro y, mientras tanto, gritaba frases incongruentes de júbilo y de melancolía como: «¡Ay de mí! La fortuna se abre ante mí. ¡Mísero de mí! El mundo es mío. ¿Quién podrá resistírseme?», y contra cualquier objeto dirigida, aquella hoja de sol no parecía conocer obstáculos y se abría camino. Como un espectro de hoja todo lo traspasaba, y el objeto agredido no desvelaba hendidura alguna si, faltando equilibrio a las dos partes y según la oblicuidad del tajo, no se desplomaba al suelo, pero también, aunque no lo pareciera, la espada lo había tajado y se presentía que habría bastado un soplo o el mínimo movimiento para partirlo del todo.

Así, pues, Renato daba vueltas por la sala gritando y en cada vuelta rodaba al suelo todo tipo de objetos, cuando no se quedaban bamboleándose. Rodaron así las cabezas de los dos bustos de piedra situados entre las puertas, ilustres antepasados; cayeron con estrépito los respaldos de algunas butacas y con fragor de hierros de cintura para arriba las cuatro armaduras. Una marmórea mano de mujer sobresalía de un nicho y fue cortada; cayeron flojas al suelo las viejas cortinas hendidas en un relámpago. Atraído por el estruendo apareció estupefacto en un umbral el viejo que constituía toda la servidumbre del castillo. Renato le gritó algo y el viejo se retiró al instante al ver que su amo no cesaba de blandir la flameante espada.

Esa noche Renato durmió con la hoja desnuda junto a sí en el antiguo lecho con dosel. Ésta es —pensaba— la fortuna que presentía, éste es el tesoro que buscaba sin saberlo, ésta es mi gran riqueza y la felicidad que esperaba. Esta espada puede penetrar entre las íntimas partículas de cada cuerpo, hendiéndolas secretamente, puede penetrar cualquier cosa. Con esta espada cumpliré grandes hazañas, aún no sé cuáles, pero seguramente grandes. Y quería dormirse, pero no lo logró en mucho tiempo. Oscuramente lo angustiaba la presencia de aquella viva espada, que incluso en la oscuridad resplandecía a su lado.

Pero pasaron días y días sin que Renato pudiera hallar un uso digno para su espada portentosa. ¿Cómo? —diréis—. ¿Es posible que no hubiera nada que hacer con un arma semejante? Pues a veces es así. Además, ya se sabe que cuanto más egregia es un arma a más excelso uso debe servir. Aquélla no era una espada vulgar y no habría sabido ser empleada en hazaña vulgar. De ese modo, esperando de hora en hora la mayor hazaña y las menores desdeñando, al final hasta de éstas se pierde la ocasión y se encuentra uno con las manos vacías. Además, Renato —y tuvo que confesárselo a regañadientes— no tenía enemigos que destruir ni cuya estirpe tuviera que dispersar. Ya no había monstruos que poner patas arriba. ¿Para qué, pues, le serviría la espada? Lo repito: seguro que a cualquiera le parecerá extraño, pero intentad vosotros mismos imaginar un uso idóneo de esta espada y veréis. En cambio,

no sólo no lo defendía de sus enemigos sino que la misma espada en cierto modo se había convertido en enemiga de Renato (¡y mucho más lo sería más tarde!). En efecto, el no poder o no saber servirse de ella ya no le quitaba la responsabilidad de poseerla. ¡Tormentoso sentimiento en verdad! Se decía a sí mismo: tengo en mis manos un arma maravillosa y no sé valerme de ella. Y esta idea le privó de la poca paz que aún le quedaba. Hoy —se decía a veces al levantarse en una límpida mañana—, hoy haré algo... algo bellísimo. Pero la mañana cedía el paso al mediodía y luego a la tarde en este inane propósito. Llevaba consigo la espada en sus paseos por el campo y a cada paso decapitaba los puros lirios silvestres que se balanceaban en la brisa del crepúsculo (¡fiel imagen de la posterior tragedia!). En una nueva prueba había hendido por la mitad del cuerpo dos vacas que le pertenecían y en el castillo ya no quedaba una cabeza, un brazo o un hombro de estatua o un morrión de armadura en pie. Pero no se le ocurría nada más. Sí, la espada casi se había vuelto su enemiga y casi habría preferido no haberla recibido en herencia.

Y una noche llegó la muchacha blanca. Era rubia, de ínclita belleza, flexible como un junco y candorosa como un plateado álamo. Vestida hasta los pies de seda blanca y gruesa, un alto talle ceñía su fina cintura. Miraba tímida y dulce.

—¿Qué quieres? —Renato frunció el ceño cuando la vio aparecer.

—Bien sé —respondió ella temerosa— que no quieres verme, pero yo ya no sabría vivir sin ti, estos días lo he sabido con certeza, y que por ti me enfrentaría a mil muertes.

Renato, que casi nunca se separaba de la viviente espada, la tomó sin reflexionar de la gran mesa de encina donde yacía, y entre él y la muchacha se alzó la hoja flameante.

—Vete —replicó él—, vete, déjame. ¿Me oyes?

—No me iré —respondió la muchacha sin retroceder, sólo un poco deslumbrada por el fulgor de la hoja a través de la cual Renato podía ver su imagen levemente empañada y contorsionada, como en un agua apenas turbada—. No me iré por nada del mundo.

—Pero yo no quiero, no quiero ser amado —continuó Renato pisando fuerte y blandiendo la espada. Y, mientras, pensaba: ¿no sería acaso ésta la gran hazaña?—. Oye —siguió diciendo más dulcemente—, escúchame, muchacha. ¿No viste el sol los campos de sus rayos de oro? ¿No cantan los pájaros del bosque? ¿No murmuran hojas y arroyos? ¿No se desciñe libre el viento entre los yugos de los montes? ¿Qué tienes que ver tú conmigo y con este nido de búhos?

—El sol —respondió la muchacha— es hollín, los campos ceniza y toda la naturaleza es lúgubre y muda, ¿no lo ves, Renato?, si tú estás lejos.

—¡Cuidado con lo que dices, muchacha! —gritó Renato y, presa de una extraña embriaguez, pensaba: «Ésta es la gran hazaña».

—Yo no tengo nada que temer —siguió diciendo la muchacha dulcemente.

Y fueron sus últimas palabras. Alzando el arma de improviso, Renato apoyó la espada en la muchacha. La hoja atravesó a todo lo largo el frágil cuerpo sin hallar resistencia. Sin embargo, la muchacha no cayó e, inmóvil, miraba fijamente a su asesino con dulces ojos, sonriendo a flor de labios. Resplandecía su blanca frente como un alba contra una oscura vidriera, y lejanas estrellas de la noche estaban sobre ella y no se veía la menor traza de la horrenda herida. Pero la espada que Renato aún empuñaba parecía haber abandonado en aquel cuerpo de lirio todo fulgor. De golpe, el arma egregia se había apagado como ceniza, oscura como un tizón apagado. ¡Una melancólica y triste arma, en verdad! Y el mismo Renato, pasada de repente la embriaguez, contemplaba pálido de espanto a la muchacha inmóvil y no daba crédito a sí mismo. Arrojando lejos el arma infecunda, gritó:

—¡Dios! ¿Qué he hecho?

Entonces la muchacha, si bien traspasada en sus vísceras, quiso sonreír a su amado y tranquilizarlo. Y eso bastó. Su rostro empezó a hendirse y lentamente comenzó a descomponerse. Primero, una tenue y casi invisible línea roja apareció desde los cabellos de oro hasta el cuello y siguió bajando por el pecho y por la blanca seda. Y la hendidura se ensanchó y la sangre corrió en leve borboteo, especialmente entre los cabellos. La sonrisa ya era una horrible mueca, un gesto ambiguo y espantoso. La hendidura del frágil cuerpo se abría rápidamente. La muchacha se desplomaba partida por la implacable espada. A través de la fisura ya reían las lejanas estrellas de la noche, y en menos de lo que se dice la frágil muchacha, inusitada vista, se desplomó en el suelo ante los ojos de su matador. Y sólo la plácida sangre reunía aquellos miembros esparcidos.

Así fue cómo el arma ínclita y portentosa que Renato habría podido empuñar en defensa del bien o, al menos, por su felicidad, le sirvió, en cambio, para destruir lo más querido que tenía en la tierra.

Además, ¿quién iba a querer poseerla, ya apagada, aunque afilada? El hombre que la recogió, al arrojarla a la más profunda vorágine de la tierra, quiso salvar al mundo de su funesto poder. Pero otros hombres o dioses la sacaron de ella, y a otros, sin culpa suya, fue dada en suerte. Y éstos la arrastraron en su camino terrenal como una cruz, y así seguirá siendo para desgracia de todos.

LA NOCHE PROVINCIANA

«CONVIENE que se imaginen (empezó entonces a decir el amigo) en lo más hondo de una de nuestras provincias. Y no en una pequeña ciudad melancólica poseedora, sin embargo, de un círculo o, tal como lo llaman, *casino*. Imagínense más bien un minúsculo pueblo, una aldea perdida entre las montañas. En los tiempos de mi historia yo vivía allí y, además (añadió sonriendo), allí nací.

»¿Se hacen una idea de lo que es una velada en un lugar semejante? ¿Quiero decir cuando los señores del pueblo y a lo mejor también el secretario municipal y el médico rural se reúnen en una de esas casuchas intentando matar el tiempo y sacudirse el aburrimiento lo mejor que pueden? Pues les digo que si no se hacen una idea les daré, espero, una aproximada con mi propio cuento. A fin de continuar más aprisa, añadiré que la noche a la que me refiero era una noche de tempestad. Desde hacía tres días soplaba sin tregua el gélido viento de septentrión sacudiendo la casa, por así decir, desde sus cimientos. Deben saber que en nuestro pueblo no hay postigo que cierre de manera perfecta y que a través de las innumerables aperturas y fisuras de aquella casa expuesta a toda intemperie, por las anchas gargantas de las chimeneas, por todas partes, el viento se colaba silbando y gimiendo. Recuerdo que, además, había un portillo o una contraventana que a cada ráfaga golpeaba sordamente, a saber dónde. Nadie de la casa había logrado determinar con exactitud qué portillo era ése, ni, por tanto, asegurarlo.

»Éramos bastantes muchachos, sin contar las personas mayores. Chicas no faltaban, ardientes y algo mustias, así es su naturaleza allí. De entre ellas hacía tiempo que me había fijado en una jovencita delicada y flexible como un junco. Su pelo era castaño, o más bien verdoso, sus ojos profundos y oscuros, casi atónitos y, sin embargo, muy vivos. Cuando hablaba o reía, ella se encontraba siempre a este lado de alguna luz (o, por lo menos, yo así lo recuerdo), pero siempre parecía retener entre sus labios brillantes un poco de oro perdido por el sol durante su carrera diurna. Su boca exhalaba un aliento ardiente y, sin embargo, ligero, empapado de los perfumes más salvajes y más delicados. Debo decir que, en general, la muchacha parecía abrasada por su mismo ardor. A menudo, su pura frente estaba como ensombrecida por un pensamiento importuno; a veces, ella misma se quedaba largo tiempo taciturna, presa de una pena desconocida. Su gesto habitual era llevarse una mano a su pequeño pecho, como si quisiera calmar los latidos demasiado impetuosos de su corazón (además, era propensa a la ansiedad), pues todavía era una niña. Podría tener, quizá, unos catorce años. Yo, en aquella época, no tenía más de dieciocho, y si les parece que me he extendido o acalorado demasiado en mi descripción, pues les diré, para acortar, que esa muchachita me era muy querida.

»Probamos todos los juegos al uso, es decir, “los refranes”, “el telegrama”, “el correo” y otros más. Recuerdo que entre mi “correo” recibí una cartita suya en el

borde rasgado de un periódico. Me lo sé —perdónenme— de memoria. Decía: “La belleza y el amor estivo pasan rápidamente y una muchacha razonable no osa fiarse de un bien tan frágil” (por entonces era el principio del otoño).

»He dicho juegos al uso, pero también abusados. La verdad es que tuvieron escaso éxito y muy pronto el aburrimiento se apoderó de nosotros. Constantes desasosiegos poseen nuestra juventud. Abandonados aquellos juegos, sobrevino un instante de suspensión durante el cual todos escuchábamos el viento obstinado. En ese momento uno de los mayores propuso el juego del asesino, desde hacía mucho tiempo abandonado hasta el punto de que podía pasar por nuevo. Aceptamos entusiasmados y se reanudó el alegre bullicio.

»Diré brevemente en qué consiste ese juego. Primero hay un sorteo secreto. Se coloca en una caja cualquiera y se mezcla cuidadosamente un número de papeletas igual al de participantes; cada uno saca la suya y ve en privado su contenido. Todas las papeletas están en blanco menos dos, que llevan escritas respectivamente las palabras “asesino” y “policía” o comisario o como se diga. Entonces estos dos personajes principales toman posesión de sus funciones sin que lo sepan los demás jugadores ni recíprocamente el uno respecto del otro. Después se apagan las luces y comienza el juego propiamente dicho. Los participantes se dispersan por toda la casa a oscuras y en silencio hasta que uno de ellos grite y se caiga al suelo, si es una persona mayor, en un canapé. Ésta es la víctima a la que el asesino, fingiendo hacerle violencia, le habrá dado a entender que debe considerarse muerto. Encendidas las luces, el policía debe identificar al asesino valiéndose de indicios o testimonios que puedan proporcionarle los demás (excluida, claro, la víctima) o que él mismo se haya procurado aprovechando en la oscuridad su propio incógnito. La conclusión es normal; si el asesino es descubierto, pagará una prenda; en caso contrario la penitencia le corresponde al policía.

»Espero que convengan conmigo en que semejante juego se presta a las más variadas combinaciones. Desde un punto de vista absoluto sólo tiene un lado débil: genera una continua sospecha entre compañeros y semejantes bastante injustificada, como verán al final. Mucho más útil es el juego para aquellos que quieran intercambiarse fugaces besos en las tinieblas.

»Pero, llegado a este punto, debo reconocer que me han fallado mis mejores efectos de narrador. En efecto, me he perdido en preámbulos y ya estoy en el final de la historia antes de haberla empezado, pues ya me queda poco que decir. Yo erraba a tientas y de puntillas (para no darle pistas al desconocido policía) por la amplia sala y buscaba una víctima cualquiera. Justamente a mí me había tocado el papel de asesino. Estando en ésas, me sentí abrazar por la cintura por dos brazos convulsos. No tardé en reconocerlos; dos labios tiernos y ardientes rozaron apenas los míos. Quería retener a la muchacha pero se desprendió de mí rápidamente y se alejó en la oscuridad murmurando una palabra de afecto que no entendí. Era la primera vez que hacía eso. Yo ni siquiera pensé en matarla. Aturdido y feliz seguí moviéndome de

aquí para allá sin objetivo y el juego, al faltar mi intervención, se prolongaba más de lo habitual. A mi alrededor oía confusamente risas sofocadas de muchachas y otros ruidos. Aquellos jóvenes, para llamar la atención del ignoto asesino e inducirlo a actuar de una vez, golpeaban los muebles, tosían o se aclaraban la garganta fragorosamente.

»Tal vez me acerqué sin querer a los alborotadores y ellos, al oírme (pues ya no me cuidaba de amortiguar el ruido de mis pasos), y no sabiendo quién podría ser, callaron y también calló el movimiento. Hubo un silencio absoluto y lacerante a no ser por el viento que gemía y por el portillo que golpeaba rítmicamente a saber dónde. Entonces, de improviso, fui presa de una gran angustia, en evidente contraste con mi anterior estado de ánimo. Entonces oí un fuerte grito en la otra punta de la sala. Reconocí la voz, aunque parecía trastornada por el dolor. Casi al mismo tiempo se encendieron las luces.

»A veces ocurría que alguien se arrogase el derecho del asesino sin haber sido designado por la suerte para tal oficio, para crear confusión. Pensé que eso era lo que había pasado y me encaminé protestando al lugar donde el cuerpo de ella yacía en el suelo. Pero ya antes de llegar a ella vi en el rostro de los primeros en acudir una funesta consternación o, mejor, un inmenso estupor. Todos aquellos jóvenes tenían la cara atribulada de los inocentes ofendidos y agredidos, de las criaturas traicionadas. Callaban y apenas jadeaban; sólo algo más tarde estallaron los gritos.

»La muchacha yacía de espaldas, palidísima y con los ojos cerrados; una mano reposaba abandonada sobre su pecho, en su gesto habitual. En la oquedad de la clavícula, un poco a la izquierda de la garganta, se hallaba clavado hasta la empuñadura un puñal o un estoque, un arma de notables proporciones, cuya guarda saliente proyectaba una sombra ligera sobre los párpados azulados de la criatura apuñalada. Extraído aquel cuchillo, la sangre brotó a chorros de la herida.

»Ahora la historia ya acabó de verdad. Inútil añadir que el asesino nunca fue descubierto. Ni el policía en funciones ni los demás supieron qué decir ni qué hacer. Por lo demás, ¿quién de entre nosotros, y de toda la humanidad, habría tenido interés en matar a una muchacha así? El verdadero asesino no había dejado huellas ni indicio alguno.

»Todavía conservo aquel arma (concluyó el amigo enjugándose un poco de sudor y mirándonos, finalmente, a los ojos). La hoja, larga y afilada, está sutilmente damasquinada: la empuñadura se diría que es de cuernos con reflejos anacarados, verdes y rojos, muy oscuros. Pero también... (el amigo sonrió tímidamente) se diría que la empuñadura estaba hecha de una materia desconocida. ¿Y la hoja? Ciertamente brilla como acero pulido, ¿pero a qué se debe que los ligeros grumos de sangre en ella aún sean de un rojo vivo hoy, cuando tantos años han transcurrido?»

LA MUJER DE GOGOL

Fragores de guerra en torno

...LLEGADO así a enfrentarme con la compleja cuestión de la mujer de Nikolai Vasilievich, me asalta una duda. ¿Tendré yo derecho a revelar cuanto a todos es ignoto, cuanto mi propio inolvidable amigo tuvo oculto a todos (y tenía sus buenas razones para ello), cuanto —repito— servirá sin duda para alimentar las más malévolas y torpes interpretaciones, sin siquiera contar con que, tal vez, ofenda los ánimos de tantos sórdidos y frailunos hipócritas y, por qué no, a algún alma realmente cándida, si es que aún quedan? ¿El derecho, por último, de revelar algo ante lo cual mi propio juicio se retrae, cuando no se inclina del lado de una más o menos confesada reprobación? Pero, en suma, precisos deberes me obligan como biógrafo. Al juzgar que cualquier noticia acerca de hombre tan excelso pueda resultar preciosa para nosotros y para las futuras generaciones, no querré yo confiar a un lábil juicio, es decir, ocultar, lo que sólo al final de los tiempos podría, acaso, ser correctamente juzgado. Pues, ¿cómo nos atrevemos a condenar? ¿Acaso nos es dado saber no sólo a qué íntima necesidad, sino también a qué superior y general utilidad responden los actos de tan excelsos hombres, actos que, tal vez, nos parecen viles? Claro que no, porque de esas privilegiadas naturalezas nosotros, en el fondo, nada comprendemos. «Es cierto —dijo un gran hombre—. Yo también hago pipí, pero por otras razones.»

Pero diré, sin más, lo que me resulta de modo incontrovertible, lo que sé con toda certeza y puedo de todos modos probar acerca de la controvertida cuestión —que, a partir de ahora, me atrevo a esperar que no lo siga siendo, y que dejaré de resumir previamente porque ya es superfluo, dado el estado actual de la cuestión en los estudios gogolianos.

La mujer de Nikolai Vasilievich —en dos palabras— no era una mujer ni un ser humano cualquiera, ni siquiera un ser viviente cualquiera, animal o planta (como alguno, por otra parte, insinuó); era, simplemente, un fantoche. Sí, un fantoche. Y ello puede explicar bien la perplejidad o, peor, la indignación de algunos biógrafos, también ellos amigos personales del Nuestro. Los cuales se lamentan no sólo de no haberla visto nunca aunque visitaran bastante asiduamente la casa de su gran marido, sino también de no haber jamás «ni siquiera oído su voz». De lo cual infieren no sé qué oscuras, ignominiosas e incluso nefandas complicaciones. Pero no, señores, todo es siempre más simple de lo que se cree. Ustedes nunca oyeron su voz sencillamente porque ella no podía hablar. O, más exactamente, no podía hacerlo más que en determinadas condiciones, como veremos, y en todos los casos, menos en uno sólo, a solas con Nikolai Vasilievich. Pero dejémonos de inútiles y fáciles confutaciones, y vayamos a una descripción en lo posible exacta y completa del ser u objeto en

cuestión.

Así pues, la así llamada mujer de Gogol se presentaba como un vulgar fantoche de gruesa goma, desnudo en todas las estaciones y del color de la carne, o como se suele decir, color piel. Pero como las pieles femeninas no son todas del mismo color, precisaré que, en general, se trataba de una piel bastante clara y bruñida, como la de algunas morenas. Él, o ella, era, en efecto —está de más decirlo—, de sexo femenino. Pero conviene decir en seguida que también era grandemente mudable en sus atributos, pero sin llegar, como es obvio, a cambiar de sexo. Pero algunas veces, sí podía mostrarse flaca, casi sin pecho, de caderas estrechas, más semejante a un efebo que a una mujer. Otras se mostraba lozana en demasía, o por decirlo todo, gorda. Además, frecuentemente cambiaba el color de sus cabellos y de los otros pelos de su cuerpo, hicieran juego o no. Y también podía aparecer modificada en otros mínimos detalles, como la posición de los lunares, la viveza de las mucosas, etcétera, y hasta, en cierta medida, en el mismo color de su piel. De modo que, por último, podría uno preguntarse qué es lo que en realidad era y si, en verdad, se debería hablar de ella como de un personaje único. Pero, ya lo veremos, no es prudente insistir en este punto.

La razón de estos cambios estaba —según mis lectores ya habrán comprendido— nada más que en la voluntad de Nikolai Vasilievich, el cual la hinchaba más o menos, le cambiaba la peluca y otros vellos, la ungía con sus ungüentos y la retocaba de varias maneras a fin de obtener más o menos el tipo de mujer que le venía bien en ese día o en ese momento. Es más, a veces se divertía, siguiendo en ello la natural inclinación de su fantasía, en sacar de ella formas grotescas y monstruosas, porque está claro que, más allá de un cierto límite de capacidad, ella se deformaba y, así, también parecía deforme si se quedaba más acá de un determinado volumen. Pero Gogol se cansaba pronto de tales experimentos, a los que juzgaba «en el fondo poco respetuosos» para con su mujer, a la que a su manera (manera imperscrutable para nosotros) quería. La quería: ¿Pero a cuál precisamente de estas encarnaciones? —nos preguntaremos. ¡Ay! Ya he dicho que la continuación de la presente narración acaso nos dé una respuesta, sea la que fuere. ¡Ay! ¿Cómo he podido afirmar hace un momento que la voluntad de Nikolai Vasilievich gobernaba a aquella mujer? En cierto sentido, sí, es verdad, pero también lo es que ella pronto se convirtió, además de en su esclava, en su tirana. Y aquí se abre el abismo, la sima del tártaro, si lo prefieren. Pero procedamos con orden.

También dije que Gogol obtenía con sus manipulaciones *más o menos* el tipo de mujer que en cada momento le convenía. Añado aquí que cuando, por un extraordinario azar, la forma obtenida encarnaba cumplidamente la deseada, Nikolai Vasilievich se enamoraba de ella «de modo exclusivo» (como él decía en su lengua), y ello servía para mantener estable durante un cierto tiempo —es decir, hasta que sobrevenía el desamor— su apariencia. De tales violentas pasiones —o chaladuras, como por desgracia se dice hoy—, sin embargo, no conté más de tres o cuatro en toda

la vida, por así decir, conyugal del gran escritor. Añadiré en seguida, para abreviar, que Gogol también le había dado, unos años después de lo que se puede llamar su matrimonio, un nombre a su mujer. El nombre era «Caracas», que es, si no me equivoco, la capital de Venezuela. Los motivos que determinaron tal elección nunca pude saberlos: ¡extravagancias de otras mentes!

Si nos referimos a su forma media, Caracas era eso que se llama una mujer hermosa, bien formada y proporcionada en todas sus partes. Como ya se ha dicho, tenía en su justo lugar todos los más menudos atributos de su sexo. Particularmente dignos de mención eran sus órganos genitales (si es que este adjetivo puede tener sentido en este caso), que Gogol me permitió observar durante una memorable velada a la que me referiré más adelante. Eran el resultado de unos ingeniosos pliegues de la goma. Nada había quedado olvidado y varios ingenios, además de la presión del aire interior, hacían fácil su uso.

Caracas también tenía un esqueleto, si bien rudimentario, hecho tal vez de varillas de ballena. Especialmente esmerada había sido sólo la ejecución de la caja torácica, de los huesos de la pelvis y de los del cráneo. Los dos primeros sistemas quedaban, como es justo, más o menos visibles conformes al espesor, por así decir, del panículo adiposo que los cubría. Es una verdadera lástima —se me conceda añadir de pasada— que Gogol nunca quisiera revelarme el nombre del autor de obra tan bella. En su negativa ponía una obstinación que no me resulta nada clara.

Nikolai Vasilievich hinchaba a su mujer con una bomba de su invención, bastante parecida a esas que se sujetan con los dos pies y que hoy vemos usar en todos los talleres mecánicos, a través del esfínter anal, donde estaba situada una pequeña válvula a presión, o como se llame en lenguaje técnico, comparable a la válvula mitral del corazón, de modo que, una vez hinchado, el cuerpo todavía podía tomar aire, pero no soltarlo. Para deshincharlo era necesario desenroscar un taponcito colocado en la boca, en el fondo de la garganta. ¡Y, sin embargo...! Pero no nos precipitemos.

Y con esto me parece haber agotado la descripción de los detalles más notables de aquel ser. Pero aún tengo que recordar la estupenda fila de dientecitos que ornaba su boca y sus ojos oscuros que, salvo su constante inmovilidad, simulaban la vida a la perfección. Dios mío, simular no es la palabra, pero bien es cierto que nada de lo que se dijera de Caracas estaría bien dicho. También se podía modificar el color de sus ojos con un procedimiento especial muy largo y aburrido, pero era algo que Gogol hacía raras veces. Finalmente, debería hablar de su voz, que sólo una vez me fue dado escuchar. Pero no puedo hacerlo sin entrar en lo vivo de las relaciones entre los dos cónyuges, y aquí ya no me será posible seguir un orden cualquiera ni responder a cada cosa con igual y absoluta certeza. En conciencia no me será posible. Hasta tal punto es, por sí mismo y en mi mente, confuso lo que voy a narrar. Repasemos al buen tuntún algunos recuerdos.

La primera —digo— y última vez que oí hablar a Caracas fue en una cierta

velada rigurosamente íntima, pasada en la habitación donde la mujer —perdóneseme el verbo— vivía. Habitación cerrada para todos, decorada más o menos a lo oriental, sin ventanas y situada en el lugar más impenetrable de la casa. No ignoraba que ella hablase, pero Gogol nunca había querido aclararme las circunstancias especiales en que lo hacía. Allí dentro estábamos, por supuesto, sólo nosotros dos, o tres. Nikolai Vasilievich y yo bebíamos vodka y discutíamos sobre la novela de Butkov. Recuerdo que, saliéndose algo del tema, él iba defendiendo la necesidad de radicales reformas de la ley de sucesión. Casi la habíamos olvidado, cuando dijo de sopetón con una voz extremadamente ronca y sumisa, como Venus en el Toro:

—Quiero hacer caca.

Pegué un salto creyendo haber oído mal y la miré. Estaba sentada sobre un montón de cojines contra la pared y aquel día era una tierna beldad rubia metidita en carnes. Me pareció que su rostro había adquirido una expresión entre maligna y astuta, entre pueril y burlona. En cuanto a Gogol, enrojeció violentamente y saltó sobre ella metiéndole dos dedos en la boca. En seguida empezó a adelgazar y, podría decirse así, a ponerse pálida; volvió a recuperar aquel aire atónito y extraviado que le era propio hasta reducirse al final a no más que una piel floja montada en un somero batidor de huesos. Es más, como tenía (por intuibles razones de comodidad de uso) la espina dorsal extraordinariamente flexible, se dobló casi en dos y se quedó mirándonos desde aquella abyección suya durante el resto de la velada desde el suelo al que había caído.

—Lo hace por jugar o por malicia —gruñó Gogol a modo de comentario—, porque no sufre de semejantes necesidades.

Generalmente, en presencia de otros, es decir mía, se jactaba de tratarla con desdén.

Seguimos bebiendo y charlando, pero Nikolai Vasilievich parecía profundamente turbado y como ausente. De repente, se interrumpió y me tomó las manos estallando en lágrimas.

—¿Y ahora? —exclamó—. ¡Tú sabes que la amaba, Foma Paskalovich!

En efecto, conviene tener en cuenta que cada forma de Caracas era, salvo por un milagro, irrepetible. En suma, cada vez era una creación y habría sido vano el intento de reencontrar las particulares proporciones, la particular plenitud y así sucesivamente de una Caracas deshinchada. Así pues, aquella rubia metidita en carnes ya estaba perdida sin esperanza para Gogol. Y éste fue verdaderamente el fin mísero de uno de esos pocos amores de Nikolai Vasilievich a los que me refería anteriormente. Se negó a darme explicaciones, rechazó tristemente mis consuelos y esa noche nos separamos pronto. Pero su mismo desahogo sirvió para abrirme a partir de entonces su corazón. Cesaron muchas de sus reticencias y pronto casi no tuvo secretos para mí. Lo cual, entre paréntesis, es motivo de infinito orgullo para mí.

Durante los primeros tiempos de su vida en común parecía que las cosas iban bien para la «pareja». Nikolai Vasilievich entonces parecía contento con Caracas y dormía

con ella regularmente en la misma cama, cosa que, por otra parte, siguió haciendo hasta el final, afirmando con tímida sonrisa que no había compañera más tranquila y menos importuna que ella, de lo que, sin embargo, pronto tuve razones para dudar, a juzgar, sobre todo, por el estado en que a veces lo encontraba cuando se despertaba. Pero al cabo de unos años sus relaciones se embrollaron extrañamente.

Esto —adviértase de una vez por todas— no es más que un esquemático intento de explicación. Bueno, pues parece que la mujer empezó por entonces a manifestar veleidades de independencia o, por así decir, de autonomía. Nikolai Vasilievich tenía la extraña impresión de que ella iba adquiriendo una propia, si bien indescifrable, personalidad distinta de la suya y de que se le iba, por así decir, de las manos. Es verdad que una cierta continuidad acabó por establecerse entre sus distintas y múltiples apariencias; entre todas aquellas morenas, aquellas rubias, aquellas castañas, aquellas pelirrojas, aquellas mujeres gordas o flacas, adustas, níveas o ambarinas había, a pesar de todo, algo en común. Al principio del presente capítulo puse en duda la legitimidad de considerar a Caracas como un personaje único; pero, en realidad, yo mismo, cada vez que la veía, no conseguía liberarme de la impresión, por inaudito que pueda parecer, de que en el fondo se trataba de la misma mujer. Y, tal vez, precisamente por eso, Gogol sintió la necesidad de darle un nombre.

Otra cuestión era intentar establecer en qué consistía propiamente la cualidad común a todas aquellas formas. Puede ser que fuera, ni más ni menos, el soplo creador mismo de Nikolai Vasilievich. Pero, en realidad, habría sido demasiado singular que él se hubiera sentido tan escindido de sí mismo y tan adverso a sí mismo. Pues, para decirlo todo de una vez, Caracas, quienquiera que fuese de hecho, era siempre una presencia inquietante y —conviene ser claros— hostil. Sin embargo, en conclusión, ni Gogol ni yo conseguimos nunca formular una hipótesis vagamente plausible sobre su naturaleza; digo formularla en términos racionales y accesibles a cualquiera. De todos modos, no puedo callarme un extraordinario caso que se produjo por entonces.

Caracas enfermó de un mal vergonzoso o, por lo menos, enfermó Gogol, el cual, sin embargo, nunca tuvo contactos con otras mujeres. Cómo pudo ocurrir aquello o de dónde proviniese la sucia enfermedad es algo que ni siquiera intento averiguar y sólo sé que aquello ocurrió. Y que mi infeliz y gran amigo me decía a veces:

—Ya ves, Foma Paskalovich, cuál era el meollo de Caracas: ¡Ella es el espíritu de la sífilis! —mientras otras veces se acusaba absurdamente a sí mismo (él siempre fue proclive a la autoacusación).

Este caso fue, además de todo, una auténtica catástrofe por lo que se refiere a las relaciones, ya tan oscuras, entre los cónyuges y a los contradictorios sentimientos de Nikolai Vasilievich, el cual, además, se veía sometido a curas continuadas y dolorosas (las de la época), ya que la situación se había agravado por el hecho de que la enfermedad no parecía, obviamente, curable en la mujer. Añado, además, que Gogol se hizo ilusiones durante un cierto tiempo, hinchando y deshinchando a su mujer y

atribuyéndole los más variados aspectos, de lograr una mujer inmune al contagio, pero tuvo que desistir sin obtener ningún resultado.

Pero abreviaré la narración para no aburrir a mis lectores porque, además, mis conclusiones cada vez son más confusas y menos seguras. Y apresuraré el trágico desenlace, a propósito del cual, entiéndase bien, de nuevo me proclamo seguro de lo que afirmo. En efecto, fui testigo ocular del mismo. ¡Y ojalá no lo hubiera sido!

Pasaron los años y el disgusto de Nikolai Vasilievich por su mujer era cada vez mayor aunque su amor no diera señales de disminuir. En los últimos tiempos la aversión y el apego a ella se daban tan fiera batalla en su ánimo que él quedaba maltrecho y hasta quebrantado. Sus ojos inquietos, que tantas y tan distintas expresiones sabían asumir y tan dulcemente, a veces, hablar al corazón, conservaban ya casi siempre una luz febril, como si estuviera bajo los efectos de una droga. Las más raras manías se apoderaron de él acompañadas de los más siniestros terrores. Cada vez más frecuentemente me hablaba de Caracas, a la que acusaba de cosas impensables y sorprendentes. Y en eso yo no podía seguirlo, dado mi trato poco continuado con su mujer y mi poca o ninguna intimidad con ella y dada, sobre todo, mi sensibilidad extremadamente limitada en comparación con la suya. Me limitaré, pues, a referir tal cual algunas de sus acusaciones sin dejar entrever ninguna de mis personales impresiones.

—¿Lo entiendes o no, Foma Paskalovich? —solía decirme, por ejemplo, Nikolai Vasilievich—. ¿Entiendes o no que ella *está envejeciendo*? —y me tomaba las manos, como solía hacer, entre conmociones indecibles. También acusaba a Caracas de abandonarse a sus placeres solitarios, a pesar de su expresa prohibición. Al final, incluso llegó a acusarla de traición. Pero sus argumentos al respecto llegaron a ser tan oscuros que no quiero seguir hablando de ello.

Lo que parece ser cierto es que en los últimos tiempos Caracas, vieja o no, se había convertido en una criatura ácida o, franciscanamente, irritable, hipócrita y llena de manías religiosas. No excluyo que pueda haber influido en la actitud moral de Gogol en el último período de su vida, actitud de todos conocida. Sea como sea, la tragedia estalló de improviso una noche en que Nikolai Vasilievich celebraba conmigo sus bodas de plata, noche que fue, por desgracia, una de las últimas que pasamos juntos. Qué fue lo que la provocó, cuando él ya parecía resignado a tolerarle todo a su consorte, no me es posible ni me corresponde a mí decirlo. Ignoro qué nuevo acontecimiento se produjo en esos días y me atengo a los hechos. Que mis lectores se formen por sí mismos su propia opinión.

Esa noche Nikolai Vasilievich estaba especialmente agitado. Su disgusto por Caracas parecía haber alcanzado una violencia sin precedentes. La famosa «quema de las vanidades», es decir, la quema de sus valiosos manuscritos, ya había sido cumplida por él, no me atrevo a decir que por instigación de su mujer. De modo que su estado de ánimo estaba también, por otras razones, muy castigado. En cuanto a sus condiciones físicas, cada vez eran más penosas y reforzaban mi impresión de que

estaba drogado. Sin embargo, empezó a hablar de modo bastante normal de Belinski, que le estaba dando muchos disgustos con sus ataques y sus críticas a la *Correspondencia*. Pero, de repente, se interrumpió exclamando mientras las lágrimas acudían a sus ojos:

—¡No, no! Es demasiado, es demasiado... ¡Ya no es posible! —y otras frases oscuras e incongruentes de las que no daba ninguna explicación. Además, parecía hablar consigo mismo. Juntaba las manos, movía la cabeza, se levantaba bruscamente para volver a sentarse después de haber dado cuatro o cinco pasos torpes. Cuando Caracas apareció, o mejor nos trasladamos, ya muy entrada la noche, a su habitación oriental, él ya no se controló y empezó a comportarse como (si me es lícita tal comparación), como un viejo chocho presa de sus manías. Por ejemplo, me daba con el codo haciéndome guiños y diciendo insensatamente:

—¡Ahí está, ahí está, Foma Paskalovich...! —mientras ella parecía considerarlo con despectiva atención. Pero más allá de semejantes «manierismos» se sentía en él un sincero horror, que había alcanzado, supongo, los límites de lo tolerable. En efecto...

Al cabo de un cierto tiempo, Nikolai Vasilievich pareció recuperar fuerzas. Estalló en llanto, pero en un llanto, yo diría, más viril. De nuevo se retorció las manos, agarraba las mías, paseaba, murmuraba:

—¡No, basta, no es posible...! ¿Yo una cosa así...? ¿A mí una cosa así? ¿Cómo es posible soportar *esto*, soportar *esto*? —y cosas por el estilo. Luego, inesperadamente, se lanzó sobre la a su tiempo recordada bomba para arrojarla como un torbellino sobre Caracas. Le introdujo la cánula en el ano y empezó a hinchar... Mientras tanto, lloraba y gritaba como un obseso—. ¡Cuánto la amo, Dios mío, cuánto la amo! ¡Pobre y querida mía...! Pero tiene que estallar. ¡Mísera Caracas, criatura infeliz de Dios! Debes morir —y siguió hablando de esta guisa alternando sus imprecaciones.

Caracas se hinchaba. Nikolai Vasilievich sudaba, lloraba y seguía bombeando aire. Yo quería detenerle pero no tuve, no sé por qué, el valor de hacerlo. Ella empezó a deformarse y pronto fue una apariencia monstruosa, pero hasta entonces no daba señales de alarma, ya que estaba acostumbrada a aquellas bromas. Pero cuando empezó a sentirse llena de modo intolerable o, acaso, comprendió las intenciones de Nikolai Vasilievich, asumió —diría yo— una expresión entre estúpida y temerosa, incluso suplicante, sin perder, no obstante, su aire desdeñoso. Tenía miedo, casi suplicaba, pero aún no creía, no podía creer, en su próxima suerte ni en tanta audacia en su marido. Por lo demás, éste no podía verla porque estaba detrás de ella. Yo la miraba como fascinado y no movía un dedo. Finalmente, la excesiva presión interior forzó los frágiles huesos inferiores del cráneo, imprimiendo en su rostro una mueca indescriptible. Su barriga, sus muslos, su pecho, todo cuanto podía ver de su trasero, habían alcanzado proporciones inimaginables. De improviso, eructó y emitió un largo gemido silbante, fenómenos que, si se quiere, se pueden explicar por la anteriormente

citada presión del aire, que se abría impetuosamente paso a través de la válvula de la garganta. Por último, los ojos se revolvieron y amenazaban con salirse de las órbitas. Con las costillas ampliamente abiertas y no unidas por el esternón, ya se parecía en todo a una serpiente pitón digiriendo un asno —qué digo— un buey o un elefante. Sus órganos genitales, aquellos órganos rosados y aterciopelados tan amados por Nikolai Vasilievich, sobresalían horrendamente. Llegado a este punto, la consideré muerta. Pero Nikolai Vasilievich, sudando y llorando, murmuraba «querida, santa, buena», y seguía bombeando.

De repente, estalló, por así decir, toda de una vez. O sea, que no fue una zona de su piel la que cedió, sino toda la superficie de la misma a la vez. Y se esparció por el aire. Los trozos cayeron más o menos lentamente según su tamaño, que, en cualquier caso, era mínimo. Recuerdo claramente un trozo de mejilla con una parte de la boca colgando de la esquina de la repisa de la chimenea; y más allá un jirón de un pecho con su punta. Nikolai Vasilievich se miraba como ido. Luego se recuperó, y presa de nueva furia, se dedicó a recoger con todo cuidado aquellos pobres pingajos que habían sido la bruñida piel de Caracas y toda ella.

—¡Adiós, Caracas! —me pareció oírle susurrar—, adiós, me dabas demasiada pena... —inmediatamente después añadió con toda claridad—: ¡Al fuego, al fuego! ¡Al fuego con ella también! —y se persignó, con la izquierda, claro.

Recogido que hubo aquellos marchitos guñapos, incluso subiéndose encima de los muebles para no olvidar ni uno, los arrojó a las llamas de la chimenea donde comenzaron a arder lentamente y con un olor desagradable en demasía. En efecto, como todos los rusos, Nikolai Vasilievich tenía la pasión de arrojar cosas importantes al fuego.

Con el rostro encendido y con una expresión indecible de desesperación y siniestro triunfo contemplaba la pira de aquellos míseros restos. Me había agarrado el brazo y lo apretaba de modo convulso. Pero aquellos fragmentos de despojos apenas habían comenzado a consumirse cuando pareció que volvía a recuperarse y a acordarse repentinamente de algo o que tomaba una gran decisión. De repente, salió corriendo de la habitación. A los pocos segundos lo oí hablar a través de la puerta con voz rota y chillona.

—¡Foma Paskalovich —gritaba—, Foma Paskalovich, prométeme que no mirarás, *golubcik*, lo que voy a hacer!

No sé bien lo que le respondí ni si intenté calmarlo de algún modo. Pero él insistía. Tuve que prometerle, como a un niño, que me volvería de cara a la pared y que esperarí su permiso para darme la vuelta. Entonces la puerta se abrió con estruendo y Nikolai Vasilievich entró precipitadamente en la habitación y corrió hacia la chimenea.

Al llegar aquí debo confesar mi debilidad, por otra parte justificable, consideradas las extraordinarias circunstancias en que me hallaba. Yo me volví antes de que Nikolai Vasilievich me diera su permiso, fue más fuerte que yo. Me volví apenas a

tiempo para ver que llevaba algo en brazos, algo que en seguida arrojó con todo lo demás al fuego, que ahora llameaba alto. Por otra parte, habiéndose apoderado irresistiblemente de mí el deseo de ver hasta el punto de vencer en mí cualquier otro sentimiento, me lancé hacia la chimenea. Pero Nikolai Vasilievich se puso delante de mí y me rechazó con el pecho, con una fuerza de la que no le creía capaz. Mientras tanto, el objeto ardía con una gran humareda. Cuando dio señales de que se calmaba sólo pude ver un montón de ceniza muda.

La verdad es que si quería *ver* era, sobre todo, porque ya había *entrevisto*. Sólo había entrevisto; sin embargo, tal vez, no debería atreverme a seguir con mi relato ni introducir un dudoso elemento en esta verídica narración. Pero un testimonio no se completa si el testigo no refiere también lo que le es conocido sin absoluta certeza. Resumiendo, aquella cosa era un niño. No un niño de carne y hueso, claro, sino algo más bien como un fantoche o un muñeco de goma. Algo, en fin, que por su apariencia se diría que era *el hijo de Caracas*. ¿Es que yo también caí en delirio? No sabría decir hasta qué punto. Pero, en cualquier caso, eso es lo que vi, confusamente, pero con mis propios ojos. ¿Y a qué sentimiento he obedecido ahora cuando, al referir el regreso de Nikolai Vasilievich a la habitación, me callé que murmuraba para sí: «¡Él también, él también!»?

Y con esto todo lo que conozco de la mujer de Gogol se agota. De lo que luego fue de él mismo hablaré en el próximo capítulo, el último de su vida. Además, interpretar sus sentimientos en la relación con su mujer, como en todas, es algo muy distinto y mucho más arduo. Y, sin embargo, eso ya se intentó en otro lugar y en otra parte del presente volumen, a la que remito al lector. Mientras tanto, espero haber arrojado suficiente luz en una controvertida cuestión y haber desvelado, si no el misterio de Gogol, al menos el de su mujer. Implícitamente he rebatido la insensata acusación de que él maltrataba e incluso pegaba a su compañera, así como otros absurdos. ¿Y qué otra intención puede tener, en el fondo, un humilde biógrafo, como lo soy yo, sino la de enaltecer la memoria del hombre excelso al que hizo objeto de su propio estudio?

SOMBRAS

AHORA que vuelven a estar de moda las memorias de ladrones, no veo por qué yo no debería contar un curioso episodio de mi larga y, a Dios gracias, afortunada carrera. La verdad es que tal episodio tuvo poco que ver con dicha carrera, tan magro fue el botín que obtuve en aquella ocasión, pero, o me engaño, o su interés no es menor por tratarse de algo distinto. Pero vamos al grano.

En aquel tiempo feliz era joven. Es decir, era feliz porque era joven y sólo por esta razón. En realidad, no todos los días tenía algo que echar en la olla al fuego. Aún no había iniciado aquella actividad constante y, en cierto sentido, protegida por las leyes, que posteriormente me aseguró el bienestar e incluso la prosperidad, ni tampoco había encontrado aún a la compañera de mi vida, que tanto supo ayudarme. Así pues, vagaba sin meta en busca de oportunidades y, sobre todo, de ideas. Y en ésas, una noche de verano en que el hambre se dejaba sentir de modo particular (y esa situación me hacía estar dispuesto a todo), pasando por un camino vecinal, me hallé ante una gran y antigua mansión a bastantes kilómetros de distancia de la población más próxima, población que era una aldea de nuestra provincia más remota. Y, no tanto porque esperase o divisase nada, sino más bien por simple curiosidad, dejé ir mi mirada más allá de una cancela que daba acceso al parque. Lo que vi me puso, en un primer momento, los pelos de punta.

De una puerta lateral del edificio había salido algo que, a no llamarlo un fantasma, pasara uno por loco. Algo, digo, que reproducía punto por punto la imagen de esos entes tan apreciada por la fantasía popular, y que, bamboleándose, se dirigía, ante mis ojos aterrorizados, hacia las densas sombras del parque. En vano intentaba yo aguzar la vista sobre aquella forma blanca. La noche era sin luna y nublada y la mansión (con sus alrededores) estaba completamente oscura hasta el punto de que se habría dicho que estaba deshabitada.

No digo que pensara exactamente que me hallaba en presencia de un auténtico fantasma, pero bien se puede creer que aquella visión, sin contar con mi hambre, llegase a acobardarme. Pero, por suerte, al cabo de un momento una nueva y menos terrorífica aparición le dio al caso un aspecto más confortable. Era, por así decir, una sombra humana, la cual, salida de la misma puerta, alcanzó al fantasma y se entretuvo con él en un breve coloquio en voz baja. Luego volvió a entrar, mientras aquél seguía hacia el parque. Aún no había llegado a él cuando un fragoroso disparo detrás de la mansión me sobresaltó. Como si no bastase, al disparo le siguió un grito agudo (masculino) y luego un confuso griterío. Pero bueno, ¿qué demonios estaba pasando en aquella solitaria mansión? Más de una explicación me pasó por la cabeza, pero de momento no pude dar con la correcta, que, además, no se hizo esperar.

Me había parado en la sombra de un árbol desde donde podía seguir cómodamente el desarrollo de los acontecimientos. Así, muy pronto vi un tropel de

personas, o de sombras, atravesar el parque hacia el fondo y entonces, para darme razón del enigma, me alcanzó clara una voz de mujer, bastante histérica, dominada no se sabe si por el llanto o por la risa. Decía:

—No, no, es inútil. ¡Es inútil! En cambio... Debes demostrar que no tienes miedo y entonces hasta se dejan mandar, ¿sabes? Ven, ven. Vamos todos.

Pasaron tal vez dos minutos y oí una temblorosa voz, ésta masculina, que clamaba:

—En nombre de Dios te ordeno... (lo demás no se entendió).

Así pues, la explicación era fácil y alegre. Aquellos señores sólo estaban gastando una broma a algún amigo suyo un poco simplón. Debían haberle hecho creer que la mansión estaba habitada por fantasmas y seguían divirtiéndose a su costa. Como confirmación, en ese momento vi una pareja de fantasmas que, corriendo y entre risas ahogadas, volvían a entrar por otra puertecilla lateral.

Y ahora, si quiero ser breve, diré en seguida que aquel descubrimiento fue suficiente para cambiar mi interés general y de mera curiosidad, en personal y razonado. En efecto. ¿Qué mejor ocasión que ésta habría podido encontrar para ejercer mi actividad y, en consecuencia, matar mi hambre? Introducirse en la casa debía ser la cosa más fácil del mundo, vista la gran confusión que allí reinaba, que las puertas estaban abiertas, que todo estaba a oscuras y que los dueños tenían la cabeza llena de grillos. Lograría saltar sin ser visto la cancela que tenía ante mí; de eso no tenía la menor duda. Si pudiera apoderarme de una sábana, entonces sí que estaría de verdad a cubierto.

Otros tiros retumbaron hacia el insondable fondo del parque a los que respondió uno desde la casa. Ése parecía ser el momento favorable. Y en breve, echado sin más un vistazo al camino desierto, me agarré a la reja de un ventanal que se abría en el muro a poca distancia de la cancela. De allí a lo alto del muro el paso no era largo y me encontré en el tejado, seguramente, de un invernadero de limoneros desde donde no me fue difícil descolgarme en el parque. Y de nuevo me paré a reflexionar. En primer lugar, estaba la cuestión de los tiros, que me preocupaba un poco. Aún no sabía bien a quién o a qué le disparaba aquella gente, pero el hecho es que disparaban y que había que ser prudente. En segundo lugar, bien estaba todo lo que anteriormente había observado, pero si me introducía sin más en una casa siempre me arriesgaba a toparme con alguien que habría podido reconocerme o, mejor dicho, no reconocerme en absoluto. Además, ¿cómo procurarme una sábana o algo parecido antes de entrar en la casa? Pero, como van a oír, a quien sabe mirar y mantiene la cabeza en su sitio nunca le faltan oportunidades.

Procedía cautelosamente por el parque al reparo de las añosas plantas para rodear la casa y conocer algo mejor aquellos parajes, cuyos detalles, aunque vagamente, mis ojos, acostumbrados a la profunda oscuridad, ya distinguían. A mi alrededor oía continuos murmullos y pisadas tan próximos que me obligaron a refugiarme a toda prisa detrás del saliente de una torre o pabellón que se alzaba allí cerca. Desde aquel

punto podía ver la lívida fachada posterior de la mansión y también podía ver de soslayo un fantasma inmóvil al reparo de un matorral, casi al pie de la misma fachada. Pero, de improvviso, en una de las ventanas apareció una sombra clara blandiendo algo que parecía una escopeta, alcanzada en seguida, con un estallido de voz, por otra que parecía querer detenerla.

—¡Déjame, déjame! —gritó airadamente la primera, y de su rama partió un tiro en dirección, como se vio por la llamarada, del fantasma. Por lo demás, no siguió nada de lo que habría podido esperarme: ni gritos del herido ni ninguna otra reacción. La forma blanca siguió donde estaba sin siquiera tambalearse. Evidentemente, como más tarde se me confirmó, el fantasma, al verse en el punto de mira, se dio a una precipitada fuga a través y más allá del matorral, abandonando su sudario. Bueno, héteme aquí, habiendo empleado la necesaria circunspección, en posesión de la tan deseada sábana, todo lo agujereada que se quiera, pues había recibido una buena perdigonada, pero perfectamente adecuada para mis fines. Y héteme aquí dispuesto a entrar, si bien furtivamente, en la casa y en la vida de aquellos hombres, donde por un cierto tiempo hice el papel del ratón, es decir, de ese animal de silenciosos y misteriosos pasos que, sin ser visto, escucha todas nuestras conversaciones, vigila todos nuestros actos, incluso los más íntimos, y de cuya existencia, a no ser por sus correrías, nadie sospecharía.

Me dirigí a una puerta cualquiera y entré. Pero, una vez llegado aquí, y como a fin de cuentas no soy hombre de pluma, renuncio a describir pormenorizadamente las fases y las circunstancias de mi exploración y, sacrificando todo posible efecto, me limito a referir sus resultados.

Resumiendo, espiondo allá, escuchando acullá y, cuando era el caso, lanzándome personalmente a la descubierta, muy pronto fui capaz de reconstruir perfectamente la situación así como, más o menos, de orientarme en la casa y en sus aledaños. Por lo que se refiere a las personas, al cabo de una hora, ya había aprendido a reconocerlas a todas, salvo a algunos fantasmas que iban siempre con la cabeza tapada, y las distinguía mejor de lo que pueda pensarse, ya que, aparte del total acostumbramiento de mi vista, no hay que olvidar que todas las puertas y ventanas estaban abiertas de par en par para recoger la escasa claridad exterior. Finalmente, debo advertir, y tal vez no sería necesario, que si bien yo había entrado allí evidentemente con el único fin de robar, también me entretuve allí más de lo necesario a causa de una especie de invencible curiosidad.

Así pues, resumamos. La casa, como ya he dicho, era una grande y antigua mansión, con sus habitaciones dispuestas de un modo, por lo menos, complicado, con pasillos y corredores, con habitaciones ciegas o una dentro de otra y estancias dotadas de numerosos accesos no siempre evidentes, con cambios de nivel en el mismo piso, con amplios sótanos y ornadas con profusión de cortinajes, visillos y tapicerías varias. Dicho en pocas palabras, una vieja casa señorial de provincia y el teatro más

adecuado para la burla que en ella se estaba jugando. Dueños de la casa eran un conde, el cual iba casi siempre seguido de su factor o administrador u hombre de confianza, y su hermana. Había, además, un amigo de la familia y tal vez pariente, al que se debía la idea de la burla, otro amigo y pariente, una amiga o pariente lejana de la hermana y, naturalmente, el propio burlado, un barón bajito, rubito y membrudo. En total cinco hombres y dos mujeres, sin contar, claro, los fantasmas machos y hembras, cuyo número, por obvios motivos, no puedo precisar, reclutados entre la servidumbre de la mansión y demás dependientes, como los caseros y el granjero con su familia (porque la mansión debía contar con una granja). El mismo factor podía, en caso de necesidad, transformarse en fantasma. Él y los señores, incluidas las mujeres, iban armados hasta los dientes con armas de caza y pistolas nuevas y antiguas y todos disparaban a tontas y a locas sin venir a cuento contra los árboles, las ventanas abiertas y contra los fantasmas no vulnerables, de los que hablaré más adelante. Disparaban por gusto, por ostentación, para aturdir cada vez más al barón, el cual también iba armado y también disparaba, y sin tomar en consideración los distintos tipos de fantasmas. Pero sus cartuchos estaban hábilmente «castrados» (es decir, privados, en nuestro caso, de plomo) antes de serle entregados y, en líneas generales, se intentaba dirigir su atención y su fuego sobre objetos que pudieran recibirlo sin daño. Eso no quita que tales intervenciones (como en el caso anteriormente referido, cuando conquisté mi sudario) pudieran resultar tardías y entonces había que tener los ojos bien abiertos. Por lo demás, toda la burla, considerado el conjunto de las circunstancias, no carecía de graves peligros para las personas, pero, tal vez por eso, parecía más excitante: era una burla de señores. La casa estaba a oscuras por la sencilla razón de que los fantasmas no se muestran a la luz. Se objetará que al barón le habría bastado con dejarla encendida o volverla a encender para tenerlos controlados, pero eso era, probablemente, lo que él no quería. Dicho de otra manera; la atracción del horror debía ser en él —como sucede— más fuerte que el simple miedo. Tal vez se viera obligado a pedir él mismo, como un reto, la supresión de la luz y ahora, espíritu formalista y petulante tal como parecía, si bien fascinado, se interesaba casi científicamente en las modalidades de aquellas apariciones; o, quizá, aún se hacía ilusiones de descubrir el engaño; ilusión, en todo caso, de las más vanas, ya que el engaño era tan burdo que había que estar como él, completamente ido, para no descubrirlo. Y, por último, yo había encontrado las cosas ya hechas y no debo entrometerme explicando cómo o por qué fueron hechas. De todas maneras, sólo añadiré que el fusible principal había sido retirado.

Voceando, riendo (pero aparte), disparando y agitándose de mil modos y los fantasmas apareciendo, desapareciendo y deslizándose, todas estas personas corrían libre y caprichosamente de una estancia a otra, arriba y abajo, dentro y fuera, en un incesante ir y venir. La casa entera, desde los sótanos al desván, y el parque, era el campo de sus proezas y no había estancia ni pabellón cuyo acceso estuviera prohibido. Por lo que a mí respecta, el único modo que tenía para sostener mi

posición era hacer también de fantasma más o menos activo, y así, a ratos, seguía a mis compañeros y, a ratos, me apartaba para mis operaciones y, o bien pasaba completamente inadvertido o, lo que es lo mismo, se advertía mi presencia pero se consideraba de lo más natural. A veces alguien me dirigía la palabra, pero las circunstancias me permitían responder sólo por señas o no responder en absoluto.

Empecé por visitar la cocina, donde sin dificultad encontré algo que poner entre mis dientes. Inmediatamente después, ya que también mis bolsillos estaban famélicos, me ataré en alimentarlos. Pero aquellos grandes señores, Dios los proteja, debían tener, junto con otras muchas inclinaciones aristocráticas, el gusto por la calderilla, y entre todos tenían en la casa una suma tan exigua que me avergüenza decir cuál era (bien es verdad que algo más encontré en casa del factor). Me dediqué entonces a las alhajas y no tuve mayor suerte. Si de verdad tenían objetos de valor, seguro que los llevaban encima o, siguiendo una deplorable costumbre, los tenían sepultados en el banco sin utilidad para nadie. En los tocadores de las damas encontré un par de pendientes, dos o tres broches, una pulsera y alguna otra alhajilla de menor cuantía, y eso fue casi todo. Resultado general: un mes de vida o dos, todo lo más. Paciencia: nuestro oficio sería demasiado fácil si siempre se encontrara lo que se busca a la primera. No, nuestro oficio también necesitaba además de prudencia, de asiduidad, de laboriosa tenacidad, de fortaleza y de no sé cuántas otras virtudes más o menos cardinales.

—En nombre de Dios (nuestro salvador, sugirió una mujer)... Ah... sí. En nombre de Dios nuestro salvador, te ordeno que te muestres tal como eres. Y ahora, vuélvete a la derecha. Y ahora a la izquierda. Y ahora te ordeno que vuelvas a desaparecer en el infierno (¡Que no! debes decir: en la sima infernal)... en la sima infernal de donde saliste...

Aquí estaba de nuevo el barón, el cual, ante el muro del parque y rodeado de toda la comparsa, daba órdenes a un pingajo o tosco fantoche que alguien movía con una pértiga desde el otro lado del muro.

—¿Has visto qué bien lo he dicho?

—Sí, pero... ahí va otro. Ahí va, ahí va, por allí...

Pero éste no respondió a los exorcismos, tal vez porque había sido colocado allí por el manipulador, y el barón le soltó todo el cargador de su pistolón.

—Ya. ¿Y qué es lo que pretendes hacer?

El buen hombre huyó hacia la casa agarrándose la cara entre las manos.

—Escucha, ven aquí. Ahora hablo en serio —tartamudeaba un momento más tarde agarrando por las solapas y luego abrazando estrechamente al primer amigo, al autor de la idea, digamos—. Júrame... júrame por tu honor de caballero que todo esto no es un engaño, que no me estáis gastando una broma, que...

—Lo juro —fue la alta y solemne respuesta de aquél, que del honor de un caballero debía tener un concepto más bien somero, o bien había aprendido de los

jesuitas a hacer los cuernos detrás de la espalda, a levantar del suelo el pie derecho y no sé qué otras cosas. El barón casi estalló en lágrimas.

Fue entonces cuando la actitud de Lorenzo (el segundo amigo) y de Marta (la hermana del conde) llamó mi atención. En efecto, mientras tenía lugar tan dramático coloquio, ellos dos, sin darle la menor importancia, se miraban fija e intensamente, o eso parecía. O mejor, era el hombre el que, vuelto a medias hacia la mujer, la miraba fijamente mientras ella se miraba con aire abstraído la punta de los zapatos. El uno podría tener unos cuarenta años y era alto y bien formado. La otra, posiblemente dos o tres años más, como se traslucía sobre todo por algún gesto cansado, ya que por lo demás había que considerar que, alta, ondulante y de cutis deslumbrante y casi fosfórico, se había conservado tan fresca como una jovencita. Pero en éstas volvió a aparecer ruidosamente el conde con su fiel factor, que seguro que se habían alejado para hacer más preparativos, truncando sus ensoñaciones y mis observaciones.

Otros majestuosos fantasmas, llenos o vacíos, estaban, o se movían lentamente, por todas, repito, las estancias de la casa. Sin embargo los segundos, los vacíos, debían moverse continuamente para evitar que el barón, animado ya por la audacia de la desesperación, no se encontrase, en su osadía, con una sábana en las manos. Volveré a hablar de estos fantasmas, algunos de los cuales estaban realmente muy «logrados», según la curiosa impresión que me provocaban a mí mismo así como —y tengo todos los motivos para suponerlo— al conde y a sus compañeros. Hablando sin tapujos, allí en la oscuridad a veces nos daban miedo a nosotros mismos. Y, además, he olvidado hacer mención de todos los accesorios de la puesta en escena, como arrastrar de cadenas, gruñidos, lamentos, chasquear de sudarios, que, no hay duda, eran sonidos lúgubres y espantosos. Añádanse en algunos momentos los desgarradores gritos del barón y júzguese, si tales eran nuestros sentimientos, cuáles serían los suyos.

Y así, en estos juegos, el tiempo pasaba. La hora era ya muy avanzada.

—¿Entonces vendrás? ¿Vendrás?

En las palabras de Lorenzo había un apremio casi espasmódico. Él y Marta, al venir a la estancia en que yo me hallaba y que creían vacía, me habían obligado a refugiarme detrás de una cortina. Dios mío, por supuesto detrás de la cortina había una puerta abierta de par en par, como todas. Pude irme tranquilamente a ocuparme de mis asuntos pero, en cambio, me quedé allí.

—¿Vendrás?

—No. No puedo... No puedo.

—¿Pero por qué? ¿Quieres decirme, puedes decirme de una vez por qué?

—Porque no. De verdad, Lorenzo, no puedo. Yo... no salgo nunca.

—No es verdad. Sales muchas veces, en coche y también a pie. Vas a ver a tus tías y haces mil cosas en el pueblo. Sería tan fácil para ti... Ven a mi casa sólo media hora. Te juro que no te entretendré más de media hora. En mi casa no hay nadie, ya lo

sabes. Yo estoy solo como un perro. ¿Entonces, vendrás?

—No, no. Y, además, si mi hermano...

—¡Tu hermano! Siempre hablas de él. Pero a tu edad tú puedes hacer lo que te plazca. Además, tu hermano no es ningún tonto y puede comprender muy bien que tú...

—No lo conoces.

—¡Y dale! ¿Pero qué puede importar eso? Bueno, pues no es necesario que tu hermano lo sepa. Posiblemente tú no quieras porque piensas que yo... No, no es eso lo que quiero, Marta. Yo sólo querría hablar contigo tranquilamente, con calma, sin miedos... O tal vez... Pero resulta que soy yo el que habla, como siempre. Explícame, dame a entender algo, di algo.

—Pero si no tengo nada que decir. Tú lo sabes todo; ya te lo he dicho todo.

—¿Qué me has dicho? No haces más que repetir que no puedes venir a mi casa, que no puedes hacer ninguna otra cosa. Si por lo menos dijeras que no quieres.

—Eso es, sí. No quiero.

—Eso es falso. Falso ante Dios. Es una mentira, una blasfemia. Escúchame, ¿no puedes por una vez abandonarte... abandonarte a tus sentimientos, deshacer esta oscura maraña que llevas dentro de ti, este nudo de serpientes, de cosas frías que te hielan el corazón y hallar una voz, palabras, palabras que decir a otro ser, aunque sea a un tonto como yo...?

—No me atormentes, Lorenzo.

—Escúchame, Marta. Yo te quiero, pero tú tal vez no me creas o no puedas creerme aunque algunas veces te esfuerces en hacerlo. Y tú a eso lo llamas duda, pero no es una simple duda. Es... no sé... un sentimiento más invencible, más tiránico, más... Es que eres gélida y soberbia como la cumbre nevada de una montaña, egoísta como... ¡No! ¡Qué te estoy diciendo! Tú eres todo eso y muchas cosas más, más dulces, más... Yo ya no puedo mirarte sin sentir la indomable necesidad de abrazarte, de... Eres engañosa pero desprendes calor... Tus largas manos, tus dientes, tus pestañas brillantes... Perdóname. No era eso lo que quería decir. Cuánto me haces hablar, y tú sigues muda... Yo te quiero pero tú también me quieres, lo sé y no puedo engañarme. Lo sé por tus ojos, por el temblor de tu voz, por todo. Y entonces...

—Lorenzo, Lorenzo, no me hables así... Dentro de poco regresarás a la ciudad y dejarás de pensar en mí. ¿Cuándo partes? ¿Por qué no partes ahora mismo?

—No, Marta, no lo haré. Tú me martirizas, me matas; tú agarras con una mano de hielo tu propio corazón para sofocar sus latidos... ¿Es eso lo que te da miedo? ¿Que me vaya y te olvide? ¿O lo esperas de verdad? Pero dime, habla, dame alguna explicación. ¿Temes que un día yo ya no te quiera mientras tú sigues queriéndome y tu orgullo sufre desde ahora por algo que no existe, que no podría existir? ¿O temes...? Pero yo quiero casarme contigo. Yo puedo casarme contigo mañana, Marta.

—¡Oh, Lorenzo! Déjame tranquila. ¿Quieres que te lo pida de rodillas?

—Ven aquí, Marta. Dame tu mano.

—No. Óyeme. Si esperabas... si querías inspirarme estos sentimientos, si tenías la fuerza para hacerlo, ¿por qué no lo hiciste antes? Ya es tarde.

—¡Tarde! ¿Pero qué dices? ¿Por qué es tarde?

—Soy vieja.

—¡Oh, Marta! Déjate de historias.

—No, es así. Yo... Es difícil para mí decirlo, como todo. Hubo un tiempo en el que de verdad podía ser algo para un hombre, para un hombre como tú... Pero te digo que ya es tarde; es tarde para todo.

—¡Conque es eso! ¿Serías tan poco generosa de no dar lo que puedes sólo porque antes podías dar más (admitamos que sea verdad), y de negarte al hombre que amas porque no puedes darte más (siempre admitiendo que sea verdad) en el pleno fulgor de tu belleza y de tu juventud? Eso no es posible.

—Pero yo no te amo, Lorenzo. Tal vez habría podido amarte entonces, en otro tiempo. Ahora ya no puedo, y no debo.

—Ya estás blasfemando otra vez. Crees, o dices, que no me amas porque no tienes ninguna intención de abandonarte a este amor, porque tu naturaleza se niega a abandonarse a quienquiera que sea. Pero debes intentar... Ya estás otra vez invocando un deber, unos deberes. ¿Deberes hacia quién o qué? ¿Deberes al precio de la propia sangre, de la propia vida? No los conozco. Yo sé que me amas aunque tú no lo sepas. ¿Quieres intentar por una vez, sólo por poco tiempo, por un instante apenas, ceder a otro dominio de ti misma? ¿Por qué no lo intentas, sólo como prueba? Si sólo pudieras imaginar qué sensación dulce se siente, qué sensación de seguridad y de paz, aunque el otro se equivoque en todo. Después de todo, no es eso lo que cuenta; de nada sirve hacer las cosas absolutamente bien; basta hacerlas así, de mutuo acuerdo; basta con no estar solos. Nosotros dos estamos solos y yo no quiero seguir estándolo ni quiero que tú lo estés. Solos con nuestra inútil inteligencia, con nuestras complicaciones, con nuestro aburrimiento, y, eso, con nuestros deberes. Pero si estuviéramos juntos todo sería distinto; todo tendría un sentido, incluso nuestro aburrimiento, y hasta nuestra inteligencia, que en este mundo, ya lo he dicho, es el don más inútil, podría servirnos para algo... Tú eres mi prima y te siento muy próxima, incluso por la carne. ¡Cuántas cosas en común nos ha dado el parentesco de sangre! Siempre me pareciste algo cálido y familiar, y tú, tan lejana a veces, eras algo mío. Cuando éramos muchachos...

—¡Eh, vosotros! Venid por aquí. ¡Ahora sí que nos vamos a divertir!

Era el conde, que atravesaba la estancia parloteando y riendo sofocadamente con el factor. Los dos apenas habían tenido tiempo de separarse la una del otro.

El barón seguía con sus majaderías y queriendo poner en fuga a los fantasmas o hartarse de verlos.

Continuaron algo más tarde en otra sala a la que, a propósito, les seguí. Por aquella virtud fosfórica a la que ya he aludido de su piel, podía distinguir claramente todos los gestos de ella. Y como esta vez estaba algo más desenvuelta, aquella voz

rica y vibrante, trémula a ratos, parecía la voz misma de la provincia oscura y ardiente con sus pasiones invencibles y secretas, con sus orgullos, sus infinitas complicaciones, con sus trabas, sus dificultades de expresión, sus abandonos sin esperanza y sus virginidades indomables y celosas convertidas en prenda de superior dignidad, con la fuerza salvaje de sus convencionalismos que todo lo quema y a la que todo se puede sacrificar, con sus manidos deberes. La excitante provincia —digo—, donde no existen soluciones «prácticas y racionales» que tengan en cuenta los derechos del hombre o de la mujer, donde inhumana e innoblemente se muere por la negra honrilla y donde uno se puede perder por una palabra; donde todo importa y donde el propio lenguaje es un eco de tiempos menos vulgares.

Los variados e incesantes ruidos de la casa eran como el fondo plano en el que resaltaba esta conversación.

—¿Por qué quieres seguir desperdiciando tu vida, Marta?

—Porque ya la desperdicié... entonces.

—Está bien. Ahora hablo por ti, sin pensar en mí mismo. Veamos: ¿por qué la desperdiciaste entonces?

—¡Porque! Yo... no lo sé. Porque soy una tonta, claro. Quizá tengas razón tú; por orgullo, porque creía o me figuraba que se me debía algo más, porque no había nadie que me tocara el corazón... Y así pasó el tiempo y ahora es demasiado tarde, ya te lo he dicho.

—¿Pero cómo? ¿Tarde para qué? Tú no has desperdiciado tu vida; en estos años no has hecho otra cosa que acumularla dentro de ti y enriquecerla, hacerla fermentar. Ni siquiera una migaja se ha perdido. No has hecho más que conservarla para aquel que... Aunque yo no fuera ese aquél... Toda esa inmensa fuerza acumulada está lista para devolver la vida a una criatura languideciente. ¿No es ése el más noble fin? Además, ya no te quedan muchos años. Ya sé que nadie era digno de ti y que yo no lo soy ahora, pero... ¿Y querías renunciar, así, a todo, incluso a los más pequeños, a los más bajos placeres? ¿Al placer, por ejemplo, que ni siquiera comprometería tu orgullo? ¿Quieres guardar celosamente custodiada esa virginidad tuya sin sentido? ¿Para quién? ¿Quieres renunciar a todo porque no puedes tenerlo todo?

—A todo. Debe ser todo o nada. Tú dices que no tiene ningún sentido.

—Si supiera dónde está el hombre para ti, aunque tuviese que sostener con él una lucha a muerte, querría traértelo aquí en mis brazos...

Ella se pasó las manos por las sienes hundiendo los dedos entre sus cabellos, y dijo brusca, sombríamente:

—Sí; ya está aquí, ahora, en este mismo momento. Eres tú, Lorenzo.

—¡Marta! Oh, Marta, lo sabía, pero es la primera vez que lo dices. Repítelo. Ven, acércate, dame la mano. Repítelo.

—Sí... y quizá por última vez. Sí, eres tú, ¿pero qué significa eso?

—¿Cómo que qué significa? Lo significa todo, significa que todo es sencillo, que la felicidad que hasta ahora no hemos tenido...

—Nada es sencillo. En cambio, todo es más difícil, tremendo, intolerable.

—¡Qué palabras tan solemnes! Aleja de ti esos pensamientos, Marta; están fuera de lugar. Oye, mira, yo soy feliz ahora y tú también debes serlo, no puedes no serlo. Marta, prima, hermana y esposa y amante y... dame un beso.

—Déjame, Lorenzo. ¿Qué haces? No, déjame, no quiero... No quiero.

—Un beso sólo, leve, un beso de hermana.

—No, déjame, por favor. No... No —concluyó casi con la voz anegada en llanto.

Se estrechaba contra él, buscaba su boca con la suya, que retiraba al primer roce; luego le ponía una mano en la boca apretando el codo contra su pecho, luego se abandonaba un momento para, inmediatamente, recuperarse; atraía hacia sí su cabeza y la rechazaba casi al mismo tiempo, le acariciaba las sienes, se curvaba, intentaba huir de él y retenerlo. Jadeaba. Su voz, aún más queda, repetía:

—Por favor, por favor.

Al final se separó totalmente de él con un movimiento brusco pero en seguida volvió a estrecharse contra él y, abrazando su cara con sus manos y acercando a él la suya, dijo con voz inesperadamente dura, casi sibilante:

—Bien. Escúchame, Lorenzo. Yo... —las palabras que iba a pronunciar parecían costarle un gran esfuerzo—. Yo te quiero, yo te amo más que a mí misma. Querías saberlo (ya lo sabías) y lo sabes. Esto querías de mí: que te lo dijera con mi voz y con estas palabras, y lo he hecho. Pero ahora... Te amo más que a mí misma pero no más que... Además, este algo que tengo aquí dentro es invencible, es imperioso y exige su víctima, sus víctimas. No, déjame, calla y escúchame bien. Te amo, pero nunca seré tuya o, si una vez debiera ceder a ti, si debiese tener la debilidad, la fuerza, llámalo como quieras, de ceder a ti, te mataría inmediatamente después, te lo juro. Entiéndeme bien, Lorenzo, amor mío: te mataría inmediatamente después. No sé decirte por qué será así, por qué no quiero que nadie pueda decir que fui suya, pero así es.

—¡Psst! ¡Eh! Ven aquí un momento.

—¿Qué pasa?

—Pues pasa... Oye, yo seré un tonto pero... debo decirte algo.

—¿Pero qué pasa?

—¿Cuántos son los fantasmas?

—Pues... no lo sé. ¿Por qué lo preguntas? ¡Oh! Tal vez tú también...

—¿Lo comprendes ahora?

—Creo que sí, pues te confieso que yo también... pero creía que todo eran fantasías mías.

—Tal vez, seguro que todo son fantasías, pero...

—Filippo sabe cuántos son. ¡Diablos! ¿Pero cómo es que se ha alejado? Pero cuidado, a él no hay que decirle... hay que decirle sólo que tememos que haya un extraño, no sé, que un malhechor se metió aquí dentro. Está claro que no se lo creará,

pero bueno... Y no les digas nada a las mujeres, por favor. ¡Ah, aquí está! Bueno, Filippo, nos tememos... hum... tenemos motivos para temer que alguien entró aquí y... ahora sería muy largo de explicar. ¿Sabe usted con seguridad cuántos son los fantasmas? Bueno, pues se trata de volverlos a contar y de identificarlos. ¿De acuerdo?

—Bien, señor conde. Será un poco difícil en estas condiciones pero lo intentaré. Pero, a decir verdad, no sé si alguno de los de aquí no se fue al pueblo esta noche. Pero no será difícil enterarse por las mujeres. Bueno, allá voy.

—Marta, tengo miedo.

—¿De qué, tontina?

—Bueno, ¿sabes? Desde hace un rato todo lo de aquí dentro me da una sensación de malestar. Y, además, sin quererlo sorprendí una conversación entre Stefano y Giovanni. Ellos también tienen miedo.

—¿Pero qué dices?

—Sí, sí. Se comprometieron a no decirnos nada a nosotras. A Filippo le dijeron que temen a algún malhechor, pero la verdad es que ellos también tienen miedo.

—No sé de qué estás hablando.

—Pues bien, ¿quieres saberlo? Yo también tuve la misma impresión. Resumiendo: a mí me parece que hay uno de más, me refiero a los fantasmas.

—¡Vaya imaginación!

—No, no, es la verdad. Los he contado bien. Quiero decir que no sabía cuántos eran exactamente y, por lo tanto, no podía contarlos, pero, aun así tengo la impresión, me parece... Es más, estoy segurísima. Por otra parte, ¿no podría haber entrado realmente alguien... alguien que quisiera hacernos daño, no sé, un asesino...? Reconoce que podría haberlo hecho.

—¿Un asesino, dices? ¿Y para matar a quién? Ninguno de nosotros tiene enemigos. Todos son queridos y... amados.

—Imagínate. Estaría en medio de nosotros y nosotros no sabríamos nada... Bueno... ¿Quieres que te diga una cosa? Me he divertido mucho con estas bromas pero... últimamente estas bromas no me gustan. No se puede bromear tanto con los fantasmas, nunca se sabe, estas cosas pueden atraerlos de verdad. Me gustaría que volvieran a encender la luz.

Así, los burladores estaban a punto de transformarse en burlados, y siguiendo qué oscuras vías. Pero entre esos burladores estaba yo mismo, que, en cierto modo, burlaba a los burladores. Complicación divertida (al menos eso espero) para el lector, no para mí en ese momento. En fin, había que ir pensando en levantar el campo y más que de prisa. Sin embargo, la cosa no parecía muy fácil, ya que, no sólo el condenado de Filippo sino todos los que tenían miedo ya estaban reconociendo a los fantasmas y esperándolos al paso, circunstancia que hacía que no me llegase la camisa al cuerpo.

De todos modos, no desesperaba de salir de aquel engorro. Si me mantenía calmo y me quitaba de encima a aquellos insensatos seguro que acabaría encontrando una puerta libre, y una vez fuera... Fue entonces cuando vino en mi ayuda un imprevisto y terrible azar.

Era casi de día. A pesar de la sensación de malestar que había cundido entre sus ocupantes, los ruidos y la agitación de la casa seguían sin tregua. Continuaban los tiros y las monótonas invocaciones y los chillidos del barón; seguía el vasto movimiento de sombras. Y, de repente, desde un punto impreciso en las entrañas de la casa se alzó un grito. Ya había oído muchos gritos esa noche, pero éste tenía algo particular: era urgente, era, ¿cómo decirlo?, auténtico. Un grito de horror. Los demás también debieron percibir como tal su distinta cualidad porque alguno se adelantó cauteloso y otros corrieron. Luego, altas voces llegaron desde aquel lugar, llamadas y nuevos gritos de: ¡Luz! Y yo también, instintivamente, corrí hacia allí, olvidando lo peligroso de mi situación.

No se encontraba el fusible. Por fin, la luz brilló, incluso cegadora después de tanta oscuridad, sorprendiéndome al descubierto y, además, en mi carrera también había perdido o abandonado la sábana. Por suerte, todos habían ya fluido por las escaleras que desde el gran vestíbulo llevaban hasta el sótano. Como es natural, no todas las luces estaban encendidas cuando quitaron el fusible, pero contra la lámpara del vestíbulo no había remedio posible. Pero si yo había acudido corriendo así es porque tenía mis motivos. Quiero decir que casi imaginaba, atrocemente sospechaba, lo que iba a encontrarme. Así, pues, tenía que ver. Y acabé encontrando mi puesto de observación detrás de la hoja de la pesada puerta que daba al sótano, que, por la fisura entre ella y el umbral, permitía una amplia vista de toda la escena, escena que se desarrollaba más abajo, ya que la escalera seguía en una corta rampa más allá de la puerta.

Aquel sótano era uno de esos habituales sótanos abovedados: amplio, frío y cuidado aunque más desalentador. Pero una espesa telaraña envolvía la lámpara que colgaba del techo. Y allí, en aquel ambiente cruel y un poco alucinante, allí, a mis pies, yacía el cadáver de un hombre: de Lorenzo. ¿De quién si no? Estaba caído de bruces con la chaqueta vuelta sobre los hombros y los cabellos innaturalmente revueltos. Una mancha de sangre, fija, sin extenderse y no muy grande, estaba en medio de su espalda, un poco hacia la izquierda. Debía llevar muerto más de una hora, aunque no sé de qué lo deduje. Y, si no eran fantasías mías las quemaduras que me parecía ver en la tela de la camisa, debieron dispararle a quemarropa.

En semicírculo a su alrededor y frente a mí se hallaban todos los personajes de esta historia con no sé qué de polvoriento y al mismo tiempo de yesoso en sus rostros consternados y perplejos, con los párpados encogidos contra la luz, como los de los animales nocturnos. También estaban todos los fantasmas, quién con el sudario echado hacia atrás, quién llevándolo en el brazo, quién habiéndolo tirado en alguna parte.

En un primer momento callaron, luego se pusieron a hablar y a agitarse todos a la vez. Tampoco en esa ocasión el barón se desmintió a sí mismo. Parecía violentamente sacudido entre los dos polos del desdén por la burla sufrida y del espanto, además del pesar por lo que había sucedido, y si antes tenía la cabeza echa un lío, figurémonos ahora.

—¿Pero quién habrá sido? —gritaba histéricamente—. ¿Quién fue? ¿Cómo ocurrió? ¡Ah, pobre amigo nuestro! ¡Os odiaré toda mi vida! Hay que hacer algo, hagamos algo. Fueron ellos, fue uno de ellos... —etcétera.

La indomable Marta también estaba allí. Era la única que no daba muestras de agitación. Con una faz inmóvil, dura, de piedra, con una mirada sombría y firme, sin una lágrima, miraba el cuerpo rígido del hombre amado.

Por fin, se acordaron de la policía. Policía. Hum...: entre otras cosas podían echarme encima, como mínimo, una acusación de homicidio. Era el momento de retirarse. Y, además, ya empezaban a ponerse en movimiento y de ninguna manera podía continuar allí. Y, encima, el alba llegaba por momentos.

La policía. ¿Y qué iba a hacer la policía en un caso semejante? Sólo yo sabía lo que había ocurrido y nadie más podía ni siquiera imaginarlo. De todos modos, en vano hojeé los periódicos en los días siguientes. Tal vez callaron por consideración al conde y a los suyos. En general no hay peligro de que estos benditos periódicos den noticia de una desgracia ni de cualquier cosa a la que uno haya asistido personalmente, y en nuestro oficio un silencio tal a veces resulta molesto.

Pero sea como sea, yo sabía, y ustedes dirán que podía, es más, que habría tenido el deber de denunciar el hecho. Pero, señores míos, si hubiera cumplido con esos deberes no me hallaría en la situación en que estoy. No, no meterse en asuntos ajenos siempre fue la sencilla regla de mi vida que me ha conducido a esta posición tranquila y... ejem... honrada. ¿A que por la presente historia no se diría que no suelo meterme en los asuntos ajenos? Pero, al menos, dejar las criaturas a su destino siempre me pareció la norma más honesta y más sabia.

Es cierto que ustedes también lo saben ahora, pero ya pasó mucho tiempo y no creo que haya nada que temer de algún cívico impulso por parte de alguno de ustedes. Ya. Quién sabe cómo fue a acabar toda aquella gente. Algunos ya habrán muerto. Sólo de Marta supe, por casualidad, que es una vieja y aristocrática solterona y que se ocupa de sus propiedades. Todavía vive en aquella casa, pero sola.

Y con esto basta. Más arriba me puse en plan poético. Ya es hora de volver al trabajo.

EPISTOLARIO DE PROVINCIAS

A Alberto Carnevale

QUERIDÍSIMA Solange:

Estabas equivocada y requeteequivocada. He esperado hasta ahora a decírtelo para estar bien segura y ahora te lo digo en plena consciencia: «te lo digo yo en persona», como suele expresarse la buena señora de Caulaincourt. ¿Que yo no iba a saberme adaptar a esta vida más de una semana? ¡Pero, Solange, si esto es el paraíso terrenal! Y, además, fíjate, pronto hará dos meses que estoy aquí. Si supieras, querida mía, cuántas veces bendigo la inspiración que me condujo a estos lugares... y la de mi tío, que, debiendo hacerlo, por lo menos supo morir a su debido tiempo. ¿Qué quieres? Los bailes de la Emperatriz y, más aún, mis frecuentes visitas al Palais Royal no estaban hechos ciertamente para restaurar mi vacilante *budget* ni para dar satisfacción a mi pobre médico. Aquí, en cambio... Aquí, para empezar, uno lo útil a lo agradable. Por ejemplo, gusto del placer de la posesión, quiero decir de la propiedad, que no se siente realmente con los banqueros parisinos, los cuales se comportan como amos con vuestros capitales si se dan cuenta de que no sabéis nada de finanzas y, sobre todo, de que esos capitales son tan escasos que no les prometen pingües negocios. Por otra parte, no sé qué pasaría si dejase todo en manos de este administrador, que —y no es que quiera hablar mal de la administración de mi difunto tío— ya se ha comprado dos casas en el pueblo y una parcela de tierra en los alrededores. Pero no es de esto de lo que te quiero hablar ni es éste el motivo por el que bendigo mi resolución. ¡Pobre Solange! ¿Cómo podrías tú conocer o yo ilustrarte acerca de las puras alegrías de la vida campestre, de este mundo nuevo y delicioso? Por mí sólo puedo remitirte a la autoridad del señor de Maynard o del señor Parny, y eso es lo que hago.

Bueno, aquí me tienes feliz propietaria de un auténtico castillo y de una vasta propiedad y diligente administradora de la misma. A menudo recorro en mi coche de campo mis bosques, que el otoño ya empieza a dorar. También suelo ir al pueblo, que, también puedo decirlo, me pertenece con todos sus sencillos habitantes (salvo el asunto del administrador). ¡Dios mío! El tal coche chirría bastante y ni el cochero ni el lacayo tienen el aire pensativo ni los bigotes atusados de sus colegas de París, ni tampoco se les entiende una palabra cuando hablan; en compensación sus libreas son mucho más vistosas.

¡París! Claro, alguna vez volveré, mejor dicho, volveré a menudo un poco más adelante. Pero, ¿debo decírtelo? París y todo su mundo ahora me producen el efecto de un sueño angustioso...

Tampoco debes pensar que aquí se sufre de soledad. De todos los muy o poco

nobles propietarios de los alrededores que se han apresurado a venir a rendirme homenaje, la mayoría, por supuesto, son gente insoportable, provinciana, tosca y beata. Pero hay alguno... hay uno... Sí, es mejor hablar claro. Es joven, es bello, es fantasioso, es romántico, cabalga como un inglés, lee a nuestros poetas y los recita con voz ardiente... Pues bien, ¿por qué no? Después de todo, es uno de los nombres más ilustres de la región, es libre e independiente como yo. Pero ya te oigo preguntar: ¿Por qué no qué? Querida, de momento no sé decirte nada más y punto.

Pero esta carta se ha alargado más de lo conveniente. ¿Tendrás, me pregunto, entre tus fiestas y tus bailes al menos tiempo para leerla? De meditarla seguro que no lo tendrás ni tampoco espero que sepas sustraerte por unos días al torbellino de la vida parisina y permitirme el placer de volver a abrazarte. Bueno. Adiós por ahora. Pronto te daré más noticias mías.

Anne

2

Aquí me tienes de nuevo contigo, querida Solange. Ha pasado tiempo desde que no nos vemos y también desde nuestro último intercambio de cartas, pero he tenido un montón de cosas bonitas que hacer.

Veamos. ¿Te gustaría saber cómo hace la gente de aquí para caer en letargo a comienzos del invierno (y ya casi estamos en él)? Se dice pronto: no hace nada de particular, o sea no se prepara de ninguna manera para el acontecimiento, a no ser que se llame preparación a la solemne comilona con su correspondiente bebida que tiene lugar el día anterior al establecido. Así, nada de *lits embaumés*, nada de purgas de sangre ni de ofuscaciones, ninguna inyección ni lavativa, ninguna cuarentena hipocondrial o como aún se llamen las numerosas operaciones que se llevan a cabo en nuestras (y ya debería decir vuestras) *Maisons de léthargie*. Y sin nada de todo eso, te digo, parece que las cosas van de maravilla, pero intenta contárselo a los especialistas parisinos. ¿Y sabes dónde caen en letargo? No en «ambientes oportunamente acondicionados», ni envueltos en aquella «suave sustancia reactiva que...», etcétera, etcétera, sino simplemente allí donde se encuentran o donde les cuadra; no sé, en la cocina, en el pajar y en una piel cualquiera de chivo, de esas que sirven para hacer odres o zampoñas. Más exactamente, parece que se hacen colgar o se cuelgan ellos mismos de una viga y... ¡buenas noches! El hecho es que de estas pieles o, mejor dicho, sacos de pieles (una sola piel no bastaría ni a un niño), he visto algunas colgadas de una viga hace unos días, cuando le llevé socorro a una familia numerosa e indigente. Vacías de momento, por supuesto, pero me explicaron su uso. Tienen el pelo hacia dentro y por un lado sale una prolongación para las piernas. En efecto, en estos sacos estas gentes acostumbra a sentarse o casi, de modo que al pesar sus partes blandas sobre el fondo, te puedo decir que a su debido tiempo se parecerán a otros tantos calderos colgados. Pronto te contaré algo más sobre ello,

pues no faltará mucho —lo presiento— para que empiecen los letargos. Otra cosa: en París el número de los que *vont en léthargie* es muy limitado, es más, del todo desdeñable, por lo que yo sé. Hablando con propiedad, entre nosotros, es decir, entre vosotros, sólo se adormecen aquellos pobres que no tengan literalmente un mendrugo de pan que llevarse a la boca, o algún viejo general retirado o alguna histérica que no soporte el frío y gentes así. Por el contrario, aquí esta práctica parece mucho más extendida e incluso lo es entre los jóvenes y hasta en los niños.

Bueno, ya veremos. Como te he dicho, te tendré informada, y por esta vez no tengo nada más de interesante que contarte. Recuérdame.

A.

3

Querida Solange:

El invierno se acerca a pasos agigantados —mejor dicho, aquí ya ha llegado— y esta gente ya ha empezado a caer en letargo. Ya ni cuento los sacos que veo colgados de las vigas durante mis visitas de beneficencia. Ellos, quiero decir los sacos, trasudan un humor fétido, como si fueran vejigas de manteca de cerdo, y en su superficie se va posando el hollín porque casi siempre están en la cocina. Aunque sea asqueroso a primera vista, el espectáculo es sorprendente. Además, confieso con timidez que nunca había visto una criatura humana en letargo. Sí, sí, ya sé que ahora me tomarás a guasa. La verdad es que después de dárme las de sabionda en mi otra carta, recordé que en París también hubo esa costumbre en cierto período y que casi fue una moda entre los enamorados infelices (los cuales se esforzaban por prolongar indefinidamente el tiempo del letargo), por la cual era casi vergonzoso para una mujer de mundo, o que lo hubiera sido, no ser minuciosamente informada del lance. Pero lo repito humildemente: yo nunca había visto una criatura humana en letargo. La verdad es que son poco visibles; están allí como troncos y ni siquiera se les oye resoplar. Curiosa raza en verdad, que no teme sustraer al tiempo de la vida el invierno entero. Curiosa y, tal vez, sabia. Pero dejemos a un lado la filosofía.

Es que en mi confesada ignorancia me pregunto: ¿Esta usanza es propiamente una usanza, o sea, una costumbre, o es más bien algo concerniente a la naturaleza particular de estas gentes y en general de todos los que caen en letargos, o es que para ellos esta costumbre se ha convertido en una segunda naturaleza? No sé muy bien qué idea hacerme al respecto ni tampoco, ya lo ves, hacerme bien la pregunta. Claro, si se debiera juzgar por los enamorados desilusionados de París, habría que pensar que caer en letargo es algo que se puede hacer o no a voluntad; sin embargo... Además, quién me meterá a mí en estas reflexiones, a menos que sea otro efecto de esta vida. Bueno, sigo.

Hace unos días había en una de esas pobres casas un niño menudo y guapo al que ya conocía; bueno, era un amiguito mío. Lo estaban preparando para el letargo.

Ya bostezaba y se restregaba los ojos con los puños y no parecía molesto en absoluto. Pero a mí me daba pena que tuviese que tirar cuatro o cinco meses de su tierna existencia y hablé con los suyos y les dije que estaba dispuesta a tenerlo conmigo durante el invierno. Quería decir no sólo que los liberaría de aquella boca que alimentar sino que me esforzaría en despertarlo y en hacer que se interesara por la vida, qué demonios. Me comprendieron sólo en parte. Consultado el mocos, balbuceó algo poco claro pero al final no pareció contrario al proyecto. Para ser breve: me lo llevé conmigo al castillo. Y ahora es inútil que te cuente todo lo que se me ocurrió e hice para tenerlo sano y alegre o, por lo menos despierto —y digo literalmente despierto— sin conseguirlo. No parecía divertirse con nada, no se interesaba por nada, bostezaba sin parar y parecía no tener más deseo que el de dormir. Es más, se me dormía en cualquier lugar de la casa entre mis brazos, mientras le hablaba y mientras comía las más insólitas golosinas. Debo decir que es cualquier cosa menos tonto, como pude constatar a su tiempo, o sea antes de que se apoderase de él esa languidez. Resumiendo otra vez: tuve que devolverlo, profundamente dormido, a los suyos, los cuales, con una sonrisa, como diciendo que se lo esperaban, sin más lo metieron en su saco añadiendo: «Si acaso ya volveremos a hablar de esto en abril».

Bueno, ¿qué te parece? ¿Pero por qué me escribes tan de tarde en tarde y por qué no me cuentas nunca cosas bonitas de París y de vuestra vida? ¿Qué te crees? ¿Que me he convertido en una salvaje? Adiós, escribe pronto.

A.

4

Solange querida:

Empiezo a preocuparme. Es inútil que me lo y te lo oculte. Es increíble la cantidad de personas que ya se han quedado dormidas aquí. Vaya donde vaya no veo más que los horribles y fétidos sacos colgando de las vigas. Pero iré al grano: te hablé, ¿recuerdas?, en mi primera carta de un joven noble y romántico que... sí, que, bueno, me hacía la corte. Pues bien, él... él también... ¡Oh, Solange! Ayer estaba aquí, en mi salón. Yo había tocado algo de música; él, a su vez, me había recitado una poesía, sí, suya, figúrate, cuya manifiesta inspiradora sólo el pudor me impide mencionar. La hora era propicia a los desahogos del corazón, y, precisamente, yo estaba pensando que, después de todo, ya podría darle abiertamente alguna esperanza, pues no había ninguna razón ni en mí ni fuera de mí para no hacerlo. Y, así, le abandoné la mano que él, en un arrebató, me había agarrado, cuando... ¡Ah, amiga mía! ¿Cómo te lo voy a explicar? Con horror vi en el fondo de su mirada algo así como una languidez, pero no del tipo que te estás imaginando no. Era un entontecimiento y hasta una indiferencia, la indiferencia del último momento de que hace gala el hombre que está a punto de dormirse. ¿Comprendes, Solange? ¡Justo en

ese momento empezaba a quedarse dormido! Durante un rato retuvo entre las suyas mi mano sin hacer nada, mirándome cada vez más atontado y como olvidado del supremo instante y de todo lo demás. Luego se recuperó en parte, dejó mi pobre y húmeda mano, bostezó (muy educadamente, eso sí), se acercó a la ventana, tamborileó en los cristales, se quejó de no sé qué dolor de cabeza, a continuación farfulló algo incomprensible y, sin siquiera esperar licencia (yo estaba demasiado turbada para hablar), dio media vuelta y se fue. Esto es todo. Hoy me dicen que también él ha caído en letargo. Sin duda su saco será de marta cebellina. ¡Dios mío! ¿Qué otra cosa quieres que diga sino «Dios mío»?

¡Y los demás! No sé si te he hablado de algunos parientes míos, o mejor, parientes de mi tío: Anoche mismo fui a visitarlos, un poco para vencer mi zozobra. Y me los encontré a todos alrededor de una mesa, graves y silenciosos. De vez en cuando, uno echaba un vistazo a la gaceta, tirada en la mesa, pero no exactamente a la gaceta, sino a los anuncios de la gaceta. Otro fumaba medio cigarro mirándose las uñas, pero no lo fumaba, se limitaba a encenderlo de vez en cuando. Un tercero tenía los antebrazos posados en la dichosa mesa y no hacía absolutamente nada.

Todos callaban o hablaban a duras penas del tiempo y todos tenían en el fondo de la mirada esa somnolencia que he aprendido a conocer bien. No es difícil prever que ellos también se dormirán muy pronto.

Mientras tanto, esta mañana desfiló ante mí, que estaba aterrorizada (pues habían insistido en verme) toda una procesión de campesinos que traían ofrendas en especie. Confusamente me explicaron que estas ofrendas, que se hacen tradicionalmente en estos días del año, reciben el nombre de «para el letargo», que, sin embargo, aquí se llama de otra manera. ¡Santo cielo! Una sospecha atroz cruza por mi mente. ¿Y si mi tío también se hubiera dormido? Y en verdad me parece recordar ahora que él, tan puntilloso en cualquier otra circunstancia, solía responder a mis cartas invernales sólo en primavera... ¡Pero no, qué cosas se me ocurren! Sin embargo, no hace mucho tiempo, habiendo ido no sé por qué razón al sótano, adonde nunca había bajado antes, descubrí un depósito entero de los infames sacos, ¡muchos de ellos ya llenos! Ya me parecía que no veía desde hacía días a algunas personas de la servidumbre. En compensación, el administrador está tan avispado como si tal cosa y mi viejo criado personal aguanta bien, salvo que cada vez está más atontado, lo mismo que la primera camarera. En cambio, la cocinera, desde hace unos días...

Dime, Solange: ¿crees que hay peligro de que llegue un momento en que se queden dormidos todos hasta el último? Todos, es decir, los supervivientes, me aseguran que no, que quien tenga algo que hacer se queda despierto. ¡Demonios! ¿Cómo me las arreglaría en una situación así?

La nieve ha caído en abundancia y un espeso manto cubre los campos hasta donde alcanza la vista. Es bella y también un poco triste.

¿Qué hacéis en París? ¿Vas, por fin, a decidirme a escribirme de una vez por todas? En cambio, en París, justo a esta hora empiezan a llegar las carrozas a la Ópera. Las

damas enojadas lanzan vivas miradas a diestro y siniestro, mientras sus enamorados las miran en el umbral. Y todo vive, se agita y vibra. El aire mismo vibra en París. ¡Oh! ¿Crees que sufro estas nostalgias? Desengáñate: son mis nervios que, a veces, me gastan alguna broma pesada. Y, además, debo resistir, me lo he prometido. Adiós por ahora.

A.

5

Solange,

Solange mía, mi única amiga, escúchame: tú debes salvarme, ahora, en seguida. Debes tomar, en el mismo instante en que recibas estas líneas, debes tomar tu carruaje de viaje y correr, volar aquí a salvarme. ¿Me comprendes, Solange? ¡Dios mío! No puedo ordenar mis ideas. Oigo su caballo que piafa y resopla abajo en el patio. Te hablo del caballo del húsar. Sí, sí, sí: todos hasta el último se han dormido aquí, en el castillo, en el pueblo, en todas partes. ¡Todos, todos! Incluso el administrador y hace unas horas mi viejo criado. Sólo él quedaba en pie y no pude mantenerlo despierto de ninguna manera, ni con el *armagnac* ni ofreciéndole dinero. Se veía que hacía esfuerzos pero, al final, fue más fuerte que él. No tengo tiempo de contarte nada más. Me precipité afuera: nieve, silencio, desierto. Parecía que me encontraba en una fábula, pero no, en las fábulas siempre hay un aire benigno; me hallaba en una pesadilla terrible... Estoy perdiendo un tiempo precioso y su caballo piafa cada vez más fuerte... Para terminar: después de un tiempo infinito vi lejos, lejos, en la nieve, un puntito negro que crecía rápidamente. Era él, este húsar joven y bello, él, que, sea quien sea, el Señor me manda. Galopaba furiosamente. Se detuvo a regañadientes. Le rogué, le supliqué que me llevase con él en su silla. Respondió: «Soy un portaórdenes, señorita». Si supieras lo que he tenido que hacer y que decir para convencerlo, al menos, para que me espere diez minutos, no más de diez minutos (y sacó el reloj), el tiempo de escribirte este mensaje desesperado que ha prometido por su honor hacerte llegar lo más pronto posible. Ya sólo me quedan dos minutos. Y ahora entiéndeme bien, Solange mía: yo no sé cocinar, no sé hacer nada y, además, en casa no hay nada. Me dan miedo los caballos y no sabría guiarlos para huir de aquí, si es que no se han dormido. Si tú no me salvas, me moriré en este lugar. ¡Solange, oh, Solange! ¿Me oyes? Sí, tú tenías razón, pero ahora no puedo perder ni un minuto... ¿Y si... y si le sucediera algo en el camino?... ¡Santo cielo! Oigo su voz que me llama... Solange, alma mía. ¿Qué más puedo decirte? Salva a tu pobre

A.

DOS DUELOS

1

MUJER mía, ¿qué más puedo decirte? Vas a descender a la fría tumba y contigo en ella quedarán encerrados todo mi afecto, todo bien, toda esperanza, todo lo que tenía de casto, de noble, de confiado, y también todo bien terrenal, toda alegría y, en breve, todo cuanto puede hacer bella la solitaria vida del hombre. Yo te amo, criatura gentil, te amo ahora más que nunca, yo, que te había encontrado al cabo de largos años de melancolía, después de un largo camino por árido desierto, y me has sido arrebatada. Yo, que en ti había reconocido todas las perfecciones y todas las delicias y que en ti había cumplido cada voto de mi corazón, cada impulso de mi sangre. Y me has sido tan pronto y tan cruelmente arrebatada, de tal modo que casi se confunden los esponsales y estas fúnebres honras. Y tú también me amabas, y ninguna otra sabría amarme como tú. Así, pues, puedo decir que en tu tumba quedará encerrado no sólo mi amor sino también lo que de amor me venía, mi paraíso. ¿Y qué será de aquí en adelante mi vida si lo que tal la hacía, si su espíritu vital le ha sido arrebatado? ¡Ah! De mil amores daría toda mi sangre, todo menos una gotita para gozarte luego, para que la tuya volviera a licuarse. ¡Ah! De mil amores, al no poder hacer otra cosa, te seguiría en este oscuro viaje si no temiera con ello afligir a la tierna amante que todavía me protegerá de su luz o de su tiniebla. Pero, ¿quién me devolverá a ti, a ti misma? Eres bella y eres buena, pero pobre de mí, que debo decir eras. En ti refulgía altura de ingenio y toda otra prenda del alma, que a gracia y a bondad ceden luz mientras reciben su calor. Y todo eso, todo eso me ha sido arrebatado... Y tú, ratoncito que trepas cauto por la pata de esa butaca, ¿qué buscas en la casa del dolor? ¡Criaturita a la que debería matar o echar, avanza tranquila y hazme compañía! Pero, asustado por mi voz, corres en menudo galope. Y no sé si reprocharte que te apresures, feliz, hacia el secreto agujero donde te espera tu hembra... Y feliz tú también, canoro ruiseñor, cuyos trinos llenan la lejana noche porque, como dijo el poeta, tu pequeña esposa vive contigo en el mismo nido. Vive: dulce, única palabra... ¡Pero qué veo! Sus mejillas se tiñen de un leve rojo... ¡Ah, no, que es cruel engaño de mis ojos cansados!... ¡Ah, sí, que no es engaño! ¡El más alegre de los milagros! ¡Ella revive! ¡Oh, alegría inefable, que también a mí me restituye de la muerte a la vida! Empieza a murmurar algo...

—Mi bonito jarrón de cristal en esa banqueta cojitranca. Basta el golpe más pequeño para hacerlo caer.

—Habla con claridad. ¡Oh, quede para siempre abolido, pasada pesadilla horrenda, mi luto!

—Quítalo en seguida de ahí. ¿Y estos cirios y estas flores?

—Están aquí para iluminar y celebrar tu despertar. Amadísima mía, estás aquí entre los brazos de tu amado y rendida a la jocunda acogida de toda la naturaleza. Tú...

—¡Caray! Mañana debe ser día quince. Aparte el pago del plazo de la aspiradora, Dios sabe cómo llegaremos a final de mes. Hoy en día el dinero nunca es bastante. Dime: por ejemplo, ¿sabes a cómo están las espinadlas?

—Las... La verdad es que yo... se dice espinacas, no espinachas. Pero... Mira por la ventana abierta las estrellas, apenas palidecidas por la luna que empieza a ocultarse. Parecen titilar en esta habitación que hace un momento era la sede de siniestros terrores...

—Las criadas son una verdadera maldición de Dios. La nuestra nos roba a mansalva; sisa en la compra y sisa en casa, y eso, claro, no ayuda a llegar a fin de mes. No. A veces me siento totalmente desanimada.

—... como si quisieran ser partícipes de nuestra fiesta de amor.

—Deberías pillarla con las manos en la masa y darle una buena lección, pero, claro, a ti eso no te importa nada.

—¡Oh, mi adorada! Aspira los efluvios vivificantes de esta noche de abril y...

—Además. ¿Cuántas veces le he dicho que la lejía estropea la ropa? Pero ella, con tal de acabar de prisa... Ya se sabe; el látigo es mío y el caballo es de otro.

—Pero bueno...

—¿Y qué me dices de Ada? ¿Es que acaso se imagina que me humilla cuando viene por aquí acicalada y emperifollada como una jovencita? ¡Faltaría más! A su edad resulta ridícula. Y para empezar debería buscarse una sastra algo mejor. Como si no supiera de dónde saca el dinero. ¡Ah, pobres maridos! Pero ya sé que es inútil hablarte de esto; ya sé que te cae muy simpática.

—No. Yo te juro que...

—Este verano necesito un vestido playero nuevo: el viejo está estropeado y, además, ya no se llevan así.

—¡Oh! ¡Si Dios quiere esta vez estás muerta de verdad! Han pasado muchos años desde aquel mi primer duelo, cuando tú, de improviso, reviviste. Entonces yo «de mil amores habría dado toda mi sangre», etcétera. Y, «respondiendo a mis ardientes votos, el cielo quiso que te despertases de tu letargo mortal», etcétera, etcétera (pues en términos semejantes solía expresarme e incluso pensar). ¿Por cierto, qué fue? Ya: una catalepsia o como se llamara. Además, no es eso lo que importa... Largos años. ¡Qué imagen luminosa me dejabas, me habrías dejado entonces! ¿Qué quieres que te diga ahora? Bueno, no hay que exagerar. Tú, como todos, en el fondo no tienes la culpa, así que tu alma descansa en paz. Está bien. Pero... pero, ¿qué me han dado todos estos años? (o si quieres, digamos qué nos han dado, porque, a fin de cuentas, al razonamiento se le puede dar la vuelta). Te creía dulce, bella, buena, inteligente y más cosas y me tuve que convencer de que también eras ruda, mala, estúpida, vulgar y también fea. La verdad es que sí y no, pero, a fin de cuentas, teníamos lo suficiente.

Pero tú, en lugar de dar, me quitaste algo, o sea (para ser exactos), lo que podías haberme dado antes y un poco más: una pequeñez, la posibilidad misma de esperar y de ser feliz, ya que no puede volver a ilusionarse quien fue desilusionado una vez. Hum... Lo mismo que me quitabas podía y a lo mejor debía hacer que te quisiera más, lo comprendo. O, mejor dicho, comprendo que habría debido comprenderlo, pero en realidad no lo comprendo en absoluto. ¿Cómo? ¿Más amada acaso que el primer día, que cuando moriste la primera vez? No, nadie conseguirá convencerme de semejante sandez: son una triste humanidad y tristes afectos los que nacen de la desilusión y no se alimentan sólo de satisfacción, de felicidad. Afectos enfermos, una triquiñuela de nuestra desesperación, una confesión de nuestra vulgaridad, que engreídamente quieren ennoblecer, como tantas otras cosas enfermas y abyectas, como, por ejemplo, nuestro asqueroso dolor de criaturas humanas, etcétera. «Era una mujer, nada más que una mujer, y porque lo era yo la amaba.» Así hablan una cierta retórica... y nuestra impotencia. Pero, dejando aparte las consideraciones, ¿qué fue, en sustancia, nuestra vida (aunque sólo fuera por el simple hecho de que era en común, o sea que con dos la vida no puede ser otra por sí misma) sino una especie de discurso (cuando no disputa) sin fin, mejor dicho, sin pies ni cabeza, agobiante, obstinado y hasta torvo, sólo Dios sabe con qué argumento? ¿Qué fue sino una sórdida secuencia de inútiles preocupaciones carentes de toda luz? Y, a mi vez, por supuesto, yo sin querer he «ignorado tus más maravillosas melancolías», con todo lo demás. Iré al grano, ¿acaso no tengo razón al desear retrospectivamente... ¡demonio de frase!, al lamentarme de que no te hubieras muerto a tiempo, es decir, cuando hiciste aquella finta? Sí. Feliz aquel cuya mujer muera, a ser posible, el mismo día de la boda, porque le queda una imagen pura que cualquier cosa que ocurra después sólo puede ensuciar. ¡Ah! Aquella primera noche, si hubiera tenido tanto así de sentido común, en lugar de desesperarme, debía haber gritado: ¡Qué suerte que te hayas muerto! Y luego, en lugar de alegrarme, debí ponerle luto al sombrero. Sí, tú reviviste y entre el antes y el después hubo, justamente, la diferencia que hay entre la vida y la muerte, pero, por supuesto, muerte era ésta, ésta de ahora. Tanto es así que no podemos esperar vida sino de la muerte, siempre que ésta no nos traicione; o, dicho de otro modo, que nuestra única enemiga es la vida misma... ¡Vaya! Ya volvemos a empezar con los razonamientos... ¡Eh, tú, ratón que te asomas detrás del aparador! ¿Será posible que no consiga liberar esta casa de vosotros? Sí, sí, huye, que ya te agarraré. Lo intentaré con trigo envenenado... Y tú, petulante y condenado rui señor que, aprovechando este trozo de jardín, has venido ahora bajo mis ventanas con tus cascadas de oro en cuencos de plata o lo que hayan inventado los poetas. ¿Cuándo te vas a callar? Lo que necesitas, aunque sólo sea para espantarte, es un buen escopetazo.

A RODAR

Y A está. La venganza estaba cumplida, y el robo, que, a su modo, también era una venganza o, mejor, una némesis. Cumplido, en resumen, el asesinato, perpetrado (o más bien ejecutado), no diremos según las reglas, sino contra todas las reglas, hasta el punto de hacer de él el crimen perfecto soñado por todo delincuente que se respete. Se habían tomado todas las precauciones, desde las más elementales a las más complejas y, por supuesto, más refinadas. Y este crimen no quedaría impune por alguna azarosa concurrencia de circunstancias (como siempre puede ocurrir), sino simplemente porque sería imposible descubrir a su autor. Cuando ahora éste, como último toque, pusiera en manos del muerto el arma homicida, todos, forzosamente o con el pleno consenso de todas sus propias facultades, deberían pensar en un suicidio, del cual, además, o sea de su imagen, el propio asesino hacía tiempo que había establecido las premisas con su influencia secreta sobre la situación financiera y sentimental de la víctima. Y para esta última operación, para este último y decisivo toque, así como para ponerse a salvo con toda tranquilidad había tiempo de sobra. La próxima ronda del guardián nocturno no sería antes de diez minutos largos, ¡y qué no puede hacerse en diez minutos!

Para ser exactos, el muerto ya tenía en sus manos el arma homicida. Ello era parte de las precauciones más prudentes, porque nunca se sabe, de un ángulo de tiro apenas aberrante, los típicos engreídos funcionarios de la científica acaso podrían deducir algo. Así pues, el asesino primero había aturdido a la víctima y luego, actuando desde detrás de él, la había obligado a dispararse en la boca con sus propias manos unidas. Pero, al haberse el muerto abandonado hacia atrás en la convulsión mortal y al haber abierto y torcido los brazos, el revólver se había quedado en una mano al azar, precisamente en la derecha, que, a lo mejor, no era la correcta respecto a la precisa dirección del tiro y, además, claro, había quedado en una postura innatural y forzada, pues una cosa es hacer algo por propia voluntad y otra hacerlo en estado de parcial o total inconsciencia y bajo la presión de otras manos. Bueno, tampoco hacía falta mucho para decidir mano y postura. Queriendo, se podía incluso volver a colocar el cadáver en la misma postura que tenía el cuerpo aún vivo en el momento del asesinato-suicidio. Pero el asesino desechó en seguida esta posibilidad.

Lo sabía todo de él y de lo que estaba en juego, pero también sabía cuán inseguras y aleatorias resultan, a despecho del más minucioso estudio, semejantes reconstrucciones (o semejantes recomposiciones), en las que, no se sabe por qué, siempre hay algo que no encaja. No: el cadáver debía seguir exactamente donde estaba y como estaba y su intervención debía limitarse a elegir la mano adecuada y a corregir apenas la posición del arma. No era imposible, se dijo. Pues manos a la obra.

Pero, llegado a este punto, de improviso, el asesino fue presa de una sensación de horror. ¡Elegir la mano adecuada! ¡Muy fácil decirlo! Sí, porque tal elección —y

ahora se daba cuenta o lo recordaba— no tenía relación sólo con el tiro, su trayectoria y otros detalles técnicos, sino que era una elección fundamental y determinante. El asesino, concretamente, recordó que el muerto era zurdo y, al mismo tiempo, otro recuerdo lo sacudía como un escalofrío... Intentemos ser más claros todavía. En un cuento maravilloso Gaboriau nos habla de un homicida que, como el nuestro, había montado la escena de un suicidio y que habría salido airoso en su empeño si no hubiera sido por una minucia. En aquel caso, como en éste, el muerto era zurdo. Por tanto, el homicida había colocado el revólver en su mano izquierda. Pero los investigadores ignoraban que el muerto era zurdo y entraron en sospechas por la aparente irregularidad de la puesta en escena, o sea, precisamente, por lo que en ella había de perfectamente regular, de donde al final se produjo la captura del culpable. Olvidémonos ahora de insistir en la finura de tal recurso narrativo (que, en definitiva, hace del error el instrumento y la sustancia de la verdad y que, por otro lado, muestra no tanto en qué medida el escrúpulo perjudica al bien hacer, sino incluso en qué medida parece o de hecho es improbable la propia verdad) y volvamos a nuestro caso.

La perplejidad en que el repentino recuerdo del cuento de Gaboriau había sumido a nuestro asesino se complicaba algo más por el hecho de que, según recordaba muy bien, el muerto siempre se había avergonzado (por algún inexplicable motivo) de ser zurdo y siempre había procurado ocultar esa particularidad suya, por lo que parecía bastante poco verosímil que la gente se hubiera enterado de su zurdez o que su conocimiento estuviese tan difundido como para llegar a oídos de los inevitables investigadores. Además, había que contar con la mayor o menor inteligencia y sensibilidad de los dichos investigadores. Pero no: «además», no: todo el problema estaba aquí: los investigadores podían ser todos unos zoquetes, pero siempre podía haber entre ellos un hombre lo bastante agudo como para... ¿Para qué? En todo caso, toda su agudeza le serviría de poco si hubiera ignorado —felizmente ignorado— que el muerto era zurdo. Un momento: este modo de razonar tampoco parecía muy correcto, porque...

Con la misma repentinidad, al asesino le empezó a parecer terriblemente corto el tiempo de que disponía. En efecto, hay una gran diferencia entre ejecutar una decisión ya tomada y el decidir. Para lo primero puede bastar un instante, para lo segundo a veces no basta ni toda la eternidad. Y no basta por dos tipos de motivos, uno interior y el otro exterior: puede producirse una constitucional y subjetiva incapacidad de decisión, la cual, ni aun haciéndolo adrede, suele ir acompañada de una gran seguridad de comportamiento respecto a lo que es obvio y que no requiere un auténtico y verdadero juicio; y se puede dar una imposibilidad objetiva de decisión: dicho en otros términos, un problema insoluble. ¿Pero existía, se podía concebir un problema insoluble o más bien toda aparente insolubilidad no se debía a un incorrecto planteamiento o a una insuficiencia de datos o a las dos cosas juntas? De lo que se deduciría que con un oportuno replanteamiento... ¡Hay que ver qué cosas, y con qué calma iba especulando y perdiendo un tiempo precioso! Sin

embargo, no era una especulación inútil, ya que había que decidir y para decidir era necesario pensar. Pero, por otro lado, no había tiempo para decidir, pero, a pesar de todo, había que decidir, y rápido; en consecuencia, ¿qué... qué había que pensar forzosamente o bien qué había que decidir sin pensar? ¡Vaya! Él era un lógico, esto lo hemos comprobado más que bien, si no ni siquiera se habría encontrado en esta situación, o sea, que habría cometido un crimen cualquiera y se habría confiado, como todos los demás asesinos, en gran medida, a la suerte. Él tenía mucho que perder ante sí mismo. Debía salvaguardar su obra maestra. Si dejara una cosa al azar su dignidad se resentiría. Pero resumiendo, al igual que muchos otros en las peores situaciones, se iba perdiendo en preliminares mientras los minutos pasaban o, más exactamente, se iba perdiendo entre las modalidades de la decisión, como evitando su importancia... Bien es verdad que en este caso, y quizá siempre, las modalidades de la decisión, y en general del pensamiento, era o son la decisión y el pensamiento mismos, así como que el correcto planteamiento de un problema equivale a su solución, y que no se puede concebir la importancia de modo distinto a la modalidad sino temporal o sistemáticamente, como una fase anterior y caótica de la misma: es tanto como decir que los preliminares son lo más importante. No: son lo único que importa... ¡Basta ya!

Pasaron otros dos minutos; aún quedaban cinco útiles, cuatro y medio porque se necesitaban no menos de treinta segundos para atravesar el amplio vestíbulo, llegar a la escalera de servicio y, de allí, a la calle, es decir, al oscuro callejón trasero. Intentó no dejarse dominar por el pánico y replantear rápidamente todo desde el principio. Pero si hay algo que no tolera prisas ni incitaciones eso es, precisamente, el pensamiento. Intentad tener prisa en Venecia, cuando únicamente podéis contar con el caballo de San Francisco. ¿De qué os serviría? Con la diferencia de que, mientras allí vuestra prisa no hace que se retrase ni que se adelante el barco o la lancha motora, el pensamiento se comporta como aquellos histéricos cuyos movimientos se vuelven tanto más lentos y torpes cuanto uno más los exhorta a darse prisa. De modo que el resultado de este apresurado replanteamiento del asesino fue una gran confusión mental o, mejor dicho, oscuridad. Miró su reloj: ¡Había pasado otro minuto! Entonces pensó, haciéndose violencia a sí mismo y a su propia naturaleza, situarse, por así decirlo, desnudo frente a su propio problema; colocarse, insertarse en un orden verificador y familiar, sin permitir que el rollo de las implicaciones se desenrollase vertiginosamente en su cerebro y, en primer lugar, intentando escindir el problema en sus elementos. Pero no era fácil (sobre todo, el colocarse, etcétera). Y, ¡caray!, no había tiempo. Y, además, ¿cómo escindir, etcétera, sin antes...?

Veamos. Se dice que un problema es insoluble sólo en razón de un planteamiento erróneo o de insuficiencia de datos. ¿Pero se puede, estar seguro de que las dos cosas no sean una sola? ¿Y, en todo caso, cómo se hace para distinguir entre las dos o, dicho de otra manera, para establecer cuál de las dos es la causa de su insolubilidad? Ya que, por simple olfato, las dos cosas son difícilmente asimilables como razones o,

al menos, es difícil que se den con el mismo carácter. Lo cierto es que, prescindiendo de su distinta naturaleza intrínseca (pues la una es cuestión de derecho y la otra, simplemente, de hecho, si se permite tomar prestada semejante terminología), la segunda es determinante de la primera allí donde la primera no lo es de la segunda. O sea, la insuficiencia de datos imposibilita no sólo un planteamiento correcto sino un planteamiento cualquiera del problema, mientras que un planteamiento incorrecto no hace que los datos sean insuficientes... ¡Puff! ¡Menudo sofisma, basado en ligeros desplazamientos de los valores verbales! En cambio, es cierto que tal relación no puede considerarse en términos meramente dialécticos. Es preciso echar mano de conceptos matemáticos, por ejemplo, del de función: una cosa sería función de la otra. Ya, ¿pero cuál de cuál? Bueno, pues digamos que una es la constante y la otra la variable del problema... ¿Pero en qué vacías consideraciones me estoy perdiendo en estos últimos minutos? Ya ha pasado otro y medio. Es necesario decidir y hacer todo en tres minutos. No, esto no va bien; es preciso cerrar la mente a todo y dar por bueno todo. Vamos, rápido: planteamiento del problema —ya no hay tiempo para plantear nada y, además, en cualquier caso, conviene empezar por los datos, si no nadamos en el mar de lo posible. Vengan esos datos—. ¡Eh! ¡Pero aquí habría que hacer algunas consideraciones! ¡Pues qué bien! Que alguien me diga cómo se hace para reconocer los datos de un problema. Casi dan ganas de pensar que los datos dependen del planteamiento y no viceversa (poco importa si, en cierto modo, me estoy contradiciendo). Del planteamiento, de ninguna manera, de la solución. Sólo prefigurando o preestableciendo una solución es como los datos se hacen evidentes y saltan con claridad a la mente, lo cual, tal vez, significaría que la solución de un problema nunca puede confiarse a la lógica o únicamente a la lógica, y otras cosas que por brevedad... (¡Demonios, no estoy dando clases! Estoy...) Ya, ya: «prefigurando» y «preestableciendo» no son los términos correctos: «presintiendo» es la palabra. Y, además, «los datos» tampoco tienen sentido: hay que decir «datos», sin artículo, visto que cada una de las infinitas soluciones posibles tiene, lleva en sí, sus propios datos y visto que, hablando con el corazón en la mano, los datos son ellos mismos hipótesis, que un problema no tiene datos, que no hay datos. É infinitas soluciones, seguro. No es verdad que existan problemas que sólo admitan dos. Al contrario, un problema semejante nunca se ha visto, si no, serían infinitos los modos de eludirlo o de ignorarlo, y éstos, se quiera o no, siempre son soluciones. Es más, yo diría que un supuesto problema con dos soluciones sería repugnante al concepto mismo de problema, sería una alternativa más que un problema; sería... sería un azar, y tanto valdría echarlo a suertes para resolverlo o, mejor dicho, sustituir la solución por una tirada de dados. De hecho, en la idea de las dos soluciones está implícito que las dos son equivalentes en peso; dicho de otra manera, que le presentan al investigador dos posibilidades simples y opuestas, cuando un problema debe, por naturaleza, ser desequilibrado, y resolverlo significará descubrir de qué lado se inclina la balanza —balanza, por supuesto, con n platillos...—. Hum... ¿Será verdad

todo eso? No lo creo. Más bien creo, por ahora, que todo y cualquier problema es por su propia naturaleza insoluble; sí, claro, o que por lo menos todas sus posibles soluciones son erróneas o, lo que es peor, correctas. Pero no, esta última no es más que una salida airosa: todas erróneas. Pero tampoco todas erróneas, ya que el problema del problema, es decir, la cuestión del mismo, tampoco se plantea en estos términos, en términos de solución o no, de éxito o no de la investigación. Un problema no es algo que pueda ser investigado; todo lo más podrá ser constatado. Un problema es algo que interrumpe el orden natural de los pensamientos y de los actos, una especie de enfermedad. No hay que caer en ellos, pero si nos sucede una tal desgracia es inútil lo que hagamos o digamos. Mientras no se presenta, todo va como la seda; cuando se presenta ya no hay nada que hacer, ya es demasiado tarde para todo...

¡Dios mío! ¿Adónde estoy yendo?... Sólo me queda un minuto. En este minuto debo decidir y actuar en consecuencia... Decidir: mi problema a lo mejor es insoluble, como todos los problemas, pero la realidad me agobia igualmente con todo su peso, con toda su innoble urgencia y me pide una decisión. Decisión: monstruo cornudo y maloliente, bestia negra de toda alma bien nacida... ¡Ah! ¿Será posible que no pueda pensar de una forma sencilla, vulgarmente, como todos, como ese guardián nocturno, ese grotesco celoso de ojos límpidos que dentro de un minuto y medio exactamente habrá llegado con su paso de autómatas al umbral de esta puerta...? Calma, calma: en un minuto se inventa el cálculo infinitesimal, basta una iluminación. Una iluminación: ¡Una fruslería!

Razonando vulgarmente, en mi problema hay una incógnita. ¿Cómo no? ¡Muy listo! ¿Acaso no sería oportuno empezar por poner en tela de juicio la capacidad mental y fantástica de los futuros investigadores? ¡Ay de mí! ¡Qué engañoso es este punto de vista! Intentemos atenernos a lo que desencadenó este infierno de inútiles raciocinios (¿inútiles? Un raciocinio nunca es inútil: lo es siempre). Es manifiesto que los investigadores de Gaboriau eran gente tosca, porque, al encontrar a un suicida con el revólver en la mano izquierda y antes de concluir que en la escena hay algo irregular, es preciso comprobar si por casualidad no es zurdo. De acuerdo. ¿De acuerdo? No tanto. Se podría muy bien afirmar lo contrario, afirmar que la escena, de hecho, es irregular, salvo que alguien o algo venga a contarnos que el suicida era zurdo. A fin de cuentas, la prueba se podría volver contra el suicida o contra el que lo suplantó, más que contra los investigadores. Y en ese caso, aquellos que al llegar aquí no fueran capaces de ver algo raro en el hecho de que este muerto tuviera el revólver en la mano derecha, o bien fuesen capaces de ver muchas cosas raras o bien no fuesen... etcétera con sus correspondientes recíprocos, no podrían ni deberían necesariamente ser definidos como gentes de pocas luces. Eso es como decir que yo no tengo ni siquiera una hipótesis a la que referirme para la solución de mi problema o, más sencillamente, que el dato fundamental —o si queremos, la incógnita— no es la inteligencia o no, ni la sensibilidad o no de los investigadores. ¿Entonces cuál es o

dónde está? Probablemente está dentro de mí. Sí, sí, nos lo sabemos de memoria pero, en realidad, decir esto es decir menos que nada. Las cosas dentro de nosotros siempre están fuera de nosotros. O sea, cuidado, no digamos que están dentro de nosotros aquellas cosas con las que hemos logrado establecer una relación cualquiera. Pero una relación no lo es todo. Una relación, lejos de negar o sustituir la existencia de aquellas otras cosas, la afirma; una relación no es autosuficiente y, aunque lo fuera, yo no tengo ninguna relación con estas cosas... ¿Cómo que no tengo ninguna relación? ¿Es una broma? Cualquier cosa menos una broma, dejémoslo estar, por favor, y volvamos a los investigadores de Gaboriau. Investigadores: di más bien personajes literarios, también ellos personajes tramposos. Me recuerdan a los adversarios de aquellos maestros que jugaron, mejor dicho crearon, las Inmortales, las famosas partidas de ajedrez que se conocen con esa denominación, los cuales maestros nunca jamás habrían podido jugar ni crear nada de inmortal si, precisamente, no se hubieran enfrentado a adversarios absolutamente indignos de ellos. ¡Bah! Ridícula comparación, que parece expuesta por antífrasis. ¿Qué conclusión se quiere sacar? ¿Que si los investigadores hubieran sido dignos del asesino éste habría debido triunfar y ellos sucumbir? Sin embargo, en cierto modo así es. Y, además, en el caso presente todo esto no lleva a ninguna parte; la cuestión no es ésta. En efecto, demos por demostrado que esos investigadores fueran o pudieran ser definidos como gente tosca. ¿Y qué se deduciría de ello? Pero he planteado mal la pregunta. ¿Qué se deduciría —debí preguntar más correctamente— del hecho de que esos investigadores, por cualquier razón, no se dieran cuenta de que el muerto era zurdo, de que la puesta en escena del suicidio era perfectamente regular y así sucesivamente? Y la respuesta, de nuevo, es: nada de nada. De lo que se pueden citar, así, a bote pronto, al menos tres motivos. Primero, y tal vez bastaría, como a Napoleón le bastó con la primera respuesta del artillero: ese falso suicidio era ese falso suicidio y eso es así. Segundo: no se puede deducir una norma, ni mucho menos una norma de comportamiento propiamente dicha, de una eventualidad. Este punto o, mejor, esta formulación, requeriría, por supuesto, detalladas explicaciones, pero no hay tiempo. Nos conformaremos con decir aquí que la conducta de esos investigadores no se plantea como un hecho incontrovertible ni ineluctable. O sea, los investigadores que encuentran a un suicida con el revólver en la mano izquierda no necesariamente... etcétera, etcétera. Al contrario: el revólver o su posición ni siquiera son un elemento necesario de la investigación. Tercero: su conducta, sea cual fuere, atañe a una fase posterior de la cuestión que se examina. ¿Y de qué modo esta fase podría servir de ejemplo, de admonición y de aprendizaje respecto a una anterior? Por contra, no hay ninguna relación entre las dos, del mismo modo que no la hay entre las propias cuestiones. Creedme: todo problema no sólo es insoluble, es hasta impensable. Es una teja en la cabeza, ya lo he dicho, y nada más.

Pero reflexionad, prestadme un momento de atención y juzgad vosotros mismos un embrollo semejante: la fase posterior de la que hablaba es, en concreto, la fase

futura respecto de mí, ahora. No obstante, la fase anterior, debidamente pasada respecto a la posterior, para mí es la presente... ¿Es que no veis nada raro en ello? Fijaos bien en para qué sirven las palabras; deteneos en cada una de ellas, sopesadlas una a una y veréis cómo lo raro os saltará a la vista... ¡Santo cielo! ¿Con quién estoy hablando? ¿Con quién estoy hablando en lugar de...? No sé pensar, eso es lo malo. Con todos mis títulos académicos y no sé pensar. Se acabó, sólo me queda...

Los circuitos mentales (no el pensamiento, que aquí no tiene nada que ver) son, como es sabido, más rápidos que el relámpago y que la luz, pero ello no es bastante para liberarlos del todo de la esclavitud del tiempo. Resumiendo: el asesino vio que ya no le quedaba más de medio minuto, sin contar el medio minuto necesario para ponerse a salvo. Y fue presa del pánico. Medio minuto todavía es mucho tiempo para quien no pierda la cabeza y tenga la mente clara. Pero él ya se sabía —y no le quedaba ninguna duda al respecto— presa de aquel... —que el lector lo defina como pueda—, y había perdido toda esperanza. Cobardemente, pensó en huir y en abandonar incompleta, o mejor irremediablemente comprometida en su esencia misma, su propia obra maestra (que, precisamente, con ese último toque adquiriría sentido y esplendor). Un vulgar crimen: ¿A eso había reducido su obra maestra? Pero, llegado a este punto, de repente, algunas de sus mismas palabras interiores flamearon en su mente: «¡El azar! ¡Echarlo a suertes!». Sí, sí, no había duda. Ésta, y no podía ser más que ésta, era la solución que llevaba persiguiendo desde hacía más de diez minutos (y si le quedaba alguna duda, no cabía duda de que no había tiempo para aclarar la duda).

Febrilmente rebuscó en su bolsillo, extrajo de él una moneda y la lanzó al aire. Cara: pondría (con todas las precauciones del caso) el revólver en la mano izquierda del muerto. Cruz: en la derecha. La moneda voló, cayó fragorosamente, rodó por el suelo hasta debajo del escritorio y, por fin, se paró panza arriba. Desde donde estaba, el asesino no podía leer la sentencia y se lanzó a cuatro patas, ansiosamente, hacia la moneda, feliz porque otros (¿quiénes?) u otro decidieran por él; feliz, sobre todo, porque se decidiera, y ciegamente confiado en que la decisión sería la correcta... Casi había alcanzado su meta cuando, de improviso, se sintió mirado. No exactamente él: sintió que alguien miraba su trasero, que sobresalía del escritorio. Se volvió de golpe.

El guardián nocturno estaba en el umbral y lo dominaba con su mole. Sus acuosos ojos azules lo miraban estupefacto.

—Pero, profesor —balbució inseguro, como si el culpable fuera él. Luego vio el cadáver, pero no por ello, entre los nuevos sentimientos que se reflejaron en aquellos ojos, el estupor perdió su preponderancia.

Mientras tanto, el asesino se había levantado. En silencio, más con la mirada que con el gesto, le señaló al guardián el fajo de títulos y de billetes sobre la mesa. La oferta, o sea el trueque propuesto, era evidente. Pero el guardián, también en silencio, sacudió la cabeza con una leve sonrisa, sonrisa de la que no había que fiarse, faltaría

más. En efecto, levantó la pistola que ya empuñaba, apuntó al asesino e hizo una señal de invitación y advertencia a la vez. El asesino comprendió, extendió los brazos, se hizo a un lado para dejarle al otro vía libre hacia el teléfono, pero tuvo buen cuidado de mantenerse en su línea de tiro. ¡Ya! —pensó—. ¡Qué vas a esperar de esta especie de animalote!

—Al menos dime una cosa, Giovanni —dijo, mientras estaban mano sobre mano, el uno frente al otro a la espera de la policía—. ¿No viniste aquí casi un minuto antes de lo previsto?

—Pues claro —respondió lanzando una rapidísima mirada al reloj de pared—. Claro que sí. Es que oí caer y rodar una moneda. Entonces, seguro que usted lo comprende, profesor, vine a toda prisa aquí de puntillas...

Hay que ver hasta qué punto uno puede engolfarse en estúpidas reflexiones. Y hay que ver a qué queda confiada nuestra suerte, cuando habría sido tan fácil haber tirado la moneda a la alfombra en lugar de al suelo. ¡Y cuando el problema ya estaba resuelto!

EL BESO

EL notario D., soltero y aún no viejo, pero malditamente tímido con las mujeres, apagó la luz y se dispuso a dormir, cuando sintió algo en los labios, algo parecido a un soplo o, más bien, como el roce de un ala. No le dio mayor importancia, podía ser el aire removido por el cobertor o bien una mariposilla nocturna, y en seguida concilio el sueño. Pero la noche siguiente tuvo la misma sensación, incluso más clara; en lugar de rozarle, aquel algo dejó sentir su peso por un instante en sus labios. Bastante extrañado, por no decir alarmado, el notario encendió la luz y miró en vano a su alrededor. Luego sacudió la cabeza y también esta vez se durmió aunque con menos facilidad. Finalmente, la tercera noche, ese algo se hizo aún más sensible y se reveló por lo que era: no cabía la menor duda. ¡Un beso! Un beso, podría decirse, de la misma oscuridad, como si la oscuridad se concentrase un momento en la boca del notario, el cual, por lo demás, no lo entendía de esta manera. Un beso siempre es un beso y, a pesar de que aquél fuera un poquito árido y no húmedo ni dulce como él lo soñaba, siempre era un don del cielo. Posiblemente se trataba de una proyección de sus deseos secretos, resumiendo, de una alucinación: pues bienvenida. Turbado, deleitado y pasmado, nuestro héroe se quedó tieso como un leño en la oscuridad (no sin razón considerada por él como una madrina de boda); y más tarde tuvo el placer de recibir un nuevo beso.

Noche tras noche los besos se fueron haciendo más frecuentes y más sabrosos, aunque el notario aún no consiguiera reencontrar o encontrar en ellos nada del sabor de una boca femenina. Y llegó un momento en que el notario, en contra de lo que le aconsejaba su antigua razón, fue presa del insano deseo de evocar de algún modo a la criatura que se los ofrecía. Estaba cansado de abrazar cada vez el aire, y un beso presupone una criatura que lo dé, ¿o no?, la cual podrá ser etérea y sutil cuanto se quiera pero habrá una manera de corporeizarla y de poderla estrechar entre los brazos. ¡Dios mío! No es que ya hubiera perdido el sentido de todas las relaciones. En un principio quizá imaginaba o se hacía ilusiones de que su deseo volviera a ser el deseo de hacer más corpórea su propia alucinación, pero muy pronto dejó de dudar de la existencia real de una besadora.

Sin embargo, mirando las cosas más de cerca, ¿cuál era el modo de inducirla a manifestarse menos exclusivamente para llevarla a su corporeidad? El notario se dio cuenta perfectamente de que para tal fin sólo disponía de medios psíquicos, por lo cual empezó a concentrarse cada vez que era besado y a poner en tensión su propia voluntad y sus propias energías, como esforzándose en captar en el instante una partícula de la inaferrable criatura, de su fluido o de su sustancia; partículas que, al sumarse, debían acabar por dar forma a un ser, cualquiera que fuese. A esta práctica añadió a continuación una acción de genérica suscitación o sollicitación de la oscuridad. Y en verdad, ya fuese aquél el método correcto o por distintos motivos, no

tardó mucho en empezar a recoger el fruto de tantos intentos.

Hay que hacer constar que la habitación daba a un angosto patio, pero en las horas nocturnas no disfrutaba de ninguna luz exterior. Además, para excluirla, bastaba la persiana enrollable de la ventana, cuyas lamas, por excepción, encajaban perfectamente. No obstante, en aquella oscuridad de horno, al notario le pareció vislumbrar una noche algo así como otra oscuridad, una oscuridad más negra, una sombra, digámoslo por reducción al absurdo, sólo que no se sabía muy bien dónde estaba ni qué contornos tenía. Cosa aún más singular: otra noche, en la habitación se alzó una especie de sangrienta aurora. Una débil y siniestra luminosidad que brotó del suelo y se concretó en lo alto como una aurora boreal en forma de franja ribeteada, estremecedora y ondulante, apagándose luego poco a poco. Por fin (pasando a otro orden de hechos), una noche pudo oír claramente una risa contenida en un rincón, pero era una risa gélida, no alegre, innatural.

El notario no sabía si alegrarse u horrorizarse de estos descubrimientos. El hecho es que la criatura se iba revelando muy distinta a como la anhelaba, sin contar con que no parecía dispuesta a hacer más concesiones. De momento, suspendió por un tiempo sus prácticas de evocaciones, pero no por eso aquello dejó de manifestarse de varios modos. En cuanto a sus besos, ya eran devoradores. Y él, demacrado, exhausto y como vaciado, perdidos el sueño y el apetito, se preguntaba angustiosamente si no había ido demasiado lejos. Su trabajo iba manga por hombro, su salud estaba gravemente amenazada, no podía seguir así. Por fin se decidió tardíamente a lo que, todo lo más, le habría sido de ayuda al principio. O sea, convino consigo mismo en dormir con la luz encendida. La decisión —ese dar por perdida la partida y renunciar a todo— le costó no poco a sus románticas inclinaciones. Pero también es cierto que hacía tiempo que sus primeros éxtasis, desde que se había visto objeto de aquellas misteriosas atenciones, habían dejado paso a la sensación de un peligro amenazador. Sea como fuere, el hecho es que empezó a dormir a plena luz. ¡Dormir!

Durante algún tiempo todo marchó bien y recuperaba algo de aliento, si bien se sentía como si le hubieran quitado algo. Pero una noche, allí, a plena luz, de nuevo recibió o sufrió un beso. Lo cierto es que en ese momento estaba (pasablemente) durmiendo y, despertándose con un sobresalto, pudo pensar que lo había soñado. Sin embargo, cuando volvió a adormecerse, o mejor, mientras aún estaba entre la vela y el sueño, un nuevo y gallardo beso se imprimió en sus labios. «Se imprimió», así es como suele decirse, pero, en realidad, aquel beso fue como una tromba de aire. Resumiendo, el notario comprendió que la criatura, al no poder contar ya con la oscuridad, ahora se aprovechaba de su sueño y que ya nada la detendría. Y al mismo tiempo, la atroz sospecha que durante tanto tiempo había rechazado se mudó en certeza: la criatura se alimentaba de él, se hacía grande y fuerte con su sangre, con su vida, con su alma.

Esta certidumbre tuvo como consecuencia el quitarle al notario las fuerzas que le quedaban y arrojarle en una sorda resignación. Desde entonces su existencia no fue

más que una larga, y no demasiado larga, espera de la inevitable muerte.

Todo aquello era idiota y grotesco, pero no parecía que hubiera defensa posible: grotesco y trágico, como a menudo sucede. ¿Huir? ¿Pero adónde o para qué serviría, si la criatura, tal vez, la había inventado él mismo? ¿Y dónde estaban para la ocasión la fuerza y la voluntad de hacerlo? Mejor sería favorecerla en su obra para que todo se cumpliera en el más breve tiempo posible, e intentar, al menos, verla o entreverla, ahora que se había robustecido. Sí, el único sentimiento que en él sobrevivía era una especie de infame curiosidad de la que, en efecto, se avergonzaba, pero contra la que se sentía impotente. Volvió a apagar la luz: era el mejor modo de darle seguridad y audacia.

Vio o experimentó muchas cosas en sus noches de agonía, todas ellas horrendamente absurdas. Al principio fue como una inmensa masa que parecía ocupar toda la habitación y, no obstante, era extrañamente vacua, distinguible de la cerrada oscuridad circundante, como puede distinguirse un vacío en un vacío, semejante a algunas mariposas en el éter cósmico; hormigueaba de apéndices o patas o tentáculos que se doblaban y enderezaban como bajo la acción de un viento oculto. Luego, de repente, esa masa negativa, esa burbuja de vacío, se convertía en algo extremadamente exiguo y agudo, insinuante, que se quebraba en mil regueros, y lo inundaba todo y a él mismo a modo de circulación capilar. O bien, por la habitación se expandía un sutil olor dulzón y pútrido, evocador de imágenes incomprensibles y de paisajes jamás vistos. O bien era sólo una sensación, parecida más bien a una huidiza memoria que con efecto indescifrablemente espantoso parecía anticiparse a sí mismo o dejar atrás todas las cosas y toda plausible experiencia o hacer frente a lo informe e incluso a lo inexistente. Y de nuevo risas ahogadas, gélidas carcajadas, roces no distintos a escalofríos. Y un ocre sabor en la boca, aunque percibido a través de toda la superficie del cuerpo.

Pero las horas del notario ya estaban contadas. La última noche, ante sus ojos (del cuerpo y del alma) se abrió una gigantesca vorágine invertida, un torbellino grisáceo semejante a un útero o a una concha. Amenazadora, lo llamaba desde lo alto de su espiral. Al mismo tiempo, su piel, reducida a árida escama, iba adquiriendo una mortecina fosforescencia que no era señal de vida sino de corrupción: aquella de la que se alzan los fuegos fatuos. Se vio a sí mismo como un pez de las profundidades, débilmente luminoso en el negro abismo. Ya no le quedaba sangre; en su lugar tenía esa tenue luz que dentro de un instante también se apagaría: era el fin. Se abandonó, y, tal vez, en ese último instante, como premio a su abandono, le fue concedido mirar a la cara a aquella que lo había chupado de la vida, y que ahora le arrancaba el supremo beso.

Fue el fin. Y la criatura desconocida se volvió a levantar de los vacíos despojos y corrió por el mundo.

LAS LABRENAS

1

LABRENAS: a veces las llamo así porque así las llamaba un compañero de infancia venezolano. En sustancia, se trata de un vulgar geco y, concretamente, del denominado (salvo error) por los zoólogos *Platidáctilo muralis*: especie de cocodrilo en miniatura que frecuenta y recorre serpenteando las viejas murallas y que penetra al azar incluso en las habitaciones de las casas donde, como en todas partes, acecha y sorprende a insectos varios y, especialmente, mariposas.

Por este animalito, inocuo si los hay, siempre sentí un malestar profundo, una náusea y repulsión de toda mi sustancia vital y un temblor de mis fibras más ocultas. Me cuentan que ya mi madre solía, al entrar en un cuarto vacío o al pasear por el patio, dirigir sin chistar su dedo hacia y contra su enemigo, cuya presencia le denunciaba un infalible instinto; y hacía eso para que sus acompañantes procedieran a quitar de en medio la causa de su turbación. Por lo que a mí respecta, y como en mi casa antigua me era imposible evitar toda relación con las aborrecidas labrenas, cuando era niño fantaseaba durante mucho tiempo sobre lo que me habría ocurrido si un azar maligno me hubiera obligado a contactos más directos, dicho de otro modo, a tocar a una de ellas o a sufrir su contacto. Y no recuerdo veladas más angustiosas que algunas estivales pasadas con mi familia, precisamente en el patio.

Nos sentábamos en semicírculo frente a la gran puerta. Sobre ella y en el muro exterior de la casa, una bombilla eléctrica. Oculta en la sombra del plato, una labrena extraordinariamente corpulenta que se deslizaba apenas se aproximaba, atraída por la luz, una mariposa nocturna. O mejor, esperaba que la mariposa se posara y entonces salía veloz, la mordía y se la tragaba. Y qué escalofríos, qué desmayos, qué horror me costaba a mí aquel espectáculo de laboriosidad para otros, tal vez edificante, aquel hábil aprovechamiento de circunstancias favorables. «¿Qué sería de mí —me repetía fascinado— si su fría y asquerosa piel debiera rozar por un instante la mía? ¿Superaría la prueba y podría sobrevivir?» Y me parecía —estaba seguro de ello— que, por el contrario, me habría muerto; y rogaba a Dios que me guardase.

Pero tan terrible y decisiva experiencia no debía serme evitada.

Las labrenas, ya lo he dicho, penetran a veces en los cuartos de las casas y huyen —añado— precipitadamente hacia las ventanas o los balcones cuando llegan sus legítimos habitantes. Si, además, estos últimos lo primero que hacen es cerrar los postigos, las labrenas, al verse atrapadas, corren como locas paredes arriba en busca de una salida. Y ante semejante eventualidad, en mi cuarto no faltaba nunca una larga y flexible caña con la que podía alcanzar a las tremendas intrusas casi en cualquier lugar en que se encontrasen y empujándolas poco a poco echarlas de allí (no habría

tenido valor suficiente para aplastarlas; estaba seguro de que a la vista de sus vísceras esparcidas me habría desmayado).

Y sucedió que una noche en que había entrado en mi cuarto para acostarme y, habiendo apenas cerrado la ventana, vislumbré algo así como un rayo que corría por el alféizar de la misma y, aunque con el rabillo del ojo, en ese relampagueo vi una labrena lanzada en dirección al marco de la ventana. Su intención manifiesta era ponerse a salvo por la ventana, que, sin embargo (ya se vio antes), estaba cerrada. Entonces, volviendo velozmente atrás, se lanzó a recorrer como una loca las paredes, siempre en la parte alta, y acabó por refugiarse contra la bóveda, donde ni siquiera mi larga caña podía asustarla (a menos que manejase la caña perpendicularmente, pero ello suponía el grave peligro de que la labrena me cayera encima). A fin de cuentas, sólo tenía que esperar a que mi adversaria se moviera, por así decir, voluntariamente, lo cual ocurrió al poco rato, cuando después de madura reflexión y sintiéndose, tal vez, poco segura en aquella posición invertida, reanudó tímidamente su camino hacia abajo. Es más, llegó tan cerca del suelo que yo creía llegado el momento de actuar. Evitando pasar por debajo de ella, abrí en primer lugar la ventana y luego me preparé para empujarla con mi caña hacia el exterior.

A menudo el destino de los hombres está confiado a un imprevisible accidente, a un ínfimo obstáculo... La punta aguda y flexible de la caña se insinuó algunos milímetros bajo el cuerpecillo de la labrena, pero, como las paredes no siempre son perfectamente lisas, tropezó y se dobló un poco en un saliente o protuberancia del revoque. El resultado de todo ello fue la consiguiente sacudida de la punta, que arrastró a la labrena y... y la proyectó con una cierta violencia contra... contra mi cara.

Tuve el tiempo justo de sentir en mi piel más estimada lo que durante toda mi vida había temido: el contacto del soez animal. Y perdí el sentido.

Cuando lo recobré, mi primera sensación fue la de deslumbramiento y, a la vez, de estupor por el insólito ángulo de visión al que parecía obligado. Tenía ante mí una bóveda de la sala, y con el rabillo del ojo llegaba a ver algunos muebles en escorzo, o sea, de abajo a arriba. Y todo inmerso en una luz increíblemente violenta e innaturalmente blanca hasta el punto de que devoraba los contornos de los objetos y los hacía casi irreconocibles. Además, me di cuenta de que no podía mover los ojos.

Por lo demás, un instante más tarde y con inexpresable horror tomé conciencia por entero de mi situación: además de no poder mover los ojos, no podía mover ningún miembro ni emitir ninguna voz ni hacer ninguna señal. Y, finalmente, *no respiraba*. Intenté escucharme el corazón por si latía: *no latía*.

Ésta es, pues, la horrenda verdad. Yo yacía allí supino, considerado muerto por todos (y con toda razón), y mi vida, o sobrevida, permanecía únicamente, y encima en vano, concentrada en mis sentidos supervivientes. Pero entonces alguien me cerró piadosamente los ojos, como suele hacerse con los muertos, y, como es obvio

(resultando mis restantes sentidos totalmente inservibles en mi situación), me quedaron sólo y como único contacto con el mundo el olfato y el oído, el segundo de los cuales demostraría ser, con mucho, el más activo.

Pero sin insistir sobre mis sentimientos de angustia y de terror, sin especificar por qué medio conseguí darme un poco de valor y concluyendo que, a fin de cuentas, aunque muerto, estaba vivo y que, en consecuencia, tenía alguna probabilidad de revelarme como tal —intentaré exponer aquí con un cierto orden el curso de los acontecimientos, de los mínimos acontecimientos de los cuales, aunque no fui partícipe, era de alguna manera protagonista—. Es claro que al principio mis impresiones fueron sumamente confusas, pero pronto me fue dado reconocer claramente hombres y cosas.

2

La gran agitación que primero percibí alrededor de mi cadáver dio paso en breve a una fúnebre calma. Una puerta se abría y se cerraba a intervalos casi regulares; pasos ligeros se acercaban a lo que debía suponer que era mi catafalco; luego oía un chapucero gemido o sollozo, una palabra de pésame murmurada y a veces hasta interrumpida por las lágrimas; luego, una vez más, los pasos se alejaban y la puerta devolvía la libertad al pío visitante.

Estas idas y venidas duraron un buen rato pero al final cesaron y en mi capilla ardiente cayó un pesado silencio. Sólo de vez en cuando oía algo así como el suspiro o soplo de una llama de cirio movida por el viento o como el chisporroteo de un pabilo... ¡Oh, nueva angustia! En efecto, posiblemente en relación con mi loca esperanza de hacer saber que estaba vivo, ahora lo que más temía era la soledad. Pero entonces, de improviso y cuando menos pensaba en pedirle ayuda, mi olfato se vio agredido por un olor áspero y fuerte sobre cuya naturaleza me habría sido difícil engañarme: era vinagre lo que alguien manejaba justo a mi lado. ¿Y qué significaba eso? Considerando que mi piel era totalmente insensible; la explicación no podía ser más que inductiva, pero, a fin de cuentas, bastante fácil. El caso es que recordé que en nuestra tierra es costumbre extender en la cara de los muertos un pañuelo empapado en vinagre para que los queridos rasgos se conserven frescos y firmes durante la larga noche fúnebre. Y la verdad es que una leve disminución de mis facultades auditivas (porque el pañuelo había tapado también mis orejas) me confirmó tal interpretación. Pero, mientras tanto, aquel prepotente olor había anulado, por así decirlo, mi ya débil olfato. A partir de ese momento no podía contar más que con mi oído, que, además, estaba mermado. El mundo, en lugar de acercarse, se alejaba de mí. Ya sólo un finísimo hilo me unía a él, un hilo que de un momento a otro podía romperse.

Debo decir que no tenía una idea precisa del tiempo. Si he de referir en términos propios mi absurda sensación, el tiempo era como un rodar más que un proceder. De

todos modos, a lo largo de este rodar se produjeron algunos episodios sonoros más o menos dignos de mención, pero, a fin de cuentas, carentes de interés para mí, como el inesperado abatirse de un cuerpo pesado (¿alguna visitante particularmente sensible?) o, más tarde, el siniestro gemido de muebles cargados (tal vez) de ponderosas coronas fúnebres. Tampoco hay que olvidar las odiosas preces y solfas varias recitadas en mi cabecera por voces sofocadas y quedas (de monjas, seguro). Episodios —repito— de pocas consecuencias para mi situación. Salvo uno, al que voy a referirme.

De repente, la puerta de siempre se abrió por enésima vez, pero ahora no avanzó el habitual paso tímido, sino un paso fuerte y casi jactancioso que me pareció reconocer a la primera. Sin embargo, para estar seguro de su identificación, esperé a que el recién llegado hablase. Cuando lo hizo, en voz baja y, sin embargo, autoritaria, ya no tuve la menor duda.

—Querida, querida Enrichetta —oí en la voz de mi primo el barón S. (pues se trataba de él mismo)—, acabo de enterarme. ¡Cuánto lo siento!... ¿Y tú, prima?

—¿Yo?... ¿Qué quieres decir? —oí que mi mujer le devolvía la pregunta con un hilo de voz.

—Quiero decir que lo siento también por ti y... ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte?

—¿Y qué podrías hacer? —replicó Enrichetta entre lágrimas—. ¿O es que tienes algún poder contra la muerte?

—Contra la muerte no, pero en favor de la vida sí —dijo mi primo con una extraña entonación.

—¡Oh, Adalberto! No te comprendo y no es momento para discursos. ¿Qué quieres decir? —añadió, femeninamente curiosa—. ¿De qué modo querrías...?

—Yo te amo —declaró él perentoriamente.

—Y yo te agradezco mucho tu afecto —consintió mi mujer con una punta de perplejidad o de temor—, me es de gran consuelo en estas tristes circunstancias...

—¿Pero qué afecto? —interrumpió agresivamente mi primo—. Enrichetta, yo, y hace tiempo que tú lo sabes, te amo con amor.

—¡Calla! ¿Qué dices?

—Lo que por su propia virtud me sube a los labios.

—Pero... me dices eso aquí. ¿No te avergüenzas? ¿Aquí, ante el cuerpo muerto de mi marido?

—¿Y qué lugar o qué testigo más oportunos? —exclamó el otro como arrebatado—. Mientras vivió respeté a mi querido pariente y amigo. Ahora que está muerto, ¿para qué callar?... Amigo —siguió diciendo, seguro que dirigiéndose a mí mismo—, tú sabes, ahora que se te abre la plena consciencia, que he sufrido, que supe por consideración a ti aplacar las tempestades del corazón, sofocar los nocturnos arrebatos de mi alma. Ahora, ahora que estás muerto, ¿por qué no debería romper mi voto?... Enrichetta, yo te amo y tú me amas.

—¡No es verdad!

—Es verdad, si es cierto que no se puede amar sin ser amado.

—Pero eso último no es verdad —rebatí débilmente mi mujer, como quien intenta encauzar las ardientes razones del corazón con las inútiles del intelecto.

—¡Oh! —resopló mi primo—. Yo no quiero de ti que disimules con vanos argumentos. Yo quiero que nosotros dos nos juremos aquí eterna devoción. Quiero que tú aceptes mi ofrenda así como yo recibo con toda el alma la tuya, aunque vacilante y, acaso, oscura para ti misma, pero evidente desde siempre para mí... No temas, mi adorada, tendrás tiempo para disponerte a nuestra unión. No turbaré ninguno de tus dolores. Esperaré a que estés enteramente volcada en dicha unión. Pero desde ahora debes... Ven, ven.

—¿Qué haces, Adalberto?... ¡Oh, Dios mío!... Mira que pueden vernos... ¡No, no! —fueron las siguientes, agitadas y sofocadas palabras de mi mujer.

A las cuales siguió una breve pausa. Breve y, por así decir, plena. Una pausa en la que me pareció oír el leve, levísimo, el imperceptible (para cualquier otro oyente) sonido que puede venir de dos bocas ávidas que por fin se unen.

—¡Oh, no! ¡Basta! ¡Vete! —imploró y ordenó Enrichetta un instante después.

Es inútil expresar qué sentimientos y qué profunda amargura infundió en mi ánimo el coloquio que acababa de oír. Pero en ese momento algo más urgente reclamaba mi atención.

De la concurrencia de sonidos variados y, sobre todo, de un trinar de pájaros que llegaba a mi oído a través de una ventana ruidosamente abierta de par en par, llegué a la conclusión de que ya era de día. Y toda la casa se despertaba, otras ventanas se abrían estridentes, las puertas se abrían con mayor frecuencia y naturalidad y los pasos cruzaban velozmente la sala. Al mismo tiempo, mi oído volvía a ser límpido como al principio, de lo que deduje que me habían quitado el pañuelo empapado en vinagre, pero para debilitarse al poco rato y más sensiblemente, como si un macizo diafragma se interpusiera entre mí y las cosas o personas a mi alrededor. De lo cual no podía deducir más que un hecho: me habían colocado en mi ataúd. En efecto, oí unas voces desconocidas. «Está bien así, no hace falta nada más. Bueno, levántale un poco la cabeza y endereza la corona entre sus manos.» «¡Cómo le ha crecido la barba! ¿No deberíamos afeitarse?»

Entonces, el peligro era grave y amenazador: los ignaros se disponían a sepultarme y yo ya no podía aplazar mis intentos de establecer una comunicación con ellos. Tenía que hacer cuanto estuviera en mí para hacerles saber que estaba vivo.

Desgraciadamente, ninguno de mis intentos dio resultado. Peor aún: me di cuenta de que cualquiera que fuera el empeño puesto en emitir un grito o un suspiro, cualquiera que fuera la concentración de mi voluntad para imprimir el más mínimo movimiento a mis miembros yertos, todo ello me colocaba ante un obstáculo más difícil de superar. Por tanto, decidí dejarme ir, o sea, ante todo, calmarme y sucesivamente reiterar mis conatos pillándome por sorpresa. Pero una nueva circunstancia me apremió y me heló la sangre en las venas.

De repente, mi oído, ya muy limitado por las paredes del ataúd, se embotó aún más hasta casi aislarme del mundo. Ya sólo percibía claramente los sonidos más fuertes y los restantes los percibía a duras penas. Y entre esos sonidos más fuertes oí entonces unos golpes sordos, cuyo significado (por la única fuerza del oído, porque, como ya he dicho, mi cuerpo no recibía estímulos ni solicitudes) se me hizo inmediatamente evidente: habían cerrado el ataúd que me contenía y lo estaban clavando a martillazos.

Al poco rato el ataúd se movió, las pisadas pesadas de los portadores y sus jadeos me dieron fe de ello. Y salí a la vía pública donde en la recta interpretación de los acontecimientos me fueron de guía las campanas de la iglesia mayor, los comentarios de los vecinos y los sonidos mismos que el azul transmite. Me estaban llevando a mi entierro. Y yo estaba devorado por el pánico. Ya me parecía que me faltaba el aire en mi encierro y, además, sabía muy bien que dentro de pocos minutos toda tentativa resultaría inútil, aunque diera resultado, porque los ruidos exteriores habrían apagado cualquier señal mía, incluso aunque ello fuera posible. En efecto, en ésas oí estallar sobre mi cabeza la tempestad de los cánticos y de los acordes con que en las iglesias se suele celebrar el tránsito de un hombre, y me di por perdido. «Estas músicas — pensé— acompañan mi hora extrema; yo acabaré con ellas, si es que llego a tanto; pero a tanto no podré llegar y moriré antes asfixiado.»

El oficio fúnebre seguía con zumbidos de órgano y voces argentinas de niños o de mujeres mientras yo languidecía resignado esperando la verdadera muerte. Por otra parte, ¡qué extraño!, los previstos síntomas de asfixia aún no se hacían presentes. No sentía en absoluto que me asfixiaba y, en general, no estaba ni mejor ni peor que un poco antes... Y entonces, con inmenso alivio, me di cuenta de mi error: la falta de aire no podía perjudicarme de ningún modo desde el momento en que no respiraba. Esta constatación me devolvió el valor aunque mi situación no mejoró ni un poco. Pero, al menos, se me concedía reservar mis supremos esfuerzos para la última parte del drama, cuando, acabadas aquellas sagradas y ruidosas liturgias, me llevasen en lento cortejo al cementerio y con largos ritos me depositasen en la tumba.

Me imaginé que muchas personas me acompañaban a mi última morada. Algunas de ellas discurrían fútilmente, otras tejían con sincera amargura mis alabanzas, todas ellas en tono quedo. A fin de cuentas había suficiente silencio como para permitirme oír gritos remotos y solitarios de pájaros y hasta el susurro de las frondas. Es decir, era el instante oportuno para tensar de nuevo mis fuerzas e intentar mandar una señal a aquellas gentes de afuera.

¡Ay de mí! No tuve más éxito que antes. Al contrario, mi espasmódica tensión me provocaba cada vez más una obnubilación de todas mis facultades (o de la única que permanecía activa), semejante a lo que, a no estar yo como muerto, se diría que fuera un deliquio o sopor del que tardaba en recobrarme. Y en tales alternativas de sopores y de desgarradoras velas, siempre entremezcladas con agónicos intentos, pasó un cierto tiempo. Mientras tanto, mi comitiva fúnebre cruzaba el umbral del cementerio.

Oí chirriar la gran cancela y reconocí la voz del guarda, al que, por casualidad, conocía.

A menudo había observado a lo largo del camino central que llevaba a nuestro panteón familiar una rama de pitospora tan baja que era casi imposible no chocar la cabeza con ella. Entonces calculé que si mis porteadores llevaban (como era de suponer) el ataúd a hombros, la misma rama, una vez llegados al lugar, lo golpearía fuertemente. Y eso se produjo puntualmente e igualmente puntuales fueron los sucesivos y menudos acontecimientos que mi imaginación (o más bien mi oído) anticipaba.

Primero fue un ligero roce acompañado de un suspiro de satisfacción (habíamos llegado al panteón y los fatigados porteadores habían depositado mi féretro en el suelo). Luego hubo un tétrico murmullo de preces, con un imperceptible choque contra la tapa (tal vez el cura la rociaba con alguna agua bendita). Luego, después de una larga pausa, una voz nasal (¿del alcalde?) que enumeraba mis virtudes y llevaba alados consuelos a mis seres queridos, especialmente a mi mujer. Luego, de nuevo, el cura. Y, finalmente, un sonido metálico (de llana de albañil, sin duda) y un siniestro ruido de guijarros al mezclarse. En pocas palabras, estaban cerrando mi tumba, o sea el nicho destinado a mí, pues, por si necesitara más pruebas, empecé a percibir los sonidos externos como si vinieran desde arriba: el murete de ladrillos debía haber alcanzado una notable altura. Acaso sólo una fisura quedase todavía abierta; tal vez la próxima fila de ladrillos cerraría para siempre mi féretro a las miradas de mis allegados y amigos... ¡Ahora o nunca! Si podía, ahora, o nunca, debía lanzar mi llamada.

Reunidas en un espasmo casi insostenible todas mis energías, la lancé; y lo hice con la voz, ya que no sé por qué me figuré que gritar me habría sido más fácil que moverme, que quitar el sello a mis yertos miembros. La verdad es que cien veces, entre un desmayo y otro, había lanzado una llamada semejante sin ningún resultado; el silencio había contestado dentro de mí mismo a tan desesperadas y frenéticas angustias... Ahora, en cambio, esta suprema y postrera vez, y mientras toda esperanza estaba a punto de cerrármese para siempre, ahora, con un inmenso júbilo, oí un débil sonido responder y corresponder a mi agonía.

Demasiado débil, sí. No debió de ser más que un feble lamento, tan feble que ninguno de los sepultureros lo percibió. Pero yo había, por así decir, hallado la vía y reforcé el primer gemido con un segundo y con un tercero. Y entonces, de repente, la obra de los albañiles se detuvo, los murmullos cesaron y los de afuera parecieron ser todo oídos. Al instante una voz femenina exclamó:

—¡Oh, Dios! ¡Dios mío! Me ha parecido... ¿A ti también?

—Pues sí, pero... —replicó otra voz de mujer.

—¿Qué pasa? —se informó una voz de hombre y, enterado de qué se trataba, sentenció—: Las mujeres demasiado sensibles no deberían...

—Hay que abrir en seguida la caja —gritó con providencial resolución una tercera mujer en quien reconocí a mi buena hermana.

—Pero —se entremetió una voz desconocida—, no podemos hacerlo sin permiso de... del...

—¡Qué permiso ni qué permiso! —saltó mi hermana—. ¡En un momento así ponerse a hablar de permisos!... Vengan aquí ustedes; saquen la caja del nicho y dense prisa. Bajo mi responsabilidad.

A lo cual, de momento, no siguió nada, es decir, ninguno de los sonidos que una pronta ejecución de la orden habría provocado. Intenté extraer un ulterior y más persuasivo gemido; no lo conseguí; me había vuelto a quedar mudo; aquel fuego de paja en mi pecho se había extinguido y volvía a deslizarme en uno de mis desmayos del que, con toda seguridad, no me recuperaría nunca.

Por último, parecieron entender lo que había que hacer y en una secuencia cada vez más precipitada, a mi alrededor se alzaron los suspirados ruidos: golpe de mi ataúd contra el suelo, martillazos, estridor de clavos desclavados, rumor del gentío, clamores...

Pero un instante después ya no estaba en condiciones de oír todo aquello. La emoción de saberme salvado había acabado con la poca consciencia que me quedaba.

3

Mi nuevo despertar (más tarde me dijeron que al cabo de dos días) fue de los más alegres. Aunque todavía debilísimo, tenía pleno dominio de mis movimientos y de todas mis facultades. Sentía mis miembros invadidos por un agradable hormigueo y una benéfica tibieza, portadora de nueva vida. La ventana que tenía en frente servía de marco a un gran almendro en flor recortado contra un cielo azul y sacudido apenas por la ligera brisa primaveral.

La primera persona que se puso delante de mí fue mi mujer en actitud de amorosa solicitud, pero yo habría preferido más bien ver al demonio, y a su festiva sonrisa todo mi ser respondió con una sacudida de horror. Si bien es verdad que había podido olvidarla, con todo lo que a ella se relacionaba en el último momento de mi terrible experiencia (cuando me parecía inevitable la muerte), ahora resurgían en mí de golpe los amargos, los atroces sentimientos provocados por su sorprendida y ambigua conversación con mi primo.

Afortunadamente había renacido a la vida, ¿pero a qué precio? En particular, ¿cómo salía mi mujer de las circunstancias de las que una excepcional condición me había hecho partícipe y testigo? ¿Mi mujer, mi buena, mi amada y amante mujer, la guardiana de mis pálpitos más secretos, la urna de mi fe o (dicho a la antigua) el lugar de mi reposo? ¿La que nunca me había traicionado y nunca había sufrido traición, la que siempre me había sostenido en mi camino terrenal y confortado en mi paso vacilante? ¿Mi segunda o, tal vez, mi primera alma? ¿Mi Enrichetta, en fin? Y yo

digo: ¿Era, por el contrario, una mentirosa, una infiel, una abusadora de mi confianza y de mi amor? ¿Era una serpiente incubada en mi seno, o, hablando de un modo general, una mujer despreciable? Ésas eran las preguntas que me angustiaban y que con el restablecimiento (gracias también a sus amorosos cuidados) de mis fuerzas se me planteaban con toda su cruda urgencia.

Empecé, claro, a pasar revista punto por punto a aquel desgraciado coloquio tal como lo recordaba (pero estaba seguro de recordarlo bien). Dejando a un lado las ilaciones a las que, tal vez, me abandoné al referirme a él y que, además, son consecuencia de un posterior juicio mío, las primeras y también las segundas frases de aquel coloquio parecían ser sin hiel ni mancha e incluso obvias. La hiel o el veneno y la mancha anidaban, en todo caso, en el estrambote. Pero a propósito de esto conviene una vez más aclararse. El hecho de que Adalberto amase a mi mujer no podía contener ofensa ni amenaza para nuestro amor conyugal, aunque resultase poco augurable. Habría habido ofensa y amenaza si Enrichetta hubiera aceptado o sólo tolerado el fervor de mi primo. Cosa obvia por demás y que en el fondo podía reducirse a la siguiente cuestión: ¿Si de verdad entre los dos se intercambió un beso, con qué ánimo lo había acogido mi mujer? ¿Lo había sólo soportado o bien lo devolvió con todo su corazón? En el primer caso, ¿cómo es que no me había llegado el eco, un eco concreto (el sonido de un acto, de una palabra) de su enojo? En el segundo... bueno, el segundo caso se comentaba por sí solo. Pero también hay que decir que la materia seguía, de todos modos, siendo opinable: razones de oportunidad, por ejemplo, el legítimo deseo de evitar un escándalo en un momento tan delicado, podían haber retraído a mi mujer y haberla inducido a no tomárselo excesivamente a mal... Pero, ¿y aquel aire como de entendimiento entre los dos que parecía aludir a una precedente familiaridad, a antiguas relaciones...?

Y así sucesivamente, con una indagación que ya amenazaba con convertirse en demencial.

Resumiendo: tenía ante mí a una mujer nueva (o que yo sospechaba que lo era). Pero un hombre no menos nuevo era el que ella veía ante sí. Yo no reconocía a mi amorosa compañera, o bien me obstinaba en ver en su rostro una máscara de impureza y de mentira. Ella, a su vez, no volvía a ver al afable y benigno consorte y amigo. Nos escrutábamos ceñudos, como adversarios ansiosos cada uno de penetrar la guardia del otro, y la paz estaba perdida y cualquier abandono negado. Enrichetta ya no era Enrichetta; era una apariencia de la que no debía esperarme más que incertidumbre y engaño.

Sin embargo, entre estas torturas de la imaginación, supe contener durante un largo rato mi inicial e instintivo propósito: el de no decirle ni una palabra de mi pasada experiencia ni, mucho menos, de mis descubrimientos reales o presuntos acerca de ella. Es más, nadie debía sospechar que durante mi muerte aparente, de donde milagrosamente había vuelto a la vida, yo había conservado una luz de

consciencia. Tal vez pensaba que con esa ficción sorprendería mejor los secretos ajenos. Mientras tanto, iba imaginando febrilmente a qué prueba habría podido someter a mi mujer para obligarla a traicionarse. Prueba o, mejor, careo. ¿Y qué prueba más definitiva o careo más decisivo que convocar a mi primo en persona? Por lo que a mí respecta, tendría los ojos bien abiertos.

Adalberto vino y, con su habitual tono arrogante y altaneramente ceremonioso, dijo:

—¡Oh, querido! He venido volando a tu llamada. No me creía con derecho a turbar tu convalecencia... Dime, resucitado, ¿cómo estás? ¿Y qué nuevas nos traes de Aqueronte?... ¡Enrichetta! No te había visto. Tú también debiste pasarlo mal...

Etcétera, etcétera. Y yo los observaba atentamente a los dos y no veía nada. Nada especial ni significativo. Mi primo tenía el aire de un primo que visita a su primo enfermo; mi mujer, el aire de la mujer que cuida de su marido enfermo y lo muestra al primo que viene de visita, vigilante para que tal visita no perjudique a su marido enfermo... y, bueno, una vez más todo parecía normal y en nada era posible atisbar nada singular ni, mucho menos, pecaminoso.

Pero he aquí que, al despedirse y después de haberme abrazado, Adalberto alargó una mano para una caricia en la cara de mi mujer; caricia, claro, entendida como algo familiar y, en efecto, tuve que admirar la perfecta naturalidad del gesto. De todos modos, era más de lo que me esperaba. ¿Cómo habría reaccionado Enrichetta? Redoblé mi atención y pude constatar dos cosas: primera: que la caricia se prolongaba una pizca más de lo necesario; segunda: que mi mujer respondía a ella con un casi inapreciable poner los ojos en blanco, como se observa a veces en las mujeres enamoradas para las que el mínimo contacto es memoria y prenda de más intensas voluptuosidades.

¡Oh, Dios! También esto era materia opinable, tanto más que el comportamiento aparente de los dos no sufrió variaciones.

—A ponerse bien, primo —concluyó Adalberto, y a Enrichetta con retintín—: Cuídate, prima.

Y ella:

—Gracias, gracias —y a mi—: Querido, ya sabes que Adalberto se preocupó mucho por tu... por tu desgracia y debo decir que estuvo muy cerca de mí en esta tremenda prueba...

Pero mi primo ya le había besado calurosamente la mano y se había retirado.

Perplejidad, angustia, terror. En última instancia eso es lo que me quedaba de mis pesquisas y de mis elucubraciones. Y cada vez era más fuerte la tentación de echarle en cara abiertamente a mi mujer sus aventuras. Tentación a la que un día, contra todo propósito, no supe resistirme. Empecé como distraídamente y como quien no quiere la cosa:

—Enrichetta, deseo plantearte una cuestión. Supongamos que yo me hubiera muerto: ¿Tú...?

—¿Qué quieres decir? —replicó.

—No, te pregunto: ¿Tú qué harías?

—Nada... llorar.

—Comprendo. ¿Y luego?

—¿Luego qué?

—No podrías seguir llorando toda la vida.

—¿Y entonces?

—Te lo pregunto a ti. Al final deberías tomar una decisión, creo yo.

—¡Una decisión! —repitió, presa de una imprevista agitación—. ¡Qué estúpida y cruel pregunta! —continuó mientras se le saltaban las lágrimas—. ¿Te parece que no lloré ya demasiado cuando te lloraba muerto?... Y, sobre todo, ¡qué estúpida insinuación! ¿Debería refugiarme en otro afecto? ¿Es eso lo que quieres decir? Pues bien, debes saber que eso no ocurrirá jamás. Bueno o malo, en tu sano juicio o, como ahora, trastornado por una horrible experiencia, incluso vivo o muerto, tú, sólo tú me has sido dado y quiero conservarme eternamente fiel a ti... ¿Qué sabes tú de estas cosas? Sí, podría llorar el resto de mi vida y no desear otra suerte.

Y la verdad es que lloraba sin contenerse, y, de momento, no tuve valor para insistir, si bien mis actitudes inquisitoriales me impidieron apreciar cuánto podía haber de consolador en sus palabras. Pero una semana más tarde volví a la carga:

—Supón que en aquellos días yo no hubiera estado realmente como muerto. Supón que hubiera conservado una facultad, tal vez una sola, el oído o yo qué sé cuál, mediante la cual me mantuve en contacto con el mundo...

—¿Qué extraña fantasía!

—No pienses en eso.

—De acuerdo. ¿Y bien?

—Pues que yo podría haber oído... haber oído todas las conversaciones alrededor de mi presunto cadáver.

—Conversaciones muy poco divertidas.

—Poquísimo, pero, tal vez, instructivas.

—¿En qué sentido?

—¡Dios mío! Alguien, creyéndome muerto, podría haber desnudado su alma.

—¿Alguien? ¿Y quién?

A esta pregunta tan directa, de momento, no me atrevía a responder. Y mi mujer se marchó encogiéndose de hombros, moviendo la cabeza y lanzándome una larga mirada, no sin decir desde la puerta:

—De un tiempo a esta parte te encuentro extraño. ¡Qué demonios! Tú también deberías hacer un esfuerzo para volver a ser el que eras.

Pero hubo una tercera vez. Una noche en que el extravío y la angustia se habían vuelto insoportables, resolví hacer frente a Enrichetta en términos más claros. La ocasión, vale decir el impulso psicológico, me lo dio mi propio abatimiento físico.

Yacía en la tumbona con tres almohadas bajo la cabeza y debía parecer extremadamente pálido. Mi mujer me cuidaba, si bien con una sombra de disgusto o desconfianza, con su habitual solicitud. Me compadecía, me mimaba y aquella imagen de afectos domésticos me enternecía hasta el llanto pero, al mismo tiempo, relajaba mi control y, por imprevisible efecto, me volvía audaz. Sí, además, la comparaba con la otra imagen de perfidia que la memoria me devolvía...

Visto que me había demostrado incapaz de llevar a buen puerto mis preguntas tortuosas, esta vez incluso llegué a agredir a Enrichetta.

—¡Pobrecito mío, cuánto sufres! —dijo ella inclinándose sobre mí para arreglarme las almohadas. Y yo:

—¡Cómo no voy a sufrir! Enrichetta, yo te oí realmente hablar con Adalberto.

—Lo creo —respondió sin que una nube pasase por sus claros ojos azules fijos en mí—. He hablado muchas veces con él, y la última en tu presencia. ¿Y bien?

—¡Enrichetta! Te oí hablar con él no vivo, sino muerto, la noche en que me llorabais o, mejor, hacíais de todo menos llorarme, en mi capilla ardiente.

Aquí su mirada se aguzó, frunció los párpados, pareció vacilar, y acabó diciendo:

—¡Qué dolor me das, querido! Sí, tú persiste en tu funesta fantasía, tú te figuras haber conservado una chispa de consciencia durante tu... tu espantoso desmayo, cuando ni el arte médico ni el amor de una esposa fiel podían ni habrían podido resucitarte, y pueblas de vanos fantasmas esa noche del alma...

—¡Vanos fantasmas! ¿Vanos fantasmas las voces, las palabras oídas claramente por mí mientras vosotros me creíais muerto y que tan bien me representaban el juego alternativo y concorde de vuestros sentimientos y tal vez de vuestros apetitos?

—¿Vuestros? ¿Pero de quién, mi pobre amigo?

—¡Tuyos y de Adalberto! —estallé ofendido, furioso.

—¿Míos? ¿De Adalberto? ¿Pero cuándo?

—Ya te he dicho que durante la vela fúnebre.

—El caso es —objetó entre digna y disgustada (de mi estado mental)—, el caso es que esa noche Adalberto no estuvo aquí. Estaba fuera y aún no sabía...

—¿Entonces yo estoy loco, vivo y muerto? —grité—. ¿Lo que oí fue mero fruto de mi imaginación, una pesadilla generada y fomentada por mi mal?

—Cálmate —replicó, eligiendo la vía de la dulzura—, yo no digo eso y tú no estás loco. Pero, por lo que se refiere a una posible influencia de ese ignoto mal en las figuraciones de tu intelecto, debes admitir...

—Yo no admito nada. ¿Y qué tiene que ver el intelecto? Aún tengo presentes en mi oído vuestras palabras. Este vivo recuerdo no puede ser efecto de la locura.

—Y, además —completó ella su pensamiento sin hacerme caso y con una cierta sutileza—, es verosímil que esas fantasías sean el resultado, precisamente, de tu renacimiento a la vida y que, de alguna manera, sean una interpretación posterior, aunque distorsionada. Quiero decir que esa noche tú yacías allí como un leño y habría sido difícil atribuirte el mínimo sentimiento ni, incluso, el mínimo sentido.

—¡Te equivocas, te equivocas! —volví a gritar—. En ese leño (como tú lo llamas), a pesar de todo, latía un corazón... es decir, no latía y, ¡al diablo!... Pero, bueno, aunque no latiese, sufría, era capaz de sufrir...

—Está bien, está bien —dijo con ostentosa condescendencia—. ¿Pero qué oíste en realidad?

—¿Cómo? Os oí hablar.

—¿Es decir, a Adalberto (que no estaba) y a mí?

—Claro.

—¿Y de qué hablábamos?

—De nada.

—¿De nada? En ese caso...

—De esa nada que hace que las conversaciones sean significativas o, mejor dicho, decisivas.

—Vamos. ¿Más detalles?

—Adalberto te acosaba y al final te pidió un beso.

—Y apuesto a que yo se lo di.

—¡Lo que hay que oír! Tu tono ligero, paciente y casi divertido es el peor ultraje que puedas infligirme. ¿Es que para ti mi angustia es motivo de befa?

—Pero, bueno, ¿qué quieres? —exclamó Enrichetta, ya intranquila realmente—. ¿Que yo confirme y avale para tu tranquilidad lo que nunca fue? Mira —añadió lloriqueando a su modo— que me costaría poco hacerlo... Pues sí: Adalberto vino, me pidió un beso y yo, aprovechando que tú estabas sin sentido o, mejor (por lo que yo sabía), muerto, y la libertad que tu muerte me daba, le concedí aquel beso... ¿Está bien así? ¿Estás contento?

—Mírate más bien a ti misma —repliqué— y no te fíes demasiado ciegamente del amor que te he tenido y que todavía te tengo. ¿Te atreves a afirmar que...?

—Lo afirmo sin ninguna duda y con todas mis fuerzas —gritó—. O sea, para hablar un poco más coherentemente, afirmo que no. Lo niego. Lo niego todo —luego cambiando de tono y asumiendo una expresión grave—: la verdad es que tú estás enfermo. Tu mal no es el de ayer, o no ha cesado; tal vez acaba de empezar ahora. ¡Ojalá mi afecto te libre de él!

Y con esta frase un poco rebuscada (no de otra manera se expresaba su sinceridad) me abandonó a mis pensamientos.

A mis pensamientos, a mis incertidumbres, las cuales y los cuales se centraban en algunos puntos en particular. Ante todo, según la misma Enrichetta había alegado, podía ser que la enfermedad hubiera confundido mi mente hasta hacerme entreoír aquella noche. Pero, por otro lado, mi mujer se había referido con mucha precisión, y no sin finura, a su única posible justificación, lo cual, directa o indirectamente, me confirmaba en mi propia opinión. Para mayor claridad, ella parecía haber querido argumentar: «Desde el momento en que tú estabas muerto, aun admitiendo una

traición por mi parte, no habría sido realmente una traición: se puede traicionar a los vivos, no a los muertos». Sea, ¿pero qué era eso sino una confesión? ¿Una confesión implícita e inconsciente escapada de sus labios en el calor de la rabia y del sarcasmo? Y venga a rumiar todo aquello y a darle vueltas a lo que, por último, se añadió subrepticamente una incertidumbre, por así decir, de fondo.

El curso de mis reflexiones a menudo me había llevado a cavilar acerca de la verdadera naturaleza de mi pasada enfermedad, noción que parecía necesaria para el reconocimiento de las circunstancias y que, sin embargo, no sé por qué había (o, tal vez, porque desde el principio me había impuesto el silencio) evitado aclarar mediante una completa investigación. Sobre este punto, las fugaces alusiones de Enrichetta a mi «terrible experiencia», así como alguna frase suya aparentemente inequívoca (pero igualmente interpretable como mera imagen), no me habían sido de ninguna ayuda ni lo fueron sus respuestas directas o reticentes o llenas de lagunas cuando me decidí a interrogarla. Por lo cual quise oír a nuestro médico, que también era un viejo amigo.

—Doctor —le dije un buen día—, hace tiempo que deseo ser informado con más detalle del origen de mi mal. Ahora que estoy casi curado, creo que usted puede decirme todo sin escrúpulos. ¿Qué enfermedad fue ésa?

Su respuesta me llegó inesperada y me desconcertó no poco.

—Querido amigo —dijo—, ¡qué cosas se le ocurren! ¿De verdad le interesa, ahora que (como justamente usted afirma) casi está curado, conocer con todo detalle las causas de su pasada enfermedad, su desarrollo y sus modalidades? Preocúpese más bien en recuperar completamente sus fuerzas.

Luego, ante mis protestas:

—Bueno, su caso no es tan raro. No conviene que se preocupe.

—Doctor —exclamé—, sus palabras parecen dichas aposta para despertar, si no otra cosa, mi curiosidad. Le recuerdo su deber profesional y mi derecho a conocer cuanto me afecta. No soy ningún niño. Hable.

—Pues bien —dijo de mala gana—. ¿Qué es lo que desea saber exactamente?

—Se lo repetiré: de qué especie y de qué naturaleza fue mi enfermedad.

—Desengáñese, no estoy en situación de responder a tales preguntas. Usted pretende demasiado de los hombres de ciencia... ¡nada menos que la especie y la naturaleza! —añadió refunfuñando entre dientes—. No hay nada de eso. Su enfermedad fue de una naturaleza no muy bien precisable. Eso es todo.

—Convendrá usted conmigo en que sus diagnósticos son muy singulares. De todos modos, ¿qué me dice de sus síntomas y de sus manifestaciones?

—Eso es fácil. De repente y de un minuto a otro usted cayó en una ardentísima fiebre cerebral y... y no sé decirle nada más.

—¿Cómo es que no sabe, doctor? Pero bueno, ¿cuándo y cómo se produjo el incidente mortal, el que me llevó dentro de mi tumba y del que por un milagro me salvé?

—¿Mortal? ¿Tumba? —repitió maravillado—. Perdone, pero no entiendo muy bien de qué me habla.

—¿Pero cómo? —salté, empezando a agitarme—. ¿Fui atacado, sí o no, por un síncope o una catalepsia, si lo prefiere, que me hizo pasar por muerto? ¿Me llevaron o no al cementerio y casi me emparedan en mi sepulcro?

—¡No! —declaró tajantemente.

—¿No? —grité, incapaz de contenerme—. Doctor, tenga cuidado y no intente engañarme, aunque sea por mi bien. Desde el fondo de mi muerte aparente, cuando todos ustedes creían apagada mi última facultad, yo conservaba una chispa, y algo más que una chispa, de consciencia, por lo que hoy me sería muy fácil desmentirle.

—¡Muerte aparente! —repitió como un eco con una especie de tétrico estupor—. Pero yo no pude observar nada semejante en usted... Todo lo que puedo decirle es que, en un determinado momento, su estado hizo temer seriamente por su vida. Por lo demás, de eso a lo que tan oscuramente se refiere, no sé nada.

—¡Usted no sabe nada! —estallé encolerizado levantándome del sillón donde transcurría mi larga convalecencia, arrojando la manta que cubría mis piernas y caminando a pasos agitados por la habitación—. ¡Usted no sabe nada! Pues escúcheme...

Y en ese momento descubrí en los ojos del médico una mirada extraña, casi furtiva, y sus posteriores palabras me parecieron precipitadas.

—Por lo demás —dijo—, a lo mejor tiene usted razón.

—¿Qué razón?

—Bueno, pensándolo bien, hubo un momento en el que parecía como muerto...

—¿Como muerto, dice?

—No, no, cálmese: muerto del todo.

—¡A buenas horas!

Pero había algo poco convincente en aquella admisión o retirada del médico. Además, se despidió a toda prisa y yo me quedé con la desagradabilísima sensación de haber sido tratado como un mentecato al que no hay que llevarle la contraria si no se quiere que se lo lleven todos los demonios.

4

Y héme aquí en el tiempo presente, aunque, a decir verdad, sobre eso ya no tengo claras las ideas. Habrán sido sus reticencias o descaradas respuestas a mis ansiosas preguntas, habrá sido todo eso, esta especie de complot tramado en la sombra a mi alrededor, y seguro que las perspectivas temporales se me han alterado o algo así. Yo, por ejemplo, creía, y todavía creo, que todo lo que anteriormente he contado ocurrió en un pasado notablemente lejano. Y ellos, al menos hasta que no doy claras señales de malhumor, pretenden que es algo de ayer, además de otros avasallamientos. Pero, a fin de cuentas, la cuestión del tiempo no es esencial. Volvamos a lo nuestro.

Continuando mi observación y estudio del comportamiento y las reacciones de Enrichetta y comparándolos con los resultados de mi (¿cómo he de llamarlo?) involuntaria escucha de muerto, habida cuenta del irrefrenable terror que se le pinta en la cara cada vez que viene ante mi presencia y, para ser breve, utilizando todos los elementos de que dispongo, habría llegado a la siguiente conclusión: mi mujer, enamorada desde hacía mucho tiempo del primo Adalberto y, por lo tanto, decidida a suprimirme, tramó aquel medio odioso; por así decir, me echó en brazos de las labrenas. En efecto, ella conocía muy bien mi aversión o, mejor, fisiológico rechazo por los inmundos animales, y esperó a que los mismos pudieran llevar a cabo su (de mi mujer) obra nefanda. La cual, si no le salió bien a ella y a sus aliadas no fue culpa de nadie por un feliz azar.

Naturalmente, echarle eso en cara con palabras claras (como lo he hecho) no sirve de nada; sólo se obtienen negativas y lágrimas. Sin embargo, yo —lo repito y lo proclamo— tengo mis razones y mis pruebas tan incontrovertibles como que dos y dos son cuatro. ¡Demonios! He reflexionado mucho sobre ello, he llamado a mi memoria las más menudas circunstancias. Supongamos que esa noche soplaban un viento seco y tenso. Pues bien, con un tiempo así (lo he observado mil veces) las labrenas no entran en las habitaciones. Si en la mía había una, quiere decir que alguien la había metido allí.

Y sea como sea, ¿qué pensar de las numerosas labrenas que desde aquel día me asedian y me persiguen? Ahora casi todos los días descubro una en mi cuarto, aunque sea difícil saber por dónde entran, pues tengo puertas y ventanas cerradas. Pero mi mujer sí entra en mi habitación y así me explico el arcano. Mi querida Enrichetta vuelve a intentarlo, sabiendo muy bien que no sobreviviría a una segunda vez... No sobreviviré, conviene decir, desde el momento en que cada vez son más audaces y se me acercan cada vez más, mientras que yo todavía me encuentro muy débil y ni siquiera tengo la caña para defenderme... Por cierto, ¿por qué ya no tengo mi caña? Creo que eso tiene algo que ver con alguna intemperancia mía de la que me confieso culpable de mil amores, aunque está más que justificada por el estado de exasperación en que Enrichetta y todos, a menudo, me arrojan. Intentaré reconstruir el episodio.

Parece fácil hacer como si nada y callar, al menos mientras los otros tienen la sartén por el mango, pero llega un momento en el que uno ya no puede más y entonces, a lo mejor (ayer):

—Enrichetta, ven aquí y mírame a los ojos... No, no desvíes la mirada: a los ojos, te he dicho... ¿Por qué tiembles, necia? No me hagas perder la paciencia. Bueno, Enrichetta, ya puedo declararte que... sí, que te he descubierto; he descubierto tus designios, el papel que desempeñaste en mi horrible mal, tus actuales intenciones, tus culpables sentimientos por otro hombre, en suma, todo. Y tú, ésa es la verdad, lo negaste todo, pero yo no me dejé engañar por tu impudicia... ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Ahora te castañetean los dientes? Perfecto: señal de que sabes lo que ahora quiero de

ti, ahora, en seguida. Quiero una confesión completa, una lista detallada de todas tus culpas. Conque déjate de cuentos. Habla, di la verdad, libera tu conciencia. ¿Tú querías y quieres, no, matarme? ¿Para ser libre y abandonarte al amor de Adalberto, al que tú amas locamente? Vamos, estoy esperando. Y fíjate bien: no es que yo pretenda oponerme, podría ser que aceptase sacrificarme por tu felicidad. Así que no temas: sólo se te pide que manifiestes sin más subterfugios ni fingimientos tus deseos... ¡Vamos, ánimo! Si no, acabaré por perder la calma.

Pero ella se pasaba una mano por la frente con una expresión de extravío... que no habría engañado ni a un niño, y seguía temblando y parecía que no encontrase palabras con que contestar. Y en ese punto, es lógico, yo empecé a alzar la voz:

—Enrichetta, si se te pide que hables significa que debes hablar. ¿Qué te pasa?

—Pero si yo —balbuceó por fin—, si yo nunca he querido ni quiero matarte...

¡Bueno! Eso ya era demasiado, ese papel de corderito. ¿Qué habrían hecho ustedes?

—¿No quieres matarme? —grité fuera de mí—. Pues intenta explicarme la presencia aquí dentro de esa... de eso que está ahí.

—¿De qué? —tuvo la caradura de preguntar.

—¡De esa labrena! —aullé con todo el aire que tenía en el pecho—. Esa que está ahí, en la pared. ¿La ves o finges no verla?

—Yo... ¡Oh, Señor!... yo no veo nada —dijo soltando unas lagrimitas, como si tal cosa.

Y ante tanta doblez, ante tanta perversa obstinación, ante tanta criminal astucia, yo ya no vi nada más: agarré mi flexible caña y le di unos azotes en las piernas capaces de hacerle saltar la piel a tiras. Ella huyó y yo detrás de ella, pero tropezó y salté sobre ella.

La verdad es que si no me la quitan de las manos... A lo mejor ahora estoy arrepentido, pero —vuelvo a repetirlo— si me ponen furioso, ¿por qué maravillarse si pierdo el control? Por eso, precisamente, me han quitado la caña.

Hasta con el médico tuve que enfadarme y hasta con mi buena hermana, la misma que en el cementerio, cuando gemía en mi ataúd, me devolvió a la vida.

Es como una conjuración, ya lo he dicho.

Por otra parte, ni siquiera es eso; es que...

Mi convalecencia, que parecía ir por buen camino, ahora, en cambio... No hay duda, se trata de una peligrosa recaída. Empiezo a figurarme, a ver cosas raras, espantosas...

Al despertarme esta mañana incluso me pareció que no estaba en mi casa sino en un lugar horrendo, desconocido. Me pareció... vacilo al decirlo... que el cielo enmarcado por la ventana no fuera libre y puro sino como marcado y dividido por una siniestra sombra negra... ¡Señor! ¿Una reja?

¿Y por qué esta habitación no tiene ningún objeto? ¿Por qué el lecho del que

acabo de levantarme no es más que un jergón? ¿Por qué, por qué las mortecinas paredes me parecen... ¡Oh, Dios mío, sálvame del horror!... me parecen *acolchadas*? ¿Por qué, por qué me es imposible mover los brazos y las manos, como si estuvieran atados en cruz sobre mi pecho?

Desde una mirilla en la puerta me observa un rostro burlón o compasivo, lo mismo da. Si sólo pudiera alcanzarlo, lo juro, no se reiría ni se apiadaría de nadie por toda la eternidad... ¿O es que ese rostro es el de la propia Enrichetta, venida a disfrutar de su nuevo triunfo?

Y por encima de todo, dominándolo todo y motriz de todo, esta labrena...

Una vez más, ¿por dónde entró si en este cuarto nadie entra nunca, ni siquiera mi mujer?... ¿Y cómo defenderme de ella en mi situación?

Me mira con sus redondos, saltones y brillantes ojos. Acecha la ocasión de caer sobre mi pecho, de caer sobre mí, cara contra cara... Me mira con sus redondos, saltones y brillantes ojos. Acecha la ocasión de caer sobre mi pecho, de caer sobre mí, cara contra cara... Conoce su mirada, su inmenso poder...

En ella se concentra todo el mal, todo el dolor del mundo...

¡Dios mío, sálvame!

II. Cuentos obsesivos

MARIA GIUSEPPA

YO, cuando alguna vez voy a pasear por la parte alta, como se dice en mi pueblo, o cuando paso junto a la cancela del camposanto, siempre pienso en Maria Giuseppa. Quién sabe, tal vez Maria Giuseppa murió por mi causa hará unos doce años. ¡Je, je! Si alguno de ustedes me conoce, seguro que no dejará de reírse: «¿Una mujer muerta por Giacomo? ¿Qué querrá decir?». Porque ese alguien no dejará de acordarse de mi nariz en forma de pimienta y de mi aire de idiota, como dicen. Y, en efecto, seguro que debo ser un idiota, pues nunca me creía un idiota y he oído decir a muchos que si me hubiera considerado como tal habría sido algo menos idiota. Pero, en serio, ¿acaso vale la pena razonar sobre ello?

Señores, quiero contarles cómo Maria Giuseppa murió por mí, pues, sea como sea, siento que debo contarlo a alguien y que debo liberarme de aquella especie de remordimiento que sentía cuando la oía agonizar a la luz de una palmatoria en aquel cuarto suyo sin ventanas, el que en mi casa se llama «el cuarto oscuro». Afuera había un montón de gente: las hermanas, las tías y no recuerdo quién más. ¡Oh! Porque, a fin de cuentas, ¿de qué tendría que tener remordimiento? No es pecado ser conquistado por las gracias de una mujer... Pero juzguen ustedes mismos.

Maria Giuseppa era una mujer que tenía conmigo en la gran casa, ya sin moradores, cuando iba a parar una temporada en ella durante el verano. El resto del año Maria Giuseppa se quedaba sola allí dentro, trabajaba el huerto con la azada, vendía las hierbas y cuando yo regresaba siempre me hacía encontrar un dinerito, poco, la verdad, pero lo suficiente para pagarle una mesada y la comida de todo el año. Todos mis parientes decían que Maria Giuseppa era una estúpida y una ignorante sin ideas, y la verdad es que yo no puedo juzgar si era así o no, pero lo cierto es que siempre me inquietaba con Maria Giuseppa, que siempre quería hacer su real gana, que no quería obedecerme, etc.

Miren ustedes, yo deseaba mucho encontrarme solo en aquella casa, pero por qué lo deseaba o qué iba a hacer allí o qué intenciones tenía al ir allí es algo que nunca he comprendido. Salía de casa sólo al atardecer y me iba a ver a algún pariente, pero durante todo el largo día de estío estaba siempre solo. O mejor, solo no, estaba con Maria Giuseppa.

Yo duermo poquísimo y por ello, a menudo, cuando tomaba el fresco por la mañana en el patio en mangas de camisa y con los pantalones del pijama, o cuando le tiraba piedras a los gatos que estaban abajo, en el huerto, asistía al regreso de la iglesia de Maria Giuseppa. Se levantaba siempre muy temprano para oír la primera misa en la iglesia mayor del pueblo. La veía abrir tímidamente la gran puerta y mirarme un poco mortificada y un poco temerosa, pues sabía que yo, en cuanto me despertaba, quería mi café. Yo seguía, sin responder a su saludo, tirándoles piedras a los gatos y azuzaba al perro, que estaba adiestrado para la maniobra y que perseguía a

esas cosas negras velocísimas en que se convierten los gatos asustados. Muchas veces he observado que los perros tienen el mismo carácter que sus amos; es fácil plasmar un alma de perro aun sin proponérselo. Por eso, mi perro no tenía ese aire jactancioso que tienen algunos perros de los hombres inteligentes, y si se topaba con algún semejante suyo le esquivaba con sumo cuidado o, si no, se dejaba olfatear, siempre con aquella mirada no tranquila, sino estúpida, que también es la mía, por lo menos cuando me miro al espejo. Pero donde su amo no era un cobarde, es decir, en su casa, con los gatos y con Maria Giuseppa, él también parecía animado del valor de un león.

Pero algunas veces en que me hallaba de mal humor agredía a aquella mujer con un montón de palabras extrañas e incluso con palabrotas, entre las que siempre aparecía alguna frase en árabe (porque, de joven, yo estudié árabe, pero al cabo de diez años de estudiarlo tiré todos los libros y las gramáticas y ahora ya no sé árabe). Maria Giuseppa se protegía como podía de las palabrotas y de las bofetadas que —pero, cuidado, en raras ocasiones— se me escapaban de vez en cuando, y la veía cruzar el patio y apresurarse a sacar de debajo de la ceniza los tizones al rojo que había enterrado la noche antes para calentarme el café. ¡Qué fea era Maria Giuseppa! La verdad es que viéndola así, arreglada y con el borde de las bandas del pelo untado de aceite saliéndole de debajo del pañuelo, hasta podía parecer una mujer como tantas otras en el pueblo. Pero yo sabía que era fea porque más de una vez había subido sin avisar a su cuarto y la había visto sin bata y sin sayas y entonces me había dado cuenta de que era una cosa lisa, sin caderas y sin pecho y con unas piernas gordas de campesina. Además, muchas veces, cuando le quitaba, jugando, el pañuelo de la cabeza, casi me daba pena aquella cabeza alargada, alargada, con una frente que no tenía ni cuatro dedos y con aquellas dos bandas de pelo peinado con aceite. Maria Giuseppa tenía manos grandes, grandes pies y siempre caminaba metiendo un ruido que daba miedo. Pero, por lo demás, yo la había traído del campo y el primer día ni siquiera sabía cascar un huevo y tuve que enseñarle a hacer tortillas para no quedarme sin comer. Ella me decía que era campesina y que allí, en el campo, sólo trabajaba en el huerto a jornal y que nunca había cocinado. Pero, a fin de cuentas, ¿qué les importa a ustedes todo esto? He perdido el hilo... Ah, sí. Les estaba diciendo, señores, que no sabía a qué demonios iba yo a aquella casa. En la ciudad, sí: me levantaba, iba al café con algunos buenos tipos que me insultaban y que acaso me despreciaban pero luego jugaban una partida conmigo. Resumiendo, no era una mala vida con la poca renta que todavía me queda. Pero dejemos eso...

Me levantaba pronto, casi al amanecer, y jugaba mucho con el perro y, si queremos llamarlo así, lo atormentaba hasta que llegaba Maria Giuseppa. Entonces empezaba a atormentarla a ella. Vamos despacio con eso de atormentar. Porque, ¿cómo se pueden llamar tormentos todas aquellas bromas sin mala intención que le gastaba? Es verdad que ella se afligía mucho y que lloraba durante casi todo el día. Es más, a veces se lamentaba y gritaba que no sabía por qué pecado la Virgen la había cargado con aquella cruz, y que se marcharía antes que soportar, etc. Pero, la verdad,

lo que yo no podía soportar era: en primer lugar, que gritase, cuando gritaba, y que la gente pudiera creer que yo le estaba haciendo a saber qué cosas. Y en segundo, si no se encontraba bien, ¿por qué no se marchaba? ¿Quién la obligaba a quedarse? La verdad es que ella decía que le había tomado cariño a la casa (y, en efecto, intentaba hacerlo todo bien y nunca me robaba ni un céntimo), pero ya se sabe que eso no es más que pura palabrería. ¿Cómo se le puede tomar cariño a una casa que no es la nuestra? Y yo ni siquiera sé cómo se le puede tomar cariño a la nuestra... Y, además, señores, ¿qué sufría ella? Miren, yo siempre he partido del principio de que, como dice un viejo refrán, hay que darle al burro donde le duela al amo. Ahora bien, por ejemplo, si yo le decía que pusiera todas las sillas de la sala encima de la mesa o si la llamaba para que viniera a jugar conmigo con una pelota llena de trapos, ¿qué razones tenía para negarse y resistirse y decir que tenía mucho que hacer y quejarse? Si yo la llamaba, su quehacer, evidentemente, era lo que yo quisiera. Yo la pagaba, y díganme, señores, ¿qué debe hacer una persona pagada sino lo que quiera el amo y nada más? Pero Maria Giuseppa esto no lo entendía. Sin embargo, es verdad, en serio, que siempre conseguía que hiciera lo que yo quería. Bastaba con que le metiese mucho miedo gritándole al oído algún insulto o que agarrase un bastón de nudos que tenía a propósito para ello. Casi nunca le pegaba, pero algunas veces la empujaba con la punta y, en todo caso, a Maria Giuseppa, como a los perros, le bastaba con ver la estaca para obedecer. Yo he visto algunos tigres en los circos que, aun haciendo los ejercicios que el domador les exige, rugen a lo largo de todo el espectáculo. Así, Maria Giuseppa hacía todo lo que le ordenaba, pero la oía refunfuñar toda enfadada y áspera (mientras, supongamos, recibía la pelota con el brazo doblado sobre el pecho o se quedaba sentada cuando, en cambio, quería ir a echar de comer a las gallinas), diciendo que ella no era un animal para que la trataran como a un perro y que no tenía tiempo para estar perdiendo tiempo ni para estar bromeando conmigo. Maria Giuseppa, enfurruñada, era una de las cosas que más me irritaban. Entonces parecía que recuperaba su alma campesina, aunque ya hacía muchos años que estaba en el pueblo y en mi casa, y me contestaba mal y con el ceño fruncido. Luego lloraba con más frecuencia de lo habitual y por nada. Bastaba con ordenarle, supongamos, que pasara por una calle que no era la de siempre y que fuera a decirle, supongamos, esto y lo de más allá a fulano o a zutano, para que se echara a llorar. Y si lloraba, las más de las veces hablaba. Y siempre, cuando hablaba, no había nada que la pudiera parar. Especialmente, cuando se sentía apenada, no había modo de que dejara de llorar. Tenía una voz no áspera pero de un tono un poco alto, y yo (que soy nervioso) me irritaba horriblemente con sus llores. Entonces me echaba encima de ella, la insultaba bestialmente, pero nunca conseguía hacerla callar. La pegaba donde la pillaba, en la cabeza, en el pecho, en la cara, pero ella, en lugar de callarse, seguía con más fuerza y después de unos agudos que acompañaban sus crecientes sollozos, adquiría un tono uniforme y hablaba y hablaba sin parar. Yo, apretándome la cabeza entre las manos, me veía obligado a escapar y la dejaba allí, anegada en llanto y hablando, sentada en

una silla de madera y apoyada en un sillón de respaldo bajo. Lo cierto es que a menudo lo recuerdo así. Desde la otra habitación la oía pedir auxilio a un montón de santos, decir que quería ir a ahogarse y protestar que antes que pasar su vida mortificada de ese modo se marcharía. Pero nunca se marchaba. Es verdad que muchas veces salía y se iba a quejar a algún pariente mío, pero siempre regresaba al atardecer, de nuevo paciente. ¡Y qué modo de hablar, señores! Cuántas veces intenté interrumpir su palabrería o hacerle contar una cosa de un modo distinto al suyo, siguiendo, como se dice, otro método. Pero ni por ésas; si se veía interrumpida volvía a contar los hechos en el mismo orden pero, en cualquier caso, no era capaz de callarse ni de irse. Yo sentía sus palabras pulular bajo mis manos, que querían reprimirlas, y eso me irritaba mucho. Por eso, una vez le tiré un plato a la cabeza, que el Señor me perdone, y luego estuve acariciándola durante mucho tiempo, porque, ya se sabe, soy un cobarde. A saber lo que habría ido diciendo por el pueblo si lo llega a contar: «A don Giacomino los carabineros se lo llevaron al cuartelillo»...

Es verdad que Maria Giuseppa me irritaba por un montón de cosas, pero —¿cómo lo diría?— me sentía atraído hacia ella, allí en la cocina, sin saber cómo. En casa hay muchos libros que me dejó mi padre y, por eso, yo creía a veces que podía ponerme a leer. Iba a buscar algunas ediciones viejas de Dumas o de Sue, pero ni siquiera ellos me interesaban. En el fondo, nunca me interesaron nada. ¿Quién entiende algo de esas cosas que dicen y hacen D'Artagnan y Aramis? Seguramente yo soy un idiota, pero siempre creía que la vida era algo distinto, algo más pequeño, más gris... Pero, la verdad es, señores, que siempre pierdo el hilo. Les estaba diciendo que aquellos libros no me interesaban nada, o bien, aunque me distrajera con ellos un momento, de repente sentía una fuerza dentro de mí, un ímpetu nervioso que no me dejaba estar quieto en el diván de la sala donde me tumbaba. Pero, a fin de cuentas, ¿qué me importa contarles estas cosas? El hecho es que me ponía a correr por el patio, tiraba, riéndome, la bola de piedra que está en la barandilla de la vieja escalera y hacía con ella un montón de hoyos en la tierra, me revolcaba en el polvo con el perro que aullaba de alegría pero, al final, siempre iba a parar a la cocina. ¿Por qué? Tal vez fuera la soledad, pero cuando encontraba a Maria Giuseppa ante los fogones cortando cuidadosamente la carne en filetes y cogiendo la dosis de ajo y de perejil con tanta meticulosidad, casi siempre se lo tiraba todo al suelo. Los gatos acudían rápidos a llevarse la carne y yo reía feliz. Naturalmente, Maria Giuseppa empezaba a llorar, pero esta vez silenciosamente y eso me divertía mucho. No sé cómo decirlo y, además, es inútil que lo diga, señores, pero me parecía que necesitaba hacerla mover, sacarla de su canal. ¿Cómo se dice esto? Me parecía verla encanalada, con todas sus energías. ¿Y no es muy bonito romper algunos medios tubos que llevan el agua a los huertos y ver a la pobre agua correr de aquí para allá y cómo la tierra la absorbe y ya no puede seguir recta por el medio tubo? De verdad, señores, que me río sólo al pensarlo.

Fuera como fuese, siempre buscaba muchas maneras de pincharla, de pegarle, de

hacerla llorar. Bueno, no quería hacerla llorar, pero ella al final lloraba después de muchos intentos de defenderse y de rogarme muchas veces que la dejase estar. A veces, con unas ramas le pegaba fuerte en las caderas, a veces le arrancaba el pañuelo de la cabeza y lo tiraba al aire. Ella me divertía corriendo detrás de mí e intentando agarrarlo al vuelo. No sé decir lo divertido que era verla con su cara alargada, alargada, con el pelo untado de aceite, poniéndose de puntillas sin conseguir nunca nada porque Maria Giuseppa era baja. ¡Tal vez no me llegaba ni al hombro! Aquella era una diversión curiosa. A veces, incluso se me encogía el corazón y entonces le devolvía su pañuelo y me retiraba a una habitación cualquiera.

Aquellos días eran largos y cortos, no sabría decir cómo. A veces me pasaba dos horas, tres horas, canturreando algunos motivos, siempre los mismos, sin cambiar nunca, como hacen algunos niños pequeños, pero debo decirles en qué postura. Me dejaba resbalar en la silla hasta que sólo se apoyaban en ella los hombros; luego doblaba las piernas para formar como un puente en el cuerpo, entre las rodillas y los hombros. El cuello me dolía casi siempre si me levantaba porque tenía que mirar delante de mí, y así pasaba mañanas y tardes enteras. Pero en general me parecía que nunca sabía qué hacer. Tal vez fuera esa especie de aburrimiento lo que me hacía hacer aquellas cosas. Pero aburrimiento no es la palabra, porque me divertía un montón tomando un viejo sable y haciendo esgrima delante de un gran ventanal con postigos de madera, en una especie de terraza cubierta que hay en mi casa. El perro corría de aquí para allá y ladraba fuerte... pero pronto me cansaba de esto y corría a coger muchas monedas de todos los tamaños y jugaba con ellas en medio de la sala. Hablaba solo, inventaba juegos nuevos y les daba nombres, estatutos y nomenclaturas. Yo, por ejemplo, gritaba, señores, no me avergüenza contarlos: «¡Pleno a la derecha! ¡A ver cómo te portas!», y lanzaba una moneda, observaba su posición y decía, supongamos, pero siempre en voz alta: «¡Cuatro a la izquierda! Ahora tira la pareja bonita». Y muchos otros nombres de jugadas y de combinaciones imaginarias o bien inventadas por mí. Entonces el perro miraba con aire extraño, como si estuviera asustado, ¡pero a quién le importaba! Yo lo echaba a patadas y me quedaba solo... pero luego también me cansaba de esto y agarraba unas bochas y las tiraba entre las patas del perro para verlo saltar..., pero a los cinco minutos ya me cansaba. Señores, tal vez fuera necesario que acabase en la cocina, con Maria Giuseppa. Por lo que se refiere a las bochas, si no les he aburrido, les contaré el bonito juego que inventé con ellas bajo el portalón. Tengo un zaguán en cuesta que desde el gran portalón lleva al patio. Está toscamente pavimentado con cantos rodados que sobresalen a flor de tierra. Yo corría abajo, hacia el patio, y lanzaba cinco o seis bochas hacia el portalón. Las bochas subían y, luego, volvían abajo velozmente. Yo no debía dejar pasar ni una, debía pararlas todas y si, por azar, alguna tropezaba en una aspereza del terreno y se detenía, debía hacerla volver golpeándola con otra bocha, una de las que ya estaban abajo. Ésta era una diversión que me duraba un poco más. Es cierto que en el patio hacía sol, y un sol de verano, pero yo

me ponía el sombrero y seguía... aunque todo lo más resistía dos horas. ¿Y luego? Luego me precipitaba gritando en la cocina y, supongamos, acercándome por detrás de Maria Giuseppa la rodeaba con el brazo y le gritaba: «¡Cerdos todos los diablos, querida, querida!», marcando las sílabas al ritmo de mis latidos nerviosos. La verdad es, señores, que estoy satisfecho de esta frase. Es una frase como la que emplean los escritores. Yo no he leído casi nada, casi no he estudiado más que el árabe en toda mi vida pero, al final, alguna frase como ésta la he leído. Volviendo a lo que estaba diciendo, no siempre me acercaba tan malignamente a Maria Giuseppa, pero, en el fondo, los modelos eran los mismos, ya sea que quisiera acariciarla, ya sea que quisiera pegarle en broma. Y, además, aunque por casualidad yo estuviera tranquilo, siempre me inquietaba con ella. En efecto, yo no soy religioso porque creo... pero ya les hablaré en otra ocasión de mis ideas. Bueno, pues blasfemaba o decía herejías y ella se molestaba e intentaba evangelizarme. Maria Giuseppa siempre hablaba en dialecto cerrado y no comprendía más que unas pocas palabras de italiano, entre ellas las que el arcipreste decía en la iglesia. Y ella me las decía, pero oigan cómo. Si decía, supongamos: «Se debe cultivar la viña del Señor», endurecía y separaba algunas consonantes de modo muy gracioso. La *l* de *del*, especialmente, sonaba como gorda. Estas discusiones tenían lugar casi siempre cuando yo estaba comiendo y muchas veces le soltaba un sermón, le contaba la pasión de Cristo o la vida de algún santo y, luego, cuando la veía en éxtasis mirándome y conmoviéndose por los hechos de Nuestro Señor, de improviso, levantando mi vaso, gritaba: «¡A la salud de Belcebú!», y bebía o bien le soltaba cualquier otra blasfemia, y yo disfrutaba mucho viendo cómo su cara cambiaba de golpe. Pero, señores, ¿qué puedo decirles? Yo no soy un malvado; tanto es así que si la veía seriamente apenada intentaba consolarla por todos los medios. Dije antes que cuando le tiré el plato a la cabeza la acaricié sólo por cobardía, pero no es verdad. Verdaderamente me daba pena cuando sufría y no me resultaba difícil consolarla porque ella pasaba muy fácilmente del llanto a la risa y viceversa. Para hacerla reír bastaba con un juego de palabras, incluso grosero, como yo puedo hacerlos.

En cambio, otras veces, cuando comía, la hacía sentarse frente a mí ante la mesita, y le ordenaba que contase cosas. Ni siquiera yo sabía qué cosas, pero me inquietaba horriblemente si no decía nada. Y esto ocurría muy a menudo, especialmente después de que Maria Giuseppa viera que cualquier cosa que dijera nunca era de mi gusto. Pero algunas veces que la dejaba hablar me contaba muchas cosas de la panadera, de quién se había muerto, y hablaba mucho de los tenderos y de cómo había comprado, supongamos, medio kilo de macarrones o un kilo de arroz. Yo me daba cuenta de que todos la tomaban por tonta y que la engañaban en el peso, y se lo decía. Y ella se echaba a llorar y gritaba que nunca me había robado nada y que trabajaba todo el día para mí, y se iba a la cocina y lloraba lo más quedo que podía. Al principio esto me irritaba, pero luego iba a ella, la sacudía y le decía, supongamos: «Debes dejar de llorar, por Santa Marina y San Roque», y la hacía reír.

Parecía que siempre tuviera un plan predeterminado para cada cosa que tenía que hacer. ¡Ay si se cambiaba el orden de las cosas o se sustituía una por otra! Allí se quedaba Maria Giuseppa, con las piernas abiertas y la cabeza baja como un carnero, y ya no se movía o, mejor dicho, sólo se movía a estacazos. Tal vez por eso yo disfrutaba mucho obligándole a hacer siempre lo contrario de lo que quería hacer. Tenía pasión por las flores y a menudo iba a la huerta, y yo desde la ventana la veía regar y regar y muchas veces acariciar con las manos algunas flores. Entonces se apoderaba de mí una gran rabia, no sé por qué, y la llamaba. No es que necesitase nada, sino por el gusto de verla subir enfadada y oírla quejarse si le mandaba —qué sé yo— sentarse en una silla y perder el tiempo así.

Maria Giuseppa no soportaba el estar mano sobre mano. Me protestaba diciendo que tenía trabajo en la casa, y eso, ya lo he dicho, me irritaba mucho. En efecto, nunca estaba quieta, pero aun corriendo siempre y pasando como un huracán con aquel paso suyo tan pesado, al llegar la noche resultaba que no había hecho casi nada. Yo se lo reprochaba a gritos, pero ella no lo entendía. Le bastaba con trabajar; si *rendía* o no, parecía no ser asunto suyo. Como ya he dicho, en el pueblo todos la tomaban por tonta, pues no hay que creer que mi pueblo sea uno de los típicos pueblos de campesinos o de gente ocupada sólo en todos esos pequeños enredos. En cambio está muy evolucionado, como dicen, y la gente ya ha ampliado sus ideas gracias al progreso. El ambiente tenía poco que ver con la estupidez de Maria Giuseppa. Era así porque por naturaleza era estúpida. Tal vez por eso estaba conmigo. Porque, señores, yo no entiendo a una mujer que viva conmigo y que se deje maltratar siempre sin marcharse nunca. Pero lo curioso es que Maria Giuseppa no era una sumisa, qué va, era enormemente tozuda, creo que ya lo he dicho. Si supieran cuántas veces me inquieté por ella y le pegué sin conseguir que cocinase sin sal, como yo quería. No sé por qué lo quería, tal vez sólo era para *ponerla a prueba*, para pincharla. ¿Quién sabe? Pero nunca lo conseguí. Ella siempre quería discutir y discutir y nunca hacía nada si antes no se convencía de la utilidad de su acción.

Pero, en serio, señores, si todavía no han comprendido quién es Maria Giuseppa, peor para ustedes. Yo sólo quería contarles cómo murió por mí y he perdido, como siempre, el hilo. Bueno, pues un día había fiesta en el pueblo. Maria Giuseppa había ido a la primera misa y al volver ni siquiera se había cambiado. Iba vestida de campesina, como siempre, pero llevaba una bata brillante de lunares y unas sayas amarillas, también brillantes. En la cabeza llevaba un pañuelo celeste con unos dorados que le quedaban muy bien. Ese día, como todos los días de fiesta, había un ir y venir de colonos por el patio que parecía que nunca se iba a acabar. Yo estaba serio, como siempre delante de la gente, fingía interesarme por las noticias del campo, pero, en realidad, miraba a Maria Giuseppa, que recibía las cosas que aquella gente había traído: dos requesones, diez huevos, higos de temporada. ¿Qué quieren que les diga? Entonces me pareció verla por primera vez. Tenía un aire alegre y fresco. ¿Quién me lo puede explicar? Fue como si la encontrase bella, como si hubiera respirado la

fiesta. Por fin, todos se fueron y se oyó la música de la procesión que pasaba por el callejón. Yo había decidido no asomarme; pero paseé unos minutos por la casa y no sabía qué hacer. Entonces me asomé. La santa, una pequeña santa vestida de monja con su carita de cera y un niño de cera pequeño pequeño a sus pies, ya estaba bajo mi ventana. Casi podía tocarla con la mano. No sé quién era; seguro que me lo habían dicho pero lo había olvidado. Tal vez era Santa Marina, la que cargó con la acusación de haber embarazado a aquella monja... pero es inútil hablar de estas cosas. Mientras miraba a los cofrades que llevaban en procesión una cruz con un paño blanco me fijé en Maria Giuseppa, que estaba asomada a una ventana un poco más allá, casi al fondo de la casa, y que parecía estar apoyada en algo de color rosa. La procesión reanudó su marcha pero yo ya no la miraba. Sentí subir hasta mí el calor de la multitud que cantaba apenas dos metros más abajo de mi barbilla, pero yo miraba a Maria Giuseppa. ¡Qué sensación tan extraña experimentaba! A las pocas mujeres —¡puah! — que pasaron por debajo de mí (¿qué les parece este doble sentido, señores?) en mi vida siempre las traté como se merecían. ¿Me ha visto alguien alguna vez embobado delante de unas faldas? Pero aquello era otra cosa. Bueno, no me da la gana de decirles ni el porqué ni el cómo. Y ahora Maria Giuseppa arrojaba unos oleandros deshojados y unos pétalos de rosa que debía haber cogido en mi jardín sobre la cabeza de la santa que pasaba por debajo de ella. En otra ocasión quién sabe cómo me habría inquietado al ver aquello porque ni siquiera me había pedido permiso para coger las flores, pero entonces no me inquieté en absoluto. Reflexioné un momento en lo que habría hecho en otra ocasión: habría ido despacio despacio por detrás de ella y me habría vengado agarrándola por las piernas y metiéndola dentro de casa de improviso. ¡Cuánto me habría divertido! Pero entonces no hice nada. La miraba fijamente y, cuando se retiró y bajó corriendo por la escalera de madera (tal vez tuviera la carne en el fuego), yo también bajé. Entonces no quería asustarla de ninguna manera, pero quería oírla hablar y quería mirarla a la cara. Así, le dije que me contase la historia de aquella santa que acababa de pasar y, mientras ella contaba, la miraba, la miraba bien. De verdad, señores, me importa un bledo si no entienden lo que sucedió. Seguro que ni yo podría decir por qué, aunque quisiera, pero en un determinado momento agarré a Maria Giuseppa por la cabeza y la besé mucho, furiosamente, en la boca. ¿Quién sabe si gritó o no? Se debatía, pero yo la tenía bien sujeta con una mano y con la otra le arrancaba la bata y le levantaba las pesadas sayas. ¿Quién sabe cómo iba a acabar aquello? Yo ya no recuerdo nada, señores, y me importan un bledo sus miradas de desprecio. Después —quiero decir después de aquel momento— apenas me acuerdo de Maria Giuseppa caída en el suelo. Me daba escalofríos, casi me daba risa aquella teta ajada y negra entre un jirón de camisa y la cadena de hierro del *escapulario*. Pero me marché de allí en seguida y no recuerdo nada de lo que fui a hacer.

Bueno, señores, casi he terminado. Sí, sí, mírenme como les plazca. ¿A mí que me importa? Maria Giuseppa enfermó —ya se lo he dicho— y luego murió. ¿Pero es

que acaso murió por mí? Y si hubiera muerto por mí, ¿acaso debo sentir remordimiento? Si por un momento me gustó o si, bueno, la besé, ¿qué culpa tengo yo? A fin de cuentas, no le hice nada malo.

Señores, denme un vasito de agua, pequeño. Y ustedes, ¿qué Cristo miran? ¿Saben que soy capaz de tirarles el agua a la cara? ¡Ja, ja! Estoy bromeando, ¿o prefieren que hable en serio?

Así pues, y para terminar, ahora estoy solo en la casa, solo de verdad. Una mujer viene a hacer las labores de la casa durante media hora y luego se va, la muy bestia, no sé por qué. Pero me importa un rábano. Todas las tardes voy a pasear y a veces llego hasta el camposanto, como ya les he dicho. Tengo treinta y cuatro años. He dicho. Buenas noches, señores.

1929

LA MUERTE DEL REY DE FRANCIA^[1]

1

Clown admirable en vérité!

BANVILLE

—...ANIMO, muchachos. Dentro de cinco horas, al amanecer, se decide nuestra suerte. Los miedosos y apocados, que no salgan de la camareta mañana, después de la copa del estribo. Pero no habrá ninguno, ¿a que no? (miradas penetrantes y decididas en el fondo de los ojos de los presentes). Sí, se va y no se sabe si se vuelve, pero la vida es bella por eso. Y si es verdad que tenéis confianza en mí... Yo no os he enseñado nada, y no es verdad, como soléis decir, que sea superior a vosotros en algo, pero... (búsqueda de la expresión), pero hemos sido compañeros en mil hazañas gloriosas y nuestro destino no es (complacencia de los oyentes por su modo de expresarse) que nuestras tibias tengan que servir de tenedores a estos salvajes. Ahora id e intentad dormir soñando con vuestras mujeres. Tú (a un gesto del interpelado), sí, tú, él que está de guardia, despiértame a las cuatro, ¿eh?, y si es necesario con un cubo de agua. ¿Comprendido? (gesto descuidado de saludo con dos dedos a partir de la frente). Tú y tú y tú, quedaos. Aún tenemos que hablar un rato. (A todos): Un momento, las órdenes para mañana (mirada intensa semicircular: rápidos ademanes haciendo salir alternativamente a éste o a aquel otro, los jefes). Farfulleos, miradas rectas, ademanes fuertes y resueltos a cada uno. Evidentemente, se trata de consignas sobre las posiciones que hay que mantener a toda costa, sobre el modo de actuar en cualquier posible circunstancia. Las manos señalan a veces un monte o una fuerza sin que ni la cabeza ni la mirada las acompañen. Luego, a cada cual, gesto con el mentón que significa: regresa a tu puesto. Casi simultáneamente nuevo gesto apelativo con la mano tajante. (A un chino, en chino): ¿Comprendes? ¡Nadie debe pasar de ahí! (A un italiano, en un dialecto meridional): Nada de ruidos; imagínate que vas a ver a la mujer de Peppe a su casa (sonrisa astuta), y no te pongas a fumar... (A un alemán, en alemán): Mañana por la mañana no se bebe cerveza... (Saludo circular. Se van todos. A los dos o tres del estado mayor, en un dialecto italiano meridional, pero haciendo gala de una ímproba fatiga): Esperemos que haya suerte. La necesitamos, pero... a ellos hay que hablarles así (un poco cansado): Pero yo veo bastante mal lo de mañana, ésa es la verdad. Bueno, veamos ésas... (llaman. Multitud. Gritando, pero de nuevo perfectamente autoritario e imperioso): ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? (una vez más en dialecto): ¿Quieres venir con nosotros, muchacho? (gesto de la mano para liberar de gente el fondo de la popa. Saca con ademán resuelto el gran revólver y lo sopesa haciéndolo saltar rápidamente en la

mano). Mira aquí (saca con la izquierda una gruesa moneda. Disparo. La moneda, tocada, rebota en la pared de enfrente y cae sordamente en cubierta). Bueno, veamos que tal lo haces tú ahora. ¿No tienes una madre, muchacho? (le entrega por el cañón el revólver al muchacho). Ahora te toca a ti (rápido salto a un lado del muchacho. Disparo fulmíneo: la pipa se rompe entre los dientes del contraamaestre, que se agarra atontado la mandíbula. Sensación). ¡Bravo, por Cristo! Vendrás con nosotros. (Todos salen. Gesto de saludo. Escucha, desaprobándolo pero interesado, algo que dice su compañero de la derecha. Alza las cejas e inclina la cabeza como diciendo: quizá, sin embargo, casi casi... Se hace el distraído. Vuelve a cargar enérgicamente el revólver, se lo mete bajo el cinturón y sigue en dialecto): Por la Virgen, estoy cansadísimo. (Gesto vago, se levanta...)

El que pronunciaba estas palabras era un viejo y glorioso capitán de altura. Para evitar inexactitudes, y como no está claro que se llamase Smith o Dupont o Rossi o Mueller o González o Ivanov, lo llamaremos Fulano. Pero, aclaremos las cosas en seguida, no es que él incitase ni preparase a su tripulación para una salida contra alguna torva tribu de las Islas de la Sonda que hubiera, supongamos, secuestrado a un camarada imprudente. Las palabras arriba mencionadas Fulano las había pronunciado sólo en la intimidad confortable y amiga del retrete, durante su laborioso alivio cotidiano.

En este lugar sagrado para la vida interior de los hombres y excitante para su espíritu, algunos escribieron sus obras maestras, otros dieron rienda suelta, con una sublimación de los más remotos sentimientos, a la amargura de un fracaso amoroso, pero todos se repliegan sobre sí mismos en el recuerdo y en la meditación y tratan sin cesar de entender las razones profundas de las cosas y de su propia alma. Así, Fulano, se abandonaba allí al recuerdo y allí revivía su vida heroica y mítica, aventurera y azarosa. ¡Dios mío! —a ver si dejamos una vez más las cosas claras— no es que no exagerase un poco. Porque de sus palabras y de sus actos allí dentro brotaba la imagen de un Fulano extraordinario, no sólo políglota y avezado a todas las fatigas, a todas las astucias y a todas las circunstancias, dominador de todas las situaciones y dueño de la llave de toda circunstancia (una de sus especialidades consistía en llevar a cabo la hazaña más imprevista y desesperada echando mano de móviles psicológicos elementales o de elementales leyes físicas manejadas con una destreza más allá de todo límite), sino también conocedor de los más secretos hábitos de las fieras y de los hombres, de las más recónditas propiedades de vegetales y minerales de todas las latitudes, siempre sonriente y un poco científico como todo cazador —de los— trópicos que se respete. Si hacía falta fuego, se lo procuraba con misteriosas frotaciones; si hacía falta agua, extraía una bebida «fresca y aromática» del árbol de la goma, etc. Imaginemos que estuviera atado al poste de la muerte con una mina bajo sus pies y que hubiera que apagar la mecha ya encendida. Pues bien, cuando cualquier otro se las hubiera arreglado por virtud de una intervención milagrosa o de una complicadísima maniobra que lo sacara de apuros un quinto de segundo antes de

que la mecha le pegase fuego a la pólvora, él salía de la peligrosa situación con un esputo inauditamente certero, después de haber calculado la dirección del viento y el peso específico de la tialina. Siempre maravillosamente seguro y sereno, «dotado de una sangre fría excepcional y de nervios de acero», experto infalible en armas de todo tipo, dotado de sentidos agudísimos y de una perceptividad potencial en proporción al peligro, de una resistencia física excepcional, capaz de cualquier esfuerzo y de cualquier finura, capaz de sufrir cualquier herida y cualquier dolor sin pestañear, eternamente invulnerable entre asechanzas, peligros, trampas, plomo y flechas envenenadas, rodeado de un selecto círculo de aventureros de nombres gloriosos; Acrocerauni, De La Tour d'Auvergne (al que llama sólo Tour d'Auvergne), sus valiosos coadjutores. No sólo —digo— parecía un hombre físicamente perfecto y un perfecto hombre de acción, sino también —Dios le perdone— un sabio en muchas ramas del saber: en glotología y en historia; versado en derecho, en matemáticas —era obvio— y no ajeno incluso a las polémicas literarias aunque, en el fondo, las considerase cosa de mujeres y actividad de pusilánimes. Desde lo alto de su asiento del retrete había, verbigracia, asombrado a una comisión de glotólogos seleccionados entre los más doctos del mundo, impartía lecciones sobre las antiguas dinastías chinas y concedía audiencia a postulantes varios deseosos de ser iluminados en cuestiones de corazón o de pandectas.

Pero exageraba. Por ejemplo, en el fondo de su corazón sabía que no sabía chino y, sin embargo, lo hemos visto en la elocución anteriormente transcrita, dirigirse en ese idioma a un marinero. Pero en todos los grandes hombres de acción juegan un cierto papel la impostura y la mistificación.

En general, puede decirse que este proceso de crecimiento y de redondeamiento en el recuerdo había sido paralelo (¿secreta consciencia? ¿pudor?) a otro proceso que el escribano llamará, de modo totalmente provisional, de despotenciación fónica. Con el paso de los años, las elocuciones, las lecciones y las varias escenas en su origen pronunciadas y representadas en voz alta y con gestos muy plásticos, habían ido perdiendo intensidad gradualmente hasta quedar murmuradas y esbozadas y refugiarse, por último, un poco más adentro en la consciencia de Fulano. Tanto es así que ahora no se podría decir si las palabras eran murmuradas o sólo imaginadas ni si los gestos eran sólo amagos de gestos. Su mímica y su voz parecían haberse encogido bajo la envoltura de su piel.

Para poner punto final a este desagradable asunto del retrete, el escribano recordará que si todo hombre de corazón desea de un modo natural en su ánimo poder permanecer —como en todo lugar tranquilo y confortable en el que seamos mejor nosotros mismos— lo más posible allí dentro (pero con una necesidad real. En efecto, las razones de ese gran confort son todas físicas y, por ello, el escribano se permite no aludir a ellas. Brutos son aquellos que quieren emplear un tiempo mínimo en la satisfacción de esa necesidad «vulgar». Los estreñidos crónicos son unos desgraciados que han perdido todo frescor y todo candor; los parciales u ocasionales

son los hombres más felices del mundo), eso era aún más sensible en Fulano, el cual, a fuerza de desear, en circunstancias difíciles o embrolladas o tristes o en vísperas de alguna gran resolución, el propicio estímulo corporal, había llegado al punto de identificar tristeza, indecisión y necesidad de clarificación o de consuelo con aquel estímulo. Equivalencia irreversible ésta, por razones obvias. De modo que una desilusión podía hacerle el efecto de una purga, pero nunca le estimulaba a la necesidad el efecto de un adulterio descubierto. Cómo en aquella vida suya aventurera y precaria había logrado encontrar siempre lugares cómodos dignos de este nombre, es un misterio que el escribano no ha podido desentrañar.

De todos modos, para avalar, si aún fuera necesario, la aserción de que Fulano era un gran hombre de acción bastaría con ese punto débil, inconfesado y maligno que habría podido por sí sólo situarlo a la par de los gigantes y de los héroes de la historia y del mito. Como Aquiles, como Sansón y como Margutte, Fulano tenía un punto débil. Y su punto débil eran las arañas. Repulsión u horror religioso, idiosincrasia o atracción abismal, el hecho es que Fulano no podía soportar en absoluto a esos animalitos. En el lenguaje común se diría que «le daban miedo las arañas». Al entrar en una habitación en cuyo rincón más remoto y oscuro anidase el tenue enemigo de ocho patas, Fulano lo descubriría al primer golpe de vista. Si había alguien con él, le rogaba que lo atrapase y que lo echara fuera sin hacerle daño^[2]. Si no, ojo por ojo — como se decía a sí mismo en esos momentos —, se armaba con un bastón lo más largo posible y empezaba la lucha, por así decir, cuerpo a cuerpo con su enemigo, a base de grandes mandobles y estocadas. Una vez, siendo aún un jovencito, recorría su gran casa por la noche, no se sabe por qué motivo. De improviso, de debajo de un escalón de la escalera de madera que llevaba al desván salió una araña enorme y gelatinosa de un color amarillento encarnado. Asustado primero, luego tal vez animado por la consciencia de su paseo nocturno, Fulano tuvo la buena ocurrencia de acercarle la llama de la candela para quemarla. La araña pegó un salto admirable y desapareció en el aire. Pues bien, nuestro héroe, que, como es lógico, iba en camisa de noche y con las piernas al aire, fue presa de un tal frenesí espasmódico, por temor a que la araña le hubiera caído encima, que estuvo un tiempo imprecisable saltando convulsa y alternadamente sobre sus piernas. El tiempo pasó, pero cada vez que Fulano pasaba por aquella escalera se asustaba como un potrillo. Otra vez, mientras Fulano dormía, una araña le pasó por el cuello y él la vio luego en la cama, por lo que levantó el campo y se fue a dormir o a velar entre pesadillas innumerables a otra parte. Durante mucho tiempo había temido que el contacto de una araña habría sido bastante como para pararle el corazón para siempre, pero después de aquel episodio acostumbraba a mascullar: «¡Je! Tenemos la piel dura».

Pero sería largo aludir a todas las circunstancias de las tempestuosas relaciones de Fulano con las arañas. No obstante, todavía produce maravilla el hecho de que, a lo largo de su ya citada vida, el capitán lograra resistir victoriosamente los asaltos de las inevitables y monstruosas arañas tropicales. Además, hay que considerar que a sus

enemigos les habría bastado con un puñado de arañas para desbaratar toda su alta estrategia, y seguro que habrían surtido un efecto aún más clamoroso que el de los elefantes de Pirro.

Fulano era el hombre que, una vez puesto de pie y habiendo procedido a las demás formalidades usuales, se disponía a salir con una sensación de malestar. En efecto, abierta y vuelta a cerrar la puerta, debió proceder a una purificación integral de sus dedos, sucios por el contacto con el pomo. En realidad, aquel pomo no estaba especialmente sucio, pero, en cualquier caso, era el del «retrete». De la misma manera que, al caminar, se magullaba justo el centro de la planta del pie con los cantos salientes del empedrado, tampoco toleraba el contacto con las cosas sucias. La purificación consistía en un oportuno esputo en la yema de un dedo, que luego se encargaba de humedecer a las otras yemas y a la parte infectada de la palma de la mano, en el caso de que se tratase de contaminación táctil. En cambio, si el objeto sucio sólo había sido visto o llegaba a sus oídos una expresión malsonante, la ceremonia consistía en expulsar a golpes de voluntad de los ojos y de los oídos las exhalaciones que se hubieran adherido a ellos. De soplidos de través y de besos al aire en recuerdo de personas queridas muertas ya se ha tratado en otro lugar y no vale la pena insistir aquí. Así, pues, Fulano se escupió en la mano, se la restregó y, al final, una vez en orden todos sus asuntos interiores, se enfrentó con mirada benévola a la vida.

Ello es comprensible: era un cristalino día de la primerísima primavera, sol claro, todo limpio, fresco y nítido. Fulano atravesó el patio lleno de brotes verdes y entonces, desde la puerta del salón, le salió al encuentro Rosalba.

2

Louange aux femmes pour leur vie merveilleuse!

El sol acababa de iniciar su camino celeste. Rosalba era una muchachita de unos doce o trece años. En albornoz, lista para el baño: «Estoy lista, papá», gritó en cuanto vio a Fulano. En efecto, es preciso saber que Fulano, además de un hijito enfermizo y de ojos amarillentos que le dejó su pobre esposa, también tenía a esta Rosalba, adoptada en su más tierna edad «para darle una hermanita al pequeño», y que ella creía que era su padre. Con la ayuda de ella esperaba llevar a cabo un antiguo proyecto realizable solamente ahora, cuando —como él decía— se había retirado de los negocios (y entendía por negocios aquella maravillosa vida suya): ayudar y acompañar el crecimiento y el florecer de un cuerpo femenino. El, realmente, añadía: «y de un alma». Pero permítase al escribano dudarlo. Para hacer eso era necesario plantear la educación del pequeño ser de un modo particular, es decir, dejando a un lado ciertos convencionalismos y ciertos pudores apriorísticos, evitando los contactos peligrosos, etc. Precisamente eso era lo que había planeado hacer Fulano y —hay que reconocerlo— con el mejor de los resultados. Así, por ejemplo, había acostumbrado a

su pupila a tomar en su presencia su baño cotidiano. De este modo podía observar día a día los progresos y las modificaciones de aquel delicado cuerpo. Qué esperaba de tales observaciones o de la culminación de su desarrollo o qué podría obtener de ello es algo que el escribano no sabría decir. Éste, como mera sugerencia, aventurará la hipótesis de que no se trataba de un puro interés estético y de que Fulano no se sometería a la pesadez de asistir todos los días que Dios enviaba a la tierra al baño de una niña si no era con vistas al momento en que esa niña comenzara a ser mujer, es decir, a la espera del fruto en agraz. Pero tal vez había algo más en aquel deseo de compenetración con la intimidad de una muchachita, es decir, algo más refinado.

Como quiera que fuese, hasta aquí todo le había salido según sus planes. Y Rosalba (se vio cuando con un gesto ingenuo dejó caer el albornoz en el cuarto de baño) se había convertido en una soberbia muchacha con dos ojos grandes y profundos y cabello corto ondeante y reluciente. Tal vez algo delgada. El cuarto de baño no era más que un trastero restaurado y su puerta siempre permanecía abierta para darle luz. Los primeros rayos tibios del sol, los árboles y los arbustos a dos pasos del umbral arrojaban reflejos glaucos sobre su cuerpo sutil y ya en flor. Aquel cuerpo no era lácteo ni virginal (el blanco es el color descarado del pudor). Era moreno, más allá de la virginidad y del pecado. El arco de los riñones recordaba por su tono sordo un sonido de flauta; las piernas eran ligeramente gruesas y reforzadas para sostener un torso leve; los hombros caídos y un poco curvados de modo que los pechos, un tanto colgantes, ondeaban contra el tejido leve y casi transparente de las costillas; el vientre, amplio y cóncavo, sombreado de moreno y violeta con difuminados de rubio hacia arriba, como una vegetación naciente. Las caderas agudas (eran lo que inmediatamente llamaba la atención en ella). Como adormecido aún por el calor de la cama, con algo de aniñado y de estremecedor al aire fresco, aquel cuerpo sin pudor florecía un poco inclinado hacia un lado, como el de las vírgenes talladas en un colmillo de elefante. Sin pudor. Rosalba consideraba como algo normal y habitual su baño en presencia de su padre y todas las demás intimidades con él, y tal vez ni sospechase que las demás muchachas, especialmente las de su misma edad, no acostumbran a desnudarse delante de sus propios padres. La falta de pudor era precisamente la condición que hacía posible a Fulano la realización de su proyecto. Por ello, procuraba de todos los modos posibles no despertar la recóndita sensibilidad de ella. Conteniendo el aliento en cada instante, tenso en el esfuerzo por no traicionarse, ya fuera cuando entraba en su cuarto cuando ella se ponía sus ligeras braguitas, ya fuera cuando la ayudaba a alcanzar con la esponja las partes menos accesibles a sí misma de su propio cuerpo, Fulano debía enmascarar cuidadosamente cuanto pudiera haber de carnal en sus cuidados y adoptar un aire natural y desenvuelto. Comportarse de otro modo habría sido favorecer su inconsciente proceso formativo. Ahora bien, en este inflexible vigilarse cada minuto residía, tal vez, el más áspero y completo placer de Fulano. Aun admitiendo esto y aun admitiendo en él la consciencia de que toda intimidad decisiva habría significado en

el fondo la destrucción de aquella voluptuosa familiaridad, sin embargo, siempre cabe preguntarse en dónde había encontrado la fuerza para resistir al encanto de aquel joven cuerpo, especialmente ahora que la solución natural estaba a punto de convertir en inútiles cada una de sus atenciones.

Tal vez haya que admitir también que la naturalidad de sus relaciones con la muchachita no era en absoluto fingida y que precisamente en eso se ocultase la voluptuosidad de la situación. Dicho de otra manera, estaba seguro de tener a la muchacha en su poder, a discreción y dispuesta para cualquier uso. A una seguridad le basta con ser concebida para pasar a una zona lejana de nuestro ánimo donde acaba por volverse impersonal y genérica, es decir, más allá del particular objetivo a propósito del cual se formó. Hay mucha gente a la que le basta con poder hacer una cosa para no tener ninguna necesidad de hacerla y para sentirse satisfecha como si la hubiera hecho. Pero tantas aclaraciones no son necesarias en absoluto.

Después del baño se inicia la jornada de Rosalba. Y aquí el escribano quería poder disponer de una paleta de colores tenues y cristalinos, luminosos y también diáfanos. ¿De qué puede estar hecha la jornada de una muchachita de doce o trece años? Naturalmente, de pequeños episodios sin nombre, risa bajo el ligero oro de las pestañas, cantó una poetisa de otras tierras. Desgraciadamente, el escribano no tiene ni la mítica ingenuidad ni el cándido vigor de aquella poetisa y, por ella, renunciará, a su pesar y en desdoro propio, a describir esa risa. El sol prosiguió su camino celeste, describió un arco cada vez más alto, llegó a la cima, se quedó un instante como en suspenso y luego, cautamente, emprendió su descenso hacia el horizonte. No nos preocupemos por él; mañana surgirá de nuevo, mañana será la misma historia.

Pero con la caída del sol se aproxima la noche y con la noche las sombras, portadoras de voluptuosos terrores. Pero no sólo las sombras, sino también los amigos, los amigos que se reunían cada noche en casa de Fulano. A Fulano ya se le había ocurrido que aquellas reuniones podrían ser peligrosas para Rosalba (y, efectivamente, durante la narración de sus asombrosas aventuras no la perdía de vista ni un momento). Se había acostumbrado a ellas por inercia o por necesidad o, quizá, porque temía la soledad de su pupila más que cualquier otra cosa. Para esta tarea, es decir, para narrar convenientemente estas desoladas y excitantes tertulias familiares de pueblo, se necesitarían, en cambio, los hoscos colores de los que seguramente dispone algún gran prosista de nuestros tiempos. En su poquedad, el escribano se ve obligado a perder otra buena oportunidad y, aunque su posición corra el riesgo de llegar a ser insostenible, a declinar este encargo.

Venían un abogado, mejor dicho, el abogado, con su hijo de veintiocho años (bigotito negro), el boticario, el juez de paz honorario, no sé, el alcalde, concejales y funcionarios varios con sus respectivas señoras. Y ya fuera que escuchasen en semicírculo las cacerías de cocodrilos de Fulano o, supongamos, un gramófono, ya fuera que pegasen los rituales cuatro saltitos o jugasen a los más decrepitos juegos de sociedad, solían pasárselo bastante bien.

*Criolla,
La de la oscura aureola,
Por piedad, sonríeme,
Que el amor me abrasa.*

Pero esa noche a Rosalba, a saber por qué, inexplicablemente le aburrió el bisbiseo de su acompañante (el baboso juez de paz honorario) durante un «telegrama» y salió a la terraza a tomar el aire. ¡Qué extraño! La sensación de aquel aliento cálido persistía en su oído y en la mejilla, y aquel murmullo, por otra parte incomprensible, silbado haciendo fuerza con el pecho, le zumbaba dentro y no parecía disminuir, dotados ambos de todos los atributos de la materialidad. Al cabo de un rato, que sí, que no, el hijo del abogado la siguió. Pero Fulano, que se había dado cuenta del ardid, pudo hallar una excusa y alcanzarlos a su vez. Al salir los vio juntos bajo una macolla. El joven hablaba apresuradamente y a Rosalba le daba de lleno en la cara una luna húmeda y sus ojos estaban ensombrecidos. La muchacha escuchaba con las cejas levemente arqueadas y la boquita entreabierta en forma de corazón, como los niños. De aquella boca parecía aletear un aliento ligero e impalpable, un acre olor a verbena (evidentemente, aquel bellaco de su interlocutor lo sentía). La luna entre sus dientes le hundía en el hueco de la boca una hoja aguda y gélida...

Luego, todos se marchaban, entreteniéndose largo rato en la puerta del zaguán, despidiéndose un montón de tiempo y recobrando en aquellos supremos instantes todo su gracejo, y de su bostezante languidez renacía, como nuevas aves fénix, las cuestiones capitales: «Pues parece que el autobús va a hacer un segundo viaje»...

Y a la cama.

3

In solchen Naechten waechst mein Schwesterlein...
RILKE

Pero esa noche Rosalba no podía dormir. No podía porque muchos eran los problemas que resolver. Desde hacía algún tiempo en todas las cosas había como una oscura amenaza. En primer lugar, ¿qué significaban las miradas húmedas y pegajosas del hijo del abogado con su bigotito cuando venía por la noche? Miradas perdidas en una fuerza más grande que él y, por eso, suplicantes, no imperiosas, no insistentes. ¿Qué significaba ese mordisquearse el labio, ese desviar la mirada de su padre durante su baño, como si se tratara de un triste espectáculo? El ya casi no le daba consejos y ni siquiera la ayudaba: el arco de sus riñones a menudo quedaba inviolado por la esponja.

Era eso lo que necesitaba saber. Y, además, aquel llanto desconsolado por los

ocasos y por la vieja casa, cuando la veía lívida en el tardío atardecer desde una punta del jardín, por los brotes y por el verdor de los árboles, ese llanto interior que escasas lágrimas provocaba, pero gruesas y lentas y pesadas, que sentía correr por las mejillas, lágrimas que se desarraigaban con esfuerzo del calmo alveolo... Quizá sea justo que un atardecer haga llorar, sí, pero hay que saber a toda costa por qué ocurre esto, qué elemento concreto es su causa. Poder llegar a la conclusión: «Claro, ya lo entiendo, es que el rojo me molesta». Pero no, se llora y no se sabe por qué, en todo hay una tranquila amenaza, mejor, un enarcar las cejas como los niños ante una cosa triste y un poco desconocida. Miradas de muertos papudos de tristeza de los retratos de las capillas. Y, peor, la aspereza de la esponja es ya casi agradable y da escalofríos en el arco de los riñones, el aliento es pesado, con un peso que obliga a suspirar cada cinco minutos. Sí, sí, quizá. Se está triste no porque se esté triste sino porque, si se suspira, es necesario que nuestra alma justifique ese suspirar. De todos modos, en el fondo de ese peso hay como la promesa de un placer oculto y nuevo. Un placer: ¿Y cómo, si es lícito preguntarlo? Tal vez sea necesario liberarse de ese peso con un suspiro más profundo, más hondo, un inaudito suspiro. Es un momento, se remonta, se remonta aún más adentro, cada vez más hondo, hasta el vértigo, hasta arrebatar la última vedija de aliento que se ha agrupado en el fondo (¿pero de qué?) y se es libre. Pero quizá no; conviene que ese peso aumente indefinidamente sin descanso, sin pausa, hasta que la sangre se desencadene en un zumbido furioso latiendo, latiendo en las sienes, en la garganta, en los pulsos, en la cavidad de las axilas, en las yemas sonoras de los dedos. Conviene que ese peso sea aplastado. Eso: *aplastado*.

En efecto, esta noche no se adormecen todos los ruidos, no se apagan después de su desesperado reclamo y cada sonido lejano y cercano danza un aquellarre peligroso. Sobre todo, amenazador. Un chirriar de carro en el lejano camino lunar crece, se hincha con el ritmo de la sangre en la cabeza —un ritmo terrible, no acelerado, pero insistente, dominante—, se hincha de una oscura y espantosa sensación de amenaza: car-ro. Se hincha. Está a punto de estallar. Dios mío, por esta vez no ha estallado, por esta vez pasó y se desploma como una gran ola. Pero la otra oleada, ¿qué será, qué será? Sí, es un mar con enormes láminas tempestuosas y entre las láminas un inmenso monstruo de cabeza cuadrada y cuerpo de serpiente. El monstruo quiere alcanzarlos con su descomunal cabeza, pero la resaca lo aleja. Pero la resaca lo aproxima también y secundando el latido de las olas, de vez en cuando (¡en cada latido!), el monstruo se yergue, grita, se alza sobre la gran ola que llega y, mientras se yergue, grita con una voz altísima, fortísima, y cuando está en lo más alto, cuando su cabeza cubre el horizonte y su cuerpo el mar, entonces, justo entonces, su grito alcanza su tono más alto y entonces su grito llena el aire. No hay salvación: el aire es grito, el mar es cuerpo, el horizonte es cabeza. Pero la gran ola se desploma y el monstruo con ella, pero la gran ola se hinchará de nuevo y esta vez quizá el monstruo alcance a su presa. No la ha alcanzado, su aliento rozó el monstruo, pero aún quedan tantas grandes olas como son los segundos de la eternidad... un salto más, pero resbala, pero vuelve a

saltar para aferrarnos... pero no. Hay tantas olas como latidos del tiempo, pero no son todas grandes olas y si la resaca no apremia su salto, ¿cómo podrá el monstruo llegar hasta nosotros? Las grandes olas se aplacan, el mar se aplaca, el monstruo se aleja refunfuñando, estalla un trueno, se acabó. Pero el mar tranquilo es de pez, el cielo de plomo, gigantescas gambas leonadas nos rozan con larguísimas antenas, tienen ojos córneos y duros, ojos sin piedad. Pero su enojosa lentitud es tan marmórea que no podrán tenernos. ¡Oh, Señor! ¿Cuándo brillará el sol sobre este mar? ¿Cuándo el agua será esplendorosa como un chorro de oro? *Chorro*. Sí, eso es: *chorro, aplastado*. Por fin un poco de sol. Basta con repetir y darle vueltas a una palabra cualquiera dentro de uno para que se vacíe de su sentido de todos los días, grotesca, decididamente grotesca. Aún hay más: ¡*binóculo!!* no es bonita, sólo es grotesca. ¡Reír, reír! Botellas, champán, mujeres, el hijo del abogado...

Pero la risa es macabra. Esperad; viene del mirador que hay al final de la escalera, encerrado entre las tres paredes del viejo patio. ¿Nosotros o yo? Pues claro, estoy en el aire y miro esa risa. En el aire, pero nos abismamos en un inmenso embudo de aire y de plomo. Nos hundimos. Y en el fondo, en lugar del agujero está esa risa macabra. Sólo la risa. Adiós, vuelos sobre la Sierra Capriola, libres axilas al viento en los valles montanos. No. ¡Nos hundimos, señores! Ahí está la risa, o, mejor dicho, estaba. ¿Y ahora? Busquemos esta bendita risa, macabra sí, pero en el fondo simpática, que se divierte escapando a través de las puertas cerradas como un fuego fatuo. ¡La casa! Ahí está la casa. Pero la otra casa está fuera de nuestros pasos. ¡La otra casa! ¿Qué significa? Significa que se atraviesan las estancias de paso, las que están sobre las escaleras interiores, pero no se busca por todas las galerías del primer piso. No, evidentemente hay que bajar por la escalera de caracol de madera que lleva a la cocina. Pero, abajo, es mejor mirar antes en la despensa, a la derecha; es más, seguro que la risa se ha refugiado allí. La muy burlona estará detrás de la puerta mugrienta que no se puede abrir del todo y siempre queda un poco de espacio detrás de ella. Estará detrás de la puerta, y quizá, descubierta, se ría. ¡Ja, ja! con aire alegre. La despensa. No, no hay ninguna risa. A fin de cuentas es una pesada. ¿Dónde se habrá metido? Quizá esté todavía a la derecha o haya pasado por algún hueco y esté de nuevo en el patio. Y, ¿pero por qué no descansar un poco? Aquí está el moyo de madera; pues sentémonos en él. ¡Qué distinto es todo, lastimosamente distinto y de color plumizo! ¡Qué distinto se ve todo! A nuestras espaldas, el morral de caza; no hay que mirar dentro para saber qué contiene, al otro lado de la redecilla contra las moscas, un pedazo de queso salado, papel de estraza para envolver macarrones (y por qué estará ahí) y... pero qué es: ¡Ah! la perdiz. La perdiz. En un rincón, los espetones; a este lado, las ollas, una fila de ollas en orden de tamaño sobre un estante; más allá las tapas, una fila de tapaderas ordenadas según su tamaño y sostenidas contra la pared por un alambre. La boca de la cisterna. El revoltijo de la cadena colgada de un clavo, un cesto con hojas y tres platos dentro (¿Pero por qué demonios la llamarán despensa?). Enfrente está el fregadero, pero el agua no corre de modo

natural en él; en él se friegan los platos y tiene un sumidero para el desagüe, por eso lo llaman así. ¿Qué más? Vigas carcomidas de color amarillo oscuro, sucias. Un pellejo de cerdo. ¡Ja, ja, el pellejo! Pero no hay nada qué decir acerca del pellejo. Pellejo y basta. *Pellejo*: otra palabra grotesca. Las patatas por el suelo. Asargadas. Las patatas, está claro, son animales. Alzan una extraña cabeza con un largo cuello de su cuerpo verrugoso. El cuello y la cabeza son verdes; el cuerpo, color tierra. ¡Extraños animales! Una cabeza demasiado fresca para ese cuerpo decrepito. Como... ¿como qué? ¡Qué ideas!, vamos... por favor. Incluso del cuerpo de los perros brota a veces una tenue carne rosada, retráctil y sensitiva como los cuernos de un caracol. Vaya... Los perros también son unos animales extraños. ¡Pero qué susto! Bueno, a las patatas las llamaremos... a ver, *perras*. Es una palabra bonita: «¡Pela las perras y córtalas finas!». ¡Je, je! Claro, hay algo misterioso en estas cabezas negras de las patatas, es decir, de las perras. Misterioso, no es cosa de risas ni de bromas, ni tampoco conviene hablar de ello. Hay que recogerse en el fondo más oscuro de la propia alma para estudiar, no, para esperar a ser penetrada por la revelación. La revelación de las cabezas negras. ¡Caray! Hemos perdido la alegría. Ahora sólo queda miedo, torpor, tristeza. Intentémoslo con el sistema habitual: *agujero*. Agujero: no, no hay nada que hacer: un agujero es un agujero. ¿Pero por qué hemos dicho agujero? Ya, porque justo ahí enfrente está el gran agujero, no el del fregadero, sino el del suelo, gris y sucio de agua grasienta, para el desagüe.

Pero ahora todo se desvanece, es decir, ya no se ve nada. El agujero negro, como antes el monstruo en el mar, llena de sí el horizonte. Pero no grita, calla. Y no es verdad que llene de sí el horizonte: ¡Dos frases! Permanece allí, a la distancia de siempre, al margen del pavimento gris y manchado de agua grasienta. Pero, ¿si de ese agujero saliera de improviso un animal extraño, un animal nunca visto? ¡Oh! Desde ese agujero el animal puede recorrer toda la casa, penetrar cauta y suavemente en todas partes, acurrucarse bajo las almohadas, ovillarse en la cavidad de las axilas de los que duermen. ¿Cómo no lo pensamos antes? ¿Y qué tiene que ver ahora el amor? *Amor*: tampoco encaja aquí. *Agujero* y *amor* son refractarios.

Y Rosalba se pone rígida de horror. El horror no hace cerrar los ojos, los mantiene abiertos de par en par y rígidos, brillantes e inmóviles como estanques grises. Y los ojos de Rosalba cierran el universo en toda su amplitud y en el centro del universo está el agujero negro. Del agujero negro algo sale con algún esfuerzo, pero con la blanda flexibilidad de los gatos cuando pasan por las puertas entreabiertas. Una forma gris y viscosa saca la cabeza, el cuello, el cuerpo. Porque, aunque sea gris y viscosa y, por ello, no se distinga en el color del suelo y de la pared, a medida que avanza se pueden distinguir su cabeza, su cuello y su cuerpo. ¡Pero qué digo distinguir! Todo lo más se puede ver o sentir que aquella forma tiene una cabeza, un cuello, un cuerpo. Así pues (si el relato no es claro no importa), es una bestia. La bestia, eso es. Pero no es verdad que se puedan observar todos los mínimos detalles^[3] de las cosas, animadas o no, que nos hieren como el rayo, de las cosas que nos llenan de un prolijo

y meticoloso horror, de las cosas enormes e inauditas. Por ello, no se puede decir cómo está hecha exactamente la bestia. Pero tiene los ojos duros y córneos y coagulados de los animales que no ven, opacos y velados como los de las morsas, un hocico viscoso y tierno, larguísimos bigotes finos y sensibles que tiemblan en contacto con el aire. Mirándola mejor, el hocico también temblaba más que el de los conejos, toda la piel de la cara temblaba. Hay que decirlo así porque la cabeza de la bestia, erguida sobre un cuello alto marcado de surcos en su viscosidad, tenía algo de humano. Los ojos miraban de frente, no de lado ni de reojo. Su cuerpo... ¿quién sabe cómo era su cuerpo? Pero era fácil percibir su forma general. La bestia era una cabeza, del mismo modo que algunos hombres son una nariz. Una monstruosa cabeza delicada y sensible como... ¡ya está! ¡como las cabezas de *las perras*! Tensa, la bestia ciega. ¿Hacia qué? ¡Oh! Rosalba comprendió desde el primer instante que estaba tensa hacia ella. No hay nada que se comprenda mejor que las intenciones de nuestros semejantes (porque, ¿cómo no llamarlo un semejante nuestro?) cuando no se expresan de ningún modo. Si uno dice «quiero matarte», puede ser que sobreentienda algo, pero si uno quiere matarte y no lo dice, ¡qué pronto se comprende esto!

Tensa y dura, pero no se apresuraba, avanzaba con la calma de los seres seguros de sí mismos. Los lívidos ojos no tenían mirada pero, impecables, incubaban su presa. Ojos a cuya fuerza era imposible sustraerse: no tenían mirada y no eran humanos. Ojos ciegos al servicio de una luz inflexible y secreta. Lenta y segura, la bestia. Pero si era ciega no veía con los ojos. ¿Cómo intentar escapar de ella? Sería lo mismo que querer escapar de un león sólo porque es ciego cuando nos sentimos vistos y descubiertos continuamente por su olfato. Así pues, hay que sufrir. Sufrir, pero que este tormento sea breve, por Dios. Inmóviles, pero que nos alcance si ya estamos en su poder. Pero no, queda todo el tiempo del mundo para mirar los ojos córneos y duros, los ojos que no se conmueven. Se pueden mirar. Rosalba los miraba a su gusto. Ya no más terror, una tranquila fijeza acosadora. Ésta es, pues, la bestia, que puede recorrer toda la casa y penetrar en todas partes, acurrucarse bajo la almohada del que duerme, en la cavidad de sus axilas, entre sus... sí, entre sus muslos, al calorcito. Al calorcito, pobre bestia, que vive en los agujeros de los fregaderos en la eternidad húmeda, grasienta de agua sucia. Entre los muslos... ¿un dolor? No. ¿Un picor? Más bien un fuego y un agudo estiramiento, como si al estirar un solo nervio respondiesen todos los del cuerpo. Eso era antes, pero ahora es necesario llenar esa fijeza, no se puede esperar el primer contacto con la bestia, con su cabeza, pensando en nada. *Amor*: no, no encaja, es inútil, ya se ha visto. Entonces vamos con otra cosa: «el perro sufre si su amo come y no le da nada» (frase de mi padre). Ésta sí que es una verdad. Todos dan de comer a sus propios perros cuando ellos mismos comen. Por fin una norma segura. Ya se sabe que pensar en la tristeza de los perros, cuando ven comer y no reciben nada, es sólo porque el sentido de esa tristeza ya fue dicho claramente de una vez por todas. Pero las otras cosas que sólo nosotros podemos descubrir, aunque sean más satisfactorias, no son jamás ni en

absoluto seguras. Y por ello, tal vez sean más agradables^[4]. ¿Pero qué tendrá que ver todo esto? Tiene que ver porque el amor... por eso su sentido nunca está seguro.

Pero no hay que pensar en comprender nada en el razonamiento; los pensamientos ahora tienen el ritmo falso y acelerado de cuando nuestra mente no les presta atención porque está en otra parte, desmenuzada entre las apariencias. Es más, entonces la mente no es mente, toda ella es chorro (y se ha coloreado de fuego), más arriba, más abajo, quién sabe, en la boca del estómago, en la raíz de los cabellos. Ésa es la verdadera mente. Que es miedo, ¡pero cómo miedo!: fijeza. La boca del estóóomago, del estóóomago, ¡Caray!

Caray: la bestia no ha comprendido nada de todo esto. Muda, ya está a un palmo de Rosalba. Por el suelo: le llega a media pantorrilla. Quiere que las piernas se abran lentamente. Pues abramos lentamente las piernas. Quiere que no llevemos camisa ni nada. Pero si antes tampoco la llevábamos. Pensándolo bien, el hierro del moyo ahora está frío. Así pues, Rosalba está sentada en el moyo con las piernas dulcemente abiertas, la bestia está en el suelo, a un palmo de su cuerpo, entre sus piernas. Y he aquí que, con la seguridad de la cabra que elige a la primera el redrojo más tierno, con un saltito mudo la bestia se apodera de Rosalba. Salta para morder su más tierno capullo, que su olfato ciego le ha revelado de súbito. ¿Luchar? Ya se sabe que no se puede. Fríi-o del moo-yo, fríi-o del moo-yo (con la música del *Bandolero cansado*). Mimos con mimos, es justo. Pero la bestia no ha arrancado nada, no le ha arrancado su botón más tierno, en la cavidad de los muslos, para comérselo. La bestia quiere chuparla toda. Pues que lo haga. ¿Dolor? ¿Pero qué decís, marquesa? No, ningún dolor. La bestia sigue colgante, chupando. Que chupe, ningún dolor. Rosalba sólo mira la ollita más pequeña, tan graciosa con sus brazos en jarras. ¿Y cuándo llegará el dolor? Tal vez no deba llegar nunca. ¿Qué haces, bestiecita ciega y terrible, plumiza y viscosa? Pero sigue, sigue. Pero, de repente, una imprevista seriedad. También es inútil rebelarse a ella. ¡¡¡El dolor, el dolor!!! No, la alegría. Tampoco, pero la ollita empieza a describir una gran vuelta que, de amplia que es, seguro que la lleva más allá de las estrellas. ¡Adiós, linda ollita! Y el suelo, y el fregadero y las paredes y las vigas amarillas y sucias, primero en torbellino y luego retrocediendo, se desvanecen. El pellejo de cerdo aún flota en el gris perla, color del vacío. Silencio. Ya no hay nada y la nada está punteada de un mudo brotar de linfas, de un vaciarse dentro del vacío, de cielos de jacinto dentro de cielos, de universos color melocotón dentro de universos. Silencio y ruido ensordecedor.

Y el brotar de las linfas de jade se concreta. No brotan, huyen. Fluyen irremediable y dulcemente, purifican, liberan, se llevan la vida (¿la vida?), todo. Se disuelven la sangre y las venas, los huesos y las entrañas, y fluyen en linfa. Purificación. ¡La liberación! ¡La liberación y, tal vez, sí, sí, la vida! Las linfas fluyen, corren.

Correan. Ni tristeza ni alegría, pues no son necesarias ni la una ni la otra. Necesario (porque es) es el fluir de las linfas, el correo. Correan y ahora ya no está

la bestia y Rosalba está de nuevo sola, en pie esta vez en el suelo gris, desnuda y blanca con la sombra violeta del vientre, la sombra triangular abajo. ¿Conque la vida? Y ahora (¿tal vez alguna linfa que vuelve a subir?) un tirón, primero ligero, luego más agudo, dentro, abajo. ¿Pero qué es esto? Sangre, sí, sangre. Un tranquilo río de sangre que chorrea desde la cavidad violeta, chorrea y teje una cortina en forma de triángulo, transparente como una cascada. Pero si se está tranquilo no es preciso alarmarse. Pero, pero... la sangre llena toda la estancia, el triángulo se acorta, se acorta desembocando en el lago con un sonido que se hunde serena y blandamente. Dentro de poco ya no habrá triángulo. Rosalba se mira y la sangre va a llegarle a las caderas. ¡Oh! Levantarse, huir: ¿huir? Es un baño dulce el de la sangre. La sangre no es caliente, es fresca. Liberación, chorrea. Pero el dolor vuelve a subir. Dolor en las entrañas, en los riñones. Y, otra vez, aquí, bajo el mentón, dos tenues pero pesados globos de carne de tierna punta, como la de las *perras*. Dolor.

Y Rosalba se despertó de golpe. Como en el tren, volvió a tomar contacto de golpe con la realidad. La realidad era un goteo cálido entre los muslos. Un golpe y las sábanas saltaron por el aire: sangre auténtica, amplias manchas de sangre en la sábana. Y un pulular oculto y tenue de sangre cálida. Cálida y no fresca, y negra. Instintivamente, Rosalba se puso en pie de un salto. Quería llamar a su padre, pero algo la contuvo.

Tal vez el lector no sepa qué significa chorrear. Tal vez ignore las condiciones precisas en que la oscura fuerza que obliga a una gotita a caer, si nada la sostiene, se explica con toda su cristalina claridad. Como siempre, una ley más general se expresa aquí a través de la ley particular. Existe un chorrear puro y otro impuro: de un hombre en una postura normal, de ninguna de sus partes, nada podrá chorrear puramente: una gota de mocos que le chorree de la nariz seguirá inevitablemente una línea quebrada, es decir, deberá resbalar por un plano oblicuo antes de alcanzar su divina verticalidad de flecha dirigida al corazón de la tierra. Un chorrear puro no podrá darse en él más que en los órganos puramente periféricos; algo que brote de su interior, de su más profunda materia, nunca podrá gotear puramente (por eso, tal vez, el hombre no está sujeto, y para su desgracia, a los catárticos lavados mensuales). La única posibilidad es imaginar una hemorragia en las yemas de sus dedos abiertos a lo largo de sus muslos. Esperemos, pues, que un día lejano una aureola de hilos de sangre chorreando de nuestros dedos nos ponga rígidas las piernas: ésta es nuestra esperanza.

Pero en una mujer es otra cosa. De una mujer, de lo íntimo de sus entrañas, la sangre puede chorrear lógicamente y en pureza estelar. Es más, cada gota gruesa y pesada de sangre negra que caiga sordamente al suelo es la directa proyección del centro de gravedad de esa mujer y traza en el aire su línea ideal. Y si las gotas, al caer sobre las gotas, forman un tranquilo lago mercurial de líquido perezoso, convexo, espeso y de bordes brillantes, la propia Rosalba será la asustada sirena de ese lago, centro y fulcro de su extenderse.

Y Rosalba se quedó contemplando aquel pequeño lago, tranquila en apariencia,

pero un pensamiento sutil latía fastidiosamente, como un tábano de primavera, en las paredes de su alma. Conque esto es el amor —se decía la muchacha—. Y aunque sólo creyera saber, ¿qué importa? Basta con creer ver para ver; tanto es así que ninguna cosa existe. Y aquí el escribano debe disculparse con el lector por haberse abandonado, por amor a la fidelidad, a una excesiva adhesión al modo de ser de Rosalba.

4

Se fue con otros el insomnio-enfermera
AHMATOVA

Sí, la primavera había madurado en una noche sola y el verano llegaba llevando en sus manos haces de desasosiego y el insomnio-enfermera, pues Fulano también sentía esa misma noche una opresión y un ardor sin límites. Si aquel pesado medio sopor hubiera podido concretarse en un pensamiento y en una imagen, sin duda habría sido la de Rosalba, que, detrás de una niebla brillante y violácea, como una desnuda nadadora vista desde el fondo del mar, le habría saltado entre las pestañas. Un movimiento de axila y el fondo marino, primero lentamente y luego más rápido, se hunde y ya alcanzamos la superficie y tenemos a la nadadora entre nuestros brazos. Fulano se sobresaltó, ya estaba despierto. Fulano sabía que las dos bocas vistas a la débil luz lunar, tan inconscientemente cercanas, un día se unirían, paradisíacas o terrestres (él no sabía que ya el comandante de granaderos había babeado con un beso no devuelto los virginales labios de su pupila; por eso no sabía cómo aquella baba debió espumear y fermentar alrededor del arco de su boca). Vale decir que un día Rosalba se negaría a tomar su baño cotidiano en su presencia o lo haría con dificultad y sonrojo o por expresa orden suya, arrebatándole así a su feliz indecisión de espíritu y obligándolo a asumir una actitud bien decidida hacia ella. Sabía esto, pero hasta ahora había alejado de ello su pensamiento con aprensión. Pero ahora lo inminente de ese momento le parecía, a saber por qué, extrañamente actual y sabía que había que ocuparse de ello en seguida.

Opresión, ardor... por fin un deseo concreto: beber. Fulano se levantó con cuidado; en la habitación de al lado dormía su hijito, tan nervioso y delicado que interrumpir su ligero sueño habría sido imperdonable. Sin saber cómo se halló frente al espejo y con un gesto habitual sacó su lengua pastosa. Vistas con el rabillo del ojo, las tijeras abiertas sobre la cómoda tenían el aspecto de una gran araña que hubiese debido abandonar en la lucha cuatro de sus patas. Pero Fulano, acostumbrado ya a este aracnimorfismo, no se inmutó. Por el cuello del ligero pijama griseaban los pelos del pecho; pelo gris y abundante también en las sienes; surcos en la frente (arrugas) y en el borde de los ojos: patas de gallo las llaman las mujeres. «¡Dentro de poco, sesenta años, viejo amigo!». Y de modo casi natural, Fulano repitió un gesto antiquísimo que creía sepultado para siempre: se descubrió. El torso: pelos grises, las

tetillas marcadas por una ola de grasa y la habitual y ridícula sucesión de pelillos peinados hacia abajo hasta el ombligo. Se descubrió aún más: más abajo, hasta la hinchazón casi en punta del vientre, surcado por aquella sucesión peinada (el día de los escaladores: ¿ése de ahí, el que va delante de todos, el más oscuro, no es la pulga de los Pirineos?). Aún más abajo, carnes flojas, aflojadas ineluctablemente, y gris también aquí. ¡Eso es lo más grave! Bueno, ya se sabía; que le den por el c... — pronunció tal vez en voz alta y volvió a cubrirse—. El baño, el baño: ¿Cómo conservarla ahora y siempre en aquélla su imposible inconsciencia? Ya, sus curvas se dibujan y es su destino irse como una gran mariposa por el blanco mundo^[5]. *Rien affaire*. ¿De qué tenía ganas? Ah, sí, de beber. Y Fulano abrió la puerta sin hacer ruido. Tenía que atravesar la habitación del niño: el niño dormía y de sus labios entreabiertos, de su frente perlada, exhalaba no sé qué de febril y enfermizo. «Aquí está —se dijo Fulano pasando junto a su cama sin rozarla (sus pensamientos habían tomado rápidamente otra dirección)—. Menos mal que tiene los ojos cerrados. ¡Buen padre soy, caray, que aún no he podido saber cuál es el color de sus ojos!». Pero tampoco en esto había nada que hacer; había pensado mucho en ello y nunca había llegado a ninguna conclusión. Pero, bien consideradas las cosas, al propio Fulano le parecía que todo su ser se rebelaba presa del terror cuando se trataba de comparar el color de aquellos ojos con el de los otros objetos conocidos. Su razón y su memoria se negaban a actuar normalmente, como si temieran en cada profundización una espantosa revelación. Lo mismo sucedía ahora, y Fulano, que por fin había llegado a la puerta de la cocina, consiguió liberarse también de este pensamiento. Su agudo deseo de beber lo mantenía en equilibrio: un deseo filiforme semejante, en cierto modo, al delgado tronco de pino que debe servir para pasar de una cornisa de montaña a otra, sobre una garganta donde una fumarola boracífera o un bullir de aguas sulfúreas llena de humo y enciende el aire. El agua, por fin; dos botellas de vidrio verdoso, de esas que sobreviven a todos los cataclismos y que habitualmente sirven para meterles tomates dentro. En el cuenco de cobre, al fresco: necesitaría un vaso; no, mejor beber del gollete. La sed está momentáneamente apagada y, por tanto, el equilibrio roto. Se da cuenta de ello el mismo Fulano que se siente caer sobre la fumarola y trata de hacerse la ilusión de que todavía tiene sed. ¡Oh, gracias a Dios, una picadura de pulga! ¡Caray con estas abominables pulgas! No puedes estar ni un minuto con las piernas al aire sin que se te peguen y te chupen el alma. Hay muchas y por todas partes en esta casa. ¿El perro? (de todos modos, bueno, nos ocuparemos de las pulgas). El picor aumenta, fijo y puntiagudo. Es fastidioso atraparla y aplastarla entre las yemas de los dedos, si no, en cuanto toca el suelo, que sí, que no, pega un salto y se esfuma. Luego habrá que lavarse los dedos, ¡qué fastidio! Pero, ay, es necesario.

Y Fulano se agachó a disgusto para atrapar la pulga. Ahí está, en el tobillo (sólo llevaba las zapatillas y la camisa de noche). Atrapada y ya aturdida y laminada entre el pulgar y el índice, sólo hay que dejarla caer. Esperemos verla luego sobre este

pavimento gris y encrespado. La pulga cayó, pero algo ligero y gris, diáfano e impalpable como la sombra, algo filiforme y leve, como si estuviera sostenido en el aire, entró en el campo visual de Fulano. No estaba muy seguro de haber visto algo así, como esas cosas vislumbradas apenas en el límite extremo de nuestra mirada y que (¿ilusión, realidad?), al final, vemos limpiamente con una cierta maravilla, pero el corazón, que no falla, ya lo había advertido del peligro y pareció helársele en el pecho. La luz de la brillante bombilla contrastaba en aquel rincón de la gran cocina con la sombra que a lo largo de las paredes la envolvía y se la tragaba: la luz amarillenta, ya moribunda, languidecía en el suelo gris y ella misma griseaba y era poco más que sombra. Era el corazón de la noche y pesaba un silencio de piedra, un impenetrable silencio de labios severos y cerrados. En aquella luz y en aquel silencio, ni grande ni pequeño en homenaje a su diáfana grisura, una araña atravesaba la cocina.

Era una araña de la especie más vulgar, de una familia sin nombre, de esas de larguísimas patas finas como cabellos y con el cuerpo en forma de grano de pimienta. Caminaba expedita, como es su costumbre, pero sin prisa. Sin un chirrido se movía sobre sus imposibles patas que parecían pegarse musgosamente al suelo, atrayéndolas hacia sí con pequeños tirones que habrían comprometido seriamente su equilibrio si otras muchas patas de la misma especie no lo hubieran restablecido inmediatamente por otro lado. El menudo grano de su cuerpo, como presa de una tempestad astral, bailoteaba desordenadamente sobre la trama aérea de sus apoyos y, sucesivamente, cuando la sombra palidecía y se comía aquella trama, parecía entregarse a una danza de ritmo monstruoso en el simple aire. Se movía así y, sin embargo, en aquel ser había algo silencioso y solemne, como el paso del destino, que claramente distinguimos en nuestras noches insomnes. Fulano, aunque estaba con las piernas al aire y aunque la araña le pasase a dos palmos de la cara (la parte más preciada de su cuerpo), no se puso a pegar saltos frenéticos como la otra vez y ni siquiera hizo por apartarse. Tal vez por no haber previsto a tiempo el peligro y por habérselo encontrado de improviso demasiado cercano, no cambió ni un ápice su postura y, con el corazón herido, se quedó así, agachado, fascinado e inmóvil. La pulga, todo el mundo, menos el suelo y la araña, quedaban fuera de su percepción. En condiciones normales una cierta sensibilidad desesperada y claramente en las yemas de los dedos habría debido avisarle de que aún no los había purificado del contacto inmundo de la pulga. Pero se había desvanecido al concretarse.

Aquel ser también seguía una dirección precisa. Fulano supo inmediatamente que su implacable caminata la llevaría a pasar a un dedo, tal vez menos, de la punta (desgastada, la convexidad del dedo gordo fuera) de su zapatilla. Pero no retiró el pie, sabía que no habría podido: la araña ya estaba demasiado cerca y él estaba preso en su esfera de inmóvil horror. Hace falta tan poco —Fulano lo sabía— para alarmar a una araña de aquella clase. En el fondo, basta con soplarle para que la araña, según la proximidad del adversario y de su posición, se aplaste contra el suelo, irremovible

cabeza de clavo coronada por los rebufos de sus ocho hilos en círculo, como los chorros de una fuente; o para que se abandone como muerta con los hilos en cruz y la barriga (por llamarla de alguna manera, ¿porque dónde está la barriga de aquel grano oscuro?) al aire, inmóvil y, en todo caso, fofa; o agarrada firmemente a sus hilos (evidentemente dotados de ventosas), colgando de un muro o de una tela, dé inicio con su mezquino grano de pimienta a una zarabanda, a un remolino infernal y amenazador. Y, sin embargo, aquella araña no dio señales de haberse dado cuenta de la presencia de Fulano ni de su mirada ni de su aliento contenido, y en absoluto alarmada siguió su fatal paseo. Pasó a medio dedo del pulgar del pie de Fulano, continuó y se escabulló hacia la profunda sombra y, tal vez, hacia el delirio. Fue entonces cuando Fulano se recuperó y se irguió sobre sus piernas. Ahora ya no había más pensamientos en él; sólo una languidez apenas un poco febril, ni siquiera un malestar. Maltrecho, roto por dentro. Intentó volver a la cama pero, cuando iba a hacerlo, su naturaleza se despertó y sintió, como siempre, la absoluta necesidad de volver a pasar revista en su mente a sus relaciones con la estirpe de las arañas, como para delimitar en el espacio y en el tiempo el peligro que le provocaban aquellos terribles enemigos. En su mente volvieron a presentarse arañas de todos los tipos y de todos los tamaños: desde las devoradoras de pájaros, vistas en los libros de historia natural (no peligrosas, lejanas e irreales), a las minúsculas de antenas temblorosas que atrapan a las moscas en los alféizares de las ventanas (ni siquiera peligrosas: no-arañas).

Hay muchas especies de auténticas arañas: están las arañas enormes y viejas, negras como la pez, de cabeza aplastada y cuerpo en forma de corazón; están en los cuartos viejos y en el cuerpo llevan una gran cruz, tienen grandes patas gordas y peludas y saltan espantosamente. Arañas gordas y acorchadas que, cuando se las atrapa, aprietan las patas alrededor de los dedos que las aprietan; están en las huertas y no son de carácter demasiado furtivo ni son convulsivamente rápidas ni escurridizas. Arañitas a cuadritos blancos y grises brillantes, de piel de salamandra. Arañas que siempre se ven como a través de un velo de niebla, instaladas en el fondo de un embudo de tela gruesa. Grillos del hogar, que tienen toda la naturaleza de las arañas (a los que Fulano, de niño, llamaba arañas-grillo). Arañas medianas, amarillas y sin un particular significado, extrañamente proporcionadas, ni gruesas ni finas, entre cuerpo y patas... «Sí —se dijo Fulano, llegado a este punto, siguiendo un pensamiento imprevisto—, pero catalogarlas así no significa entenderlas. La carne de las arañas, el torvo misterio de la carne de araña sigue sin desvelar. ¿Quién podrá penetrarla, saber realmente de qué está hecha? Para ello es preciso estudiar —siguió diciéndose—, tal vez, aquellas arañas amarillas de patas demasiado débiles para sostener su cuerpo hinchado, que no es más que una pequeña vejiga de materia purulenta, una pequeña vejiga de pus de la que, al destriparla, se ve gotear un líquido amarillento y espeso. Pensándolo bien, esa vejiga no es amarilla, es sólo transparente y coloreada por su materia interna. Tal vez, ésa sea la esencia de las arañas. Esa

vejiga es como la piel de un buboncito demasiado tensa, un bubón que necesariamente hay que agujerear si no se quiere que la pus se extienda por debajo e invada el resto de la carne...» Pero en este punto un rayo atravesó de repente el cerebro, el corazón, las venas de Fulano. Como siempre, sólo un instante después supo qué era. Aquel revoltijo mortal aumentó de tono, alcanzó el máximo tolerable de intensidad, empezó a disminuir y entonces el pensamiento comenzó a adquirir forma, se concretó en un parangón. Una vuelta más de tuercas y la imagen ya está fijada en todo su horror. Fulano comprendió. Comprendió ahora, de improviso, sin pensarlo, de qué color eran los ojos de su hijo: del color del cuerpo de aquellas arañas.

Un fuerte estímulo llamó a Fulano al lugar de su más reciente gloria. Y también intentó aquel supremo remedio. Corrió allí y sentándose con dignidad, pronunció: «Les he convocado aquí, señores...». Pero la voz se le apagó lánguidamente y el contacto con la imaginaria audiencia no se estableció. El estímulo mismo se reveló ficticio; tampoco el organismo de Fulano hacía frente a la situación: para ser tan inexpugnable debía haber interrumpido la armonía de las cosas.

La condena de Fulano ya estaba decidida. Regresó como si estuviera tranquilo a su cuarto, se vistió sin prisas y salió. La mirada que lanzó, al cruzar el viejo patio, corazón de la casa, era casi distraída.

5

El rojo paso de la blanca aurora
GÓNGORA

...Mais la croix de l'aurore se casse et se ride...

Nieve en las montañas, allá arriba, apenas entrevista a su propia luz. ¿Y adónde iba Fulano? Ni lo sabía ni le importaba. Todo le era indiferente. Caminos pedregosos bien conocidos rodantes bajo los pasos de fortuna, luego, pendientes herbosas. Y adelante a través del círculo de las colinas y aún más allá de los puertos suaves, luego más ásperos. La línea de las sierras, los valles montanos. Una pendiente boscosa costea un largo valle que se abre al fondo en el cielo alto. ¡Pero si es el bosque de carpes, sagrado para las pitorras de noviembre! Carpes negros, sombríos, como los llaman. Nieve, nieve. Adelante por el bosque. La brisa ligera, luego vientecillo hiriente de antes del alba. Levantino. Muy al fondo, una claridad tenue e incierta, una sospecha de palidez en el cielo azulado y transparente. Día puro. A las espaldas queda aún el negro de pez con apenas una voluntad de azul turquí, y todo se ensombrece sumergiéndose en la noche. Noche más oscura si sólo las estrellas más grandes y más sanguíneas laten en ella con lentos destellos y si una luna menguante, trágica y sesgada, roja y siniestra, es como una vela caída en una calma chicha imprevista. Indecisa sobre si aterrorizar al peligro diurno que aletea imperceptiblemente en el horizonte, lo mira de reojo como un grotesco perro, suspendida. Una vez más, a

Fulano, que seguía el camino de la noche, le pareció hallarse en un fondo marino y que la capa ilimitada del cielo fuera la superficie de aquel mar, lejanísima sobre su cabeza. Tuvo la sensación de la inmensidad del vacío bajo la capa del cielo, como si un agua lo llenase y lo hiciera sensible (la luna, una medusa rosa a flor de agua, las mismas estrellas de mar con su tenue pálpito natatorio). Vertiginoso espanto. Pero una concreción inaferrable, algo como un salto de aquella remota claridad, le devolvió la consciencia.

Carpes sombríos. Pocos, además de los cazadores, conocen los carpes sombríos. Los carpes blancos son blandos e inocentes, distintos en poco de los avellanos: los sombríos tienen un alma torva, pertinaz y obstinada. También ellos, como todas las plantas, florecerán y echarán hojas, pero tal vez lo hagan en secreto y nadie los vio nunca florecer y llenarse de frondas. En todas las estaciones un bosque de carpes sombríos no es más que una baja maleza, como si se arrastrase por la tierra, enmarañada y nudosa, dura como la piedra, de la que brotan limpios y larguísimos mimbres, aparentemente flexibles y duros como el acero, en realidad viscosos y prensiles como tentáculos. No es posible saber cuál es la misión particular encomendada a los carpes en la tierra. Pero un reflejo de su alma oscura e impenetrable descubre espanto a quienquiera que penetre en medio de ese pueblo perláceo.

El cazador que intenta abrirse camino a través de un bosque de carpes sombríos no deja sólo fatalmente jirones de sí entre los nudillos uñosos de sus raíces y sus troncos; no debe sólo esforzarse y arrancar mil veces la escopeta de una maraña de ramas que se haya apoderado, burlonamente de ella y lo haya apretado a sí, como el perro con el hueso. El infeliz, extraviado en la tiniebla cósmica y en el enredo de perla de los retoños, también debe, para poder pasar, echar a un lado constantemente la flexible perversidad de los mimbres. Y siempre, ellos, recogidos y tensos un momento, le golpean silbando —certeros y seguros, calculados al milímetro— en las orejas ateridas, en el dorso venudo de las manos, en las mejillas, en la piel bajo los ojos, en los párpados cerrados precipitadamente, en todo lo que hay depreciado y delicado. Largado su latigazo, a menudo con su punta más sutil y flexible, el mimbre, como si no hubiera hecho nada, regresa a su posición normal y sólo una leve oscilación indiferente da testimonio de su furtiva hazaña. No se sabe cómo ocurre todo eso. En una mancha de otras plantas, supongamos de carpes blancos, una rama flexible que primero haya sido doblada y luego abandonada a sí misma podría, todo lo más, azotar al que va detrás. Pero aquí se agota rápidamente toda maravilla, como rápidamente se agota toda reserva de voluntad. Se es presa del sortilegio de ese pueblo aéreo y perláceo, protervo y torvo: nudosos gnomos y sílfides malignas danzan libremente en corro su aquelarre, cuya voz es ese murmullo y ese silbido. El latigazo, que sin perder nada de su chasquido ardiente parece casi dudar y pegarse a la carne, a menudo es como el sonido del aletear de la pitorra cuando se alza en vuelo entorpecida por la vegetación; es otra malignidad del bosque en perjuicio del cazador.

Sin embargo, éste, aunque el blando grumo de plumas torturadas que sostiene un pico agudo le pasase entonces a un palmo de la punta de la escopeta, lo dejaría pasar irremediablemente.

En un bosque así había entrado Fulano. Pero ahora caminaba por él casi sin impedimento. Los carpes debían haberse dado cuenta de su indiferencia y el juego no debía parecerles demasiado provechoso. Nieve, el alba se ha aclarado un poco. Arañazos, silbidos y latigazos corren sobre su carne como el ruido sordo y constante de un torrente. Nieve: ¿Pero qué es esa forma blanca que parece saltar de la nieve y sobre la nieve saltar? «Hay liebres completamente blancas —le sugirió a Fulano una voz falsa y no escuchada—. Más grande, más pequeña para ser una liebre. ¿Una oveja extraviada?» —insistió monologando la misma voz—. No importa; esa blanca forma que corre delante de él, color de aurora como la araña color de sombra gris, parece guiar a Fulano. El camino hacia la claridad de la aurora.

Comienza aquí esa fase de la historia narrada que se podría llamar de la caminata horizontal, y el escribano, a falta de consciencia en su héroe, se ve obligado a hacer una breve comparecencia con su grosero modo de imaginar las cosas. Todos han visto a alguna bella diva del cine marchar perdida hacia la redención o hacia el amor. Sus ojos miran a lo lejos y su mirada es del todo horizontal; los obstáculos, las asperezas del terreno quedan atrás, superados sin que aquellos ojos, fijos en la lejana visión, se inclinen a mirarlos. Las piernas y el cuerpo, dócilmente y como fascinados por la diamantina horizontalidad de aquella mirada, se doblan, se estiran, se adaptan y se tuercen por su cuenta a lo largo de la línea terrestre con tal de no turbar la inflexible dirección de ese deseo. Y si una rama o una bufanda caída entorpecen el paso, si la arena o el barrizal lo hacen pesado, el empeine del pie, el tobillo, la rodilla y todo tirarán de él y lo vencerán todo sin sentir su peso con tal de que ese ojo siga y sólo esa mirada nade recta sobre el mundo entero. También todos han visto algún barroco medio de locomoción alargarse y acortarse desmesuradamente bajo los pies del ignaro Ratón Mickey, de modo que a éste le parece que siempre está corriendo por una hermosa carretera asfaltada. Pues bien, así, aproximadamente, caminaba Fulano, la mirada fija en la blanca forma. Como en el cine. Sus pies chapoteaban en la nieve y tropezaban en los nudos de las raíces, los mimbres azotaban silbando sus carnes, y la forma blanca, más cerca, más lejos, lo guiaba hacia la claridad de la aurora.

Hasta que cayó y yació. La aurora ya estaba en su colmo: todas las cosas, destilantes, frescas, argentinas, perláceas: los pedregales argénteos. Bajo el cielo de jade los entretejidos retoños, por un instante, amansados y atónitos, parecían un bosque de luces perlinas y votivas alzadas hacia el cielo. Fulano, yaciendo en la nieve, sentía el frío penetrarle cada vez más adentro en los huesos, en el corazón. Y una sombra maligna veteó la aurora. El cielo palideció, se ensombreció con un tono amarillento. Frente a Fulano, entre la maraña de las ramas, se extendía el valle, blanco e inmaculado: de lado, el flanco redondo de un contrafuerte, henchido y blanco también de pura nieve. Sobre aquella hinchazón la primera aurora (¿aurora?)

lanzó su reflejo amarillento: y todo el contrafuerte se transformó en un monstruoso cuerpo de araña: de esas arañas que tienen por cuerpo una pequeña vejiga de pus.

¿Desde cuándo yacía Fulano en la nieve? Sí, el frío en sus huesos y en su corazón ya era hielo, perfecto hielo. Derretía lento, pero seguro, las últimas pavesas de calor y penetraba su piel y apretaba. Apretaba y penetraba. Apretaba en una tenaza cada vez más estrecha, que se cerraba cada vez más rápidamente, como un objetivo. Sí, aún queda un puntito de luz y de calor, luego nada. Como en el cine.

¿Pero qué le importaban ya a Fulano las arañas? Es más, le parecía que todo su frío se hubiera transformado en un inmenso amor y saboreaba la alegría conmovida de una reconciliación con enemigos ancestrales. Al mismo tiempo, un borboteo interior le avisó de que algo se cumplía en sus entrañas: y fúlgidamente se concretó una necesidad, una impelente, una irresistible necesidad: sus labios se colorearon de una débil sonrisa.

¡QUE FLOREZCA PUES LA CARNE DE ARAÑA!

NOTA. —Aquí el escribano cree conveniente, por un cúmulo de razones, la una más intuitiva que la otra, poner el punto final. Sólo aludirá, a mero título de crónica, a una circunstancia que, por lo demás, no le parece esencial. Fulano, eso se supo más tarde, no era un capitán de altura ni había dado la vuelta al mundo entre las aventuras más asombrosas, como él pretendía. Su vida había sido la del típico empleado a mil doscientas liras hasta su jubilación. No tenía parientes de ningún grado, y de su hijito, que más tarde murió entre convulsiones, los habituales malignos habían vociferado a su tiempo que no era suyo. No contentos con eso, habían ido insinuando que el sedicente capitán (en el siglo, jefe de negociado en una oficina pública de la capital) estaba afligido por un defecto físico tal que no podía pensar en tener hijos y ni siquiera mujeres, sino castísimas esposas. Castas, bien entendido, por lo que a él se refería. Cómo y cuándo el capitán había ido a vivir al pequeño pueblo donde lo hemos encontrado, no se ha podido comprobar. Por lo que respecta a Rosalba, que había sido recogida a un año de edad de un hospicio de incluseros, supo más tarde pescar tan bien al hijo del abogado que éste, a despecho de los habituales sabios consejos de sus padres, quiso casarse con ella a toda costa y desde entonces el escribano la ha perdido de vista.

Pero, como se ve, no se trata más que de detalles sin importancia.

EL LADRÓN

HACÍA dos horas que el ladrón, escondido en el sótano, oía cómo aquel paso medía despiadadamente las habitaciones de arriba sacudiendo las viejas vigas, haciéndolas crujir y haciendo caer a ratos menudos trozos de yeso: ¿Es que aquella gente no se iba nunca a la cama? También, a menudo, en el silencio de la noche, le llegaban estallidos repentinos de voz, airada o burlona. Luego, después de largas pausas, carcajadas fuertes y siniestras que helaban el corazón.

El ladrón era un novato y quería evitar todo escándalo y toda violencia. Sólo esperaba encontrar en esta vieja casa algunos trastos y, a lo mejor, provisiones, cosa de poco, en el fondo, para el rico propietario, pero que, sin embargo, le serviría para vivir a él, el ladrón, y a su pequeña familia. ¡A qué se veía reducido con sus cabellos blancos! Tan novato era que empleó dos horas en darse cuenta de que aquellos pasos de arriba eran los pasos de una sola persona: claro, el señor. ¿Pero con quién hablaba, se enfadaba o se reía?

No obstante, aquel paso medurado y continuo empezaba a provocarle una gran angustia al ladrón, ¡demonios!, acurrucado entre dos toneles en una casa que no era la suya... Él era tímido y bueno, ya se ha visto. Además, aquellos estallidos de voz en la noche eran verdaderamente espantosos. ¡Y las carcajadas! Todo ello se le hacía insoportable. Resuelto a no poner manos a la obra hasta que toda la casa se hubiera dormido profundamente, decidió, sin embargo, ir a ver con cautela qué estaba ocurriendo. Entre otras cosas, lo animaba una gran curiosidad, una curiosidad pavorosa que no podía dominar.

Conocía más o menos la casa. Tembloroso, salió de entre los toneles y por una escalera interior llegó al patio. De una puerta acristalada salía una débil luz. El ladrón quiso acercarse pero los estallidos de voz se reanudaron más fuertes. O, más bien, su violento contenido. Desde aquí se oía mejor: allí dentro el hombre iba dialogando ininterrumpidamente o discutiendo con alguien (en efecto, al ladrón le pareció oír en ciertos momentos el sonido de otra voz, si bien un poco más sosegada). Hablaba en tono cambiante, ahora alto, ahora bajo, ahora casi silbaba, ahora murmuraba, pero siempre excitadamente. Ráfagas de carcajadas sarcásticas interrumpían de vez en cuando la discusión. Pero seguro que estos arrebatos eran del primer hablador, el más apasionado, y, sobre todo, eran terribles en medio de la noche. Por fin, el ladrón se armó de valor y con paso de lobo, protegido por la oscuridad circundante, se acercó a la puerta. Los cristales empezaban sólo a una cierta altura; poniéndose a cuatro patas se podía mirar dentro sin ser visto. Así pues, el ladrón miró.

En la cocina (ya que aquella estancia era una amplia cocina) ardía una lamparilla polvorienta expandiendo una luz amarillenta; el hogar estaba apagado y se veía que se había apagado solo. Arriba y abajo, ante los hornillos, paseaba un hombre de cabellos grises, como los del ladrón. Pero lo que de verdad producía temblores era

que este hombre caminaba extrañamente doblado en dos, como algunos monos, con los brazos colgantes y abandonados, las piernas abiertas y las puntas de los pies hacia afuera. Sus ojos, oscuros bajo las tupidas cejas, miraban a menudo hacia el exterior, hacia el ladrón, sin verlo. Y este hombre, en tal postura, hablaba sin parar.

Asaltado por una horrible sospecha, el ladrón buscó con la vista al interlocutor sin encontrarlo, hasta que, helado de terror, descubrió que el hombre hablaba consigo mismo, cambiando de voz, a veces, como si dialogase con alguien. En la vacía cocina, ante el hogar apagado, en la mortecina luz y doblado en dos, el hombre paseaba y hablaba sin parar, angustiosamente.

—Fíjate —decía—, ésta es la postura más cómoda para ti, compadre. Eres viejo, pobre amigo mío (proseguía cambiando de expresión). ¿Qué esperas aún? Tu casa está vacía, tu hogar está apagado, das vueltas, usted, señor, da vueltas aquí dentro como en su sepulcro, muerto en su tumba, es decir, vivo aún en la tumba... ¡al diablo con las malditas palabras! (gritaba presa de una gran rabia). Callar, callar, callar eternamente (canturreaba midiendo las sílabas). Pero vea, sus parientes, sus amigos, su hijo... (añadía volviendo a cambiar de tono). Usted, señor mío, es amado y respetado, incluso temido, por mucha gente, sí, se lo aseguro. Además, su riqueza, y si no queremos hablar de riqueza, bienestar... ejem, ejem... En una palabra, su honorable vejez está asegurada contra etcétera. ¿Qué dice usted? ¿Qué dices tú? (se dejaba arrebatar por la ira). Los parientes. Los parientes (repetía refunfuñando). El hijo, ¡ja, ja, ja! (y soltaba una de esas inesperadas carcajadas fortísimas que helaban la sangre). ¿Dónde está mi hijo? ¿De qué modo, demando (decía exactamente *demandando*) y digo, se preocupa o puede preocuparse, siquiera, de mí? Temido, sí, temido (repetía con la música de una copla obscena de estudiantes). ¡Temido como se teme a la roña, la podre o a una carroña! (gritaba con todo el aire que cabía en su pecho). Viva la rima, la querida rima (seguía gritando con voluble fatuidad). Así, así (empezó a decir casi sin interrumpirse), así, asá, aquí y allá, bah, bah, esto y aquello, arriba y abajo, bubú, bubá (y, al mismo tiempo, parecía reflexionar intensamente: y seguía: así, asá, etcétera.)

El hombre seguía repitiendo estas palabras sin sentido y paseaba furiosamente. Y el ladrón temblaba en lo más hondo de su corazón detrás de la puerta y una gran piedad se apoderaba de él. Ya no pensaba en el objeto de su visita a aquella casa, había olvidado su propia miseria y habría querido ayudar a aquel hombre y quizá hasta abrazarlo.

Hizo algún movimiento imprudente y suspiró, pues el hombre se puso derecho de golpe, se lanzó a la puerta y la abrió murmurando: «es el viejo perro, sólo es el viejo perro». El ladrón fue descubierto en la escasa luz y, a cuatro patas como estaba, miraba al señor.

—Tú... tú... —dijo éste un poco sorprendido, pero sin rabia, al contrario, tristemente—. ¿Qué quieres tú?

El ladrón no respondió y se levantaba despacio.

—¿Querías robar, eh? —continuó el otro, pero no irónicamente, sino casi con melancólica alegría. Y lo miraba con sus ojos oscuros. En los del ladrón seguro que brillaban las lágrimas, temblaba un poco y no se movía.

—Pero pasa, querido amigo —dijo el señor de repente—, entra en mi casa. ¿Eres pobre? (continuó serio). Tu mujer y tus hijos no tienen que comer, ¿no? Pero entra — y lo empujaba dentro por un brazo.

En la luz turbia los dos hombres se miraban profundamente a los ojos; los del señor también se llenaron de lágrimas; luego sonrió dulcemente. Uno de los dos abrió los brazos, el otro se arrojó en ellos sin miedo. El señor y el ladrón se abrazaron llorando, sollozando como niños. Y aquellas lágrimas no querían parar; corrían, corrían y lavaban sus rostros. Eran un consuelo para sus corazones.

LA MAÑANA DEL ESCRITOR

EL escritor se despertó al amanecer y, aún en la cama, se desperezó largo rato consultándose. No se sentía especialmente rabioso contra todo ni contra todos, como algunas veces le había ocurrido, y una cierta reacción fisiológica le garantizaba que su estado de salud también era, más o menos, satisfactorio. En el fondo no me encuentro mal —decidió—, y, en general, para mi edad puedo darme por satisfecho. El alba de primavera era radiante; se oía un insistente trino de pájaros y, mientras hacía gimnasia, por la ventana abierta de par en par, una golondrina iba a meterse en su habitación, pero lo vio y salió volando precipitadamente. Su vista cayó en un campo de trigo a lo lejos que, ondulado por el ligero viento matutino, le inspiró la imagen de las patas de un ciempiés en movimiento. Vaya, mi sensibilidad aún está viva —se dijo. Sin lavarse, para no perder energías, pasó a su estudio y sin más se puso manos a la obra; es decir, no exactamente.

Ya llevaba dos días trabajando en un soneto del que había escrito sólo los dos primeros y los dos últimos versos. A ver si esta mañana con un poco de buena voluntad salgo airoso de la empresa. Los cuatro versos ya escritos eran: *Abril es un crepúsculo de azul / Para quien yace y, ay, no tiene dama*; y los dos finales: *Y abril entonces el radiante rostro / Palió con velo (oh, tenue) de llovizna*. Pero, ¿y en medio? Él quería expresar en el soneto su propia inercia (justamente casi pecaminosa) ante la primavera, como la de un corazón seco, no tocado ya por la esperanza, y, al mismo tiempo, mantenerlo todo en un tono clásico, de fábula y casi en broma para que el lector pudiese medir mejor el abismo de desesperación en que el autor se hallaba hundido. El pretexto debía ser una plegaria dirigida al impetuoso abril. Pero una cosa es decirlo y otra hacerlo y, además, ya no probaba aquel sentimiento. Pues bien, había que intentar resucitarlo dentro de él y no podía dejar sin cuerpo aquellos cuatro versos, así que tenía que seguir adelante a fuerza de técnica y de experiencia, a falta de otra cosa. Experiencia: ¿Y por qué diablos había ido a elegir aquella rima en *ul* a la que en nuestra lengua no corresponden más de cuatro o cinco palabras? El resultado era que había que emplear forzosamente la palabra *gazul*, demasiado anticuada, en verdad. A pesar de eso, la cosa no marchaba y el escritor pensó incluso en cambiar la rima del primer verso, pero sólo se le ocurrió la palabra *albores*, igualmente indefendible en un soneto escrito hoy, al menos de acuerdo con su idea de la poesía moderna. Después de romperse la cabeza un buen rato en vano, dejó el problema sin resolver y revisó los versos que había esbozado como posibles. En efecto, el tercero y el cuarto del soneto podían ser: *Que arrebolando va de tibio tul / Del sol el ojo cuando el alba llama*. La verdad es que también se le había ido la mano con ese *arrebolando va*. El resto tal vez podía quedar bien; es más, esa apelación al alba (que es la juventud del día, como abril la del año) y ese ojo del sol (dado que al final se hablaba del rostro de abril) quedaban muy bien, sin duda, y, a fin

de cuentas, el *arrebolando* va se podría eliminar. Veamos lo demás: *Salió la serpezuela del baúl / Al hombre prometiendo amor y fama*. Aquí se le fue a uno el santo al cielo, sin contar con ese encuentro de dentales fuertes: *tibio tul*. Sigamos (los versos ya estaban anotados a la buena de Dios y con variantes): *Del fraternal noviembre el abedul! Conviene más, con aires de oriflama, / A quien la vida inútilmente inflama*. Bueno, se podía arreglar algo y, una vez más, la dificultad no estaba en las rimas en *ama*: ¡si hubiera podido quitarse de encima de alguna manera ese *ul*! Paciencia. Veamos los tercetos. Aquí estaría bien seguir el esquema más riguroso y hacerlos con sólo dos rimas, aunque sólo sea para demostrar a nuestros cofrades (los cuales, con tantas discusiones, han abandonado la rima sólo porque no tienen valor para mantenerla) que aún hay quien, gracias a Dios, sabe hacer un soneto bello y bueno, a la manera antigua. Pero no era nada fácil encontrar dos palabras en *izna* que le cuadrasen: estaba *tizna* y, por ejemplo, se podía hablar de vida que tizna al final (no, más elegante y más profundo *su* final); luego, tal vez *brizna*, con alguna imagen un poco viva, como: *No deseches (o destruyas) aún esa tu brizna*. Hum... Había que pensárselo. ¿Y los otros dos versos en *ostro*? Bueno, uno podía ser, claro: *La sepultura sin temor ya arrostro*. Sin embargo... bueno... Vamos a revisarlo bien todo de arriba abajo.

Después de una hora de expresarse el cerebro, aún estaba lejos de la redacción definitiva y empezaba a sentirse cansado pues, además, había fumado mucho y en ayunas. ¿Y qué tal una siestecita?, pensó: luego, con la mente despejada... Pero se le ocurrió algo mejor. En efecto, conviene saber que el escritor, más bien viejo y no muy bien conservado, tenía como desahogo, y ya como vicio, la ejecución de ciertos dibujos obscenos que luego iba destruyendo. Puso, pues, manos a la obra y durante un rato halló satisfacción en ello. Pero tendría que haber obtenido una mayor evidencia en los cuerpos femeninos (que eran los que importaban); habría querido que ellos, con rotundidades bien modeladas, con sombras insinuadas y con sus mínimos pelillos, hablasen directamente a los sentidos sin necesitar la imaginación como intermediaria, y para conseguir eso sabía demasiado poco de dibujo. De modo que, al cabo de un rato, lo rompió todo y con una punta de malhumor, pero no demasiado (era sabio), se sentó en una butaca con un libro en la mano, donde muy pronto se quedó dormido.

Se despertó hacia las diez, volvió a desperezarse y bajó a pasear por el jardín. Reflexionando profundamente comprendió muy bien que esa mañana no era cuestión de insistir en el trabajo. Por otra parte, ¿cómo llegar al mediodía (a esa hora en punto comía)? Tal vez un artículo. Sí, el artículo que precisamente estaban esperando en su periódico sobre el último libro de... Volvió a toda prisa a su estudio y escribió fácilmente el breve artículo, aclarando con una cierta agudeza —le pareció— un punto fundamental en la concepción del escritor reseñado. Pero aún faltaba una hora hasta el mediodía. En este bendito pueblo nunca pasa nada y nunca hay nada que hacer, gruñó. Tal vez podría pensar en su novela, la gran novela que tenía en

proyecto. Pero no, a pesar de todo, hoy no estaba en vena, como suele decirse. Por otra parte, ni siquiera había perdido toda la mañana y, si bien no estaba precisamente satisfecho, no tenía motivos para estar descontento consigo mismo. En conclusión: lo mejor era emplear ese tiempo en revisar algunas cuentas que el administrador le había presentado (el escritor era también pequeño propietario).

Las revisó: ¿Pero cómo era posible que este año hubiera producido tan poco aceite? Se prometió aclarar la cuestión con el administrador. De todos modos, entre el aceite y el resto de la cosecha arrojaba una suma tan exigua para su crédito que no se podían echar las campanas al vuelo. Bueno, no pensemos en ello y que no se nos atragante la comida; porque hasta el suspirado mediodía ya sólo faltaba media hora, todo lo más. Mejor, ya es hora de ir a echar una parrafada con la sirvienta en la cocina. Con esta pobre gente nunca se sabe; a veces tienen ideas graciosas y dan buenas ideas.

Interrogada acerca de las novedades del pueblo, la sirvienta, como siempre, respondió que no había ninguna, pero luego, poco a poco, empezó a hablar contando cosas sin ningún interés. Mientras tanto, el escritor, tirado en una silla, iba observando sus pies, que le parecían singularmente pequeños para una mujer tan tosca. La sirvienta tenía sesenta años y era gorda y fea, pero a saber cómo había sido de joven, se decía él. Por lo demás, se repetía, pasando a otro orden de ideas: no puedo decir que haya perdido la mañana, he escrito un artículo, he trabajado en el soneto, he reflexionado. Hum... Y así, se puso a considerar su vida en general, que, a fin de cuentas, no era tan sórdida. Mujeres no tenía y, en cierto sentido, ya no podía tenerlas; estaba solo y, según todas las apariencias, seguiría solo, pero en compensación, la libertad y otras muchas ventajas; y, además, no le faltaba de nada. Ahora, por ejemplo, en cuanto su periódico le hubiera pagado la última serie de artículos, podría hacer un viajecito de placer y de estudio a algún lugar, digamos a Venecia, y más tarde, si todo iba bien... Démosle tiempo al tiempo, concluyó vagamente. Pero —se dijo de repente— si aprovecho ahora esta ocasión de hablar con ella, ¿qué haré después de comer? No puedo ponerme a trabajar en seguida (¿trabajar en qué, concretamente?). Y esa maldita gata que aún no había regresado (acostumbraba a jugar con la gata de diversas maneras: enseñándola a alcanzar la comida en sitios de difícil acceso, a subir por una escalera de mano, etcétera).

La sirvienta seguía su insustancial conversación. En un cierto momento, recordó a una mujer del pueblo a la que apenas había visto en casa de unos parientes días atrás y que le había impresionado por la expresión de sus ojos grises y picaruelos, que seguían siendo puros a pesar de la edad, y por la forma de sus manos. Resumiendo, le había parecido que aquella mujer tenía, o mejor, había tenido, lo que se dice un gran temperamento y se había prometido pedirle noticias suyas a la sirvienta.

La sirvienta la conocía, claro y, además, aquella mujer había sido amiga suya en la infancia.

—Es una —decía la sirvienta— que nunca se paró a elegir entre los hombres y

todavía hoy, a su edad, si ella quisiera...

—Pero había oído decir que hace tiempo fue amante y mantenida de... (un señor del pueblo).

—Claro, y de muchos más al mismo tiempo, y le hacía creer que los hijos eran suyos. Por eso ese señor se encontró con tantos hijos de más. Pero, a pesar de todo, es una buena mujer. Lo dice ella misma: si no hubiera tenido corazón no habría sido puta. Un dicho que hay que apuntar, pensó el escritor, y dijo:

—¿Y qué hace ahora?

—Ahora estaba de sirvienta, precisamente con la hija de ese señor, desde que éste se murió. Con su hija legítima, que se quedó sola y ella no quiso dejarla, y una hija de ella y del señor, que es hermana de la legítima, está de sirvienta en casa de...

¡Magnífico —pensaba el escritor— magnífico! Este tipo de mujer y estas complicaciones en el marco de la pequeña y oscura vida provinciana... ¿Cuánto tiempo hace que no escribo un cuento? Ésta es una buena ocasión. Y una cosa así, entre narrativa y documental, sería justo lo que le iría bien a mi periódico, precisamente lo que nuestro público quiere y que, en consecuencia, los periódicos pagan mejor.

—¿Y ella qué dice?

—¿Qué quiere que diga? Dice las cosas como son. Dice: a mí el Señor no me perdona, pero yo la animo con Cristo, que perdonó hasta a la Magdalena. Además, no necesita que la animen, sólo en algunos momentos. En cambio, a veces, me regaña porque soy demasiado seria. Cuando estuve enferma siempre venía a verme porque, de verdad, tiene un gran corazón. Y me dice: compañera mía, pero no con mala intención.

Otra bonita expresión, pensaba el escritor, y bonito también el modo en que esta pobre sirvienta gazmoña considera estas cosas, es decir, su natural y primitiva indulgencia. Sí, un cuento o algo así podría salir de todo aquello; bastaría con añadir muy poco.

Todavía entiendo de estas cosas —reflexionaba para sí con una cierta satisfacción—. En el fondo, soy menos estúpido de lo que parezco.

—Lo que pasa es —siguió a su vez la sirvienta con una tímida y casi coquetuela sonrisa—, lo que pasa es que ella dice que cuando se tiene corazón se es puta, pero yo creo que tengo corazón y nunca he sido puta. Al contrario, pero se ve que era mi destino morir jovencita (doncella).

Bueno, ve a meterle en la cabeza a ésta el concepto de reversibilidad o, en nuestro caso, de irreversibilidad, pensó el escritor, no sin una punta de orgullo por la rapidez de su formulación interior. E intentó explicarle que aunque todas las mujeres de costumbres fáciles tengan buen corazón, no está dicho que todas las mujeres de buen corazón tengan que ser a la fuerza de costumbres fáciles. Luego añadió:

—Bueno, echa la pasta.

Quería fumar un último cigarrillo antes del almuerzo, pero se dio cuenta de que

había olvidado el paquete en alguna parte, tal vez en su estudio. En cambio, no encontró los cigarrillos en su mesa. Pues creía que estaban aquí, ¿estarán en el cajón? Abrió el cajón y tampoco allí encontró nada.

Pero a sus ojos se hizo visible el revólver que tenía allí dentro: un viejo y pequeño revólver de tambor que resplandecía con una suave luz.

Y, mirándolo, le pareció de repente que toda su vida adquiriría un sentido definitivo y simple, de la misma manera que simple y definitivo era lo que ahora, en seguida, tenía que hacer. Tomó el revólver, hizo girar el tambor: no faltaba ni una bala, bastaba con apretar el gatillo.

Como quien realiza un acto cotidiano que no exige una particular atención pero cuya oportunidad es evidente por sí misma, levantó el revólver, se lo apoyó en la sien, apretó el gatillo.

UN HOMICIDIO

HABRÍA bastado con nada, habría bastado con que el hombre, cuando él lo tenía agarrado por las solapas de la chaqueta retorciéndoselas alrededor del cuello, hubiera respondido de otro modo para que el asunto se hubiera resuelto, tal vez, de otra manera. Aquel balbuceo suyo, atemorizado y, por descontado, digno, en cambio parecía hecho adrede para excitarlo (el individuo en cuestión); y ni siquiera excitarlo, sino para helarle definitivamente la sangre y, en conclusión, para impulsarlo a llegar al final. Llegado a ese punto, nada se lo impedía. El hombre no había sabido decir nada. ¿O es que no había entendido la pregunta ni lo que la misma sobreentendía ni nada? Bueno, pues en ese caso era más que justo que muriera.

Además, ¿valía la pena seguir con estos términos de justo e injusto? ¿Valía, más generalmente, la pena intentar una reconstrucción de lo ocurrido? ¿Qué reconstrucción? Él no tenía motivos propiamente dichos o, en todo caso, los motivos estaban tan a fondo metidos y casi empastados en su sustancia más oscura, más fluida e innombrable, que habría que felicitar a quien los distinguiera en semejante confusión. Mientras, el final de la aventura parecía fuera de toda duda: dentro de poco él se entregaría a alguien y comenzaría el habitual absurdo, una jactanciosa intrusión en su conciencia para él mismo indescifrable... «Celebrar un juicio», dicen, pero examinemos bien cada palabra. «Celebrar», «juicio»: ¡qué expresiones tan sin sentido!

Pero no hay nada mejor que hacer (que volver a pasar revista, aunque desde fuera, sin ninguna pretensión de análisis, a los acontecimientos o a ese algo que los simulaba). Las ventanillas del tren enmarcan tétricos paisajes lluviosos en fuga hacia atrás, hasta el infinito, como si estuvieran ávidos de encontrar su sitio y de hallar la paz en un pasado que desafía al futuro... ¿Qué más se podría inventar?

Se había levantado a su hora, lavado y vestido como todos los días. Sin embargo, no: por ejemplo, desde hacía unas semanas vestirse constituía un problema. El tiempo se mostraba inseguro, hipócrita, burlón. A lluvias obstinadas, con humedad y frío, sucedían imprevistos claros con sol y tierra abrasadora, a bajas presiones, altas, a vientos dulzones, tramontanas. De modo que antes de vestirse había tenido que cavilar en la ventana, observar el mundo de afuera y valorar las intenciones de los elementos. Pero no había mucho que comprender: el día se presentaba yesoso y bochornoso, de una clara lividez; entre tierra y cielo parecía correr un espacio inmenso, es decir, aún más vasto que el que cada mañana nos turba, y barrido por el viento. Y el viento alejaba las nubes que sucesivamente cubrían o descubrían el sol; de lo cual, como resultado final, una incesante y penosa resaca de luz y de sombra, como alternativamente extraídas de sus propias entrañas de observador. (El panorama era el de siempre; casas en construcción, caminos amarillos y fangosos, una lejana chimenea.)

Había salido reconociendo un sí mismo desconocido y a la vez horriblemente conocido en cada escalón de la sucia escalera, en el pavimento poroso del zaguán. Tristeza sin fondo del café con leche en la esquina, con migajas nadando en el gris y tibio bebestirajo («Hace fresco hoy, ¿eh?» «Sí, bastante»). Como no tenía nada especial que hacer había decidido ir a la estación para comprobar unos horarios. Hacía unos días que tenía la idea de ir a Brescia. ¿Y por qué a Brescia? ¡Demonios! Eso era mucho preguntar. Un buen día se despierta uno con un nombre en la cabeza: «Brescia», como cualquier otro. Pero, naturalmente, había que ponderar, reflexionar. Entre el nombre de la ciudad y el partir hacia esa ciudad hay un abismo de incertidumbre, de consultas de horarios. Pues tanto mejor, ya que en estos preliminares se pasa, se emplea (o se pierde) un tiempo precioso (en cuanto que perdido)... Apresurar el tiempo, matarlo: ¿No es acaso éste el supremo objetivo?

En el tranvía, llegado casi a los pies del rascacielos, se había oído un imprevisto vocerío: un joven de frente estrecha y de tupidos cabellos negros tenía agarrada por el pecho a una muchacha y le iba silbando palabras excitadas; ella lo miraba con unos ojos asustados, midiendo la intensidad de su cólera. Se bajaron en seguida, pero ellos, o mejor su relación momentáneamente tempestuosa, eran a fin de cuentas una indicación. Por otra parte, no se trataba de esto precisamente; quedaban pruebas más desoladoras a las que hacer frente.

Regresando de la estación a pie, se había mirado —imperdonable ligereza— en el espejo exterior de una tienda (los hay aquí y allí, que dan a la calle). Pero bueno, no hablemos de sus lívidas ojeras, de su lengua sucia, de toda la cara que se cae; más bien... ¿Era su rostro lo que el argénteo disco le devolvía? ¿Cómo que no? ¡Claro! Todo le devolvía su rostro odioso. ¿Y qué representaba entre tantos? ¿A qué se refería? ¿Qué pretendía? ¿Qué mensaje le había sido confiado? ¿Y... y cómo liberarse de él?

Luego, el restaurante: «¿Pollo asado o filete?» «Da lo mismo». En la misma mesa de siempre, la equívoca rubia (pero con la raíz del pelo negra); un poco más allá, el así llamado comendador (hombre de grandes propinas pero de gabán increíblemente escuálido); la triste pareja de cara de sebo (empeñada en una imposible perpetuación de voluptuosidades compensatorias), y así sucesivamente. Y el camarero ya puede empeñarse en pasar su sucio paño por el mantel; siempre queda alguna miga del anterior comensal y no se quitan las manchas de vino ni los lamparones de grasa...

En casa quiso escribir una carta que demoraba desde hacía tiempo. Carta sin importancia, pero entonces, ¿a santo de qué? Las frases que había que desgranar podían, incluso debían, ser genéricas y nada comprometedoras (había que felicitar a alguien por algo indiferente a cualquier otro, boda o ascenso), y, no obstante, le salían a duras penas de la pluma. ¿Y cómo unas farsas así, tan superficiales, le daban tanto trabajo? El caso es que en aquellos rodeos verbales, en aquellos manifiestamente inevitables circunloquios, una vez más reconocía su cara aborrecida. «Habiendo

sabido que... te auguro...» ¡Ah! ¿Cómo salvarse de aquello? «Te auguro», Dios mío: hasta dónde puede llegar uno.

Y así (fuese o no fuese lógica una tal solución, se demostrase o no eficaz), había regresado a toda prisa a la estación dispuesto a partir sin más dudas hacia Brescia. De todos modos, ya se sentía presa de un sombrío, ignoto, insólito furor. ¿Y por qué precisamente hoy, después de tantos años de resignación, después de tantos años en que innumerables espejos le arrojaban, le escupían a la cara su cara intolerable? Pregunta que no se merecía una respuesta. Más bien, ¿cómo es que en algunos momentos el suicidio o el homicidio (al final son lo mismo) se presentan ante nuestros ojos ofuscados y lánguidos como supremas tentaciones, como desenlaces menos desesperados, como dulzuras supervivientes o promesas de salvación? Tal vez sea verdaderamente ahí, en el uno o en el otro donde haya que buscar... ¡bravo! ¿Qué exactamente? Vamos, ánimo, la palabra es: liberación.

En la sala de espera había una sola persona: un hombre de mediana edad, fornido, con gafas de pinza y ancha raya del pelo que le llegaba casi a la oreja; o sea, que era medio calvo, bien entendido, pero su peluquero debía haberle aconsejado dejarse crecer el pelo de un lado para poder echarlo y pegarlo en el cráneo, enmascarando de ese modo su calvicie (lo que se llama «peinarse con tiralíneas»), impecable y tétricamente vestido de un modo muy saleroso, como un notario. Por lo demás, todo en su aspecto mostraba respetabilidad y hasta suficiencia: seguro que se consideraba miembro de una sociedad magníficamente organizada y de esta consciencia emanaba su propia calma llena de dignidad.

En medio de la sala, una mesa con tablero de mármol y encima de él una cartera o maletín del tipo «veinticuatro horas». El hombre se había puesto a hurgar en él con sus manos regordetas, con gestos sosegados, sacando de él un pequeño peine en su estuche de cuero y se servía de él para alisarse aún más, amorosamente, su pringoso «peinado con tiralíneas». Pero seguía manipulando allí dentro (manipulación molesta, ultrajante). Así, habían salido a la luz muchas mínimas cajitas de las que no se sabía qué pudieran contener... Pero bueno, ¿qué significaba todo eso? ¿Por qué ese desafío? ¿Por qué cajitas? Las cajitas encierran o preservan, cuando cada quisque sabe que no hay nada que preservar. Especialmente ultrajante era su forma cuadrada y compacta, perentoria, prepotente y, en cierto modo, invencible, a despecho (ya ven la clara provocación) de su extrema pequeñez...

En este momento él se abalanzó contra el hombre, lo agarró por las solapas y se oyó a sí mismo gritar como un obseso: «¿Qué hace usted aquí?». Y el hombre había respondido de un modo ridículo, absurdo; había respondido, supongamos, algo así como: «Pero bueno, ¿pero cómo se permite? ¿Sabe usted con quién...?». Y entonces él había empezado a apretar, a retorcer, cada vez más, cada vez más. Y el hombre se había puesto rojo, luego lívido y luego de la boca le había salido medio palmo de lengua y, al final, se había desplomado en el suelo. El convulso y reflejo patear de una pierna y luego, nada (horribles esos ojos fuera de sus órbitas, lastimosas aquellas

gafas caídas lejos). Y él había corrido para subir al tren que partía y en el que ahora se encontraba.

Bueno, parecía que no había nada que añadir o que a él no le correspondiese hacerlo. Para el caso, y remontándose al principio, importaba saber cómo habría debido comportarse y en qué términos exactos habría debido replicar el desdichado para hallar piedad o perdón y esperar salvación. Entonces, ¿qué habría debido responder a su insensata pregunta?

Bueno, tal vez: «¿No lo ve? Vivo».

BUENAS ESPERANZAS

EL administrador (que, además, también era redactor jefe o algo así) lo miraba benévola y repetía:

—Comprendo tu impaciencia, me doy cuenta de tu situación, pero, mira, no depende sólo de nosotros: nosotros también estamos condicionados por... y debemos esperar a que... ¡Ojalá pudiéramos disponer de fondos a nuestra voluntad...! En cierto sentido tú tienes razón, es más, tienes toda la razón. La serie de artículos sobre los efectos sociales de las actividades creativas aún no se te ha pagado. Pero, como te iba diciendo...

Su mirada (la del administrador) era limpia y casi amorosa, casi solidaria, la verdad. En cuanto a su nariz, revelaba de vez en cuando, según los mínimos movimientos del rostro, una cierta blandura grotesca: carnosa y en punta, descendía a menudo sobre la boca, incluso vibrando. Nariz de mono, del mono llamado exactamente «narigudo». Y él, el literato, mientras observaba sin alegría ni interés esta particularidad, se decía: «Ahí tienes a éste. En el fondo es exactamente así como hay que ser: un poco sinceramente, un poco falsamente amigo de alguien o, mejor, de todos, un poco falso, muy superficial, de palabra desenvuelta en cualquier lamentable circunstancia, con bastante energía o, tal vez, vehemencia, o tal vez verdadera pasión como para hallarse presente allí donde juegos intelectuales y oportunidades de lograr algo útil nos reclamen...». Por lo demás, todo ello no tenía nada que ver con el asunto.

—Quédate tranquilo —concluyó el otro—. En cuanto recibamos la carta no te fallaremos.

—¿Y cuándo será?

—¡Quién puede saberlo!

La carta. ¿Qué carta? ¿De quién? Ni siquiera valía la pena preguntarlo. En cambio, la situación era divertida y como una némesis. El, el literato, y su destino dependían de una carta no muy bien identificada.

Salió de la redacción en el habitual crepúsculo inmemorial... ¿En cuántos de estos crepúsculos urbanos había consumido sus vagas y vanas esperanzas (un tiempo, concretas aspiraciones)? En otro tiempo, en la misma desolación de la hora había hallado argumento y prenda de luz, de felicidad. Si una sola palabra significativa hubiera aclarado y hecho brillar el paisaje y el mundo entero, al menos él habría podido mirarlo desde un calor interior, como cuando uno se acurruca entre tibias mantas contra la noche de tempestad (o de lluvia tediosa).

Dejémoslo estar. Por cierto, ¿a qué hora salía su tren? Pues había tenido que hacer un viaje aposta para venir aquí y regresar con tan brillante resultado. Entre los desenvueltos hábitos del otro, del amistoso enemigo, se contaba el de no responder nunca y de ninguna manera a los mensajes de los colaboradores, especialmente a los

embarazosos. Bueno, pero, bien o mal, había que volver a casa. ¿Volver, Dios mío, con las manos vacías? El literato volvió a sentirse presa de la aguda obsesión de sus tiernos hijitos sin pan o sin juguetes, de su mujer peleona, acusadora, obsesión que sordamente había estado presente en toda la conversación con el otro.

El otro, sí. Así lo llamaba él para su coleteo con una cierta voluptuosidad. Pero, claro, el otro no era nada más que los otros, todos los otros, de los que tan escasa ayuda recibimos. El otro, en cuestión, se reía de sus problemas (no de los suyos propios, entiéndase bien). Las ansiedades del presunto amigo aquí elucubrate le eran ajenas, indiferentes, incluso le resultaban incomprensibles y, en última instancia, al otro no le correspondía sentirse responsable de los variados e irremediables fracasos de nadie: único y general fracaso, es más, que se daba por descontado.

Volvió a casa, pero para salir inmediatamente después. No soportaba esa sensación de vacío en el estómago que siempre le provocaba la falta de dinero, con el añadido de la desesperada y tétrica vida en familia. Partió hacia su pueblo natal. Ya una vez lo había hecho, cuando estaba a punto de sacar el bachillerato. Lo había abandonado todo y había huido allí para recuperar con la caza y con largos ocios las fuerzas prostradas por la evidente inutilidad y el absurdo de sus sudores escolares. Las fuerzas, o sea la confianza en cualquier orden establecido que, precisamente por despreciarlo, había reencontrado.

Ahora era distinto, ahora buscaba el procedimiento adecuado. Quería liberarse definitivamente de sus últimas fuerzas o esperanzas y disponerse cada vez mejor para la inevitable solución... Pero bueno, ¿es que se había reducido a improvisar patrañas sobre los efectos sociales y ni siquiera esto servía para nada? Además, su actual situación sólo era la gota que hace rebosar el vaso. Si acaso, había que averiguar por qué precisamente allí, en su pueblo, debía él dar salida a sus ocultas y maduras intenciones. Pero, probablemente, sucede que cada cual, habiendo decidido por cualquier motivo acabar de una vez, elige el paisaje más familiar. Y elige el modo más congenial. El suyo era, tal vez, una especie de nuevo desaire. Es decir, que habiendo caído tan bajo quería caer aún más abajo.

En la cima de la montaña se abría, y abre, un determinado pozo natural u hoyo o sima; «sumideros» llaman los pastores a estas grietas sin fondo entre las rocas, adonde van a arrojar las carroñas de sus bestias muertas por enfermedad. Pues bien, bastaría con dejarse caer allí dentro: se aprietan puños y dientes, se da un paso adelante y la naturaleza se encarga de los demás, naturaleza que nunca deja de aniquilar lo que ha creado en cuanto se le presenta la ocasión (naturaleza clemente, después de todo, ya que acepta adelantar su objetivo último). Esta forma de muerte, además, tiene una evidente ventaja: que nadie encontrará el cuerpo destrozado y desfigurado, nadie deberá recomponerlo en medio de escalofríos ni temblores, viendo en él el sórdido meollo de la criatura humana y experimentando su horror.

Semejantes preocupaciones, naturalmente, todavía eran un puente lanzado entre él

y la vida, todavía una debilidad que había que superar lo más pronto posible. Pero, además... Supongamos: ¿Y si uno, después de haber saltado dentro del pozo, no muere a la primera? ¡Qué terrible agonía! Roto, destrozado, dolorido, fuera del alcance de cualquier oído y, como suprema visión, húmedas y gomosas paredes manchadas de siniestras vegetaciones de las profundidades, y, a una altura inalcanzable, un agujerito crepuscular que es cuanto queda de la luz, del mundo. Se puede durar así días enteros. Es coriáceo el armazón humano... Por la mente del aspirante a suicida pasó algo que le contó su portera. El jubilado enfermo del sexto piso, no pudiendo soportar sus sufrimientos, un buen día se había tirado por el hueco de la escalera. Sin embargo, a pesar de haber caído en el suelo de mármol, no murió de golpe (sino más tarde, en el hospital), y estuvo lanzando gritos estremecedores hasta la llegada de la ambulancia, una hora o casi más tarde. Nadie se atrevía a tocarlo, tan roto y destrozado estaba. Y él gritaba hasta quitar el sentimiento. Los pies —narraba la portera— estaban completamente retorcidos (visión dantesca).

No, no tan atroz debía ser, o eventualmente ser, su propio fin. Veamos: ¿No había un modo o un lugar más seguro para acabar de una vez (al menos) de golpe? Tal vez lo había: Gaeta. La cercana Gaeta, la ciudad de la nodriza de Eneas, de los hipados y de los Dispuestos a Aprender tiene, como todo el mundo sabe, una montaña a pico y una Gruta del Turco, sitios, tal vez, demasiado evidentes. Pero también tiene, al final de un antiguo camino detrás de la prisión militar, un maravilloso salto sobre agudos escollos. Un gran salto, si la memoria le era fiel. ¿Y quién habría presumido, o temido, quedar con vida un solo instante, si se arrojara desde allí? A Gaeta, pues; precisamente en aquel lugar debía cumplirse su destino. La imagen, como ocurre en casos así, se le fijó dentro incluso acariciadora y consoladora: él mismo, destrozado por los escollos, reducido a jirones, borrado, por fin, del mundo.

Despacio: estos detalles no eran más que una conjetura. Al contrario, su cuerpo corría el peligro de, en su caída, recogerse sobre sí mismo, lo cual, sin dejarlo menos muerto y conservándole, sin embargo, una cierta unidad, lo dejaría abandonado a merced de investigaciones y reconocimientos. O sea, que la imagen soñada no cumplía plenamente con las condiciones que requería el caso.

Pero al llegar aquí el literato se dijo que el demasiado pretender es contrario al obtener lo conveniente, que ninguna empresa hay sin riesgo, etcétera. Y, en definitiva, se puede dar por seguro que sermoneándose así alcanzase un acuerdo interior, por lo cual sólo faltaba pasar a la acción, a la última y resolutoria: una minucia indiscutible pero irrelevante.

Bueno, ¿cuándo? ¿Cuándo será el esperado final? ¿Y por qué seguía dándole largas al asunto por aquellas montañas, rumiando sus pensamientos, tragándose los y volviendo a masticarlos y vacilando en lugar de dirigirse inmediatamente allí donde le esperaba su destino?

El leñador llamó a la muerte y, una vez llegada, le rogó que lo ayudara a cargar

sobre sus espaldas su propio hatillo... Esto es lo único malo y el verdadero inconveniente: uno puede figurarse la muerte próxima y presente cuanto quiera; no por ello la acepta.

Pero no había la menor duda; un día u otro él vencería esta natural repugnancia.

III. Cuentos de horror

MANOS

FEDERICO regresaba a casa. La vieja perrita de caza, que se había quedado de guardia, salió a su encuentro haciéndole fiestas. El patio, cerrado por tres lados, se abría por el otro a la huerta de abajo y, más allá de una fila de casas bajas, a un estrecho valle que, ascendiendo dulcemente, se cerraba en el horizonte alto y lejano en una fila de colinas redondas. Una luna cubierta lo iluminaba de luz blanca y umbrosa. Federico vivía completamente solo en su gran casa abandonada y, para simplificar las cosas, salía y entraba por una puerta de servicio desde la que, después de un recorrido a través de dos húmedos trasteros y una despensa, se llegaba finalmente a la cocina, primera estancia dotada de una bombilla eléctrica. Suspirando y refunfuñando contra el irreductible aburrimiento de la vida de pueblo, esperándose una velada vacía y solitaria y la molestia de los inevitables retoques a su tardía cena, metió en la cerradura la maciza llave. La perrita también quería entrar y, sin darle tiempo a abrir, se precipitó como una catapulta contra la puerta golpeándola con sus patas anteriores. Como en la semioscuridad se le había sentado entre las piernas, Federico la echó, y ella, acordándose de repente de un hueso seco y pulido que tenía guardado en algún sitio, lo fue a buscar y empezó a removerlo sonoramente entre sus mandíbulas.

Al atravesar el primer trastero, un ligero chirrido llamó la atención de Federico. Un ratón —se dijo, recordando que allí dentro los había—. En efecto, encendió a toda prisa una cerilla y vio uno grande y barrigudo que, apoyándose a derecha e izquierda con movimientos grotescos, bajaba como una flecha a lo largo del filo de un rincón y se escondía detrás de la boca de una cisterna ya fuera de uso. Federico conocía el odio de la perrita por los ratones (por lo demás, ella, a la que siendo niño llevaba a menudo a buscar ratones en el desván, hacía alarde de su odio más de lo necesario para darle gusto) y pensó divertirse en aquella cacería nocturna. La llamó, pero afuera su sonoro roer llenaba impertérrito la noche silenciosa. Por fin supo dar a su voz un tono de tanta urgencia y tan prometedor que la perra se vio inducida a interrumpir sus ocupaciones y a correr toda excitada. Federico le señaló el lugar en que suponía que el ratón se había escondido e incitándola pegó grandes golpes en la tapa de madera de la cisterna. El ratón, asustado, abandonó rápidamente su refugio y un rascar espasmódico de uñas en el suelo señaló su paso entre las patas de la perrita que, no habiendo podido atraparlo, lo perdió de vista. Aunque una nariz de hombre no valga lo que una nariz de perro, un ojo humano es ciertamente más agudo que un ojo canino. Federico tenía buenas razones para suponer que el ratón —no se sabe por qué no había corrido hacia arriba— se había aplastado debajo de un arcón de hierro que no apoyaba directamente en el suelo sino sobre los barrotes de madera del viejo soporte de un baño. Allí llevó a la perra, la cual, en vez de ponerse a raspar alrededor del arcón, se detuvo, toda tensa, a una cierta distancia en un punto del trayecto que el

ratón debería recorrer al huir. Pero Federico se hartó de darle patadas al arcón y de sacudir el soporte; el animal no dio señales de vida. Entonces, creyendo que se había equivocado y cansado ya de la diversión, abandonó la idea y se fue más adentro. Pero desde allí oyó a la perrita raspar y gruñir, señal evidente de que el ratón seguía allí. La perrita hasta entonces había atribuido a su amo su misma certidumbre y, sin embargo, callaba cediéndole la iniciativa, pero, al ver que abandonaba el campo sin más, no se había quedado tranquila. Ello devolvió a Federico el gusto por la aventura y le hizo volver sobre sus pasos armado esta vez de una vetusta palmatoria.

Dejó la palmatoria en el suelo y levantó decididamente el arcón por un lado. En efecto, el astuto animal se había aplastado allí debajo y ni por mucho ruido que hubieran hecho a su alrededor había dado la menor señal de vida. Descubierta, no supo decidirse de inmediato sobre qué dirección tomar y se movía de aquí para allá alocadamente debajo de las barras de madera. Por lo menos eso podía deducirse de los movimientos de la perra, que, al no haberlo podido atrapar libremente, no podía apoderarse definitivamente de su enemigo.

Una convulsa lucha se entabló entre los dos animales, dominada por los agudos chillidos del ratón. Éste, evidentemente, se veía en apuros frente a su enorme adversario, ya que éste, temiendo por la húmeda incolumidad de su propio hocico, no se decidía a morderlo con toda la boca, sino que lanzaba un feroz mordisco y echaba atrás vivamente la cabeza. Con toda probabilidad el ratón, protegido a medias por los barrotes del soporte y teniendo seguras su partes más vulnerables, no combatía más que con su terrible hocico. Al final, cuando la situación se le hizo insostenible, engañó a la perra con una hábil finta y corrió hacia el patio.

La perra, recuperándose en seguida de la sorpresa, lo siguió furiosamente y saltando por encima de la palmatoria la apagó. Dos de sus zancadas equivalían a muchos pasitos del ratón y, por tanto, la persecución en el patio no duró mucho.

Federico, que había quedado como simple testigo de todo, salió también. La perrita, que había agarrado al ratón con la punta del hocico por en medio del cuerpo, lo zarandeaba violentamente por el aire para aturdirlo y también para impedirle, con la violencia misma del movimiento, que mordiera sus pieles delicadas; luego lo dejaba caer para ver el efecto. El ratón, roto y maltrecho, después de un instante de inmovilidad, empezaba a arrastrarse y la perra volvía a atraparlo. Pero éstos eran los momentos más penosos para la enardecida sensibilidad de la perra, pues el ratón vendía a caro precio su vida y, tumbado de espaldas (que es su posición de combate), se defendía como podía con las manos (las del ratón son auténticas manos flexibles) y con los dientes. Tampoco hay que excluir que un cierto miedo impidiera a la perrita iniciar una acción arrolladora ni que el pequeño hocico erizado de duros mostachos no la pusiera nerviosa con su poder de sugestión.

Llegado a este punto, Federico se dio cuenta de que el ratón, en sus conatos de fuga y en su debatirse, arrastraba una especie de largo cordón de un brillo opaco que, a veces, se enrollaba en su cuerpo y, a veces, se arrastraba largo y tenso por el polvo

del patio, de modo que pronto perdió también aquel poco de brillo. Al inclinarse para mirar a la incierta luz de la luna, descubrió que era una tripa y se asombró de su longitud y de su delgadez. Corrió adentro con una especie de horror para encender una luz en el patio. Era exactamente una tripa, ya irreconocible y polvorienta que, sin quererse desprender del animal, salía de él como un cordón umbilical. Pero ahora, en uno de sus muchos intentos de fuga, se quedó prendida en un guijarro saliente y se rompió por la mitad, pero un largo trozo todavía seguía al pequeño cuerpo en sus espasmos.

Por fin, el ratón estaba domado y ahora yacía en una postura grotesca, derrumbado sobre la barriga en sus partes posteriores y echado de lado en las anteriores, de modo que las manos de delante quedaban paralelas al suelo y las de atrás desesperadamente abiertas y como aplastadas. Su cuerpo estaba sacudido por los convulsos estremecimientos de la agonía y su pequeño hocico daba boqueadas. Federico no pudo soportar semejante visión y animó a la perra para que acabara con él. Pero la perra, ya satisfecha, no se dio por enterada. Desde el momento en que el enemigo estaba abatido, ¿para qué seguir arriesgando la delicada tenuidad de su garganta? Federico fue a buscar una pala y con ella intentó acabar con el ratón. No quiso golpearlo en la cabeza por miedo a mancharse de sangre y, además, en otras partes del cuerpo sentía cómo la carne grasa y blanca cedía bajo los golpes. El ratón parecía no tener huesos y seguía agitándose en un espasmo que parecía consciente, arañando a veces el suelo con una mano. Sus ojos oscuros y brillantes, un poco salidos de sus órbitas, eran totalmente inexpresivos. Viéndolo yacer de lado, parecía que se hubiera abandonado a una resignada y sangrienta impotencia. Sin embargo, sus partes posteriores esbozaban el movimiento de una fuga. Lo que impresionó a Federico fue el aire de inocencia de aquel cuerpo.

Seguía agitándose y quiso ahogarlo. Para ello, manejando la pala en perpendicular, la apretó durante un rato en el cuello. Sin resultado: el cuello cedía y se rendía como el resto del cuerpo y no había manera de sentir la consistencia de las vértebras bajo el espeso forro de carne floja. Sólo la piel, al estirarse, descubría sus minúsculos dientes entre los bigotes ya colgantes y dejando caer la cabeza abría la boquita en forma de V con una expresión de inexpresable gracia. Así, el ratón parecía un niño a punto de llorar, pero sin tristeza. También parecía que se había quedado así adrede. Federico, desesperado, volvió a llamar a la perra, que, por fin, accedió a sus deseos: un siniestro crac marcó el fin de la morada en la tierra de nuestro ratón: la perra le había destrozado la cabeza.

La lucha había sido totalmente incruenta; ni una gota de sangre manchaba el suelo ni el oscuro pelo del ratón, ni le salía por la boca. Federico lo recogió por la cola, cuya punta se había pelado en la batalla dejando al aire el nervio fuera de los peludos anillos, y lo observó a la luz. De un desgarrón en la barriga, ciertamente hecho por un colmillo de la perra, salía una especie de hongo granuloso y árido y el resto de aquella tripa; y tampoco aquí había ni una gota de sangre.

Federico colocó al animal en medio del patio para que la sirvienta que venía por las mañanas lo admirase y, a lo mejor, se asustase, silbó a la perra y se retiró.

Después de aliñar la ensalada y de haber ido a buscar agua, apagar todas las demás luces y haberse molestado de otras mil maneras, por fin se sentó a la mesa. Nos hemos olvidado de algo, del libro —bueno, ya está—. El acorde inicial de aquellas solitarias cenas era, normalmente, una charla en francés, así, como salía, con un imaginario interlocutor. Al pinchar la primera patata, Federico comenzó: «Ah, oui, Monsieur, je vous l'assure, c'est un spectacle dont vous devriez vous régaler...», y seguía hablando con la boca llena y mirando fijamente a la otra punta de la mesa. Pero el pensamiento imprevisto del ratón le atravesó la mente: más que un pensamiento era una sensación íntima y subterránea, algo que le golpeó dentro inesperadamente como si quisiera excavar y que desapareció rápidamente. Federico siguió hablando, la aparición interior se repitió varias veces y cada vez con mayor intensidad. Podía haber pasado mucho tiempo desde la primera, en cambio sólo habían pasado unos segundos, y ya tenía la sensación física del ratón muerto yacente a pocos pasos de su puerta. Aunque seguía comiendo con apetito, una tristeza, una piedad y, sobre todo, una angustia inquieta y sin causa aparente empezaban a turbarlo. La perra se presentó ante la mesa pidiendo comida. Quería un trato especial, dado el feliz cumplimiento de su hazaña de poco antes, y no había manera, había que recompensarla. Federico le preparó algunos buenos bocados y le hizo muchas zalemas para felicitarla.

Acabada la cena, se puso a leer, como siempre. Estaba leyendo una novela sobre las aventuras de un tocayo suyo, llamada *La educación sentimental*, que hasta la noche anterior le había interesado mucho. Pero ahora todo le parecía mortecino y, además, no podía seguir leyendo pues la sensación de náusea y de inquietud aumentaba en demasía. Buscaba en el libro algo que se correspondiera con su punzante experiencia de ese momento y no encontraba, le pareció, más que algo mucho más ligero. Pretendía que el escritor le ayudase en aquel trance, pero el autor apenas si se bastaba a sí mismo y se agitaba tranquilamente por su propia cuenta.

No hay nada que dé la sensación de la carne y de la sangre como las vísceras con su cálido hedor. Federico se sentía sofocado por vísceras de ratón y hasta la garganta de carne de ratón. El sabor y el hedor de aquella carne grasienta y sebosa había llegado a ser una condición de su ser y él lo saboreaba directamente con la sangre, sin remedio. Se le ocurrió irse a la cama; pero, ¿cómo dormir, se decía, con el cadáver del muerto en la puerta? Incluso le parecía que el espíritu del ratón muerto aletease a su alrededor como una presencia casi tangible, un poco amenazadora, un poco indulgente, y que estuviera ligado a su propio espíritu por lazos profundos e indisolubles.

Aquella muerte no se podía rescatar, para siempre quedaría sin vengar, sin reparar.

Durmió muy mal y soñó sombríamente con una larga teoría de ratones en morrión

y cimera que, agarrándose con una mano a un cordón oscuro, desfilaban por delante de él y se inclinaban ante él uno a uno, graciosamente. Llegó un ratón de mediano tamaño que ordenó alto a toda la columna, lo miró largo rato con tristeza y le dijo con una grave voz humana: «Pues bien, te perdono». Todo acababa en un chillido tempestuoso y en una especie de aquelarre que se perdía en el aire oscuro de la noche. «¡Lo encontraré!. ¡Vaya si lo encontraré!», se decía a sí mismo Federico y, alegrándose de tener un hilo conductor, se lanzaba a volar a lo largo de una fina tripa (pues no otra cosa era el cordón oscuro al que se agarraban los ratones) hacia el oscuro horizonte. Pero no se veía el final de la tripa y a Federico, que llevaba muchas horas volando sobre oscuros valles, el aliento y las fuerzas comenzaban a faltarle, y así se despertó.

El alba surgía sobre el pequeño cadáver del ratón. Sus ojos saltones, ya apagados, reflejaban vagamente sus luces. Con aire de empleados laboriosos y con los ojos aún hinchados que se ven por las calles de la ciudad en las mañanas de invierno, muchas hormigas atareadas se agitaban a su alrededor. Las acacias del patio parecían querer aclararse la garganta al comienzo de su jornada. Un poco apartado y ya medio seco yacía el trozo de tripa que se había desprendido. La perra, acurrucada en un hoyo, se estremecía con el primer viento. Federico salió en camisa de noche, levantó el ratón del suelo, lo liberó de hormigas y volvió a observarlo: las entrañas arrancadas estaban polvorientas, pobre carne viva. Federico le atusó los bigotes y lo estrechó contra su pecho acunándolo panza arriba, como a un niño, y acercándolo a la mejilla lo acariciaba con la misma a contrapelo. Notó la señal de un diente, una mancha sin pelo en su pequeño hombro y pasó por ella su dedo índice delicadamente, como para calmar su dolor. «¡Mi ratoncito! ¡Pobre ratoncito mío!», se lamentaba, y sin dejar de lamentarse bajaba con el ratón entre sus brazos las escaleras del huerto. Una vez allí entonó una extraña salmodia y actuaba como una niña que celebra cantando el entierro de su muñeca. Se arrodilló, cavó una pequeña tumba, depositó en ella al ratón con toda delicadeza, y la recubrió. «Descansa en paz, pequeño ratoncito mío», repetía, y permaneció largo rato arrodillado contemplando aquella poca tierra removida. Detrás de los cristales de una ventana una campesina lo miraba terriblemente curiosa. Se levantó y, muy digno en su largo camisón, volvió arriba cantando en voz alta un salmo eclesiástico, recuerdo de sus tiempos de monaguillo.

Con esto no se pretende en absoluto decir que Federico se hubiera vuelto loco. Al contrario, creo que llegó a ser uno de los mejores abogados de su provincia y con su perrita estuvo siempre de acuerdo hasta el final, pero le quedó un punto débil: algunas veces, cuando ya tenía el pelo entrecano, de noche daba vueltas por los cuartos deshabitados de su casa, por los pasillos y por los trasteros llamando: «Venid, ratoncitos. Vamos, ratoncitos, venid a mis brazos...» Los ratoncitos, cuando tenía la suerte de encontrarlos, lo miraban entre divertidos y asustados con sus redondos ojitos brillantes y trotaban delante de él con un ligero retumbar de trueno.

EL MAR DE LAS CUCARACHAS

Aux amis florentins du temps jadis

UNA tarde de primavera el abogado Coracaglina regresaba a casa con un aire desenvuelto y vivo que su hijo nunca había visto en él. Tenía casi sesenta años y, además, su hijo, algo gandul e incapaz de labrarse una posición, habitualmente le tenía seriamente preocupado. Pero aquél era un día de sol enfermo y bastante templado. El abogado caminaba resuelto y miraba con ojos picaros y penetrantes (la presencia de su hijo no lo reprimía) a las guapas mujeres, cuando oyó que le llamaban.

Del umbral reluciente de una barbería corrió a su encuentro su hijo en persona, sin chaqueta y con una manga arremangada por encima del codo.

—Papá, papá, mira qué bonito tajo.

Y mostraba una herida profunda en el antebrazo, una herida de navaja barbera larga y limpia. La sangre manaba en abundancia pero el joven sonreía contento. Aquella visión llenó de horror al abogado, pero no tuvo tiempo de decir nada porque su hijo, abriendo con decisión los labios de la herida y hurgando dentro de ella con la otra mano, empezó a sacar algo. Primero un largo trozo de cordel, luego un grano de pasta agujereada, y ofrecía estos objetos a su padre, el cual los tomó y también miró dentro.

Por dentro la herida era más ancha de lo que uno podía imaginarse. Las paredes eran lívidas y en el fondo se entreveía una especie de légamo sangriento en el que afloraban los distintos objetos. Una tachuela de zapato, algunos perdigones, unos granos de arroz. El joven también sacó un moscardón con las alas pegadas y un gusanillo azul y diáfano, pero los tiró lejos con un gesto de asco. Sin embargo, el gusanillo, obstinado, en seguida intentó trepar por los zapatos de charol del abogado, pero el joven volvió a arrojarlo al polvo con el pie.

—¡Ah! ¿Conque ésas tenemos? —protestó el gusano con voz áspera.

—¡Que Dios te maldiga! ¿Qué hacías aquí dentro? —le respondió el joven sin dar demasiada importancia al incidente—. Y ahora, en marcha —añadió dirigiéndose a su padre—. No pierdas esto —le entregó los objetos extraídos de la herida y lo arrastró con furia de una manga. Su padre lo siguió trastabillando sin saber dónde guardar el cordel, la tachuela y todo lo demás, con las manos llenas de objetos enfangados y sanguinolentos.

En el puerto, un viento procedente del mar no favorecía los preparativos de la partida.

—Sujeta esto —gritó al abogado su hijo entregándole la punta de un grueso cabo—. Tira fuerte.

El abogado había conseguido, por fin, agarrar con una sola mano los objetos que le habían sido confiados y con la otra pudo sujetar el cabo y tirar de él. Empezaban a caer gruesas gotas de lluvia. Hinchadas olas batían contra la proa de la embarcación, enfilada hacia alta mar, y el abogado ya estaba empapado de sus salpicaduras. Los mástiles, el puente, la quilla, crujían y chirriaban; el cabo se tensaba con violentas sacudidas. Mirando hacia arriba el abogado se dio cuenta de que estaba sujetando una enorme vela totalmente hinchada por el viento. Las fuerzas estaban a punto de abandonarle:

—¡Eh, usted! —gritaba a cualquiera que pasase cerca de él, pero nadie le hacía caso.

Si por lo menos hubiera podido ayudarse con la otra mano, pero para ello habría tenido que tirar aquellos objetos. Por fin se le acercó un hombre con una pata de palo.

—¿Los tiene usted, amigo? —preguntó con aire amenazador. Por su ropa parecía un personaje importante, tal vez el capitán.

—Yo... yo... —respondía el abogado.

—Basta de charla. Vamos a empezar. —Y llamó—: ¡El del cordel!

Avanzó un marinero tuerto con el torso desnudo. El capitán cogió el trozo de cordel de las manos del abogado y se lo entregó. El tuerto lo recibió de muy mala gana y se alejó refunfuñando.

—¡Al diablo! —exclamó claramente cuando se halló a una cierta distancia y empezó a jugar rabiosamente con el cordel.

—¡El de la tachuela!

Fue el turno de otro y luego de otros dos más. El que recibió los granos de arroz fue a metérselos en el pecho, entre la camiseta y la carne.

—¡Cuidado con lo que haces, perro! —estalló el capitán alzando el látigo y acariciando la culata de su pistola.

Llovía a cántaros. Al abogado, que ahora ya podía sujetar el cabo con las dos manos, le parecía que estaba sujetando todo el cielo gris, que quería salir volando. Un resuello vigoroso, saliendo de sus pulmones como por un embudo al aire, encerraba a éste enteramente en un círculo de potencia. Le pareció que habría podido sujetar la vela durante todo el viaje, incluso hasta la isla.

—¿A qué esperamos? —seguía gritando el contramaestre desde el castillo de proa.

—A Lucrezia —respondieron desde varios sitios.

La nave rugía y se encabritaba, deseosa de abandonarse a las olas, pero el abogado la sujetaba, pues el viento soplaba del mar.

Por fin, Lucrezia. Llegó empujada brutalmente por dos hombres con tricornio, muy musculosos. Iba medio desnuda, con un pecho fuera, de cuya punta, a cada empujón de los hombres, brotaba un chorro de leche.

—Por aquí, por aquí —el capitán abría paso hacia la cámara de oficiales.

—¡Deteneos! —gritaba altivamente Lucrezia—. Os digo que os detengáis. Tengo

que hacer una necesidad —la dejaron libre un momento. Entonces, acercándose a la borda y tomando entre sus dedos los pezones, orinó en el mar, primero de un pecho y luego del otro, dos largos chorros de leche.

—Para una virgen no está mal —comentó una voz cínica.

Anocheía. Se retiró la pasarela. Se levó el ancla. Para inexplicable oprobio del abogado la gran vela se aflojó de golpe y empezó a hincharse ligeramente por la parte contraria. Una ráfaga de viento empujó la nave mar adentro e hizo alejarse en un crepúsculo fumoso las luces del puerto. Alguien llegó y ató el cabo a un gancho. Así, el abogado, liberado, pudo empezar a observar algo mejor lo que pasaba a su alrededor y a sus compañeros de viaje.

Todos se reunieron en la cámara menos el hijo del abogado.

—Os digo que esto es una fragata —afirmaba el capitán.

—No, una goleta; no, un bergantín —respondieron a la vez el contraamaestre y el marinero del cordel.

—No te metas donde no te llaman —contestó furioso el capitán a este último—. Y recuerda que es tu turno de guardia.

El marinero salió dando un portazo.

—¡Perdigones, al timón! —ordenó el capitán. El designado también salió. Cada uno de ellos apretaba en su mano izquierda el objeto que lo distinguía.

—Esto es una fragata.

—A la orden, capitán —concluyó el contraamaestre.

Entonces el abogado se dio cuenta de que en un rincón yacía Lucrezia con las manos atadas a la espalda y con los pies también atados. La leche seguía manando de sus pechos, ambos desnudos, y formaba en el suelo un charco y un reguero.

—Esto os costará caro —decía Lucrezia—. Mi padre, el senador Gliuvotto, encontrará el modo de liberarme. ¡Soltadme, cobardes!

—Es una virgen lactante, de anís, claro, no como los niños —observó el capitán y todos se echaron a reír—. Preciosa, ahora vendrá el Grovio y te las verás con él. Nosotros no tenemos nada que ver en todo esto.

—Ayudadme al menos. ¿No veis cuánta leche estoy perdiendo? —y la muchacha se debatía con fuerza, presa de un ataque de furia.

En cubierta se oyó un toque nervioso de corneta. En la cámara todos se pusieron en pie y pusieron cara de gran respeto murmurando: «Ahí viene». La muchacha se calló un momento angustiadamente. La corneta seguía emitiendo afuera su toque de guerra. Se abrió la puerta en lo alto de la escala y el abogado vio aparecer en la gloria de los sonidos y con la faz indiferente del dominador a su hijo. Éste se detuvo un instante observando a los presentes y luego bajó con paso decidido la escala. Llevaba grandes botas de piel brillante con una enorme hebilla de plata, ensanchadas arriba y que casi le llegaban a la ingle. Entre los pantalones y el revés de estas botas se podía ver una parte del muslo desnudo. Una especie de túnica de seda ligerísima, escotada hasta el ombligo, le cubría los hombros y apenas los tríceps y dejaba desnudo el resto

de los brazos. Su cintura estaba ceñida por un ancho cinturón dorado en el que llevaba metidos un estoque y dos pistolas. De la muñeca derecha le colgaba un látigo.

¡Qué cambiado estaba su hijo! El abogado no lo reconocía. Le llamaban la atención sus manos fuertes y, sobre todo, su bigotito atusado, así como, la verdad sea dicha, los pendientes de oro que lucía en las orejas y su peinado ligeramente rizado.

—Gran Grovio —pronunció el capitán inclinándose—, la muchacha...

—Te he dicho que me llames por mi título —masculló el joven con una cortesía gélida y amenazadora—. ¿No te das cuenta de lo mal que suena?

—Alto Variago —continuó el capitán—, perdonad mi ignorancia... La muchacha...

—¡Otra vez! ¿Qué muchacha? —le interrumpió el Variago. Hablaba con una voz tan sorda que su interlocutor debía inclinarse hacia él para oírlo.

El capitán señaló a Lucrezia, que con una mirada de odio, como una fiera en cautividad, miraba fijamente al recién llegado.

—Bien, bien —sonrió diabólicamente el Variago y le dijo a Lucrezia:

—¿Me reconoces, muchacha?

—¡Roberto! ¡Roberto Coracaglina! ¡Tú! —exclamó de improviso Lucrezia—. ¡Dios mío...!

Un chorro de leche que le salía del pecho sacudió violentamente su cuerpo y, tosiendo débilmente, cayó golpeándose la mejilla en el suelo. Inmóvil, con los brazos cruzados en medio de la cámara, el Variago prosiguió calmo y sin piedad:

—¡En persona! ¿Qué opinas de aquel tímido muchacho que te adoraba en silencio y siempre era objeto de tus burlas y de las de tus amigas? Tú conocías, siempre conociste sus sentimientos, y te divertías haciéndole sufrir. Pues bien, te aviso que aquí las cosas han cambiado algo y que tu actitud deberá ser más sumisa.

La muchacha temblaba toda sin responder.

—Mi padre —estalló al fin—, mi padre, el senador Gliuvotto...

—Tu padre, el senador Gliuvotto —respondió el Variago—, en este momento está exactamente a trescientas dieciocho millas (a sotavento). Te conviene tomarte las cosas con más filosofía. Si eres buena no te faltará de nada. Así debía ser —añadió como para sí mismo. Luego se inclinó para examinar los pezones de la muchacha, la cual intentó resistirse.

—¡Quieta! —dijo imperiosamente el Variago—. Las serpientes —añadió dirigiéndose al capitán. Éste se precipitó a un cofre y extrajo de él una cesta—. ¡Rápido! Abre —el capitán vacilaba—. Te he dicho que abras —repitió el Variago bajando la voz. El capitán levantó la tapa de la cesta. Los marineros, vivamente impresionados, corrieron hacia la escala—. ¿Adónde vais, animales? —los dejó clavados el Variago con una furiosa mirada.

De la cesta se alzaron dos serpientes somnolientas, se deslizaron al suelo cerca de los pies del abogado inmóvil, movieron lentamente sus cabezas a derecha e izquierda, como para orientarse, y luego se dirigieron resueltas hacia la muchacha. Cada una se

apoderó de un pezón y empezaron a chupar su leche.

Pasaron diez largos minutos de silencio. Lucrezia jadeaba, parecía sufrir o gozar terriblemente. Luego se quedó con los labios exangües medio abiertos, volvió a abrir los ojos, miró a su alrededor extraviada, como quien regresa de un sueño, y una profunda respiración hinchó su pecho haciendo deslizarse en el suelo las colas de las serpientes. La crisis había pasado.

—Tírad a esos animales —ordenó el Variago. El marinero de la pasta agujereada agarró un par de tenazas y se acercó. Los animales no querían separarse. Al final los separó, hinchados como sanguijuelas, monstruosos—. Tíralas al mar.

Pero alrededor de las puntas de los pechos de Lucrezia quedó, en el tejido delicado de las aréolas, un redondelito, una aureola de un color rojo vivo. Pero el flujo de leche había cesado.

—¿Estás mejor ahora? —dijo el Variago, casi con ternura, inclinándose.

—¡Amor! —exclamó la mujer.

—Desatadla —gritó esta vez el Variago—. ¡Desatadla! Vestidla como una reina y conducidla a la Cámara de los Sargazos.

—¡Ah! —le contestó con rabia Lucrezia—. ¿Creías que te lo decía a ti? Te equivocas, señor mío. Mi querido Roberto, tienes un aire tan apocado con tu pelo liso, tus pantalones planchados y la caspa en el cuello. ¡Anímate, qué demonios! Mira ese oficial cómo choca los talones. Te aseguro que a Giuseppina no le caías mal, pero tendrías que, no sé, cuidarte un poco las uñas, hablar de cosas divertidas... —la mujer se interrumpió con un estallido de carcajadas histéricas. Parecía delirar.

—Dejadla donde está. Ya verás cómo cambias de idea —dijo rabioso el Variago. Y salió saludado por la corneta.

El abogado y los demás también salieron. Dentro sólo se quedaron de guardia los hombres del tricornio.

La nave, con todas las velas desplegadas, se deslizaba a una velocidad prodigiosa sobre las olas ya en calma. En la proa, sentado en una maraña de jarcias, a la luz de una linterna amarilla, el Variago miraba a lo lejos rodeado de sus hombres. Una ancha luna se alzaba del seno del mar. La noche era tibia.

—¡Todos aquí! —dijo el Variago saliendo de su ensimismamiento—. La noche es hermosa y hay vino y estrellas. Vino de estrellas, diría yo —añadió complacido.

—¡Qué manera de hablar! —refunfuñó descontento Trozo de Cordel.

—Todos aquí. Quiero que se beba y se cante. Traedla aquí afuera. Los dos del tricornio trajeron a Lucrezia al grupo. Se distribuyó vino. Lucrezia, si bien se debatía orgullosamente, aún estaba dominada por los sollozos y murmuraba algo entrecortadamente.

—Roberto, cuidado conmigo. Yo te odio. La caspa en tu cuello me da asco. Tú no eres azul, no eres transparente. Yo te odio. Yo le amo a él.

Inclinándose hacia el abogado, Tachuela explicó:

—¡Creo que se refiere al gusano!

Pálido de ira, el Variago se levantó. Todos le miraron.

—Muchacha —dijo fríamente con su habitual tono de voz—. Podría hacer que te pasaran una cuerda entre las piernas y colgarte desnuda en la cruz del trinquete. Podría tirar de la otra punta de la cuerda hasta que te marcara la carne. Debajo de ti yo podría recibir en mi frente las gotas de tu sangre...

Mientras hablaba, iba recuperando el dominio de sí mismo y al mismo tiempo Lucrezia recuperaba fuerzas y conciencia.

—¡Pues hazlo! —gritó—. Tenía que decirte que te odio y que lo amo a él. Ya lo sabes.

—Bien, bien —respondió el Variago—. En cambio, yo prefiero tener dos palabritas contigo, como un amigo. ¿Qué te enseñaron este año en el colegio? ¿Geografía, francés, bordado o esgrima?

—Estás perdiendo el tiempo.

—No, escúchame. Apuesto a que ignoras la existencia del Mar de las Cucarachas.

—No lo ignoro en absoluto —respondió ingenuamente la muchacha.

—Pues entonces dime lo que es.

—Es un mar con muchas cucarachas —fue su tajante respuesta.

—¿Y dónde está?

—Nadie estuvo nunca allí.

—Bueno, pero nosotros navegamos hacia el Mar de las Cucarachas. ¿Crees que el senador Gliuvotto será capaz de llegar hasta allí para salvarte?

—Estoy segura de que *él* hallará el modo de llegar hasta mí, incluso allí.

—Claro. Dime, ¿te dan asco las cucarachas?

—Me son absolutamente indiferentes —pero el temblor de su barbilla ponía en evidencia una violenta emoción en la muchacha.

—Ya lo veremos.

—Roberto, escucha...

—¡Soy el Alto Variago!

—Roberto Coracaglina, escucha. El sol sale y se pone, el cielo se vuelve gris, negro, destila lluvia. Yo siempre tuve ante mi vista un transparente azul, un tenue azul luminoso. Haz lo que quieras de mi cuerpo —y al decir esto Lucrezia se arrancaba la escasa ropa que le quedaba mostrando un cuerpo esbelto y esplendoroso.

—¡Momias, marmotas! —gritó el Variago—. Os he dicho que cantéis y bebáis.

Pasta Agujereada sacó un organillo, se aclaró la voz y cantó con voz ronca:

*Vivía en el mundo una cucaracha,
Cucaracha desde su más tierna infancia...*

—¡Perro! ¡Al diablo con tus canciones! Tú, muchacha, cántanos una canción sentimental a la luz de esta luna. Deben haberte enseñado alguna en el colegio.

—Antes me dejaría arrancar la lengua.

—Si te lo tomas así te diré unas palabritas que te enseñarán buenos modales —y el Variago murmuró algo al oído de la muchacha.

—¡Mientes! —gritó Lucrezia.

—Ya lo verás. Y lo aplastaré bajo mi talón.

—Él os matará a todos.

—¿Él? ¿Ese pequeño gusano? Papá, desnúdate.

Los del tricornio se precipitaron sobre el abogado y lo despojaron de su traje. El abogado se quedó a un lado mortificado, en calzoncillos y en mangas de camisa.

—¡Los pantalones! —ordenó el Variago.

Cuando se los entregaron, buscó con cuidado en las vueltas y acabó sacando de ellas un pequeño gusano azul y transparente.

—Sabía que te esconderías aquí dentro —dijo desdeñoso—. Y ahora escucha, muchacha. Si no cantas lo mato en este instante, lo aplasto entre mis dedos.

El gusano, entre el pulgar y el índice del Variago, prefirió guardar un altivo silencio. Su pequeña cabeza se erguía amenazadora hacia su enemigo. La mujer hizo ademán de lanzarse en su auxilio.

—¡Amor! —gritaba—. Te he encontrado. Sé que tú me salvarás...

—Ponedlo en un vaso boca abajo —ordenó el Variago— en mi camarote. ¡Y ojo! Ahora te toca a ti, muchacha.

Lucrezia, con voz temblorosa primero y luego, poco a poco, con mayor seguridad, cantó:

*Conozco una fontana
Para los sin fortuna
Con una encina enana
Y polvillo de luna*

—¡Bonito principio! —berreó el Perdigones.

*En una gruta arcana
Reside una sirena
Cantando vuelve vana
Toda lejana pena.*

*Y allí en la sabana
Lejos de la marina
La fuente se devana
Hechizo del que camina*

*Oh, fontana de fruta
De tan suave aroma*

En ella toda p...
De c... se corona.

Siguió un instante de silencio. Todos miraban el mar, brillante bajo la luna.

—¡Lucrezia, Lucrezia! —suspiró al fin dulcemente el Variago.

—No te enterezcas, Roberto Coracaglina. La moraleja es para ti —gritó burlonamente la mujer.

—¡Vino, vino, canciones! —volvió a gritar el Variago y todos empezaron a agitarse—. Llevadla al camarote, junto a su amor. ¡Y cuidado con que levante el vaso!

La nave redujo su velocidad. En el horizonte se perfilaban enormes siluetas extrañas, como salvajes escarpes de montañas, como rocas oceánicas.

—Brandeburgo —dijo el capitán—. ¿Hacemos escala?

—¿Estás loco? —respondió el Variago—. Izad el foque. ¡A toda vela!

—Como queráis —el capitán y los hombres parecían descontentos por no parar en aquel puerto.

El abogado se apoyó en la borda. A la luz de la luna se veía en la costa, como las gradas de un anfiteatro que descendían hacia el mar, una monstruosa ciudad de gigantescos edificios. Se veían casas, plazas, calles, torres, como en cualquier otra parte, pero todo era espantosamente grande y macizo, de proporciones inauditas y terribles. Entre las fachadas solemnes de las construcciones, bañadas por el pálido rayo, se hundían calles negras como la pez, se abrían torbellinos oscuros de plazas, vorágines sin fondo. Todo estaba tranquilo; no se veían criaturas humanas, ni ninguna luz, ni ninguna señal de vida. Algunas anchas fuentes, unidas por canales elevados sobre el suelo en terrazas descendentes, sólo dejaban oír un frío chapoteo. Pero era una calma amenazadora, de la que parecía que debiera restallar en cualquier momento una orden, una palabra intolerable. Como un orgulloso centinela, la ciudad se alzaba en toda su altura sobre el mar.

El abogado, incapaz de soportar aquellas inauditas proporciones, fue presa de un mareo y de un terror sin límites. El capitán se le acercó:

—Brandeburgo, el gigante de los mares —murmuró meditabundo—. Los muchachos querían bajar, claro, a causa de las mujeres-armadillo. En los subterráneos de esa ciudad abandonada —explicó— viven mujeres capaces de encerrar en su abrazo todo el cuerpo de un hombre. ¿No lo comprende usted? Imagínese un armadillo o un erizo y una hormiga. El armadillo, si se hace una bola, puede encerrar completamente entre su barriga y su pecho a la hormiga. Pues bien, la hormiga sería el hombre y el armadillo, la mujer, quiero decir la mujer-armadillo. Le aseguro que estar encerrado por todas partes entre la carne mórbida y cálida de una mujer sin poder respirar, en ciertos momentos es una gran ventaja... Sí, cuando era joven yo también... ¡Brandeburgo, el último baluarte hacia el Mar de las Cucarachas! —concluyó volviendo a sumirse en sus pensamientos.

La luna se cubrió de nubes, la ciudad desapareció en la oscuridad. Los marineros, borrachos, se tumbaron en cubierta; el abogado los imitó; el Variago desapareció por una escotilla, la tranquilidad descendió sobre la nave. Sólo una lucecilla iluminaba en la caña, entre los ronquidos de los hombres, la cara descontenta de Tachuela que iniciaba su turno al timón.

En la gran cámara Lucrezia no dormía. Vigilada por el contramaestre soñoliento, intentaba comunicarse con el gusanito, que se hallaba sobre una carta de navegación en la mesa del capitán y dentro de un vaso boca abajo. Pero el gusano, con su cabecita erguida, parecía mirar más allá de ella, como si meditase. Lucrezia acariciaba el vaso con toda la palma, acercaba a él su mejilla y dejaba caer en el cristal algunas lágrimas. La actitud viril del gusano estaba, por lo demás, justificada. Ninguna comunicación era posible más allá de las paredes de su prisión y ni siquiera su voz ronca habría podido llegar a su amada.

—Contramaestre —decía la muchacha—, déjeme que levante el vaso y liberarlo y obtendrá de mí lo que quiera. —Y al decir eso tomaba con su mano un pecho con su redondelito rojo. Pero el contramaestre, ya viejo, no se dejaba ablandar.

La mañana se levantó sobre un mar liso como un plato de aceite. Largos filamentos de algas afloraban en él. El aire era limpidísimo, empezaba a hacer mucho calor. El mar era tan transparente que a través de la masa verde del agua se podía ver el fondo accidentado a una prodigiosa distancia por debajo de los navegantes. La nave volaba vertiginosamente sobre el abismo, como si lo hiciera en el aire. Y he aquí que el abogado pudo ver un puntito brillante que se separaba del fondo y se dirigía verticalmente hacia él. A mitad de camino, en el minúsculo puntito reconoció una medusa solitaria de proporciones gigantescas, la cual, casi a flor de agua, se quedó atravesada dejándose mecer por la corriente. Pero en aquel mar y en aquel cielo no había otros indicios de vida.

Podía ser mediodía y, el bochorno había aumentado en desmesura, cuando se avistó una tierra baja, un islote.

—Hemos llegado. ¡Preparados! —dijo el Variago, que observaba erguido en la proa.

—Ése islote es la puerta del Mar de las Cucarachas —siguió explicándole el capitán complaciente al abogado—. Ahora verá usted.

Desde la isla se dirigía hacia la nave una gran canoa historiada llena de hombres desnudos. Su piel, a pesar del sol tropical, conservaba una blancura deslumbradora, pero todos parecían muy débiles, pálidos y esqueléticos y flácidas sus escasas carnes. Uno, seguramente el jefe, subió a bordo por la escala de popa y avanzó por la cubierta con paso cansino. Por todo indumento llevaba en la cabeza una cresta de tela blanca semejante a las cofias de las doncellas. Su rostro sudoroso difundía una palidez amarillenta. El cabello liso y pegado a las sienes le caía sobre el cuello en una tupida melena. Debajo de sus ojos melancólicos y de mirada apagada se hundían dos profundos surcos negros. Pronunció unas palabras en una lengua desconocida.

—Dadle los objetos —dijo el Variago a los suyos.

Los hombres se adelantaron uno a uno y cada uno entregó al recién llegado su objeto: el trozo de cordel, la tachuela, el grano de pasta agujereada... Cada vez que el hombre recibía uno alzaba los brazos al cielo murmurando algo, tal vez a la gloria de su dios. Una vez que los hubo recibido todos, se inclinó profundamente y señaló con amplio gesto el mar, como para indicar que la vía estaba libre. Desde lo alto de la borda, al marcharse, gritó algo a los hombres de la canoa, que manifestaron de súbito una alegría desenfundada. Cuando el jefe llegó todos quisieron ver y tocar los objetos y luego se entregaron a locas manifestaciones de alegría. Muchos se lanzaron al mar y acompañaron a nado, voceando, la embarcación que regresaba a la costa.

—Ya está. Adelante —ordenó el Variago. El capitán repitió la orden más fuerte.

—Ojo, que estamos en el Mar de las Cucarachas —añadió el Variago—. ¡La muchacha y el gusano, a cubierta!

El capitán, sin dejar de vigilar atentamente la maniobra, encendió una larga pipa y se volvió al abogado. Éste, entre aquellos fuertes marineros de torso desnudo atareados en sus faenas, hacía un papel bastante grotesco, ocioso y en calzoncillos como estaba. Pero tal vez precisamente por eso inspiraba una cierta piedad al viejo lobo de mar.

—Bueno. ¿Qué le parecen los Casposos?

—¿Cómo?

—Esos hombres eran de la tribu de los Casposos, que está formada sólo por hombres, ya me entiende, pero no entienda lo que no es; un pecado así lo castigan ellos con la muerte; al contrario... bueno, ya me entiende. Cada treinta años parten y raptan una mujer de las tierras más cercanas, que están a seis días de navegación en sus canoas. La mujer no debe tener más de trece años, ya me entiende, y la respetan mucho. Pero después de que da a luz cuarenta hijos la matan bárbaramente. Pero aún así van a extinguirse, ya que en su última expedición raptaron a una mujer estéril que ya tiene setenta años y, a pesar de ello, todavía esperan hacerla madre y se la disputan —al capitán le pareció que había sido demasiado preciso en sus afirmaciones y se apresuró a zanjar el asunto—. Por lo menos eso dicen. Esta tribu custodia la entrada al Mar de las Cucarachas y con ellos debe entenderse todo el que quiera adentrarse en él, porque —el capitán bajó la voz— ellos poseen el secreto para emborrachar a las cucarachas con infusiones de hierbas que echan al mar y que las vuelven agresivas.

—¿Usted, usted... —balbuceaba el abogado— no estuvo nunca en el Mar de las Cucarachas?

—¡Pero qué dice, señor! Muchas veces.

—¿Es... es... tan espantoso?

—Para mí no, seguro.

Pero en ésas al capitán se le desorbitaron los ojos, tragó saliva, tuvo una arcada semejante a un conato de vómito y se quedó con los ojos abiertos de par en par mirando el agua que restallaba contra la quilla de la nave.

—¡Mire, mire... allí... allí...!

Mecidas por las ligeras olas que el paso de la nave levantaba, algunas grandes cucarachas de aire soñoliento flotaban en el agua; otras más se veían más allá, y hacia el mar abierto los animales se apretujaban negreando al sol de la tarde tropical.

El capitán, seguido del abogado, corrió frenético de una borda a la otra. La nave ya estaba casi rodeada de cucarachas. Se dirigieron a proa. Desde allí, ante sus ojos se ofreció un espectáculo muy singular. El mar ilimitado, sin una tierra en el horizonte, bajo la capa ardiente del cielo, se veía negro como la tinta y de un brillo fúnebre. Una cantidad infinita de cucarachas, tan apretujadas que no dejaban ver el agua debajo de ellas, lo cubría en toda su extensión. En el gran silencio se oía claramente el ruido seco de sus caparazones al chocar con la proa. La nave avanzaba lenta y fatigosamente e inmediatamente las cucarachas se cerraban a su paso.

Como un loco, el capitán corrió a la cubierta inferior para observar de cerca a los animales.

—¡Aquí, aquí —gritaba a los hombres que se encontraba—, aquí, venid, mirad! ¡Hay que matar a estos asquerosos bichos...!

Las cucarachas, de tamaño normal, unas más pequeñas, otras más grandes, no se diferenciaban mucho de las terrestres. La parte posterior de su cuerpo, más frágil, estaba marcada de surcos. Al paso de cada ola sus largas antenas se movían débilmente. El capitán se lanzó hacia la cubierta gritando:

—¡Hijos de perra! Os digo que hay que hacer algo, hay que matarlas...

Pero el Variago le dio alcance y lo agarró de las muñecas:

—¡Perro fanfarrón! —rugió sordamente—. ¿Es éste tu valor?

Los hombres habían acudido. Todos temblaban, a algunos les castañeteaban los dientes.

—Si pensáis que vamos a seguiros en estas aguas... —empezó uno armándose de valor.

—¡Bravo, marmotas! ¿Es que pretendéis comer gratis mi pan? ¿Queréis llegar a la isla y os echáis a temblar ante unas pocas miserables cucarachas?

—Al menos, hagamos algo para alejarlas —propuso otro.

—¡Qué listos! ¿Queréis que se enfaden y nos ataquen y nos ahoguen bajo sus asquerosas barrigas?

—Nosotros... nosotros... —dijeron todos— queremos volver atrás, ya no nos importa nada la isla. Queremos salir de aquí. Lo haremos cueste lo que cueste; si es necesario pasaremos por encima de vuestro cadáver.

—Los hombres avanzaban amenazadores. La nave, cuyo timón nadie gobernaba, daba pavorosos bandazos provocando entre el pueblo de las cucarachas una cierta alarma.

—¿Conque ésas tenemos? —tronó el Variago, y rápidamente se sacó de la cintura las dos pistolas—. A la isla vamos y a la isla os llevaré, lo queráis o no. A vuestros puestos y andaos con cuidado si apreciáis vuestra piel. Además, volver atrás ahora es

lo mismo que seguir.

En efecto, sobre la superficie del mar ya recorrida las cucarachas se cerraban en filas apretadísimas y el mar ya estaba negro por todas partes, en todo el horizonte.

En ese momento se oyeron unos pasos precipitados y griterío que venía de popa. Uno de los hombres del tricornio llegó corriendo:

—¡Alto Variago, el gusano se escapó!

En efecto, el prisionero, posado en el suelo de la cubierta dentro de su vaso, debió aprovechar la confusión para poner pies en polvorosa pasando entre las comisuras de dos tablas.

El Variago, seguido de todos los demás, corrió hacia popa. El fugitivo era inencontrable. Por fin, se le vio cruzar corriendo la cubierta intentando llegar a una escotilla. Todos se le echaron encima. El gusano, al ver llegar aquella tempestad, se volvió irguiendo orgullosamente su cabecita. Los hombres, instintivamente, formaron corro y en el medio los dos adversarios quedaron frente a frente.

El Variago miraba con aire desdeñoso al pequeño bicho a sus pies. Éste, a su vez, consideraba atentamente a su desmesurado enemigo. Se produjo un instante de silencio. Luego el gusano se decidió a hablar:

—Roberto Coracaglina —dijo con su habitual voz ronca y sin demostrar la mínima emoción—, si me aplastases con tu pie serías un cobarde. Lo eres también aunque no lo hagas, pues no lo haces porque me tienes miedo. Por tanto, nuestra partida no se acabará nunca. Pero ahora quiero proponerte un pacto, como se usa entre la gente de honor. Escucha, haz que la propia Lucrezia pueda elegir. Ella pertenecerá al que mejor sepa amarla de nosotros dos. ¿Aceptas?

—De ti —sonó la respuesta, igualmente tranquila—, de ti, gusano, no acepto ni injurias ni propuestas. Volved a ponerlo dentro del vaso o, mejor, encerradlo en una caja de cerillas. Ya no volverá a escapar.

Los hombres sólo se dispersaron bajo la amenaza de las pistolas del Variago. Ahora su resistencia no se debía sólo a la presencia de las cucarachas. La autoridad del jefe había sido seriamente minada en su ánimo por no haber aceptado el desafío. Además, encerrar a su enemigo en una caja de cerillas les parecía a aquellos rudos aventureros el colmo de la falta de generosidad.

Por lo demás, necesariamente, toda animosidad cesó. La vía del retorno estaba cerrada. Convenía a toda costa seguir adelante abriéndose paso entre el bullir de los animales flotantes, y esta fatigosa maniobra, así como la extrema tensión de cada cual, pronto agotaron todas las energías.

Las veinticuatro horas siguientes sometieron a los navegantes a los más duros tormentos. El calor era realmente insoportable y el aire, denso, estaba completamente inmóvil; el sol golpeaba despiadadamente sobre la cubierta con rayos perpendiculares. Además, la reserva de agua a bordo no era mucha. A todos se les racionó y se arrastraban casi desnudos por la cubierta (abajo era literalmente imposible estar) buscando donde podían un rinconcito de sombra.

La repugnancia de Lucrezia hacia las cucarachas, dijera lo que dijera, era tremenda. A la vista de los animales flotantes, la muchacha, para empezar, se había desmayado de asco. Recobrada la consciencia, había intentado hacerse fuerte en la medida de lo posible y ahora yacía en la popa tapándose los ojos con las manos. Su barbilla temblaba violentamente; sus labios apretados parecían retener a la fuerza sus espíritus vitales y todo su cuerpo era, bajo el sol ardiente, un manojo de intensos escalofríos, como presa de la fiebre. El Variago se le acercó:

—¿Y bien, muchacha? ¿Qué me dices de las cucarachas?

—Muy lindas —halló el valor para responder Lucrezia echando llamas por los ojos.

Alguna cucaracha menos soñolienta que las demás trepaba de vez en cuando por la borda y se paseaba tranquilamente por cubierta, recibida con respeto por toda la tripulación, que temía molestar a sus compañeras. El Variago recogió con delicadeza una que pasaba por allí y se acercó a la muchacha. Su cara enrojeció, y luego, de repente, adquirió una palidez mortal, pero se mordió los labios y no articuló palabra. El Variago le acercó un poco a la cara el animal y luego lo dejó en tierra con cuidado.

—No me importa... ni... siquiera a... sí lograrás nada —dijo la muchacha castañeteando los dientes—. Roberto Coracaglina, además de tener caspa, eres un cobarde. Escuché cuando él te propuso el desafío y tú... tú... —las palabras se le atropellaban y no pudo continuar.

El capitán, con el torso desnudo y brillante de sudor, se arrastraba a poca distancia intentando alcanzar el botijo del agua. El Variago se dio cuenta.

—Ya recibió su ración. ¡Largo! —le regañó.

—Alto Variago, estoy ardiendo. Moriré si no...

—¡Largo ahora mismo! —repitió el Variago levantando el látigo que le colgaba de la muñeca.

—Está bien, me mataréis, pero sabed... debo deciros que... la muchacha tiene razón. Sí, vos no habéis recogido el reto de un gusano, yo... nosotros ya no tenemos ninguna confianza en vos... Nosotros... todos os odian, como yo... —el hombre se desplomó agotado y febril.

—¡Perro! —exclamó el Variago entre dientes, y empujó con el pie el cuerpo encogido. Pero el capitán parecía muerto—. ¡Perro! —estalló el Variago contra aquel cuerpo inmóvil—. Si vuelves a meterte en estos asuntos... —luego, volviéndose hacia la muchacha, pronunció perplejo:

—Era por ti. Si tú lo quieres, acepto. He aceptado. Ahora. Ya mismo.

Lucrezia se rió mofándose de él. El Variago, a empujones sacudió a uno de los hombres con tricornio medio dormido y le ordenó que fuera a buscar la cajita con el gusano. En ese momento se alzó una ligera brisa. Ello, junto con la noticia de un espectáculo extraordinario, pareció, como por encanto, devolver los ánimos a la aturdida chusma. Todos se agolparon hacia popa, escenario de la singular lid.

—Me gustaría ver —decía el pañolero en tono casi alegre al abogado— cómo se

las arreglará el gusano para amarla. ¿Cómo demonios puede hacerle el amor un gusano a una muchacha?

El gusano fue sacado de la caja de cerillas.

—¿Y bien? —preguntó desdeñoso.

—Bien —respondió el Variago—, recojo tu desafío. Empecemos en seguida. ¿Estás listo?

—Siempre a tus órdenes.

—¿Y tú, Lucrezia, estás preparada?

—Sí.

Se echó a suertes el que debía empezar. Le tocó al Variago.

Se acercó a la muchacha y la besó, primero delicadamente en los párpados, acariciándole levemente el pelo. Luego sus besos se hicieron más precisos, más ardientes, mejillas abajo buscando su boca. Luego las bocas se unieron largamente y el Variago abrazó con fuerza a la muchacha. Lentamente, con ligereza casi femenina, sus manos fuertes se movían por los hombros de ella, a lo largo del hilo de los riñones, recogiendo las líneas elegantes de aquel cuerpo, buscándolo en cada uno de los lugares de su reposo. Luego la boca del hombre descendió, encontró la cavidad de las axilas, el arranque de los pechos, las caderas y entonces sus manos recorrieron la esbelta rotundidad de los muslos, de las pantorrillas, insistiendo particularmente en los tobillos, en los maléolos, en el revés de los dedos del pequeño pie, en el punto en que se juntan a la planta. Pero durante todo este tiempo Lucrezia yacía inmóvil y fría. Por encima de la cabeza del hombre sus ojos siempre abiertos conservaban algo parecido a una sonrisa, a un relámpago de despectiva ironía.

Por fin los dos cuerpos se entrelazaron estrechamente, o más bien el del Variago se pegó estrechamente al otro, tembló, vibró, pareció perder su consistencia para, por último, quedar pesadamente sobre el cuerpo delicado y diáfano de la muchacha. Pero también entonces Lucrezia yació gélidamente, con los ojos abiertos, no de par en par, con una mirada y un rostro indiferentes.

Aquellos ojos sólo se habían cerrado un momento, mientras el Variago acariciaba sus tobillos y se habían vuelto a abrir en seguida, victoriosos.

El Variago se levantó tristemente, se arregló el pelo con gesto distraído, se pasó una mano por la boca, murmuró algo desconsolado que nadie oyó.

—Eres una estatua de hielo —dijo en voz alta a Lucrezia, y se apartó de ella.

—¿Eso crees, señor? —intervino el gusano—. De todas maneras, enhorabuena. Ahora me toca a mí.

—¡Vaya... vaya! —dijo en voz baja el pañolero—. Esto se pone bueno.

Los presentes redoblaron su atención. Ahora el espectáculo se ponía verdaderamente interrogante.

El gusano se arrastró hacia Lucrezia que, sentada, lo esperaba inmóvil y profundamente seria. Subió por el surco del dedo gordo del pie y del otro dedo y subió por el pie; vaciló en el tobillo, dio la vuelta a la nuez del maléolo; prosiguió a lo

largo de la pierna hacia la rodilla. Enfiló decididamente el vallecito entre la pantorrilla y la tibia, dio la vuelta al fuste de la pierna y por algunos segundos desapareció a la vista de los espectadores. Debía haberse entretenido en la cavidad de detrás de la rodilla, hacia la corva. Reapareció, trepó a la rótula y por fin se halló en una zona plana. Pero prefirió recorrer a toda prisa los muslos. Parecía un general que se adelantaba lo más posible sin vacilar, como si le apremiara llegar arriba en seguida. En efecto, llegado al hueso de la cadera, siguió subiendo rápidamente. Mientras tanto, la muchacha, con los brazos abandonados a los lados del cuerpo, la cabeza un poco echada hacia atrás y los párpados entreabiertos, jadeaba ligeramente y su jadeo aumentaba a medida que el gusano se aproximaba a su rostro. El animal evitó a propósito el ombligo, pasó entre los pechos, se diría que sin siquiera mirarlos, alcanzó la garganta, caminó invertido por el techo de la barbilla y, por fin, llegó a las mejillas y se dirigió a los ojos.

Lucrezia apretó más fuertemente los párpados. Debajo se veían sus ojos en blanco:

—No... no... —murmuró en voz baja.

El gusano llegó a una órbita y la recorrió lentamente deteniéndose y encajándose en ella:

—¡Oh, oh! —suspiraba Lucrezia. El gusano daba vueltas, daba vueltas lentamente dentro de las órbitas, salvando la nariz para pasar de la una a la otra. Su movimiento, regular y seguro, tenía fascinados a los espectadores. A todos les pareció oír una especie de zumbido sonoro como cuando se pasa el dedo por el borde mojado de un vaso, y parecía que era aquel movimiento lo que producía aquel sonido. Lucrezia gemía y gañía sumisamente, frunciendo ligeramente las cejas. Por fin, el gusano, deteniéndose, pareció hacerle dulce violencia en los párpados. Lucrezia los entreabrió apenas y el gusano empezó a deslizarse sobre la raíz de las pestañas, forzando su revés, apretando, como si quisiera penetrar entre los párpados y el ojo. El éxtasis de la muchacha duraba y crecía. El gusano abandonó los ojos y alcanzó la boca medio abierta. Desapareció dentro de ella, pero, de vez en cuando, se veía la parte superior de su dorso hasta que se hizo evidente que se deslizaba por la parte interior de los labios, que besaba sus encías. De vez en cuando se detenía acomodándose en las blandas mucosas y entonces Lucrezia deliraba y sus dedos se engarfiaban como invitándole a seguir su camino. El animal volvió a bajar pasando esta vez por detrás de las orejas y deteniéndose en ellas. En el cuello recorrió los tres collares de Venus que lo adornaban orgullosamente, bordeó el omóplato, descendió a los hoyuelos y se dirigió al pecho. Con su cabecita pareció comprobar la sensibilidad de sus puntas. Algo en la actitud de Lucrezia le hizo conceder su preferencia al pecho izquierdo. En él no hizo más que seguir la señal roja dejada por la serpiente lactante, primero con estudiada lentitud, luego más veloz, cada vez más veloz, vertiginosamente. En su carrera desenfrenada parecía una de esas culebritas locas que se muerden la cola.

Lucrezia, por fin, se apagó y suspiró profundamente, pero el gusano prosiguió su camino hacia abajo...

—¿Y bien? —dijo cuando todo acabó—. Roberto Coracaglina, me parece inútil pedirle su opinión a Lucrezia. Como leal adversario, ponnos a salvo con esta nave y búscate por los caminos del mundo otro paraíso.

El Variago estaba sentado, abatido. Había sido ignominiosamente derrotado. ¿Y qué le importaba ya la isla ni todo lo demás, ahora que había perdido a Lucrezia? Permanecía sentado, sumido en los más tristes pensamientos y no sabía qué responder. Pero, de repente, un pensamiento bajo, un vil pensamiento del que, sin embargo, no sabía defenderse, cruzó por su mente. La brisa había cesado, el bochorno era insoportable y los hombres, un momento distraídos, volvieron a padecer los agudos padecimientos de la sed y del sol, excitados, además, hasta el sufrimiento y alucinados por la extraña escena a la que habían asistido. «Es ridículo que me aflija así, pensaba el Variago, cuando me basta con alargar un pie para que este minúscula gusano desaparezca del mundo sin dejar ni rastro.» La tentación era demasiado grande, el sol abrasaba. El gusano, a la espera de una respuesta, estaba allí delante de él en los tablones de la cubierta, con su pequeña cabeza erguida, inerme, frágil y transparente. El Variago no se lo pensó más. Alargando fulmineamente la pierna, lo aplastó al sesgo, como cuando se pisa un fósforo con intención de encenderlo. En efecto, el gusano estalló bruscamente con una llama sulfúrea y azulada y de él no quedó más que un minúsculo despojo requemado.

Durante un largo instante Lucrezia no dio crédito a sus ojos. Luego, cayó de rodillas, recogió atolondrada el despojo sin poder hablar.

—Roberto —prorrumpió al fin—, ¡debí imaginármelo! Has destruido vilmente mi vida. Que sobre tu cabeza caiga la maldición del cielo. El odio de todos los seres vivos te acompañará hasta que...

Un grito salvaje a espaldas del Variago la interrumpió. Éste apenas tuvo tiempo de mirar atrás y ya cuatro brazos robustos lo agarraban y lo mantenían clavado en su sitio. Toda la tripulación se le echó encima.

—¡Basta, basta! —gritaban airados—. ¡Basta! Tú no eres el Alto Variago, tú eres Roberto Coracaglina. Tú eres un cobarde, tú matas a traición al enemigo que venció lealmente. Tú eres un hombre despreciable y débil, peor, peor que nosotros. Y no nos importa nada de tu isla. Nosotros sólo queremos volver inmediatamente a casa.

—Y queremos a la muchacha, ahora, en seguida —añadían los demás—. No dudes que sabremos satisfacerla, sin todos esos mohines tuyos.

—Y mira lo que me importan a mí tus cucarachas... —gritó Trozo de Cordel. Y al decir esto el desdichado se precipitó sobre una cucaracha que paseaba tan tranquila por el puente y antes de que el capitán, que inmediatamente salió tras él, pudiese retenerlo, la aplastó brutalmente, y de una gran patada envió sus pequeños restos al mar. En el puente quedó un minúsculo charquito de sangre blanca y espesa.

—¡Loco! ¿Qué has hecho? —gritó el capitán. Los hombres, sin hacerle caso, se

abalanzaron sobre Lucrezia y se entregaron a una furibunda pelea por su posesión. El Variago asistía impotente a todo aquello.

—¿Qué habéis hecho, desgraciados? —decía—. Ahora las cucarachas se enfurecerán y será el final de todos nosotros.

Nadie le escuchaba.

Pero entre el pueblo de las cucarachas la llegada en vuelo de su compañera muerta había provocado una gran agitación. Los mismos animales que, perezosos, se dejaban mecer por las olas, ahora se ponían en movimiento desordenadamente, agitaban sus largas antenas, se sacudían, chocaban entre sí y se agolpaban unas encima de otras. Alguien acabó dándose cuenta de ello y entonces, ante la inminencia del peligro, el Variago fue dejado libre y todos le suplicaban que los pusiera a salvo.

Pero ya era demasiado tarde. Una larga fila de cucarachas, trepando por una maroma que colgaba en el agua, invadió la cubierta. Otras cucarachas despuntaban por las bordas y se unían a las primeras. No había salvación. Por muchas que los hombres, locos de terror, matasen, al menos el doble en número llegaba para sustituir a las primeras.

—¡Desgraciados, estamos perdidos! —gritó el Variago—. ¡Las cucarachas están furiosas! ¡Sálvese quien pueda!

En breve todo el puente estuvo completamente cubierto de cucarachas. Tras de los que buscaban su salvación bajo cubierta, una enorme cantidad de ellas se lanzó escotillas abajo. Así, muchos perecieron en la bodega de donde ya no pudieron salir a causa de las cucarachas que obstruían cada abertura, penetrando lentas y amontonándose unas sobre otras hasta sepultar a los hombres. Los de arriba luchaban a brazo partido pero sin obtener el mínimo resultado. Es más, su posición cada vez era más crítica. Los varios estratos de cucarachas ya les llegaban a la rodilla, sin contar con las que trepaban por el cuerpo de los hombres, los cuales, a duras penas, lograban, todavía por poco tiempo, taparse la cara. No había nada que hacer contra aquella infinita progenie. Por cada cucaracha muerta, diez, mil, salían de todas partes. Uno se tiró al mar y pereció así entre las compañeras de las asaltantes. Las cucarachas entraban por doquier, trepaban por doquier, colmaban cada maroma, pendían del cordaje y de las cortinas, ennegrecían las velas.

Lucrezia, en el castillo de proa, se movía y se protegía como podía pero las fuerzas, ya la estaban abandonando. Además, el asco le provocaba una profunda languidez, un abatimiento sordo que la vaciaba de toda su sangre y ya estaba a punto de abandonarse. Las cucarachas ya le llegaban a las caderas y escalaban sin descanso su pecho y sus hombros, se habían instalado entre sus cabellos y corrían por su frente. Las sentía entre los muslos, le llenaban el hueco de las axilas, forzaban sus labios, pronto las tendría en la boca...

—¡Basta, basta, por piedad! —gritó de repente Lucrezia cubriéndose el rostro con las manos, y estalló en sollozos y en llanto, temblando como si tuviera frío.

—¿Cómo que basta? —dijo Roberto, enjugándose el sudor con un pañuelo.

—¡Basta, te lo suplico! No, tienes razón. He sido mala, malvada, sé generoso. No, yo no amo a Bernardo, te amo a ti, Alto Variago, mi Variago, mi Señor...

Y la muchacha apoyó la cabeza en el hombro de Roberto y lloró más dulcemente.

—Perdóname, tómame, seré tu esclava...

—En primer lugar, para ti soy Roberto y no el Variago —bromeó el joven, loco de felicidad, abrazándola.

—No, eres mi Variago, mi Señor, Variago... Var, te llamaré Var...

El abogado en su sillón suspiró profundamente secándose una lágrima con el revés de la mano.

—Roberto, hace tiempo que te lo quería decir... yo también me equivoqué contigo... Hijo mío, tienes razón. Mira, hace mucho que quería... Mira, haremos esto. Tú recibirás de mí cada mes lo que pueda darte, pero para vivir bien, ¿eh? Y no tendrás que preocuparte por nada, no deberás hacer nada... ¡Qué posición ni qué posición! Sólo deberás ocuparte de tus novelas, bueno, de tus cosas, como te guste y como te dé la gana... ejem, ejem... —el abogado se volvió de espaldas para no se viera que lloraba—. Y en los gastos de la boda... ejem, también en eso te ayudaré como pueda... Vamos, perdóname; yo no podía saber... ¿Eres feliz ahora?

Roberto se arrojó entre sus brazos. También él estaba conmovido y dijo poniéndose digno:

—Pero esta historia no me convence nada. No lo dudes, se habrían salvado de alguna manera. Justo ahora que iban a llegar a la isla...

—¿Qué isla? —preguntó Lucrezia.

—Es una isla en medio de un mar azul, bajo un cielo azul. Se llega a una tranquila ensenada entre palmeras y naranjos, entre árboles siempre verdes, entre flores siempre abiertas...

—¿Y no podríamos ir a esa isla? —le interrumpió la muchacha sonrojándose ligeramente y bajando los ojos.

EL PADRE DE KAFKA

CEDIENDO a la insistencia de muchos amigos contaré brevemente el episodio que tanta influencia debía tener en la vida del Maestro (y también en la mía).

—¿Y si ahora, entre las hojas de esa puerta (que estaba apenas entornada) se insinuasen dos, mejor, algunas patas larguísimas, delgadas y peludas, y la propia puerta, cediendo a la presión se abriera poquito a poco y apareciese una enorme araña, tan grande como un cesto de la colada...?

—¿Y bien?

—Espera, aún no he acabado. ¿Si esa araña, en lugar de cuerpo tuviera una cabeza de hombre que te mirase fijamente desde el suelo, qué harías? ¿Te matarías, no?

—¿Yo? Ni se me ocurriría. ¿Por qué demonios iba a matarme? Más bien la mataría a ella.

—Yo sí. Yo me mataría. ¡Caray! ¡Vivir en un mundo en el que sean posibles cosas de ese tipo!

—Y yo te digo que haría de todo menos matarme. ¡Ni en sueños!

Kafka aún no había acabado de pronunciar estas palabras y seguía mirando con aire de desafío a la puerta entornada, cuando la hoja giró lentamente sobre sus goznes y se produjo punto por punto la escena imaginada por mí. En la sala remota donde estábamos cenando nos pusimos de pie aterrorizados. La araña, o la cabeza de hombre, balanceándose sobre sus largas patas avanzaba hacia la mesa y nos miraba con una cierta expresión malvada.

—Bueno —gritaba yo, lo confieso, casi a punto de echarme a llorar—. ¿Por qué no la matas ahora?

Pero Kafka miraba al animal u hombre con los ojos abiertos de par en par y no movía ni un dedo e iba retrocediendo insensiblemente hacia un rincón de la estancia. El caso es que aquella cabeza (como supe después) era precisamente la cabeza de su padre, muerto hacía mucho tiempo. Éste, al mirar a Kafka, lucía su peor expresión, con los ojos inyectados en sangre y casi bizcos, el labio superior curvado en un lado en señal de rabia, como cuando montaba sus tediosas escenas, de las que ahora Kafka se acordaba muy bien, alzando la voz del modo más desagradable. Ahora no hablaba, tal vez porque no podía, pero era evidente que estaba casi a punto de estallar de ganas de gritar. La cabeza, con la cara vuelta hacia arriba, estaba un poco inclinada, en la posición de un sapo.

«¿Qué demonios he hecho ahora?», se preguntaba Kafka, presa de la angustiosa sensación de cuando, siendo niño, era el blanco de aquellas escenas sin saber exactamente por qué:

—Papá... —murmuró.

Yo, lo confieso, me puse a tocar palmas y a gritar destempladamente:

—¡Largo, largo, bicho! —pero sin más valor para hacer otra cosa.

Entonces, el padre de Kafka, que ahora avanzaba circunspecto hacia nosotros, pareció reflexionar y darse ánimos a sí mismo (dominarse ante los «extraños» siempre había sido su orgullo, pero todos adivinaban sus sentimientos con sólo mirarle a la cara, aunque no hubiera murmurado entre sí en casos semejantes «¡cuernos, cuernos!»). Aplazando la escena o la agresión se dio media vuelta y, bamboleándose y renqueando, se fue en silencio por donde había venido. Yo, lo confieso, huí arrancándome los pelos y sollozando a alguna parte. Kafka, al cabo de un instante, se precipitó tras su padre en el gran salón oscuro.

Es inútil decir que ni esa noche ni los días siguientes logró encontrarlo, aunque lo buscó por todas las estancias y a todas horas. «¡Vaya! —se decía—. En mi casa había un bicho así y nunca lo había visto. Quién sabe cuántos habrá del mismo tipo. Si no lo atrapo ya no podré vivir aquí.» Al principio, pensaba encerrarlo en una jaula o en la habitación que había sido la suya. Por fin, un día lo vio al atardecer cruzando velozmente en un trastero lleno de objetos polvorientos y también comprendió que pasaba con facilidad a través de las puertas cerradas y, tal vez, a través de las paredes. Desde entonces se dijo que lo mataría sin piedad, no había otra solución. Se entiende que en esa ocasión también se le escapó.

Un día, cuando ya desesperaba de volverlo a encontrar y ya estaba dispuesto a marcharse y dejarle a su disposición toda la vieja mansión, se dirigió hacia él de improviso y a plena luz. El futuro gran escritor estaba en su dormitorio, por cuya ventana el sol entraba a raudales. A la luz del sol parecía más grisáceo y polvoriento. Su rostro ceniciento miró esta vez a su hijo con una expresión cansada y casi implorante y con gran afecto, con lágrimas en los ojos (como cuando, antes, se sentía mal). A pesar de ello, Kafka agarró una silla y, de momento, lo dejó bien aturdido. Luego corrió al sótano a buscar un mazo con el que lo aplastó del todo. De la cabeza rota salió, como era de esperar, una especie de tuétano más o menos líquido.

Con ello Kafka creía haberse liberado de él para siempre, aunque a duro precio. ¡Pero cuántas arañas, grandes o pequeñas, no alberga una vieja mansión!

LA ETERNA PROVINCIA

1

YO tengo una pierna de madera (bueno, no precisamente de madera; es una pierna americana que nadie se imaginaría y apenas cojea, pero da lo mismo). Razón por la cual odio a las mujeres. Me parece que el motivo es bastante claro de por sí, pero puedo añadir *ad abundantiam* que las mujeres no me han ahorrado las ocasiones de odiarlas. Y como hoy me hallo en esta disposición, es decir, recordando viejas historias, me cuesta poco ser más preciso.

Aquella primera muchacha, por ejemplo, la primera de todas. Era bellísima. Tenía una gran melena de cabellos corvinos, una carita afilada, grandes ojos pensativos, pero, qué casualidad, ella también tenía no sé qué mal en una pierna (nunca supe exactamente qué: una pierna grande y pesada que incluso arrastraba). Sería difícil decir, cuando no demasiado fácil, por qué me enamoré precisamente de ella. Tal vez, precisamente, porque era inválida y yo entonces era un adolescente tierno y romántico o, tal vez, porque inconscientemente esperaba de ella mayor comprensión. En cambio...

Tenía un padre con cara de pocos amigos, pero pronto conseguí encontrar una casa encima de la suya, de modo que nos comunicábamos fácilmente con cantos (estudiaba canto) y con cartitas intercambiadas por las escaleras. ¡Ah, aquel primer encuentro en una capillita en las afueras de la ciudad según la costumbre de los poetas antiguos y de sus bellas! La encontré rezando de rodillas en la actitud que mejor se adecuaba a su belleza y, al mismo tiempo, que mejor ocultaba su deformidad, actitud asumida, por otra parte, espontáneamente, sin sombra de cálculo. Y, a pesar de todo, a aquel encuentro le siguieron otros. Ella se atrevió incluso a recibirme en su casa en ausencia de su padre... ¡Qué cosa era la vida en aquellos días para nosotros, para mí, embriagadora y leve a la vez, como algunos vinos, con el aire de primavera! Nosotros éramos nuevos y pulcros, con nuestro bagaje de esperanzas intacto, etcétera... ¿Nosotros o yo sólo? ¿O, tal vez, ni siquiera yo? No sé. Por casualidad encontré un escrito mío sumamente poético de aquellos días; en él se canta el silencio nocturno (de mi cuartito de pupilo) al que se atribuye el poder de «tejer» sobre mi cabeza una cúpula sombría y vertiginosa, pero evidentemente de naturaleza benigna y protectora, la cual se derrumbaría con aciaga contrariedad por mi parte al elevarse la «voz» (de ella, claro, que desde el otro piso me declaraba su amor cantando). ¿Qué era eso? ¿Una premonición, y válida, para toda mi vida? Pero me estoy extendiendo demasiado.

Bueno, resumiendo: ella tenía una pierna de esa hechura; sin embargo, pretendía que su hombre tuviera las dos suyas en buen estado. Y posiblemente con toda razón,

porque ella, liberalmente, buscaba en mí un hombre sin más, mientras que yo, tal vez (como ya he dicho), buscaba en ella, precisamente, una muchacha coja. De todos modos, y dejando a un lado las sutilezas, apenas comprobó mi invalidez al crecer nuestra intimidad, cambió de sonido. Empezó a acusarme en sus cartitas de poco ardor y, con un curioso rebote de sentimientos, de no saber amar también su «piernecita enferma», hasta que un buen día me soltó bruscamente que lo sentía mucho y que se había hecho ilusiones, debía confesarlo, pero, en cambio, se sentía siempre a Fulano aquí delante —e hizo, lo recuerdo bien, un amplio gesto impúdico que la rozó desde el pubis hasta los labios—. Fulano era otro estudiante, de filosofía, con el que tiempo antes había tenido una relación sin consecuencias.

Mi caída de las nubes, mis desesperaciones, mis propósitos de reconquistarla a toda costa: así de ingenuo era yo. Al final, al mostrarse ella inmovible, no encontré nada mejor que despertar a Fulano una noche por teléfono y obligarlo a bajar a la ciudad desde su casa de la colina. Debía hablarle, dije, de algo secreto e importantísimo. Apenas nos conocíamos de vista y no me pareció un genio. Sin embargo, no se sorprendió demasiado cuando supo el objeto de la entrevista solicitada y pronto comprendió qué esperaba yo, locamente, de él. ¡Qué demonios! Creo que se puede pedir ayuda a un rival desenamorado (en seguida lo confesó) que posea las llaves del corazón amado. En su opinión, ¿en qué debería yo apoyarme para reconquistar a aquella mujer? ¿Cuáles eran, en general, su diagnóstico y su pronóstico?, etcétera. Una ridícula extravagancia mía, por supuesto, digna de un siglo pasado, como «sentarse al hogar del enemigo». Algo entre desesperado y arrogante y hasta caballeresco, a mi manera.

¡Cuántos bonitos discursos me echó! Tal vez se divertía con ello y no excluyo que yo también me divirtiera. Bonitos discursos y nada más, ni siquiera hay que decirlo. ¡Como si uno que tiene una pata de palo pudiera no tenerla más, de golpe! La muchacha se mantuvo firme y le era fácil evitarme. En cuanto a mí... todo pasa. Más tarde encontró un marido bien plantado. Ahora es abuela.

«La verdad es que eso no tiene nada que ver», dijo un poeta, o sea, toda esta historieta, si no es para añadir que como aquella muchacha luego hubo otras muchas, quiero decir que se comportaron de la misma manera.

En conclusión, apunten el dato sin pensar demasiado en ello: que tengo una pierna de madera y que odio a las mujeres.

2

¡Por cuántas habitaciones de hotel ha pasado mi vida! Por ellas arrastré mi soledad, mi hastío, mi infelicidad. Trabajar o hacer algo no es para mí. Por suerte soy rico. Ahora bien, en una de esas habitaciones fue donde tuve la gran idea.

El hotel estaba en una pequeña ciudad de provincias donde uno se ahogaba en el aburrimiento. El calor era casi intolerable y mi habitación estaba incluso infestada de

pulgas. Sólo Dios sabe por qué me quedaba allí, si no era por el habitual motivo de que no sabía adónde ir y de que en cualquier sitio siempre encontré calor, pulgas o algo equivalente. De todos modos, acostumbraba a pasar casi todo el día, y en particular las larguísimas tardes, echado desnudo en la cama, donde con una serie de trucos conseguía salvarme de los rabiosos bichitos, miraba revistas ilustradas, me esforzaba a veces en leer un libro y las más de las veces contemplaba el techo encalado. Y así, no tardé en notar una telaraña que colgaba de él, a la cual, precisamente, debí la idea en cuestión.

Ni siquiera era una telaraña sino más bien un vestigio de ella; un simple y exigüísimo hilo de unos dos palmos de largo, como se pueden ver en todas partes, pero apuesto a que poca gente ha tenido la oportunidad de observar su comportamiento. Uso a propósito esta palabra pues la mía, al menos, era una cosa viva. Bastaba con nada de aire, normalmente insensible, para hacerla oscilar, retorcerse, rizarse, o que yo soprase débilmente hacia ella o que silbase a flor de labios; pero también bastaba con nada. Es más, diría que nunca estaba quieta. ¡Caray! Hay días de verano en que el aire de una habitación no se mueve en absoluto y, además, yo hacía varios experimentos. Cerraba puerta y ventana, tapaba las fisuras con mantas o ropas, y ella seguía allí temblando y agitándose aunque un poco menos tumultuosamente. En plena noche encendía la luz de repente: seguía temblando. Era un alma en pena, eso es lo que era, o, mejor, un alma a la que alguien infligiera un continuo tormento, y a mí me gustaba imaginar que ese alguien era yo mismo. Poco importaba si era un mísero hilo de telaraña. Por fin me sentía un dominador. Entre nosotros se había establecido una especie de correspondencia. Mis soplos eran un implacable y atroz cuestionario y sus contorsiones eran sus respuestas impotentes, los vanos intentos de alejar la tortura, su error, su imploración no menos vana. Sí, yo tenía sobre ella, por así decir, derecho de vida y de muerte. Podía con un soplo más brutal clavarla en el techo, apagarla para siempre. Si seguía temblando, incluso cuando no soplaban ni un hilo de viento, ¿la causa de ello no era acaso mi propia respiración, que es como decir que sentía la presencia de su verdugo?

Pues bien, de estas fantasías a la idea citada el paso era corto. Idea elemental, por lo demás. Yo debía —y con el instrumento mismo de mi propia humillación— trastornar, herir y humillar en sus sentimientos más tiernos y delicados a una mujer cualquiera para de ese modo vengarme de todas; abrir en su ánimo una llaga, a ser posible, sin curación. Dicho de otro modo, debía hacer que se enamorara locamente de mí y cuando estuviera verdaderamente a punto, desvelarle bruscamente, o sea hacerle ver por sorpresa, mi invalidez. El duro golpe que recibiría, su impotencia para superar con su amor un defecto físico (aunque hoy yo sepa bien que no es sólo tal) del amado serían mi victoria.

Se objetará que, sorpresas aparte, las cosas no habían sido muy distintas hasta entonces y que venganzas de ese tipo ya me había tomado, de hecho, más que suficientes. Pero me será fácil replicar que, en primer lugar, no estaba nada seguro de

la sinceridad o profundidad de los afectos anteriormente suscitados por mí; es más, tenía todos los motivos para dudarlo ya que, en cualquier caso, en aquellas historias anteriores yo mismo me había comprometido seriamente, mientras que ahora tendría mente y corazón libres y disposición suficiente para disfrutar con el mal ajeno y resuelta frialdad, premisas, por lo demás, indispensables (así me parecía) para llevar a cabo mi propósito: ya que, por último, las cosas son según el espíritu con que se hacen. Resumiendo, hay una grande, una capital diferencia entre sufrir una cosa e imponerla, como entre el hecho y el derecho. Más bien, y de otro modo, podrá parecer extraño que yo basase mi proyecto en algo tan aleatorio. ¿Quién puede estar seguro de ser capaz de enamorar locamente a una mujer? Pero en verdad yo era, y sigo siendo, lo que se dice un hombre mujeriego (de donde mis rencores, más que sus traiciones materiales: las odiaba porque las amaba, no es una novedad). Mi aspecto era agradable, estaba bien formado, salvo la invisible pierna; era inteligente en cierta medida, noble de rasgos y de modales, capaz de sentir o simular afectos delicados, pensativo, melancólico, etcétera. Además, era lo bastante fatuo: uno de éstos al que los amigos (siempre que no le hayan examinado las extremidades inferiores) suelen decir: «¡Ah! Si yo fuera como tú me gustaría ver a todas las mujeres a mis pies y retorciéndose». Así, pues, por lo que a mí respecta no había duda de que habría sabido ganarme y gradualmente exaltar los sentimientos de una pobre muchacha provinciana.

Por lo cual, acariciada tan buena idea, bien regodeado en ella, engreído de ella, sólo me faltaba elegir mi víctima.

3

Cuando no yacía en el hotel soplando el hilillo, solía entretenerme en el principal café de la ciudad, situado, naturalmente, en la calle principal, y al atardecer pasaba delante de mí toda la juventud del lugar. Había mujeres, guapas y feas, rubias y morenas, humildes y orgullosas, de todas las condiciones y para todos los gustos y yo las iba observando una a una con una especie de secreta voluptuosidad, como un gato que desde lo alto de un fogón observa a un ignaro ratón que cruza la cocina al trote.

La verdad es que en un primer momento pensé no elegir definitivamente y quedarme con una al azar, con lo cual su sacrificio resultaría cumplidamente simbólico. Luego se me ocurrió humillar a todo el sexo en la más soberbia, para mejor ejemplo y a mi mayor delicia. Pero ahora me dejaba más bien llevar de mis propias disposiciones contemplativas o por la natural tendencia de cada uno para demorar sus propios placeres y, como a la espera de una especial inspiración, no decidía nada. Ese humor vago sobrevenido representaba ciertamente un peligro y era consciente de ello, ya que me arriesgaba a interesarme en cierto modo por alguna de aquellas mujeres (a las que ya, en buena parte, reconocía) y a perder la necesaria frialdad; pero daba igual.

Por lo demás, muy pronto una muchacha llamó mi atención entre todas. Bella y hermosa, de un rubio oscuro, no carente de una cierta elegancia natural y hasta bien vestida, en la medida en que se lo permitía su condición (que debía ser modesta). Pero en ella había algo de desgarbado o desvaído que, por otra parte, me resultaba imposible aislar y que, por lo tanto, irritaba singularmente mis facultades de observación. Tal vez fuera su modo de mover los hombros alternativamente y como estremeciéndose, que por un instante la hacía parecer como sacudida por una ráfaga de viento, o una excesiva longitud de sus piernas, o aquel leve arrastrar los pies, o la prominencia apenas sensible de su vientre, que parecía un incipiente embarazo, que, en todo caso, debía provocar ternura y que, en cambio y por alguna razón, despertaba instintos crueles, o el extravío, a ratos, de su móvil mirada, que podía languidecer y apagarse de improviso, o todo eso a la vez —no sabría decirlo—. Pero más verosímilmente la sensación que comunicaba estaba relacionada con un estado interior suyo, con una desconocida y aflorante pena suya. Una cosa parecía evidente: que aquélla era una víctima nata. Por tanto, fue mi elegida, por mucho que le pudiera costar a mi orgullo, un poco molesto por la facilidad (eso pensaba yo) de tal conquista.

Pero, para ser sinceros, la cuestión era otra. En efecto, la supuesta pena secreta de la muchacha no dejaba de desencadenar mis más impías y siniestras imaginaciones y se resolvía para mí en la promesa de más refinadas voluptuosidades: abrir a la esperanza un corazón que sufre —me decía a mí mismo— y luego volverlo a arrojar a la desesperación es mayor ofensa que herir a otro ignaro de esperanza porque es ignaro de sufrimiento. Ni tampoco puede medir plenamente el abismo en que cae quien no lo haya experimentado con anterioridad. Y, quién sabe, tal vez la pena de ella era o había sido precisamente pena de amor... con otras niñerías.

Todo eso, obsérvese bien, era echar la cuenta sin la huésped y respondía, además, a no sé qué imagen convencional de las muchachas provincianas, y sólo demuestra en qué gratuitas ideas me estaba meciendo a despecho de mi aparente resolución y qué grande, aunque grotesco, era mi deseo de hacer daño.

4

Durante el paseo la muchacha iba casi siempre sola. Pocas veces la vi en compañía de mujeres que parecían simples amigas o de un jovenzuelo pálido que podía ser su hermano. Circunstancia, junto con otras mínimas, sin duda favorable a mis designios, pero, tanto da decirlo en seguida, pronto demostró ser insuficiente. Tampoco parecían mejorar la situación las pequeñas complicidades que me había ganado con mi dinero (entre los camareros del café, para entendernos). Al final la empresa se presentaba mucho más ardua de lo que se había imaginado mi descaro. Por lo demás, el principal obstáculo no estaba en las costumbres o en los convencionalismos de aquella asfixiante sociedad. De algún modo, ella misma iba

cayendo en mis manos. Ya respondía y correspondía a mis asiduas miradas desde el velador del café pero, en sustancia, no se mostraba dispuesta a conceder mucho más. Mientras que yo, que por mis cómplices ya sabía su nombre, su estado y otras cosas, no conseguía, sin embargo, concebir un modo de acercarme a ella forzando su voluntad, manifiesta pero blandamente adversa. Por ejemplo, una vez intenté seguirla esperando que llegase a lugares o calles tan solitarios que me permitieran hablarle sin escándalo y sin que se molestase. Ella se volvió precipitadamente y desde aquel día solía limitar su paseo a las calles frecuentadas, según veía yo desde mi observatorio (que dominaba la calle y las bocacalles más importantes).

Cierto es que en algunos casos los camareros de café no bastan y que, por otra parte, si hubiera querido estrechar relaciones sólidas en la ciudad y engatusar a la muchacha por medios normales, me lo impediría la evidente necesidad de no mezclar en la historia a gente superflua, sobre todo a papás y a mamás. No obstante, habría podido reconocer en cada obstáculo más bien mi propia insuficiencia o flaqueza, y no he dicho que no lo hiciera, pero mi sentimiento dominante seguía siendo un berrinche de fatuidad ofendida, como si la oposición de la muchacha no fuera, después de todo, natural. Se daba el caso, por último, de que yo pretendía verla correr y echárseme materialmente a los pies, vencida por no sé qué facultades magnéticas o qué particular fuerza en mi mirada que en aquel tiempo me atribuía. Para abreviar, al cabo de unos días, se había apoderado de mí una especie de furor contra mí mismo que venía a significar contra ella, del que, por otra parte, me alegraba, como si fuera una disposición especialmente propicia a mis fines. Si la empresa era, o me parecía, difícil, tanto mejor: renunciar a ella, jamás.

Un día vi que la muchacha, después de pasar delante de mí y de haber intercambiado conmigo las acostumbradas miradas, desaparecía por el final de la calle hacia el campo, o sea hacia el jardín público adyacente al mismo, lugar bastante selvático y habitualmente desierto. Su estado de alarma debía haber cesado desde el momento en que no había vuelto a seguirla. Sin perder tiempo me levanté y la seguí.

La encontré de pie junto a un árbol, un poco inclinada sobre una cadera, y parecía contemplar pensativamente la gran montaña más allá del valle, dorada por el último sol. No se veía a nadie por los alrededores: los vencejos atronaban el aire. Al oírme venir se enderezó y se volvió de prisa para regresar a la ciudad mientras yo marchaba resueltamente hacia ella. Por otra parte, no había sitio para esquivarme porque había ido a un último bastión saliente en forma de proa. El encuentro conmigo era inevitable. Yo estaba exultante y me imaginaba que la tenía en un puño... Pero, llegada a mi altura, en lugar de apartar la cara o bajar los ojos, me miró intensamente volviéndose casi por entero hacia mí, moderando el paso y quizá incluso deteniéndose por un breve instante; resumiendo, en la actitud de quien está a punto de empezar a hablar. Pero esto no es lo bueno; lo bueno es que yo la dejé pasar sin decir ni hacer nada. Un momento después ya estaba lejos, caminando rápida y estremeciéndose de cuando en cuando a su manera. Y yo, que había llegado con el

ánimo brutal del conquistador, me quedé atrás mirándola.

Y bien, ¿por qué no le había hablado? ¿Tal vez porque ella había dado muestras de haber previsto, aunque no del todo, mis intenciones, quitándome con ello literalmente la palabra de la boca? ¿O por mera sorpresa? Durante la noche, claro, pasé revista a numerosas explicaciones, desdeñando (también esto está claro) las más plausibles. Por lo demás, mi curiosidad tenía poco que ver con una investigación de mí mismo. Y la verdad es que el principal efecto del incidente fue un puro y simple recrudecimiento de mi furor. Por un motivo u otro, y me hubiera yo comportado o no como un tonto, ella había sabido, se había atrevido a confundir a este petimetre de ciudad, a este maestro del alma femenina. Tanto mayor debía ser su castigo; o sea debía tratarla como una mujer en particular no menos que como mujer en general. Ni siquiera me di cuenta de lo poco favorable que era tal complicación personalista para mis planes. Del mismo modo, fantaseando acerca de los medios más idóneos para reducir a la obstinada, no me di cuenta de que me preparaba a derribar una puerta abierta, tal vez, desde el principio. Pero yo padecía, como a menudo me ocurre por ociosidad de vida y de pensamiento, de una especie de superentrenamiento (si es que se dice así).

A propósito de estos medios, es inútil seguir el curso tortuoso y en parte contradictorio de mis razonamientos, de los que es suficiente referir su conclusión.

Si no había sido una fantasía mía su intención de hablarme, su dirigirse hacia mí, la muchacha aparecería al día siguiente en el mismo lugar y a la misma hora exacta. Con ello me sosegué momentáneamente. Luego me puse a consolarme un poco con el hilillo pendulón cuyos temblores espasmódicos me elevaron algo en mi propia estimación.

5

Vino. Con paso inseguro y la cabeza inclinada, y no alzó la vista antes de llegar a mi lado: ojos de un azul oscuro cuya profundidad apenas descubría ahora. Me miró tímidamente sin pronunciar palabra. En silencio le señalé un banco; me siguió dócil. Esperaba. ¿Qué diablos esperaba? Que yo hablase, claro. Pero yo no sabía qué decir, o sea, mi orgullo me vetaba una de las habituales frasecitas de ocasión. ¿Y qué tenía que ver el orgullo con semejante tontita? Ésa era otra cuestión. ¿O acaso precisamente en ello hallaba mi placer, en aquella larga y absurda pausa, en su trémula turbación y, al mismo tiempo, en sentirme ridículo? Y de nuevo me quedé mudo ante ella y con ello se fortificaba mi doble malignidad.

Al final fue ella la que habló.

—Es bonito esto —dijo tímidamente mirando a su alrededor con un breve suspiro.

—¡Bonito! ¿Qué ve de bonito aquí? —prorrumpí desahogando mi rabia. La verdad es que en el punto del jardín en que estábamos sólo podíamos ver unos pocos

árboles desnudos y una pendiente yerma que acaso fue herbosa antes de la infestación dominical de perros y niños.

—Pues porque está abierto y... libre —replicó turbándose y lanzándome una mirada inquieta.

¡Oh, por fin (me pareció) algo concreto en que trabajar! Ella se sentía esclava en su pequeña ciudad, su alma anhelaba... etcétera: era un buen punto de partida.

—Entonces, pobre alma —declamé afinando mi instrumento de seducción—, ¿es ésta su libertad o tan cruelmente están sofocados los latidos de su corazón que un espacio tan angosto le parece vasto? Sí, angosto, aunque desde aquí se contemplen un gran valle, un río, una montaña lejana. Pero hay horizontes sin límites a nuestros sentidos, a la mente, a todas nuestras potencias. Pero hay una libertad que no es simple refugio del aburrimiento, de la zozobra, de la tiranía de personas o cosas, una libertad que nos mata, que atropella todo lo que queremos así como todo lo que aborrecemos antes de resucitarnos, puros, en otro país, bajo otro cielo, antes de hacerse sangre de nuestras venas, antes de arrebatarnos...

¡Diablos! ¿Adónde iba a arrebatarnos? No podía decir al cielo porque había usado esa palabra un instante antes... Sí, me sentía más que ridículo y tampoco, por lo que yo sabía, estaba seguro de que ella fuera capaz de entender mis bellas frases. Declamaba y me afanaba sin resultado. Pero quizá lo que quería era precisamente aturdiría o, quién sabe, suscitar su admiración. Continué:

—Pero hay espacios...

—En los que el alma puede perderse.

Esta inesperada y serena respuesta suya, nada singular aunque ambigua, tuvo, sin embargo, el poder de llevar a su más alto grado mi triste rabia y aquella especie de excitación sin objeto, ya la juzgase cada vez más superior a la imagen que me había forjado de ella o, mejor, a mis ideas preconcebidas sobre ella, ya me pareciese realmente que encubría una irrevocable repulsa. ¡Santo Dios! ¿De qué modo debo decir que con todos los aires que me daba no entendía nada de mujeres?

—¡Porque es vil o si es vil! —grité con voz chillona—; ¡un alma noble no tiembla y hace frente a su propia destrucción, si es necesario, para liberarse de sus cadenas. Rechaza lo que la mece y la acobarda, y no pacta con la opresión, con la vulgaridad cotidiana, con los vetustos prejuicios, con las represalias morales! ¿Y por qué destrucción? Peligro mortal sí, pero de cuya salvación no hay duda. Quien quiere vivir vive y triunfa sobre todo y perece quien quiere, o quien debe perecer, y está bien que perezca quien no tiene el valor de la pasión... Pero, por favor, ¿es que es vida la suya y la mía? ¿Renunciar a lo que nos sonríe, el temblor ante lo que no es pavoroso sino para el que tiembla por ello, el perenne replegarse del alma sobre sí misma, el apoyar la frente contra los barrotes de la propia prisión, el tedio, el rencor, el ultraje ajeno, la resignada infamia de una culpable languidez, la oscuridad interior? ¡Ah! ¿Dónde están o qué son los imaginados impedimentos, barrotes, montañas que nos cerrarían por todos lados el horizonte y que deberíamos remover a fuerza de brazos, y

todo lo demás, sino humos y sombras de nuestra vida, sino nuestra misma vileza...?

Quién sabe cuánto tiempo habría podido seguir así. Y, mientras tanto, pensaba: hay algo de sincero y de auténtico en estas vagas y risibles vociferaciones mías, pero la muy necia no entenderá nada. Sentada a mi lado, ella seguía escuchando con la cabeza inclinada, mirándome las rodillas. En efecto, me interrumpió bruscamente:

—¿Qué quiere de mí?

Pregunta estúpidamente burguesa, me pareció, pero que, sin embargo, me pilló por sorpresa.

—¿Yo... yo? Más bien qué quiere usted de mí, porque usted... sus cabellos, sus ojos, su melancolía y su misma presencia en esta ciudad...

—Déjelo —dijo, comprendiendo que mis tétricos balbuceos ocultaban una intención galante—. Además, no es a usted a quien se lo pregunto sino a mí misma, de la misma manera que, tal vez, sus palabras no se dirigían sólo a mí... Mire, usted habla de vileza. ¿Pero es vileza temblar por lo mismo que hace vivir el alma, intentar salvar su vida secreta, sus ilusiones, no sé? ¿Preguntarse si de verdad se puede romper la propia cadena sin echarse al pie otra más pesada, si incluso el romperla no es en sí una nueva cadena? ¿Preguntarse si lo que se anhela, lo que venga después será mejor que lo que fue antes, es más, lo mejor y lo más noble y lo más justo? ¿Dudar en ceder la parte más celosa de sí a cambio de una ignota compensación o a cambio de nada; cederla, tal vez, al desgarramiento, al ludibrio? No se trata de hacer frente a la destrucción de la propia alma o esto sólo es un modo de hablar. ¡Si el alma muriese! Pero en realidad no muere nunca y siempre arrastra el peso de nuestros castillos de naipes derrumbados, los restos inertes de nuestros sueños, de nuestras esperanzas, la ruina y la podredumbre de nuestros sentimientos ultrajados, despreciados. Nada puede matarla realmente, nada. Exponerla a nuevas desilusiones, a nuevos golpes, no significa otra cosa, si dan en el blanco, que añadirle un nuevo e inútil peso, a veces casi intolerable, que envilecerla un poco más, pues ni siquiera la desventura la fortifica, sólo la envilece. ¿Cómo, pues, despreciar a quien tiembla, a quien quiere ver claro en ese poco de su propio destino del que es o cree ser árbitro y que intenta ahorrarse una derrota sin gloria? Esto no es campo libre, no es lid generosa en la que el justo precio de la derrota es la muerte. Aquí la muerte no se opone a la vida, vida, además, apenas esperada y soñada que hay que merecer y rescatar aún después de la victoria, sino una larga sordidez, una infinita ignominia. ¿Cómo, de nuevo, despreciar a quien no quisiera combatir con armas tan desiguales? Noble o vil, siempre tendría buenos motivos para vacilar, porque esas cosas son menos que la muerte y, sin embargo, son peores que ella. Y por esto también... después de todo, en lo que nos acuna y nos mantiene alejados de una lucha que ni siquiera promete la muerte se podría suponer que contiene una virtud protectora de la parte mejor, precisamente, y más preciosa de nosotros mismos... Pero usted dice: no es dudosa la victoria, no es dudosa la... felicidad. ¡Ah! Para creerlo habría sido necesario no haber lanzado nunca al viento...

Se calló de golpe, como asombrada de haber hablado tanto y con tanta grandilocuencia (de la cual, en todo caso, yo mismo le había servido de ejemplo). Además, había podido notar su marcado acento local.

Se había hecho de noche. Sus ojos se habían oscurecido con el aire y, al mismo tiempo, ardían fijos en la oscuridad. Jadeaba ligeramente, semejante más a un niño que regresa de una carrera que a quien sufre de verdad.

6

Pero cuanto en mí había de triste todavía reclamaba su parte. Bien: ¿Por qué habría debido sufrir aquella tontita o por qué, en tal caso, no lo decía claramente? ¿A qué se referían exactamente sus conceptuosas sutilezas? Sus palabras no eran menos vagas y gratuitas que las mías (me parecía). ¿O es que acaso quería darme una lección? Sin embargo, mi réplica (dejando aparte el mayor absurdo, es decir, el hecho mismo de que sintiera la necesidad de replicarle) no podía ser más que desmayada y casual, como cuando en un altercado una mujer irascible se empeña en rebatir una sola, y la menos relevante, de las palabras lanzadas al viento.

—Mire —dije a sabiendas—, usted habla de ignota compensación o de ninguna pero, ¿acaso no es ésa la suerte suprema de un alma, el abandonarse sin compensación o con la única y máxima compensación del propio abandono? Al alma no le corresponde el deseo, sino sólo la esperanza de una compensación diversa.

Me creía un tentador muy hábil. Sacudió la cabeza con una sonrisa forzada.

—Pero no. ¿Cómo puede decirlo? —murmuró débilmente—. El alma sola no es nada, quiero decir cuando está sola y solitaria. ¿Cómo podría compensarla suficientemente su propio abandono? Tanto valdría afirmar que la conciencia del bien cumplido es suficiente compensación para el bueno. Semejante compensación sólo es una defensa, un repliegue, aunque solemnemente sancionado por nuestra moral. No, el alma necesita alimento, y su abandono, por nada o por nadie acogido, no la alimenta, la devora. El alma sola ni siquiera crea amor, verdadero amor. No languidece ni se consume de amor, sino por falta de amor. Diga más bien que el abandono es su desdichada pasión, su vicio secreto al que, a pesar de todo, no puede renunciar.

¡Ah, esto era demasiado! ¡Hasta la moral e incluso el verbo «sancionar» sacaba a colación la tonta provinciana! Estaba claro que quería apabullarme sin saber que los intelectuales de ciudad llevamos en el bolsillo de la chaqueta la moral y todo lo demás. Ahora me iba a oír. Pero continuó con un leve gesto de la mano:

—Ya ve que a veces intento razonar, pero sé muy bien lo falaz que es la razón, incluso cuando se niega a sí misma. Todo eso no importa. En cambio, quería decirle... ¿Qué hace usted aquí, en esta ciudad? ¿Por qué lo veo todos los días en el café, qué me anuncian sus miradas? De sus palabras de esta tarde he entendido poco, salvo que, de algún modo, me está atormentando, acosando. Pero sé —añadió

decidida y casi dura—, que se prepara a partir, que lo hará pronto, prontísimo. ¿Tal vez mañana?

Esto sí que me apabullaba, ese inesperado cambio en la conversación, para el que en mi jactanciosa insipidez no estaba totalmente preparado. Ni siquiera una frase galante hallé como respuesta. La verdad es que no me habría escuchado.

—Temo —continuó— acostumbrarme a usted... haberme ya acostumbrado. Así, pues, ¿qué hace aquí? ¿Está aquí por negocios, por estudios o por qué? ¿Y está permitido venir así a un lugar tranquilo sin estar invitado y permanecer en él a placer? Ciertamente esta ciudad ya no es la misma desde que está usted. No sé si es mejor o peor que antes y no me importa nada saberlo, pero estas viejas casas se han vuelto luminosas, radiantes, y hay un aire ligero y leve... como en los sueños. Y yo no camino, yo vuelo flotando y respiro todo el cielo de una bocanada. Y también tiemblo, tiemblo, sea noble o vil, y me cierro como un libro y veo una amenaza en cada cosa, y las fachadas de las casas batidas por el sol me parecen lívidas, como en la inminencia de un huracán. No sé si debo bendecir o maldecir a la suerte, así que al final la bendigo...

Aquel flujo de palabras conmovidas y lo que con tanto retraso comprendía dieron la última sacudida a mis sentimientos o, al menos, los desviaron momentáneamente. De improviso se me saltaron las lágrimas.

—Mi vida —balbuceé sin ningún propósito—, mi vida es una cosa fatigosa, y yo... —los sollozos subían a mi garganta.

Se volvió y acercó su rostro al mío, como escrutándome. En su mirada no había solicitud ni compasión sino una especie de desconocida dicha. Yo estaba allí enternecido, tragándome mis lágrimas. Finalmente, me ofreció francamente sus labios:

—¡Ah! No entiendes nada —dijo a continuación.

7

Así acabó, gloriosamente, aquel primer coloquio hecho de abstracciones y de ampulosas declamaciones, de cambios, de ir a tientas y, sobre todo, de irrelevancias. Dejándome a un lado a mí, que habría debido ser el motor inmóvil de cada cosa, ¿qué imagen me había dado ella de sí misma? Sin duda, de aquel pretencioso embrollo ella había sabido, en última instancia, sacar un provecho. Pero, volviendo al principio, ¿quién era aquella muchacha y qué buscaba realmente? ¡Dios mío! De nada servía saber quién era: era ninguna, era todas y, al mismo tiempo, era ella misma; era una mujer. Ya, pero se trataba precisamente de ella misma: ¿Quién era ella misma?

O sea, y hablando claramente, ¿por qué me había enamorado de ella? Pregunta sin respuesta, por definición y, además, no había ocurrido durante nuestra conversación. Fuera como fuese, este hecho, que ya no podía no reconocer, contaba menos que nada (ahí es a donde quería ir a parar). Me había enamorado de ella, pero no por eso dejaba

de odiarla, es más, la odiaba un poco más: porque era mujer, a fin de cuentas, porque era aquella mujer en particular, porque me había enamorado de ella y porque me había enamorado de ella a despecho de todos mis propósitos. Pero no, aún falta algo en la cuenta; la odiaba de modo especial e inmediato por haber sido en su presencia víctima de mi debilidad. ¡Ah! ¿Qué suponía que significaba mi llanto, ella, que había disfrutado locamente con él, o se hacía ilusiones de que bastaba no haberme pagado con vulgar conmiseración? En cambio, mi perversa voluntad no cedía en sus propios designios, al contrario, se exaltaba con ellos. ¿La amaba? Pero era un don inesperado de la suerte, la ni siquiera soñada y suprema coronación de mi proyecto y, en cierto modo, de toda mi vida. De un golpe me vengaría de ellas, de ella y de mí mismo.

El resto es fácil de imaginar. Es decir, logré fácilmente que, poco a poco, nuestra relación fuera más íntima y carnal, pero sin sobrepasar un determinado límite, en el que, por otra parte, mis intentos concordaban con su resistencia. En efecto, mi proyecto implicaba que la fatal revelación de mi desgracia (a la que, recuérdese, se confiaba la misión de impresionar hasta la muerte a la víctima) tuviera lugar de forma solemne y en el curso de una auténtica cita en un buen lugar cerrado; algo, en suma, como un «desabotonamiento» de feliz memoria. Cita para la cual, es cierto, me fue muy difícil convencer a la muchacha.

Pero lo conseguí con el tiempo; al no poder, por obvias razones, recibirla en el hotel, tuve que alquilar a propósito una casa, amueblarla lo mejor que supe como un nido de amor y, mientras tanto, justificar con algún pretexto mi larga estancia en la ciudad. La biblioteca municipal conservaba unos manuscritos de un célebre y difunto poeta local y en la espera me puse a estudiarlos en serio.

Por fin, todo estuvo listo y el gran día quedó fijado. Al abandonar el hotel dejé pegado al techo con un potente soplo mi hilo de telaraña pendulante después de haberle infligido un último y frenético remolino.

8

Fue puntual. Temblorosa y un poco amarga, pero ya decidida a todo y, a fin de cuentas, feliz (como era de rigor). Su inquietud era, evidentemente, una reacción obligada. Nunca supe si ya tenía experiencia en aquellos lances.

Llovía y anochecía. Permanecimos en silencio, apretados, mirando el campo empapado; luego echamos las cortinas de falso damasco y encendimos las luces, que yo había procurado que fueran muy fuertes. Siguieron los habituales preliminares en los que me cuidé muy mucho de no perder la cabeza, ya que —ya lo he dicho— de forma solemne y de modo bien evidente debía tener lugar la famosa revelación o desabotonamiento, y no durante una confusa reyerta amorosa. Empezamos, pues, a desnudarnos cada uno por nuestra cuenta a tres pasos de distancia, siempre en silencio. Yo era presa de sentimientos extravagantes y mal definibles, casi dolorosos por su agudeza y por su conflicto y que en cierto modo acababan por ser uno solo,

protervo y desesperado al mismo tiempo. Tenía que ver con ello, sin duda, la febril exaltación del que ha llegado al momento decisivo, al acontecimiento largo tiempo preparado y del que se espera la mayor, la más atroz satisfacción de su vida. Pero también una vergüenza, primero física, de mi propio cuerpo, pues la amaba. Y, además, una vergüenza por lo que me disponía a hacer, por el mismo motivo y no sólo por eso. Y, como si no bastase, una especie de cansancio o desolación inesperados que me hacían parecer inútiles o, mejor, lamentables, todos mis golpes de escena y todos mis afanes en general, mis dramas, mis comedias, con aquella lluvia, en aquel crepúsculo... Pero mi voluntad no se doblegaba porque también la odiaba. Y ahora, cruelmente, la observaba mientras se quitaba la ropa, tímida, por la cabeza.

—Apaga la luz —dijo sin mirarme.

¡Ah, eso sí que no! ¿Adónde irían a parar mis efectos y mis auténticos deleites? Moví la cabeza enérgicamente intentando asumir una expresión inflamada para que mi negativa le pareciera fruto de exigente pasión. No me miraba directamente pero comprendió igual. Hizo un pequeño gesto apesadumbrado o, tal vez, de amenaza en broma y siguió desnudándose sin hacer comentarios, sólo volviéndose hacia otra parte. A lo mejor se sintió halagada por mi impúdico ardor. Un instante después sus largos hombros deslumbrantes salieron de las espumas de la lencería: estaba desnuda. Yo también había seguido desnudándome aunque más lentamente. Por último yo también me quedé desnudo con mi pierna brillante.

Era el momento, pero parecía estar atareada en algo y seguramente meditaba en deslizarse entre las sábanas sin volverse. En cambio, era necesario que lo hiciera, que se pusiera frente a mí. La llamé tiernamente por su nombre. Volvió la cabeza y el busto solamente cubriéndose el pecho con el brazo y me miró fijo tímidamente con ligera expresión interrogativa. Como yo no decía nada, se volvió de nuevo hacia su lado reclinando la cabeza.

¡Pero cómo! ¿Así, sin más? Estaba perplejo, estaba trastornado. ¿Era posible que con aquella luz tan viva, aunque no hubiera bajado la vista, no hubiese visto mi pierna que atraía la mirada con su brillo? Sin embargo, no había certeza de nada y, de todos modos, no podía evitarme, no podía defraudarme en... en todo. Volví a llamarla.

—¿Y bien? —respondió sumisamente sin volverse.

—Vamos. ¿No lo comprendes? —exclamé ocultando mal mi impaciencia, mi excitación—. Vuélvete, vuélvete. Quiero verte, admirarte, quiero...

Uno de sus hombros se movió apenas, nerviosamente, con un pequeño sobresalto. Pero se volvió del todo mirándome, esta vez, gravemente, derecho a los ojos sin preocuparse por taparse. La verdad es que era muy bella, solo un poco estrecha de hombros. Parecía esperar. Parecía todo menos una mujer que se ofrece a la vista de su amante.

—¡Maldita estúpida! —grité sin preocuparme de dominar mi furor—. ¿Pero no ves, no ves? ¡Ah! ¿Por qué te comportas así? —seguí insensatamente—. ¿Por qué

quieres humillarme, quitarme lo poco que aún me queda, mi último bien, por torpe y atroz que sea?

—¿Qué dices? —profirió firmemente sin bajar todavía los ojos (que se habían vuelto brillantes como de rabia reprimida o de desafío) y sin parpadear, sosteniendo mi mirada rabiosa.

—¿Qué qué digo? ¿No lo ves? ¿Es que no lo ves?

—¿El qué?

—¡Ah! ¡Esto, esto! —y me golpeaba frenéticamente la pierna, que emitía un sonido sordo, sumamente ridículo en mi desnudez, en mi desventura.

Cuando Dios quiso dirigió fugazmente la mirada a la pierna y luego siguió mirándome fijo a la cara sin decir palabra y sin traicionar ninguna emoción. Jadeante, yo la miraba. Transcurrieron largos instantes de casi intolerable silencio. ¿Qué significa esto?, me preguntaba con la cabeza en un torbellino. ¿Es una perfecta simuladora o qué demonios es? ¿Y por qué iba a simular o a disimular? ¿Tal vez por maldad, por haber descubierto mi plan y para provocar su fracaso? ¿Pero cómo habría podido descubrirlo no sabiendo nada de mí, o sea de mi pierna? ¿O si no, qué pensar? Por fin dijo en voz baja.

—¿Y qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¿Me preguntas que qué pasa? ¿Cómo puedes preguntarlo? ¿Puedes mirarme y mirar esto sin sentirte destrozada y rota por dentro, sin estarlo, por Dios, sin que un grito de agonía suba desde tus entrañas? Tienes el aire de no haber visto nada. ¿Pero es que esto no es nada? ¿Cómo puede no ser nada para ti o para cualquier otro? ¿Es que eres insensible o es que alguna intención diabólica se oculta bajo tu indiferencia? ¿Me odias o... o qué? No hay otra explicación. Pero a lo mejor todavía no has visto bien, no has comprendido, no te has dado cuenta... ¡Mira, mira! ¿La ves? ¡Mírala! ¿Y tú sabes lo que esto significa para mí, para ti, para nuestro amor, si es tal, para todo? ¿Y cómo es que no caes herida, herida en el corazón, en el alma, en la esperanza? ¿Por qué no caes para siempre, para no levantarte más? ¿Cómo es que en este momento no reniegas de la vida misma, de la providencia y del cielo?

—Calla. ¿Por qué quieres hacerte daño? —me interrumpió tranquilamente. Me tomó de la mano, me atrajo, así, desnudos como estábamos, hacia el lecho y me obligó a sentarme a su lado.

—No, no —seguía yo, pero casi repentinamente reblandecido—. Y yo... Tú no puedes quitarme este último derecho: el derecho de hacerte sufrir, de sufrir yo mismo más que tú, más que cualquier otro en el mundo...

—¿Es que no tienes ninguna intención de callarte? —dijo. Me atrajo a sí, me hizo apoyar la cabeza en su hombro y empezó a acariciarme suavemente el pelo murmurando—: hace un momento me pareció oír que no hay otra explicación. Sí, la hay y es muy sencilla. Yo te amo. ¿Es que acaso es una novedad?

La miré. Sonreía entre lágrimas. Y una vez más en su presencia, contra su

hombro, rompí en llanto. Pero esta vez no me cuidaba de tragarme mis lágrimas ni de reprimir mis sollozos y ya no sentía ni sombra de vergüenza. Balbuceé:

—No, esto no puede acabar así. Tú debes... tú debes al menos decirme...

—Veamos, ¿qué debo decirte? —preguntó jocundamente entre risas y llantos—. Ya me imagino qué. Pues bien, sí, lo sabía.

—¿Qué... qué es lo que sabías?

—Pues esto, ¡qué demonios!

—Tú... tú...

—Las mujeres, señor mío, lo vemos todo. Además, ni siquiera un tipo como tú puede controlarlo todo ni prever cada circunstancia. A veces basta con nada. Supongamos que uno está sentado en el café disfrutando del paseo de las mujeres, y si se tiene una pierna cruzada sobre la otra es fácil que, al final, los pantalones se suban un poco. ¿Y sabes? No hay equivocación posible: es tan brillante. Mira qué brillante y prepotente es. Además, cojeas un poquito, es inútil que te hagas ilusiones. Así que uniendo las dos cosas era fácil. Bueno, ¿por qué me miras así? Además, tampoco es tan terrible. No, no, tranquilízate: me refiero a que yo lo supiera.

9

Y con esto la breve historia se acabó... ¿Cómo que se acabó?, protestarán ustedes. Pero si aquí falta lo mejor. Falta, si no una moraleja, un desenlace, y si no un desenlace, una conclusión formal. ¡Caramba! Empiezas afirmando que odias a las mujeres porque tienes una pata de palo o algo así y gradualmente resulta que no sólo no las odias nada sino que no tienes ninguna razón para odiarlas, al contrario, tienes todas para amarlas. ¿A qué estamos jugando? ¿Solamente echaste mano de un fácil truco narrativo o es que desde el principio te olvidaste de poner los verbos en pretérito? Nos parece demasiado sencillo. ¿O es que acaso, al contarnos este asuntillo tuyo privado, querías demostrar que el amor de esa mujer te ha redimido de tus torpes sentimientos, de tu malevolencia hacia ti mismo a causa de tu desgracia, de tu voluntad de hacer de ella una denuncia contra los demás, y cosas así? Pues dilo, dilo claramente, hombre de Dios, y déjanos el corazón en paz, aunque, para ser sinceros, también esto nos parezca demasiado sencillo. ¿O es que hay algún otro lío entre los pliegues de tus razonamientos no siempre límpidos? Para no alargarnos: es evidente que aún nos debes alguna explicación. Y en primer lugar nos debes informaciones prácticas, una continuación cualquiera: no puedes pretender dejarnos plantados así, con un palmo de narices, en lo mejor de lo que parece una escena de amor...

Cállense ustedes. Me casé con la muchacha, si es eso lo que les interesa. Por lo demás, no se molesten en insistir pues no sabría qué responder. En efecto, a menudo he considerado todo esto, quiero decir la historia en sí y no mi narración, sin conseguir hallarle un sentido claro. Todo ello es incierto y contradictorio, como dicen que es la vida misma (que tan poco conozco). ¿En qué hacer hincapié o en qué punto

reconocer el contorno más plausible de todo este asunto? Verdaderamente, lo repito, es una historia que se escapa por aquí y por allá, a despecho de la particular dirección que tomó aparentemente. De nuevo, como la vida, en la que no hay nada que se mantenga firme y en la que todo es azar y en la que todas las cosas parecen estar al margen de sí mismas o vaya usted a saber qué, de modo que cualquier interpretación debería resultar, a la fuerza, provisional y evasiva, o sea negativa más que positiva y no menos casual.

Con esto no quiero decir que no haya nada que añadir; siempre hay algo que añadir si se quiere seguir discutiendo. De todos modos, es aquí donde ella se engañaba: no sólo la derrota sino también la victoria (según sus términos) se paga con una larga sordidez; no sólo la infelicidad, sino también la felicidad. Yo, por ejemplo, después de casarme con ella, empecé en seguida a preguntarme si el hecho de que ella ya supiera lo de mi pierna no disminuiría por ventura la pureza de su abandono y, en general, de nuestro amor. Entonces sí que de verdad habría sido bello y sublime, pensaba, si ella lo hubiera ignorado y no hubiera tenido tiempo para reflexionar en nada y con la sola fuerza de su afecto... (cuando precisamente en el haber tenido tiempo para reflexionar se puede ver lo bello, lo reconozco). Pensaba, y es sabido cuáles son las consecuencias de tal orden de pensamientos. Lo que ella misma pensara no lo sé, pero lo imagino fácilmente. Por otro lado, apenas es un ejemplo, téngalo en cuenta, y elegido entre los menos infamantes.

Pero, tal vez, no haya sido lo suficientemente claro. En suma, no me pregunten cómo acabó. Todo acaba mal. Incluso cuando la criatura humana se eleva sobre su enferma naturaleza y supera sus instintos, sus locuras, su caducidad y se sublima e instauro un reino de fraternal alegría, de amor, de libertad y parece volver a sus orígenes y desposa una suerte ajena como propia, y con el elegido redimido, ella misma redimida, asciende hacia su verdadera patria, que es patria de almas (montando para la ocasión, lo cual nunca está de más, los pegasos o los jamelgos extenuados de su elocuencia), etcétera, etcétera. Incluso entonces, aunque sólo sea porque no hay fuego que no sea de paja, incluso entonces todo acaba mal.

UN PECHO DE MUJER

SEGUÍA con la mirada a la muchacha, que se movía insegura por el borde de la acera y que parecía disponerse a cruzar la calle. Era una soberbia muchacha, elegante, no tanto por su modo de vestir como por su cuerpo: largas piernas esbeltas pero del grosor justo, pelvis estrecha, hombros delicados y encima de todo una hermosa cabeza de cabellos negros, a la que correspondía una carita menuda, tierna, ambarina. La seguía (con la mirada), sobre todo, a causa de su pecho, que no parecía oprimido por el clásico y mortificante indumento, sino que saltaba libre al compás de su paso. Alrededor, gorjeos, pitidos y aromas de primavera. Y yo miraba a la muchacha y sólo pensaba: «¡Ese pecho!», y no sabía ni me atrevía a añadir nada más a mis pensamientos. Pero seguí mi camino, que me llevaba a pasar a su lado.

Ya se había decidido, había puesto el pie en la calzada. Un coche llegaba velocísimo con peligro de atropellarla. Estando yo a su lado, con poco más que un gesto pude sujetarla por la tela del hombro y tirar de ella violentamente hacia atrás y, posiblemente, salvarla. Se volvió hacia mí entre asombrada y estupefacta, aún no consciente del peligro corrido, mientras, y en vano, intentaba sondear la profundidad de aquellos ojos.

—¡Dios mío! —dijo con una voz extrañamente fuerte—. ¿Qué... qué ha pasado?

—Nada de particular. Venía un coche y...

—¡Usted me ha salvado!

—No exageremos. Tal vez la habría atropellado, tal vez no, pero para mayor seguridad...

—Seguro que me habría atropellado.

—Si eso es lo que piensa... De todos modos, no ha pasado nada.

—No, no. Usted me ha salvado. Ahora me doy cuenta de ello.

—Está bien. Pues me alegro.

—Espere. Debo darle las gracias.

—Ya lo hizo, implícitamente.

—No, no. No es suficiente.

—Déjelo estar. Además, suponiendo que de verdad le hubiera salvado la vida, ¿está segura de que es y será una ventaja para usted?... ¿Es feliz?

—Sí, bueno, no, pero eso no tiene nada que ver.

—¿Cómo que no tiene nada que ver? Me parece que eso es lo importante.

—No. Eso no salda, no extingue, la deuda que he contraído con usted, al menos por lo que respecta a sus intenciones.

—Por lo que respecta a mis intenciones, como usted las llama, de acuerdo, pero en ese caso peor para ellas. A fin de cuentas me dolería haber salvado una vida infeliz.

—¡Oh! ¿Quién podría preferir la muerte a una vida aunque sea infeliz?

—Mucha gente.

—Sí, admitámoslo, pero yo no soy de ese tipo de gente, y, además, mi vida no es precisamente infeliz.

—Pues entonces mejor.

—¡Ah! Para usted es muy fácil. ¿Es que no lo entiende? Con eso mi deuda no necesita de sus buenas intenciones para ser tal.

—Resígnese, tampoco es tan grave. En el peor de los casos, usted perdona.

—Sigue sin entenderlo. Yo no puedo soportar las deudas, me dan una sensación de culpa y ansiedades de todo tipo.

—¡Egoísta!

—Puede ser. El hecho es que debo pagarle lo más pronto posible y no pensar más en ello...

Aunque un tanto singular, nuestra conversación se parecía, en el fondo, a las más o menos agradables frases al uso entre hombre y mujer en sus recíprocos tanteos. Pero, por mi parte, yo no me proponía nada: en el fondo, una sola cosa, un solo objeto me interesaba de aquella muchacha.

—¡Ah! —continuó—. Si pudiera a mi vez hacer algo por usted...

Y aquí, como traído por los pelos, respondía de repente:

—Si se empeña usted, puede hacer algo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

—Me da vergüenza decirlo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Tan feo es?

—Al contrario, es una cosa bellísima.

—Pues dígala, tenga valor.

—Hum... No, no puedo.

—¡Oh, se lo ruego! Mire, me liberaría de toda obligación... Además, está excitando mi curiosidad, y esto sí que es egoísta: soy una mujer.

—¿De veras quiere usted darme carta blanca?

—¿Cómo no? Eso es precisamente lo que quiero.

—¿Se trate de lo que se trate?

—Bueno... Si no se trata de algo deshonesto o irracional.

—Deshonesto, bueno, depende de cómo uno lo considere.

—¡Oh! ¡Qué desasosiego me provoca usted! Adelante, está bien: se trate de lo que se trate.

—¿Y si luego...?

—¡Oh, Dios! ¿Quiere usted hacerme morir? ¡Adelante, adelante!

—Bueno, pero que quede claro que usted lo habrá querido.

—Sí, claro. Lo acepto todo, lo prometo todo. ¿Está satisfecho? Pues adelante.

—¿Todo?

—¡Sí, sí, sí!

—Pues bien, a cambio de mi presunto salvamento usted debería...
—¿Debería?
—Permitirme...
—¿Permitirle?... ¡No me haga esperar más!
—Besarle un pezón.

Estaba pálida: me miraba fijamente. Dijo:

—¿Cuál?
—¿Eh? ¿Cómo dice? —exclamé desconcertado.
—Digo, ¿cuál? —confirmó—, ¿el derecho o el izquierdo?
—A fin de cuentas... para mí...
—No es lo mismo.
—¿Ah, no? ¿Por qué?
—Tienen una distinta sensibilidad —explicó en tono convincente.
—Entonces... el izquierdo, el del corazón.

Me miraba fijamente. Sufría visiblemente y, por lo que yo sabía, desproporcionadamente. En todo caso no era un sufrimiento alegre para mí, como había podido figurármelo (y ello, indirectamente, denunciaba lo profundo de su carácter). De nuestra relación, establecida como un juego, yo no obtenía ninguna diversión. Aquel sufrimiento tampoco era embarazo ni pudor físico, sino más bien algo incomprensiblemente amargo.

Por último, dijo con dureza:

—Está bien.
—¿Está bien? ¿Seguro?
—Pues claro. Ya habrá comprendido que no acostumbro a echarme atrás. Además, está mi interés como deudora... Bueno, ¿dónde?
—¿De verdad, usted...?
—Oiga usted. Sí, de verdad. ¿O son todos ustedes iguales, que cuando se les concede algo que ustedes mismos pidieron pierden el valor?
—¿Valor? No hace falta mucho.
—¿Está seguro?
—No sé qué quiere decir usted —repliqué involuntariamente más serio—. Quería decir que si todo esto iba a costarle demasiado... A fin de cuentas, es una broma.
—¿Usted cree?... Bueno, ¿dónde?
—¿O sea, qué dónde podríamos... hacerlo?
—Sí.
—Veamos, si de verdad lo quiere...
—¡Ahora soy yo la que quiero! Pero no le falta razón, lo quiero. No hay otra salida y mi acreedor espera.
—Pero yo soy un acreedor benévolo.
—Y locuaz... ¿Dónde?

—En mi casa está mi mujer.

—Lo suponía. Entonces venga a la mía.

—¿A su casa? ¿Vive sola?

—Sí, naturalmente. No hay ningún peligro para hombres respetables. Está a dos pasos de aquí.

—Bueno. Vamos.

—Vamos.

Y sin decir nada más echó a andar por una rampa de la ciudad vieja, pasó bajo tres bóvedas y se detuvo ante una casa de aspecto más que modesto.

—Aquí es. Venga.

Escalas empinadas de piedra gris y porosa; inevitable olor de aguas sucias o de carnes sobrantes del día anterior y hoy estofadas, cancioncillas radiofónicas. Sin embargo, el interior del pequeño piso parecía menos desalentador. El vestíbulo no tenía ventanas pero por una puerta abierta se veía un comedorcito inundado de sol. Cada objeto (divanes con franjas y lunares y cosas así) conservaba una curiosa y rancia impronta y desprendía un cierto olor especial. Toda la casa estaba como petrificada.

—Así me la dejó mi madre al morir.

La verdad es que no todos los objetos ni toda la casa eran así. En el comedorcito una gran mesa chapeada, un anónimo mueble de serie, reflejaba el ardiente rayo de sol. En la mesa un vaso de cristal a puntas de diamante con ramitas y hojas pintadas (del arbusto llamado «miseria»),

—Siéntese ahí... no, allí. ¿Quiere beber algo?

—No es necesario.

—Ya. ¿De qué serviría?... Entonces, ¿vamos?

—Si usted cree.

Estaba erguida junto a la ventana, al sol. Vaciló... ¡Ah! ¿Por fin vacilaba? En realidad no vacilaba de acuerdo con mis esperanzas sino por cualquier otro motivo que se me escapaba y que ya me excitaba.

—¿Me desnuda usted o me desnudo yo?

—Mire... No querría ponerle las manos encima, no es eso lo que deseaba.

—Pero deseaba besarme o besar...

—Sólo con la boca.

—Sí, comprendo. Todo esto no tendría sentido si no me desnudase yo. Nada se consumaría si no me desnudase yo.

—«Consumar» es una palabra muy seria. Usted es inteligente. ¿No lo será de manera equivocada o incauta?

—Podría ser, podría ser. Claro que soy inteligente, lo bastante como para morir cien veces al día... Entonces, me desnudo. Preste atención y cóbrese cumplidamente. Después yo seré libre... y desesperada.

—¡Pero qué cosas dice!

—Espere un momento y lo verá.

Empezó a desnudarse con estudiada lentitud. Primero se quitó la capa, luego se sacó por debajo el vestido (negro), y se quedó grácil, seductora, entre encajes baratos, los brazos desnudos y la plenitud del suspirado pecho. De sus axilas salían pelos brillantes no menos procaces que los ocultos, pues no uno sino tres, cuatro, tal vez cinco lugares dolientes y protegidos tienen las mujeres, contando los labios con su irresistible vello.

—Entonces, ¿seguimos?

—¡Sí, por Dios! —fue mi grito excitado.

Cada vez más lentamente bajó el tirante izquierdo de la combinación, sosteniendo esta última (único diafragma, como sabía, a mi primer deseo) con una mano. Volvió a mirarme tétrica y con una expresión interrogativa, como esperando algún gesto mío de impaciencia. Luego quitó la mano dejando caer el ligero tejido y, por fin, el cordial pecho izquierdo tuvo nuevo nacimiento y libertad.

—Ahí lo tiene —añadió con desolada sencillez.

Un pecho. ¿Pero era un pecho de mujer ese algo que, desnudo y abyecto, abyectamente desnudo, desnudamente abyecto, estaba ante mí en la luz dorada? Al contrario, soeces arrugas marcaban hacia la punta aquella pálida carne, hinchada, pero como si estuviera enferma. Marchita, enferma, parecía la aréola que en un pecho verdaderamente femenino tiene viveza de encía y aquí estaba rodeada de largos pelos negros. Y como último horror, como última ignominia, en el sitio del pezón (suprema gala) había una especie de oscura y flácida grieta, semejante a la boca de un viejo desdentado.

—Éste es el del corazón.

—Éste es el del corazón —repitió ella con histérica alegría, casi en llanto—. Pero es justo que le enseñe también el otro. Mire.

En efecto, descubrió el otro también, que era hermano del uno.

—Pues bien —continuó—. ¿Aún tiene ganas de besarme en este, mire, en este punto? ¡Animo! Estoy aquí, no me echo atrás, le he dicho. Estoy dispuesta a pagar mi deuda.

Por mi parte, yo ya había decidido. Ignoraba, es cierto, por qué ella estaba reducida a aquel estado y por ello de qué modo concreto o por qué medio debía ofrecerle consuelo, pero sobre la necesidad, sobre la urgencia de hacerlo no tenía la menor duda. ¿Había sido un vulgar accidente lo que la había afeado en uno de los lugares en que habría debido acampar más triunfante su orgullo de hembra? ¿O era el irresponsable decreto de una suerte gratuitamente maligna? Poco importaba. En breve, acabé abandonándome al curso de mis sentimientos, tan distintos de los previstos.

—Claro que tengo ganas de besarla, y precisamente ahí donde usted dice. Venga.

—¡Al diablo! —exclamó brutalmente sin moverse—. ¿Es que yo me merezco la injuria de su piedad, yo, que me he mostrado a usted, y bien puedo decirlo, que me he dado como ninguna otra habría sabido? Ya ve —siguió febrilmente—, ya ve si soy una mujer que paga hasta el último céntimo, pero conténtese con esto sin echarme en cara su piedad. Nadie le obliga a besar un pezón... que no existe. Nadie me obliga a mí a sentir, a través de su beso asqueado, más hiriente mi humillación... Diga. ¿Es qué la cuenta no está ya saldada?

—¿Pero de qué piedad me habla? —me opuse un poco desmayadamente—. Usted se engaña. No se trata de piedad.

—¿De qué entonces?

—Mire... Ante todo, ¿no puede admitir que, siguiendo un deseo nuestro, una imagen pueda sustituir a otra o, mejor, la imagen de antes durar más allá de su propia ruina? «Símbolo de busca» la llama, aunque poco alegremente, alguien. Allí en la calle me sentí atraído por su pecho saltarín, y éste podría para mí no ser distinto al que me imaginé, podría no llegar a serlo a pesar de todo y a despecho de toda posterior apariencia... ¿Me explico? ¿Comprende algo de mis confusas palabras?

—Sí, comprendo. Comprendo que nunca hubo piedad mejor motivada, más solícita y consoladora que la suya. Se lo agradezco, sí, de nuevo tengo que estarle agradecida.

—¡No, no es eso!

—Sí que lo es, si reflexiona sobre ello y suponiendo que sea sincero. A menos que usted sea una especie de perverso.

¿Perverso? En cierto sentido, tal vez. Pues la verdad es que mi inicial repugnancia se iba transformando en una avidez, no sé si triste o legítima. Deseaba con todas mis fuerzas coger con mi boca aquel pobre pecho. Cogerlo con la boca bestialmente. Quién sabe si al chuparlo no podría persuadir al oculto pezón y con su irrumpir devolver la paz, en parte, a aquella mujer humillada. Pero, claro, también podía desear otra cosa.

—¿Y si lo fuese? —repliqué al fin—. ¿Si fuese una especie de perverso?

Estaba ante mí con la pechera de la combinación caída. Criatura sin culpa ultrajada por el Alguien. Ofendida, amargada y maleada hasta el punto de haber llegado a exhibir su vergüenza a un desconocido. Pero a mi frase (y no ciertamente por su mérito), de improviso...

No olvidaré la luz que encendió sus ojos. Luz de improviso dulce, confiada.

—¿Usted un...? —murmuró palideciendo—. No —gritó—. ¡Sería demasiado hermoso! No estoy acostumbrada, no estoy acostumbrada a nada semejante. ¿Una coincidencia tan afortunada? ¡Imposible!

Era sencillo, pero de momento no comprendí. Al darse cuenta de ello, prosiguió.

—En ese caso yo podría tener esperanza. Para uno al menos yo sería una mujer. Ya no tendría que rechazar horrorizada, ni tragarme la piedad de ese uno. El me

querría tal como soy al encontrar en mí, precisamente, su propio placer. No tendría que vencer su propia náusea, al contrario, me desearía. ¡Oh, Dios! ¡Me de-se-a-ría!

Y ahora, habiendo por fin oído, a mí sólo me habría faltado decir: «¡Animo! Yo soy ese uno». Pero, por el contrario, el mismo sentimiento un poco perverso que ahora mismo me había empujado hacia su carne obscena me empujó a una cruel y tortuosa investigación, cuyo motivo aparente podía ser tanto el propósito de agotar mi excitación como llegar al fondo de su amargura (permitiéndole descargarse). Para empezar, y con manifiesta inconsciencia:

—Pero todos la desean.

—¡Vestida! —sollozó en obvia respuesta.

—¿Por qué? ¿Es que acaso le ha ocurrido...?

—Sí, me ha ocurrido. Me han pedido amor con ojos naturalmente brillantes, y cuando...

—¿Y fueron muchos?

—No, claro. Uno, uno sólo y me bastó.

—¿Quién?

—¡Quién! ¿Quiere su nombre y su dirección?

—No, disculpe. ¿Qué clase de hombre?

—Bello, joven... amado. Aún iba a la escuela. Todavía llevaba apoyados en las caderas paquetes de inútiles libros, pero ya tenía estos muslos largos, mi talle ya se había soltado, mi pecho ya se había hinchado. Mi pecho, ya ve, éste... Y lo amaba por su belleza, por la terca voluntad de dominio que encerraba en sí, pero también por su extraviado deseo, es decir, por mí misma. Lo amaba sin conocerme, sin valorar el infranqueable estridor que puede producirse entre nosotros y los demás, como si el hecho de que yo fuera de un cierto modo debiera resultarme garantía suficiente de mi derecho a la vida, de mi felicidad... Aquella noche llovía. También él llevaba sus libros, que dejó en el mostrador de un puesto de periódicos cerrado bajo cuyo tejado habíamos buscado refugio. Y me miró. Y yo, ignorante, yo, ignorante... No lejos, entre los plátanos del jardín público, el quiosco de la música. Lo alcanzamos. Anochecía. Anocheció del todo durante nuestros escauceos. Y quiso desnudarme el pecho, este pecho.

—¿Qué dijo?

—¡Nada, nada! ¿Qué tenía que decir? Es más, me besó hasta donde yo le permití hacerlo.

—¿Y?

—¡Santo Dios! Sus preguntas no tienen ningún sentido. Nada, sólo que sus besos me bastaron para siempre.

—¿Por qué? Dígamelo todo.

—¡Qué bueno es usted! Sin duda quiere librarme de mí misma... Sus besos estaban llenos de asco, eso fue todo, y yo los sentí de ese modo. ¡Nada más, nada más! —rió locamente—. Y desapareció o, más bien, yo desaparecí.

En efecto, no había nada más que decir. Había obtenido de ella su última humillación, que, por lo demás, esperaba que le hiciera bien y ahora, a mi vez, me tocaba seguir adelante, tocar el fondo.

—Venga aquí.

Seguía allí, con el busto desnudo, semejante a una gran Diana cazadora cuyo artífice, insatisfecho, hubiera querido destruirla arrojando contra ella el martillo. Al tener la combinación metida, en parte, en la cintura, la falda se había subido un poco descubriendo algo de los muslos por ella misma alabados. Volvió a mirarme insegura, pero ya sin rastro de su dolorosa perversidad (lo que representaba ya un gran resultado).

—¿Lo dice en serio?

—Venga.

Dio tímidamente un paso: el decisivo, por ser, además, el primero. Pero ahora el problema era si yo sabría con mi beso no alarmarla de nuevo y no volverla a arrojar a su infierno. Porque, en verdad, ¿de qué estaba hecho mi ansioso deseo de besar su deformidad? De asco, sin embargo, aunque trastornado, exaltado o sublimado y casi prenda de socorro. ¿De modo que de nuevo sabría ocultarle a ella su fundamental e infamante naturaleza?... Pero, por otra parte, ese mismo asco parecía necesario como parte integrante de mi perversión, que, a su vez, era para aquella mujer, como si dijéramos, la única garantía, la única posible orientación de su alma capaz de excluir la piedad y de establecer una relación no mentida... Al final ya no comprendía nada. Me confié al azar.

Avanzó otro paso, se echó en mis brazos. La tomé por la cintura o, mejor, por los huesos de las caderas.

—¿Qué piernas tan largas y pálidas!

—Sí. ¿Son bonitas, eh? —Aunque no carente del todo de amargura, su tono ya era femenino.

—¿Y qué cabellos!

—Sí, sí. Vivos, suaves, brillantes, ¿no?

—¿Qué boca!

—Apuesto a que es de coral —bromeó algo cansadamente, pero con indulgencia—. ¿A que es generosa y prometedora? Claro, todo lo demás está en su sitio y como debe ser.

—Cállese y acérquese más.

—¿Más cerca que así? ¿Cómo podría?

—En seguida lo verá.

La volví ligeramente para que me ofreciese aquel siniestro pecho izquierdo, el cual (yo sentado y ella de pie) quedó así a la altura de mis labios, a medio palmo... ¿Y por qué seguía vacilando? No había más que arrojar de cabeza al abismo, olvidándolo todo, no concediéndose tiempo para temer ni siquiera por ella... El indecente pezón oculto o nunca manifiesto y que mi imaginación suponía como un

obsceno animal anidado en la grieta de una resquebrajada muralla, parecía acecharme desafiante desde su cubil, mientras algo así como un deslumbramiento me hacía ondear ante los ojos la absurda figura de la muchacha medio desnuda... No obstante, yo, tranquilo, quería todo eso precisamente. ¿Por qué entonces sentía en una parte misteriosa por mí mismo discutido que ese beso mío era cada vez más indiscutible? ¿No estaba yo a punto de experimentar, con la turgencia de la buena acción cumplida, la acre sensación de la violación y, tal vez también, deleites ignotos y preciosos?

La besé. Ni siquiera a ella misma. Besé allí, allí. Tampoco sé bien lo que pasó en mí: demasiado, seguro que algo abrumador, que precipitaba sobre mí estrepitosas apariencias o sentimientos. Sé que ella murmuraba:

—¡Ah! ¿Es verdad? ¿Entonces es verdad?

Y a mi beso la sentí responder con todas sus fibras.

Bueno, pues el resto, naturalmente, no cuenta. Si aludo a él es por gusto o, tal vez, por indagar ociosamente cuánto el consiguiente puede comprometer al antecedente en los castillos de naipes de nuestros afectos.

Ella era de nuevo presa de la esperanza, pero tanto vale decir en seguida que ya en ese punto tuve vergüenza y remordimiento de mi mezquino éxito. En efecto, reflexionemos un poco: la esperanza es un sentimiento falaz por naturaleza. Y no basta: ella cometió el grave error de encariñarse conmigo, cuando está claro que estos mínimos episodios de nuestra vida no tienen ni pueden tener historia. A largo plazo, ¿qué iba a hacer yo con ella y, principalmente, ella conmigo? Todo acaba mal, ya se ha dicho, y así todo se resquebrajó, como la «frágil muralla» de su pecho.

Parece como si tuviéramos que contentarnos con gozos ambiguos, errados y, por añadidura, fugaces.

IV. Entre autobiografía e invención

Y he aquí ahora un espécimen no del todo inédito, del más puro *Florence moitié-de-siècle*, al que, por lo demás, sería difícil enmendar. (En realidad, este estilo o moda, lacrimoso, moralizador, sermoneador y más cosas, como el que se propone sacar a la luz no sé qué «instancias» del hombre, sólo estaba de moda entre una pandilla de desocupados que competían entre ellos sermoneándose coralmente y haciendo luego los más casuales y vergonzosos despropósitos.)

TRABAJO FORZADO

ALESSANDRO había dejado en Florencia una lluvia gélida y vapuleadora y el viento de siempre. Pero ya en Génova el cielo estaba claro y ahora lo acogían los mil atractivos primaverales de la extrema Riviera. ¡San Remo! Por otra parte, en aquel sereno esplendor de los elementos advertía algo innatural y hasta funéreo y algo así como una suspensión, como si escondiera un siniestro presagio. Se puso a pensar en esos muertos a los que una costumbre americana maquilla de un postrimero y falaz color carne. E igual corrupción e igual pompa se transparentaban en el rostro de su compañera, una mujer madura y avispada a la que el dulce sol, puntual pero engañosamente, había hecho reflorar.

Sí, el invierno que Alessandro había dejado a sus espaldas en aquella carrera para huir de él, de sí mismo y de la vida de los hombres, el mismo triste invierno que se había instalado en su ánimo, parecía en el recuerdo algo más confortador y más auténtico que aquella sonrisa de los elementos, mejor, que aquella mueca de funesta alegría. ¡Y él era tan poco benévolo con la cotidiana y retórica humanidad, que es la preocupación constante y casi obligada de tanta gente! ¿Acaso en aquella continua huida no estaba, solía decirse, su más auténtica humanidad? Y, no obstante, ahora, precisamente ahora, desde la primera vez que llegó a aquel pueblo, que dicen de ensueño, le parecía que algo no cuadraba en su razonamiento. Tal vez, pensaba, todo el error estaba en aquel *su*, si bien ninguna ley de la naturaleza ni del espíritu lo impusiera explícitamente; tal vez no se podía hablar de la humanidad de uno solo sin que la palabra perdiera su significado. Además, tal vez, añadía turbado, este mismo pueblo de mi corazón no sea realmente más que un vacío y muerto despojo. ¿Y qué? Y, además, ¿no estaría ya contenido en tan siniestro efecto debido a mis nervios cansados el resultado de este último experimento?

Y así, habían llegado a su pequeño café, un local donde también daban de comer ese tipo de comida alimenticia y de fácil ingestión que le va bien al jugador que tiene prisa. En efecto, el Gran Casino estaba a unos pocos pasos de allí. Dos o tres mesas se hallaban ocupadas, aunque la hora del almuerzo ya había pasado, por personas que engullían a gran velocidad tazas de caldo, pollo frío y plátanos. Había una monumental señora de intolerable acento milanés que ostentaba vistosos oros en el cuello, en las muñecas, por todas partes, lo cual es una práctica deliberada entre tal tipo de personas, como prueba de sus triunfos en la ruleta o, al menos, de sólida resistencia a la misma (para demostrar, en el fondo, que no se tiene nada que ver con las casas de empeño). Con ella, un hombre de pelo entrecano y acento extranjero que, además, se daba aires de no hablar de juego. En un rincón, un viejo canoso y gafudo, además de verde, cuyo aspecto y atuendo no habrían inspirado más que dignidad si no hubiera sido por la blanda línea de la barbilla, por sus mejillas morbosamente colgantes y por un sospechoso brillo en los ojos. La verdad es que, mientras comía,

estaba haciendo complicados cálculos en una cartulina en la que no era difícil reconocer una de las distribuidas en el Casino y que llevan a un lado la figura de una ruleta. En otro sitio, una mujer menuda, joven, aunque ajada, miraba derecho ante sí con aire abstraído y extraviado. Pero el simulado desapego de la pareja desapareció ante la ruidosa entrada de un hombrecillo gordo, también extranjero, que, sin más, volcó en su mesa un puñado de fichas de alto valor, añadiendo excitadas explicaciones. Un ávido coloquio en tono quedo se entabló entre los tres.

Pero todas estas apariencias y estas evocaciones que en un tiempo, y hasta ayer, hacían latir el corazón de Alessandro como el de un enamorado, hoy le provocaban más bien un vago malestar. Miraba cansadamente más allá de la ventana la breve cuesta que llevaba al Casino y no se sorprendía al leer en los ojos de los transeúntes el resultado de sus jugadas. La mujer, repentinamente melancólica, también contemplaba sin un pensamiento y sin ninguna preocupación por el mundo el reflejo del sol en el adoquinado.

—Habrà que ir —dijo Alessandro sacudiéndose—. Tengo el presentimiento de que esta vez tendré suerte. De todos modos, es inútil buscar hotel por ahora. Tenemos poco dinero y nos conviene ahorrarlo al máximo y dejarnos abierta alguna posibilidad hasta el final. Y ahora escucha bien...

A continuación, las habituales recomendaciones que Adele ya se sabía de memoria, sobre la prudencia que había que tener en las varias fases del juego, salvo al forzarlo con dinero ganado, y así sucesivamente. Las cuales no tenían, en el fondo, otro fin que el de reservarle a él, Alessandro, la mayor parte del capital, dejándole a su compañera un exiguo margen con el que debería no sólo jugar (para cederle, en su caso, las ganancias) sino, además, proveer a los gastos de manutención.

—Sí, sí —respondió la mujer débilmente—, sólo que ya lo sabes; esto es lo último que nos queda. Si lo perdemos esta vez ya no sé...

—Bueno, bueno, ya lo sabemos —atajó impaciente y casi ofendido Alessandro—. Y ahora, ánimo, alégrate y sonríe. Si supieras la mala suerte que dan las caras largas.

Subieron la cuesta. Entraron como dos condenados.

Pero, a fin de cuentas, ¿qué empujaba a Alessandro? ¿Qué empujaba (si es lícito preguntarlo sin ambages) a un hombre de intelecto y corazón a una sala de juego? Ciertamente el juego es una alta, tal vez la más alta actividad del espíritu, pero cuando se convierte en cotidiano y habitual, cuando, al perder misterio, aventura y fantasía, cambia de naturaleza para transformarse en una actividad humana, o sea antiespiritual (¿pues qué actividad del espíritu resistiría a la costumbre?) ¿Cambia de naturaleza o más bien revela con tétrica petulancia la inevitable parte sorda y ciega de su naturaleza, la que hace del dinero su propio instrumento? ¿Cuándo se convierte en una ocupación, aunque sea desesperada? Pero ya lo he dicho: he hablado de desesperación. Acaso sea que, incluso así prostituido, el juego nos muestra claramente nuestro destino.

Hacía tiempo que entre Alessandro y la ruleta se había establecido un diálogo despiadado que hoy, sin embargo, adquiriría acentos de una cristalina limpidez. En los raros momentos de libertad y de despegue, de casi curioso distanciamiento que el juego concedía a su espíritu, le parecía que le habría bastado con papel y lápiz para transcribir ese diálogo, tan claro le sonaba. Y ya, a medida que iba perdiendo su último dinero, su atención se iba desplazando del propio juego en cuanto tal a aquellos severos acentos. Cada nueva apuesta era una pregunta, una nueva solicitud; cada consiguiente pérdida, una nueva respuesta. Pero no una nueva, al contrario, eran la misma pregunta y la misma respuesta repetidas hasta el infinito. ¡Oh, qué monótono era, en el fondo, ese coloquio! Y, sin embargo, con una especie de curioso estupor, Alessandro insistía en él, resuelto a perder hasta el último céntimo con tal de oír su fin. ¿Pero podía haber un fin? ¿Y qué fin? Todo era tan sencillo, tan sencillo, y ahora parecía tan sabido desde hacía tanto tiempo. En verdad, era inútil seguir. ¡Lo que la ruleta no decía resultaba igual de claro para él! No tenía otro lenguaje que ése: la enloquecida carrera de su bolita, sus imprevistos encabritamientos, su desesperado precipitarse. No tenía más lenguaje que esta acción vertiginosa. Lejos de ser la caprichosa deidad que todos creen no era más que un ciego instrumento en manos expertas, un instrumento al servicio de una inteligencia superior que desdeñaba o no consideraba necesario, a los oídos de quien pudiera entender, un lenguaje más articulado. Y a pesar de esto último, así como era, ya resultaba bastante claro: una vez más todo resultaba sencillo y claro.

Bueno, Alessandro había jugado, sin contar bastantes otros números al azar, al veintidós, al nueve, al treinta y uno, al catorce, al uno, al treinta y tres, al dieciséis y al veinticuatro, desdeñando el veinte por la única buena razón de que, cuando más que jugar se dialoga, tampoco se puede jugar a todos los números. Y ahora la bolita, después de una carrera excepcionalmente regular, después de haber evitado con cuidado los numerosos rombos en relieve que constelan el plato giratorio y las más de las veces entorpecen su camino, se había dejado caer dócilmente en aquel «sector»; sólo que en el último momento, y cuando ya casi se había acomodado en la casilla del catorce, chocó con el tabique que separa dicha casilla de la contigua, la del veinte (situada, pues, justo en medio de los ocho números arriba citados), y en esta última, justamente, con blando salto se encajó o, digamos mejor, se arrellanó.

—Se salió del catorce —murmuró un «empleado» a modo de consuelo dirigido a alguien que había «cargado» ese número.

—Esta bolita tiene ojos —murmuró a su vez un tipo esmirriado junto a Alessandro, un ratón de garito al que Adele llamaba «el caballero veneciano», aunque era manifiestamente romano—. En esta mesa no se gana nunca. Ese empleado es gafe. Voy a probar en la siete. Allí tienen mejor mano.

Así pues, Alessandro había vuelto a perder y parecía que de un modo particularmente maligno. Y ésa era la habitual y única respuesta a aquella única

pregunta. Pero quizá todavía no era una respuesta bastante precisa ni definitiva; quizá fuera necesario interrogar de nuevo y formular la pregunta con mayor claridad. Después de todo, Alessandro en esa jugada anterior no debía haber cubierto más de la mitad del total de los treinta y siete números. ¿Por qué extrañarse si había perdido? En cambio, ¿si ahora intentase un juego defensivo, es decir, apostando al pleno sólo en algunos números y en los demás, en casi todos los demás, ese poco necesario para recuperar el dinero de la puesta en caso de fallar en los primeros? La «máquina» no se dejaba agarrar por los cuernos, tal vez fuera prematuro atacarla (prematuro, pero el dinero se estaba acabando) y, en cambio, a la larga, se quedaría desarmada ante una resistencia disimulada. Sí, éste era el método que había que emplear. Y Alessandro, que hacía un rato que le daba caza al cinco, jugó a ese número con sus correspondientes caballos y una cierta suma en la segunda y tercera docena. De ese modo, si no salía el cinco, recuperaría, como se ha dicho, el dinero de la jugada, más o menos. En el último momento le pareció, además, que no estaba bien dejar del todo descubierta la combinación diez-doce, de modo que la jugó en la debida proporción. Llegados a este punto, si el cinco saliera por fin la ganancia se reduciría algo más y si no, inevitablemente, se elevaría algo. Pero en compensación sólo se dejaba descubierto un total de cinco números, precisamente el cero, el uno, el tres, el siete y el nueve.

Lanzada por el nuevo empleado, la bola giró vertiginosamente seguida por las miradas de muchos, tal vez durante diez segundos; luego, con un brusco salto se sustrajo a la vista y antes de que el ojo volviera a encontrarla ya se acunaba feliz en la casilla verde del cero.

Bien, esta respuesta sí parecía definitiva. Y, sin embargo, dejando a un lado el hecho de que no podía serlo porque a Alessandro aún le quedaba algo de dinero, pensándolo bien, en cambio, se prestaba a más de una interpretación aunque fuera meramente formal. En definitiva, era necesario hacer un supremo experimento: había que jugar a todos los números menos a uno y entonces, si saliera precisamente ese número, entonces sí, Alessandro se convencería (¡pero ya estaba convencido!). Ahora bien, si había que excluir un número, la lógica más común, la experiencia y el cálculo aconsejaban excluir precisamente el cero, salido en la jugada anterior. Y eso es lo que hizo Alessandro, jugando de distintos modos a todos los otros números. (Eso era, no es necesario decirlo, jugar a perder, pero el experimento parecía necesario.) Y se alejó unos pasos de la mesa en cuanto la bola empezó a dar vueltas, esta vez lánguidamente. No quería seguirla con la mirada, no quería intentar imponerle su voluntad, dado que era tan rebelde que siempre hacía lo contrario de lo que se le pedía. Tal vez tampoco quería influir en ella de ninguna manera, ni para bien ni para mal. Pero los otros jugadores podían ver que casi retorciéndose, casi a su pesar, evitaba todas las demás casillas y...

—Cero —anunció el empleado con esa especie de falsa sorpresa que para edificación y consuelo de los jugadores adoptan los empleados cuando se produce

una repetición.

Sí, la cuestión no tenía vuelta de hoja. Ahora, sin duda, la suerte había hablado de modo inequívoco. Sin embargo, también era evidente que había llegado a este supremo experimento ya cansada con respecto a Alessandro. En verdad, durante toda la primera parte del juego él la había buscado de forma mucho menos apremiante. Dicho de otra manera, si desde el principio hubiera jugado dejando a la suerte no más de cincuenta probabilidades sobre cien, reservando las otras cincuenta para sí mismo o incluso (persiguiendo una victoria más limitada) menos de cincuenta a ella, en ese caso, ¿cuál habría sido el resultado global del juego? Sin duda estas últimas jugadas habían sido tiros al aire, pero unas pocas jugadas no bastaban para determinar una media o un clima de juego. Resumiendo: ¿tal vez antes se había arriesgado demasiado y cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde? No es que Alessandro creyera ni por asomo en un razonamiento semejante que, sin embargo, tenía todas las apariencias de la lógica y podía pasar por bueno (pues todavía le quedaba algo de dinero). La conclusión de todo era que debía intentarlo con otro juego, con uno de éstos de combinaciones sencillas que ofrecen, más o menos, las mismas probabilidades a la banca y a la jugada, en pequeñas apuestas... y quién sabe... ¿No se había visto muchas veces a más de uno recuperar una fortuna con su último dinero?

Desde un punto de la sala Adele lo buscaba con la mirada. Se acercó a él y le dijo en voz baja que había perdido todo su escaso dinero, es más, que había tenido que echar mano a la exigua y azarosa suma destinada a los gastos de viaje y manutención, y que tuviera cuidado con lo que hacía. En su tono sordo ya vibraba la irritación que siempre provocaban en aquella débil y rabiosa mujer la pérdida, tal vez el humo y el lugar mismo con las caras de los presentes.

Pues peor; era una razón de más para seguir el juego con aquellos últimos y más que mezquinos recursos. Más tarde ya se le ocurriría algo para el viaje y la cena. La mesa siguiente era de *trente et quarante*. Alessandro apostó al negro. El empleado extendió las cartas del negro y anunció: *un*. «Lo sabía», se dijo Alessandro mientras el empleado extendía las cartas del rojo, «sabía que esto sería otra cosa; con un uno se puede esperar no perder». El empleado volvió a anunciar: *un, après*. En ese momento del juego era la única combinación favorable a la banca y había salido. La jugada siguiente, ni siquiera hay que decirlo, fue rojo. La apuesta de Alessandro, ya virtualmente reducida a la mitad, fue definitivamente retirada.

Todo estaba tan claro, se decía poco antes, que saltaba a la vista. Entonces, ¿por qué seguía y seguía? Pero una vez más: en este juego había que contar con la indigna posibilidad del *après* de uno, por tanto la cosa no parecía del todo equitativa. No, mejor el *chemin de fer*; en él, jugando de pie, no se pagan porcentajes ni hay ventaja para nadie.

Adele lo seguía como un espectro.

—Dame ese dinero.

—¿Cuál? ¿El del viaje? Estás loco. Y, además, habrá que comer algo...

Viaje, comer. ¡Qué ideas tan raras tenía Adele! Alessandro se quedó mirándola sombríamente, sintiendo cómo el sudor le caía por la frente y sintiéndose el ser más miserable y abyecto del mundo. Apiadada, tal vez, o demasiado ofendida, la mujer dijo de pronto:

—¿Lo quieres? Tómallo —y se lo ofreció—, pero luego te encargarás tú de todo. Yo... yo estoy harta de... No sé qué vamos a hacer porque...

Alessandro ya no la escuchaba. La mujer se alejó contoneándose con despecho. El esperó una de esas jugadas que se consideran seguras, después de un nueve contra dos figuras por parte de la banca, y apostó.

El punto sacó nueve y figura a su vez. El banquero sacó un segundo nueve y otra figura: *encarte, égalité* (extraño fin de una noble palabra, pensó lúcidamente Alessandro). Y en la próxima jugada perderé. Estaba seguro. ¿Por qué no retiraba su apuesta? El punto pidió carta, la banca descubrió un ocho, como era de esperar.

Alessandro jugó unas manos más y sólo le quedaban unas pocas liras para los gastos; decidió volver a la ruleta. Apartado en la penumbra, atisbo, sentada a una mesa de juego vacía, a Adele y se la imaginó como tantas veces la había visto: extraordinariamente demacrada en una hora, gris de piel, con la mirada apagada y un depósito de lágrimas (a causa del resfriado o a causa del humo) en el borde del párpado inferior enrojecido, con sus gestos maquinales de ajustarse la peineta, de chuparse el dedo y pasárselo por las pestañas y de frotarse la oreja. Pero desde allí encontró el modo de lanzarle una mirada tétrica y (dichosa ella) enfurruñada.

Ahora había que cambiarlo todo en billetes de doscientas liras y con ellos, despacito, despacito, tal vez...

En resumen: ¿cuál era la pregunta que Alessandro hacía con tanta insistencia a la ruleta, la pregunta cuya respuesta ya conocía y que, sin embargo, no se cansaba de repetir? Es más, ni siquiera era necesario que la bola se contorsionase angustiosamente entre las espiras de la superior y oscura potencia que la dominaba para que él comprendiese el lenguaje límpido y férreo de esa potencia. En lo más hondo de su corazón, en su propia consciencia, ya tenía la respuesta, cada respuesta, antes aún de que la voz hablase o hubiese hablado ya que ella era la suya misma y su obstinado interrogar no podía ser otra cosa que un inútil engaño tendido a sí mismo, una superchería, una trampa.

¿Cuál era la pregunta? Antes todo había parecido sencillo y evidente; ahora parecía que las ideas se le confundían. Pero, tal vez, esta confusión no fuese más que una renovada defensa de sus sentimientos más inertes y vaporosos, no fuese más que blanda piedad de sí mismo. Lo cierto es que la pregunta no podía ser otra que la que todos los hombres hacen a su propio destino: ¿qué debo hacer? No podía ser otra por la sencilla razón de que Alessandro sabía muy bien qué debía hacer, incluso sabía el modo en que debía hacerlo. En primer lugar, debía dejar a Adele, la cual era, sin culpa por su parte, al contrario, a pesar suyo, como una encarnación del juego o,

mejor, de aquella parte del juego que no es sino corrupción, abandono y pérdida del alma. Adele, con tantos buenos sentimientos, exclusiva, además, de todo cuanto hay de noble, de fiel, de casto. Luego, volver a una modesta vida de trabajo. Y entonces (cien veces había pasado por esa experiencia) ese mismo poder que ahora le arrebatava la victoria e incluso el aliento le habría ayudado, incluso de modo imprevisto, incluso sin ningún mérito concreto por su parte. Ello habría compensado su sola buena voluntad, independientemente de los resultados alcanzados. Porque, ciertamente, no es necesario hacer bien una cosa de modo absoluto, basta con hacerla lo mejor que se pueda y es lo mismo, si no para los demás al menos para sí mismo y ante... Dios. Sí, bastaba con vivir con pureza de corazón y ya no habría más dificultades, ni siquiera prácticas. Entonces, ¿por qué con esta clara y religiosa consciencia, Alessandro se obstinaba en una experiencia que manifiestamente lo rechazaba? Su destino no estaba en el juego. Sin embargo... Pero de nuevo: si la pregunta no era lo pura que se ha dicho, ¿qué le pedía al juego? Era evidente: dinero, olvido de sí mismo y de todo, condenación, todo lo que, en pocas palabras, es vil, corrompido, abyecto. Es verdad. No obstante, llegado a este punto, el razonamiento podía tomar diversas vías. Por ejemplo, ¿cómo es, se pregunta, que sentía la necesidad de todo lo dicho? Tal vez la pureza de corazón también sea un don de Dios; tal vez no se pueda, *no se deba* (digan lo que digan los sacerdotes de todas las religiones) ganársela fatigosamente, so pena de perderla, o sea, de perder la esperanza en ella para siempre. Sin embargo, a veces, se tiene el sentimiento, la certidumbre de que la gracia descenderá sobre nosotros invocada, solicitada, provocada por nuestras buenas obras, por nuestra paciencia... ¡En qué lío me estoy metiendo! Pero una cosa es cierta, que mi camino no pasa por aquí; más aún, sé muy bien lo que debo hacer. ¿Y si intentara abandonarme a esta voz que tan alto habla en mí? Un poco a la vez, con paciencia, con esta paciencia, al menos, que pongo en este juego de unas pocas liras, tal vez podría reconstruir mi vida, tal vez... («¡Paciencia!»). Y si sé tan bien lo que debo hacer y hasta cómo hacerlo, ¿por qué al final no lo hago? ¿Se puede creer seriamente que uno vea lo mejor y se aferre a lo peor?... Dios mío, ¿será verdad que ya no hay esperanza para mí y que estoy perdido para siempre?

(¡Cómo se derrumbaban a su alrededor todas las apariencias! ¿Qué sentido podía tener el paseo entre las mesas de aquel engreído señor al que Adele llamaba «el pavo real»?)

Y hay otra cosa que, por el momento, también es verdad: que me quedan cuatrocientas liras en dos billetes de doscientas. Esto es lo más importante y lo más grave. ¡Oh! ¿Dónde apostar uno de ellos? Porque si lo pierdo, ¿quién tendrá valor para apostar el último? ¿Y el viaje y la cena y los cigarrillos y...?

Ya lo tengo: al negro. Los dos al negro, que lleva cinco jugadas sin salir. «¡Cinco!» ¿Y si me los juego al cinco, como si tal cosa, como si tuviera dinero para tirar y jugase por simple diversión, por simple curiosidad? ¡Eh! No estarían tan mal jugados, después del catorce que acaba de salir, lo cual serían exactamente catorce

mil liras con las que podría volver a empezar. Me he pasado toda la noche dándole caza al cinco... El cinco (¡pero esto es de locos!). ¿Por qué, con la mala suerte que tengo, de treinta y siete números iba a salir precisamente el cinco? Con cuatrocientas liras no se puede apostar un pleno a un solo número, sería pueril. No, no, están mejor apostadas al negro; al menos tendré cincuenta probabilidades de ganar entre cien (ya, ya, es sólo una cuestión de probabilidades), cincuenta no, pero casi...

Adele se había levantado de su lugar de dolor y venía hacia él.

—...*Rien ne va plus.*

—¿Aún no se te acabó el dinero? ¿Sabes qué hora es?

Allí estaba ella, con la terrible mala suerte que daba. Ya estaba convencida antes de venir a San Remo de que perdería todo, hasta el último céntimo; estaba profundamente y matemáticamente convencida de ello y, por otra parte, no lo había ocultado, así como no se preocupaba por ocultar una cierta sensación de triunfo cuando la suerte adversa se había cumplido: triunfo por su propia sagacidad, tan fácil, pero también por la confusión de su propio enemigo, de él mismo, o sea, Alessandro. Es más, tal vez no era tanto por celos si lo acompañaba a sitios como éste cuanto por disfrutar de su envilecimiento, que lo unía más a ella, a su abyección. Pero esta vez el negro saldría y a él le tocaría triunfar, apretar triunfalmente en el puño ochocientas liras (de cien mil) y... ¡El cinco! El cinco, que, además, es rojo...

—¿Te das cuenta de que ya es medianoche? Además, siento que me voy a desmayar —en cambio, lo miraba con ojos de basilisco.

¿Qué estaba diciendo de la hora? ¡Si sólo saliera el negro!

—*Cinq, rouge, impair et manque. Rien numéro.*

¡El cinco! El cinco, ¿cómo es posible?... ¿Ya estás satisfecha, maldita bruja?

Luego pasó lo de siempre, lo mismo que todas las otras veces, los actos, las palabras, repetidos en el mismo orden desde hacía una eternidad; la habitual y vulgar escena de Adele echando llamas ya en la escalera del Casino y siguiendo así durante casi todo lo que quedaba de noche; el hotel, que no se sabía cómo pagar; las carreras a la mañana siguiente temprano buscando amigos y prestamistas a quienes mendigar socorro, las esperas interminables y todo lo demás.

El sol de siempre. En el puertecito sacaba chispas de luz, como el hierro en el pedernal, de la compacta y plácida superficie del agua. Las palomas apenas susurraban. Desde lo alto el edificio del Casino miraba con aire divertido y las orejas erguidas. Un cangrejito, bien visible en un escollo a flor de agua, se dejaba mecer por el blando movimiento de las olas. Y la encantadora colina... Pero no, después de todo no había nada de feroz ni de burlón en aquel aire brillante que parecía ofenderles, ni en aquel sol que cubría como un radiante cobertor tantas vividas apariencias. Ni tampoco había nada de fúnebre. No había más que indiferencia, tal vez, y, tal vez, hasta benignidad, aunque impotente; tal vez, por último, sólo era la oscura sensación de sufrimiento que siempre va contenida y como implícita en los elementos

expuestos. ¿Qué necesidad había de imaginar que el difuso fulgor escondiera una soez corrupción, una trampa tremenda? Aquellos objetos dispersos sólo buscaban con ciego dolor su inalcanzable cumplimiento, si es cierto que orfandad y viudedad de la patria celestial son la suerte de todas las cosas de aquí abajo.

Y, más tarde, durante otra espera, Alessandro se volvió a encontrar en un banco del paseo, una vez más frente al mar (desde un arriate junto a él lo miraban ceñudos los rostros de un manípulo de «mesnaderos», como Adele llamaba a los pensamientos). La mujer estaba sentada junto a él, por fin en silencio, y con el bolso se protegía la frente del sol.

Cómo encaja todo, pensaba. Si ayer hubiera ganado aunque sólo un poco, si la mala suerte, que lleva años ensañándose conmigo, me hubiera dado tregua un solo momento, quizá yo mismo estaría perdido para siempre. Ahora sé que ella es, en cambio, mi ángel bueno. Me persigue, pero como la voz de Dios que hablaba al profeta en el desierto. Si a todas mis solicitudes, a todas mis imploraciones, esta voz severa y vivificante no hubiera contestado siempre no, no, no, general y particularmente, ¿qué habría sido de mi alma? Tal vez me habría convertido en presa irrevocable del demonio. Voz sin piedad, como la de un padre para el que por encima de todo está la salud de su criatura, voz...

—¡Qué harta estoy! Todo esto me da asco. Juro sobre la cabeza de mi sobrinito que ésta es la última vez. Querido señor mío, ahora tendrás que trabajar duro si quieres jugar. Trabajar y...

... Ahora no sólo sé lo que debo hacer y cómo, sino también que puedo hacerlo, y fácilmente. Ahora mi deber ya no me cuesta ningún esfuerzo. Dios, o quienquiera que seas, te doy gracias por...

—... Muy gorda, ¡y hay que ver cómo se viste! Está hecha una vieja puta y me da rabia que...

Pero no basta con estar aquí fantaseando a base de buenos propósitos. Al final es necesario actuar y eso también lo sé muy bien; sé muy bien cuál debe ser mi primera obra...

—... Estúpido, malvado, realmente innoble.

—¿Pero qué demonios te pasa ahora? ¿No podrías seguir callada un ratito más? ¿Por qué lloras?

—¿Que por qué lloro, eh? Pero cuando se trata de procurarse dinero tú te quedas tumbado a la bartola. ¿Y quién tiene que apechugar con todas las humillaciones? ¿Quién tiene que ir corriendo de acá para allá? ¿Quién...?

Mi primera obra debe ser y será, ya lo he dicho, alejar a ésta. Eso está muy claro. Ahora bien, ¿para qué perder tiempo? No es más que un momento: se cierran los ojos, se tapa uno, sobre todo los oídos, y... Diría que éste es el acto en que se resume todo lo que tengo que hacer. ¿Entonces a qué espero?

—Mientras tanto, podrías ir a la estación a ver qué trenes hay. No podemos quedarnos más aquí. En el mejor de los casos apenas si nos queda para los billetes.

¡Los billetes! Es verdad: aquí yo no conozco a nadie. Quedarse tirado en la calle sin un céntimo en el bolsillo... Bueno, mi decisión está tomada de una vez por todas y es irreversible, de modo que, aunque causas de fuerza mayor me obliguen a aplazar su cumplimiento...

Causas de fuerza mayor: mi cobardía. (Dijo el mendigo a Marivaux: sí, tiene usted razón, soy joven y fuerte, *mais que voulez-vous, Monsieur, je suis si paresseux!*)

De repente Alessandro recordó que una tarde lejanísima había permanecido un rato en uno de estos bancos, tal vez en el mismo de ahora. Como a través de una niebla brillante, volvía a verse allí, frente a aquel mar, solo y feliz. Había los mismos densos efluvios, los escasos transeúntes tenían en sus rostros la misma expresión entre digna y gozadora, los hombres cuidadosamente afeitados, las mujeres, con vestidos de alto precio. Sólo que él tenía muchos años menos y era poco más que un jovenzuelo. Y no era feliz sólo porque estaba solo, solo con sus esperanzas, con sus certidumbres, sino también, en concreto, porque había ganado una fuerte suma en el juego. Había ganado y estaba seguro de que habría seguido ganando apenas se volviera a abrir su mesa, y después, siempre, hasta el infinito, que toda su vida habría sido una perpetua victoria. Y paladeaba la alegría de entrar (como luego hizo realmente) en el más suntuoso y caro de aquellos muchos restaurantes y de decir fríamente al camarero, que debería quedarse, para mayor placer de la situación, algo confuso: espero que tengan alguna buena botella de viejo borgoña. Tráigamela. Y de todo su ser se adueñaba una fuerza sin límites previsibles; y las mujeres y la gloria...

—¿Pero qué haces ahí atontolinado? ¿Quieres hacer algo, so mentecato?

¿Qué había en común entre aquel jovenzuelo y este hombre maduro y cansado? ¿Entre los libres sentimientos de entonces y esta paciencia ante los ultrajes? ¿Cómo pudo producirse tal cambio? ¿Quién lo había producido? Ella, ella tiene algo que ver con eso. Es más, ella era la causa de todos sus males, era la flor roja del cuento.

Pero no, ¿qué tenía que ver ella con su vida malgastada, con sus verdaderos males?

—Venga, acompáñame, señor Molusco.

Llegados a este punto, el narrador de la presente historia opina que no tiene nada más que añadir... sino la historia misma. En efecto, el posible lector debe saber antes que nada que el narrador no es otro que el personaje simulado bajo el nombre bastante paradójico de Alessandro. Y la historia de este Alessandro, *alias* mío, del narrador, o sea, aquella parte de su historia que se refiere a la presente historia, se cuenta pronto. Pero para que todo esto no se convierta en un galimatías incomprensible, para empezar, cambiemos de persona.

Así pues, yo, Alessandro, al volver de una de estas expediciones de la que habéis, *tant bien que mal*, escuchado el resumen con sus correspondientes vaniloquios interiores y sus correspondientes buenos y extremos, aunque inanes, propósitos, yo, Alessandro, naturalmente, no pensaba más que en volver a San Remo o adonde fuera

y en lanzarme a aquella impar, aunque verdaderamente épica, lucha con la ruleta. Pero para hacerlo necesitaba, evidentemente, dinero, y el caso es que ya no sabía de dónde sacarlo. Porque esta vez Adele no era nada *dulce* y no quería ni oír hablar de hacerme un préstamo; préstamo, además, cuyo reembolso parecía, si no problemático, remoto... Pero, se me interrumpirá aquí, ¿no había dicho esta Adele en un cierto momento de tu jugosa narración, no había dicho, aun en su habitual modo confuso, que ya no tenía más dinero y que aquél era el último, etcétera? Sí, pero Adele es una mujer de muchos recursos y, como quien no quiere la cosa, apenas de regreso en Florencia le telefoneó el notario para anunciarle una pequeña herencia que, como ya he dicho, de ningún modo quiere jugarse.

Ésta es la situación. Ahora bien, ocurrió que sintiendo que iba a ceder a mis reiteradas peticiones de dinero, la buena mujer (que, a su manera, me quiere), urdió un sistema para favorecerme sin, según ella, perder nada. Pero, como se verá, esto es una especulación típica de mujeres. Y aquí encaja otra premisa. En otro tiempo fui escritor, un escritorzuelo, sobra decirlo, al que nadie apreció nunca. Sin embargo, ella se obstina en creer en no sé qué cualidades ocultas mías. ¡Pobre mujer! Que se consuele como pueda de los disgustos que le doy. Y se le ocurrió la siguiente solución. ¿Quería jugar? Pues que trabajase, y ella, por su parte, habiendo obtenido, al menos, verme seriamente ocupado, me habría pasado una pequeñez (que haría avergonzarse a papá Gabriele) por las diez primeras páginas manuscritas listas para su publicación, y otra inferior por cada una de las siguientes, imprudentísima proporción. La pobrecilla se hace ilusiones de colocar tales escritos en periódicos o revistas o de reunirlos a su debido tiempo en un volumen y de recuperar todo o casi todo el importe de su desembolso, que de esa manera sólo figuraría como un adelanto.

Lo demás va de suyo. En el más breve tiempo posible tenía que escribir algo que tuviera al menos una lejana apariencia de cuento, pues tal es el género exigido por Adele, y que en una de éstas alcanzase la cifra mínima necesaria para la nueva expedición. Pero como yo nunca supe escribir cuentos y como, por otra parte, no se me ocurría nada ni tenía nada que decir ni a los demás ni a mí mismo, mi malestar era grande. Es difícil poner de pie a la simple nada y, en conclusión, tuve que recurrir a la astucia. Decía que más de una vez había observado cuánto interés ponía Adele en sus experiencias personales y cómo le gustaba un estilo balzaquiano o, mejor, naturalista y característico, o, mejor aún, inconclusivo al abordar los temas (contrario al alusivo y metafísico que practiqué en mis tiempos), y al que repetidamente me había incitado. Combinando, pues, estos dos elementos tal vez habría podido componer una receta buena, al menos, para mi enfermedad. Dicho con otras palabras y con más ajustada imagen: un guisote o calducho agradable a su paladar.

Y, al no tener nada mejor que hacer, eso es lo que me he propuesto. Cómo me irá no lo sé, porque, a pesar de todo, Adele no es tonta. Mañana le presento esto que escribí durante la noche (pues mañana por la noche quiero volver al trabajo) y ya se

verá.

A mí me basta con que esto le guste a ella. ¿Qué importa lo demás?

Post scriptum

¿No *juegan* los pájaros en la luz serena?

¿No *juegan* los peces en el fondo del mar?

Pues yo cuanto me plazca quiero *jugar*

Y *jugarme*, si es el caso, la vida eterna.

UN TRATADO DE PSIQUIATRÍA

AQUELLA vez que volví del Fuerte establecí una estrecha relación con un personaje ni vivo ni muerto, ni de carne ni de hueso, aunque pesado y parlanchín; es decir, con el libro del señor Kraepelin. Era fatal que un enfermo de mi especie cayese en algún tratado de psiquiatría y resulta que yo poseía éste, viejo y óptimo, del profesor muniqués, al que sólo se le podría reprochar una anticuada terminología. Pero he dicho que poseía. Muy pronto el libro, o más bien él, me poseyó a mí y me tuvo a su merced, resultado igualmente fatal. El gran ascendente que alcanzó se debía en primer lugar a su aguda inteligencia y a sus hábitos de observación, los cuales hacían que entre sus páginas, o brazos, yo encontrara invariablemente todo cuanto se adaptaba a mi caso, incluso en sus mínimos detalles. Entendámonos, con eso no quiero decir que me ofreciera remedios o emplastos de ningún tipo; al contrario, sus pronósticos siempre eran infaustos y, llegados a la cuestión del «tratamiento», se limitaba a advertir con más o menos palabras que no había ninguno. En cambio, digo que me sentía, y era, seguido y sorprendido por él hasta en mis menos significantes actitudes exteriores o interiores. Sin embargo, hay que decir que, como suele, me prestaba muchos de los síntomas a su disposición. Tampoco es necesario decir que mis sentimientos hacia él eran dobles y contradictorios.

Resumiendo: ¿Sucedió que una noche yo paseaba seis horas seguidas por la sala imaginando insistentemente que ganaba no sé qué pavorosa suma en el juego y que compraba a cualquier precio el feudo de Campello y que levantaba castillos en tal y tal punto, castillos de tal y tal forma en los que etcétera, etcétera? Y él, prevenido, escupía: «Muchos (enfermos, se entiende) gustan de pintar con la mayor minuciosidad imaginarias condiciones de vida y aventuras y se complacen en el papel de grandes señores o de audaces héroes en una edad en la que, generalmente, tales tendencias muchachiles suelen haber desaparecido tiempo ha. Recuerdo el retoño degenerado de una antigua familia que a la edad de veintiún años fantaseaba creyéndose poseedor de inmensas riquezas, diseñaba planos de grandes castillos, hacía presupuestos para sus magníficas residencias que él, en su pensamiento, había establecido en los parajes más hermosos». ¡La pérfida precisión de sus palabras! Una sola cosa no encajaba: que *este* retoño degenerado de una antigua familia tenía dos veces la edad del otro. Y más. ¿Seguía paseando por la misma sala y mi vista caía en una inocua silla y me entretenía algo considerando su modo de ser? Pues él, abierto al azar, como se hace con la Biblia: «A veces son objetos cualesquiera del ambiente en los que se detiene la mirada los que constituyen el punto de partida para las obligadas preguntas: ¿Por qué esta silla está así y no así? ¿Por qué se le llama precisamente silla? ¿Por qué tiene cuatro patas, ni una más ni una menos? ¿Por qué es oscura? ¿Por qué no es más alta? ¿Por qué no es más baja?». ¿Entraba como un torbellino en la cocina y regañaba a la criada: ayer la carne de la cena era demasiada; recuerde que

todo lo más puedo comer cien gramos, ni uno más?: «Otros pesan con la máxima exactitud sus comidas». ¿Imaginaba que degollaba a mi padre que leía con el cuchillo de que se servía para cortar las páginas?: «La pregunta se le presenta así al enfermo: ¿qué ocurriría si tú matases con ese cuchillo a una persona, a tu hijo?». Y así sucesivamente, pues tendría que referir demasiadas situaciones semejantes. En general, así es como se expresaba a propósito de mi pobre persona: «Algunos enfermos pueden mostrarse exteriormente tranquilos y manifiestan su desgraciado estado de ánimo y sus tormentos sólo a sus parientes más directos o al médico. Por excitaciones exteriores tal vez sean alegres, extraordinariamente amables e incluso audaces, para volver más tarde con una cierta satisfacción, en cuanto se les deja consigo mismos, a reflexionar sobre la miseria de su vida. Cada deber se les presenta como una montaña: la vida, la actividad (¿pero cuál?) son un peso que llevan por costumbre, con obligada resignación, sin verse compensados por la alegría de existir, de actuar. Los enfermos no tienen ninguna confianza en sus propias fuerzas; siempre se desesperan en cualquier trabajo y son presa fácil de la angustia y del desánimo; se sienten inútiles en el mundo, inservibles, nerviosos, enfermos. Temen el estallido de una grave enfermedad y, especialmente, una alteración psíquica (¡temen!), una enfermedad cerebral». O bien, añadía, se abandonan a la más completa misantropía. O precisamente: «renuncian cada vez más a cualquier actividad seria y dejan, flojos y sin voluntad, que todo vaya de cualquier manera». Finalmente, observando pertinentemente que entre estos enfermos pueden encontrarse algunos dotados de algún modo para las artes, apostillaba: «En la escuela a veces despiertan grandes esperanzas a causa de su talento, esperanzas que luego no se confirman por la superficialidad e inconstancia de estos sujetos. Son esos muchachos de los que se dice que podrían hacer mucho más si quisieran; sólo (se carcajeaba) que, desgraciadamente, no pueden querer».

Eso es lo que más me espantaba: para él no había ni la sombra de una duda de que yo era un enfermo y, por añadidura, incurable. Y durante mucho tiempo se negó a darme el más mínimo placer: en mi caso no había absolutamente nada que hacer. Pero, a la larga, cada vez más apremiantemente solicitado por mí, tuvo que confesar que «muy a menudo pequeñas dosis de alcohol pueden prevenir oportunamente que brote el ansia» y que en los «impulsos» (aparentes de la obligada locura, como el ya citado de matar a mi padre) «nunca se llega a la acción; todo lo más, puede ocurrir que los enfermos alguna vez no sean capaces de resistir a la tentación de blasfemar en ocasiones particularmente solemnes o de sustituir en la oración las palabras establecidas por frases sacrílegas u obscenas». (Pues paciencia.)

De ese modo mi obsesión se alivió algo. También en mi ayuda vino, por último, una frase que debo suponer que se le escapó al amigo y, la verdad, un poco ridícula, pues presenta contenidos kantianos, leopardianos y de ese estilo, y casi las personas físicas de esos grandes: «De ese modo a veces pueden brotar, en forma de varios arrebatos, numerosas preguntas, inútiles, irresolubles e incluso tontas, que el enfermo

se esfuerza en vano por reprimir. El contenido de estas cuestiones toma, no raras veces, una dirección general, metafísica y que se refiere especialmente a la procedencia y al desarrollo de las cosas (*preguntas sobre la creación*) y forma con ellas una larga cadena. ¿Qué es Dios? ¿Cómo es El? ¿De dónde ha venido? Antes que nada, ¿hay un Dios? ¿Cómo surgieron el mundo y el hombre? Uno de mis enfermos sentía, especialmente cuando estaba fuera de casa, la necesidad de reflexionar sobre el infinito, pues todo le oprimía». Dándose cuenta, la verdad, de que algo no funcionaba en su razonamiento, quiso concretar su pensamiento, pero al hacerlo en cierto modo agravó la situación: «Nosotros podemos recordar que el deseo de darse cuenta claramente de la esencia de las cosas es en sí mismo el último resorte de todo trabajo intelectual. Lo que le imprime en este caso su carácter psicológico es la imposibilidad de llegar a una conclusión cualquiera, siendo esa imposibilidad determinada no sólo por el contenido insensato de las preguntas mismas sino, sobre todo, por la sensación, duraderamente existente, de una ansiosa incertidumbre». Hay que ver qué elegancia de lenguaje. Y para concluir, después de haberme descubierto la más grande variedad de síntomas, que iban desde los estados crepusculares hasta la misma ataxia, e incluso la agrefía, y, como guinda, mi gran semejanza con un demente representado en una lámina, por fin pude abandonar a mi amigo y enemigo, al que el polvo cubrió.

A lo mejor estas cosas hacen reír. Pero un sano nunca podrá conocer esas horribles imágenes del mundo que, incluso sin ser del todo ideas delirantes o referirse a algún objeto en particular, son como desviaciones, del tamaño de una uña si se quiere, de la visión común o insensatas exaltaciones de ella, cuando en nuestra observación de los hechos u objetos más indiferentes hay algo que no encaja y nuestra conciencia de la realidad palidece y vacila, al henchirse los mismos de enigmas y de amenaza. Y, una vez más, no estoy hablando metafísicamente sino que intento transmitir sensaciones físicas.

No tengo ganas de seguir hablando de esto: el examen sería, como siempre, encarnizado y, además, sólo el recordar estas inertes sensaciones hace que el corazón se me caiga a los pies. Además, no tengo tiempo. Es la hora de Ginebra.

PREFIGURACIONES: PRATO

YO (¿pero cuántas veces habré escrito este condenado pronombre?), yo era un niño al que con un año y medio de edad habían llevado ante su madre muerta con la vana esperanza de que sus rasgos se le quedaran impresos en la memoria, y que había dicho: dejémosla tranquila, duerme. Ello puede explicar muchas cosas de mi infancia (casi todo) y, en cualquier caso, las condiciones generales de la misma. Así, a pesar de los esfuerzos de mi padre, que nunca quiso volver a casarse, y de otras personas buenas, especialmente de una, llegó el momento en que hubo que meterme en un colegio.

Mi padre se había hecho enviar prospectos, programas y opúsculos varios de todos, por así decir, los principales colegios de nuestro país y de Europa y su estudio de tales publicaciones duró mucho tiempo. Finalmente, se decidió por el viejo y clásico Cicognini porque, dados los tiempos calamitosos (¿y cuántas veces a lo largo de mi vida habré debido escribir este adjetivo?), el extranjero no dejaba muchas opciones.

Llegamos a Prato una tarde de primeros de noviembre, creo. Era un otoño perezoso y nebuloso, o así es como lo recuerdo. Lo que más me impresionó durante este primer y rápido recorrido por la ciudad fue un monumento a un carpintero, un tal Magnolfi (representado en la actitud de apoyarse en un largo cepillo, con una punta del delantal metida en el cinturón), que ya no he vuelto a ver o a encontrar. Pernoctamos en un antiguo hotel de la plaza principal. Al día siguiente empezamos por ir al barbero, bajo cuyas tijeras, y con cierta emoción por parte de mi padre que entonces no comprendí, cayeron mis cabellos; aún los tenía intactos, es decir, me llegaban hasta las orejas. No sé cómo pasamos el resto del día. Pero llegó la noche...

No sabría describir la angustia de aquella separación. La mía, pues yo era un niño tímido y puro como una virgen, con gran prevalencia de características, precisamente, femeniles, incluso en el físico, lleno de sentimientos recónditos, de sentimientos sutiles y atormentados, sin nada más entre ellos. Y la suya, acaso mayor, ya que debía empujar a semejante hijo a un mundo que sabía que le sería adverso. Recuerdo, y recordaré siempre, aquel último paseo por un desolado pasillo del colegio, en la planta baja, hacia la puerta, exhortándome a ser fuerte y a reconocer la necesidad de tal separación (exhortándome a mí y a sí mismo), mientras yo lloraba desesperadamente sin querer atender a razones. Al final, llevando a cabo, quizá, el mayor acto de valor de su vida y, tal vez, ayudado por lo que creía que era su deber, se fue, pero para ir corriendo, como luego supe, a ver al rector y hablarle largamente de mí, de lo que yo era y de los cuidados que necesitaba, y obtener, como es fácil de comprender, el único resultado de suscitar un asombrado y perplejo fastidio en el rector. El cual le respondió a todo, más o menos, que conviene fiarse de los educadores elegidos por nosotros mismos y que, además, una atención demasiado

celosa puede ser nociva para los educandos. Así pues, mi padre reemprendió tristemente el camino de casa, mientras que yo, con los brazos aún tendidos a su imagen que se alejaba y con el corazón desgarrado, me quedaba solo en el vasto mundo, mejor, en el blanco mundo, como dicen los rusos, en una región inhóspita y helada como la que constituye su mundo (o que constituía, antes de los logros del régimen).

Ahora se trataba de reconocer esa región y de hacerla lo más familiar posible. Pero, como el viajero de la estepa por el viento, inmediatamente me quedé helado y paralizado por el horror. Mis compañeros eran como todos los muchachos, ni buenos ni malos, ni acogedores ni demasiado huraños. Sólo morbosamente (o, más bien, fisiológicamente) atentos a lo que del compañero fuera particular o excepcional o juzgado como tal por la mayoría. Su sentido social era, como suele ocurrir, por un lado, muy desarrollado y, por otro, insuficiente. Ello debía bastar para que yo me hallase a disgusto entre ellos, pero hasta aquí tal vez habría sido algo más o menos superable. En cambio, lo que en ellos me resultaba verdaderamente intolerable era el lenguaje. Hablaban constantemente de cosas turbadoras y prohibidas, aunque desconocidas para mí. O mejor, hablaban de ellas con palabras terribles que, ignotas, sin embargo descubrían su sentido misterioso; quiero decir, cargadas de un sentido misterioso y detestable; palabras que hacían temblar. He dicho: o mejor, porque entonces yo tenía una especie de religioso y supersticioso amor y terror a las palabras (que luego me duró mucho tiempo), en las que concentraba toda la carga de realidad, escasa, ésa es la verdad, que lograba descubrir en los varios objetos del mundo. Más claro: las palabras eran casi mis únicas realidades. Habría estado dispuesto a hacer la vista gorda con las cosas que estas palabras de mis compañeros, más que designar, sobreentendían o aludían, ¡pero con las palabras! Y después de todo, o sea, por lo que la realidad contaba, ¿qué terribles cosas no podían evocar? Y hacían alegres orgías precisamente con esas palabras. Incluso estaban recopilando un diccionario o glosario. Recuerdo la redacción de una voz. Cinco o seis de ellos reunidos alrededor de un pupitre y uno (recuerdo su nombre) que dictaba: «*Cucú*: lenguaje infantil: m...» Tampoco olvidaré nunca la expresión astuta, bestial, voluptuosa que iluminó su rostro al pronunciar esta última palabra, que era, está claro, una de las más inocentes y menos inquietantes. Cosa singular: esas palabras no ejercían la mínima atracción en mí a no ser la propia del horror; así, al menos, me lo parece, aunque ahora me resulte difícil volver a situarme para ello en el estado de entonces. Concluyendo: desde aquellos primeros tiempos formulé el proyecto de hacerme sacar de allí dentro a cualquier precio en cuanto se presentase la ocasión. Además, es fácil imaginar qué vida me procuraba entre mis compañeros mi ignorancia acerca de sus cosas y la repugnancia por sus palabras. Y, para concluir de otro modo, no quiero dejar la cuestión sin afirmar que el hombre se degrada y cae en la vulgaridad, se vuelve grosero y torpe a medida, o cuando, se degrada en él el sentido religioso de las palabras. De lo que no se pretende inferir nada, ni tanto menos en favor de ésta o de

aquella estética. Yo solamente constato un hecho que puede explicarse de varias maneras.

Mientras tanto, si no otras realidades, otras apariencias se iban conformando a mi alrededor. Por ejemplo, una noche en que nos desnudábamos en el dormitorio vi rojear (debo decirlo así para describir exactamente mi impresión) algo entre las piernas de mi compañero más próximo, un rubio. Pues bien, ¿qué distinto de mí era este compañero mío y qué distintas eran, en particular, algunas adustas partes de su cuerpo de las mías! Y, sin duda, su uso también debía ser distinto, ¿o yo mismo habría podido servirme de las mías para los mismos usos innombrables aunque imprecisos y, después de todo, unimaginables? Rechazaba esa idea con espanto. Así, de todos modos, si bien en mí no se degradaban en su valor absoluto, aquellas palabras empezaban a despotenciarse en objetos, a corresponderse, al menos, con ellos o a ellos, es decir, con algunos objetos determinados.

Pero para mí, la función, digamos superior o sólo paralela o distinta de la obvia, de ciertos órganos era, si no evidente (en su naturaleza), sí manifiesta (en sus leyes). En efecto, y para explicarme, confesaré aquí cándidamente lo que tal vez pueda parecer una monstruosa anomalía y que, a lo mejor, lo es de verdad. Notaba cómo a pensamientos de un determinado orden en mí respondía un determinado movimiento fisiológico. Por otra parte, el hecho es que aquellos pensamientos no eran, como podría uno imaginarse, lúbricos sino, al contrario, tristes y dulces y, para abreviar, profundamente melancólicos. Más claro: el movimiento tenía lugar especialmente si pensaba en una persona querida muerta. Y no añadido más a ello y lo cedo, si es conveniente, al estudio de psicólogos, psicoanalistas y semejantes atareados personajes.

Como nunca pude acostumbrarme a satisfacer mis necesidades naturales en común o a la vista de otras personas, esperaba a que llegara la noche y a que todos se hubieran dormido para deslizarme despacito de la cama y retirarme a esos lugares cómodos, o incómodos, contiguos al dormitorio. Vaya por delante que entre los moteles que me habían puesto estaba el de «budista», debido a mi dispensa de las funciones religiosas en la capilla del colegio. También tengo que decir que nuestro celador, que dormía entre nosotros en una especie de caja de tela, era napolitano o así (tanto es así que a Prato, al menos entonces, se iba a aprender el salernitano o el avelinés). Quiero decir que un toscano se habría comportado de otro modo en el siguiente episodio. Pues bien, ocurrió que una noche, mientras yo esperaba el momento adecuado para levantarme, este celador salió de su tienda y fue a toda prisa a la puerta de los retretes y, ostentadamente, la cerró con llave, añadiendo alguno de esos gruñidos inarticulados en uso entre los meridionales y que venía a significar: joróbate. Luego, mientras este ejemplar educador volvía a meterse en su tienda, de una cama se alzó una voz: «Querido budista, te quedas sin ir al retrete». ¿Por qué todo eso? Pues se me infligía una clara injusticia con todo el aire de colocarme en la situación de acusado. Pero me callé; sabía demasiado bien que sospechaban de mí, que todos sospechaban

en mí algo sórdido y abyecto, aunque yo no podía ni figurarme qué era exactamente.

La sospecha se convirtió en certeza o casi, supongo, cuando establecí una cálida amistad con un compañero (cuyo nombre también recuerdo), abandonándome a ella con confianza y candor. Era un muchacho de una cierta dulzura y comprensión, aunque vivaz y arrogante no poco, y a mí me gustaba incluso físicamente, en el sentido de que siempre me gustaron, y todavía me gustan, los amigos queridos y, en general, las personas amadas, sentimiento en el que se puede ver algo sexual, no me opongo. Pero entonces no sabía cómo se interpretaba ese cálido afecto o, mejor, ahora lo sé muy bien. Y mi propio padre pudo engañarse en esto, pues, habiéndole los educadores comentado algo, me soltó (¿o fue en otra ocasión semejante? Durante el momento álgido de las huelgas de los ferroviarios él casi se había establecido en Florencia para no correr el riesgo de estar mucho tiempo separado de mí) un memorable y oscuro discurso en el que no había claros reproches, pero cuya proposición final sonaba así: «Cuando seas mayor, verás por ti mismo lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer». Discurso, es obvio, que sacudió mis más íntimas fibras aunque solamente entendiera su tono. ¡Dios mío, él también! Además, la general desconfianza que rodeaba mi pequeña persona estaba bien surtida para aumentar esa sensación radical de culpa que me ha acompañado durante gran parte de mi vida. Sin haber hecho nada malo yo era culpable: ¿De qué? ¿Qué conclusión sacar de ello?

Mientras tanto, la vida exterior del colegio continuaba y, bien o mal, me había adaptado a ella, si bien el colegio, requisado durante la guerra, tuviera entonces no sé qué de desolado y provisional y los hábitos señoriles de los colegiales no se recuperasen del todo. Episodios mayores de tal vida eran los periódicos paseos, los partidos de fútbol en el parque y los espectáculos a los que nos llevaban. Pero, como por lo que se refiere a esto último la ciudad no contaba (como se dice) con grandes recursos, solía ocurrir que asistiéramos varias veces al mismo espectáculo. Así, fuimos a ver *Aída* dos o tres veces y entonces debí contraer esa enfermedad crónica de la *Aida* que mis amigos y, sobre todo, mis amigas más pacientes me conocen. Un día nos llevaron a visitar una especie de gran foca presentada por algún empresario animado de grandes esperanzas. El pobre animal (al que a continuación debí clasificar entre las divinidades de segundo orden) chapoteaba en una bañera no muy grande situada en una vulgar habitación. En cuanto a mis estudios, y a diferencia de mi más ilustre predecesor en el colegio, no puedo decir que me alimentase de lecturas sustanciosas. En compensación, y siguiendo en ello los pasos del mismo, iba escribiendo algo, prevalentemente en el género del poema dramático, como un triunfo de amor, que amargamente deploro haber perdido. Concluyendo: el triunfo estaba representado material y plásticamente en forma de beso o abrazo intercambiado, como advertía la acotación final, entre espadas rotas y otros destrozos. En cambio, en el estudio del latín (de las matemáticas es mejor no hablar) tenía notables dificultades, hasta el punto de que mi buena prima cada vez debía mandarme

minuciosas y circunstanciadas traducciones de aquellos fáciles textos pues yo solo no habría sido capaz. No conseguía de ninguna manera adueñarme de esa lengua y con toda la razón. En lugar de estudiarla en primer lugar habría que estudiarla al final, si uno es sensato, quedando los distintos papagayos libres de hacer lo contrario. Otras dificultades y molestias: el estudio del violín, instrumento que no veo cómo habría podido tocar, escaso como era de lo que llaman oído natural. Ay de mí, puede decirse que de natural yo no tenía nada, salvo algunas aptitudes muy generales y todo lo conseguía a fuerza de fatiga y de paciencia, ajustando, por así decir, gradual y largamente la visión y sacando penosamente una forma cualquiera de una maraña casi informe, o sea irrelevante. Ese don entre los supremos que se llama facilidad me era casi desconocido y nunca nada me resultó fácil. Pero, volviendo a la prima de antes, una vez vino a visitarme y excepcionalmente se le permitió visitar los dormitorios y pasar unas horas con nosotros, participando de nuestra vida. Está claro que pasé días y días de agudo sufrimiento al que bastó para dar alimento las miradas, a ella, que era joven pero no bella, de mis compañeros. No quiero acabar esta breve «repatriación» sin recordar al Pequeño Baco, o sea, una fuente de Tacca en una plaza de la ciudad y que servía de punto de referencia de nuestros paseos y que también estaba en boca de los educadores avelineses, inseparable de aquel clima, y una pelea a pedradas organizada por algunos energúmenos bajo nuestras ventanas (de hijos de papá), mientras los mismos avelineses nos gritaban: atrás, no os asoméis. Hablando en general, una cierta emoción me embargó al final de mi estancia en el colegio debido a un descubrimiento que hice. El rector en funciones había colgado por los grandes pasillos cuadros con los nombres de todos los colegiales desde la fundación del colegio (mientras se montaba una conmemoración especial, cuya suerte ignoro, del más célebre de ellos) y en uno de los cuales pude leer, correspondiente al año mil setecientos y pico, el nombre de un Silvestro de mi linaje, pero no sé de qué rama ya que su lugar de origen era Frattamaggiore. No era mucho, lo reconozco; sin embargo, ya era algo.

Y por fin llegaron las vacaciones de Navidad. Mi padre vino a buscarme al caer la noche. Aquel día también era húmedo y lleno de niebla. Lo primero que hizo fue preguntarme:

—¿Dónde quieres ir ahora?

Sin vacilar dije que a nuestra vieja casa, allí en el pueblo, donde estaba la abuela, a la que yo quería mucho. El vaciló un momento:

—¿Aunque la abuela ya no esté?

—Eso no puede ser —repliqué con el corazón temblando.

—¿Y si fuera verdad?

Yo estallé en llanto y contesté:

—Razón de más para ir allí.

Había muerto hacía más de un mes pero me habían ocultado la noticia.

El resto del curso pasó como Dios quiso y, una vez acabado, dejé el Cicognini

para siempre, de acuerdo con mis deseos. No es que fuera a estar mejor. Al contrario, en el nuevo colegio (del que acabé escapándome, pero ésta es otra historia) caí, como es fácil deducir de lo que dejo aludido en el presente escrito, de la sartén a las brasas. Así pues, haciendo de la necesidad virtud, yo también me convertí en un zoquete. Más tarde volví a ver y a visitar en parte ese mi primer colegio y sentí una especie de desesperado amor por él y, al mismo tiempo, la misma opresión de entonces.

LA VERDADERA HISTORIA DE MARIA GIUSEPPA

«Y O, cuando alguna vez voy a pasear por la parte alta, como se dice en mi pueblo, o cuando paso junto a la cancela del camposanto, siempre pienso en Maria Giuseppa.» Bueno, está claro que no puedo pretender que también otros la recuerden ni siquiera bajo las falsas apariencias de personaje del viejísimo y olvidado cuento (¡mi primer cuento!), que comienza precisamente con las palabras que acabo de transcribir. ¿Falsas? No tanto, como verán. Y precisamente porque acontecimientos posteriores han conferido al desenlace de ese cuento un carácter siniestramente profético es por lo que he decidido referirme a ellas.

Comencemos por los antecedentes, es decir, por el propio cuento. En él un inútil o psicópata, o las dos cosas en una, habla de su irritante y vacía existencia y de sus relaciones con una casta y beata criada campesina, fea y de edad avanzada, hacia la cual se supone que nutre sentimientos que van de la atracción a la repulsión y que es su víctima, pero en cierto sentido su verdugo —situación corriente hoy en la literatura narrativa—. Los dos viven solos en una vieja y gran casa de provincias (también ésta, como el tipo del protagonista, en el que cada cual es libre de identificar al autor, inevitable y constante en los escritos de éste), y todos los pequeños episodios sin nombre, cuando no ignominiosos, de los que parece que están hechos exclusivamente los días de este Giacomo, todo su ocio necesario, pero no por ello menos irritado y exasperado, gravitan en torno a la persona de esta Maria Giuseppa como alrededor de su centro natural. La narración, interiorizada (según dicen) y ni siquiera de lejos resumible, se precipita así con andadura divagadora y, por otra parte, concisa, hacia su desenlace, que se podría creer lógico y que en cierta manera lo es, pero que, con razón o sin ella, está concebido como el más absurdo y gratuito, y propuesto casi como una medida de imposibilidad; me refiero al estupro de Maria Giuseppa. El cual parecer tener para ella consecuencias mortales. Al menos, el narrador, sin más explicaciones, se confiesa más o menos culpable de su muerte.

Pasemos ahora de esta fantasía turbia y de bajo vuelo a la realidad. Maria Giuseppa, a la que el cuento fielmente retrata en lo que se refiere a sus atributos y a algunas carencias de su carácter, Maria Giuseppa era una santa. Aquel que decía, «yo busco un corazón y hago de él el lugar de mi reposo» habría podido reposar en el suyo eternamente. Cuando le decía que era fea respondía sin turbarse: «Soy como Dios me hizo». Su fe era igualmente cándida y carente de todo cálculo, aunque a veces repitiera los argumentos de los curas, ajena a aquellas partidas de debe y haber que hacen odiosa la religión católica. Es más: ella podía creer en los espíritus de los muertos, en las almas sin descanso, en los espectros, en el «fantasma de las veintitrés» y en las demás bromas gastadas a cualquier hora para reírse de ella. No me gustaría que se me entendiera mal: aunque inocente como el cordero celestial, ella no era una inocente en el sentido ruso de la expresión. La hacían así no su falta de

sentido común o su excesiva simplicidad, al contrario; en ella vivía una virtud semejante a la que se atribuye al poeta y lo hace risible a los ojos del vulgo, y para ella la vida era un tejido de mágicas imágenes; el mundo, un mundo donde todo es posible. Tan puro era su corazón que había dado pretexto a los espíritus fuertes de su parentela para una de sus tétricas antonomasias. Marias Giuseppas eran para ellos las criaturas dominadas por su propio confesor, cerradas a toda «luz», ciegos instrumentos, por tanto, en manos de quien «tiene todo el interés en mantener al pueblo en la ignorancia», impedimentos a la «marcha del progreso», a la «libre expansión de la civilización» (y quizá de la higiene) y a no sé qué otras desgarradoras cosas; en resumen, tontas criaturas pávidas del infierno e incapaces hasta de la mínima concepción racional. Pero no, mis lagrimeantes amigos, ella no seguía más que su íntima ley y, por lo que se refiere a la estupidez, nunca vi, con alegría todavía indistinta, además de la vuestra, la razón más triunfalmente confundida y convencida (sin que ni siquiera os dierais cuenta) por el simple esplendor de su hermosa alma.

Del trato de esta mujer habría podido y debido aprovecharme para intentar ser mejor, para aprender de ella, al menos, la serenidad y la suavidad y para conquistar la paz del corazón. En cambio... Sin duda, sus defectos aparentes ofuscaron mi juicio respecto a sus verdaderas cualidades o, tal vez, mis nervios me ganaron, como siempre, por la mano. Y, sin embargo, en esta historia hay algo más, algo más sucio y pecaminoso: intentaré confesarme de ello. Ella estuvo con nosotros nueve o diez años y al final, debo decirlo sin rodeos como penitencia, fue echada por nosotros, literalmente echada. El pretexto no cuenta, considerando también que las cualidades recíprocas de los hombres se miden, sobre todo, por el resultado de la convivencia, es decir, aunque semejante acción fuera justificada. En resumen, creo recordar que ella descuidaba la casa por la iglesia. Mi padre, se comprende, debía estar pasando uno de sus malos momentos pero el principal responsable fui yo mismo, que soplabla en el fuego. ¿Por qué lo hice? Ésta es la cuestión. Repito que los defectos de Maria Giuseppa podían ser tales, en el momento y en el mismo clima en que había que soportarlos, que llegaban a ser sumamente irritantes: de acuerdo. La situación práctica que creaban podía resultar intolerable: de acuerdo una vez más. Pero hay más, ya lo he dicho, aunque ahora me resulte difícil seguir. En suma, todos conocen, especialmente los muy jóvenes, esos estados de gradual exaltación en los que uno siente que se va exaltando y que, por tanto, forzosamente se deberá perder el control, y, sin embargo, no se hace nada para volver a un estado más normal o, en particular, a un juicio más equitativo; al contrario, se sigue por ese camino con una especie de alegría semejante a la voluptuosidad (pecaminosa, exactamente), así, por el gusto de ver cómo va a acabar, por el gusto de llevar una postura hasta sus extremas consecuencias o a una criatura humana a su punto más vibrante (de ese gusto, si no me equivoco, ya habla Mann), por gusto de la novedad, incluso tal vez para reírse del sentido común, mostrándole, por así decir, que se puede adoptar una resolución incluso para molestarla. Abandonados a una coherencia limitada y totalmente interior,

que en apariencia justifica rigurosamente nuestros actos, que se nutre únicamente de sí misma y a la que casi en un reto vamos añadiendo argumentos y justificaciones, alimentando al mismo tiempo nuestra mala fe. Sabemos bien, además, que la intervención de un espíritu ajeno y sereno nos salvaría de nuestra injusticia, no digo hacia los demás, hacia nosotros mismos, pero no hacemos nada para provocarlo, por lo que se puede entrever una fundamental injusticia (de nuevo pecaminosa) hacia lo que es noble, bueno y justo, como si se quisiera sobreentender que el juicio de este espíritu sereno no sería, en cambio, sino el fruto de un nuevo engreimiento. Pues bien, de una naturaleza semejante, con tantas palabras explicada, debió ser el sentimiento que me movió y dominó en aquella ocasión. El hecho es que recuerdo a Maria Giuseppa fuera de la puerta llorando durante horas y a mí mismo exultante y tembloroso a un tiempo. A ella debía parecerle imposible tanta crueldad en los amos a los que había servido fielmente durante tanto tiempo; sólo imposible, pero aceptable a fin de cuentas. Y, además, ella creía en la autoridad de los señores, en la legitimidad de sus prerrogativas. Pero sus cosas se habían quedado dentro y ello debía desorientar completamente a su espíritu ordenado y metódico.

Salvo un breve período, más que de reserva, de embarazo, ella no nos guardó rencor de forma natural (a veces la veíamos con unos parientes que inmediatamente la habían acogido), y acabó por aceptar un pequeño regalo que le hicimos con motivo de una Navidad. Por último, se retiró a la vida privada para poder dedicarse más libremente a sus prácticas religiosas. Entre ellas hay que referirse a una peregrinación a la Virgen de Canneto, de la que renuncio a hablar porque no dispongo de sus palabras: la narración de la peregrinación con sus propias palabras era más bella que cualquier texto religioso antiguo y, al mismo tiempo, que la más bella fábula. Y también quiero hablar de un sueño genéricamente premonitorio que tuvo una vez y que la turbó profundamente. En él aparecía, en circunstancias que lamentablemente han huido de mi memoria, un diablillo que reía y estaba «alegre porque le estaban despuntando los cuernos».

Pero vayamos al desenlace de esta vida, éste sí, inesperado y cruel hasta el punto de que ninguna sangre podría rescatarlo. Llegó la guerra con sus marroquíes, que ya se sabe cómo actuaron. Y Maria Giuseppa fue «marroquinizada». Debieron hacerlo bastantes de ellos. La sublime frase con la que comentó esta inmensa desgracia suya, sin revolversse contra su creador, sin blasfemar, sin *desesperarse*, fue: «¡Si al menos hubieran sido guapos!». Y no querría ni debería comentarla si desde hace tiempo no hubiera perdido toda confianza en la atención de mis semejantes. Digo, pues, que en ella no hay sólo un relámpago de feminidad, que centellea en ella desde su última Thule, sino como una implícita aceptación de semejante acontecimiento en cuanto tal o de su posibilidad, como si quisiera, además, implicar la necesidad de condiciones morales y hasta estéticas en tutela, digámoslo así, de su acaecimiento y de verdad entender que en lugar de supremo ultraje podría ser legítimo, dulce y bendecido por Dios.

Y con esto podría haber acabado por lo que a mí respecta. Después de lo que se ha dicho, Maria Giuseppa aguantó algún tiempo desganada y enfermiza, y luego murió. Y otros tendrán que asumir la responsabilidad de esta muerte atroz, o bien nadie, y todos tan contentos. Sobre su tumba, que está en la tierra desnuda y que encontré gracias a la memoria del guardián, ninguna mano piadosa había puesto una cruz ni escrito un nombre. Me encargué de que se hiciera: el carpintero se lo tomó con calma y me fui de allí dejando el túmulo desolado. Más tarde, alguien plantó en él una tosca cruz que todavía hoy se puede ver. Pero seguía desnudo entre los otros, cubiertos de humildes flores. Al final, una de estas plantas, de la familia de las campánulas, trepadora, se alargó espontánea y, primero, tímidamente (por casualidad pude seguir su progreso), y ahora campea frondosa en él.

¿Pero es verdad que yo no tengo ninguna responsabilidad en esta historia? En suma, ¿creéis que quiero alardear de mi difícil presagio de este destino? ¡Al contrario! Si es verdad que la naturaleza, la ciega naturaleza «se puso a imitar al arte» (o como suene esa frase), y aunque no sea verdad, yo no sé hasta qué punto un cuento, bello o feo, pueda influir en la suerte de una criatura. Claro que, dicho así, resulta vulgar y estafalario. Sin embargo, no consigo liberarme de un sutil, de un vago remordimiento, y si no acabo el presente escrito completando la cita con que lo comencé («Quién sabe, tal vez Maria Giuseppa murió por mi causa...»), poco me falta. (¿Pero es verdad? ¿No será una salida literaria? Debo confesarlo desesperadamente: tal vez lo sea. Cuanto más fuerte es el sentido común de nuestro corazón, tanto mejor nos protege de las molestias.)

Y ahora dejadme decir que si el Papa hiciera santa a esta humilde criatura, no digo que me dejaría engañar pero seguro que, de momento, le diría ¡bravo! con todo mi corazón. Tal como están las cosas, Maria Giuseppa no puede concederme especiales gracias, pero ella, su recuerdo al menos, sigue nutriendo mi perenne y vana nostalgia de una vida mejor.

LA GRACIA DE DIOS

ESCRIBO desde Venecia, y quien escribe desde Venecia tendría muchas cosas que decir, especialmente ahora, con la Bienal, las exposiciones, los congresos, los teatros al aire libre y todo lo demás. Sin contar, además, que Venecia es, como dicen, una dimensión del ánimo, de modo que con ella, más pronto o más tarde, tendrá que vérselas quienquiera que acostumbre a tener una pluma en la mano.

Y sin embargo, ya sea por estado de ánimo o por natural poquedad, esta vez me encuentro propenso a dejar a otros más calificados el poner de relieve sus aspectos oficiales, espectaculares o universales y por mi cuenta me atenderé más bien a algún menudo episodio del que haya sido testigo en un vagabundear sin meta. Así, si no de otros, recibiré al menos la aprobación de los que aman «la vida captada en su verdad». En conclusión, el lector queda advertido: que no busque en estas páginas más que lo que le prometo. Y, para empezar, dispóngase a oír lo que voy a decirle acerca de dos tipos que, por algunas notables circunstancias, observé en los días pasados.

En el umbral interior de la iglesia de San Marcos, en lo alto de los escalones está erguido y, a veces, da orgullosamente algunos pasos, un personaje más bien imponente y feroz, vestido a la moda del siglo XVIII (es decir, más o menos, como en sus tiempos los porteros de las grandes casas y ahora de algunos hoteles) pero todo de negro, con una maza coronada por una bola de latón y todo cuanto se necesita para imponerle respeto a la gente. Pues bien, dejémoslo por un momento donde está (pronto volveremos a encontrarlo) y vayamos a una callejuela cualquiera de esta regia ciudad.

Aquí el dulce habla del lugar no acaricia nuestros oídos sino que nos los desgarran erizadas lenguas del Norte y, mirando a nuestro alrededor, no vemos más que patas peludas y nudosas y brazos y pechos como mortadelas; o bien, refiriéndonos al continente más que al contenido, calzones de piel mal sujetos por los tirantes, vestidos de algodón ampliamente escotados y cosas así. Todo el rebaño (que es, en suma, el de los forasteros sin gracia al que se ve reducido a reverenciar el soberbio pueblo veneciano), voceando, gritando, arrastrando sus grandes pies y sus más grandes zapatos bajo el sol que parte los adoquines por la mitad, empuñando sus guías, deteniéndose ante cada tienda de quincallería y comentando los objetillos expuestos, nos lleva naturalmente a San Marcos y a su ya citado guardián. Cuya función ha llegado el momento de declarar.

Comparezca apenas en el atrio de la iglesia una de estas mujeres con los brazos al aire, que el negro hombre ceñudo la apunta con el índice como en muchas insignes obras pictóricas vemos hacer al Padre Eterno con nuestra antigua madre. Y así como ella se avergonzó de repente de estar desnuda, así su remota hija se avergüenza ahora

de llevar los brazos descubiertos y mira fijamente y extraviada a su acusador. El hecho es que al señor del lugar, es decir, a ese Padre Eterno, no parece que le agrade la desnudez femenina, ni siquiera la parcial. O incluso, si debemos imaginarlo todo, parece que después de tanto tiempo Él sigue disgustado con su propia creación. Resumiendo: la visitante, según le dice con gestos el custodio de su modestia, deberá, al igual que Cincinato, o velar su cuerpo o renunciar a la visita con las indulgencias y gracias correspondientes. Y aquí se dan dos posibilidades: empecemos por la primera, o sea que la visitante vaya acompañada de uno de esos hombres con calzones de piel, pero, por suerte, surtido de chaqueta. En ese caso, el cancerbero, cediendo a una cierta condescendencia, aconseja al uno que le ceda la chaqueta a la otra y, al fin satisfecho, abre paso a los dos, embutida la mujer en el indumento masculino, desnudo casi como un gusano el hombre, el cual a lo mejor sólo lleva encima, además de los malditos calzones, una de esas prendas llamadas «camisetas» y, según su carácter, un Baedeker o una máquina fotográfica; de modo que no es necesario decir nada de la forzosa exhibición de pantorrillas, bíceps, tríceps y vellosidades varias.

Pero, ¿si la mujer —se preguntarán— está sola o su acompañante va sin chaqueta? ¡Oh, querida Italia nuestra, cuyos recursos desconocemos al hacer semejante pregunta! Ya que si italiano es ese que mide los centímetros de carne desnuda a las mujeres, italiana es también la humilde criaturita que ahora voy a presentarles y que resume en sí toda la laboriosidad (y también el comedimiento) de la raza.

En el rincón más oscuro del atrio, de pie, hay un hombrecito un poco bizco de un ojo de cuyo brazo cuelgan ciertos andrajos, cuya utilidad no resulta clara a la primera. Mirando mejor se ve que no son otra cosa que mangas cosidas de esa sustancia transparente, llamada tal vez «plástico», con que se hacen algunos impermeables. Estas mangas van unidas en pareja por una cinta que se pasa por el hombro para que no se salgan del brazo y, como ya se habrá comprendido, el hombrecillo las alquila a módico precio a las visitantes que no tengan otra manera de taparse. Así pues, hallado remedio al mal, todo iría del mejor de los modos posibles, como ocurre siempre entre nosotros, si el hombrecillo no sufriera una morbosa timidez que le impide explicarse abiertamente con las forasteras necesitadas de ayuda, ante las cuales, después de dar medio paso adelante y de mascullar algo incomprensible para ellas, se limita en sustancia a agitar sus andrajos. Ellas se van sin ni siquiera haber comprendido y él se encierra en sí mismo cada vez más.

Por suerte para él, mi compañera de paseo y de observación se había tomado muy a pecho su suerte y con buenas palabras, exhortaciones e incitaciones lo anima a una mayor franqueza. De allí a poco tiempo podemos asistir a la siguiente escena, aquí descrita a guisa de ejemplo.

Se adelanta una visitante anciana y, por así decir, se topa con el índice que la apunta. Pero lejos de quedarse perpleja u ofendida, mira a su alrededor con un vago aire de triunfo. Resulta, como observa mi compañera con femenina agudeza, que

debe gustarle que a su edad la consideren provocadora o, por lo menos, todavía mujer (tanto es así, que el estúpido moralismo provoca siempre el efecto contrario al que se propone). Es el momento del hombrecillo, que, en efecto, como empujado por su ángel bueno, se adelanta a su vez y balbucea: «Cincuenta liras». La visitante no comprende, luego comprende, sonríe y, ayudada por el hombrecillo, se pone las mangas, que son lo bastante largas como para satisfacer las exigencias del cancerbero (poco importa si son transparentes). Éste da su aprobación: al final la turista entra en la iglesia.

De ese modo, y gracias a dos andrajos, todos tan contentos: contento el oscuro guardián, contenta por partida doble la turista, contentos los que miramos, contento Nuestro Señor y contento, sobre todo, el hombrecillo, que llevará a su mujer algo de dinero y cuyo único ojo, por fin, ríe.

Cuando tomé el tren para venir aquí en mi compartimento no había más que una persona, pero que valía por cuatro, tales eran su solemnidad, su gravedad y, casi estoy por decir, su majestad. Un poco calvo, de frente y cara anchas, algo corpulento y con algo de papada (si bien bastante amarillento y grasiento de carnes), miraba por la ventanilla con mirada calma y consciente, esperando a que el tren arrancase. Llegado este momento, con acto no furtivo y sin ostentación, modesto pero consciente y seguro de sí, se persignó. Luego echó mano de su único equipaje, un bolso de piel muy hinchado, y sacó de él tres volúmenes que puso ante sí en el plano o mesita plegable. Mientras tanto, yo, bastante enternecido por su gesto antiguo y devoto (nuestros viejos siempre se persignaban antes de emprender un viaje), iba cavilando sobre quién pudiera ser y casi había llegado a la conclusión, no sé por qué, de que era profesor en Perugia y que, por lo tanto, se bajaría en Terontola. En cambio, llegó hasta Venecia *et ultra*, como se verá.

Le dio la vuelta a dos de los volúmenes extraídos para poder apoyar en ellos el tercero, que abrió y hojeó delicadamente hasta hallar el punto deseado; sacó del bolsillo un estuche de gafas y de éste las propias gafas, así como un trapito amarillo con el que las limpió sosegadamente, mirando el paisaje. Y, por último, y sin más, se sumergió en la lectura. Yo sólo tuve que curiosear el lomo de sus libros, que sin querer me había presentado, donde leí dos títulos de este tipo: *El corazón de Jesús a la luz de los siglos* y *María, virgen y madre en la gloria de los cielos*.

Puede decirse que mi compañero de viaje no levantó la vista de su lectura hasta Florencia. Allí, mientras yo me surtía afanosa y copiosamente de comida y bebida, llamó con amplio gesto a un sencillo vendedor de bocadillos y de su humilde cesta sólo se sirvió un único bocadillo, que se puso a masticar lenta y solemnemente, no sin haberme lanzado una mirada un tanto severa, como diciendo que al sabio le corresponde la frugalidad. Acabado que hubo de comer, se sumergió de nuevo en la lectura mientras en mi ánimo batallaban dos sentimientos. El primero, natural y de rigor, es decir, admiración; el segundo, mucho menos claro y honorable. La verdad,

debo confesar que la vista de tipos semejantes despierta en mí antojos adormecidos y hasta una cierta alegría. Dicho más claramente, me dan ganas de desmontar esas calabazas para ver qué tienen dentro. ¿Pero cómo sacudir ese peñasco? ¿Cómo pegar la hebra con tal cantidad de hombre? Además, sin darnos cuenta, ya habíamos llegado a Venecia. Él se perdió por la Lista di Spagna y no volví a pensar más en él.

Pero una vez la suerte me favoreció. Esa noche volví a encontrar a mi hombre en el Casino. Dominaba una mesa de ruleta y con sus habituales gestos comedidos jugaba de forma moderada y metódica. A mi llegada le estaba diciendo casi al oído algo sobre «huerfanitos» al *croupier* sentado a su lado (pero hay que aclarar que los «huerfanitos» son una serie de números). Me miró sin dar señales de haberme reconocido. Sentado en la misma mesa pude observarlo durante toda la noche. De vez en cuando apuntaba algo en una agenda y, en general, su juego sufría una suerte alterna. Y así seguimos hasta las dos de la mañana.

De repente, y cuando los empleados ya habían anunciado las tres últimas jugadas, aquel corpachón suyo se vio como sacudido por un temblor, por un escalofrío y su voz se alzó imperiosa y le echó un vistazo a la agenda.

—Un momento —gritó al que se disponía a lanzar la bola—, un momento. ¡El treinta y dos! Casi balbuceaba de excitación y, mientras tanto, iba sacando de los bolsillos de los pantalones, del chaleco y de la chaqueta (y sospecho que también del forro de la misma) una cantidad increíble de billetes de diez mil, que empujaba hacia el empleado para que se los cambiara. Obteniendo el cambio y tomando a manos llenas las fichas, levantándose a medias y empujando a sus vecinos sudaba, jadeaba y preguntaba:

—¿Cuánto es el máximo en esta mesa? ¿Puedo apostar veinte mil liras al pleno? —y puso grandes pilas de aquellas fichas en el número treinta y dos y a su alrededor, así como en las combinaciones sencillas correspondientes. Acabado todo este bracear, no menos de un millón estaba apostado de varias maneras. Entonces volvió a sentarse, se enjugó el sudor y murmuró al *bouleur*:

—Ya está. Tire usted —y el *bouleur* lanzó la bola.

Ahora no mira a nadie. Yo, en cambio, le miró a él y me parece, cómo lo diría, que a todo eso le falta algo. O mejor, me espero algo, que, en efecto, inmediatamente aconteció. En cuanto la bolita empezó a rodar, el señor, que ya ha recuperado toda su gravedad, levanta el brazo derecho y hace la santa señal de la cruz.

Una media docena de jugadores peripatéticos se detiene alrededor de nuestra mesa para no perderse el resultado de la apuesta. La bola da vueltas, primero vertiginosamente, luego más despacio, tropieza y cae.

Pues claro, que saliera precisamente el treinta y dos y que con ello el amigo ganase una discreta dosis de millones (embolsados con la calma habitual), era algo de esperar. Más bien, ¿nunca se han empeñado tozudamente en un porqué al que nadie puede dar respuesta? Es lo que me ocurre a mí esta noche. Ese treinta y dos salió, bien, ¿pero por qué salió? Sigo preguntándome. O sea, para darle la vuelta a la

cuestión en términos más elementales: ¿qué es lo que quiso premiar la suerte (llámenla providencia, si les place), la devoción del amigo o su truhanería?

LOS CONTRAFUERTES DE FROSINONE

NO es que en Roma haya penuria de lugares sórdidos y rebosantes de lo que se llama «el color local romano», al contrario. Pero tal vez ninguno igual a esa ancha calle denominada romanamente, debido a unos cuarteles de hace dos mil años y de hoy, Castro Pretorio. Aquí, además, uno al lado del otro se ven en interminables filas esos innobles vehículos que llaman «correos» y que garantizan el transporte de pasajeros hacia no menos sórdidas provincias. En un lado se abren las taquillas con marquesina de una gran empresa de esos transportes, de las que, de cuando en cuando, parte uno de esos correos entre resonar de tétricas y arrastradas hablas. Con sosiego y greca en la gorra, un empleado de la empresa se coloca delante del armatoste a punto de partir y va llamando los números y deja subir a los pasajeros. En cuanto a los retrasados, a las cestas de cacareantes gallinas, a los pañuelos a cuadros rellenos de hortalizas, a las latas de aceite que gotearán en los hombros o en los zapatos de los pasajeros, que se acomoden como puedan, si pueden.

—¿Adónde va usted, señora? —pregunta el revisor a una última gorda que viene corriendo, arrastrando una maleta atada con una cuerda.

—Tengo que ir a Ferentino —responde sin aliento.

—Está bien, suba delante.

Y así, nos encaminamos traqueteando por calles sin rostro, por pasos subterráneos de suicidio y, por efecto del movimiento, humanidad y animalidad empiezan a acomodarse (o con locución de gallófilo, a «tasarse») en el fondo del correo. Pero en Porta Maggiore, parada y nuevo asalto.

Por fin el armatoste corre fuera de la ciudad, compitiendo con los tranvías de cercanías y atravesando quién sabe qué barrio Finocchio o qué Tufello. Y los comedores de naranjas dan comienzo a su pegajosa tarea escupiendo semillas por todas partes, y el primer niño, con los ojos de par en par y poniéndose verde, empieza a vomitar, naturalmente entre las piernas de los viajeros compadecidos, en seguida imitado por alguna dama de espinilla peluda, hasta que una emperifollada maestra de escuela con su criadita al lado salta para amonestar al personal y a las propias vomitadoras: «Queridas señoras, ¿si se marean en coche, por qué no van en tren?» (entonces el vómito continúa por las ventanillas).

Y así, en el mejor de los casos, se llega a la ciudad que con feliz eufemismo ha sido definida como la capital de la Ciociaria, donde por hoy nos detendremos un momento. Con feliz eufemismo porque, para empezar, no hay nadie que no se dé cuenta de que tiene un nombre feo: Frosinone. Sus propios partidarios deben confesar la desagradable impresión producida por ese falso aumentativo (por seguir el lenguaje de los enigmistas). ¡Frosinone! Naturalmente, hay que apelar al propio sentido filológico y a la propia doctrina (generadores, todo el mundo lo sabe, de compostura espiritual) para no sentirse rechazados por tal nombre, que parece hecho adrede para

evocar caras adustas y chatas de paletas con su correspondiente pañuelo en la cabeza (como en ciertos pintores de la realidad); resumiendo, todo lo que haya de tedioso, declamatorio y ciego. En particular, hay que recurrir a la erudita memoria de que ese nombre tal vez sea, en cambio, un antiguo ablativo y el *Bellator Frusino* de un escritor igualmente antiguo. Por otra parte, ¿en la eufemística perífrasis no se contiene un nombre a lo mejor más feo que el que se trata de evitar? Además, el sentido filológico va unido al histórico, de modo que, ¿cómo olvidar que en el teatro popular romanesco, el de los barrios, había siempre, antes de que el fascismo atribuyese a esta ciudad el grado de capital de provincia, algún personaje que para hacer reír a los espectadores y cubrir a otro de ridículo le preguntaba si era de Frosinone?

¡Oh, muros de Volterra, oh, muros pelásgicos y ciclópeos, oh, murallas de Nínive y de Tebas, rocas del desierto! ¿Qué sois comparados con estos potentes contrafuertes que sostienen una casucha amarilla de «estilo novecientos» o un yesoso edificio público de estilo fascista? Pues Frosinone está situada en la cima de una colina que cae a pico por todos sus lados (de su encantadora posición me será grato informar más adelante) y hasta para construir un urinario público hay que levantar primero una maciza muralla. Bien es verdad que desde hace unos años la ciudad se va extendiendo al pie de la colina, hacia un paraje en el que la vulgar palabra «hostería» se alía bizarramente a una noble mansión con abundancia de haches y de diptongos a la latina, y que, en todo caso, estas imponentes construcciones son edificantes prendas de la humana laboriosidad.

Sin embargo, bien puede decirse que tantos contrafuertes, contraescarpas y espolones sólo sostienen la nada. Es difícil encontrar en Italia una ciudad que no ofrezca algún testimonio de su glorioso pasado, que no se adorne de ruinas romanas o etruscas u oscas o marrucinas o, al menos, de una casucha o modesta choza medieval. Difícil, pero, como nuestra Frosinone demuestra, no imposible. ¿Entonces, dónde fue a parar toda su historia? Además, ¿no nacieron aquí (salvo error) un cierto San Ormisda, tal vez un papa Silverio y, en tiempos recientes, aquel gran patriota cuyo apellido Garibaldi, que es Garibaldi, puso de nombre de pila a uno de sus hijos, me refiero a Ricciotti? Y en tiempos calamitosos, los bravos frosinoneses (perdón: frusinates) se habrán defendido de los asaltos de todas las soldadescas que asolaban sus valles. ¿Dónde está, pues, esa brizna de castillo o de fortaleza o, en el peor de los casos, esa ruina tambaleante que el último pueblecito italiano custodia? ¡Ay de mí! En Frosinone encontrarán, a lo mejor, a lo largo de esa calleja que sube y baja por la ciudad, hundiéndose y empinándose, bonitas tiendas con todas las novedades de la capital, tal vez hermosos cafés, sin contar todas las variedades de la arquitectura contemporánea, pero nunca un trozo de muralla que les recuerde tiempos menos tristes y que proporcione argumento a su reflexión. El mismo Bertarelli (o los continuadores de su obra), siempre tan lleno de buena voluntad, llegado a Frosinone,

no encontró nada que ver salvo (en honor a la verdad) presuntos restos románicos del campanario. «Frosinone... es importante centro agrícola y mercado ganadero...», así, más o menos, se las arregla la *Guía Breve*. Pero debo advertir que transcribo de la edición de 1939 (XVII). Quién sabe si, mientras tanto, la ciudad no se ha ennoblecido con efecto retroactivo. Por ejemplo, hoy se atribuye a Frosinone no sé qué premio de pintura, cuyo anuncio descubre el malhadado viajero en pancartas extendidas entre casa y casa y, además, se publica una gaceta ciociara o de la Ciociaria que incluso tiene algo parecido a una tercera página.

Sin embargo, según sigue diciendo Bertarelli o el bertarelesco, Frosinone se halla «en espléndida posición panorámica», con maravillosas vistas a una llanura de oro, a dulces y espesas colinas que, aquí y allá, recuerdan a las toscanas, frente a los abruptos y azules Montes Lepini. ¿Pero por qué intento robarle su oficio a otros más cualificados? Una simple cuarteta nos dirá mucho más de lo que yo podría. En su tiempo su autor fue un joven abogado del lugar, más tarde pasado a la política y, finalmente, devuelto a la abogacía más o menos forzosamente. Toda la composición fue premiada en un certamen, por supuesto. Pero ahí va, sin más, la cuarteta: «Cada tarde el sol se acuesta / Antes de dormirse nos bendice / ¡De oro se vuelve toda esta cuesta! / Y los pardales (*alias* los pájaros) cantan felices...» (Obsérvese que cito de memoria y que no tengo mucha práctica de esta grafía ni de esta lengua.) Cuarteta que he reproducido encantado, como para disculparme por alguna aspereza que pueda advertirse en el presente artículo, porque bien luce en ella lo convival, la amplitud de corazón, en fin, el sentido poético de estos habitantes que algunos se empeñan en considerar rudos.

Y con esta benigna imagen dejemos en paz a la pobre Frosinone. Nuestro correo, aún más cargado de efluvios, aún más zumbador de tétricos estertores, reemprende su viaje. Estuvo parado un cuarto de hora en una plaza y el vendedor de gaseosas no dejó de subir a él ruidosamente invitando a todos a refrescarse, advirtiéndole que no era necesario pagar a tocateja, que le fiaría a cualquiera y saludando a sus conocidos con afectuosos «que te den» o, en caso de conocimiento íntimo «que te den morcilla». Yo bajé para estirar las piernas y, una vez enseñado el paisaje urbano, le dije a mi compañera de viaje: «Parece tal cual un barrio de Roma», sorprendiendo en los ojos de un transeúnte un relámpago de orgullo.

Así pues, pronto llegaremos a Ceprano sul Liri (el Verde de Dante), al que la suerte conyugal de un personaje de *Rigoletto*, objeto de las burlas del protagonista, le ha dado una cierta mala fama. Pero Ceprano era puesto fronterizo en la época del Borbón de bendita memoria y, por tanto, allí el Reino de Nápoles nos abre sus brazos con el calor de su aire, su verde algo más intenso, su tierra más ardiente, su lengua más vivaz. Resumiendo, estamos en nuestra casa. Ya se perfilan en el horizonte las bizarras y poderosas formas de los Auruncos (detrás de los cuales está el mar de

Formia y de Gaeta, los barrios septentrionales de la ciudad de Nápoles), heridas por el entramado y el curso de un maldito acueducto, ya se vislumbra ese pequeño monte Pote que, no obstante, arroja una sombra enorme sobre mi casa.

Sí. ¿Qué culpa tiene un infeliz de los caprichos de un régimen tiránico o de los chanchullos de un intrigante? Quiero decir que uno o dos de mis lectores, es decir, en sustancia, uno o dos caritativos amigos, pueden haber oído hablar de mi lugar de origen y de que éste actualmente forma parte de la provincia de Frosinone. Pues bien, figurémonos si ellos se abstendrán de comentar que, así como no se es profeta en su patria, tampoco hay patria que le guste a sus hijos. Pues no. ¿O es que debería creer que dichos amigos son de esos que en todas las cosas sólo ven su aspecto administrativo? Sin duda, mi pueblo, que siempre estuvo en la provincia de Casería, actualmente está en la de Frosinone. ¿Por qué? Ni su lengua, antes de que el triste acontecimiento se produjera, ni sus tradiciones tuvieron nunca nada que ver con lo que todavía hoy algún viejo llama «el estado romano». A este lado, longobardos, normandos, angiovinos; al otro, papas y sus acólitos. A este lado, una lengua de tipo napolitano-abruzés; al otro, una especie de romanesco suburbial, sin contar todo lo demás. Pero entiéndaseme: yo no estoy planteando aquí una cuestión más o menos personal, sino tomando partido por todos esos pueblos y por todos aquellos a los que un insensato poder arrancó o alejó de su centro natural. Que luego estos pueblos abandonados al enemigo hayan adoptado, por la bestial insensibilidad de muchos de sus habitantes, las costumbres de la actual capital de provincia, es otra cuestión. En este mundo todo se pierde, «todo se desvanece como bruma o sueño».

Pero no nos lo tomemos tan trágicamente. Sin embargo, para acabar, me gustaría que mis detractores, aun los más benévolos, los que se divierten calificándome a mí o a otros compañeros de exilio de ciociaros, respondieran a esta sencilla pregunta: de nuevo, ¿qué culpa tiene un pobre hombre de que, administrativamente hablando, su pueblo pertenezca a la provincia de Frosinone? Amigos míos, se os pide un poco de lealtad y, sobre todo, un poco de caridad.

PREMIO PARA FASTIDIAR

MICHELE es pintor y también jugador de azar. Dos actividades que no cuadrarían ni aunque fuera un buen pintor, por la sencilla razón de que la segunda no cuadra con ninguna otra y de que inutiliza a todas. Dicho a la pata la llana: Michele es un miserable que vive a salto de mata. Ahora bien, un día en que se lamentaba de su propia condición con un amigo, éste le dijo:

—¿Necesitas dinero? Nada más fácil: una instancia y dentro de un par de meses todo resuelto.

Siguieron las explicaciones. La instancia era necesario hacerla a alguna solemne junta, tal vez incluso a la presidencia del Consejo de Ministros, y Michele no quería saber nada de todo aquello; le parecía un esfuerzo inútil. Pero el amigo se ofreció como gerente de todo y Michele consideró que, de hecho, su amigo era sobrino de un ministro.

—¿Qué te crees? —añadió el amigo—. Tienen un fondo aposta para esto, para los artistas, aunque no todos lo sepan. ¡Sería de tontos! Vamos, déjate de cuentos. Yo te ayudo a hacer la instancia y, como tengo que ir a Roma, yo mismo la presento. Ya verás, dentro de un par de meses...

Pasaron los años y un buen día Michele recibió la carta de un subsecretario, el cual, con el tono seco apropiado a su cargo, le informaba de que le había sido conferido (o tal vez «concedido») un premio de doscientas mil liras italianas, precisando que dicha suma le sería entregada apenas... y aquí una frase sibilina de la que, en cualquier caso, se deducía que el expediente aún debía pasar por bastantes oficinas.

Michele era un miserable, sí, pero su primer impulso fue contestar al subsecretario que dispusiera de la suma para su personal beneficencia. No obstante, se contuvo pensando que en el fondo aquel dinero era suyo de verdad, de él, como contribuyente, y que representaba la devolución de una mínima parte de lo que el gobierno le robaba cada día, y pensando, sobre todo, qué en ese momento le venía condenadamente bien. Sólo se dio el gustazo de no contestar en absoluto al subsecretario. Por lo demás —caso singular— la orden de pago no tardó en llegar, pero empezaron otros líos.

Naturalmente, la orden de pago era contra un banco romano, mientras Michele vivía felizmente en una ciudad muy lejos de la capital. No le convenía desplazarse allí; cobrar a través de cualquier banco resultó imposible porque andaban por medio toda una serie de entes e instituciones estatales. Resumiendo, aconsejado por sus amigos, no quedaba otra solución que pedir con una carta certificada a determinado departamento gubernativo que autorizase a otro determinado departamento igualmente gubernativo para que enviase a un tercer departamento determinado

documento de acuerdo con el cual... Una carta certificada que, forzosamente, debía contener un saludo obsequioso.

Durante los trámites y la espera, se entiende, la irritación de Michele no hizo más que aumentar. Pero, entre un papel y otro, los empleados romanos encontraron el tiempo para «resolver» su expediente y, al final, se le notificó que el dinero se hallaba a su disposición en tal banco de su ciudad. Donde, naturalmente, faltaría más, de las doscientas mil liras sólo le entregaron ciento noventa y cuatro mil, figurando la diferencia no se sabe muy bien en calidad de qué retención, impuesto o tasas. Operación aparentemente ficticia (habría sido más sencillo darle un premio de ciento noventa y cuatro mil liras y sanseacabó, podría razonar el ingenuo), pero, en realidad, no en pura pérdida para el estado, que bien se preocupa, en la vertiginosa cuestión de impuestos sobre impuestos.

Michele recogió aquel poco dinero pero su irritación llegó al colmo. En cuanto salió del banco se dirigió al casino con intención de jugárselo todo en seguida, para fastidiar. ¿Para fastidiar a quién? ¿A la rapaz burocracia gubernativa? Más bien a sí mismo. ¡Pues peor! Sin embargo, por el camino reflexionó. Recordó que su mujer, desde allí donde la tenía confinada, hacía tiempo que le había pedido dinero (había contraído deudas, pobre mujer) y se puso a estudiar el mejor modo de repartir la suma. Después de muchos cálculos y dudas adoptó como la mejor la siguiente distribución: noventa mil liras para su mujer, cien mil para él, o lo que es lo mismo, para el juego, y cuatro mil para pequeños gastos. Le mandó, pues, a su mujer su parte y se quedó con sus cien mil limpias.

Pero, llegados a este punto, se imponía alguna consideración técnica. En efecto, jugárselo todo en una sesión significaba renunciar a cualquier posibilidad de desquite en el caso lamentable, pero probabilísimo, de que la suerte le volviera la espalda. Por tanto, ¿no sería mejor y no era buena norma dividir el capital al menos en dos partes para dar mayor posibilidad de apelación a la suerte o, en la peor de las hipótesis, prolongar la diversión y aplazar el final de la partida a mañana? Pues claro, vista la absoluta exigüidad del capital. ¿Pero dónde poner a salvo el dinero para el desquite? Llevarlo a casa no serviría de nada; era fácil precipitarse a buscarlo tomando un taxi. Había que mandarlo fuera, a algún lugar, ni demasiado cerca ni demasiado lejos. Y Michele, localizado tal lugar en un pueblo a dos horas de autobús, mandó cincuenta mil liras por giro telegráfico dirigido a sí mismo.

Todo estaba previsto. Ya podía ir tranquilamente al casino y perder en dos rondas las primeras cincuenta mil liras, lo que Michele hizo puntualmente. Pero, una vez fuera de allí, miró el reloj y vio que aún era pronto. O sea, que tal vez le fuera posible alcanzar la pueblerina caja fuerte (o de ahorros) todavía abierta, recoger el dinero anteriormente enviado y volver a poner manos a la obra. Es inútil aclarar que había bastado con una breve racha en el juego para que sus propósitos y consideraciones quedasen reducidos a la nada. Aún maldiciéndose por no haber elegido un pueblo más lejano, Michele se fue corriendo a la estación de autobuses y partió.

La pequeña oficina de correos estaba abierta y había recibido regularmente el giro telegráfico pero, por desgracia, la caja ya estaba cerrada y no consiguió que aquellos buenos empleados se apiadasen de él. Pero podían devolver en seguida el giro a la oficina remitente donde podía cobrarlo al día siguiente por la mañana. En eso quedaron y Michele, tristemente, tomó el camino de su casa. Se consoló pensando que, no por su firmeza sino por la misma fuerza de las circunstancias, el asunto marchaba según el primitivo plan y de ello dedujo buenos auspicios. Mañana será otro día, se dijo; mañana, tal vez... En efecto, a la mañana siguiente encontró el giro en la oficina de correos de su ciudad. El empleado dio a entender que no había entendido nada de todo aquel ir y venir, pero qué podía saber el pobrecillo. Michele agarró el dinero y sin pérdida de tiempo volvió a meterse en el garito.

Para empezar, en el garito perdió cuarenta mil liras de las segundas y últimas cincuenta. Habiéndole quedado sólo una ficha viuda de diez mil, quiso hacerla durar lo más posible y se puso a apostar sólo a algunas docenas, a quinientas liras cada vez. De ese modo las diez mil liras se redujeron a cinco mil; ya le quedaba poco por intentar, cuando, de repente, Michele oyó claramente una vocecilla sutil que decía: «¡Once!».

Tan claramente había hablado la vocecilla a sus espaldas que se volvió asombrado y preguntó: «¿Qué pasa?». Un joven de pie a su lado balbuceó enrojeciendo: «Perdone, no es culpa mía. Me están empujando». Se disculpaba por haber chocado con él. Entonces Michele comprendió que la voz no le había llegado de fuera sino de dentro de sí mismo. Y colocó en el número once mil quinientas liras de las cinco mil supervivientes, tres pequeñas fichas blancas. Inmediatamente después pensó que no había ninguna razón en el mundo para que tuviera que salir precisamente el once, pero dejó su apuesta y esperó. «¡Onze!», anunció el empleado al cabo de unos segundos.

Un buen pico para alguien que había llegado a sus últimas monedas. ¿Y ahora qué había que hacer? Mantener la apuesta, sin duda, pero, ¿no sería el caso de aumentarla? En ese momento la vocecilla repitió: «¡Once!». Michele dobló la apuesta y volvió a salir el once.

Resumiendo: antes de la noche había ganado tres millones ochocientas mil liras. Dejó de jugar y salió al aire libre, bebió una limonada en un bar (porque se acordó de la *Dama de picas* y de su héroe) y se sentó en un banco a reflexionar.

Esta vez no se alegraba tanto por haber triunfado sobre o contra la suerte, como por el golpe propinado a las autoridades gubernativas. ¡Qué golpe! ¡Una auténtica burla! (Cada cual es libre de argumentar que el pingüe botín le había alterado un poco la mente.) ¡Ah! ¿A mí, a un hombre como yo, encima jugador, doscientas mil liras? No. A pesar vuestro, ilustrísimos señores, me habéis, queriendo o no, conferido o «concedido» un premio de casi cuatro millones. ¿Qué os parece? ¿Os da rabia, eh? Pues a fastidiarse.

Pero dejemos a las autoridades gubernativas y su maldita tacañería. El hecho es que puedo decir que he recibido un premio de cuatro millones. No sirve de nada pensar en el antes ni en el después ni en cómo fueron las cosas. De momento la cuestión se plantea en estos términos y hay que empezar desde aquí.

Bien, he recibido un premio de cuatro millones, imprevisible, inesperado, extraño a mi presupuesto y, hasta diría, superfluo. ¿Y qué hago ahora?

Está claro. Me lo juego.

Y volvió a subir las amadas y odiadas escaleras, y cómo acabó no seré yo el que lo cuente: yo no halago la ociosa curiosidad del lector.

MILÁN NO EXISTE

MILÁN estaba a oscuras a causa del oscurecimiento (bélico). Yo lo estaba por ningún motivo particular, porque siempre lo estuve y, tal vez, no podría no estarlo: no se necesitan guerras para oscurecer mi alma. En efecto, en el tren me decía: *Mi-la-no*, qué bella y suave palabra. Pero, ¿responderá de verdad a algo? ¿Existirá de verdad la gloriosa ciudad de Milán o no será, en cambio, más que humo? ¿Y qué significa esta maciza estación, que parecería aludir a intercambios, a concretos propósitos, a vida acogida, es más, convencida? Y, en todo caso, ¿qué hago yo aquí? Y sobre todo, ¿a título de qué, en virtud de qué pretexto o razón no estoy solo? Esta que está a mi lado, ¿quién es? ¿La conozco? Mirándola bien, no me lo parece: nunca me gustaron las mujeres rubias, mortecinas, de ojos azules. Y encima ella parece aceptar la realidad, toda la realidad por mínima que sea y se presente como se presente (hasta tal punto una mujer semejante me es ajena e incomprensible). Se diría que para ella no tienen vuelta de hoja esta inmensa bóveda de hierro, estas luces sofocadas y borrachas, estos fantasmagóricos ferroviarios, estos viajeros catarrosos a la espera de no se sabe qué partida hacia no se sabe dónde... ¡Qué estúpida! Se diría que para ella todo es verdad. Pero bueno, ¿qué quiere, qué espera, y no hablo sólo de mí?

De momento esperaba un mozo, que, naturalmente, no aparecía, mientras que ella no había renunciado a arrastrar en aquel breve viaje una pesada maleta. Arrastrar, o sea, imponerla a mis débiles brazos. Alcanzamos la salida, un taxi.

—Llévenos a un hotel.

—¿A cuál?

—Elíjalo usted.

Hotel siniestro por anónimo y pulcro; naturalmente, carísimo, sin duda de primera categoría.

—Son dos habitaciones que se comunican por el cuarto de baño.

—Muy bien. Perfecto. (¿...Y por qué diablos se comunican? ¿Quién se lo había pedido a este portero insinuante y sandio? Sólo me faltaba esto, la obligación de... ¿de qué, en el fondo?)

Era una mujer sociable y en seguida se puso a buscar a algunos amigos; localizó tres por teléfono. Declaró:

—Ahora vamos a cenar y luego a casa de V. También estarán allí F. y G.

Los amigos, hombres (o al menos escritores), no poco notables más tarde y ya entonces, querían hablar de literatura. Literatura en una acepción barroca: ¿qué postura adoptar ante la nueva realidad política y social que se iba configurando? Pero pronto los induje a más serios intereses: el póquer.

Perdí, por supuesto, y seguí perdiendo. Acabé con todos mis haberes personales y empecé, siempre perdiendo, a jugar bajo palabra, esperando que la Compañera, aunque pésima jugadora, en el peor de los casos habría puesto a salvo el dinero para

el hotel y el viaje de regreso; no me defraudó.

—Tranquilo, ya nos pagarás cuando puedas —me dijo al final aquella buena gente. Mientras tanto, se había hecho tarde; debíamos irnos y dejar a cada uno de ellos con sus preocupaciones (tal vez tan mezquinas como las mías).

—Mira, en estas pocas páginas he intentado expresar el estado... el estado de inquietud que... ¿Quieres leerlas?

—Pues claro. Dámelas. Ya te escribiré mi opinión.

La niebla había caído sobre los bastiones. La alameda que ahora recorriamos debía (si era una verdadera alameda) ser arbolada, o eso podía deducirse de aquella gualdrapa de oscuridad. En vano nuestra vista intentaba imaginarse astros piloto o nuestro oído sonidos. Todo callaba, todo estaba sumido en una tiniebla como originaria pero singularmente densa, que se hendía con el pecho.

—¿Será por aquí? ¿Estás seguro?

—Yo no estoy seguro de nada. Sigamos adelante.

—¿Y si...?

—¿Si nos perdemos? Pues paciencia; siempre uno se pierde y se pierde.

—No seas payaso.

—Bueno, si es necesario preguntaremos a alguien.

—Muy bien. ¿A quién?

Y en esa tiniebla sin límites, de repente, brilló una luz.

No es que brillase en nuestra ayuda: nos agredió, nos cegó. Y nosotros, como aquel antiguo, «parpadeamos deslumbrados». Luego, poco a poco, empezamos a ver tras aquella linterna eléctrica dos jetas, reconocibles a la primera, como jetas de esbirros o matones fascistas.

—¿Adónde van?

—A casa.

—¿Ah, sí? ¡Vaya, vaya! ¿A estas horas?

—Bueno, se nos hizo tarde.

—¿Dónde?

—En casa de unos amigos.

—¿Conque amigos, eh? ¿Qué amigos? —insistió el tipo, como el que quiere sorprender al reo.

—Amigos literarios.

—¡Oh, oh! ¡Literatos! —repitió, como si la palabra le pareciera ridícula, en todo caso improbable y con toda seguridad provocadora.

—Pues sí. Nosotros también lo somos.

—¡No! ¿En serio? ¡Literatos! —volvió a repetir, esta vez con evidente desprecio, mientras yo pensaba que su gran maravilla y sus pesados sarcasmos no estaban del todo injustificados—. ¿Y qué hacían en casa de sus amigos?

—Pues hemos hablado de literatura —tal vez era demasiado para él, pero era, más o menos, la verdad. Borboteó como una olla hirviendo.

—No se haga usted el gracioso. Venga, los documentos —siguió en tono brusco.

Se los enseñamos; los revisó con exagerada atención. No obstante, debió comprobar que la Compañera figuraba o era definida como «editor» (precisamente en aquellos días se deleitaba en asuntos editoriales) y que, por ventura, resultaba ser la esposa de un excelentísimo señor, lo cual hizo que el tipo volviera en parte sobre sus pasos, pero quiso darse una última satisfacción:

—¿Y cómo es que están ustedes juntos aquí?

—Porque somos amigos, simples amigos.

—¿Otra vez con ésas?... ¡Amigos! —cantó, procurando dar a su entonación toda la ironía y la malicia de que era capaz.

—Bueno. Pueden marcharse.

Y apagó la linterna volviendo a arrojarnos a la más negra oscuridad. Y entre paréntesis, puede observarse lo cortos que son los esbirros en general. Podríamos haber sido «elementos peligrosos» y nuestro inquisidor ni siquiera se había enterado de dónde nos alojábamos.

A duras penas encontramos el hotel y subimos a la doble habitación. Y ella con las manos en el regazo:

—Eres un inconsciente. Imagínate que el dinero para este hotel y para el tren no lo hubiera guardado yo.

—Pero lo has guardado.

—Ya, ya, muy cómodo el señor. Salvo que ahora tenemos que irnos en seguida y, en cambio, yo debía... debía establecer unos contactos.

Nada menos que «establecer unos contactos». ¡Qué expresión tan ridícula! Por lo demás, las acusaciones, recíprocas, no acabaron aquí.

Además, pregunto: ¿Hay nada más tétrico que esos pequeños patios sin esperanza de sol, también llamados galerías, a los que dan algunas habitaciones de hotel? Es cierto que de tal oscuridad yo, en ese momento, casi no veía el fondo pero en compensación recibía su triste aliento (de cocina, de lavandería). Y las cortinas almidonadas de la ventana estaban recubiertas, mejor dicho engominadas, de otro polvo. Además, ahora, se planteaba otro problema: ¿Cómo, diríamos, utilizar un cuarto de baño si antes la compañera que la suerte nos ha dado no yace sorda a todo ruido, es decir, si no está profundamente dormida? Resumiendo: tuve que esperar aguzando el oído a que la respiración de la habitación contigua se hiciera más regular y ronca, en clara señal de adormecimiento. Y cuando me puse a leer para dormirme a mi vez, no fue ni siquiera un periódico sino un desplegable turístico tomado al paso en la portería. Por último, también me venció el sueño, si bien inquieto y pronto interrumpido.

Primeras horas de la mañana:

—Vamos, levántate, tenemos que irnos. No te bañes, apenas tienes veinte minutos de tiempo. Llamaré un taxi.

—Espera, por lo menos el café.

—¿Qué café? Ya lo tomaremos en la estación, si es que llegamos. ¿O quieres que perdamos el tren, que yo pierda... todo?

¡Oh, no! No lo quería, ni mucho menos «todo».

Amanecer aún brumoso. ¿Qué era aquello, un rascacielos? En efecto, parecía alzarse hacia alturas sólo imaginadas en las que incluso pasaba una promesa de claridad, de serenidad... Pero no; por imponentes que fueran aquellas moles ya no me dejaba engañar.

Lástima que tú, nueva Lidia, no pudieses enseñar el «carnet» al «seco taconazo de la guardia». La verdad es que lo demás habría encajado, en particular las luces «bostezadoras»... «Entonces le dije, “¿Por quién me toma usted?” ¿Y él, y él? Nada: “la tomo por una bella mujer”. ¿Yo? Bueno, no es un insulto. ¡Ah, querida! Vas muy de prisa. Lo que él quería era... era. ¿Qué? Hum... Lo que pasa es que si les hacemos caso a todos...» (Primeras conversaciones de compartimento en el tren. Y qué aseadas y gentiles, flequillo y chal, las dos trabajadoras charlatanas. Pero ni siquiera esto servía. Además, quiero y debo concluir.)

Desde aquel lejano tiempo, nunca volví a estar en la llamada o sedicente Milán. Y, por ejemplo, cuando oigo: «¿Dónde baja usted?» «En Voghera. ¿Y usted?» «Yo voy a Milán», me río para mis adentros.

Milán, es evidente, no existe.

EL HOMBRE DE FICHAS

EL que se despierta normalmente no hace más que retomar el hilo de tediosas preocupaciones. Todas las cosas todavía no hechas o no completadas se le amontonan en la cabeza y vuelven a agredirlo y muy pronto vuelven a encaminarlo por los tétricos raíles de su cotidiana existencia. Se alisa o (según temperamentos) se alborota el cabello, suspira, sorbe el café y de nuevo está listo para su mezquino calvario.

También hay días en que uno se levanta con una especie de sacudida de energía que parece inopinadamente aludir a otra cosa o implicar otra cosa y que parece llamar al recluso fuera de su prisión. Y esa otra cosa, aunque indeterminada, se viste de los más rosados colores y proyecta casi una alegría, una esperanza cuyo rostro sólo se trata de reconocer y una garantía de vida diversa y más humana...

Días peligrosos, sin embargo, porque, en primer lugar, tan feliz disposición aparece sin plausible motivo y no encuentra ningún apoyo en la razón, mientras que precisamente a la razón le corresponde moderar y controlar los movimientos de nuestro corazón. Pero también porque estos últimos, allí donde se excedan y evadan hacia climas más libres, están destinados (larga experiencia nos lo enseña), por así decir, a aterirse rápidamente y cualquier alegría nuestra a marchitarse nada más nacer, dejándonos dos veces desilusionados.

Bueno, veamos. Uno se siente un día de esa manera, ¿y entonces? ¿Qué hace concretamente? Esto ya es un serio problema en el que, por supuesto, entrarán los gustos y las tendencias particulares de cada cual. Sin embargo, no perentoriamente: aunque armado de sus propias y personales preferencias, puede ocurrir que el tal no sepa qué hacer en concreto para desahogarse. Pasa revista a las varias soluciones, es decir, a las varias acciones supuestamente convenientes a su nuevo estado de ánimo, pero ninguna le parece lo bastante digna o no cuadra perfectamente con el mismo. No obstante, algo hay que hacer so pena de llevar dentro de sí quién sabe por cuánto tiempo sus propios ímpetus convertidos en pesar, en remordimientos...

Bien, admitamos, para simplificar las cosas, que ese tal (a partir de ahora designado con el nombre genérico de Amigo) viva cerca de la frontera francesa y que sea escritor de oficio. Así pues, se podría creer que ese excedente suyo de energía y de confianza desembocase en algún buen cuento o artículo. Pues no: los cuentos y hasta los artículos surgen (hay que admitirlo) de un acobardamiento, de una angustia. Otra cosa. ¿Pero qué? Por último, después de largo debate, el amigo decide ir a jugar al Casino Municipal de Niza. Solución casual, tal vez; pues paciencia si de momento no se encuentra nada mejor. Pero aclarámonos: al amigo le hacen falta justificaciones literarias, pero las hay de sobra pues acaso en esas mismas salas, acaso ante el mismo fresco, Chejov, que es Chejov, persiguiera una vez su generoso sueño de enriquecerse con el juego.

Resumiendo: ya tenemos al amigo en autobús hacia Niza. Pero antes de llegar un

algo empieza a turbarlo y a condensar sobre él algo así como un siniestro auspicio: es la sed. No una sed propiamente dicha, sino más bien la inevitable consecuencia de un malestar. Hablando más claramente, el amigo había decidido deglutir a toda prisa, como viático, una de esas pociones aperitivas o digestivas que sólo sirven para engañar el nerviosismo, pero el autobús ya se estaba poniendo en marcha y no le había dado tiempo. Por lo tanto, ahora se sentía defraudado y hasta víctima de un abuso, de un complot, mientras su, en el fondo, ociosa necesidad iba (como suele) adquiriendo la urgencia de una necesidad fisiológica.

Una vez en la frontera, el amigo llegó incluso a rogar a los aduaneros que apagasen su sed, pero ninguno tenía con qué o no quiso proporcionárselo, por lo que la sed se volvió abrasadora en proporción a la imposibilidad de apagarla. De modo que, bajo los ojos del pobrecillo, encerrado en su ansia y por ella reseco, pasaron sin fruto y sin emoción los más encantadores paisajes: por ejemplo, la bahía de Villafranca.

Pero, como Dios quiso, el viaje llegó a su fin. El amigo descendió del autobús (y entonces se dio cuenta de que no tenía ninguna sed).

En Niza, el habitual triunfo de sol, pero también un hombre en el suelo. Un hombre: un semejante nuestro, a nosotros terriblemente próximo a pesar de todos los aires que nos damos. Un hombre joven, caído.

Estaba como aplastado contra el adoquinado, en una postura algo extraña, como si tuviera los huesos rotos o como si su misma impotencia, su incapacidad para levantarse lo clavase y lo coagulase allí. Alrededor, guardias y curiosos que comentaban en voz baja. ¿Pero qué comentaban exactamente? ¿Se trataba de un vulgar accidente de tráfico?... El hombre, entrevió el amigo, tenía un poco de sangre en la cara y estaba inmóvil, desesperadamente inmóvil. Luego, alguien, como prueba, le levantó un brazo y el brazo volvió a caer inerte, pero los dedos de la mano temblaron. De modo que no estaba muerto o aún no lo estaba. Los presentes se alegraron disponiéndose a continuar su paseo a la orilla del mar o por el jardín más allá de la Plaza Massena... Luego llegó la ambulancia. Los enfermeros, endurecidos por su larga experiencia, no se apresuraban demasiado: se consultaron; por fin se decidieron a recoger el pobre cuerpo descoyuntado...

Todo esto el amigo lo vio confusamente desde la otra acera y entre las piernas de los curiosos, ya que no tuvo valor para acercarse. Y siguió horrorizado su camino hacia el Casino que, por suerte, no estaba lejos. Intentaba aferrarse a sus próximos placeres, esperaba que ellos lo reafirmaran en su actual y ocasional intrepidez, pero la imagen del hombre caído era más fuerte que cualquier paladeo y se figuraba a sí mismo moribundo en un desnudo, extranjero y hostil adoquinado entre curiosos que iban de paso. En efecto, ¿quién habría podido asegurarle que ése, tan sórdido, tan poco romántico o poético, no sería su propio fin?

De todos modos, un pésimo presagio para el juego, confirmado por la primera jugada ganada. Pues sí, es sabido que quien gana la primera apuesta no puede de ningún modo esperar ganar las siguientes y resolutorias, o sea, salir finalmente vencedor de la pelea con la bola... Pero si eso es así, me parece oír llegado a este punto, ¿por qué el supuesto amigo no lo dejó en ese momento? Y yo qué sé: era y es jugador y, además y sobre todo, debía borrar de su mente la funesta visión de poco antes.

¡Pero era fácil decirlo! La bola, supongamos, blandamente se acomodaba en una casilla: sin prejuicios de ventura personal (excluida desde el principio), ¿qué era ello sino un simular el desesperado, el mortal abandono, casi el aplastamiento de aquel cuerpo que antes yacía en la calle? Las floridas fichas arrastradas y desordenadas por el rastrillo del empleado, ¿a qué aludían sino al horrible descoyuntamiento de aquellos miembros?... Y así sucesivamente por símbolos transparentes, volviendo a ver en todo la imagen de la que intentaba huir.

A la izquierda del obstinado amigo se hallaba el fresco ya citado y, tal vez, de chejoviana memoria, que representa mujeres desnudas corriendo. Una lleva una antorcha, y está claro que está a punto de pasarla a otra. Abajo, grabada en mármol, hay una larga explicación de la carrera y del juego (antiguo, ciertamente). Demasiado larga para leerla... Además, ¿de qué sirve leerla? Sin duda la antorcha querrá significar algo que sobrevive a nuestras humanas travesías, nuestra fe (en el caso de que nos sea concedida), tal vez nuestra misma vida como superación de las terrenales enfermedades unidas a la «pesada carga» que el alma arrastra...

¡Ah, ignorante y vana figuración! ¿Adónde corren, en realidad, estas bípedas desnudas o qué pretenden preservar de la corrupción del tiempo? Nuestra vida, la única verdaderamente reconocible, está, por el contrario, sometida al viento o al automóvil que pasa, expuesta, minuto a minuto, a someterse, a languidecer, a morir, y no de necesaria, sino de accidental, insignificante, casual muerte...

Así, al menos, iba pensando el amigo, cada vez más melancólico, en la misma proporción en que por la mañana se había sentido alegre, cada vez más aturdido (circunstancia aprovechada por la bola, o la suerte, para dejarle, pellizco a pellizco, sin nada).

Al final tuvo la extraña fantasía de componer con las últimas fichas sobre el tapete, es decir, sobre los números una figura humana: apostó al cinco y caballos (una cabeza radiante), al once y al catorce (el cuello), al dieciséis y al dieciocho (los hombros) y hacia abajo en bandolera, las piernas, hasta el treinta y cuatro y treinta y seis (los pies). El conjunto resultó una figura en cierto modo semejante a la del Cazador Orión, cuando acampa en medio del cielo invernal.

Y esperó. Esta jugada dejaba pocos números descubiertos; dentro de un instante se vería el resultado.

La bola ya daba vueltas; luego, naturalmente, se tiró de cabeza a uno de estos números descubiertos. Apuesta, suprema apuesta, perdida.

El hombre de fichas se deshizo literalmente sobre sí mismo al haber el rastrillo desunido y amontonado al final de la mesa sus miembros ficticios para recogerlos o atraerlos de un golpe. Así pues, de tal modo acabó el juego, y la jornada que había parecido comenzar propiciamente.

Y ahora, en el camino de regreso, mientras las sombras de la noche ya se espesaban sobre las aguas antes cristalinas, sobre las colinas boscosas cuajadas de villas poco antes evocadoras de una vida más dulce, se decía el amigo:

«Ya. ¿Por qué vine a jugar si ni siquiera tenía la voluntad de ganar? Lo hice, supongamos, para una comprobación, pero superflua, por descontada. Debí saberlo: un hombre cae en cualquier lugar del mundo, y para esto, en éste o en cualquier otro lugar, no hay compensación posible».

PREMIO LITERARIO

COMO se conocían su misantropía y su timidez, lo chantajearon. Dijeron, es decir, escribieron: «Hemos decidido darte el premio, pero es indispensable que lo recojas personalmente; en caso contrario...».

Bueno, el premio no era de los más vistosos: un millonaje mondo y lirondo, pero para él, en sus condiciones, era algo, es más, era mucho. En fin, ¿qué responder sino «París (o incluso la última aldea de Francia) bien vale una misa»?

Le tendieron puentes de oro en dirección contraria a la tradicional. Alguien fue a recogerlo con un coche y lo condujo al lugar de la entrega. Durante el no breve viaje quiso saber con qué se iba a encontrar.

—Nada de especial —le informó el amigo—. Todos son gente tranquila y buena y no tienen otra intención que la de conocerte y festejarte.

—¿Todos? ¿Quiénes?

—Pues los jurados, los invitados, el público.

—El público... conocerme... festejarme. ¡Oh, Dios mío! Esto ya basta para echarme a correr.

—No, hombre, tranquilo. Verás, será algo familiar; eso es, en familia, como una reunión entre literatos.

—¿Pues peor! Dime, ¿tendré que ponerme en pie para recibir el sobre con el talón y cruzar el espacio entre las primeras filas y la mesa del jurado?

—Hum... Me temo que sea indispensable.

—Pues entonces no voy y que el millón se vaya al diablo...

—Vamos, hombre; es un momento. Te repito que estés tranquilo; ya encontraremos el modo.

La entrega debía tener lugar al día siguiente pero, mientras tanto, toda la gente cualificada estaba allí y se reunió a su alrededor en la sala de lectura del hotel. Un semicírculo de personas medio tumbadas en los capaces sillones esperándome; ojos curiosos, inteligentes por definición. Era como un examen, ya lo creo.

—¿Qué opina usted del último libro de...?

—No lo he leído.

—Comprendo, no quiere comprometerse.

Pero la verdad es que el libro en cuestión no lo había leído. Hacía ya tiempo que se había desinteresado, o sea, no esperaba ya nada, de los libros ni de la literatura. Pero hay que decir que en las presentes circunstancias había jurado guardar silencio en cualquier caso, y ello, sobre todo, porque acababa de llegar de una larga estancia en el campo, donde nadie hablaba de nada y donde, en consecuencia, había perdido el uso de un lenguaje digno, ilustrado, literario y social.

Pero ellos insistían sin parecerlo. Veladamente refutaban alguna afirmación suya,

explícita o implícita en alguna de sus obras y no se privaban de nada para excitarlo a la lucha. Y, de hecho, habría sido ridículo que renunciasen a su propia diversión, a examinarlo, a ponerlo en una situación embarazosa.

Luego salió el historicista: joven, aguerridísimo. Resumiendo, se vio lanzado a una ardua disputa, cuyos términos (familiares al otro) dominaba mal. Se oía replicar, bromear, a veces balbuceando, siempre sintiendo lo inadecuado de sus respuestas y de sus chanzas, lo inadecuado, en cualquier caso, de su maldito y casi indecente lenguaje, tan atascado, tan superado. De modo que el otro triunfaba y triunfó y, cuando, por fin, la tempestuosa sesión llegó a su término, fue aprobado por uno de los jueces, qué cátedra, con esta frase: «Bien, bravo: diez en historicismo a... (el interlocutor), y cero a... (él mismo)».

Jueguitos de literatos, pero él se quedó igualmente humillado, con sensación de malestar por lo que habría debido decir y no había dicho y, más aún, por el simple hecho de haber dicho algo, contra toda su costumbre y propósito. Entre los pinos del hotel soplaban un viento cálido, enervante... Recordó que no había traído ni un libro, no para leerlo, por favor, para conciliar el sueño. Se puso a buscar al amigo en una de las dependencias del parque (casitas con escalerilla y amplios balcones que daban al mar). Lo encontró. El amigo le dio el libro, mejor si aburrido, y añadió: «Enhorabuena, estuviste muy brillante».

¿Brillante? Pero cero en historicismo. Lo cual no era tan grave, pero... Cero en todo.

Volvió a verlos por la mañana en el desayuno, divirtiéndose (otro juego de literatos) imaginando cuáles de ellos o de nuestros contemporáneos —léase escritores— serían capaces de hacer frente victoriosamente al juicio de la posteridad.

—Dentro de dos, de tres generaciones, dentro de cincuenta o cien años —había dicho uno—, ¿quién permanecerá? ¿De las obras que hoy nos apasionan o incluso nos entusiasman o nos defraudan, cuál seguirá siendo estimada válida y cuál no? Supongamos que debemos salvar del tiempo y del olvido diez autores. Veamos, ¿qué y cómo decidiríamos?

—En los cuatro primeros nombres todos estamos ya de acuerdo —le confió al llegar su vecino de mesa, de cuyo aire cómplice y misterioso se deducía fácilmente que entre esos cuatro nombres...

Pero él pensaba: «¡Yo, vencedor del tiempo y superviviente a sus feroces pasadas de esponja; yo, entre aquellos que hayan legado algo a los hombres, algo; yo, que en realidad nunca tuve nada que decir y que, lejos de vencer al tiempo, nunca supe ni siquiera dejarme dominar por él!». Y al mismo tiempo pensaba, no con menor sinceridad y aun despreciándose a sí mismo: «Yo, *entre los cuatro primeros*. ¿Es que entonces hay otros que me igualan? ¿Que me igualan en el peor de los casos en angustia, en desesperación, si no en el magisterio del arte? ¿Entonces yo no soy el único, el único que hay que salvar entre la gentuza lerda y ambigua?». Y retornaba a

su mente aquel pintor que se había enfadado con él por haberlo definido como «el más grande pintor italiano» (habría querido: el más grande de Europa, del mundo).

Y, mientras el juego continuaba, pensaba: «En suma, ¿qué o qué maravillosa prenda de otra cosa les hace vivir? ¿Acaso el deseo, el sentimiento de la gloria? ¿Tal vez un interés, un deleite inmediato, un espíritu de poderío? ¿Qué deleite, por citar sólo una de estas cosas?... Literatura. ¿Puede existir de verdad alguien que crea en la literatura, que le atribuya una misión, un mensaje, un consuelo?

»Pues sí, parece que puede existir. Veamos: aquí, entre esta gente cortés, sensible y, en el fondo, benévola, existe el ambicioso, el estratega, el ingenuo, el modoso; uno tiene ojos de mujer (o de perro); un segundo, manos de pianista; un tercero, bíceps de atleta. ¿Y todos coinciden en este culto a una belleza hace tanto tiempo marchita, hace tanto tiempo impotente?»

No sabía qué responder. Él mismo se sentía enredado en la absurda trama, presa, si se abandonaba un instante, de aquellas ilusiones y locuras. Se sentía, sobre todo, triste, aburrido: una oscura desazón, un «antiguo remordimiento».

Y llegó la ceremonia del premio. Para ahorrarle a su timidez pruebas demasiado duras, lo hicieron sentar en la mesa del jurado y le bastó con extender la mano, y el sobre con el millón fue suyo, suyo contra su corazón. A lo que siguió la leve embriaguez de las mixturas alcohólicas con las correspondientes charlas entrañables, con la (inapagada) urgencia de humana comunicación, de humano socorro. A una cierta hora todos se retiraron. Quedó sola con él una mujer que se llamaba Aurora. Mujer esplendorosa y, no obstante, de mirada oscura, es decir, no menos ultrajada por la suerte (o convencida de serlo). Y a ella le tocó recoger sus desesperados anhelos de pureza, de sencillez, de bondad: ¡Anhelos de borracho! A ella, especialmente, le tocó resistir el asalto de sus perennes peticiones y locas pretensiones (una vez más) de ayuda en la pesada necesidad del vivir. Asalto —para la crónica— del que ella se defendió bravamente del único modo posible: oponiendo ansiedad a ansiedad, incertidumbre a incertidumbre, pesadumbre a pesadumbre.

Luego, como Dios quiso, amainó el viento y el sueño superó los humos de la embriaguez o, mejor, se saturó de ellos. Pero en la tranquila habitación, en la dudosa alba, volvió el breve, cuanto inútil, tiempo del examen de conciencia, cuyas conclusiones, en efecto, habría sido difícil sacar.

En definitiva, ¿qué pensaba él de aquellos hombres? Se permitía no pensar nada de ellos, salvo que le resultaban incomprensibles, extraños, remotos. Se tomaban en serio, se tomaban a pecho las ideas o teorías de tal ensayista, las amables fantasías de tal narrador, las severas sentencias rítmicas de tal poeta y casi casi se alimentaban de ellas... Más bien les envidiaba, reconociendo cada vez mejor su propia abyección, su culpable abandono, su inexplicable incredulidad.

Con lo cual, aunque envidiándolos, se quedó dormido. O sea, que tenía razón al suponer que este sentimiento se demostraría frágil y ocasional después de pasar la

prueba del sueño y de la mañana.

Pero por la mañana aquella especie de examen y de penoso trabajo continuaba, a saber por qué torcedura o deformación de sus resortes interiores. Un sol violento y rojo encendía los pinastros de la playa, las cercanas cimas, blandamente recibido en su seno por el mar que azuleaba y transcoloraba. Y ellos partían en brillantes automóviles, y cada uno tenía una meta precisa, un centro de vida activo, de actividad libremente aceptada, no forzadamente vacía de compensaciones o de nuevos estímulos... ¿Y él?

¡Ah, correr allí, colocar en pilas de fichas todo su premio literario en el número diecisiete y esperar de ello (pues en otra parte no había esperanza) una solución cualquiera!

(Por supuesto, no salió el número diecisiete: salió el número de al lado, el estúpido veinticinco, arisco como un mono. Siempre sale el número de al lado. Siempre parece que o que...; y a la hora de rendir cuentas...)

LA MALETA

EL muchacho fue confiado a un joven tío y, durante un tiempo, mientras se buscaba un alojamiento conveniente, los dos se conformaron con dormir en la misma habitación (de alquiler, y que era la habitación de soltero del tío). Por la mañana salían juntos para dirigirse el uno a la escuela y el otro a la oficina. Se citaban en algún sitio para comer y volvían a separarse, y, finalmente, volvían a encontrarse para la cena y el sueño.

Cuando se quedaba solo en aquellas largas y gélidas tardes, el muchacho, en primer lugar, hacía sus deberes escolares y luego escribía poesías carduccianas en las que ponían gran cuidado en escindir las preposiciones articuladas y en mostrar una cierta suficiencia hacia algunas reverendas autoridades pero en las que también, a veces, transmitía algo de sus genuinas, inermes melancolías (y entonces la pluma parecía moverse por su propia virtud y la lengua se depuraba mágicamente). Por último, cuando la sombra se espesaba en la habitación y la lámpara empañada no lograba ponerla en fuga del todo, ya no hacía nada más. Miraba inmóvil el rectángulo de cielo cada vez más sombrío, se dejaba invadir por el frío y, con todo y con eso, de vez en cuando su frente ardía y sudaba. Vagaba en un extravío sin límites y, sin embargo, aquel mismo cielo sombrío tenía el poder de hacerle imaginar destinos radiantes, prodigiosas aventuras, misterios nunca resueltos y, por tanto, eternamente provocadores y halagüeños...

Resumiendo, el muchacho había alcanzado la edad de las ansiedades y de las languideces que, por otra parte, aún no se concentraban ni fijaban en ningún objeto visible. Naturalmente, en sus fantasías y melancolías el lugar de honor estaba reservado a las figuritas femeninas vistas, entrevistas, rozadas en la escuela o por la calle. Pero de ello a una completa clarificación y justificación de sentimientos tan inseguros y hasta desconocidos el paso era largo, por lo que se quedaba turbado e impotente, ávido y desilusionado.

¿O tal vez su tío habría debido proporcionarle una clave? Éste era un guapo joven moreno y de pelo rizado, seguro de sí, por lo menos en apariencia. Cuando iban juntos por la calle el muchacho acostumbraba a defenderse de la tramontana caminando detrás de su robusta persona, de cuya física protección se podía solicitar o esperar ayuda en las actuales volcar la plenitud de su ánimo cuanto la búsqueda de sí mismo y del cauce que habría de dar a sus propias y tumultuosas facultades. Búsqueda que, por otra parte —era lícito pensarlo y el muchacho lo pensó—, no podía no resultar favorecida por estas recientes adquisiciones o logros de la consciencia.

No fue así: la ciencia, o consciencia, se reveló singularmente severa, no sólo para la paz del corazón sino también para la posibilidad misma de reconocerse en alguna criatura o cosa. Y, tal vez, sea efecto inevitable: si una imagen suprema resplandece

dentro de nosotros, ¿podríamos resignarnos a una pálida falsificación?

El muchacho creció, envejeció y su búsqueda no dio fruto. Hasta que debió convencerse de que aquella lejana revelación había al mismo tiempo inaugurado la verdadera y gran melancolía, en la que, perdidos, y en una causa perdida, estamos obligados a hacernos pasar por los demás para atribuirles sentimientos definidos o vivificantes. Que al menos ellos, los homúnculos de la pesadilla, del terror y de la delirante fantasía, obtengan algún beneficio de ello.

COCHINILLA DE HUMEDAD

LA tarde anterior su mujer le había dicho que ya no lo amaba. Y esta mañana temprano partió con los niños. Dentro de pocos días se abrirían las escuelas.

Bueno, que su mujer ya no lo amase él ya lo sabía. Así como un célebre historiador vislumbró la inminente revolución, según se cuenta, en la mirada de un descargador de muelle que empujaba una carreta, también él había establecido con seguridad el estado de ánimo de su mujer basándose en mínimas, casi insignificantes reacciones y actitudes. Por ejemplo, él solía atusarse los bigotes con el índice humedecido en saliva, y este gesto, que en el tiempo del amor había provocado embelesados o, al menos, divertidos grititos, ahora era recibido por la mujer con un enojado, es más, asqueado, fruncir de párpados...

Amainadas de golpe, como amaina un viento violento, la protervia de ella y la turbulencia de los niños, la casa parecía singularmente vacía, áfona, indisfrutable. En compensación, el triunfal sol de octubre llenaba el patio y su jardincillo colgante haciendo fulgurar cada hojita, recortando vivazmente cada macolla, recogándose en pozas de oro entre la hierba. Y, después de todo, era hermoso estar allí y olvidarse de todo. Incluso se podía dormitar, si bien los viejos lo desaconsejaban. De la calle más allá del jardín subyacente venían de vez en cuando ruidos conciliadores: un sordo martilleo, pisadas de cascos asnales, voces de comadres; hasta el paso de un perro resultaba audible en ocasiones. Sólo raras veces la paz era rota por el desagradable estrépito de un arco de hierro que bulliciosos muchachuelos echaban a rodar por las calles del pueblo y, en general, entre dos pasadas de estos perturbadores de la quietud pública, había tiempo para quedarse traspuesto. Y más allá de los tejados de las casas bajas en las afueras del pueblo, la vasta campiña, y en ella zollipos de pavos (más raramente, ay de mí), graznidos de cornejas (cobrizas).

Sí, ¿y luego qué? ¿Cómo colmar el intolerable vacío? ¿El vacío dejado por su ausencia, sí, pero en particular y hablando más seriamente, el dejado por *su* desamor? ¿El vacío de aquel día y de todos los días que vendrían?

El sol se ponía. Soplos de viento, todavía no fríos pero ya húmedos, le persuadieron a entrar en casa. ¿Y allí?

Se puso a pasear por la sala de la planta baja y se topó con dos niños dormidos, que eran, por supuesto, dos muñecos. Su hija, antes de partir, los había acostado cuidadosamente en sus camitas hechas por ella misma. Tenían los ojos cerrados (a causa de su postura) y dormían, ¿cómo lo diría?, con entrega y diligencia, si bien la cabeza de uno de los dos se redujera sólo a la cara, destrozo que el gorro de noche ocultaba mal. En cualquier caso, una imagen de tranquilidad, aunque ficticia, que no concordaba de ninguna manera con sus sentimientos.

Siguió dando vueltas sin meta entre los pocos muebles y los pocos libros esparcidos en la mesa y acabó encendiendo la radio. Pero la radio no consuela a los

angustiados. En la hora más difícil, en el funesto anochecer no se sacan de ella más que sonidos discordantes y cantos en lenguas hirsutas a las que, para mayor frustración, siguen noticias del mundo del trabajo. De modo que allí estaba, atontado y casi de nuevo traspuesto, cuando una minúscula sombra atravesó su campo visual, vale decir el suelo. Miró mejor.

Oniscus lo llaman los naturalistas, adscribiéndolo precisamente a los Oníscidos; cochinilla de humedad (o familiarmente, de San Antón) se le llama en algunas provincias. Se trata, en suma, de ese menudo animalillo que todos conocen, nuestro inevitable compañero, al menos en las viejas casas. Dejando a un lado su graciosa forma elíptica, su andadura esmerada y otras cosas, su principal particularidad consiste en ese gracioso efecto que todos los niños (de las casas auténticas, las de provincias) aprecian en sumo grado. Si para no pisarla se la aparta de en medio de la habitación con la punta del pie (y con toda la delicadeza posible), se la ve, no sin sorpresa, saltar a varios metros de distancia. No sin sorpresa y con mucha perplejidad: tan poco, o mejor dicho, tan excesivamente responde el movimiento al impulso. Pero el verdadero motivo es que el animalito, apenas se le toca, se hace un ovillo, y así, en forma de esferilla o, mejor, de perdigón de escopeta, va a parar más lejos de lo previsto.

Era una de esas cochinillas la que estaba atravesando el pavimento, pero se percibía algo irregular o singular en su comportamiento. En general, las cochinillas se ocupan de sus asuntos entre el temblor de sus numerosas patitas, y a la primera ocasión trepan por el filo de la pared haciendo siempre gala de una gran seguridad de orientación. Por el contrario, ésta parecía insegura de su propio rumbo. A cada poco se erguía, tanteaba el aire con sus cortas antenas para luego seguir caminando aparentemente caprichosa y, a veces, volvía sobre sus pasos. Dicho de otra manera: en aquella cochinilla había algo de fraternal. O sea, que el insecto y el hombre que lo miraba se hallaban igualmente extraviados, eran igualmente incapaces de trazarse un camino en el mundo... o al menos en estos pomposos términos lo planteó (como un buen hombre, como un buen torturador de sí mismo) el hombre. Y, en consecuencia, sintió una gran curiosidad por saber adónde iría a parar el animalito con su voluble proceder; quién sabe si de todo aquello no le venía, indirectamente, una buena inspiración.

¡Empresa verdaderamente desesperada! ¿Cómo es posible ensimismarse en o con una minúscula, misteriosa criatura como una cochinilla y tratar de comprender sus movimientos? Sin embargo, aquélla manifestaba una ansiedad casi humana. Ahora parecía que había tomado una dirección incontrovertible, una línea ideal férreamente marcada. Y, en cambio, de repente se detenía, volvía la cabeza (o lo que se suponía que lo fuera) a derecha e izquierda, vacilaba, empezaba a retroceder, pataleaba un poco de través y, al final, cambiaba de dirección. Y por último, ¿qué le faltaba? ¿Qué quería?

Ahora se dirigía con engañosa prosopopeya hacia la gran librería, que no tiene pie y apoya directamente en el suelo. Pero para un animalucho de su clase siempre hay espacio suficiente para meterse debajo...

Desapareció. Evidentemente, su casa estaba allí debajo... Pero no, reaparece: empolvada pero no menos agitada; tampoco es ésa su meta. ¿Entonces cuál es?

Ahora da la vuelta concienzudamente a la pata de una silla, como si la olfateara. Luego, de nuevo, se decide a levar anclas, es decir, a separarse de la pared y a prepararse para volver a atravesar el vasto desierto del pavimento... Pero deriva gradualmente (o se sotaventa) y da una gran vuelta que la lleva, más o menos, al punto de partida.

A fin de cuentas, el suyo no es un itinerario, es un arabesco. ¿Y no estaría en la forma misma de este arabesco la indicación...? Pero ahora se arroja resueltamente en la sombra, debajo de otro mueble (un largo banco)... Pues bien, no, no puede, no tiene derecho a sustraerse así a la mirada. Hay que procurarse una linterna eléctrica y seguir sus movimientos en la sombra...

Y así, el hombre se sorprendió a sí mismo, rodillas y codos en tierra, escrutando debajo del banco, aguzando la vista hacia el animalito, el cual, por otra parte, al poco rato volvía a salir a la luz por el lado opuesto y reanudaba su ansioso paseo... Esa cochinilla era un alma en pena.

Él también lo era. Pero si la cochinilla seguía afanándose, demostrando con ello que conservaba alguna esperanza, hacía tiempo que él sabía que era imposible toda esperanza e inútil empeñarse. Se sacudió el polvo de los pantalones y se rió de sí mismo (como aquel santo del Paraíso que, en vida, se había engañado acerca de las jerarquías angélicas).

Cuando ociosamente buscó con la mirada a su minúscula compañera de una noche, constató que había desaparecido y esta vez sin retorno: ¿había acabado por encontrar su propio agujero... o, tal vez, la desconocida pena de aquella criaturita terrestre era peor que la suya? Tal vez. ¿Y qué? El sufrimiento separa, no une. En el mundo no hay hermanos.

Y de nuevo, ¿cómo cruzar el desierto de la tarde, de la noche y luego el de todas las otras tardes y noches, aunque estén tachonadas de estrellas, y el de las mañanas, aunque el sol las haga fulgurantes?

V. El amor y la nada

SORRENTO

No es que Antonio estuviera perdidamente enamorado de Carla o, al menos, no había comenzado así. Pero se proponía huir de un fatal amor, con una mujer más vieja que él, que se arrastraba desde hacía años, marchitándolo y privándolo de sus pocas fuerzas vitales, y cuando se habló de ir a recoger a Nápoles a esa lejana prima medio americana había aceptado encantado el encargo. Luego, el paso de Nápoles a Sorrento es breve y la muchacha era fresca y pura, algo que correspondía, y que en la misma medida sorprendía, en el mundo a lo que en el pasado siglo eran las muchachas recién salidas del colegio o a la imagen de ellas que nos han transmitido algunos novelistas...

Pero la alegre ciudad de Sorrento, como bien saben sus numerosos visitantes, en realidad yace sobre un abismo, sobre una horrible herida de la tierra que, partiendo de las colinas de Sant'Agata, llega hasta el mar. Por encima, casas alegres y variopintas, una soleada plaza que, tal vez caso único, tiene naranjos por árboles, y el monumento a un gran poeta; y por abajo, la profunda y oscura vorágine, atravesada por la plaza misma a modo de puente. En su fondo, quién sabe cuánto tiempo hace y para qué uso, los hombres construyeron hasta una especie de castillo o de fortificación ahora parcialmente invadida y cubierta por plantas silvestres sin que por ello dejen de verse sus murallas resquebrajadas y, se diría, laceradas, en una de las cuales figura un maltratado rostro humano, y una ventana, en particular, parece un ojo vacío corroído por el mal de la lepra.

¿Cómo evitar que, después de haber disfrutado debidamente de los mil atractivos de aquella costa, en un cierto momento de su vagabundeo, la muchacha Carla se asomase por el bajo parapeto sobre el abismo? Peor: ¿cómo evitar que ella, tan fresca y pura, sintiese por natural contraste su invencible atracción? Comenzó dando grititos y mostrando con escalofríos algunos detalles del fondo y de las paredes, como una vertiginosa escalerilla tallada casi en su totalidad en la roca, de resbaladizos escalones. Luego concentró su atención en la fortificación y se entretuvo inventando a sus antiguos habitantes. Al final (era inevitable) manifestó un irrefrenable deseo de visitarla. En vano intentó disuadirla Antonio: ella era presa de un infantil y americano puntillo o, tal vez, de las fuerzas infernales.

Como otra grieta menor desemboca poco más arriba en la mayor y es más accesible, de algún modo fue posible llegar hasta el sitio. Desde allí se veía un cielo de laca disminuido de una gran parte de su luz y el interior de la casa (si se puede hablar de interior) estaba inmerso en una penumbra tétrica y verduzca.

La muchacha había desaparecido en aquella profundidad como puede desaparecer una libre estrella fugaz en contacto con la pesada atmósfera terrestre. Sin embargo, extrañamente lánguida y también excitada, casi súbitamente decaída, se movía entre las zarzas y los muros amenazadores. Por lo que se refiere a Antonio, de él habían

vuelto a adueñarse sus negros pensamientos. Una angustia le apretaba la garganta, y le parecía que todas las cosas viles, vulgares y tristes de su vida resucitasen dentro de él implacablemente dispuestas a sofocarlo con su velada obstinación y que nunca podría escapar de ellas. Caray, no era un efecto singular; lo raro habría sido que sus pensamientos fueran alegres en aquella profundidad. La muchacha no quería marcharse de allí. Por último, se dejó convencer y reafloraron a la luz del sol.

Por la noche, ya de regreso en el hotel, y habiendo ya olvidado su descenso al abismo, Antonio fue avisado de que alguien lo había buscado.

—¿Quién? —preguntó extrañado. El portero no respondió en seguida, pero en el momento en que la muchacha entraba en el ascensor se le acercó rápido y le dijo al oído:

—Una señora —Antonio sintió un vuelco en el corazón y casi se le nubló la vista. Así que *ella* lo había encontrado. ¿Y qué quería ahora?

No tuvo mucho tiempo para reflexionar. Dadas las buenas noches a su compañera y ya en su habitación, la puerta se abrió despacio y apareció *ella* en persona, la cual se puso a mirarlo en silencio. Antonio no la veía desde hacía algún tiempo, como a veces ocurría durante su interminable relación y de momento sólo se le ocurrió una de esas frases tontas que se pronuncian en los momentos de turbación:

—¿Cómo sabías...?

—Todo se sabe, basta con proponérselo —respondió la mujer distraídamente. Llevaba un abrigo de pieles gris y brillante abierto para dejar ver el traje de chaqueta, hinchado aquí y allá por algo de gordura y con el botón a punto de saltar. Tenía cabellos castaños que todavía demostraban los sabios cuidados del peluquero y sus tinturas y un brillante en un dedo de la mano, algo ajada. Pero, a pesar de lo selecto de cada prenda, en su modo de vestir había algo de desaliño y de descuido.

Seguía mirándolo en silencio, seria, conmovida y al mismo tiempo con un cierto aire de triunfo. Parecía que estuviera buscando el punto donde golpearlo cómodamente. Sí, ella sabía que lo tenía a su merced. Por fin empezó a hablar de cosas indiferentes. Dijo de sí misma que había ganado dinero con la venta de algunos de sus bienes y que ya era casi rica. Luego habló de amigos comunes con su habitual y obstinada minuciosidad, cuando no mezquindad (justificaba sus chismes diciendo que no menos morbosamente atento a los asuntos privados de la gente había sido Balzac). Además, en toda esta palabrería no dejó de aludir con apenas encubierta ironía o con velada malignidad a Carla, a la que no conocía pero a la que sus amigos conocían y cuyas opiniones citó incidentalmente, como también citó opiniones, de amigos y no amigos, sobre él mismo, en las que se le reprochaba alguna actitud o comportamiento hacia la que en ese momento hablaba.

Antonio sintió que a su alrededor resucitaba aquel mundo del que había querido huir y que volvía a asaltarle toda la lobreguez que había acompañado su relación en esos últimos años. Extenuado y con el corazón sobresaltado, con las palmas de las

manos sudadas, sentía su habitual ímpetu de rebelión y, como siempre, lo sentía impotente. ¿Qué tenía de extraño que ella lo hubiese encontrado? Bastaba con que él intentara construir algo, ilusionarse con algo o sólo con la libertad para que recibiera un mazazo en la cabeza. Por último, una vez que lo vio en semejante estado, la mujer se decidió a hablar de lo que sentía más a pecho.

—... La tuya es una vana ilusión: ¿qué esperas? Desde que un día me hablaste de ello no me fue difícil imaginar que, más pronto o más tarde, habrías buscado en esta Carla tu salvación de mí. ¡De mí! Como si de mí no hubieses recibido tanto bien, confiésalo, y como si no estuviéramos hechos el uno para la otra. ¿Y tú qué quieres darle? Ella es una muchacha ávida de muchas cosas; tal vez ni siquiera sea lo que parece (tú eres ingenuo y yo tengo el deber de protegerte), una muchacha ávida de vida. ¿Y qué podrías darle tú de lo que quiere? Y créeme, querido, pequeño, nosotros no tenemos mucho que dar a los demás, es decir, que todo lo que tenemos es para nosotros, del uno para el otro. ¡Ah! ¿Es que quieres dejarme, abandonarme ahora, quitarme estos últimos años de vida, de verdadera vida, que me quedan? Pues bien, métetelo en la cabeza: tú nunca te verás libre de mí. Y esto porque... ¡Oh, Dios mío! No me digas que soy ese pajarraco negro posado en tu hombro, ni ese prepotente laurel que con su sombra y sus raíces te chupa la linfa y la vida con los que me has comparado más de una vez... Y esto es así porque yo misma nunca me veré libre de ti, porque todos mis pensamientos y todos los latidos de mi corazón están dedicados a ti, porque todo lo que tengo es tuyo, tuyo, tuyo...

Se retorció las manos y lloraba. Y, como siempre que lloraba, las lágrimas antes de brotar se le acumulaban en el borde de los párpados inferiores, haciéndolo ceder con su peso y descubriéndolo en parte. De modo que aquellos párpados al final parecían como lacerados y los ojos como corroídos por el mal de la lepra.

EL ECLIPSE

GIOVANNA era una muchacha de complicada ascendencia e incluso algo sofisticada, pero sustancialmente tonta. Pero no: ¡ojalá se pudiera liquidar así, tan rápidamente, a un ser humano! Lo que le pasaba a Giovanna es que pasaba por accesos o períodos (no por ello periódicos, sino, al contrario, imprevisibles) o, eso es, ofuscamientos de la inteligencia. Está por ver si de verdad denunciaban su propio fondo o si, en cambio, no eran simples accidentes o, en todo caso, incidentes. Hay que decir que la cuestión no apasionaba a sus amigos: pequeña, delgada, pálida, de un rubio mortecino, feúcha, aunque no desagradable, sólo Enrico se percataba de ella de un modo más preciso.

El cual Enrico, un día en que el sol inundaba los paseos a lo largo del Arno, aunque hacía frío a causa del viento, encontró a un amigo suyo, un crítico de arte alemán, hombre fornido como un toro y casi calvo que parecía no entender nada (empezando por la lengua italiana) y, como quien no quiere la cosa, lo entendía todo, al menos literalmente. Pasearon, hablaron, pero luego no sabían qué hacer. Para Enrico, y tal vez para su compañero, la tarde se presentaba vacía e inquietante. Y en ese momento de algún sitio salió la citada Giovanna. Aprovechándose de la simpatía que le había mostrado en algunas ocasiones, Enrico la invitó a unirse a ellos. Pero con ello no se había adelantado mucho. Por fin salió la noticia de que aquel día se produciría un eclipse parcial de sol y uno de los dos hombres tuvo la idea de ir a verlo a la casa del crítico, en la colina. La muchacha no puso objeciones y allá fueron.

El estudio era una amplia y confortable estancia con grandes cristaleras a través de las cuales se descubría el Cupolone; el té era de los más delicados. Pero al cabo del rato todo fue como antes; nadie decía nada mientras esperaba el eclipse. Enrico miraba a Giovanna dudosamente: bueno, ¿la quería, aunque fuera a su modo, sentía al menos curiosidad por ella? Sí y no, un poco. Le miraba, sobre todo, la cabeza. En efecto, la muchacha tenía una cosa singular, que era su cabellera, o sea, las trenzas doblemente recogidas en rodetes, y se decía que sus cabellos sueltos llegarían hasta el suelo.

—Díganos, Giovanna, ¿es verdad que sus cabellos...?

—Sí —respondió modestamente—, hasta el suelo.

—¿Es posible? ¿Nos los dejaría ver?

—¿Por qué no?

—Pues adelante.

Sin añadir nada más, la muchacha empezó a deshacerse las trenzas. Pero Enrico, cuyo esteticismo ya estaba cosquilleado por la antigua y rara imagen de una muchacha de melena hasta el suelo, no se conformó con esto.

—Oiga —dijo—, y perdone si mi deseo pudiera molestarla. El espectáculo sería verdaderamente inusitado si usted... —no sabía cómo expresarse, ignorando si la otra

se hallaba en una fase de inteligencia o en una de torpeza. Pero ella debió comprender al vuelo pues lo miró como extraviada; no obstante, preguntó:

—Si yo, ¿qué?

—Bueno —dijo Enrico todo confuso—. Resumiendo, sería necesario que usted se quitara todo. No puedo concebir un vestido de nuestra época bajo un río, bajo una cascada de cabellos de oro. —La verdad es que no eran de oro, pero importaba poco... Sí, así la imagen quedaba completa: una muchacha desnuda toda ella encerrada celosamente en sus cabellos (y hasta podía darse el caso de que él mentalmente los llamase áureos).

La muchacha lo miró fijamente, con una extraña expresión en la que Enrico creyó descubrir algo más que una ocasional simpatía, mientras el gordo crítico, regocijado y entusiasta de aquella fantasía, venía en su ayuda con grititos y frasecitas como:

—Claro, digamos que no hay nada de malo.

Giovanna apartó los ojos de Enrico, le echó al otro una mirada condescendiente y, por último, dijo sencillamente:

—Está bien.

Se levantó y se le indicó una habitación en la que desapareció. A fin de cuentas, Enrico decidió que ella estaba en uno de sus momentos más inspirados.

Volvió a aparecer al cabo de unos instantes. Los cabellos, finísimos, copiosos más allá de toda posible previsión, casi multiplicados por la libertad, culebreando, de verdad tocaban el suelo y la revestían toda, casta y ferozmente, derrotando las imaginaciones lúbricas que los dos hombres, por ventura, hubieran alimentado. De maravilla, pero ahora, consumado el primitivo deseo, agotados los cumplidos y dándolos por descontado, ¿qué más se podía hacer o decir?

—Miren —dijo el crítico—, ya empieza.

Empezaba el eclipse. El sol, tal como se veía a través de los trozos de cristal ahumados con cerillas, ya estaba mordido por la sombra, y la luz de la habitación, sin disminuir claramente, se iba haciendo preciosa y plateándose; poco a poco se volvía como más frágil, perdía estabilidad y seguridad, perdía confianza. Lo que provocaba un novísimo deslumbramiento, no de los sentidos sino de la imaginación, una especie de difusa perplejidad, como si un mundo distinto apremiase desde más allá o desde más abajo de una demasiado frágil trama de superviviente alegría diurna.

Los tres se miraban con una cierta turbación. La sombra seguía mordiendo el disco solar que, al final, apareció como una de esas galletas redondas mordisqueadas y abandonadas por los niños en el suelo, en forma de rechoncha media luna. El vago presagio se había hecho inminente amenaza. Ahora la luz realmente se había atenuado, apenas un poco, pero una insinuante y sutil figura de tinieblas en forma de sospecha, de angustia, ofuscaba las mentes. Pero de repente sobrevino una fase, más bien un instante, de incertidumbre o de equilibrio, un escalofriante instante que marcaba el final del fenómeno celeste. Rechazado el alevoso ataque, pronto el sol volvería a refulgir en todo su dorado esplendor.

No obstante, bajo la presión de aquellos imprecisos sentimientos o por natural evolución (o, acaso, involución), en ese mismo momento Giovanna se echó a llorar. Silenciosamente, es verdad. Las lágrimas corrían por sus mejillas como si su fuente fuera inagotable, mientras sus ojos miraban infinitamente desolados y toda ella estaba allí, infeliz y como agrisada, a despecho de su lujuriosa melena, que parecía un irrisorio atributo, una riqueza sin virtud contra la desdicha.

La primera reacción de Enrico fue de irritación y sólo la segunda de perplejidad. ¡Demonios! ¿Qué quería o por qué razón lloraba? ¿Estaba, tal vez, turbada por su velada desnudez y porque el menguado sol, haciendo más viva su sensación de estar desnuda, la hacía aún más indefensa? ¿O no era más bien que se daba cuenta con retraso del ultraje, de un presunto ultraje recibido? Y, sin duda, se sentía humillada por sus inconvenientes pretensiones y por su propia aquiescencia: a fin de cuentas, un sentimiento bajo... ¿O bien sentía ofendido, en la propia aceptación de aquéllas, un sentimiento más profundo, digamos su amor por él (si él no se había engañado y si era amor)? Pero, lo que más importaba, ¿cuál era el papel de él, Enrico, en todo aquello? O sea, ¿cuál debía ser su papel? ¿Qué dirección dar a sus dudosos afectos? Pues bien, el hecho mismo de que se hiciera la pregunta decidía, porque si... entonces todo su ser se sentiría atraído por la muchacha, él la rodearía con su protección, habría sentido la necesidad de darle asilo en sí como en un seguro refugio, etcétera. Necesidad que no sentía en absoluto. ¿Y entonces? ¿Había que dejarla llorar a placer sin intervenir de ninguna manera y, mucho menos, calificarse ni permitirle que se calificara a sí misma? Su llanto era molesto, claro, pero no lo bastante como para aclarar, para depurar una demasiado confusa y turbia condición del ánimo; después de todo, no era más que molesto. Y, sin embargo, ¿de dónde surgía el casi irreconocible remordimiento de Enrico?

En cambio, el gordo crítico parecía saber bien cuál era la causa de la turbación de la muchacha o, tal vez, ni siquiera se planteaba la cuestión; a su naturaleza tutelar le bastaba con que ella estuviera turbada. Por lo tanto, se preocupaba de consolarla, llamándola «chiquitina», aprovechando la ocasión para tutearla, ciñéndole paternalmente los hombros con el brazo y no dejando de lanzar al otro alguna mirada preocupada o vagamente acusadora. Por último, la empujó a la habitación de al lado para que se vistiera. Como siempre, el menor responsable era el que más se preocupaba. Mientras tanto, el sol iba recuperando su redondez y su pleno vigor, si bien se encaminaba ya al ocaso, y ya casi había triunfado de las oscuras fuerzas cuando Giovanna salió de la habitación vestida y con el pelo recogido.

Todo volvía a su orden y ahora, de repente, parecía gratuita aquella reunión con sus vacilantes complicaciones. El crítico se quedó donde estaba, los otros dos descendieron hacia la ciudad.

—Mire, Giovanna, lo que quiero saber no es tanto... lo que más o menos sé, sino qué tiene que ver el eclipse con todo esto.

—¿Con qué?

—Con lo que sé.

—¿Usted cree que soy tonta, no? —preguntó a modo de respuesta.

—No —replicó Enrico conciliador—, me consta que a veces no lo es.

—Bueno, pero en este caso seguro que lo soy. Ignoro qué tiene que ver el eclipse. En serio, lo ignoro. Pero mire, mientras el sol está allí, entero, uno puede pensar que es como una inmensa gema engastada en el esmalte de nuestro cielo, una gema nada más, no exactamente un cuerpo celeste. Pero cuando está amenazado, como hoy...

—¿Cómo amenazado? Sólo era la luna invisible que se interponía...

—Ya, ya, la luna... Decía que cuando está amenazado, entonces, de repente tenemos la sensación de un pasar, de un revolverse, de un amontonarse de astros en el que nos parece que nuestras esperanzas, nuestros sentimientos no tienen cabida o del que, mejor aún, no obtienen ningún consuelo. Quiero decir que esos acontecimientos celestes con sus desveladas perspectivas son indiferentes a todo lo que hay en nosotros, incluso desdeñosos. No toman en ninguna consideración nuestros más secretos deseos, nuestras más queridas ilusiones. Es una cosa atroz.

—¿Qué ilusiones, en particular?

—¡Ah, Enrico, qué voz tan fría! ¿Quiere que le cuente las mías, mis ilusiones?, ¿es necesario?

—No, no diga nada.

Lo miraba con ojos de perro apaleado en los que se reflejaba una absurda, una estúpida ansiedad; ojos brillantes, prontos al guiño. Tuvo miedo de que volviera a echarse a llorar, ¡no, por amor de Dios! Que al menos guardase silencio.

¿Y él? Bueno, ¿la quería, aunque fuera a su modo, sentía al menos curiosidad por ella? Sí y no, un poco.

EL MOSQUITO

LLOVÍA a cántaros: una lluvia repentina después de muchos días de calor impropio de la estación. Los familiares cubos en el patio (objetos sin oficio aparente) emitían bajo el chaparrón sonidos variados, y todos tétricos. Él, tal vez precisamente a causa de la lluvia, no podía dormir. Cuando la oscuridad se hizo demasiado corpórea oprimiéndole intolerablemente el pecho, se decidió a encender la lámpara de la mesilla de noche. El cono de luz iluminó un trozo de pared blanca.

En esta pared un animalito alado y no bien identificado, una especie de mosquito, iba de arriba abajo afanosamente. Ésa fue, al menos, la primera impresión: bien mirado, en realidad sólo se entendía que iba para arriba y que para abajo sólo iba por necesidad o por un destino adverso. Resumiendo, el animalito intentaba trepar por la pared, y hasta lo conseguía, pero, llegado a un cierto punto, y fallándole el pie o la pata, se deslizaba hacia abajo ineluctablemente.

Ahora bien, aquí se planteaban dos cuestiones, una técnica y otra incluso metafísica. Primera: ¿por qué no se servía de sus alas o es que, acaso, ya había experimentado su inutilidad en casos semejantes? ¿Y por qué quería trepar? Dicho de otro modo: ¿adónde quería ir y qué posición quería alcanzar?... Pregunta ociosa, claro. ¿Podría nunca un hombre evolucionado y consciente, un partícipe de la revolución industrial en marcha en su propio país, entrar en el minúsculo cerebro de un mosquito e identificarse con él? ¡Y, sin embargo!

Se dice que en el mundo hay desiertos de sal, deslumbrantes bajo el sol, áridos, amargos y hostiles. Bueno: ese animalito, en el ámbito de sus proporciones, estaba perdido en uno de esos desiertos. En efecto, algo semejante debía de ser para él la gran pared blanca y lisa, la cual, además (como precisamente los mentados desiertos), no llevaba a ningún sitio. Eso es, el animalito no podía querer ir a ningún sitio por la sencilla razón de que no había sitio al que ir, y era necesario hacérselo comprender. Así pues, el insomne saltó de la cama, aferró delicadamente al diminuto compañero de vela y lo colocó un poco más arriba en la pared, hacia la meta que parecía querer alcanzar.

El mosquito se sostuvo un momento en su nueva posición ayudándose con las alitas y luego, puntualmente, resbaló hasta el suelo para reanudar inmediatamente su fatigosa ascensión. ¿Entonces?... Sea como fuere, sus esfuerzos producían congoja. Visto que no había medio de socorrerlo, tanto daba apagar la luz y dejar que se las arreglase él solo.

A mediodía tenía cita con su novia. Ésta debía esperarlo, y lo esperaba, en la parada del autobús.

¡Qué guapa era! Un poco demasiado lozana tal vez, y, tal vez, un poco demasiado sonrosada de cara, blanca y roja, es decir, como una educanda o, más bien, como la

reina de la fábula. Se podía jurar que olía a espliego (aunque las muchachas de hoy en día ya no lo usen) y su boca, a vainilla. Iba vestida de azul, pero de un azul cielo, suave, lánguido y (si puede decirse así) languideciente. Llevaba al cuello un chal ligero de color rosa, exactamente color delfín (flor). Parecía dúctil en todas sus fibras, dispuesta a todo para darle gusto.

—¿Adónde vamos?

—No sé, donde quieras.

—¿Comemos fuera, no?

—Si quieres.

—¿Dónde? ¿En qué restaurante?

—No sé. Me da igual. ¿Se te ocurre alguno?

—La verdad es que no. Decidámoslo juntos.

—Decide tú. A mí me da lo mismo.

—¿El Marinero?

—¿Por qué no?

—Dime. En primer lugar, ¿qué quieres comer? ¿Carne o pescado?

—Me es indiferente. No tengo problemas alimenticios.

—¿Ah, no? Entonces propongo...

—Me parece muy bien.

—Pero si aún no he dicho...

—Me parece muy bien lo mismo.

Pero al llegar aquí, o tal vez incluso antes, fue presa de una sorda irritación: ¿qué era esta muchacha? ¿Otra pared blanca? En la que, bien se entiende, él habría podido escribir su propio jeroglífico o arabesco o incluso fresco. Condición envidiable, en cierto sentido, y, sin embargo, sumamente gravosa, ya que para hacerlo, al menos en la presente circunstancia, habría sido necesario que de verdad hubiera un restaurante, un lugar del vasto mundo al que ir...

—Hazme caso, tú no puedes...

—¿Qué es lo que no puedo? Si tú estás junto a mí, yo lo puedo todo —respondió la muchacha alegremente.

—No puedes abandonarte así a los acontecimientos, o sea, a mí.

—¿Está prohibido?

—Tú debes tener tu propia voluntad.

—La tengo. Es la tuya.

—Pues mirémoslo de otro modo —saltó él cada vez más irritado—. ¿Cuántas veces te he dicho que si salimos juntos hay que tener un programa preciso? Por ejemplo, almorzamos felizmente en un restaurante (concedido) elegido por mí. Estamos agradablemente excitados por una botella de... por la botella. Sentimos calorcito en el estómago, nos sentimos reconciliados con la vida. Sí, pero, ¿luego?

—¿Qué luego? Nos queremos, bajamos al puerto a tomar café, en aquel café todo de cristal, y desde allí dentro, agua azul, veleros, pescadores que van y vienen,

jubilados que seestean en los bancos frente al mar... ¿Qué le falta a nuestra felicidad?

—¡Le falta el tiempo, loca! Le falta, es decir, le sobra. El primer cine abre a las tres.

—¿Y para qué queremos el cine? Podemos prescindir de él.

—¡Ilusa! ¿Y de qué modo consumiremos nuestro tiempo o nuestra felicidad?

—Pues hablamos.

—Hablamos, ¿y de qué? Ya lo hemos dicho todo; todo ha sido dicho ya.

—Nuestro amor pide siempre nuevas palabras; es más, es tan grande que contiene toda posible palabra.

—¡Ah! ¿Y no te das cuenta de que si abriese tanto los brazos o las alas ni siquiera sería un amor? Eso sí, siempre exige nuevas justificaciones. Como la fe.

—¿Qué dices? ¿No lleva en sí mismo sus propias justificaciones? O, mejor aún, ¿no es capaz de prescindir de cualquier justificación?

—Buenas noches.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada. Les deseo buenas noches a tus argumentos escolásticos... En fin, querida, a ti te corresponde decir qué hacemos y adónde vamos. A ti, a ti. ¿Lo entiendes?

—Hoy estás nervioso.

—Claro, y con los años será peor... Piensa: años, con la consiguiente huida del tiempo y la consiguiente eternidad. Pero, por suerte, tú estás aquí.

—Un poco perdida, lo confieso.

—Vamos, valor, o nunca habrías debido poner tus ojos en mí.

—Estás nervioso; a lo mejor necesitas estar solo.

—Al contrario.

—Podríamos vernos mañana a la misma hora.

—Mañana, si es que hay un mañana... Dame un beso.

—¿Aquí, en plena plaza, con viandantes y guardias al acecho?

—Nos tomarán por extranjeros y nos dejarán tranquilos. Dame un beso.

—¿Beso, beso?

—Claro, de novios o de recién casados.

—Pero no me atrevo...

—Un beso, un beso, tonta. Es lo único que nos queda. Un beso, por mal que nos vaya, es un pretexto.

—¿Cómo un pretexto? Tú me despoetizas.

—No quiero ocultarte nada. Lo que me pasa es que me siento resbalar y si no me agarro a algo corro el riesgo de acabar en el suelo.

—¡En el suelo! Venga, querido muchachote, reconócelo. No hay mucho que entender en lo que a veces te pasa por la cabeza.

LLUVIA

HABITUALMENTE, cuando mi mujer se despierta va al cuarto de baño a limpiarse los dientes. Luego vuelve, todavía atontada, y sólo entonces emite sus primeros juicios sobre la situación o sobre la vida en general. O bien, desentierra algo. Y eso es lo que pasó hoy, salvo que hoy salió con la siguiente y extraordinaria frase:

—Nuestro coche iba tirado por una araña, ¿no?

Ahora bien, entendámonos, yo estoy acostumbrado a sus ocasionales extravagancias, pero el hecho es que mi adorada esposa nunca había llegado hasta tal punto. Por tanto, me convino asumir aquel aire tonto que tienen los maridos en las farsas de los buenos tiempos antiguos y exclamar:

—¿Eh? ¿Qué diablos estás diciendo?

—Te pregunto —respondió sin pestañear—, te pregunto simplemente si nuestro coche iba tirado por una araña. ¿Qué te pasa? ¿Es que no oyes o es que te has convertido en un bien pensante?

—¿Un bien pensante? ¿Qué tiene que ver eso? No te entiendo. Tu pregunta pudo parecerme extraña.

—¿Por qué extraña?

—Porque, porque... ¿Dónde has visto tú un coche tirado por una araña?

—En sueños, por supuesto.

—Ah, ya, en sueños. ¿Y yo qué puedo saber o cómo iba a precisarte las circunstancias de tu personal sueño?

—Tú no me amas.

—¿Qué dices? Te adoro.

—En absoluto, y bastaría este adjetivo para darme la amarga certeza de ello. «¡Sueño personal!» Si tú me amases de verdad todos nuestros sueños deberían ser comunes, todo debería ser común y en común. ¡Ah, qué fácil! Yo sueño que voy de paseo contigo en un coche tirado por una araña y tú no sabes nada y te lavas las manos.

—Ya sé lo que quieres decir...

—Menos mal.

—¿Pero qué puedo hacer yo si...?

—Muy bien, maravilloso. Habría apostado a que saldrías con la odiosa frase «¿Qué puedo hacer yo?» Entre paréntesis, ¿no podrías expresarte de un modo menos vulgar y más correcto? Sea como sea, ¿en qué idioma tengo que repetirte que si de verdad tú me amases tendrías mis sueños sin ningún esfuerzo?

—Eh, espera: estamos a la recíproca.

—A la recíproca. ¿Qué truco es éste? Dime, guapo, ¿crees que me vas a encantar con tus términos difíciles?

—No, escucha. ¿Tú me amas?

—Claro, desgraciadamente.

—Entonces, ¿por qué no tienes tú mis sueños, o, en todo caso, no tienes ninguno (como me pasó a mí esta misma noche)?

—¡Qué tontería! Tú mismo reconoces que no has soñado nada y, según tú, ¿yo debo uniformarme con la nada? Basta de discusiones. Además, ¿sabes lo que te digo? En realidad nosotros huíamos en el coche tirado por la araña de un joven que me estaba haciendo la corte. Y entérate, era un joven bellísimo; y entérate también de que su cortejo no me dejaba del todo indiferente. Viéndolo con sus ojos melancólicos y, sin embargo, ardientes, con su muda y, sin embargo, imperiosa demanda de amor, sentía que el corazón se me derretía... Así que ya sabes.

—¿Ah, sí? ¿Un joven bellísimo? ¿Rubio o moreno? ¿Vestido de raso o de terciopelo? ¿Y tú sentías...?

—¿Te lo tomas a la ligera, señor mío? ¿Pero es que no sabes que hasta los sueños, mejor dicho, sólo los sueños son peligrosos? Bueno, yo quiero una prueba de ti.

—¿O sea?

—Descríbeme y, eventualmente, explícame, todo este sueño.

—Que yo no he tenido.

—Que no has tenido pero que deberías haber tenido el elemental deber de tener y que, en cualquier caso, tienes la obligación de conocer punto por punto. O si no, eso querrá decir que no me quieres.

—Todo está claro.

—¡Por fin! Adelante, empieza.

—Bueno, para empezar, hemos discutido.

—Exacto, pero, ¿por qué razón? A ver si lo sabes.

—Por mis observaciones sobre los gastos de la casa.

—Sí, sí, es verdad. Tú pretendes que yo haga milagros. Pero si todo sube, si los precios suben día a día mientras tus ingresos siguen siendo los mismos...

—Calla. Y así, después de haber reñido, salimos juntos al atardecer, no, un momento, al alba.

—Al alba, sí. Todos los objetos tenían un extraño brillo; el cielo estaba claro y vacío. Sí, al alba. ¡Qué alegría oírtelo decir!

—Proseguimos. Cada uno de nosotros, aún enfurruñados, miraba a otro lado y, de repente, ante nosotros apareció el joven.

—El joven.

—Que se puso a mirarte ávidamente en saltos sucesivos.

—¿Cómo en saltos sucesivos?

—A momentos parecía que se te echaba encima con los ojos desencajados y sólo en esos momentos adquiría verdadera consistencia, y luego volvía a echarse para atrás.

—¡Oh, Dios mío! ¡Perfecto! Ahora sí que me gustas.

—Ya sabes que yo entiendo algunas cosas. Bueno, como te decía, te miraba de ese modo y yo estaba muy incómodo, aunque me daba cuenta de que tenía poco que hacer con un tipo tan imprevisible. Cuando...

—¿Cuando...? —me incitó mi mujer con atención espasmódica.

Pero en realidad yo ya no sabía cómo seguir ni qué inventar antes de la llegada del coche tirado por la araña. Que el mismo llegase sin más incidentes me parecía demasiado sencillo, demasiado elemental para el genio de mi mujer. De modo que intenté escabullirme:

—Un momento de descanso, ¡qué demonios!, que aprovecharemos para aclarar algunos puntos. Por ejemplo, tú a ese coche que va a aparecer lo llamas pomposamente coche, y vale. Sin embargo, pensándolo mejor, más bien me parece una vulgar calesa... una calesa de alquiler. ¿Eh? —en efecto, también intentaba penetrar en la naturaleza de sus fantasías hasta poder secundarlas. Pero ella, implacable:

—Admitámoslo. Sigue y no te pierdas en minucias.

¿Y ahora...? Y aquí, imperdonablemente, me agarré a una circunstancia externa. Afuera llovía. Me arriesgué:

—Bueno, mientras tanto, se había puesto a llover...

Pero aquí, ¡maldición!, de repente, ella se enfadó y, fríamente, señalándome con el índice:

—No, de veras. Ahórrate más esfuerzos de imaginación. No, no llovía en absoluto. Eres hábil engañando a una pobre mujer. Suerte que yo tengo la cabeza sobre los hombros. No llovía, mi querido halagador, mi querido malvado seductor, y te diré en seguida por qué hasta ahora lo habías acertado todo. Tú debes poseer alguna secreta y diabólica facultad de leer el pensamiento. Como yo pensaba intensamente en mi sueño, digamos que tú habías captado algo de él. Pero en el punto justo, cuando verdaderamente había que explicarlo todo y precisar el valor de las distintas figuraciones, te has traicionado... Se necesita algo más que misteriosos y diletantes poderes, algo más que una benévola disposición a complacer al sexo débil. Se necesita afecto, afecto profundo, ¡amor! ¿Me has tomado por una niña? ¿Llueve en un sueño? ¿Cuándo se ha oído mayor disparate? Llueve en vuestro maldito mundo, ahora llueve, ¡no en los sueños! Y de todo eso debo sacar la conclusión, me veo forzada a sacar la conclusión, por mucho que cueste, de que tú no me amas, de que tus palabras carecen de sentido... ¡Ah, desdichada! ¡En qué terrible aventura me veo involucrada y engatusada! (¿Es así, no, como habláis y escribís los escritorzueros?)

—Bueno, cálmate. Tal vez no lloviera, me habré equivocado.

—«Tal vez», «equivocado». Pero la cuestión es precisamente ésta. ¿Cómo habrías podido equivocarte si...? No habrías debido poder equivocarte o habrías debido no poder equivocarte si...

—¿No te parece complicado y, a fin de cuentas, no te parece irracional pretender...?

—Aquí te esperaba, aquí te esperaba a pie firme. ¡La irracionalidad! Vosotros creéis resolverlo todo, no ya con la razón (sería obvio), sino con las clasificaciones racionales: esto es razonable, esto otro no lo es... ¿Qué clase de presuntuosos sois?

—Mira, querida...

—Nada de querida y no tengo nada que mirar. Te repito que ya sabes. Si sigues así, la próxima noche me vuelvo con él.

—¿Él? ¿Quién, tontina?

—Él, el joven: date por enterado.

Con lo que estalló en llanto. Me echó los brazos al cuello y sollozaba y gemía. Miraba por la ventana y murmuraba: «Llueve, llueve sin remisión; el cielo está todo cerrado; llueve... Pero aquí, no allí, por amor de Dios. Malo, no debiste hacerme esto...».

Un poco de histerismo, naturalmente. ¡Con dos niños pequeños...! Pero nadie me quita de la cabeza que, en el fondo, ella pueda tener razón. En efecto, si dos se quieren, ¿cómo es que no se sueñan las mismas cosas en el mismo instante? O, en términos menos absurdos, ¿a qué se debe el perenne desacuerdo de nuestros humores y hasta de nuestros sentimientos?

ESTACIONES MUERTAS

A lo largo de las grandes líneas de metro se hallan las llamadas estaciones muertas; es decir, estaciones en las que por necesidad del servicio o quién sabe por qué motivo, ningún tren se detiene. En las entrañas de la ciudad, pareciendo haber perdido un instante antes su agitación, su bullicio y sus luces, relampaguean como oscuros torbellinos a los ojos del pasajero, el cual puede, incluso y meramente, sospechar que son evocadas desde lo hondo de una pesadilla personal.

Por supuesto, hay pasajeros y pasajeros. Está el que se dice encogiéndose de hombros: «Vista o no vista, viva o muerta, la estación que acabamos de pasar es algo que no me importa nada». Y el que querría ver más claro en ello y se abandona a la fantasía, a la melancolía, a la sugestión... Bueno, de este tipo era el pasajero o personaje sumariamente presentado aquí.

Hacía tiempo que sentía el singular deseo de poner pie en uno de los citados lugares y sólo esperaba la ocasión. Y la ocasión llegó, como llegan todas las ocasiones. Repentino frenazo del tren, carreras a un lado y a otro de revisores y gente varia en uniforme, palabras agitadas, inquietud de los pasajeros que, por lo demás (y por ser de un pueblo tradicionalmente flemático), se limitaban a ajustarse el cuello de la camisa. Pero en este punto del incidente, el fulano, o mengano, comprobó que el tren se había detenido justo a la salida de un túnel y que tal túnel, ni hecho aposta, llevaba a una de esas estaciones inutilizadas. Inmediatamente tomó una decisión: saltándose las prohibiciones, salió y recorrió, casi aplastado entre la pared del túnel y los vagones, un breve trayecto y se halló en aquel amplio antro. Mientras tanto, el tren reanudó su marcha y él se quedó solo.

Bueno, mientras él trata de orientarse, nosotros podríamos preguntarnos qué o qué particular sentimiento lo había impulsado allí. Pero tal vez no valga la pena... ¿Deseo (vano) de aventuras, amor al misterio? Tal vez, o tal vez más sencillamente, una sombría disposición del ánimo que le apremiase a verse reflejado en un paisaje fraterno.

La portezuela automática que daba paso al largo pasillo subterráneo estaba arrancada, lo que facilitaba el paso entre dos tableros cruzados colocados en su lugar. Así pues: largo, larguísimo pasillo alicatado (así dicen las amas de casa al referirse a los azulejos de los cuartos de baño o de las cocinas), que se beneficiaba de alguna dudosa luz exterior; y allí al fondo, una esbelta figurita femenina que se acerca no menos dudosamente.

¿Quién? ¿Y qué hace en este lugar cerrado? Bastaba con esperar medio minuto avanzando a su vez.

Muchacha con flequillo, pecas (o «arena») en la nariz, brazos desnudos, falda demasiado corta para aquel tiempo. Él la miró, ella lo miró a su vez y, por así decir,

por el mismo motivo. Y él se armó de valor.

—Buenos días.

—Hum... Buenos días.

—¿Por qué «hum»? —insistió el experto joven, por lo demás sin esperanzas de ser entendido.

—Porque —respondió, en cambio, prontamente la muchacha—, porque mis días no son y nunca serán buenos.

—¡Oh, oh! Así que su novio... —y calló sintiéndose ridículo.

—No tengo novio.

—¿Es posible? ¿De verdad? —respondió él cada vez más tontamente.

—No, y no tengo nada ni en este mundo ni en ninguna parte.

—Ésas son palabras mayores. Dígame, ¿adónde iba usted?

—A la estación.

—Pero si está muerta.

—Precisamente por eso —dijo en tono seguro—. Allí nadie intentará detenerme.

—¿Cómo? ¿Qué quiere hacer?

—Tirarme a la vía al paso de un tren.

—¿Cómo? ¿Por qué razón?

—Más bien dígame usted las razones por las que no debo hacerlo.

—¡Ah! Es usted una persona lógica. Bueno, nunca hay una razón para matarse.

—Sí, sí, déjeme en paz. Permítame, tengo hambre.

—¿Hambre? ¿Hambre de verdad? En ese caso estoy dispuesto...

—Claro, ¿y luego —le miró a la cara—, también está dispuesto a casarse conmigo?

—Pues...

—«Pues...», es natural, hasta ahí llega su generosidad.

—Oiga, olvide todo esto y, mientras tanto, vamos a comer. Luego veremos.

—Si cree que con esto...

Una vez al aire libre, se dirigieron a un restaurante popular: *mixed grill*, *chocolate trifle*...

—No se ponga nerviosa, está pisando el sombrero del señor de al lado (puesto, como allí es costumbre, en el suelo)... Adelante, oigamos su lamentable historia.

Clásica historia para dormirse de pie: su familia no la comprendía, le llevaba la contraria en sus historietas de amor o que ella sólo quería vivir su vida. Por lo tanto, había dejado a su familia y así sucesivamente (en un *cockney* por suerte no muy cerrado). Luego:

—¿Vio usted, allí, bajo tierra, en los cruces de los interminables pasillos, unas cajas de cristal semejantes a las de los museos? Contienen animalitos hallados muertos a lo largo de la línea, muertos por el tren y, por lo que yo sé, desconocidos... Bueno, a mí me parece que soy uno de esos animalitos: el tren corre por su cuenta, te

atropella y tú te quedas allí seco o seca sin siquiera haber tenido ni ocasión ni tiempo de unirse a su carrera. ¿Comprende?

Pero, mientras la muchacha hablaba tan volublemente, de improviso a él mismo le pareció que el mundo se vestía de ceniza; antigua hipérbole que a veces toma su fuerza de una imagen concreta y casi visual... Efectivamente, ¿qué hacía él en aquella ciudad extranjera o qué sentido podrían tener metro, restaurante popular, muchacha delirante con todo lo que posiblemente viniera a continuación? ¿Qué significaba en su propia vida? ¿Qué luz o esperanza podían venirle de aquellas trilladas apariencias, como, en general, de su ansioso y tedioso peregrinar? ¿Qué señal?

Ella seguía acusando a la suerte, y él, si bien consciente de que las acusaciones eran desproporcionadas al daño (y, en todo caso, iguales al esputo del borracho contra el cielo), se sentía presa del tedio universal, de la voluntad de muerte que siempre nos acecha desde la oscuridad. Así que, al final, la relación, extrañamente, se había invertido.

—A fin de cuentas —decía la muchacha, más tranquila a causa de la comida y del vino—, la vida es la vida y, en el fondo...

—¡Cuidado! —exclamó él—. ¿Cómo que la vida es la vida? Sería demasiado fácil.

—Entonces, ¿qué me aconseja? ¿De veras debo matarme?

—Claro, es decir...

—En mi lugar, ¿usted se mataría?

—En el suyo no sé; en el mío.

—¡Diablos!

—No, hágame caso —se acaloró el joven cayendo sin recato en la más descontada simpleza—, hágame caso. Nosotros, nosotros dos y la humanidad toda, ¿para qué o para qué fin vivimos?

—Ya —murmuró la muchacha tratando de adoptar un aire pensativo y bebiéndose otro vaso de vino.

—En consecuencia, vamos.

—¿Adónde?

—A la estación muerta. Moriremos juntos.

—¡Eh! —graznó ella—. Cállese... ¿Y si, por el contrario, precisamente en este instante la vida nos ofreciera...?

—Pero por amor de Dios, ¿qué podría ofrecernos la vida?

—Sin duda, cuando estamos solos sufriendo todo se cierra a nuestro alrededor. Pero cuando nos es dado compartir nuestras angustias con un... con un alma... (no tuvo el valor de decir: gemela)... De nuestro sufrimiento unido podemos hacer una fuerza —concluyó apresuradamente y como recitando algún texto suyo de color rosa.

—Fuerza —completó él con gélida sonrisa— que siempre será un doble sufrimiento. No obstante, reconozco que...

Reconocía, el incauto, sin saber que basta con la mínima admisión para estar perdido, perdido en un mundo dudoso, contradictorio y, sobre todo, incomprensible.

Los dos se casaron y todavía hoy son esposos felices... «Felices», así es como hemos convenido en decir: en realidad, en ese punto comenzó lo oscuro, a veces lo ignominioso, lo ignoto.

Lo cierto es que a él no se le ha vuelto a antojar el ir a dar vueltas por las estaciones muertas. En efecto, no ve la necesidad de ello: su vida, su propia vida, es una estación muerta, en la que ningún tren se detiene nunca.

VI. Pequeños tratados

LA TENIA MÍSTICA

HABIÉNDOSE quedado dormido el padre Le Coëdic, alrededor del año 1749 en un espeso bosque, fue arrebatado por un viento impetuoso que lo llevó a un antro oscuro de los gélidos reinos de la Laponia. Allí encontró una enorme roca donde habitaba el padre Marsenne, el fiel cartesiano, y muchos otros discípulos del maestro, también él mismo retirado bajo tierra. Y allí el padre Le Coëdic aprendió todo lo que deseaba y el origen de todas las cosas: «Con qué fuerza el imán atrae el hierro, de dónde proceden los terremotos, de qué está formada la cola de los cometas, por qué el trueno gruñe en el luminoso seno del éter, cuál es la naturaleza del sol».

Apenas unos años antes que él, Nicholaus Klimius, o vulgarmente Niel Klim, visitaba una caverna de su Noruega natal de la que salían sonidos semejantes a sollozos. Quiso bajar hasta el fondo, la cuerda se rompió y se precipitó. Al final se halló en un aire claro como el nuestro y puso pie en el planeta Nazar.

Nazar está situado en el centro de la tierra y únicamente está habitado por árboles. Pero no sólo Nazar, otros muchos astros llevan a cabo aquí sus revoluciones, como La Martinia, Mezendor, habitados por instrumentos musicales, monos y monstruos y portentos de toda guisa; gente de extrañas costumbres, a veces singularmente más razonables que las nuestras... En las regiones glaciales de Mezendor se halla el imperio de los Seres Universales. Cada animal, cada planta, está dotado de razón; un senado de elefantes, una corte de camaleones, tribunales presididos y formados por árboles, un Foro de urracas son algunas entre las meritorias instituciones de este Imperio. Y los zorros son embajadores, los cuervos ejecutores testamentarios, los carneros o machos cabríos gramáticos y los caballos cónsules.

Pero por desgracia no puedo extenderme aquí en las varias aventuras y en los varios hallazgos del noruego y, además, no entraba, de momento, en mis intenciones. En cambio, será conveniente observar de pasada que la sabiduría de Niel Klim (que era un eximio bachiller) no parece haber sido muy apreciada allí abajo. Los árboles de Nazar, a los que la naturaleza acababa de conceder la capacidad de andar y la velocidad de las tortugas comunes, lo emplearon, todo lo más, como correo recadero de corte (en efecto, el príncipe pronunció las palabras «spik autri flok skak mak tabu mihalatti», que sancionan tal nombramiento; repárese en el malfamado «tabú».) Los monos de La Martinia, que se pasan todo el tiempo poniéndose lazos en el rabo, lo consideraron tan lento y obtuso que le pusieron de mote «Kakidoran», es decir, el Tonto. Sólo los habitantes de la tierra de Quama, verdaderos salvajes sin idea de nada, lo elevaron a la dignidad real con el título de «Pikil-fu», o Enviado del Sol.

Las cuales cosas referidas más arriba nos ofrecen materia bastante para considerar de qué poca monta es, lector, todo lo que se halla y sucede sobre la corteza terrestre comparado con lo que se halla y sucede en las profundidades, donde árboles y fieras hablan, la sabiduría humana no es apreciada y muchas cosas se ven más claras, y de

muchas (si no de todas, como afirma el padre Le Coëdic) se descubre su origen. El seno de la tierra, ya lo hemos visto, solloza; en él giran astros. Pues, al igual que las otras estrellas del espacio, la Tierra entera es un gran cuerpo vivo (es más, es nuestro verdadero cuerpo y nosotros mismos sus errantes pajuelas) y ciertamente encantadores y bellos, o por el contrario terribles y amenazadores, son sus mil aspectos. Pero más violenta y abundante vida se agita en sus entrañas, y ante esta vida interior, ¿qué es la de afuera?

En prueba de lo cual citaré aquí la opinión del divino Restif (de la Bretonne, del que en otra ocasión hablaré como se merece; Restif, por supuesto, por encima de cualquier vulgar prejuicio), el cual lo dijo como no se podría decir mejor: «Más allá de la animación de la Tierra, de todos los demás planetas y del sol, en la que creo firmísimamente, sigo pensando que su interior está poblado de grandes animales cuyo tamaño es mucho más considerable que el de aquellos generados por la basura, por los humores y por las partes calientes de su epidermis» (*sic*).

Es más, el mismo divino Restif calculó en 9.000 leguas la longitud de la tenia solitaria de la Tierra. En cuyo nombre, justamente (no en el de la tenia solitaria, sino en el del divino Restif) quiero que se dé principio a esta serie de anotaciones.

DE «LA MELOTÉCNICA EXPUESTA AL PUEBLO»^[6]

CAP. MCMLVIII: DEL PESO Y DE LA CONSISTENCIA DE LAS NOTAS

LO que, en cambio, no todos saben es que las notas emitidas por garganta humana tienen su propio peso y su propia consistencia, más o menos apreciables según la calidad y la potencia de los cantantes, poco apreciables, por tanto, o incluso inapreciables en la mayor parte de los casos, notables, sin embargo, en algunos e incluso notabilísimos y peligrosos. Por ejemplo, mediante aparatos *ad hoc* se calculó que un *do* de centro del célebre bajo Maini pesaba catorce toneladas en números redondos. El peso de las voces tenoriles y el de las femeninas, en general, es mucho más exiguo como promedio. Las notas centrales de Tamagno oscilaban entre las tres y las siete toneladas como mucho. Una sola contralto, la célebre Publinska, alcanzó las diez toneladas en una emisión aislada. El peso de las notas baritonaes es, en general, de tipo medio. Por fortuna, las notas están dotadas de gran elasticidad y rápidamente se hacen fluidas y se expanden. No obstante, emitidas en determinadas posturas, pueden conservar, incluso a una cierta distancia de la boca del cantante, una parte de su peso y de su capacidad originaria. En algunos casos raros pueden hasta presentarse como más duras que el hierro y constituir una auténtica amenaza tanto para los oyentes como para los propios artistas, de modo que estos últimos se cuidan constantemente, para que tengan un buen fin, de emitir las hacia arriba o por encima de las cabezas de los oyentes y de sus compañeros, como justamente todos han visto hacer. Sin embargo, tenemos que aludir, aunque sea de mala gana, a algunos tristes episodios que enlutaron la escena lírica, por suerte mucho más raros hoy en día: valga un caso por todos.

Un tenor, cuyo nombre se calla piadosamente, habiendo durante la ejecución de una ópera de Verdi olvidado la citada precaución, hizo blanco en el barítono, que estaba siguiendo con él un dueto, con una nota no demasiado aguda, la verdad (apenas se trataba de un *si natural*), pero emitida en tal postura y tan precisa y bien timbrada que mató instantáneamente al infeliz. Los espectadores vieron tambalearse y derrumbarse al pobre barítono y hasta más tarde no se dieron cuenta de la terrible verdad: ¡Semejante a una afiladísima hoja, la nota del tenor lo había atravesado de parte a parte! Aprovecharemos la ocasión para decir de pasada que, en efecto, sólo las notas precisas, bien timbradas y emitidas en posición correcta (o sea, las que técnicamente se llaman notas justas) están dotadas de peso y de compacidad, estando las notas equivocadas, descendentes o ascendentes, desprovistas de peso. ¡Así, pues, la excelsitud del tenor en su arte le costó la vida a un compañero!

Esta particularidad de la humana voz también fue motivo de alguna escena grotesca, así como de alguna extravagante apuesta entre artistas. Citaremos aquí un

par de casos para los buenos paladares. Durante la ejecución de una ópera, a la que asistía en primera fila de butacas (en lugar de hacerlo en el palco real, por puro capricho) la Gran Duquesa de Livonia, un famoso bajo dejó caer descuidadamente una nota a corta distancia, en lugar de lanzarla lejos de él y hacia arriba, como habría debido. Inmediatamente se vio a la Gran Duquesa levantarse indignada y retirarse con algunas palabras de protesta contra la falta de urbanidad de los cantantes italianos. Es que la nota le había caído encima de los piecitos y, aun habiendo perdido casi todo su peso, se los había machacado desconsideradamente. Dos tenores de voz muy potente y que sentían mutuos celos de oficio se lanzaron una vez desafío público: cada uno de ellos debería demostrar ante numerosa asamblea de qué era capaz su propia voz, siendo los oyentes jueces de la consistencia y calidad de las respectivas voces. La sesión se celebró solemnemente. Uno de los tenores logró sostener durante varios segundos en equilibrio sobre una nota suya (naturalmente, de cabeza) una de esas bolitas huecas de celuloide que se ven danzar sobre los chorritos de agua en los tiros al blanco populares. Inmediatamente, el otro tenor, sin darse por vencido, intentó con éxito lo que ningún artista había osado intentar. Trepó por una nota suya, como el pequeño héroe de la fábula por el tallo de la alubia mágica. Es más, variando la intensidad de la nota y modificando las condiciones de emisión, consiguió caminar arriba y abajo durante un rato por el aire, ¡como un diablillo de Descartes de nuevo tipo! Se comprende que el veredicto del público no se hizo esperar.

Un cantante puede ser más o menos hábil al lanzar la nota lejos de sí y, por así decir, al expulsarla de sus propias cavidades. Cuando este procedimiento funciona perfectamente, la nota vuelve a caer dulcemente, semejante a ligero vapor o a rocío, sobre la asamblea, y eso ocurre con casi todas las notas de los grandes artistas. En el caso contrario, la nota, al volver a caer, aplasta a los espectadores e induce en ellos una característica sensación de pesadez. Además, la mayor parte de los malos cantantes ni siquiera consigue expulsar la nota por entero, de modo que ésta se queda —sirviéndose de una grosera imagen— a medias en el interior del propio cantante. Ello establece con los oyentes una especie de común sufrimiento: el público, instintivamente, tira de la nota hacia sí, como para liberar de ella al infeliz, el cual, por su parte, no desea otra cosa con toda su alma y de todas las maneras posibles, con visajes y bascas de todo tipo, e intenta ayudar al público (sin, por otra parte, conseguirlo, ya que una nota se emite toda de una vez o ya no se emite toda entera). Es, en suma, una especie de parto difícil, y éstas son, es superfluo decirlo, las audiciones más penosas.

Para concluir diremos que una nota del gran Caruso una noche fue recogida por un apasionado que ocupaba un asiento de paraíso. Era un *do* sobreagudo y alcanzó, por una extravagante anomalía, aquella altura todavía bastante consistente. Según el apasionado que la recogió un momento en el hueco de su mano, parecía un grumo de materia blancuzca opalescente y casi ya carente de peso, con fuerte tendencia a la disolución y a la difusión. El apasionado no lograba retenerla, se le escapaba como

espeso humo entre los dedos y en un santiamén vio cómo se desvanecía y se disolvía ante sus propios ojos. No obstante, conviene observar que aquel grumo verosímilmente no era más que el núcleo de la propia nota, la cual ya debía haber perdido durante su trayecto aéreo todas las sustancias secundarias que la componían y toda su propia resonancia.

CAP. MCMLX: DEL COLOR DE LAS NOTAS

Del mismo modo, muchos ignoran que las notas emitidas por garganta humana tienen su propio color, distinto, claro, según su altura, intensidad y justeza. Pero tal color no es apreciable más que en determinadas condiciones, es decir, en la atmósfera en la que previamente se haya procedido a difundir vapores de bario y de sodio (combinados según las indicaciones de Fibonacci) y luz rasante. Entonces las notas se presentan, en general, como una sustancia gaseoliquescente blancuzca, dotada de una vaga fluorescencia, inaferrable y no destilable en retorta (lo que vendría a confirmar las observaciones del apasionado citado al final del capítulo anterior). No obstante, este aspecto general se modifica y cambia notablemente de acuerdo con, como se ha dicho, la particular naturaleza de cada nota. Así, las notas altas (o agudas) muestran una insistente tendencia al azul suave pero, sin embargo, pueden parecer hasta vagamente bermejas o verduzcas en determinados casos; las centrograves ofrecen a la mirada una gama cada vez más oscura a medida que se procede hacia el registro profundo y varían, en general, entre los colores llamados por los pintores cuellodepichón o verdequemado o verdehierbamuerte (hasta un cierto límite, más allá del cual se aclaran de nuevo), pero en determinados casos adoptan una brillante coloración gris-perlácea, y así sucesivamente. Las notas sobreagudas (o ultragudas) se presentan las más de las veces descoloridas y como candentes, mientras que las subgraves (o infragraves), si bien más claras que las centrograves e incluso que las centroagudas, parecen orientarse constantemente hacia un grisáceo plano y mortecino, bajísimo de tono y algo fumoso. Pero, en general, conviene decir que no hay color ni matiz que no pueda hallarse en las notas de un cantante.

En verdad estas numerosas variaciones de color se deben también, además de a las condiciones indicadas al principio, a la calidad de las voces. En efecto, voces en la misma clave pueden ser más o menos roncadas (o precisamente, según la expresión común, oscuras), o sea, utilizando términos corrientes, entre dos tenores o dos barítonos o dos contraltos cualesquiera, uno puede tener por naturaleza voz de distinto color que el otro. Quien, por ejemplo, tuvo la suerte de ver la voz del famoso e inspirado tenor español Gayarra^[7], aseguró que no se habría podido imaginar espectáculo más encantador: el rosa pálido, un verde tenue y vaporoso, un celeste brillante y, sin embargo, delicado, veladuras de marfil y esfumados de rubio. Tales eran, al decir de aquéllos, los tonos dominantes de sus notas, que ningún pintor habría sabido fijar en el lienzo. Un *fa* del gran bajo De Angeli se le presentó, en cambio, a

quien escribe casi completamente negro, con sólo alguna zona de un oscuro y fúnebre rojo cardenal. Por el contrario, el *fa* sobreagudo de la excelsa soprano Bulicheva parece que era totalmente blanco e incandescente y vivido hasta el punto de resultar insostenible a la mirada.

Además, y en general, cuanto más ajustada es una nota tanto más vivo, brillante y sonoro es su color, sin perjuicio de su intensidad, la cual sí puede influir en la naturaleza o género del color, pero nunca en su calidad. O, dicho en otros términos, una nota fallida será siempre, por poderosa que quiera ser, sorda de tono y (como dicen los pintores) mate.

Las notas fallidas pueden, desde el punto de vista cromático, producir a veces los más curiosos efectos, no sólo las desafinadas propiamente dichas sino también las simplemente descendentes o ascendentes. Estudiosos que experimentaron con cantantes con fuerte tendencia a desafinar nos han transmitido singulares resúmenes de sus trabajos. Así, una vez, durante el canto de un tenor con tendencia a bajar los asistentes tuvieron la impresión de una serie de sucesivos oscurecimientos; evidentemente, a cada nota grave del artista correspondía un oscurecimiento. En cambio, otra vez, una rápida sucesión de resplandores o centelleos acompañó la emisión de notas ascendentes en la romanza de una conocida soprano. Finalmente, la emisión totalmente fuera de tono de un bajo provocó una noche en la sala del experimento una completa oscuridad que duró unos segundos, o sea hasta que el cantante se decidió a interrumpir su nota, que, en cambio, estaba decidido a mantener hasta quedarse sin aliento, mientras que, en el punto en que un tenor desafinaba en una determinada nota aguda, se vio un relámpago mudo zigzaguear por el aire e inmediatamente se desvaneció.

Por último, y como conclusión de este capítulo, aludiremos a dos extraños fenómenos observados por numeroso público en dos ocasiones distintas. Una vez, con una nota profunda y prolongada (un *sol* por debajo del pentagrama) del ya citado bajo Maini la sala se llenó bruscamente de una sustancia volátil semejante a niebla y a humo, que se espesó hasta un cierto límite para luego expandirse y difuminarse rápidamente. Otra vez, una nota central elevada del tenor Bonci provocó la aparición en pleno teatro de un maravilloso arco iris con su base a la altura de los segundos palcos. El arco iris, que palidecía gradualmente, fue visible durante casi tres minutos, es decir, el tiempo que la orquesta empleó en ejecutar el *intermezzo* que seguía a la romanza (si aquella nota no hubiera sido la última de una romanza, posiblemente las siguientes habrían entorpecido rápidamente el fenómeno). Hay que observar que los dos hechos referidos se produjeron en teatros públicos y sin la preparación química de la atmósfera necesaria, como se dijo, para las manifestaciones fonocromáticas. Todavía hoy los especialistas no han sabido darnos una explicación de ello. De todos modos, de ello se debe concluir que excepcionalmente, y en condiciones aún no precisadas por la ciencia, los fenómenos visuales, en general, también pueden ser espontáneos. Por otra parte, eso es lo que permitiría creer la experiencia de los

apasionados de las escenas líricas, los cuales, no raras veces, experimentan durante las funciones sensaciones más o menos extrañas y de varia naturaleza, así como síndromes psíquicos diversos. La sensación de extravío, de opresión y hasta de hastío a que a veces se ven sometidos los apasionados, ¿no derivará —arriesgamos aquí la hipótesis por primera vez— de las varias reacciones del organismo a los estímulos cromáticos (aunque inapreciables por la conciencia) además de a los táctiles, a que nos referimos en el capítulo anterior?

CAP. MCMLXI: DE OTRAS PARTICULARIDADES FÍSICAS DE LAS NOTAS

Las notas emitidas por garganta humana tienen, además, su propio sabor o gusto, su olor, su calor, su forma y, finalmente, su composición química más o menos determinados. En general, puede decirse que una nota es apreciable en determinadas condiciones por cada uno de los cinco sentidos, por separado o al unísono. Pero, por desgracia, los estudios sobre estas cuestiones, por inexplicable negligencia de los investigadores no están (en nuestra época que, a pesar de ello, ha significado el victorioso progreso de tantas ciencias) muy avanzados. Por lo tanto, aquí nos limitaremos a algunas indicaciones genéricas.

Por lo que se refiere a su sabor, las notas se presentan en la mayoría de los casos como amargas, de modo particular las extremas (profundas y agudas, mostrando las medias o las centrales una cierta tendencia al endulzamiento). Sin embargo, en algunas ocasiones se vuelven inexplicablemente dulces y hasta dulcísimas. Al menos es lo que resulta del testimonio de los cantantes, los cuales, sin embargo, no saben darnos informaciones más exhaustivas acerca del gusto específico de sus propias notas (del que se limitan a afirmar que es indefinible) ni sobre las probables causas del endulzamiento, ya que en este último no parecen influir ni la impostación ni la altura de la nota. A falta de fehacientes datos científicos, imaginaremos la nota, procedente de las cavidades interiores del artista, como suscitadora, una vez llegada a contacto con sus papilas gustativas, de una violenta sensación de amargor, según sucede, más o menos, con el contenido estomacal durante el vómito. En efecto, cada cual conoce las bascas y los visajes que preceden, en la mayoría de los casos, a la emisión especialmente de notas graves o gravísimas (es decir, de las más amargas, y en verdad parece que sólo pocos artistas han logrado acostumbrarse). Del mismo modo, cada cual ha visto alguna vez a alguna soprano saborear ligeramente con la punta de la lengua alguna nota que inesperadamente haya resultado dulce a su paladar.

Por lo que respecta al calor, en general, las notas parecen estar dotadas de fuertes propiedades térmicas pero, en ciertos casos, por motivos hasta ahora no explicados, pueden alcanzar una temperatura bajísima, como la registrada por un experimentador ocasionalmente diligente de -180° Celsius: ¡Un auténtico soplo de tumba! Todo amante del teatro lírico ha visto la mayoría de las veces a los cantantes sudar

copiosamente, pero también conoce la característica sensación de hielo que se difunde por la sala con determinadas notas. Este calor, cuya naturaleza ni siquiera ha sido definida, parece ser más bien de tipo húmedo (bien distinto, por tanto, del que podría emitir una estufa eléctrica), o sea, lo que se dice un calor graso semejante al bochorno de algunos días de otoño.

Generalmente las notas son inodoras pero a veces pueden adoptar varios olores, desde el más agradable hasta el más desagradable, consecuentemente con su composición química a la que vamos a aludir. Así, en algunas ocasiones el público advirtió olores a violeta (*la natural* de la soprano Tetrazzini, debido seguramente al tungsteno), a bergamota (*mi bemol* de la mezzosoprano Gek-Gek; ¿vapores de ortosa?), a lirio (*fa sostenido* del barítono Battistini; apatita), al perfume en frasco llamado *Cuir de Russie* (según las señoras presentes; *re* sobreagudo del tenor Lauro Volpi; corindón, fluorita o helio), etc. Y, por el contrario, a hormiga (por motivos de discreción se omite el nombre de los artistas; ácido fórmico), a secreciones renales (amoníaco), a pescado (bióxido de carbono y ácido sulfúrico), a materia orgánica en descomposición (estroncito y otros varios elementos), a «gallina hervida y pasada» (¿?; testimonio de una señora, pero algo histérica; ¿helio y radio combinados?), etc.

De este modo y sin querer, hemos dado noticia de los principales elementos químicos que componen las notas. Añadiremos aquí que estos elementos se presentan combinados en proporciones variables con una base que se puede decir constante formada por algunos metales nobles (oro, plata, platino) y por algunos gases ligeros (hidrógeno, helio...) en diversos estados. La presencia de minerales en las notas no extrañará a quien haya hojeado el capítulo MCMLVIII del presente volumen. Sin embargo, la misma base de las composiciones se modifica a veces según circunstancias hasta hoy impredecibles y, en general, se debe decir que no hay elemento conocido que no pueda hallarse presente en la composición de una nota. Pero —preste ahora el lector toda la atención posible— en las notas emitidas por garganta humana no aparecen sólo, o pueden no aparecer sólo, los elementos conocidos. En efecto, parece confirmada en ellas —según los recentísimos estudios debidos al genio precoz del azerbaijano Onisammot Iflodnal— la presencia de dos elementos hasta ahora desconocidos a los doctos, que el joven maestro bautizó con los nombres de *Cinodium Oniflium* e *Ippodium* O. (símbolos: *Cnf.* y *Cpf.*) y sobre cuyas propiedades guarda celosísimo secreto. A estos misteriosos elementos se debe, tal vez, el hecho que vamos a exponer y que conviene que quede bien claro en la mente del lector; es decir, que, asúmase de una vez por todas, sería vano, hoy por hoy, querer reconstruir químicamente una nota. Por ahora es inconcebible una nota artificial, en el sentido de que, por ejemplo, no bastaría con analizar y reconstruir con ayuda de los elementos conocidos una nota del gran Tamagno para poder volver a emitirla pura, potente, inconfundible, como él la emitió. Lo que se llama inflexión, entonación y similares (y que, tal vez, derive de los anteriormente citados elementos) escaparía siempre al temerario reconstructor de notas y sus emisiones carecerían de

todo ello. Por lo tanto, provisionalmente se puede sacar la conclusión de que en el canto, como en la poesía y en cualquier arte, hay elementos de misterio.

Por último, y por lo que concierne a la forma de las notas, diremos brevemente que pueden adoptar, según las circunstancias, la postura, etcétera, todas y cualesquiera formas geométricas, quedando claro, no obstante, que la mayor parte adopta formas muy vagas o incluso amorfas. Sin embargo, se contemplaron claramente notas esféricas, cúbicas, icosaédricas y en forma de otros varios paralelepípedos. Pero, a menudo y como se ha dicho, estas formas se presentan notablemente contrahechas, alargadas, puntiagudas, cortantes, o achatadas, etc. Para quien quiera ardientemente más precisión, añadiremos que las notas de los grandes artistas tienden casi siempre a la forma esférica o cónica, mientras que las de los malos cantantes se presentan, la mayor parte de las veces, irregularmente piramidales o bien extremadamente planas y en forma de triángulos escalenos, erizadas, además, de menudas asperezas, hasta el punto de que se diría que son espinosas.

LOS NONATOS

UNA representación bastante perspicua, apenas un escalón más arriba, de los sentimientos expresados ayer en las últimas frases (y por ventura de mi «arte») la hallo en un viejo manuscrito titulado *El pozo de San Patricio*. Se entiende que no hablo de perspicuidad literaria. Así comienza ese manuscrito al que no cambio ni una coma:

Dios no sería Dios si fuese perfecto. O sea, para no alargarme demasiado en esta cuestión, si no fuera también imperfecto, al menos según nuestras pobres palabras. Es un hecho que no concede un mismo impulso vital, quiero decir igualmente intenso, a todos los seres que salen de sus manos. Por distracción o por designio algunos reciben de él uno menor del necesario para vivir. Las cualidades propiamente dichas tal vez sean las mismas para todos. La diferencia entre los hombres y entre sus variados destinos está aquí precisamente: que del soplo divino a algunos les tocó más y a otros menos. Si no, no se explica cómo criaturas no desprovistas de alguna noble facultad lleven la vida más triste y melancólica y, en definitiva, no sepan qué hacer con todas sus facultades. El hecho es, lo repito, que un soplo más leve las hizo salir de las manos del Artífice. De modo que, aunque ante estas criaturas el mundo esté hecho de cumplidas apariencias, hagan lo que hagan, no consiguen entrar en él ni encontrar el hilo de su propio destino ni del ajeno. De ellos se suele decir que suspiran por otra patria, por su patria celestial, y que, por tanto, desdeñan esta terrenal. Pero no es más que un modo de hablar: ser creados significa perder toda especie de memoria, la abierta y la secreta, de la verdadera patria. Y, además, ¿nuestra verdadera patria y la de Dios no es este universo que, sin siquiera ser solicitado, a todos se entreabre y que, en verdad, es el más bello de los posibles, el único?

Sea como sea, lo anterior no es una metáfora; es algo que hay que tomarlo al pie de la letra. Lo cierto, quería decir yo, es que existen al menos dos especies de seres a los que hemos dado el nombre de fantasmas: los que ya han vivido y los que aún deben vivir y que en la mayoría de los casos no podrán hacerlo. La ciega existencia de estos nonatos, de estas completas pero demasiado débiles criaturas, por otra parte, no está hecha, precisamente, sino de un inexhausto anhelo de vida. Larval existencia, en verdad. En suma, no logran conseguir la vida. Dios, una vez creados, los abandonó en el umbral del mundo y ya no se ocupa de ellos. En términos más científicos, representan un primer estadio entre todos los posibles de vitalidad. De sus hermanos los hombres hay quien toma jactanciosamente posesión del mundo y entre los dos extremos se desarrolla una gama infinita de disposiciones ante la vida. Así, también hay quien apenas tuvo valor para dar el gran paso, quien apenas cruzó el umbral del mundo y se quedó allí, indeciso y perplejo, sin fuerza para reconocerse en los innumerables y vividos objetos circundantes ni para descubrir en ellos el signo de su

propia vida. Pero no es de estos últimos de los que quería hablar.

Dichos nonatos, progeñe colocada al lado de acá de la vida, como al lado de allá están los de la primera categoría, pueden, sí, ser salvados, pero nunca salvarse por sí solos. Pero todos, está claro, son modos de salvación fuertemente aleatorios, destinados las más de las veces a fracasar. No me arriesgo a revelar aquí demasiado de las cosas ocultas y me limito a exponer uno solo de esos modos. Son salvos aquellos que logran llamar la atención de algún gran poeta o músico o pintor o qué sé yo, de alguno de semejantes lugartenientes del Altísimo. Efectivamente, sólo a ellos les es dado atraer a los infelices al círculo de la vida y hacerlos moverse por el mundo. Se comprende que los mismos infelices deben considerar bien a quien se confían, ya que, la verdad, no basta con ser poeta o músico o pintor para poder dar vida, ni todos los así llamados son ministros de Dios. Pero ésa es otra cuestión. Los pobrecillos, además, no son tan libres de elegir al hombre que les conviene. El azar también juega aquí un papel no indiferente y también aquí, a la hora de la verdad, es cuestión de suerte.

Pues sea. Por fin he llegado a donde quería. Está bien equivocarse, pero, ¿por qué insistir en el error? Sin embargo, eso es lo que algunos de nuestros crepusculares hermanos hacen y se obstinan inexplicablemente en hacer.

Algunos de estos fantasmas me atormentan desde hace tiempo. No han comprendido, no quieren comprender que yo mismo soy como uno de ellos, que apenas he cruzado el umbral y que no sé dar un paso más allá; que no sé, que no puedo dar vida, no sólo a los demás, sino ni siquiera casi a mí mismo. O tal vez lo hayan comprendido pero no tengan a otros al alcance de la mano. O son de esos fantasmas que los grandes poetas no ven.

Ellos pretenden de mí, que ignoro el mío, su destino. Concédaseme presentarlos al lector y hablar públicamente de todos los infructuosos esfuerzos que he hecho para contentarlos. Un remordimiento sin nombre, como una culpa inexpiable, me oprime el corazón cuando zumban a mi alrededor. ¿Por qué? Tal vez no haya hecho bastante por ellos. Y, sin embargo, no veo qué más podría hacer. Juzgadlo vosotros mismos y acaso, al pensar en ello, el horrible remordimiento se calme.

Les he dado hasta un nombre, pero podría ser que sufrieran precisamente por eso: por el hecho de que intenté hacerles vivir. Y ya están unidos a mí y ya no pueden dirigirse a otros; son esclavos del nombre que les he dado, de ese demasiado poco que les presté. Su conato de vida está ya condicionado al mío de creación; ya ni siquiera son errantes. Pero yo no sé seguir adelante. ¡Deben comprenderlo!

Me persiguen. Intentaré daros una idea de ellos, pero no sabría hacerlo en un orden preciso. Así, pues, os los presentaré como puedo, al azar...

(Más adelante el escritor llega a esta sorprendente proposición: «En efecto, casi he llegado a creer que el propio destino es, ni más ni menos, que una acción». Por lo demás, el manuscrito, que debe de ser de hace unos veinte años, tal vez sea publicado

completo algún día.)

HOJA VOLANDERA

UNA pregunta al lector cuando haya oído de qué se trata.

Un gran mono, o sea una gran mona, de las islas Célebes (como me informan los periódicos) raptó hace tres años a un recién nacido de raza humana y que ahora fue encontrado, etcétera. Historia nada nueva, como nada nuevas son las circunstancias del hallazgo. La pobre madre (pues no le corresponde otro nombre), asustada por la llegada de los hombres a su feliz jungla, agarró a su ya talludito hijito y, con él apretado al pecho, empezó a volar de rama en rama en desesperada y no injustificada fuga de los mismos, los cuales, en efecto, tuvieron como primera idea la de dispararle, pero luego se dieron cuenta de que podían darle al niño o hacer caer a los dos desde tan grande altura, de modo que recurrieron a inhumanos ruidos. Al estruendo y a las vociferaciones insoportables, de ciudad civil, no hay animal razonable que resista, ya se sabe, por lo cual la mona salió corriendo horrorizada después de haber dejado delicadamente su carga en la cruz de un árbol donde los heroicos socorredores fueron a buscarlo para «rescatarlo» para el consorcio humano, la vida civil y la santa religión de los antepasados. El periodista dice que el crío, por el momento, gruñe en vez de hablar y que rechaza todo alimento no silvestre, pero añade alborozado, inspirado por el psiquiatra, inspirado a su vez por el confesor o a saber por qué otro solemne badulaque, que pronto será como todos los otros niños. Y, añadido yo, un día podría, con la ayuda del Señor, llegar al punto en que ahora nos encontramos y gozar de lo que nos alegra y hace felices a nosotros mismos, por ejemplo, la nueva ola o la escuela de la mirada.

Bueno, y ahora la pregunta: ¿Tú, lector (si aún se usa tutear al lector), tú, lector, en el lugar de los que encontraron al niño, qué habrías hecho? Pasado el primer momento de comprensible e irreflexiva ansiedad por aquella criatura de tu raza idolatrada, ¿qué habrías hecho, repito? ¿Lo habrías rescatado o no lo habrías rescatado? ¿Te habrías sentido con el derecho, en el deber de hacerlo o no? Ten en cuenta que a despecho de mi falta de sosiego no estoy bromeando en absoluto. Y al decir «tú» quiero decir exactamente tú mismo, no lo que te han enseñado o lo que haya podido quedarte pegado de tantos buenos pensamientos, de tantas timoratas y sensatas sentencias leídas en los libros escolares, de tantas remotas y recientes hipocresías y arbitrarias deducciones, postulados y dogmas. Tú mismo, desnudo ante tu conciencia. Piénsalo bien, lector, y, decidas lo que decidas, habrás hecho el proceso a las modernas sociedades; proceso que podrá, por supuesto, llegar a ser una apoteosis pero, al menos en tal caso, habrás adquirido de ello algo de consciencia y tu aceptación de ciertas cosas ya no será ciega como demasiado a menudo lo es. Piénsalo seriamente, piensa quién era y qué será ese niño y si será más feliz que antes; pon en la balanza los dos pesos, mira el fiel como los pesadores de brillantes, de pólvora y de venenos y a su debido tiempo hazme saber tu respuesta. Luego,

intenta sacar cuanto más puedas de tus reflexiones, llevarlas poco a poco a un cierto grado de generalidad y convertirlas en interpretaciones, si es que puedes.

La verdad es que éste del niño no es más que un caso límite. «Desde el día en que bodas, tribunales y aras...», desde entonces las cosas empezaron a ir mal y creo que ya no hay barba de progresista capaz de negarlo. Con cuánta pasión durante siglos, durante milenios, hemos intentado cargar todas las calamidades a la cuenta, no ya de los principios, sino de la falta o errónea aplicación de los mismos, y todavía hoy seguimos viviendo de esa rosada ilusión. En cambio, creo que ya ha llegado el tiempo no sólo de discutir, sino hasta de rechazar valientemente esos mismos principios y buscar, si es posible, otros. Los primeros tuvieron siglos y milenios de tiempo para demostrar que eran buenos y eficaces y hoy en día ya vemos cómo lo han conseguido. Pero no: ¿Es que hay algo que vaya mal en Italia? Diría que ya es tiempo de llegar a la conclusión de que Garibaldi se equivocó y de que la misma idea de unidad estaba equivocada. ¿Algo no va bien en la santa religión de los antepasados o en la Santa Iglesia de los antepasados, de los nietos y de los biznietos? Ya es tiempo de... dejémoslo estar. Y ello al margen de cualquier otra consideración, incluida aquella de que se tenía y se tiene derecho a pedir a Garibaldi (¡por no hablar del otro!) que hubiera previsto las consecuencias, y ello porque esos principios no eran ni son absolutos sino relativos y condicionados y que, por lo tanto, no podían ni pueden prescindir de la prueba de los hechos. En resumen, la gran imagen o hipótesis de la civilización (la cual ya de por sí no es en absoluto prometedora ni legítima) necesita por lo menos compaginarse con imágenes particulares e inmediatamente utilizables o, hay que decirlo, despotenciarse en ellas, fragmentarse y volverse a fragmentar más que en una ética, en una normativa.

Ahora, dejando a un lado los humos o los resoplidos que cada cual pueda emitir a voluntad pero que se disuelven sin dejar huella, y quedándonos en este más llevadero ámbito, ¿cuál, en sustancia, debería ser y no es la civilización o en qué otra cosa debería consistir? ¿Cuál debería ser, más concretamente, el vivir civil en el que la civilización abstracta necesariamente se resuelve? A veces los doctos nos han indicado sus condiciones necesarias circunstanciándolas según su benignidad en un orden incluso práctico o casi administrativo. Supongo que podemos y debemos atenernos a sus sueños. ¡Demonios! ¿De quién mejor que ellos íbamos a fiarnos? Pero como aquí no puedo recordar todos sus dichos, he elegido un par de ejemplos que me parecen particularmente significativos, y me gustaría indagar velozmente si al menos hay correspondencia entre éstas ya más que accesibles y casi menos imágenes y nuestra realidad.

«...Allí todo no es más que orden y belleza, lujo, calma, placer»; y: «...Hablaban pausadamente, con suaves voces».

Bueno, veamos:

Orden: —Vamos, todo podrán encontrar los tontos entusiastas, los confiados en la suerte, los amantes de la humanidad, los adoradores de lo que es, y los serviles en

general en nuestra sociedad menos orden. Hay, por cierto, una invencible tendencia a un orden momentáneo, policíaco, casual, no definido por nada y que deja todo en el aire, cuando el orden es, en primer lugar, orden del mundo, es más, del cosmos, y armonía. Con el resultado de que este orden arbitrario y yugulador ni siquiera logra ser policíaco y sólo sirve para fomentar la corrupción (o sea, el medio para transgredirlo) en la vida pública, pero también, y eso es lo peor, en las y de las conciencias.

Belleza: —Basta con echar un vistazo a nuestras ciudades.

Lujo: —Aquel al que se refiere el poeta no es el estúpido lujo de los nuevos ricos. El lujo es una dimensión del ánimo, hoy perdida. (Por favor: hoy perdida sólo quiere decir nunca alcanzada. Pero, a veces y por algunos, acariciada.)

Calma: —Pasemos a otra cosa.

Placer: —Bueno, de esto, refiriéndonos siempre a una edad de oro, a lo mejor ha quedado una pizca, pero cuán degenerado. También aquí el poeta no habla propiamente del placer sino de un placer noble y clásico, del que precisamente no se puede hablar si no es en endecasílabos o en alejandrinos. Pues si el poeta quería referirse al primer tipo de placer, caray, lo menos que le puede pasar a quien se ponga a hacer el amor es verse asaltado por la sensación de culpa, la cual, por otra parte, ya es moneda de uso corriente y no se limita a infestarnos en las circunstancias en cuestión. Entre paréntesis, ¿culpa de qué o de quién? ¿De la humanidad doliente y de cuyos sufrimientos cada uno se sentiría responsable? Pamplinas. Si de verdad no queremos renunciar a esta sensación de culpa encontremos más bien el valor de reconocer que en este caso esa sensación de culpa nos viene de la sospecha de no odiar lo bastante a la humanidad y, por eso mismo, de que no estamos solos en el mundo.

Palabra pausada y voz suave: —Parece un detalle desdeñable y, en cambio, es algo fundamental, y no por nada el máximo entre los mayores dejó ahí su dicho como vigorosa elipsis representativa y conceptual. En cuanto a mí, no estoy lejos de creer que la escasa pausa o la palabra agitada y lo desagradable de las voces sean la causa primera de este intolerable estado de cosas. Las motos, por ejemplo (vehículos) son frecuentemente desagradables y son al mismo tiempo la auténtica voz de la democracia, de lo cual querría deducir uno de esos razonamientos que los tratados de lógica condenan pero que, al menos, aligeran el corazón.

Hemos ido un poco lejos. Bueno, por una vez a lo mejor no haya estado mal; sólo es hablar por hablar. De todos modos, volvamos a la mona y al niño. Pues bien, en conclusión, a mí me parece que un solo motivo o una sola consideración podría dejar perplejos a los hipotéticos auxiliares e inducirlos a no dejar al segundo animal en brazos del primero. Es decir, podrían considerar que las admirables cualidades humanas de la criatura menos peluda estarían o estuvieran a punto de estar (¡inefable tormento de una lengua inmerecida para quien aún tenga un cierto sentido de ella!) desaprovechadas en aquella jungla. Pero a tal modo de pensar se pueden oponer al

menos tres argumentos, reducibles, es cierto, a dos. El primero es que nosotros no sabemos si en las monas o en cualquier otro bruto no esté por ventura latente la capacidad de escribir, la Comedia tal vez no, pero al menos el Innombrable; y, dicho de otra manera, si es imprescindible sacar provecho de las propias cualidades, cuando de cualidades inutilizadas o tiradas a la basura están llenas las historias, las crónicas y la propia vida de la naturaleza. El segundo o tercer argumento..., vamos allá, quedará mejor ilustrado con una parábola.

Tomemos a la foca, animal dulce, amable y de gran inteligencia. En un cierto momento descubrimos en ella, no su auténtica inteligencia (que, al contrario, nos pone en apuros porque no es de fácil comprensión), sino un muy notable sentido del equilibrio, comparable a nuestras aptitudes para las bellas artes; se lo descubrimos y, en consecuencia, la metemos en una jaula.

Lo que yo pretendo con esta humanísima, entre todas las parábolas, está incluso demasiado claro: no que convenga sacrificar por nada la libertad o que la libertad sea el mayor de los bienes, sino que ella es nuestra cualidad primera, cualidad constitutiva, si es que tenemos alguna. Y, por otra parte, la libertad nunca será social. Así, pues, en el caso que estamos examinando, no se trataría de sacrificar la libertad a algo, sino sencillamente de exaltar algunas cualidades en total detrimento de la mayor: operación *a priori* (¡y *a posteriori*!) desaconsejable. Así que, a fin de cuentas, que la mona se quede con el niño y disfrute de él y que éste disfrute la jungla no de asfalto hasta que llegue algún banco, algún consorcio o alguna otra diablura.

Pero aquí me doy cuenta con horror de que no he respetado las reglas del juego. En efecto, el lector debe resolver la cuestión por sí solo y no tengo ningún derecho a influir en él.

UN CONCEPTO ABSTRUSO

Nageurs morts suivrons-nous d'ahan

Ton cours vers d'autres nébuleuses...

QUERIDOS muchachos, en este curso hemos llegado a un punto un poco difícil. Las luminarias de la ciencia en este punto están más perplejas que nunca. Será mejor que hablemos a la pata la llana; que cada cual hable cuando lo crea oportuno y que haga todas las preguntas que quiera. Sólo, hablad uno a la vez.

—Bien, nos gustan las cosas difíciles. Adelante, profesor.

—Eh, despacio; ésta es la cosa más difícil de todas. Pero ánimo y comencemos sin más. Bueno, queridos jóvenes míos, ahora debo hablaros de la muerte.

—Mu-er-te. ¿Y eso qué es?

—Despacio, despacio. Yo no lo sé y tal vez no pueda saberlo.

—¿Entonces?

—Pero ellos lo deben o lo debían saber, desde el momento en que tienen o tenían una palabra para designarla, y eso ya es algo.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Demonios! Los seres de los que hemos estado discurriendo.

—¿Los habitantes de esos mundos remotos que...?

—Precisamente, ellos. También os hice ver o entrever por el telescopio dónde viven, es decir, su galaxia.

—¿La última, justamente la última allá abajo, como una manchita pálida?

—Sí, pero no perdamos tiempo en ociosas repeticiones. Así, pues, la muerte.

—Pero, profesor, si esa... muerte ellos saben lo que es y usted no lo sabe, no vemos...

—Despacio, yo no he afirmado taxativamente que ellos lo sepan ni que lo supieran.

—Pues mejor aún. ¿En qué términos se desarrollará entonces nuestra investigación?

—¡Pero qué términos ni términos! Oídmme, muchachos, así no podemos ir adelante. Dejémonos de preliminares y de cumplidos. En resumen, intentaremos precisar juntos el concepto de muerte o aproximarnos a él. Por supuesto, os ayudaré en vuestras hipótesis y vosotros me ayudaréis en las mías y, a lo mejor, a fuerza de darle vueltas a esta palabra lleguemos a obtener algún resultado. En el fondo, no debéis olvidar que si una cosa la comprende uno también puede comprenderla otro, aunque viva a miles de millones de años luz de distancia. Bueno, intentémoslo y cuando al final todo falle sabréis lo poco que sé yo.

—Intentémoslo.

—Así me gusta. Ahora bien, conviene tomarse esta cuestión muy a la larga, si no no nos entenderemos. Está claro que si yo pudiera referirme al concepto de vida me sería fácil daros una idea de la muerte, pero lo malo es que vosotros tampoco sabéis qué es eso, la vida, y no puedo explicároslo sino recurriendo al concepto de muerte. Es como decir que, para los fines de nuestro razonamiento, vida y muerte vuelven a lo mismo.

—¿Vi-da?

—Ya, ya, pero dejémoslo estar, por amor de Dios... No, así no vamos bien. Habría que ayudarse con algún concepto, por así decir anterior, si es que existe, a los de muerte o de vida... Veamos: ¿El otro profesor no os ha dicho...? Bueno, ¿sabéis lo que es el tiempo?

—¿El tiempo? No.

—¿Y el espacio?

—¿El espacio?

—¿Entonces tampoco qué es el espacio o tiempo, si los asimilamos los dos y los reducimos a una única dimensión conceptual?

—¿Pero qué dice?

—Nada, nada.

—Espacio, tiempo, ¡qué palabras tan ridículas! ¿Qué son?

—No es que sean algo. Os preguntaba si sabíais qué se entiende por tiempo y espacio, o por tiempo o espacio, allí, en aquella última nebulosa. Pero ya veo que no lo sabéis y no hablemos ya del concepto de duración, etcétera, etcétera. Bueno, pues decidme vosotros cómo debo hacerlo.

—¿Hacer qué?

—¡Dios mío! Daros una idea de la muerte.

—¿Por qué no se puede tener una idea de la muerte si antes no se tiene una idea de esos espacio y tiempo?

—Diría que es el mínimo.

—Entonces explíquenos qué son el espacio y el tiempo.

—Hum... El caso es que, pensándolo mejor... Veamos, creo que ya lo tengo. Para hablaros del espacio o tiempo, que además son la misma cosa, tal vez debería hablaros necesariamente de la muerte, o sea, suponer que tenéis esa noción. ¿Sabéis si es el concepto de espacio o tiempo el que genera el de muerte o si es el concepto de muerte el que genera el de espacio o tiempo?

—Nosotros no.

—Ni yo tampoco. En realidad, podría ser que se tratase de dos conceptos paralelos o, mejor dicho, del mismo concepto articulado de modo distinto.

—¿Y entonces qué hacemos?

—¿Que qué hacemos? Antes de perder todos la cabeza se vuelve a empezar todo desde el principio y se acabó la fiesta. Bueno, decidme, ¿sabéis qué es el ser?

—¡Sí!

—¡Sí!

—¡Sí!

—¡Cuántos síes! Adelante, que hable uno. ¿Qué es el ser?

—El ser es nuestra conciencia.

—Hum... ya. En efecto, ésta es la definición de nuestros manuales. De modo que el ser sería una especie de sentimiento o, por lo menos, una relación subjetiva; ahora os pregunto: ¿con qué?

—¿Cómo que con qué? ¡Ésta sí que es buena! Con la actividad de nuestro pensamiento y con nuestros propios sentimientos; en suma, con todo lo que hace que seamos como somos.

—O sea, que sería la conciencia del contenido de nuestra conciencia. ¿Creéis que esto encaja u os parece un juego?

—Pues... tal como lo dice usted, claro...

—Yo he dicho exactamente lo que vosotros habéis dicho. Pero escuchad, yo creo, en cambio, que se necesita una mediación. Dicho de otra manera, que nuestra conciencia debe ser relativa a algo y no únicamente a sí misma... Por otra parte, siguiendo así probablemente no salgamos de la cuestión y, tal vez, esto supere vuestra preparación. Quiero decir: ¿nunca se os pasó por la cabeza que esta relación que hemos definido como subjetiva pueda al menos tender a un valor objetivo? Dicho de otro modo, ¿que el ser, en lugar de nuestra imagen, pueda figurar un estado nuestro?

—¿Un estado?

—El concepto de estado lo conocemos más o menos, pero...

—Ya, ya sabía que protestaríais. ¿Seguro que queréis decir que como nuestro estado es constante y eterno no es un estado?

—¡Claro! El concepto de estado o condición presupone la posibilidad de un cambio.

—Eso estaría por ver: el hecho mismo de que podamos decir «estado inmutable»...

—¿Cómo?

—¿Pero qué argumentos son éstos? ¿Acaso nos está tomando el pelo?

—Y, además, ¿qué se deduciría de ello?

—Calma, calma. Está bien, tenéis razón. Vamos a darle la vuelta al problema. Decidme, ¿sabéis lo que es el no ser?

—No.

—Me lo creo, porque toda nuestra especulación se basa en conceptos positivos. Pero, bendito sea Dios, también hay conceptos negativos, o debemos suponerlo considerando las noticias, es decir, las ideas, que nos llegan de aquella lejana nebulosa.

—¿Conceptos negativos? ¿Qué son?

—Conceptos que se refieren a cosas que no son respecto a cosas que son.

—Perdone usted, profesor, pero eso no está nada claro.

—Y no me maravilla. Digamos que se refieren a cosas que son de otro modo respecto a las cosas consideradas.

—¿De otro modo? ¿Qué significa eso?

—¡Dios! Se refieren a otra posible condición de una cosa cualquiera.

—O sea, a una imposible condición de esa cosa.

—Como queráis... Pero, en suma, por ejemplo, el no ser sería lo que no es ser.

—Pero lo que no es ser no existe.

—De acuerdo, pero podéis pensarlo.

—Tampoco, porque lo que no fuera ser podría significar infinitas otras cosas.

—No, no, en eso os equivocáis. También lo que es ser significa infinitas cosas pero, en la medida en que se puede asumir como concepto único, está bien definido y se basta a sí mismo. Análogamente, no hay más que un modo de no ser, o sea, el concepto de no ser es un concepto suficiente, una idea precisa.

—Perdone, seguimos sin entenderlo. Usted dice análogamente, pero para que la analogía fuera, no digamos completa, sino apenas aceptable, se necesitaría que ese no ser pudiera figurar en sí, en su propio ámbito, infinitas cosas, como las figura el ser, y no presentarse simplemente como configurable en infinitos modos... Me expreso mal y no sé si me he explicado, pero, a fin de cuentas, nuestra objeción no era como usted nos hace creer. Y lo cierto es, dicho sea sin ánimo de ofender, que usted nos está haciendo trucos. Por una parte, nos da un concepto único, sí, pero en última instancia, resumido, mientras que, por otra, nos da un concepto igualmente único pero que, por desgracia, no resume nada y no se refiere a nada.

—¡Maldición! Sois demasiado inteligentes... y no lo bastante. No lo bastante porque, sin daros cuenta de ello, vosotros estáis alterando abstracción y realidad. O bien, decís que el de ser no es un verdadero concepto, cuando lo es el de no ser. Sí, el de no ser es un concepto puro al que no corresponde nada.

—Pero usted deberá representárnoslo de alguna manera.

—Pues no, os lo represento únicamente por exclusión, como mera construcción del intelecto.

—¿Y nosotros tenemos que tragarnos este concepto y quedarnos tan campantes?

—Pues algo así, ¡caray!

—Bueno, chicos, traguémoslo aunque se nos quede en la boca del estómago... Mire, profesor, siga usted adelante a ver si el consecuente aclara el antecedente. Pero bueno, profesor. ¿Le parece que éste es un modo de especular?

—Nosotros no estamos especulando. Os repito que estoy intentando dar razón de algo en primer lugar a mí mismo. Y, por otra parte, no sería la primera vez que el consecuente arroja luz sobre el antecedente.

—Está bien, siga. Y, para empezar, ¿de qué manera se llegaría desde su no ser hasta su espacio o tiempo?

—¿Y quién demonios lo sabe? A lo mejor, no de una manera directa.

—¡Animo, profesor!

—Bueno: ¿la idea de no ser implicaría o no implicaría una idea de limitación?

—Hum...

—Hum...

—No hace falta que gruñáis tanto. Yo creo que la implicaría.

—¿Y cómo?

—Pero si existe el no ser, eso significa que el ser no es, ¿cómo lo diría?, total, que no lo cubre todo sino que, por el contrario, deja un cierto margen.

—¡Eeeeh!

—¡Pfui!

—¿Es que ahora nos ponemos a abuchear? Procurad ser más serios.

—Pero, profesor, ahora es usted el que alterna abstracción y realidad. Pero el no ser no existe: ¿no nos lo acaba de presentar hace un momento como, una mera construcción del intelecto?

—Vaya, con tal de hacer ruido abrí la boca y habláis. ¡Claro! Precisamente estamos hablando de construcciones del intelecto, y no he citado el no ser sino como abstracción, visto, además, que nuestro eventual punto de llegada o, mejor, nuestra primera etapa, el espacio o tiempo, no es más que una abstracción.

—Bueno, bueno, esta vez tiene toda la razón. Perdón, pero díganos, ¿qué es la boca?

—¿La boca? ¿He dicho boca?... Es una cosa de allí abajo. Dejémoslo estar y tal vez también lleguemos a ella.

—Entonces sigamos.

—Sí, sigamos. (¿Pero cómo?) Ahora bien, si el ser no es el todo, o sea, si puede ser concebido como limitado por el no ser...

—¿Y bien?

—Y bien nada, muchachos. No sé cómo seguir y quizá seáis más listos que yo. Sin embargo, siguiendo mi intención, me parece que, partiendo de semejante premisa, tal vez se podría llegar a una distinción de elementos, elementos conceptuales, por supuesto.

—¿Qué distinción y qué elementos?

—Sí... Aquí está el ser, aquí el no ser. Quiero decir que en un determinado momento el ser se convierte en no ser y viceversa, que en un determinado momento el ser llega a su fin y comienza el no ser. ¿O no?

—Bueno, en cierto modo sí, aunque esta idea de fin no está muy clara. ¿Qué quiere decir que llega a su fin?

—Sólo quiere decir, por ahora, que el ser es precisamente distinto al no ser. ¿O no?

—Sobre eso no hay duda por lo que respecta a su nebulosa definición. Pero ocurre, querido profesor, que aquí estamos haciendo juegos de prestidigitación: una palabra dentro de la otra, una palabra explicada con la que debería explicarla, etcétera.

—Ya, ¿pero qué puedo hacer yo? Por lo demás, sólo parece que estemos jugando al escondite. En realidad, queriéndolo o no, algo queda. Las palabras ya son algo por sí mismas, y luego, a lo mejor, todas ellas se iluminan a la vez.

—Bueno. Siga usted.

—Así, pues, el ser y el no ser son distintos. Ahora bien: ¿sois capaces de concebir dos cosas distintas, por así decir, interiores al ser?

—¿Quiere decir donde precedentemente se haya distinguido el ser del no ser? No mucho.

—¡Pero cómo! Si precisamente uno de vosotros me habló hace un momento de pensamientos y sentimientos, que son dos cosas, y si todos me habéis reconocido que el ser es infinitas cosas.

—Pero, aparte el hecho de que si todo estuviera tan claro no se comprendería por qué siente usted la necesidad de interrogarnos, eso... sólo era un modo de hablar: infinitas cosas es lo mismo que una cosa sola. Y pensamientos y sentimientos, o pensamiento y sentimiento, tampoco son dos cosas, sino... dos palabras.

—De momento me basta. Y os pregunto: ¿podéis imaginar como distinto, o bien como correspondiente a una determinada palabra, algo en el ámbito del ser?

—¿Pero qué pregunta es ésta? Pues claro. Acabamos de decir que en el ser se pueden encontrar tantas palabras como se quiera.

—No, no me he explicado bien o me he equivocado. No importa. Quiero decir (¿pero qué quiero decir?), quiero decir... Mirad, por ejemplo... ¿Llegaríais a concebir como distinto de lo demás, a aislar con un esfuerzo de abstracción, algo de lo que en este momento tenéis delante de vosotros?

—Es una pregunta muy ambigua, profesor, si no es superflua o mal planteada. ¿Quiere decir, por ejemplo, asumir aquella estrella como algo cualitativamente distinto del cielo que la circunda?

—¡No, no cualitativamente! ¿Asumirla, no sé cómo demonios decirlo y debo por fuerza volver aquí, a asumirla como distinta de lo demás, como entidad, como que es por sí misma?

—¿Como que es por sí misma?

—¡Ah!... Otro ejemplo: ¿llegáis a imaginar que esas dos estrellas puedan ser dos términos?

—¿Términos de qué?

—Pues del cielo.

—¡Ah! ¿Quiere decir imaginar que el cielo está comprendido entre esas dos estrellas?

—En absoluto; al contrario, que en el cielo está ese cielo entre las dos estrellas, que en el grande está el pequeño, en el todo, la parte, o bien que el cielo está hecho de muchos pequeños cielos.

—Bueno... En el fondo ya empezamos a entender lo que quiere decir.

—¡Alabado sea Dios! Ya nos estamos acercando al concepto de espacio o tiempo.

—¿Pero cuál sería la utilidad de semejante fantasía?

—Olvidad por ahora la utilidad o, mejor, la utilidad estaría precisamente en que vosotros llegaríais a concebir el espacio o tiempo. Para vosotros, para los de allí abajo, ejem, el problema es otro, y ni siquiera sé si para ellos esto sería una fantasía.

—Pero bueno, en esta hipótesis o imagen o fantasía, ¿cuál sería el espacio o tiempo, qué cosa lo representaría?

—Calma y resumamos. En el cielo hay muchos pequeños cielos o, y creo que es decir lo mismo, en el ser hay muchos pequeños seres. Infinitos porque infinitos son vuestros posibles puntos de referencia. ¿Hasta aquí me seguís?

—Más o menos. ¿Y estos cielos menores a los que hemos ido a parar, o estos pequeños seres como usted los llama, es decir, cada uno de ellos, serían el espacio o tiempo?

—¡No! ¡Cómo lo enredáis todo! Esos algo menores, si bien tan arbitrariamente limitados y por la única vía de la abstracción, también son algo, mientras que el espacio o tiempo es nada; es únicamente un concepto o, todo lo más, un método.

—¿Cómo un método?

—¿Método para qué o para hacer qué?

—Vamos, vamos, no os empecinéis con las palabras. Tal vez comprendáis más adelante lo que quería decir o tal vez no; lo mismo da.

—En definitiva: ¿qué es el espacio o tiempo? Se lo estamos pasando todo. Ya es hora de que hable claro.

—Bueno, resumiendo: el espacio o tiempo es ni más ni menos que la posibilidad misma de concebir claramente y sin esfuerzo los pequeños cielos o los pequeños seres.

—¿Cómo, cómo?

—Ésa es una definición que se muerde la cola.

—¡Qué desilusión!

—No, esperad. Intentaré explicarme: la idea de espacio o tiempo es, en suma, una idea final para ellos.

—¿Final?

—En el sentido de que tiende a un límite; no, que positivamente lo contempla; una idea, más que distintiva, limitativa, eso es; ellos la llaman... una idea de... duración.

—Ellos, pero nosotros aquí seguimos a dos velas.

—¿Cómo? Pero si acabamos de decir... Mirad: si yo pongo, postulo, un cielo aquí y otro cielo aquí...

—¿Quiere usted decir que donde llega a su fin el uno comienza el otro o que, sea como sea, uno debe llegar a su fin para dar lugar a otro?

—Eso es.

—Usted dice eso es, pero, ¿cómo se configuran idealmente, hipotéticamente, y prescindiendo del hecho de que los dos supuestos cielos son de la misma naturaleza,

cómo se configuran este fin y este principio? ¿Como un cambio de estado o de modalidad?

—¡No, no!

—¿Entonces cómo?

—Únicamente como un fin y un principio, y llegado el caso, también se puede eliminar uno de los dos términos, a elección.

—No, es demasiado fácil o, para no ofenderle, demasiado difícil. Ésa es una imagen sin contenido. Nos negamos a seguirle por ese camino.

—¿De modo que no sois capaces de abstraer la idea de fin o la de principio? (¡Qué pregunta tan inteligente! Si fueran capaces ya sabrían lo que es la muerte.)

—No, no. Ésas sólo son ideas de relación y nada más y, por favor, no siga usted embarullándonos más.

—¡Encima! (Pero debo reconocer que tienen razón. ¿Es que acaso yo sé lo que es la muerte?)

—Y, además, hay otra dificultad: que sus pequeños cielos o pequeños seres son infinitos por su misma definición, por lo que, en realidad, no pueden tener ningún fin ni ningún principio.

—¿Es que vais a rechazar lo que ya habíais admitido?

—No rechazamos nada, o sí, pero, a fin de cuentas, nos parece que no hay un camino de en medio: o concebir infinitos o uno solo.

—(También tienen razón en esto aunque no sean muy consecuentes.) Veamos: son infinitos pero vosotros siempre podéis concebir un número limitado de ellos.

—No. Pensándolo mejor, podemos considerar un número limitado de ellos pero a condición de considerarlos infinitos, que es lo mismo que decir que nuestra ficción se disuelve en el mismo punto en que se forma o en el que debería tomar forma.

—(¡Nada que objetar, por Dios!... ¿O sí?) Oídmelo: dejemos a un lado estas puntillosas precisiones. En lugar de eso, podríamos intentar cambiar de punto de vista y, a lo mejor, despacito, llegaríamos a algún sitio. Pero no creo que sea necesario. ¿Sabéis lo que os digo? Que hablando como habláis demostráis que ya poseéis el concepto de espacio o tiempo.

—Si usted lo dice...

—Sí, y en cierto modo lo preveía. Los conceptos se hacen por el camino, sólo hablando de ellos, casi sin saber de qué se trata, y no intentando precisarlos frontalmente o agarrándolos por los cuernos.

—Hum...

—En cualquier caso, finjamos que sea así: si todavía no tenéis ese bendito concepto, igualmente no nos quedaría más remedio que seguir adelante y esperar al futuro, ya que por este otro camino llegamos a un callejón sin salida.

—Hum... Finjamos y sigamos adelante. Pero, ¿nos equivocamos o al principio se había hablado de una tal muerte?

—Ya llegaremos. Más pronto o más tarde llegaremos a ella.

—Pues adelante.

—Ahora bien, ¿podríais...? ¡Cielo Santo! Resulta hasta difícil de decir... ¿Podríais imaginaros a vosotros mismos contenidos en uno de estos algos, de estas cantidades postuladas a las que hemos llamado pequeños cielos o pequeños seres? ¿O sea, cada uno de vosotros en una?

—¿Cómo?

—¿Cómo?

—¿Cómo dice?

—¡No, por supuesto!

—Profesor, está usted perdiendo los papeles: ¿el ser contenido en una parte de sí? ¿Lo más en lo menos? ¿Lo mayor en lo menor?

—¡Ja, ja!

—¡Pfui!

—¡Calma y silencio! Ante todo, ¿quién ha hablado del ser? Yo he hablado de cada uno de vosotros.

—El ser, el mismo ser. Cada uno de nosotros es todo el ser.

—¡Bravo! ¡Qué buenos alumnos de ateneo y de academia! Estoy desolado; más aún, estoy desesperado, pero todavía debo pedir este esfuerzo a vuestra imaginación, a vuestra mente especulativa y a no sé qué; si no, no se puede seguir adelante y más vale cerrar la tienda.

—¡Pero es imposible concebirse contenidos o encerrados en nada!

—Eso ya lo sé; además, más imposible aún, si es posible, sería ser, contenidos o encerrados, de modo que de más imposible a menos imposible...

—¡Caray! Lo embrolla usted todo al azar.

—Bueno, tal vez haya manera de concebir una cosa así y yo, a fuerza de ingeniármelas, lo he conseguido, aunque malamente. Y en suma, así parece que lo creen los de allí abajo, tengan o no tengan sus buenas razones. Y si se quiere intentar hacerse una idea del asunto, si yo mismo quiero darme cuenta... Bueno, sé muy bien que no tengo derecho a pedirlos una hipótesis semejante.

—Venga, chicos, vamos a darle gusto, ¿qué nos cuesta? Si no, se echa a llorar.

—Dejaos de insolencias y...

—Sí, sí, está bien: el más en el menos. ¿Ya está contento? Cada uno de nosotros está encerrado en un pedacito de cielo.

—No sólo sino...

—Pero, bueno, ¿no le basta con eso?

—Callaos, y ahora procurad prestar atención.

—Profesor, profesor, nos ha llevado usted a tal punto que ya admitiríamos incluso que el universo es infinito o que es finito u otro absurdo cualquiera. Estamos descorazonados.

—Yo también. Pero cuando haya terminado esta especie de insurrección también comprenderéis que no es culpa mía si ellos están efectivamente encerrados en un

pedacito de cielo, como decís vosotros, o de... tiempo.

—¿Cómo, cómo? ¿Ellos? ¿Cómo es posible? ¿Cómo lo hacen? Sigamos escuchando; tal vez entendamos algo si es verdad eso que dice usted de que con el consecuente se comprende el antecedente.

—Eso está bien. Tened confianza.

—¿En quién?

—En primer lugar, en vosotros mismos. Y ahora, como os decía, prestad atención porque ahora viene lo más difícil e inconcebible, de verdad. Hasta aquí ha sido una fruslería. Hace un momento bromeábamos con lo menos imposible y lo más posible y, precisamente ahora, este último se nos pone cara a cara. Así pues, ellos...

—Anímese. Ya nada puede maravillarnos.

—Lo que pasa es que a mí me puede maravillar todo.

—Claro, ya que de todas las fantasías imposibles somos la más imposible y también la más divertida.

—Pero no sé cómo decirlo. Si supiera cómo decirlo ya sabría bastante, mientras que la verdad es lo contrario. De modo que ahora habrá que proceder por aproximaciones. Bueno, a fin de cuentas yo no puedo hacer más que repetir aquello cuya sombra ya habéis captado: su más, es decir, lo más entre ellos, realmente se desarrolla, es, en el propio menos o, mejor, en tantos menos cuantos son ellos mismos. ¿Está claro?

—No, señor. No tiene sentido... posible, eso no se puede entender de ninguna manera, ni siquiera como frase.

—Lo sé y, no obstante, es, y digo eso porque no me atrevo a decir «es verdad». Dicho de otra manera, nosotros, lo queramos o no, nos encontramos ante una circunstancia de hecho.

—¿De hecho?

—Pues sí, en la medida en que puedan admitirse o concebirse las circunstancias de hecho.

—Por lo menos explíquese un poco mejor. ¿En qué consistiría exactamente esa pretendida circunstancia de hecho? Porque de todo lo que hasta ahora nos ha contado no se obtiene ningún significado.

—¡Oh, Dios! Ya os lo he dicho, ¿de qué otro modo podría decíroslo? Su más se cumple o realiza o, supongamos, tiene la capacidad de concretarse en lo menos, aunque todavía siga siendo más o aunque no lo siga siendo, ¡yo qué sé! Al expresarse de distinto modo, su ser está como desmenuzado... ¡ah, bueno!, ignoro si desmenuzado o sólo plasmado... en muchos seres menores.

—Entonces no se trata de más en menos, sino de muchos menos que forman un más.

—No, o, por lo menos, éste es el punto oscuro. He dicho «como» desmenuzado y sólo para intentar haceros comprender.

—Pues así tampoco lo hemos comprendido: ¿esta, llamémosla así, división del

ser se produce en cada uno de ellos?

—¡Qué va! (Aunque... es mejor no pensar en ello.) Cada uno de ellos es uno de esos pequeños seres, de esos seres menores y nada más, aunque a lo mejor conserva en sí la totalidad del ser o participa de ella. Resumiendo: de hecho, cada uno de ellos es un algo limitado en el cielo o en el ser que abarca una parte limitada de cielo o de ser.

—¿Pero cómo? ¿No acaba de decirnos que conserva en sí, que participa, etcétera?

—Por una parte o, en cierto aspecto, es una porción de ser; por otra, tal vez sea el ser entero; por una parte, empieza y tiene fin; por otra, tal vez no empieza y nunca tenga fin.

—¡Misterio por misterio! Oiga, profesor, nos rendimos.

—No... (Ahora me doy cuenta de que tal vez se podía prescindir de todo este complicado enfoque; bastaba con apelar a su sentido de personalidad, si es que lo tienen y si lo tienen lo suficientemente diferenciado. Siempre están a tiempo para sentir, pero lo malo es que ya sé lo que me responderán.) Hacedme caso, muchachos. No sé qué veis de extraño en esta disposición: en el fondo, ¿no es nuestro mismo caso? Nosotros también estamos contenidos dentro de un menos en cuanto personalidades distintas o individuales, ¿no?

—¡Uuuuh!

—¡Ffff!

—Pero bueno, ¿aquí sois muchos o sois uno solo?

—Ni muchos ni uno solo, lo sabe usted bien, y a saber por qué se divierte haciéndonos estas preguntas. Es muy fácil: nosotros somos unos, la singularidad en plural o, mejor aún, la pluralidad singularizada.

—(Estaba previsto; repleguémonos a toda prisa a las primeras posiciones, si no el asunto se pondrá más feo.) Pues sea. Entonces volvamos al punto anterior. O mejor, dejemos a un lado la cuestión de si ellos participan o no participan del ser entero, cuestión que, en última instancia, está fuera de lugar o es prematura, y vayamos por un momento más atrás aún, o cambiemos apenas un poco el punto de vista...

—Pero bueno, ¿qué punto de vista quiere cambiar si no hay nada que ver? Oiga, en definitiva, ¿qué significa que ellos son limitados en el cielo o en el ser o donde usted haya dicho? ¿No puede significar nada más que se conciben a sí mismos como limitados?

—(Habría apostado a que no iban a entender nada: con mis explicaciones...) No y no, eso es lo más gordo... O incluso sí, a fin de cuentas, pero... o, al menos, no significa sólo eso... (¿Y quién sabe cómo hay que decirlo?)

—Oiga, profesor, si se encuentra usted mal, dejamos la continuación para otra vez.

—(Tienen razón. ¡Bonita pretensión la mía de dar explicaciones cuando soy el primero que tiene las ideas confusas y que se va por los cerros de Úbeda!)

—¿Qué hace? ¿Se encierra en un digno silencio?

—Más bien, encerraos vosotros en él y escuchad. Mirad, yo no sé si la monstruosidad de la que ahora intentaré daros una idea (y de hacérmela) es un efecto o una causa, pero es un hecho que ellos no se limitan —repito— a concebirse limitados, sino que lo son, o lo son al mismo tiempo. (Vaya, me faltan hasta las palabras adecuadas y me veo obligado a repetir estas vagas patrañas.)

—¡Y dale! ¿Y eso qué significa?

—Significa nada más que, al ser lo que pueden y saben y el diablo sabe, de cualquier manera están verdaderamente encerrados en un menos como el que vosotros podéis abstraer o postular o idealmente aislar, como hicisteis antes al considerar el cielo. O sea, cada uno de ellos está encerrado y férreamente limitado en ese menos o, digámoslo así si os place, apurando un poco la frase, en el tiempo o espacio.

—¿Férreamente limitado? O sea, ¿de nuevo limitado según un concepto riguroso?

—¡No, Dios mío! Quiero decir limitado limitado: cada uno de ellos es algo duro, es un objeto, tiene una consistencia particular, ofrece resistencia a los agentes externos, y así sucesivamente. Cada uno de ellos tiene, como ellos mismos lo llaman, ¡un cuerpo! (¡Oh! ¿Qué va a pasar ahora?)

—¿Un cuerpo?

—(Aún no pasa nada. Están demasiado aturdidos. Tal vez el huracán haya amainado.)

—¡Cuerpo! Nosotros sólo conocemos una acepción de esta palabra: cuerpo celeste.

—Pues sí, imaginaos algo así, proporciones aparte o, a fin de cuentas, no aparte. Cuerpos de distinta forma.

—¿Y cada uno de ellos tiene... cómo que tiene? ¿Quería decir es?

—Sí..., dije tiene porque... Bueno, quería decir es.

—Cada uno de ellos es un cuerpo celeste.

—(No vuelven en sí.) No, un cuerpo celeste no, simplemente un cuerpo. Es más, ellos están apegados a los diversos cuerpos celestes y dependen de ellos y no pueden separarse de ellos y, en todo caso, con gran esfuerzo.

—¿Es que son satélites?

—Pues no... Pero, en el fondo, ¿por qué no? Podéis imaginarlos como satélites. Sólo que serían unos satélites algo *sui generis*. No tienen una órbita propia y están justo encima de los cuerpos celestes. Son más bien como garrapatas, parásitos.

—Bien, ¿y qué más?

—(Esta calma me pilló desprevenido; aún no han debido entenderlo bien.) ¿Cómo que qué más?

—Pero... en cualquier caso, ¿en qué relación está ése...? No, profesor, mire; es mejor ser sinceros. A nosotros esta representación suya, en el supuesto de que sea aceptable, esta historia suya, en el supuesto de que haya que creerla, no nos sabe a nada. Más claro; no hemos entendido nada.

—(Lo sospechaba.)

—¿Para qué serviría? ¿Cómo se comportaría ese cuerpo? ¿Cómo se justificaría idealmente ese modo suyo de ser?

—Demasiadas preguntas y demasiada ansiedad. Contentémonos, por ahora, con establecer que aquellos habitantes son, o también son, cuerpos, digamos la palabra, materiales.

—¿Encima son materiales?

—Pues así. Además, ¿qué hay de raro en ello? También nosotros, si no cuerpos, somos materiales, cualquier cosa lo es, en cuanto combinación de energías. Todo lo más, en su caso, se tratará de un mayor grado de conexión de la materia o energía.

—Sí, sí, pero... No, no está claro, no nos damos cuenta de cómo está la cosa. Oiga, intentemos seguir discutiendo pero volviendo al principio. Intente familiarizarnos de alguna manera con semejante absurdo. No sé; por ejemplo, usted nos dijo hace un momento que ignoraba si ese cuerpo o ese ser cuerpo era un efecto o una causa. ¿Qué quería decir exactamente? Explíquese al respecto.

—Es evidente lo que quería decir: el cuerpo, o su presencia, podrían ser un efecto de su modo de concebir.

—¿Concebir qué?

—De su modo de concebir en general; de concebir el ser, el todo.

—Hum... Bueno, ¿y si no?

—Si no, podría darse el caso inverso, es decir, podría haber sido la presencia del cuerpo la que originó y, en cierta manera, hizo necesario su modo de concebir.

—Bien, ¿lo ve? Esto ya está algo más claro; empezamos a entrar en materia.

—¡Qué listos!

—Sí, pero, ¿y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Qué hacemos con ese cuerpo? En primer lugar, ¿cómo es?

—O sea, ¿cómo se presenta, qué forma y qué propiedades tiene?

—No, no: *cómo es*, de qué modo o a título de qué es, es en el ser, cuáles son sus relaciones con el mismo, etcétera.

—Hacedme caso. No me atribuyáis más ciencia que la que tengo. Todo lo más podríamos suponer, argumentar, discurrir... aunque sólo sea por discurrir.

—No; primero nos fulmina con inauditas revelaciones y ahora se pone a columpiarse.

—Yo... yo os digo lo que sé, y es inútil...

—Bueno, ¿quiere decidirse de una vez a hablarnos de la muerte? ¿O es que ya se ha olvidado de ella?

—(Se insolentan otra vez; buena señal, después de todo.) Sí, creo que, llegados a este punto, podemos empezar a hablar de ella; es más, es el momento apropiado para entrar en el fondo de la cuestión.

—¡Venga!

—Bueno, pues esos tales son limitados en el espacio...

—O tiempo, da lo mismo. Eso ya lo tenemos claro.

—No, un momento. Es cierto que espacio y tiempo vuelven a lo mismo, es cierto que son un único concepto, pero sólo en cuanto concepto o conceptos y no en cuanto...

—¿En cuanto qué?

—¡No lo sé!... Mirad, ellos, en cambio, distinguen los dos o, al menos, los han distinguido durante mucho tiempo o, al menos, los han entendido como una especie de concepto doble o gemelo, supongo... No sé qué deciros en concreto. También supongo que al concepto único de espacio o tiempo no se pueda llegar, o que ellos no puedan haber llegado, si no es escindiéndolo previamente en dos conceptos paralelos o, mejor, abstrayéndolo de ellos como concepto de concepto.

—¡Ay, ay! ¡Vaya lío!

—No, esperad. Aunque yo, como todos nosotros, me mueva entre las imaginaciones y las suposiciones, personalmente me he hecho una idea de ello y, en definitiva, opino, ateniéndome al hecho, que si se quiere tener una idea o tomar conciencia de la muerte conviene atenerse a esa su, legítima o no, antigua distinción.

—Está bien, pongámonos a roer también este hueso. Prosiga, si quiere como la gamba, prosiga como le plazca, aunque sea separadamente. El espacio entonces...

—El espacio es el tiempo y sé que ya sabéis lo bastante sobre ello.

—Sí, muy bien. ¿Y el tiempo?

—El tiempo: mirad, ellos, por una razón u otra, han postulado una sucesión de eventos...

—¿Qué quieres decir?

—Sí, una sucesión de eventos en el ser.

—¿Pero qué quiere decir exactamente sucesión? ¿Sistema?

—Sí y no; algo más que un sistema, llamémoslo un sistema dinámico, como si cada evento procediese espacialmente de otro... (No sé qué demonios me estoy inventando.)

—Incomprensible, pero sigamos adelante. En cualquier caso, ¿todo esto en nombre de qué y para qué?

—¿Acaso lo sé yo? A lo mejor por el consabido motivo de que, sobre todo, son cuerpos.

—En todo caso, hasta aquí el concepto de tiempo aún no se diferencia del de espacio.

—Tenéis razón, pero mirad... ¡Oh, Dios! ¿A qué santo me encomiendo? Mirad: esa estrella es limitada en el espacio. ¿Podéis seguirme hasta aquí?

—Hum... Sí.

—O sea, en determinado punto llega a su fin.

—No es que llegue a su fin realmente, ya que es de la misma naturaleza que todo lo demás, pero podemos divertirnos imaginándolo.

—Bueno, pues divertíos también imaginando otra cosa: que esa estrella desaparezca de repente.

—¿Cómo que desaparezca?

—Sí. ¿Os acordáis, ya no sé cuándo, de aquella estrella que estalló precisamente delante de nosotros? Bueno, ¿y qué quedó en su lugar?

—Nada en apariencia, pero sólo en apariencia.

—Con eso me basta, con eso me basta. Os pregunto: entre los dos fines, el llegar al fin, el terminar de lo que se quiera en el espacio, y el llegar al fin, el estallar, el desaparecer de la estrella en cuestión, ¿no percibís ninguna diferencia? ¿Para vosotros son dos acontecimientos o algo totalmente asimilable?

—Sí, claro. Pero también... pensándolo bien, creemos entender lo que quiere decir; ¿y ese segundo fin sería el tiempo?

—El tiempo, no: lo que da lugar, o pudo dar lugar entre esa gente al concepto de tiempo, como el primer fin dio lugar al concepto de espacio. Éste, al menos, es el dato, en absoluto ilusorio en mi opinión, debo decirlo, en el que supongo que ellos basaron su distinción en su origen.

—¿Entonces el tiempo sería un sistema de fines?

—De momento, podéis decirlo así.

—Pero también el espacio, tal como usted nos lo ha presentado, no es más que un sistema de fines.

—Sí, pero...

—¡Ah, ah! Está claro: al espacio pertenecerían los fines del primer tipo imaginado y al tiempo los del segundo tipo.

—Eso es.

—Pues entonces: entonces ellos tienen, o tenían, estos dos sistemas o conceptos distintos. ¿Y ahora?

—Despacio con los distintos: yo he distinguido los dos conceptos pero para reunificarlos inmediatamente después. De hecho, ambos parecen confluír en el otro concepto de muerte. Es más, tal vez éste sea precisamente el que mejor muestra su identidad.

—Esto es como una lotería. ¿Qué necesidad teníamos de machacarnos los sesos con una distinción tan correosa?

—Los he distinguido por el doble motivo de que no se pueden, como he dicho, asumir como concepto único sino después de haberlos separado y de que la muerte, a pesar de todo y de modo totalmente incomprensible para mí mismo, parecería tener algo de la segunda especie, del segundo aspecto de aquella única idea, más bien que del primero.

—¿Qué adivinanzas y qué contradicciones son éstas? ¿Quiere decir que la muerte figura más bien un fin en el tiempo que uno en el espacio?

—Más o menos.

—Pero, en ese caso, los conceptos son dos.

—Pues no.

—Bueno, está usted de broma.

—No tanto. Sin duda, aquí mi débil doctrina se detiene, y la verdad es que no sé qué contaros ni en qué modo justificar mis... mis impresiones. No obstante... ¿Y si cambiamos de terminología? Por ejemplo, podríamos suponer que el concepto de espacio o tiempo, relativamente comparado con la idea de muerte y sólo en este caso, no sea un concepto propiamente dicho sino una función. De verdad que se puede pensar: el espacio y el tiempo serían en función el uno del otro.

—Lo que nunca sería una función. ¿Y con eso qué hemos resuelto?

—¡Oh, Dios! Nada, pero tal vez sería más fácil admitir la preponderancia de uno de los dos.

—De ninguna manera. ¡Al contrario!

—¿Y si recurrimos al concepto de función variable?

—¿Sabe usted que está usando estos términos con mucha desenvoltura? Una función, variable o no, no puede ser relativa a sí misma. Y, además, nos vuelve a echar a los pies los conceptos. Resumiendo: se le está aflojando algún tornillo. Y, por último, nos estamos perdiendo en detalles inútiles, pues se refieren a sus simples impresiones, como usted mismo las ha definido.

—Es verdad, es verdad. Estoy perdiendo la cabeza.

—Bueno, profesor. ¿Va a decirnos qué debemos pensar de esta bendita muerte? ¿Es un fin en el tiempo o en el espacio o en los dos o en lo que a los dos unifica y asimila? Y en primer lugar, ¿de veras es un fin? ¿Hemos interpretado bien sus oscuras explicaciones?

—De verdad, es un fin, o así ellos la conciben, y precisamente un fin en el tiempo y en el espacio, en ambos, o sea, para decirlo mejor, en el tiempo o espacio. Sí, por ahora detengámonos aquí.

—Bueno, por lo menos ha hablado claro aunque todo siga igual de oscuro. De modo que es un fin, o sea, en sustancia, la idea de un fin. Una idea que, por lo demás, llamaríamos tautológica: si son cuerpos se sobreentiende que lleguen a su fin.

—Que sean finitos, limitados en el espacio ya, pero...

—En el espacio o tiempo, acabamos de decirlo.

—Sí, pero... (¡Oh, santo cielo!) Mirad, ante todo decir que son finitos o limitados no equivale a decir que lleguen a su fin.

—Correcto, pero la diferencia se refiere, en todo caso, a nuestra consciencia.

—Bien. Además, independientemente de lo que yo pueda haber dicho hace un momento, ahí es donde el concepto o falso concepto o medio concepto de tiempo puede sernos útil: no llegan a su fin sólo en el espacio sino también en el tiempo, o sea, llegan al fin en el espacio en cuanto espacio o tiempo, con evidente preponderancia en el enunciado, diría yo, de este último... ¿Me he explicado?

—No.

—Tenéis que volver al ejemplo de la estrella que estalla y ello por un doble

motivo. O sea, en el peor de los casos, no se trata de un modo suyo de entenderse a sí mismos, de una abstracción suya sino de algo que acaece, aunque, como dije antes, hubiera sido su modo de concebir lo que les hizo lo que son.

—Sus nexos se han aflojado un poco: ¿lo que acaece sería la muerte?

—Sí.

—Que, por lo tanto, en esta nueva configuración ya no sería un concepto o una idea.

—¡Pero qué diablos! Sería la idea abstraída de esa cosa y, al mismo tiempo, la cosa misma.

—¡Qué fácil y qué sencillo! Lo malo es que, y usted mismo lo ha admitido, lo mismo se podría pensar la cosa abstraída de la idea.

—(¡Caray con éstos!) ¿Y eso qué cambiaría, mis queridos listillos?

—Corramos un piadoso velo. ¿Entonces pueden estallar como los cuerpos celestes?

—Estallar, no lo sé; llegar a su fin, seguro; pero si lo queréis así, digamos que estallan.

—Es decir, que están sujetos a tan rarísima casualidad.

—No, y ésta es otra cuestión diabólica: según parece, para ellos no se trata de posibilidad sino de necesidad.

—¡Necesidad! ¿Quiere decir que tienen que estallar forzosamente?

—Al menos así lo creen ellos. Bien entendido, esto puede ser un simple postulado suyo, pero que parece tener confirmación en un orden de hecho. En otros términos, hasta ahora las cosas han ido exactamente como ellos piensan que deben ir. Ellos son, son, y en un determinado punto ya no son o, exactamente, mueren.

—Pero es absurdo: lo que es, o sea todo, nunca puede llegar a no ser.

—Pero puede cambiar de estado. Si no, ¿cómo explicaríais la explosión de una estrella? Ellos dejan de ser respecto a lo que eran antes.

—Hum... Esto tiene todo el aire de ser un sofisma.

—¿Cómo un sofisma? ¿Puede, sí o no, una estrella explotar o apagarse o dejar de ser lo que era, aunque sea para convertirse en otra cosa?

—Claro, pero, precisamente, puede, no es que deba, lo que es una enorme diferencia cualitativa.

—No es que deba: ¿y qué sabemos nosotros? ¿Y ésta no podría ser una especie de ley natural y universal?

—¿La del fin o del cambio de estado? ¡Venga ya!

—Hablaba por hablar; de todos modos, eso es lo que ellos opinan.

—¿Y de dónde se deduciría esta ley?

—Pues... de la experiencia. Sigo, por supuesto, razonando a su modo o, mejor, según sus datos.

—¡De la experiencia! Pero la experiencia es el método de investigación o el punto de partida menos fiable; de la experiencia siempre se puede obtener una cosa y su

contrario; a la experiencia se le puede hacer decir lo que se quiera. Pero cómo, ¿del hecho de que una estrella explote habría que concluir que todas las estrellas antes o después deban estallar? ¿O del hecho, hipotético, de que uno de nosotros llegue a su fin, que todos debamos llegar necesariamente al mismo fin? ¿En qué clase de razonamiento retorcido nos estamos enredando?

—Eso no quita que, si en cada momento viéramos estallar o apagarse una estrella; si, en general, los casos se multiplicasen, los eventos futuros referibles a estos casos tal vez adquirirían a los ojos de nuestra mente un carácter de probabilidad cada vez mayor y al final nos parecerían casi necesarios.

—¿Pero qué nos está contando! Perdone, ¿no nos ha enseñado usted mismo a no fiarnos de los hechos, a conservar frente a ellos nuestra frialdad y, como usted decía, nuestra virginidad? Y, además, usted dice: los eventos futuros referibles a esos casos. Pero ningún caso es referible a otro, anterior por añadidura. Y, de todas maneras, mayor probabilidad o casi necesidad aún no son necesidad, al contrario, son exactamente su opuesto. Y por último: se da un primer caso. Bien: ¿el segundo en qué relación ideal está con el primero? ¿Es libre, somos nosotros libres, con respecto a aquél? Quiero decir que nosotros ya podríamos ser determinados o condicionados por ese primer caso, por la fuerza de la idea que nos hemos hecho de él; entonces la necesidad o no del segundo sería siempre opinable y nunca lograríamos demostrarlo. Eso, del segundo; figurémonos en el caso del tercero y siguientes.

—Ya, ya, pero, mientras tanto, ellos mueren.

—Pero tal vez sea porque están convencidos de que deben morir. A lo mejor, con una convicción de este tipo lo mismo nos pasaría a nosotros. Fíjese a qué conclusión llego.

—¿Y no os lo había dicho?

—Pues no... Deberían tener el valor de decir de una vez por todas: pues peor para los hechos; eso es lo que deberían hacer. De todos modos, sigamos: bueno, ¿mueren o creen que mueren?

—¿Y no es lo mismo, al menos para los fines de nuestro razonamiento y del concepto que estamos intentando aclarar? Es más, si solamente lo creyesen sin morir de verdad la cosa sería aún peor o mejor; al final tendríamos, si puedo expresarme así, un *a fortiori*. Pero tal vez no sea tan sencillo como parece. Por ejemplo, os pregunto: ¿estaríais dispuestos a admitir en otro lugar la existencia de otras leyes naturales o lugares particulares en que estuvieran vigentes otras leyes, cuyas gentes estuvieran sometidas a otras leyes, otras distintas a las que nos gobiernan a nosotros?

—La pregunta, y usted perdone, está bastante mal planteada, ya que no hay ninguna ley que nos gobierne; en todo caso somos nosotros los que gobernamos a las leyes después de habérmolas inventado. Las leyes son nuestra interpretación de... Pero suponiendo su pregunta formulada más correctamente e intentando entrar en sus intenciones, responderíamos decididamente que no.

—¿No, eh?

—¿Cómo y por qué debería haber otras leyes? ¡Demonio! Si el pensamiento renuncia a la unidad todo se va al garete. Nuestra interpretación de... no puede ser más que unívoca y unitaria.

—¡Bravo, bravo! Habéis aprendido muy bien la lección... de los otros profesores. Pero tímidamente llamo vuestra atención sobre el hecho de que por dos veces habéis dejado en el aire una cierta frase: nuestra interpretación de... ¿De qué?

—Pues del universo, del todo.

—¿O sea de algo fuera de nosotros?

—Vaya... Ahora quiere pillarnos a contrapié.

—De algo fuera de nosotros, evidentemente. Si no no habría lugar para el término de Interpretación ni de ningún otro asimilable, y la misma palabra Pensamiento perdería todo significado. Dicho a la pata la llana, uno no puede interpretarse a sí mismo ya que para hacerlo debería valerse precisamente de una parte de sí, es decir, dar por interpretado lo que se trata de interpretar o, como mínimo, interpretarse sólo parcialmente.

—Perfecto. Ahora es usted el que nos repite la lección aunque de forma más astuta.

—No, esto está en relación con lo que voy a preguntaros y, en cierto modo, introduce mi nueva pregunta: ¿Ni siquiera podéis admitir la existencia de otras leyes o aparentemente distintas?

—Ejem, ejem. Eso sí, siempre que sean referibles...

—Sí, sí. Pues bien, ¿consideráis la muerte como una de las muchas posibles apariencias?

—¡Usted y sus truquitos! Pero bueno, entonces no servía de nada afanarse tanto por... ¿por qué? ¿Es una apariencia o un concepto?

—Siempre podría ser un concepto engañoso.

—¡Otro truco genial!

—Digamos entonces un concepto aparente o una apariencia conceptual; o bien: concepto en cuanto apariencia y apariencia en cuanto concepto.

—Viva la claridad y, sobre todo, viva la decisión. ¿Y nosotros qué debemos entender y retener?

—Exactamente lo que habéis entendido y retenido.

—O sea, nada.

—No, no. Hace ya media hora que estáis hablando de la muerte y eso quiere decir que he conseguido daros una idea de ella, o, mejor y en honor a la verdad, que vosotros habéis conseguido hacéroslo.

—No se haga ilusiones. Hasta que no lleguemos a una definición...

—Olvidad las definiciones, que aquí y entre nosotros son imposibles. En efecto, no querría que olvidaseis que yo no estoy o estaba hablando, en su verdadero sentido, de la muerte, sino sólo intentando representárosla como idea de ellos o, o bien, como... no idea de ellos. En otros términos, ¿para vosotros, para nosotros, la muerte

es siempre un concepto, incluso cuando no lo sea o fuera en sí?

—¡Un enésimo jueguecito muy divertido! Y un límpido contexto.

—No, un bonito juego es la lógica, a la que os estáis aferrando.

—¿Pero cómo nos la va a representar si ni usted mismo sabe lo que es? Y, por otra parte, un concepto también puede y debe ser definido.

—Querréis decir como os la representé. Vamos, vamos, más o menos ya sabéis lo que es esa tal muerte. Todos saben qué es la muerte. Y a esto es a lo que queríamos llegar.

—Lo sabemos sin saberlo.

—Mejor aún: eso es la verdadera ciencia. Ya veis cuánto y, por otro lado, qué poco pesan las palabras.

—¿Entonces la muerte es una palabra?

—Si lo preferís...

—¡Una palabra que no significa nada!

—Bien.

—La muerte, por ahora, sólo es algo que turba nuestra visión del universo...

—Magnífico.

—... Sin darnos nada a cambio.

—Exacto.

—¡Y déjese de enigmas!

—Pero la premisa es que eran enigmas. Enigma es la muerte para ellos; imaginaos para mí y para nosotros.

—Mirad, chicos, a lo mejor el viejo tiene razón y se entiende su postura o la postura a que nos invita.

—¿Razón? ¡Un cuerno!

—¡Eh! ¿Qué es eso de viejo y de cuerno? Hago un llamamiento a vuestra dignidad y compostura aunque os hayáis dignado darme la razón... Un enigma sobre el cual, seguro, se podría razonar e incluso presumir de desvelarlo.

—Pues razonemos.

—¡Eh, jovencitos! Oídmelo: a este paso corremos el riesgo de dar la vuelta al universo o de intentarlo. En cambio, debo recordaros que esta lección ya ha durado demasiado. Ya hemos llegado a un determinado punto. Otra vez será.

—¿Pero qué está diciendo? ¿Es que va a dejarnos así?

—Nada de otra vez será. Siga y no le eche más cuento.

—Suéltelo todo.

—¡Uuuh, uuuh!

—Avergonzaos. Si no hubiera otros motivos para interrumpir esta lección, el que ahora me dais es magnífico: esto no es una lección, esto es un mitin.

—¿Un mitin? ¿Qué es eso?

—Bueno, es algo de por allí abajo, algo muy importante para ellos, según parece.

—Pero díganos algo más. Bueno, le pedimos perdón, pero díganos alguna cosita

más.

—¿Del mitin o de la muerte?

—No se haga el gracioso: algo. Así podremos reflexionar sobre ello y la próxima vez estaremos mejor preparados.

—Ejem... ¿Y qué queréis saber?

—Por ejemplo, usted nos dijo que ellos, en un determinado punto mueren o algo así: ¿en qué punto?

—A plazo fijo, creo, o casi.

—¿A plazo fijo?

—Sí... Bueno, debéis saber que ellos han elaborado un segundo concepto que os resultará claro a la primera: el de vida. Elaborado por decirlo de alguna manera, y no les costó mucho esfuerzo porque realmente no se trata del mismo concepto vuelto del revés. Abreviando: llaman vida a lo que no es muerte. Ahora bien, ellos mueren después de un cierto trecho de vida que es más o menos igual para todos.

—¡Ésta sí que es buena! ¡Esto es todavía más absurdo! ¿Cómo se explica?

—Si, además, hay una explicación, vamos a ir demasiado lejos.

—¿Y qué significa un cierto trecho de vida? Un trecho de todos modos infinito: si no, de una parte —y excuse la expresión—, de otra; si no más allá de la muerte, más acá. O sea, igualmente infinito. O sea, que no es un trecho.

—Pues no. Comprendo lo que queréis decir, pero olvidáis que ellos son limitados en el tiempo y en el espacio, o se plantean como tales aislando un propio menos. En suma, no sólo llegan a su fin sino que comienzan. Y a este comienzo lo llaman nacimiento.

—¿Qué presupone un fin, una muerte?

—Sin duda: de la misma manera que el fin presupone un principio, la muerte presupone un nacimiento. ¿Pero adónde me estáis llevando? No nos emperremos en el antes y en el después; si no, volvemos a empezar.

—¿Qué son antes y después?

—Vamos, vamos, por favor.

—Pero, bueno, ¿se puede apreciar en su ser una especie de ritmo o de periodicidad?

—Sí, sabihondos, exacto, aunque no se pueda decir exactamente en su ser. Vida no se identifica y no se puede identificar con ser, siempre en su terminología. Dándole vuelta a la frase, no saben lo que eran más acá del nacimiento ni qué serán más allá de la muerte.

—¡No lo saben!

—No, ésta es la cuestión.

—¿Y cómo se las arreglan para ser, para... vivir? ¿Se dice así?

—También esto lo dejaremos para otra vez. Lo que puedo deciros es que ese ritmo intuido por vosotros se ejemplifica en la vida misma, si son ciertas las noticias.

—¿De qué modo se ejemplifica?

—Bueno, ellos tienen en su vida algo así como muchos pequeños o menores nacimientos y muertes, aparentes, claro, o doblemente aparentes. No sé... como pruebas de la muerte final y réplicas del nacimiento inicial. Y, yendo a los hechos, lo más gracioso es que nacen y mueren de esa manera exactamente el mismo número de veces, considerando que el primer nacimiento, para aclararnos, el verdadero, no está precedido de ninguna muerte visible y que la muerte última no va seguida de ningún nacimiento visible, por lo cual su vida es tan sólo a medias y exactamente a medias.

—No está claro. ¿Entonces se compone de nacimientos y muertes?

—No se compone, está marcada. O sea, al primer nacimiento le sigue un período de vida interrumpido muy pronto por una muerte, a la que sigue un período de muerte interrumpido a su vez por un nacimiento con su correspondiente período de vida, y así sucesivamente hasta la última muerte.

—Menos claro que nunca.

—Esperad. Estos períodos —y esto es lo inaudito— no sólo son iguales periódicamente, sino que también son iguales como valores o como valor; o sea, estos nacimientos y muertes menores tienen lugar, también en este caso, a plazo más o menos fijo.

—Por fin está claro, pero sólo lo que usted quiere decir... ¿O no? Otra cosa: ¿qué significa período de muerte?

—El trecho de tiempo —ya podemos llamarlo así— comprendido entre una muerte y un nacimiento de los menores.

—Muy listo el profesor: eso lo habíamos entendido más o menos. Le estamos preguntando otra cosa, es decir: si la muerte es un fin, sea el que sea, ¿cómo puede ser un período?

—Es que estoy hablando de apariencias, de muerte aparente.

—Pero, bueno, ¿ese trecho de tiempo es una laguna?

—Nada de eso: su existencia no cesa en estos períodos, al contrario, se vuelve más intensa por una parte, mientras que casi se apaga por otra. ¿Habéis comprendido?

—¡Oh, Señor! ¡Cuántas incongruencias en tan pocas palabras! Pero, evidentemente, su existencia no cesa ni siquiera después de la muerte mayor: y va una. Más bien cesa su vida, lo dijo usted, vida que, por otra parte y ni hecho aposta, sin embargo es existencia, si bien, o, mejor, en cuanto es parte de ella: y van dos. Y podríamos continuar. Pero la verdad es que usted debe haber elegido a propósito este término ambiguo o mediocre de existencia para salir del apuro. Reconózcalo.

—No pienso reconocerlo.

—¿No piensa?

—No reconozco nada. ¿Veis por qué cuando una lección se acaba no quiero añadir nada más? Con tipos como vosotros no hay manera: cada cosa, la mínima palabra, requiere explicaciones y precisiones agotadoras. ¡Basta!

—Callaos, que si no se va.

—Está bien. Cállese. Finjamos que nos hemos entendido y volvamos a la

cuestión. Entonces en ese período su... existencia se vuelve más intensa por una parte y casi se apaga por otro: pues bien, ¿por qué parte?

—Bueno... ¿Qué es lo que caracteriza la existencia según vosotros? ¿La existencia o el ser? (a ver si así os calláis de una vez).

—Sensaciones, imágenes, pensamientos.

—Hum... en ese caso no hay duda de que ellos existen o son más en esos períodos de muerte aparente que en aquellos de vida propiamente dicha.

—¿Por lo cual, aparte de algunas evidentes observaciones sobre su modo de expresarse, su analogía era errónea y convendrá invertir la serie que usted estableció hace un momento? Se comienza con una muerte y se acaba con una vida, según parece.

—(Estos diablos me están poniendo en un brete.) Pues invertidla, si os place; en el fondo da lo mismo. Pero no tenéis lo suficientemente en cuenta el hecho de que ellos tienen un cuerpo o lo son... En realidad no se sabe cuál es la solución. Esos períodos o estados alternos de muerte aparente y de vida...

—¿... Aparente?

—¡No me interrumpáis! Esos estados —que, entre paréntesis, ellos han llamado genérica y respectivamente sueño y vela— se copian recíprocamente y ya no hay manera de saber dónde está lo verdadero y lo falso.

—¿Verdadero y falso? ¿Y eso qué tiene que ver ahora?

—(No son nada tontos.) Bueno, no se sabe a qué atenerse y, a veces, uno piensa que aquella gente, según algunos de ellos mismos han pensado, está hecha como de sus mitades, de las que una sería el cuerpo y la otra...

—¿Y la otra, y la otra?

—¿Y yo qué sé? Evidentemente, lo que no es cuerpo y, es más, lo que en cierto modo se opone al cuerpo.

—No, profesor, esto no funciona. No llegamos a concebir dos naturalezas distintas coexistentes. Usted debe decirnos si son cuerpos o no lo son.

—Oídmeme, mis queridos jóvenes y petulantísimos amigos, no nos confundamos. Yo no voy más allá con mis nociones y de momento ni siquiera sé en qué términos plantear la cuestión... Hum... pero reflexionemos: ¿dentro de esos cuerpos no podría haber algo, como dentro de los cuerpos celestes, que tienen una corteza dura, hay fuego?

—¿Y entonces por qué ese algo interior no rompe su propia corteza, es decir, no hace que el cuerpo se vuelva inútil?

—Buena pregunta, sí señor: ¿y por qué —os pregunto yo ahora— el fuego interior de los cuerpos celestes no sale? Verdaderamente, no sé cómo se os ha pasado por la cabeza el que la libertad tienda a una mayor libertad y que, por ejemplo, el libre elemento que es el fuego deba forzosamente tender a no se sabe qué franquicia para manifestarse. En cambio, gradualmente vuelve a enclaustrarse, y la libertad, bien mirada, tiende más bien a la esclavitud. No es un valor, ni siquiera es una aspiración,

sencillamente es un falaz método nuestro y un falso presupuesto nuestro, debido, en suma, a nuestra miopía. Inspirándonos en los procesos parciales de liberación de energías o fuerzas de la naturaleza que cada día vemos y, analogizando, como es nuestro hábito, hemos llegado a convencernos de que la libertad es el fin y el bien supremo así como el mejor medio. Pero no vemos el fin último de todo ello, su destino extremo y, por qué no, benéfico. ¡Faltaría más! Si hay algo de lo que no se sabe qué hacer es precisamente la libertad: ni siquiera es una cosa, sino un soplo, una nada, que espera su calificación y su destino, que es, como ya he dicho, la esclavitud. La libertad no puede ser un fin; al menos, ¡pobres gentes y pobres épocas que se la propongan como tal! O, en palabras más pertinentes, también se podría decir que el principio regulador del universo no es un principio dilatativo, y perdonad tan fea palabra, sino un principio contractivo; no uno, perdonad otra vez, estrictivo, sino uno constrictivo... Pero, bueno chicos, ¿por qué me hacéis dar estas conferencias de escuela nocturna? Estamos divagando de una forma evidente (¡no es verdad!), justo ahora en que esta tranquila lección hace un buen rato que debería haber acabado. Volvamos a ellos, a los de allí abajo. No, no volvamos a nada. Adiós, hasta la próxima vez.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Así que de todos modos su vida está hecha de los dos, del sueño, como usted lo llama, y de la vela?

—Ya.

—¿Y luego mueren de verdad?

—¿De verdad? ¿Cómo de verdad?

—¿Cómo, cómo?

—No, esta vez no me pilláis: la continuación en el próximo episodio.

—Pero, al menos, ¿cómo se manifiesta esa muerte?

—¡Diablos! Cesan de ser lo que eran. Por ejemplo, dejan de moverse.

—¿Por qué? ¿Es que vivos se mueven?

—Ya lo creo. Para ellos el movimiento es uno de los presupuestos fundamentales de la vida. Y, desde su punto de vista, no andan muy equivocados. ¿Es que los cuerpos celestes se están quietos un momento?

—Se mueven. ¡Ésta sí que es buena!

—Sí, y siempre, por ejemplo y como simple ejemplo, pierden su cuerpo.

—¿Eh? ¿Cómo que por ejemplo y como simple ejemplo? ¿Y cómo «pierden su cuerpo»?

—Cu-cú, queridos amigos. No terminaríamos nunca.

—¿Qué lástima! Pues sigamos adelante. Así que mueren, ¿y luego qué ocurre?

—¿Qué ocurre? Nada.

—¿Conque no, eh? Donde una cosa acaba forzosamente comienza otra.

—Volved mañana.

—Venga, profesor, sea bueno, sólo un momento. Díganos alguna otra tontería.

—¿Tontería? ¡Eh!

—No, queremos decir nadería. Profesor, lo bueno acaba de empezar ahora. Hasta aquí no ha hecho otra cosa que exigir ingratos esfuerzos a nuestras mentes y ahora que, por fin, podría empezar a contarnos bien todo...

—Sed puntuales a la próxima lección.

—¡Qué rabia!

—¡Qué jóvenes tan estudiosos y concienzudos! No obstante, tampoco en esto hay que exagerar. Adiós.

—Sólo un momento. Una duda: ¿usted ha dicho que la vela y el sueño se copian recíprocamente?

—Sí, el uno o la una es la simulación del otro o de la otra.

—Pero...

—Comprendo que no lo entendáis y no sé responderos a ello. En sustancia, ¿queréis saber cuál de los dos prepondera en un orden ideal, si es que prepondera?

—Sí, sí.

—Bien: dejando a un lado que no lo sé, imagino que la vela simula más pálidamente el sueño de lo que el sueño simula la vela. Al menos, el sueño es autosuficiente y la vela no.

—¿Y qué debemos concluir de ello?

—No lo sé.

—¿Pero no se da usted cuenta de que un hecho así, si lo es, puede interpretarse de dos maneras?

—Me doy cuenta.

—De ello se puede deducir indiferentemente que lo que más importa es la vela, o el sueño.

—Elegid.

—Elegimos la segunda interpretación.

—Muy bien. Enhorabuena.

—¿Entonces su verdadera vida sería el sueño?

—Pensadlo así si os parece.

—¿Sueño en el que el cuerpo no tiene casi ningún papel?

—Eso parece o, ciertamente, tiene uno menor. (¡Ay! Si no tengo cuidado me obligan a responder de nuevo y, naturalmente, a discutir.)

—¿Por lo cual qué, quién o cuánto al final muere es este último?

—¿Qué demonios decís? ¿Qué clase de deducción es ésa?

—Pues díganos usted: si no tuvieran el cuerpo o no fueran cuerpos, ¿podrían morir?

—No creo.

—¿Ve usted cómo el cuerpo es la muerte?

—Yo no lo he dicho.

—¿Entonces ya no quiere ayudarnos más?

—Ahora no. Buenos días.

—¡No, no, espere! La explicación del estribo: una pequeña explicación de nada, nos bastan dos palabras.

—Que no sean tres...

—¿Por qué al hablar de todo esto, usted empezó usando los verbos en presente y en pasado a la vez y luego, en cambio, se limitó al presente?

—¡Hay que ver qué cosas se os ocurren! Bueno, me limité al presente por sencillez, pero verdaderamente... Sabéis cómo ocurrió, ¿no?

—No.

—Bueno... Los que fueron allá abajo nunca más volvieron. Al principio nos mandaron comunicados, aunque no lo bastante claros; luego, cesaron... Resumiendo: ni siquiera se sabe si esa gente, los indígenas, existe aún en aquellos lejanos mundos, o ya no se sabe.

—O sea, ¿si está muerta o se transformó en otra cosa?

—Eso es. Digámoslo así.

—¿Y cuándo fueron los nuestros allí?

—¡Quién lo sabe! Lo cierto es que la gran estrella de Poniente ha cortado más de cien mil veces el ecuador celeste.

—¡Oh, profesor! ¡Cuéntenos esa historia!

—Un par de ceros.

—¿Qué dice?

—Parece que era o que fuera una expresión elegante suya para decir que no.

—¡Oh! ¡Ah! ¿Se mantiene inflexible?

—Inflexible.

—¿Entonces esta lección se acabó?

—Se acabó, gracias a Dios.

—¿Entonces ésta es la famosa muerte?

—Ésta. ¿Pero qué? Yo he intentado animaros pero ahora me asaltan las dudas. Dios sabe qué es lo que habéis entendido. De todos modos, resumamos en pocas palabras lo dicho hasta aquí...

—No, deje que lo resumamos nosotros mismos. Así comprenderá lo que hemos comprendido.

—Daos prisa.

—Pues hemos comprendido que no hemos comprendido nada.

—¡Maravilloso! Es más de lo que me esperaba. Uno de sus sabios decía: «Sólo sé que no sé nada».

—No era nada estúpido, para ser alguien sujeto a la muerte.

—Se acabó el tiempo. ¿Habéis acabado?

—Mire usted, como última conclusión no se sabe qué es la muerte y, en consecuencia, no existe, y el fantástico concepto de muerte es lo más absurdo e

Pero aquí, de repente, sucedió algo que puso fin de verdad a la lección y no sólo a ella sino a todo el curso y a todo. El cielo, todo el cielo, se encendió como en una espantosa aurora boreal y, en menos tiempo del que se tarda en decirlo, todos aquellos drapeados, jirones, flecos, cortinas y espadas de luz adquirieron un violento y maligno color escarlata. El entero universo visible ardía y sangraba. En pocos instantes la temperatura aumentó en millones de grados. Un breve instante más y la tierra sidérea que daba asilo a los tenaces parlanchines estallaba... Ni siquiera se puede decir que fragorosamente porque ya no quedaba nadie que oyera tan descomunal trueno.

La cual catástrofe cósmica, he de confesarlo, tan extraña como providencialmente, coincidió con el aburrimiento ya intolerable por mi parte, el teleteletelegrafía. Y ahora me pregunto: ¿qué quiso hacer el Eterno? ¿Mostrar que la muerte no sólo se da sino que reina soberana hasta en aquellas remotas galaxias, o simplemente castigar la singular capciosidad de aquella buena gente?

¡Qué petulantes! No creo que se les pueda aplicar más que el adjetivo picaño de «chapuceros»^[8]. ¡Y qué necios! ¿Cómo es posible discutir tanto de cosas que todos saben? Y tan presuntuosos, y obsesionados por la especulación. Por lo que respecta a esto no se daban descanso, agarraban al vuelo una palabrita cualquiera y venga a manosearla como si fuera, con perdón, un pecho de mujer. Pero de verdad, ¿qué clase de especulación era aquélla? En lugar de bogar en el gran río, se tiraban a los arroyuelos y en ellos chapoteaban felizmente como borrachos sin preocuparse demasiado de los nexos, de las relaciones y de todo lo que hace gloriosa y triunfante nuestra propia especulación. Sí, sí, está bien... ¿Y el desgraciado (como yo) que estaba escuchando?

Verdad es que más vale ser respetuoso con ellos, y os explico el cómo y el porqué. En una cosa aquella gente tenía razón, sin nada que objetar. Haga lo que haga el Eterno, la muerte no se da y no se da. Por lo cual ellos todavía tienen una posibilidad de ser, aunque ahora vayan vagando; de modo que, y por eso mismo vagan, su espíritu o una parte de su espíritu podría haber entrado en el cuerpo de alguno de nosotros. Y cada cual, excepto precisamente los autores de ciencia ficción especulativa y de galaxiadas o galaxeidas, se tiene respeto a sí mismo.

VII. Las palabras y el escribir

DIÁLOGO DE LOS MÁXIMOS SISTEMAS

POR la mañana, al levantarse de la cama, aunque uno se asombre de verse todavía con vida, no se asombra uno menos por el hecho de que todo sea exactamente como lo dejó la noche antes. Fue mientras miraba entre las cortinas de la ventana estúpidamente absorto, cuando el amigo Y. se anunció con una serie de golpes apresurados en la puerta de mi habitación.

Lo conocía como hombre tímido y esquivo, entregado a extraños estudios realizados en soledad y en misterio, como ritos; por ello, me sorprendió comprobar que aquel día era presa de una gran agitación. Mientras me vestía y hablábamos de cosas indiferentes, pasó con extraordinaria rapidez por alternativas de profundo abatimiento y de alegría que me pareció ficticia y, resumiendo, no dejé de darme cuenta de que algo curioso o terrible debía haberle ocurrido. Cuando por fin estuve dispuesto a escucharlo, me contó un extraño cuento que, por comodidad, refiero en primera persona. Me advirtió que no debería interrumpirlo por extraño o inútil que me pareciese lo que iba a decir. Por lo demás, sería lo más breve posible. Asombrado y curioso, accedí.

—Debes saber —comenzó entonces Y.— que hace años me dediqué a una paciente y minuciosa destilación de los elementos constitutivos de la obra de arte. Por ese camino llegué a la conclusión precisa e incontrovertible de que el tener a disposición medios expresivos ricos y variados es, para un artista, condición nada favorable. Por ejemplo, en mi opinión, es mucho más preferible escribir en una lengua imperfectamente conocida en vez de hacerlo en una que nos sea plenamente familiar. Aun no queriendo seguir la vía no deseada y tortuosa que seguí entonces para llegar a un descubrimiento tan simple, ésta me sigue pareciendo hoy apoyada en algunas evidentes razones. Evidentemente, quien no conozca las palabras apropiadas para indicar objetos o sentimientos, se ve obligado a sustituirlas por perífrasis y, digamos, por imágenes; lo que gana el arte con ello no hace falta que te lo diga. Así, evitadas las palabras técnicas y los lugares comunes, ¿qué más se opone al nacimiento de una obra de arte?

Al llegar aquí, Y., probablemente satisfecho de su argumentación, se detuvo un momento contemplándome con los ojos entreabiertos, olvidando sus penas. Pero, al darse cuenta de mi aspecto, entre atontado e interrogativo, en seguida volvió a hablar, con un suspiro.

—Habiendo llegado a la conclusión que te he dicho, me topé, debo decirlo así, con un monstruo de capitán inglés (pronto comprenderás por qué le llamo monstruo). ¡Oh, Señor! ¿Por qué no me preservaste de esta desdicha? ¡He perdido mi paz para siempre! Era, inútil es decirlo, un hombre de aspecto flácido; comía en el mismo restaurante que yo y hacía gran alarde de sus innumerables aventuras ante un amplio círculo de secuaces que casi constantemente le rodeaban. Había estado no sé cuántos

años en Oriente y sabía un gran número de lenguas orientales (eso, al menos, decía). Pero se jactaba de conocer especialmente el persa y, a menudo, soltaba tres o cuatro sonidos extraños en las narices de un camarero que se ponía a parpadear atontado; aquello quería decir que le trajera un cuartillo de vino o un filete a la plancha. Como podrás comprender, odiaba a ese hombre y, sin embargo, consiguió pegar la hebra conmigo, y un mal día se ofreció a enseñarme el persa. Ansioso por experimentar en mí mismo la validez de mi teoría, acabé por aceptar. Mi idea, ya la habrás captado, era aprender aquella lengua imperfectamente: lo bastante como para expresarme, pero no tanto como para llamar siempre a las cosas por su nombre. Nuestras lecciones procedían regularmente... pero, ¿por qué no resisto la tentación de contarte todos los tristes detalles de esta historia?... y yo hice rápidos progresos en la nueva lengua. Según el capitán, las lenguas se deben aprender con la práctica; por ello, en todo ese tiempo nunca vi un texto persa (por otra parte, me habría sido difícil procurarme uno). En compensación, durante nuestros paseos con mi maestro no hablábamos más que en esa lengua y cuando, cansados, nos sentábamos en algún café, inmediatamente los folios en blanco ante nosotros se cubrían de extraños y mudos signos. Así pasó más de un año. En los últimos tiempos el capitán no se cansaba de alabarme por la facilidad con la que aprovechaba sus enseñanzas. Un día me anunció que pronto se marcharía, creo que a Escocia, adonde, en efecto, se fue y donde espero que haya encontrado justo galardón a sus fechorías. Desde entonces no he vuelto a verle —el amigo Y. volvió a callarse, como dominando su emoción. La angustia del recuerdo se le reflejaba en el rostro en una mueca dolorosa. Al final, se sobrepuso a sí mismo y continuó:

—Pero, mientras tanto, ya sabía lo bastante como para reanudar mi experimento. Y lo hice con todo el ardor posible. Me impuse no escribir más que en persa o, más bien, limité esta condición a los desahogos secretos de mi ánimo, ¡a mis poesías! Desde entonces hasta hace un mes no escribí ni una sola poesía en otra lengua que no fuera la persa. Afortunadamente, no soy un poeta muy fecundo y toda la producción de esa época se limita a tres breves composiciones que te enseñaré. En persa.

Veía que aquella idea de haber escrito en persa le resultaba intolerable a Y., pero aún no conseguía explicarme la razón.

—¡En persa! —repitió Y.—. Pero ha llegado el momento, pobre amigo, de explicarte qué lengua es la que el vil capitán había bautizado con el nombre de persa. Hace un mes repentinamente me vi presa del deseo de leer en su texto a un poeta persa que no conoces (al leer un poeta nunca se corre el peligro de aprender una lengua demasiado bien). Me preparé para la labor volviendo a repasar con atención los apuntes tomados del capitán y juzgué que podría arreglármelas bastante bien. Después de muchos esfuerzos, al fin conseguí el texto que deseaba. Recuerdo que me lo enviaron cuidadosamente envuelto en papel de seda. Tembloroso por este primer encuentro, me fui corriendo a casa, encendí mi pequeña estufa y un cigarrillo, ajusté la lámpara de modo que su luz diese de lleno en el precioso libro, me acomodé en el

sillón y desenvolví el paquete... Supuse que había algún error: ¡los signos que tenía ante mi vista no tenían nada en común con los que había aprendido del capitán y que tan bien conocía! Abrevio mi narración. No había ningún error. Aquél era un libro persa. Entonces puse mis esperanzas en que el capitán, aun habiendo olvidado los caracteres, sin embargo me hubiera enseñado aquella lengua, no importa que fuera con una grafía imaginaria: esta esperanza también quedó frustrada. Puse el mundo patas arriba, hojeé gramáticas y crestomatías persas, busqué y encontré dos auténticos persas y al final, al final... —aquí un sollozo interrumpió la conversación del pobre Y.—, al final la terrible verdad se me reveló en todo su horror: *¡el capitán no me había enseñado el persa!* Es inútil decirte que intenté averiguar ansiosamente si aquella lengua era, al menos, la yakuta o una lengua haina o la hotentote. Me puse en contacto con los más famosos lingüistas de Europa. Nada de nada: *¡una lengua semejante no existe y nunca existió!* En mi desesperación incluso le escribí al innoble capitán (que me había dejado su dirección «para lo que necesitara de él») y ésta es la respuesta que recibí ayer por la tarde. —Y. inclinó la cabeza abatido y me dio un folio manoseado en el que leí: «Querido Señor, he recibido la suya del... etc. Una lengua como ésa a la que usted se refiere nunca la he oído mencionar, a pesar de mi notable experiencia lingüística (—¡descarado! —comentó Y.). Las expresiones que me envía me son absolutamente desconocidas y me parecen, créame, un parto de su ardiente fantasía. En cuanto a los extraños signos transcritos por usted, se asemejan a caracteres hamáricos, por una parte, y a caracteres tibetanos, por otra. Pero tenga la seguridad de que no son ni los unos ni los otros. Acerca del episodio de nuestra simpática vida en común a... que alude, le responderé sinceramente. Es posible que al enseñarle el persa, no recordase bien, al cabo de tanto tiempo, alguna regla o alguna palabra, pero no veo en ello ningún motivo de alarma y no le faltará a usted el modo de rectificar lo que de inexacto pueda haberle eventualmente impartido (*sic*). Le ruego me dé noticias suyas... etc.».

—Ahora todo está claro —dijo Y. recuperándose—. No quiero suponer que el miserable quisiera simplemente burlarse de mí. Creo más bien que lo que me enseñó es lo que consideraba como auténtico persa, el suyo, por así decir, su persa personal. En resumen, un idioma tan deteriorado y desfigurado que ya no tiene nada que ver con la lengua inspiradora. También debo suponer que tal conocimiento no representaba en la gloriosa mente de ese desgraciado, no tan pequeña, una serie cualquiera de valores estables. El miserable, en el fluctuar de sus conocimientos y en la ilusión, acaso, de reconstruir un conocimiento perdido, se fue inventando el horrible idioma a medida que me lo enseñaba. Y, como a menudo sucede a estos tipos improvisadores, luego se olvidó por completo de su invento y se maravilla de ello de buena fe.

Tal diagnóstico fue pronunciado con perfecta frialdad. Pero inmediatamente después:

—¡Se olvidó por completo de él; ten presente esta circunstancia! ¿Querías la

realidad? ¡Pues toma realidad! —gritó. Y a modo de conclusión, volviendo momentáneamente hacia mí su enfado—: lo más triste —profirió con quejumbrosa voz— es que esta condenada lengua, o la que no sé cómo llamar, es bellísima, bellísima... y yo la amo mucho.

Sólo cuando lo vi más tranquilo creí oportuno hacer oír mi voz.

—Veamos, Y. —comencé—, lo que te ocurre es ciertamente desagradable; pero, en el fondo, además del trabajo desperdiciado, ¿qué tiene de grave?

—Así es como razonáis vosotros —respondió Y. con amargura—. ¿Entonces no has comprendido lo grave, lo terrible de la cuestión? ¿No comprendes cuál es la cuestión? ¿Y mis tres poesías? Tres poesías —añadió conmoviéndose— en las que había puesto lo mejor de mí. ¿Mis tres poesías qué poesías son? Escritas en una lengua inexistente es como si no estuvieran escritas en ninguna lengua. Dime. ¿Y mis tres poesías?

De improviso comprendí de qué se trataba y me di cuenta fulminantemente de toda la gravedad de la situación. Incliné la cabeza a mi vez:

—Es un problema estético espantosamente original —admití.

—¿Has dicho problema estético? Problema estético... Entonces... —estalló violentamente Y.

Aquéllos eran buenos tiempos. Por la noche nos reuníamos los coetáneos para leer a los grandes poetas y una poesía tenía inestimablemente más importancia para nosotros que la cuenta del dueño del restaurante, en continuo aumento y siempre al descubierto.

Al día siguiente Y. y yo llamábamos a la puerta de una redacción de la ciudad donde debíamos ver a un gran crítico, uno de esos hombres para los que la estética no tiene secretos y en cuyos hombros reposa en paz la vida espiritual de toda una nación, ya que conocía mejor que nadie planteamientos y problemas. Hubo que remover cielo y tierra para conseguir una cita con un hombre así, pero Y. esperaba con ello recuperar su salud interior.

El gran crítico salió a nuestro encuentro sonriendo amablemente. Aún era joven y constantemente tenía alrededor de los ojos vivos una arruga irónica. Al hablar jugueteaba, bien con un abrecartas de acero, bien con un libro encuadernado al que daba vueltas, de canto, en la mesa; a menudo olfateaba la cola de almendra en su recipiente bruñido y, más a menudo aún, con las largas y centelleantes tijeras de redacción trazaba grandes tajos en el aire y se atusaba el bigotito hacia abajo. Frecuentemente sonreía con contención, como a sí mismo, especialmente cuando juzgaba que su interlocutor creía haberle puesto en un apuro. Cuando se dirigía directamente a alguien su sonrisa era mundana y en todo hacía gala de una cortesía exagerada. Hablaba despacio, con gestos sobrios y palabras elegantes, debidamente entremezcladas con expresiones extranjeras.

Habiendo oído de qué se trataba, pareció quedarse perplejo un instante; luego, sonrió para sí y mirando como distraído un punto por encima de nuestras cabezas

dijo^[9]:

—Pero, señores, escribir en una lengua en vez de en otra es perfectamente indiferente (en *ferente* bajó los ojos y sonrió, mundano). No es necesario que una lengua esté muy difundida para que en ella puedan escribirse, digámoslo así, obras maestras. Esta vez, señor Y., se trata de una lengua hablada por sólo dos personas: eso es todo. *N’empeche* que vuestras poesías puedan ser, ejem, de primer orden.

—Un momento —dijo Y.—, ¿no os he dicho que el capitán inglés olvidó por completo su improvisación de hace dos años? Además, os confesaré que, tal como estaba la cuestión, yo mismo quemé todos mis viejos apuntes, que habrían podido reconstruir la gramática y el código de la lengua. Por tanto, hay que considerar esa lengua como inexistente, incluso para las dos únicas personas que la hablaron durante unos meses.

—No quería que creyerais —refutó el gran crítico— que los atributos de realidad de una lengua cualquiera no sean identificables al margen de la gramática, de la sintaxis y hasta del léxico. Considerad simplemente la vuestra como una lengua muerta, reconstruible sólo sobre la base de algunos documentos que han sobrevivido (es este caso, vuestras tres poesías) y el presunto problema quedará resuelto. Como sabéis —añadió conciliador—, de algunas lenguas no poseemos más que pocas inscripciones y, por tanto, un número de vocablos reducidísimo y, sin embargo, esas lenguas son algo muy real. Os diré más: incluso las lenguas que hay atestiguadas sólo por la existencia de indescifrables, digo in-des-ci-fra-bles, inscripciones, incluso esas lenguas tienen derecho a nuestro respeto estético —y, contento con su frase, se calló.

—Pero, señor —intervine yo entonces—, sin contar estas últimas lenguas, a propósito de las cuales me parece no haber captado muy bien vuestro concepto, y siguiendo con las otras de que hablabais, quiero decir que esas lenguas son reales en cuanto están presupuestas por las inscripciones, por escasas que sean, pero, atención, presupuestas en su conjunto lexical, gramatical y sintáctico. En suma, las inscripciones conservan la huella de una estructura, de una organización que las sitúa en el tiempo y en el espacio, sin lo cual no se distinguiría lo más mínimo de un signo cualquiera en una piedra cualquiera, precisamente como las indescifrables. Quiero decir que las inscripciones arrojan luz sobre un pasado ignoto, pero del que sacan su propio sentido. Ese pasado no es más que un conjunto de normas y de convenciones que atribuyen un determinado sentido a una expresión determinada. Ahora bien, ¿qué pasado queréis que tengan las tres poesías de que estamos hablando y de qué pueden sacar su sentido? Detrás de ellas no hay más que el capricho de un momento, capricho de ninguna manera codificado, disipado irremediabilmente, como surgió.

El gran crítico me miraba de soslayo, pensando todavía en aquel «atención», que le había molestado. En absoluto intimidado continué:

—Una lengua reconstruida a partir de escasas inscripciones no adquiere consistencia hasta que se demuestre que en aquellas inscripciones esa lengua, y sólo ésa, era reconstruible. Pero en nuestro caso, en un conjunto tan exiguo de datos, se

podrían construir o reconstruir no una sino cien lenguas. Tendríamos así el gracioso caso de una poesía que se puede considerar escrita indiferentemente en una lengua como en otras cien, por lo demás profundamente distintas entre sí y de la primera.

Y aquí me callé, bastante satisfecho de mi sofisma. Pero el gran crítico:

—Eso —respondió— sólo me parece un sofisma. En primer lugar, la filología procede precisamente por suposiciones en casos semejantes. Suposiciones, es cierto, que tienen todas las características de las certezas relativas pero, en todo caso, suposiciones: ni teóricamente una sola lengua es reconstruible a partir de algunas inscripciones. En segundo lugar, ¿qué os importa a vos que una poesía pueda resultar escrita en más de una lengua al mismo tiempo? Lo esencial es que está escrita en una, y poco interesa que esa una tenga algo en común con otra, o con otras cien, como decís vos, como para permitir intercambios como los que estáis imaginando. Por último, querría haceros observar, señor, desde un punto de vista, ejem, más elevado, que una obra de arte puede prescindir no sólo de las convenciones lingüísticas, sino de todas las convenciones y que ella misma es su única medida.

—Pues no —grité yo, al ver que se me escapaba lo mejor de mi argumentación—, no intentéis iros de rositas. Ahora el sofisma amenaza con estar de vuestro lado. Y, además, dais por bueno que se trata de una obra de arte. Pero esto es precisamente lo que hay que ver: ¿dónde están y cuáles son los criterios de que os valdréis para vuestra valoración? Dejadme por un instante seguir mi anterior razonamiento. Cuando decía que una inscripción tiene tras de sí y deja entender un conjunto de normas, también quería decir que ciertos datos suyos puramente lingüísticos son potenciales y están avalados por un conocimiento que no es estrictamente lingüístico: quiero decir, por un conocimiento étnico. Según lo que sabemos de un determinado pueblo, también podremos considerar normal que una determinada expresión no sólo vale en una determinada posición, sino que vale lo mismo en todas las posiciones análogas. Por ejemplo, el simple hecho de saber que un pueblo se sirvió de una determinada lengua en sus relaciones internas y externas es suficiente garantía del valor constante de una palabra. ¡Tras una inscripción, señor, también está todo un pueblo! Detrás de una de estas poesías no hay más que el capricho, ya lo hemos visto. Y entonces, ¿quién nos garantiza que la misma expresión no cambiará una y otra vez radicalmente de significado? En las distintas composiciones o en la misma. Ni una sola palabra, observadlo, se halla repetida dos veces en las tres poesías. Teóricamente, señor, se puede suponer que cada una de las tres poesías desarrolla una determinada imagen (o concepto, como queráis llamarlo), y contemporáneamente, visto que ninguna de las palabras tiene un sentido bien definido, cien, mil, un millón de otras imágenes (o conceptos).

—Permitidme, permitidme —gritó a su vez el gran crítico fuera de sí—, por eso mismo la cuestión está resuelta en seguida: las inscripciones, es decir, las poesías, pueden considerarse bilingües. El aquí presente señor Y. siempre puede comunicarnos qué quiso decir y traducirlas. Como veis, vuestra objeción no se tiene

de pie. Y me miró triunfante, pero yo no bajé la guardia.

—Olvidáis, señor, que una poesía no es sólo imagen (o concepto), sino que está constituida por una imagen (o por un concepto) y algo más. Al juzgar las poesías de mi amigo de acuerdo con la traducción que nos haga, os hallaréis en la posición del que juzga a un poeta extranjero a través de la traducción de sus obras. Convendréis en que ello no es honesto ni honorable. Además, en rigor, nuestro amigo no puede saber qué es lo que quiso decir —Y. me miró mal—, ya que él concibió directamente sus composiciones en la lengua de que estamos hablando. De ello se deduce que la suya no sería más que una versión comparable a la que podríamos hacer vos o yo, si fuera el caso, y por ello de naturaleza incompleta y falaz. También podría ser totalmente arbitraria y no tener nada en común con el texto y, en suma, ser una falsa interpretación. Finalmente, no necesito recordaros, señor, que, de modo más general, una obra de arte es, por necesidad, una realización relativa a determinadas convenciones y, como ellas, opinable. Un resultado no es, por su naturaleza, opinable más que de acuerdo con los medios empleados. Aparte de Dios, no existen resultados absolutos y el concepto mismo de resultado es un concepto relativo. Los resultados se mueven a lo largo de una escala ideal infinita, aun dentro del ámbito de un único valor moral. Pero no divaguemos. Pues bien, ahora, señor, ¿cuáles son los criterios que vais a adoptar para vuestra valoración?

Se había hecho un silencio de tumba en el estudio del gran crítico. Éste, con la mirada perdida en el vacío, fingió no haber oído mi pregunta. Hizo como que se recuperaba y para ganar tiempo, le dijo a Y. con su más bella sonrisa.

—Pero, mientras tanto, señor, ¿por qué no nos hacéis oír esas famosas poesías vuestras que están provocando «una guerra de ingenios tan graciosa»?

—Sólo traje una conmigo —titubeó Y. Animado por un gesto del gran crítico, se sacó del bolsillo algunos folios cubiertos de extraños y menudos caracteres, hechos a base de cortes y de comas, y leyó con voz trémula:

*Aga magéra difúra naturt gua mesciún
Sánit guggérnis soe-wáli trussán garigúr
Gùnga bandúra kuttávol jerís-ni gillára.
Lávi girréscen suttérer lunabinitúr Guesc ittanóben katír ma ernáuba
gadún
Vára jesckílla sittáranar gund misagúr,
Táher chibíll garanóbeven líxta mahára
Gaj musasciár guen divrés kôes jenabinitúr
Sòe quadrapútmijen lòeb sierrakár masasciúsc
Sámm-jab dovár-jab miguélcia gassúta mihúsc
Sciú munu lússut junáscru gurúlka varúsc.*

(según la transcripción que me facilitó Y.).

En el gran silencio que siguió el gran crítico se atusaba los bigotes con la punta de las tijeras esperando, mientras Y. lo miraba expectante. Éste prorrumpió al fin:

—¡Oíd estas *u* de los últimos versos, oíd estas rimas en *usc*! Y bien, ¿qué os parece?

El pobrecillo había olvidado que era necesaria alguna explicación.

—Pues sí, pues sí, *pas mal*, nada *pas mal* —dijo el gran crítico—. ¿Y queréis ser tan amable de traducirlas?

Y., improvisando sobre el texto, tradujo:

*Hasta la cara cansada lloraba felicidad
Mientras la mujer me contaba su vida
Y me afirmaba su afecto fraternal.
Y los pinos y los alerces del paseo graciosamente curvados
Sobre el fondo del crepúsculo rosa-cálido.
Y de un chaletito que enarbolaba la bandera nacional,
Parecían el rostro surcado de una mujer que no se había dado cuenta
De que tenía la nariz brillante. Y ese brillante serpenteo
Para mí durante mucho tiempo burlón y punzante,
Oí saltar y contorsionarse como un pececillo payaso
En el fondo de las tinieblas de mi alma.*

—¡Bravo! De verdad, muy bien —el gran crítico se deshacía en alabanzas—. Ahora entiendo el porqué de todas esas *u* de los últimos versos. ¡Bravo, bravo! Es algo lógico y, por suerte, en absoluto programático.

Cumplidas estas formalidades, se dirigió a mí:

—Como veis, vuestras sospechas eran infundadas y —sonrió— temerarias. ¿Habéis visto lo de prisa que ha traducido?

—¡Qué va! —se lamentó Y.—. Esa traducción libre no refleja ni de lejos el original. Traducida, la poesía es irreconocible y lo pierde todo; así carece de todo sentido.

—Como veis —dije yo a mi vez—, eso significa que el problema sigue sobre la mesa sin resolver. Hace poco, señor, me tomé la libertad de preguntaros qué criterios adoptaríais. Me permito confirmar mi pregunta.

El gran crítico no tenía escapatoria y tuvo que aceptar proseguir la discusión, y lo hizo esquivando de nuevo las dificultades.

—Verdaderamente —comenzó— yo, como justamente habéis dejado en claro, no soy competente para juzgar estas poesías, pero ni tan siquiera pienso en los criterios que debería adoptar. El único competente para juzgarlas es su propio autor, como el único que conoce, bien o mal, esa lengua.

—Si no me equivoco —le interrumpí— ya había previsto esta respuesta. Ni siquiera el autor porque como ya os he dicho...

Pero Y., que hasta ese momento había callado (pero más de una vez me había parecido que tenía el aire del que trama algo) prefirió tomárselo de otra manera:

—¿Queréis decir que una obra de arte puede serlo aunque sólo haya una persona en el mundo competente para juzgarla, y precisamente su autor?

—Exacto.

—Eso significa que de ahora en adelante al escribir poesía se podrá partir del sonido en vez de la idea —Y. decía esas cosas y había que compadecerlo—. ¿Juntar palabras bellas y sonoras o sugestivas y oscuras y luego atribuirles un significado o sólo ver qué ha salido de todo ello?

—Perdonad, no veo bien la relación...

—Está claro. Nadie prohíbe disponer según un cierto ritmo los primeros sonidos que pasan por los oídos y atribuirles luego un sentido bellísimo. Haciéndolo así, se creará una nueva lengua, poco importa que sea incompleta y limitada a unas pocas frases (las de la composición), ya que siempre habrá quien la sepa: un mismo creador, y siempre habrá quien sea competente para juzgar la composición: su propio autor.

—Veamos, no llevéis las cosas a sus últimas consecuencias. Estoy totalmente de acuerdo al menos con la primera parte de vuestro razonamiento, aunque no me haya parecido demasiado, si me permite, a propósito; pero con la segunda, vamos... no os *emballez* en una peligrosa *Weltanschauung*, no os enfrentéis a azarosos *topics*. Personalmente prefiero los (o las) *commonplaces*... —el gran crítico se había superado a sí mismo.

Pero Y.:

—No me interesa —respondió—, perdonadme, que mi razonamiento os parezca fuera de lugar. Ahora me apremia determinar otra cosa. Pero, vos lo habéis dicho, ¿estáis de acuerdo con la primera parte?

—Claro —respondió el gran crítico—: sobre lo que ocurre en las más secretas reconditeces de un alma de artista no debemos posar nuestra mirada profana. Claro: un artista es libre de juntar sus palabras aun antes de atribuirles un sentido, libre incluso de esperar de esas palabras, o de una sola palabra, el significado y el sentido de su composición, con tal de que ésta sea... arte. Eso es lo que importa. Por otra parte, no querría olvidar que ese significado y ese sentido no son en absoluto indispensables. Una poesía, señores, también puede no tener ningún sentido. Repito: sólo debe ser una obra de arte.

—Entonces —insistió Y.— una obra de arte también puede no tener sentido común; puede estar hecha sólo de sugerencias musicales y sugerir a cien mil lectores cien mil cosas diferentes. En suma. ¿Puede no tener ningún significado?

—Las mil veces es así, señor.

—¿Entonces por qué demonios no queréis reconocer que si esos sonidos se toman de una lengua inexistente lo que de ello resulte tiene derecho igualmente al nombre de obra de arte?

El gran crítico miró furtivamente el reloj y, juzgando tal vez que la entrevista ya

había durado bastante, pronunció:

—Pues bien, si os empeñáis en ello, lo reconozco.

—¡Vaya por Dios, esto sí que es hablar! —sonrió Y. Pero me parece que su sonrisa tenía algo de diabólico. En efecto, añadió en un imprevisto golpe de escena:

—Pues bien, renuncio al significado de estas poesías y os las traeré pasadas a limpio y con su correspondiente transcripción para que las juzguéis prescindiendo de su significado.

—Claro, claro... —balbuceó el gran crítico, pillado por sorpresa—, claro que sí, pero... ¿Pero por qué queréis renunciar a su significado? Pensad que si no lo hicieseis, os sería mucho más fácil la vía de la gloria ya que no deberíais dar cuentas de ello más que al único ser capaz de juzgaros, de apreciaros y de glorificaros, es decir, a vos mismo. Creedme, es mejor tener que vérselas con uno solo que con demasiados. Creedme... No temáis; en el caso de que llegaseis a creeros un gran poeta, como os lo deseo, vuestra gloria sería igualmente plena y completa y en nada inferior a la de Shakespeare. En ese caso seréis glorificado por todos aquellos que entiendan vuestra lengua poética, que, casualmente, serán uno solo; pero no importa: la gloria no es una cuestión de cantidad sino de calidad...

El gran crítico bromeaba agudamente pero se veía que sudaba frío.

—Bien, me rindo a vuestras razones —dijo, por fin, Y., y de nuevo le vi reírse para sí—. ¿Pero me garantizáis que en el primer punto estáis totalmente de acuerdo conmigo?

—Sí, sí, totalmente, ¡qué demonios!

El gran crítico miró su reloj, esta vez ostentadamente, se levantó y dijo:

—Lamentablemente mis deberes oficiales me reclaman en otra parte. Para concluir con el problema que os trajo a mí, diré que a lo largo de nuestra entrevista, hemos llegado al acuerdo de que su mismo autor, el señor Y., es el único juez competente de las tres poesías en cuestión. Al cual señor Y. le deseo de todo corazón que goce en paz de su gloria indiscutida y no enturbiada por envidia o malevolencia.

Había recuperado todo su aplomo a toro pasado. Al acompañarnos a la puerta, familiarmente nos daba palmaditas en los hombros.

—¿Me permitís venir a veros alguna vez? —le preguntó Y.

—Pues claro, cuando lo deseéis.

Yo no me había quedado nada satisfecho y antes de salir intenté continuar:

—Pero el arte...

—El arte —interrumpió el gran crítico amablemente impaciente—; todos saben qué es el arte.

La continuación de esta historia es demasiado triste para que la cuente con todo detalle. Al lector bástele con saber que después de aquella visita parece que el cerebro del amigo Y. empezó a perder algún tornillo. Ha pasado mucho tiempo pero él se obstina en llevar por las redacciones extrañas poesías sin pies ni cabeza, pretendiendo

su publicación y cobrar por ellas. Todos le conocen ya y sin más ceremonias lo ponen en la puerta.

Ya no ha vuelto a visitar al gran crítico desde el día en que ese personaje se vio obligado, para liberarse de su atosigamiento, a hacerle bajar rodando las escaleras, o poco menos.

LA DIOSA CIEGA Y VIDENTE

UN día la poesía llegará a su fin por la misma razón por la que el juego del ajedrez está destinado fatalmente a agotarse, y eso porque las posibles combinaciones de frases, palabras y sílabas son siempre limitadas en número, aunque éste sea muy grande (por lo demás, el razonamiento podría extenderse a las restantes bellas artes y a otras muchas bellas cosas). Tal vez un matemático sería capaz de calcular cuántas poesías en total se pueden componer en las distintas lenguas del mundo; una vez compuestas, aunque sea dentro de cientos de miles de años, forzosamente habría que comenzar de nuevo y, en suma, queriéndolo o no, habría que reproducir anteriores poesías o combinaciones, que es como decir copiar tal cual la obra de los propios predecesores. (Por eso es inútil que algunos se empeñen tanto: la poesía ya se encarga ella sola de morir.)

Así, correctamente o no, pensaba el poeta Ernesto. Pero fueron precisamente estas amargas consideraciones estadísticas las que le sugirieron una idea que, de momento y a falta o a la espera de algo mejor, le había parecido buena. Resumiendo: el poeta Ernesto solía componer sus poemas extrayendo a suerte las palabras; extrayéndolas precisa y materialmente a suerte de un gran bombo con manivela que se había hecho construir a propósito, semejante a los que se usan en las loterías o a aquellos cilindros en los que se tostaba el café en tiempos no sospechados o incluso a uno de esos tornos para cerner harina de tan feliz memoria. Allí, escritas en fichas, estaban no todas, oh, Dios, las palabras de la lengua sino un importante número de palabras poéticas y preñadas cuidadosamente elegidas con anterioridad y, también en este caso, según criterios estadísticos, o sea, según su frecuencia en las obras de los mayores poetas. Y a los partos del bombo, Ernesto, por supuesto, les daba luego a su modo un retoque, introduciendo conjunciones, suturas, cambiando en su caso un género, una persona, una forma verbal; en dos palabras, esos retoques que parecían indispensables o que le parecían más oportunos (operación, al fin y al cabo, creativa). Pues, en última instancia, Ernesto era un poeta clasicista: a lo mejor admitía una imagen audaz y peregrina pero quería que un poema tuviera en todo caso un sentido común. Si, por ejemplo, del bombo salían las palabras *Ilumina*, *Azul* y *Eternidad*, que por sí solas, en ese orden, no habrían significado nada, él podía sacar un verso de ellas como *Ilumina* (impers. o pres. indic.) *la azul eternidad*, o también *Ilumino la azul eternidad* o, por último, *Me ilumino de azul eternidad*. Si las palabras eran *Duerme*, *Luz* y *Ojos*: *Duerme la luz de tus ojos*, o incluso *Duermo* (Yo duermo, trans.) *la luz de tus ojos* (*Tus* porque el poeta siempre se dirige a alguna mujer). Y así.

Ahora bien, un buen día sucedió que Ernesto extrajo del bombo las siguientes palabras y en el siguiente orden:

- 1) Siempre
- 2) Caro

3) Yermo

4) Alcor.

Y aquí nuestro poeta se detuvo pareciéndole que cuatro palabras eran más que suficientes para el verso inicial; ahora se trataba de juntarlas. Pues bien, las dos primeras se unían por sí solas. *Siempre caro*, no dejaba lugar a la perplejidad. Y lo mismo las otras dos: *Yermo alcor*. Pero, ¿y la relación entre las dos parejas? Veamos: *Siempre caro es el yermo alcor* o, para lograr mayor elegancia, sustituyendo la cópula por una coma, *Siempre caro, el yermo alcor...* ¡Demonios! ¡Sonaba a algo así como Siempre caro, Señor Brambilla! No, se necesitaba por lo menos un pasado: *Siempre caro fue el yermo alcor*. Eso ya estaba mejor, pero no por eso quedaba bien. Para empezar: ¿caro a quién? Bueno, sobre ese punto no hay discusión: a mí. El poeta refiere todo a sí mismo. Entonces: *Siempre caro a mí* (mejor, *me*) *fue el yermo alcor...* No, la poesía prometía resultar exquisitamente lírica y un ritmo de tambor como el de *Deténte en la árida orilla* no quedaba nada bien. Y luego, tal vez el artículo determinado exigiría a continuación un del cual o en el cual u otra especificación igualmente incómoda en verso. ¿Y cambiar el artículo y decir *Un*? ¡Ay! Tendríamos dos *u* demasiado próximas: *Siempre caro me fue un yermo alcor*, ¡horror! En cambio y a fin de cuentas, ¿por qué no concretar más la frase y decir *Éste*? Además, resultaría un bellissimo endecasílabo. Sí, eso es: *Siempre caro me fue este yermo alcor*. ¡Por fin lo tenía! Satisfecho, Ernesto se dispuso a extraer las palabras siguientes. La verdad es que le pareció que aquel verso recién compuesto sonaba a algo conocido, pero en el calor de la creación no le prestó mayor atención. Ahora el bombo dio a luz estas otras palabras:

1) Seto

2) Tanto

3) Parte

4) Último

Ernesto volvió a quedarse pensativo. Evidentemente, en este caso el problema no era tan sencillo: parecía que las palabras no se podían emparejar. Se podía pensar en una *Última parte*, pero, ¿cómo introducirla con aquel *Seto* y aquel vulgar adverbio *Tanto* que la precedían? Dadas cuatro palabras, está claro que de ellas siempre se puede sacar un verso, pero el caso es que Ernesto ya casi le había tomado gusto a su poema, que, no sin razón, creía haber empezado magistralmente y por nada del mundo habría querido seguirlo al azar, chatamente, y ni tan siquiera cambiar de metro. Para lo cual... Sopesó las palabras una a una y se dio cuenta de que si la primera y la cuarta eran, por así decir, incontrovertibles, la segunda y la tercera tenían, en cambio, una doble interpretación. *Tanto* podía ser adverbio, pero también podía ser adjetivo (según un uso elegante y muy poético), y *Parte*, nombre o (mejor) forma verbal. Pero aun admitiéndolo, el verso, bello verso armónico que Ernesto soñaba, en estrecha relación lógica, ideal y musical con el primero no salía. Y podemos prescindir de sus varias tentativas. No quedaba más que recurrir a un

sistema combinatorio, a veces adoptado por nuestro poeta. Vamos allá: tomando, por las buenas razones ya señaladas, *Tanto* como adjetivo, no podía referirse más que a *Seto* o a *Parte*, al ser *Ultimo*, sin posibilidad, un adjetivo por su propia naturaleza (realmente sin posibilidad de duda, no, pero su sustantivación o absolutización parecía sumamente desaconsejable). Bueno: *Tanto seto* era claramente descartable; en todo caso quedaba *Tanta parte*, expresión más que respetable que había que tener en reserva siempre que, por otro lado, *Parte* se tomase como nombre. Pero *Parte*, considerado como nombre, era, *a priori*, mucho más vulgar que *Parte* verbo. ¿Qué hacer? Bueno, mientras tanto, se podía considerar *Parte* como verbo sin excluir definitivamente el *Parte* nombre, así, a título de experimento. Pero *Parte* verbo admitía a su vez dos significados, el normal y el otro más raro... Por más que se empeñase por este camino no conseguiría nada. En realidad, volviendo a empezar desde el principio, si *Tanta parte*, ¿tanta parte de qué? ¿Del seto? ¿Del último seto? La cosa no iba bien y necesariamente se caía en lo prosaico. Sí, de otro modo, *Parte* verbo, y descartando su primer significado (pues ni los setos ni los tantos ni los últimos parten), ¿qué es lo que habría tenido que partir, o sea dividir, el seto (no había otro sujeto posible)? ¿El tanto o, tal vez, el último? No, faltaba el complemento directo. ¿Entonces? Llegado a este punto, a Ernesto se le pasó por la cabeza que el seto habría podido partir el último o un último algo. Dicho de otra manera, que todavía se podía extraer otra palabra y a ver qué pasaba; a lo mejor era un nombre que se podía unir al adjetivo en cuestión. Sí, pero en tal caso, las palabras tal vez fueran demasiadas para un solo verso. De nuevo, ¿qué hacer? Vamos, reflexionando se llega a todo. A lo mejor la solución era sencilla: ¿por qué no hacerlo al revés y en lugar de llamar una nueva palabra a este verso no mandar una de estas palabras al próximo? Tres palabras bastan para componer un endecasílabo, incluso una sola puede ser suficiente. ¿Y por qué no extraer otras cuatro palabras y hacer dos versos con las ocho? No, señores: tal vez volverían a embrollarse desde el principio y, además, combinar ocho palabras es más difícil que combinar cuatro, mejor dicho, tres. Sí, eso es lo que había que hacer: componer el verso sin tener en cuenta la cuarta palabra. Manos a la obra: aquí, obviamente, *Parte* no podía tener valor verbal y todo quedaba notablemente simplificado. Volviendo al principio de la poesía, la cosa quedaba así: *Siempre caro me fue este yermo alcor* y luego *Seto, Tanto Parte* (también podemos decir *Tanta parte*). ¡Oh, oh! La cosa resultaba ser un juego de niños; el verso salía solo: *Este yermo alcor* en el primer verso, entonces *Este seto*. ¿Unidos por qué? ¡Caray!, por la más sencilla de las conjunciones, y sale *Y este seto*. Luego tenemos *Tanta parte*; ya veremos a su debido tiempo. Pero, de momento, hay que terminar el verso y, considerando que *Tanta parte* debe ser introducido por una preposición (no sé cómo, si no), la única posibilidad es un relativo, un *Que*, que una los dos miembros. Entonces, más o menos: *Y este seto que* con (o *De* o..., no hay mucho donde elegir; se necesita un monosílabo que empiece por consonante: el siguiente verso diría así) *tanta parte*... ¡El segundo verso del poema estaba

virtualmente hecho! Cada vez más satisfecho de sí y cada vez más excitado, Ernesto dio otra vuelta a la manivela y extrajo:

- 1) Horizonte
- 2) Mirada
- 3) Excluye

Y aquí se quedó inmóvil porque había alcanzado su dosis áurea de cuatro palabras (contando *Último*, la de reserva). Pero se quedó inmóvil, sobre todo, porque se había quedado impresionado. Sí, impresionado de estupor, de alegre maravilla, de arrebató, de algo muy semejante, en última instancia, o al menos equivalente, a la inspiración. Dado el precedente relativo, las cuatro palabras se componían por su propia virtud y casi a pesar suyo en una redacción no sólo perfectamente coherente en sí misma, no sólo indiscutiblemente ligada a los dos primeros versos sino (lo más importante) maravillosamente tersa y musical: *Del último horizonte la mirada excluye*, que todavía no era un verso endecasílabo pero que podía serlo con un retoquito de nada, de estudiante de bachillerato: bastaba con cambiar ese *La mirada* por *La vista*, por lo demás, mucho más poético para el caso. En el colmo del júbilo Ernesto volvió a leer: *Siempre caro me fue este yermo alcor / Y este seto que de tanta parte / Del último horizonte la vista excluye*^[10].

Volvió a leer e inmediatamente, sin dormirse en los laureles, volvió a la tarea. Pero nosotros, para no aburrir al lector, lo dejaremos con su alegría (¡ay, cuán efímera!) y no daremos cuenta detallada de sus ulteriores operaciones, de sus alquimias ni de sus agotadoras, aunque victoriosas tentativas, que poco a poco lo acercaban a la perfección tanto de cada uno de los versos como de todo el poema como idea, como imagen y como sinfonía. Hasta que desembocó triunfalmente en el verso final de la composición: *Y naufragar me es dulce en este mar*.

Resumiendo: casi a la fuerza, nuestro poeta había compuesto... «El Infinito».

¡Ah! Pero a través o sobre aquel estado de gracia, aquella levedad, felicidad, concordia e ineluctabilidad que todo verdadero artista conoce al menos una vez en su vida, había pasado una sombra que, a medida que el poema avanzaba, parecía espesarse cada vez más; una sombra, una oscura y fría sensación de malestar. Pero, ¿cómo habría podido Ernesto detenerse y dar cuerpo a las sombras o éstas mezclar los fulgores y el hielo con la llama? Ahora que el viento de la fantasía y el ardor de la visión amainaban, veía muy bien de dónde venían las sombras y el frío que su misma inspiración no había ahuyentado. Con su trabajo tenaz, con su tormento, con su sangre, Ernesto no había hecho nada. ¡Otro había ya escrito antes su (de Ernesto) más bello poema! Otro: un condesito, un jorobadito de Recanati, y él mismo había hecho menos que nada, o, si se prefiere, había hecho demasiado. Allí donde todo poeta, al releer con la mente fría su propia composición lamenta en el fondo de su corazón su imperfección, él tenía que lamentar su excelsitud. ¡Dios mío! ¡Ojalá hubiera sido menos bello su (de Ernesto) poema con tal de que no fuera el suyo (del jorobadito)!...

Pero no era cosa de andarse con sutilezas; de un modo u otro el hecho no cambiaba. Pero, ¿cómo era posible? ¿Cómo era posible, en particular, que la vulgar ley según la cual lo demasiado es enemigo de lo bueno hallase aplicación incluso en las etéreas esferas de la poesía y que lo demasiado desembocase aquí en la nada? ¿Y ahora? ¿Debería renunciar a la orgullosa, a la embriagadora paternidad sólo porque otro, por sorpresa, subrepticamente, lo había compuesto antes que él? No, el poema era fruto de sus entrañas, era suyo y de nadie más, como bastaría para demostrarlo el modo de componerlo. Ya; tampoco podía tratarse de reminiscencias inconscientes; la suerte había decidido implacablemente, y la suerte, como todos saben, es personal. Vayamos despacio: para ser justos, el poema era, en cierta manera, también del jorobadito. ¿Entonces cómo estaban las cosas? Elucubraciones inútiles, se dijo Ernesto, que sólo servían para confundir las ideas, y que ya se las habían confundido. Sin embargo, el problema práctico, ése al menos, permanecía: ¿cómo convencer a la gente de que el poema era suyo, aun habiendo sido compuesto anteriormente al azar por otro? ¿Cómo llevarse su parte de gloria? Y el problema práctico, una vez más, implicaba inevitablemente la solución del problema teórico o, al menos, su correcto planteamiento. Forzosamente había que intentar comprender algo de este maldito embrollo aunque no fuera más que para saber a qué atenerse. Su situación era la más absurda y espantosa en que un poeta pudiera encontrarse; una situación inédita, por así decir. Pues bien, por lo menos había que mirarla a la cara, medirla en todo su horror, y si él no tenía el suficiente ánimo o juicio y si el pánico le ofuscaba la mente, quizá alguien podría ayudarlo. Alguien... ¿Quién?

El amigo al que Ernesto se dirigió en primer lugar era crítico de profesión y, en consecuencia, era un hombre bastante tétrico. Por ejemplo, por natural afonía o para dar mayor gravedad a sus palabras, hablaba en voz tan baja y sorda que era difícil entenderlo. Es verdad que se las arreglaba con el índice de la derecha que, desde las manos unidas sobre la mesa, ahora estiraba a modo de miembro viril, ahora movía en círculo vagamente (es decir, sin relación aparente con sus palabras) a modo de florete. Además, solía interrumpir sus palabras con largas, atónitas y extraviadas miradas al vacío, como animal después de haber comido, o a su interlocutor, como si esperase de él alguna ayuda o lo invitase a apiadarse de su suerte de crítico y de hombre (era de aquellos que hacen flamear al viento la bandera de la humanidad y la siguen cantando melancólicos estribillos). Con todas esas bellas cualidades, indicios sin duda de mente profunda, éste, enterado del problema, no pudo hacer otra cosa que declararse incompetente, pero después de algunas no inútiles precisiones que intentaremos, lo mejor que podamos, hacer inteligibles.

—Bien, bien —dijo—. En primer lugar, aquí es necesario distinguir entre el «cuerno pistola» y el «cuerno evangelio» (—evidentemente, el crítico citaba a alguien, tal vez a Belli—), o sea, lo que te afecta a ti de lo que afecta a los demás. En primer lugar, ¿no te sentirás tal vez un poco mortificado por el modo empleado por ti

en la composición de tu poema, en suma, por el hecho de haber extraído a suerte las palabras, como si eso debiera colocarte en situación de inferioridad con respecto a tu predecesor?

—Pues sí, confieso que...

—¿Lo ves, lo ves? Pues te equivocas de medio a medio. Cada cual puede componer sus propios poemas o sus propios cuadros o sus propias músicas como le plazca. Un cierto pintor miraba el paisaje que iba a pintar a través de un trozo de botella, otro copiaba sus composiciones de las viejas cajas de cerillas o sacaba de ellas su inspiración, y ambos actuaban legítimamente. Por lo demás, sin hablar de tu trabajo de adaptación, ¿quién sabe si Leopardi no compuso también sus poemas sacando a suerte las palabras? Lo que cuenta es el resultado.

—Pero como aquí se trata precisamente del resultado... —objetó Ernesto.

—Pasemos al segundo «cuerno» —prosiguió el crítico ignorando la interrupción — ya que, si he entendido bien, a ti no te preocupa tanto el problema absoluto como un mísero y relativísimo problema de reconocimiento y, por otra parte, y, a bote pronto, francamente no podría decirte nada más. Entonces, y para poner en seguida el dedo en la llaga: ¿tú afirmas haber compuesto tu poema en estado de inconsciencia... Bueno, sin darte cuenta de que en realidad estabas componiendo «El Infinito» del señor Giacomo Leopardi, sin que de ninguna manera se te pasase por las mientes y habiendo perdido totalmente la memoria de él?

—Ya.

—Sea, pero ¿quién se lo va a creer? Es más: incluso si consiguieras demostrar que nunca leíste «El Infinito» y que nunca oíste hablar de él, seguirías en el mismo punto porque, «El Infinito», como suele decirse, está en el aire y hasta es patrimonio inconsciente de cada uno de nosotros.

—¿Y entonces?

—Entonces nada. Por este camino no podrás reivindicar tu gloria, merecida, por supuesto. ¿Por cuál entonces? Lo malo es que no sé decírtelo. Y no sé decírtelo por la sencilla razón de que no sé y no puedo saber cómo están las cosas exactamente, qué relación hay entre la primera composición y la segunda o según qué ley o qué mecanismo ocurrió lo que ocurrió; no es asunto mío. ¡Hay que ver claro, *avant tout et toujours*, hay que ver claro, pobre amigo mío! Pero yo no te puedo ayudar... Escucha: me parece que sólo dos personas, dos tipos de personas, podrían, tal vez, iluminarte de alguna manera: o una mujer enamorada o un astrónomo, yo que sé, o un matemático, o los dos convergentemente (je, je, perdona el adverbio). Pero si fuera la mujer déjala para el final: una mujer siempre es una mujer.

Y con este buen consejo (por otra parte menos extraño de lo que pueda parecer) el crítico volvió a enfrascarse en sus arduos textos.

Por el contrario, el matemático era, imprevisiblemente, un hombre regordete y sobremanera alegre, incluso ridículo con su risa con todos los dientes (cariados) y a

fuerza de jovialidad. En su estudio, a sus espaldas, tenía no ya un cuadro abstracto, sino una escena idílica del siglo XIX; en general, no se comprendía cómo podía arreglárselas con el algoritmo, cuyo solo nombre produce una sensación de frío. En cambio, sabía lo suyo (además, era profesor universitario). Tanto es así que no se asombró de nada, comprendió en seguida de qué se trataba y dijo sin vacilar:

—Querido joven, desde mi punto de vista la cuestión es bastante sencilla; quiero decir la cuestión en sí, aparte sus posibles implicaciones, sobre las que no estoy en condiciones de dar ninguna opinión. Bueno, intentaremos explicarnos: usted, para escribir su poema, se confió a la suerte. Magnífico, es más, me apresuro a decirle que ése era, *a priori*, el mejor método para obtener un poema o combinación verdaderamente original; en otros términos: parecía extremadamente improbable que del bombo saliera un poema ya escrito y precisamente ese poema de Giacomo...

—Leopardi.

—... Leopardi (poesía propiamente dicha o determinado orden de palabras son lo mismo a los fines de mi razonamiento). Sin embargo, improbable no quiere decir imposible... ¿Tiene usted una idea de la ley de los grandes números, del cálculo de probabilidades y de cosas así?

—Hum... sí..., no.

—No importa. Tomemos un ejemplo sencillo, el juego de la ruleta: el hecho de que al final del juego deban haber salido tantos rojos y tantos negros en igual número no demuestra que los rojos, o los negros, no puedan salir todos seguidos, es decir, en serie ininterrumpida, para no salir más hasta el fin del juego. ¿Me he explicado? Resumiendo: usted estaba precisamente jugando al azar y cometió el mismo error que el que apostase todo su dinero a una determinada combinación (sencilla) fiándose del hecho de que la combinación contraria ya salió muchas veces... ¡Santo Dios! ¿Cuál es la serie máxima de color registrada en las jugadas de Montecarlo?

—No lo sé.

—¡Ah! En mi juventud nos sabíamos de memoria las jugadas de Montecarlo. Bueno, digamos que sesenta rojos. Bien: después de sesenta rojos, usted empezaría a apostar al negro, ¿no?

—Sí... creo que sí.

—Y se equivocaría. O sea, entendámonos, habría razonado bien en la práctica, pero se equivocaría en la teoría. ¿Me comprende?

—Hasta cierto punto.

—¡Pero si es elemental! Después de sesenta rojos es casi seguro que salga un negro, de acuerdo. Casi, pero en realidad los rojos pueden seguir saliendo un año seguido, salvo que luego los negros restablezcan el equilibrio. Sí, ¿pero cuándo? A lo mejor en cien mil o a los cien mil años; al final del juego, sí, pues no están obligados a ello... Ahora la aplicación a su caso es sencilla: usted imaginaba que esas especiales combinaciones llamadas poemas no podían empezar a reproducirse hasta haberse agotado; apostó por esta arbitraria suposición y perdió. Eso es todo. Le salió

mal y, sin duda, usted debe ser de una naturaleza perdedora porque todas las probabilidades (pero no certezas) estaban, como ya he dicho, a su favor. ¿Qué hacer? La única diferencia, en todo caso, es que su ruleta estaba, por así decir, al revés. En el juego se apuesta a un número para que salga, o sea, que se trata de adivinar el número que tiene que salir. Usted, en cambio, apostaba o intentaba adivinar los números que no iban a salir (nada tonto, lo repito una vez más, ya que los números que no salen son muchos en cada jugada y el que sale es uno solo). Pero intente imaginarse una ruleta en la que la banca pague, según alícuotas evidentemente irrisorias, precisamente los números que no salgan y no el que sale y todo encaja. ¿Está claro?

—Oiga, profesor...

—¿Eh? ¡Cuánto lo siento! Dentro de un rato tengo una clase. Buenos días, querido amigo. Mi más sentido pésame.

Por supuesto, tan bonitos sermones no podían ser de mucha ayuda para Ernesto aunque cada uno de ellos tuviese la virtud de aclarar el problema desde un punto de vista particular. Pero verdaderamente no el problema sino más bien sus datos, porque no ofrecían una solución, fuera la que fuese (como, por lo demás, era de prever). Y pensándolo mejor, ¿el examen de esos datos era al menos correcto y completo? A él le parecía, confusamente, que no, aunque no supiera ver dónde estaba el error. Sea como fuere, la historia de las consultas de Ernesto no acaba aquí. Quiso, además, consultar a un magistrado de apelación antiguo amigo de su padre (que no parecía tomarse la cosa demasiado en serio y lo invitó a tomar en la debida cuenta las «circunstancias de hecho»), a un sacerdote y a no sé quién más. Y cada vez su insatisfacción iba en aumento, como si al ideal mosaico que se estuviera construyendo le faltase una tesela, más aún, la principal. ¿Qué tesela? Nuestro poeta se puso a reflexionar en todo desde el principio y sólo consiguió perder un poco más la cabeza. En el fondo, ¿qué es lo que quería? ¿Que la gente le dijera: no importa, majo, si este poema ya lo escribió otro, es tuyo y es tu poema más bello y tu gloria literaria está asegurada por los siglos de los siglos? No podía ser eso (que, a fin de cuentas, habría sido una absurda pretensión) o no podía ser eso solamente. ¿Y si no? Debía confesarse que no sabía muy bien lo que quería. ¿O, tal vez, quería convencerse de que, dijera lo que dijera la gente, en él siempre habría tanta fuerza poética como para producir un «Infinito»? No, de eso estaba convencido desde el principio. Sometió a un metódico y minucioso análisis el concepto mismo de arte y los de paternidad literaria, de prioridad y semejantes, debatió larga y detalladamente el problema de si una relación cualquiera con los otros está implícita en una obra e incluso si es elemento esencial o constitutivo de la misma, y así sucesivamente. Y de nada obtuvo resultados apreciables o, mejor, de todo los obtuvo que parecían serle desfavorables. Por otra parte, ¿era posible que una vulgar cuestión de paternidad o prioridad tuviera tanto peso en sus asuntos, que eran... bueno, eran otros asuntos? ¿Cómo podían las «circunstancias de hecho» del magistrado influir hasta tal punto en

una relación tan exquisita? ¿O, a lo mejor, tenía razón el matemático y todo era cuestión de suerte y eso, sin más, era el elemento que se le escapaba? Por último, se desmoralizó, lo dio todo por perdido y, cada vez más aturdido, se dijo que no valía la pena seguir ni investigando ni practicando el ejercicio de la poesía, hasta que recordó el consejo del crítico y al instante decidió consultar con su novia, la cual estaba, de momento, con su familia en otra ciudad, de modo que fue necesario tomar un tren.

—¿Pero qué me cuentas? ¿Estás bromeando? Tienes razón tú —dijo en seguida ella, una lista mujercita intelectual.

—¿Cómo que tengo razón?

—Sí, claro. El poema es tuyo, no hay duda.

—¿Y por qué motivos exactamente?

—¿Motivos? No necesitas motivos. Lo... lo siento así.

—¿Pero también es de ese otro?

—Eso no lo sé y ni me molesto en averiguarlo. Es tuyo, eso es todo. Luego, a lo mejor, en un segundo tiempo, también será de ese otro. Mientras tanto, es tuyo.

—No en un segundo tiempo: en un primero. Aquí está el lío.

—Pero, bueno, ¿crees que en la poesía hay que tener en cuenta los tiempos? No sé si también es del otro, ya te lo he dicho, y no me importa nada. Además, ¿qué te importa toda esta ridícula historia o que te importa, si es el caso, si te equivocaste una vez o si te salió mal, lo que prefieras? En todo caso es un error que demuestra tu fuerza. Vamos, vamos: deja estar esas dudas pueriles y ponte a trabajar. Vuelve a empezar sin preocuparte por nada, cumple con tu deber y déjate de minucias. Verás que si te fue mal una vez te irá bien la segunda, en el supuesto de que te hubiera ido mal. Adelante, no quiero oír nada más: dentro de tres días tráeme aquí tu nuevo poema. Ve, ve...

¡Mujeres! No obstante, Ernesto salió animado por la conversación y, dejando su problema en el punto en que estaba, se dispuso a una nueva creación.

El silencio, la paz nocturna, su leal bombo. Con trémula mano Ernesto dio vueltas a la manivela y extrajo:

1) Voi^[11]

Voi: muy bien. Palabra bellísima, palabra no comprometedora, al menos. No había peligro de plagiar a nadie si escribía Voi. Todo poeta tiene derecho a empezar así un poema porque si hay que decir Voi no se puede decir más que Voi. Y, a propósito, ¿qué era? ¿Un plural auténtico o un plural falso? ¿Había que dirigirse a una mujer o a una dama o a distintas personas? Era pronto para decidirlo.

2) Oís.

Aún no se entendía nada. Sigamos.

3) Rimas

Rimas: pues sí, los deleites del poeta. Pero veamos la cuarta palabra:

4) Suelto

¡Ay, ay! Escarmentado por la anterior experiencia, Ernesto, digámoslo así, se hizo todo oídos: también aquí había algo, había algo... ¿Qué diablos estaba pasando?

¡Santo cielo! No era difícil darse cuenta: ¿de qué modo podían modificarse y componerse aquellas cuatro palabras sino más o menos así: *Vosotros, los que en mis rimas sueltas oís...*? Ya era inútil sacar la siguiente palabra pues ya sabía cuál sería. Sin embargo, como inútil y cansado experimento, hizo girar vertiginosamente el bombo, metió la mano en él: salió exactamente *Sonido*. Así pues: *Vosotros, los que en mis rimas sueltas oís el sonido...* Claro, claro, de los suspiros con que alimentaba mi corazón. Clarísimo.

Y aquí comienza en la vida de Ernesto un período de desorden, de confusión, o, para usar la palabra exacta, de locura que, por otra parte, aún continúa. Visto, se dijo, que todo está perdido y visto que tengo el curioso talento de polarizar en un determinado modo el azar, de hacer salir las palabras que no deberían salir y, en general, de hacer producir eventos indeseables, ¿por qué no aprovechar como sea tal aptitud? Aprovecharla con fines de lucro quería decir tranquilamente, y desdichadamente daba por supuestas las virtudes terapéuticas del dinero (que, sin embargo, deberían ser ignotas a un auténtico poeta, y ahí se ve hasta qué punto su mente estaba trastornada). Resumiendo, ya que no podía ser poeta, y recordando también un punto de su conversación con el matemático, Ernesto decidió convertirse, al menos, en jugador de ruleta... Pero ser jugador es una cosa y jugador ganador es otra. Tampoco se puede decir que allí donde había fallado la gloria viniera en su socorro, para compensar, el dinero. Pero vayamos por orden.

La aplicación de sus talentos a la proyectada actividad no parecía, la verdad, demasiado fácil; además, tal vez había interpretado mal las palabras del matemático o tal vez no, o tal vez fue otra cosa; no sabríamos decirlo. De todos modos y por ejemplo: el hecho de que hubiera conseguido sacar de un bombo, entre millones y miles de millones de combinaciones posibles precisamente «El Infinito» o el primer verso del *Cancionero* de Petrarca, ¿qué quería decir exactamente? ¿Que en la ruleta adivinaría los números destinados a salir o que no los adivinaría? Así planteada, la pregunta admitía un par de soluciones, que sobrevaloraremos. Ahora bástenos saber que Ernesto reflexionó y reflexionó sobre todo lo reflexionable y que, por último, con razón o sin ella (pero con una apariencia de buen sentido) se decidió a actuar como sigue. Cuando por intuición o por cálculo hubiera llegado a la certeza, o casi certeza, de que iba a salir un determinado número, él jugaba a todos los demás. Haciendo eso, por supuesto, pronto se halló ante una nueva dificultad ya que, como nadie ignora, en la ruleta la banca se reserva, que es lo mismo que decir que computa a su favor, uno (más exactamente, medio) de los treinta y siete números, por lo que jugando así, si las cosas iban bien, quedaban empatados, y Ernesto, en lugar de un único número, tuvo que tomar en consideración grupos de números o sectores. Pero de esta manera el sistema tampoco funcionaba por el simple motivo de que, ni haciéndolo aposta,

nuestro ex poeta adivinaba, por el contrario, todos los números o sectores, o sea, no adivinaba en absoluto los que había que descartar... ¡Dios mío! Nos damos cuenta de que entre tecnicismos y complicaciones verbales estamos fatigando al lector. Pero, ¿qué hacer cuando se quiere contar la verdad?

Para explicarnos mejor, sigamos la primera apuesta. En un determinado punto del juego debía salir casi forzosamente el 14. En consecuencia, Ernesto apostó a todos los otros números. Pues bien, ¿lo creerán?, salió el 14. Y así sucesivamente cada vez con cada número. Obviamente, al final Ernesto quiso cambiar de sistema: en lugar de esforzarse en adivinar el número o sector que iba a salir (para no jugarlo) intentó determinar el que en ningún caso saldría (para jugarlo). Pero tampoco así las cosas iban bien, pues, así como antes salía el número que debía salir, ahora no salía el que no debía salir. Se dice que la bolita tiene ojos. En conclusión, Ernesto se convirtió poco a poco, del derecho y del revés, en un vulgar jugador de ruleta, o sea, que se perdió definitivamente.

Sí, tal es la triste conclusión de esta demasiado larga historia. Mientras escribimos, Ernesto, pobre de solemnidad, demacrado y trémulo, sigue dando vueltas por los garitos como un espectro. Pierde siempre. Si no fuera rico y, sobre todo, si un rapaz administrador no le enviase con cuentagotas sus rentas, sería grave cosa para él. Algunas modestas ganancias, es cierto, conseguía de los consejos dados a otros jugadores, a los que invitaba a observar y a no seguir su propio juego, recibiendo pequeñas propinas en caso de ganar. Su novia, por supuesto, lo dejó hace tiempo por un hombre más laborioso y consciente.

¿La moraleja? Para ser sinceros, la ignoro, pero aunque la conociera creo que me guardaría muy mucho de declararla: podría resultar peligrosa. Y, en definitiva, ¿qué es esto? ¿Una historia de poesía, de juego o de un simple divertimento intelectual? Que el lector intente darse a sí mismo la respuesta.

EL PASEO

MI mujer estaba chafallando soletas, el garzón cazumbraba, la suzarra preparaba el jaroque... Soy un vilordo, incluso estoy un poco zaborro, pero una calma tal, mal rota por aquel rutar o por los raros anejires del jardinero con el exárico ese día me hacía el efecto de un epítima o de una bisma. Es mejor salir, pensé arrupaldándome, y dar un paseo hasta la espelunca.

La verdad es que ya no estamos habituados a los espectáculos naturales y por ello todos somos algo maxmordones y sin sindéresis. ¿Es que vale la pena ser hombres de hijuelas si luego no sólo no vamos a ver los acirates y ni siquiera podemos permitirnos el lujo de un paseo?

Basta. Salí pues y me topé con uno de mis campesinos que quiso acompañarme un trecho. ¡Un auténtico fifiriche! Les aseguro que hoy en día ya no se encuentran aquellos chamagosos ni aquellas chafallonas ni aquellas bucéfalas de otros tiempos; y no valen carantamaulas para hacerlos hablar; por desgracia también han perdido su bella y pura lengua de antaño. Llevaba dos limetas.

—¿Adónde las llevas?

—A los huebreros de allí abajo, ¿lo ve?, donde está el forcaz. Les llevo unas espoladas de lágrima.

—¿Y la papelina o la liara?

—A nosotros no nos hace falta.

Menos mal que no habéis olvidado del todo vuestra sencillez, pensé. Pero quería desembastanarme; por fin se fue a sus asuntos y pude quedarme solo y seguí caminando a la recacha.

¿Qué puedo decirles? Cuando me hallé entre mis pequeños amigos sin palabra, el fenazo, el telefio, la sueldacostilla y toda aquella algaba se me ensanchó el corazón. Seguí mi camino y aparecieron las ayugas, los mirabeles, los agálocos, las acafresnas, los azufaifos, aunque a decir verdad, algo tocados de cornezuelo o de oidío. Y zigenas montanas y argínidos (esfinges de lechetrezna o de chopo), y las pequeñas autalas iban de un lugar a otro; y junto a mí, o por encima de mí, tominejas y chingolos, cristofués y alcaudones, y todo el aire era un apito, un jijear... Y luego el pueblo menor; los cecidios, los ditiscos, las mismas típulas... ¿Quién sería capaz de nombrarlos a todos?

En la espelunca el agua estaba estancada desde hacía infinidad de tiempo: arabescos de fuco, difuminada transparencia de lamas, y ajomates y navículas. Al acercarme, tres bisbitas huyeron y relampagueó una totovía. Pero el destino no quería que ni siquiera allí me dejasen tranquilo. Oí susurrar el follaje a espaldas mías y me volví. Era el tirón del copelador que avispedaba.

—¿Eres tú?... Bueno. ¿Y qué tal va por la fuslina?

—Pues regular. Ahora el amo se dedica más a la mohatra.

¡Lo que faltaba! Yo no soy un fileno, pero dejémoslo...

—Sí —continuó—; ya es bastante si hacemos torchos; nos faltan hasta las escofinas.

—Pues muy bien por tu amo.

—Bueno, ya se sabe, cuando se enteca...

—¿Y ahora qué haces aquí?

—Estoy por los albures. Hace años que lo venimos haciendo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

—Con miñosas y ástacos —respondió presto.

No era un escomendrijo ni tampoco un regajo, todo hay que decirlo. Pero lo dejé allí y seguí adelante por la fronde. Sabía que desde cierto paraje se disfrutaba de una hermosa vista.

Y allí estaba el gran padre y hasta se veían brillar las gavinas cuando tomaban el sol. Y había un queche venido de lejos con todas sus bonetas en el nabo... ¡Cuántos pensamientos y cuántas fantasías se apoderaron de mí entonces! ¿Se seguía usando el anadón propiciatorio? ¡Oh, tiempos de antaño!: «Cía», y a buscar orobias, boquines, nacres y nafas. Y algunos morían en tierra extranjera pero el natrón devolvía intactos sus despojos a su pueblo natal, ¿o acaso había perdido su virtud?...

Se había hecho tarde: sobre la áfaca y sobre el ballico se posaba la cojugada, sobre la atropa el átropo, sobre el amaranto el amaranto, y el brillo del sol ya no era más que una alizarina; olía a llaullau, se oía un lejano trisar. Y así, paso a paso, regresé.

—Ahora, mientras hiendo los sisimbrios y hasta que llegue a mi casa, dime, ¡oh, amigo lector! ¿Acaso es que soy yo un poco bazagón? Tú no respondes y con ello asientes, y no te falta razón. Pero no daría ni un tarín por quien no supiera llenarse los ojos y el alma como yo hice ese día o por quien, sabiéndolo, quisiera guardarse todas las cosas para él solo.

Pero ya regresé; mi mujer estaba chafallando soletas, el garzón cazumbraba, la suzarra preparaba, si no el mismo, otro jaroque.

CONFERENCIA

PERSONALFILOLOGICODRAMÁTICA CON IMPLICACIONES

—SEÑORES, yo soy el autor de un cuento corto que tiene como título «El paseo», que abre una igualmente breve colección de *Cuentos imposibles* publicada por el editor Vallecchi.

—Nos importa un pimiento.

—Expresión desafortunada, debo decirlo, aunque sincera. Pero despacio, señores. O me equivoco o la cuestión de que voy a hablarles resultará, según suena la frase corriente, de interés general.

—Ojalá no se equivoque.

—Ustedes mismos juzgarán. Bien: por ese cuentecito discurre un cierto número de palabras insólitas y difíciles.

—Muy listo. ¿Y por qué?

—Pronto lo sabrán.

—Pues siga usted.

—Esta voz ha sonado sepulcral... Bueno: a esas palabras se refirió a su debido tiempo un sabihondo de la crítica literaria más pedestre...

—Bonito adjetivo; tan pedestre que lo trataba a usted a puntapiés.

—Crítico conocido por su poca familiaridad con el diccionario, que las llamó «inventadas». Pues bien, otro crítico igualmente apreciado afirma textualmente: «... Recursos de ese tipo abundan en los últimos *Cuentos imposibles*, a partir de esa especie de fantástica ejercitación que son las primeras páginas tituladas “El paseo”, donde se dialoga y se narra usando términos dialectales (probablemente de la comarca de Pico) redactando una lengua que parece absolutamente indescifrable y misteriosísima. Y una vez más, con polémica y chanza».

—¿Y bien?

—Pues que se me ha acabado la paciencia.

—¿Y qué?

—Pues que he decidido romper mi habitual reserva y declarar cómo es realmente la cuestión.

—Le escuchamos aunque nos interese muy poco la cuestión.

—¡Pero bueno! ¿Quién es el que está dando esta conferencia? ¿Yo, no?

—Usted, por desgracia.

—Pues déjenme hablar de una vez. En todo caso, repórtense como se reporta uno en todas las conferencias de este mundo: dormitando.

—Pues no grite más de lo necesario y despiértenos cuando haya acabado.

—No irán ustedes a tomarme la palabra. Escúchenme bien. Bueno, dividamos en

dos partes mi contrademostración y, en otras palabras, respondamos primero al primer crítico. ¿«Inventadas» mis palabras?

—Si eso lo afirma un sabihondo, etcétera...

—¿Conque sí, eh? Pues nos veremos las caras... Antes que nada, ¿cada uno de ustedes se trajo (como expresamente se rogaba en la invitación a esta conferencia) un vulgar Zingarelli?

—¿Por qué «vulgar»?

—Quiero decir que se trata de un diccionario que pasa por las manos de todos, hasta por las de los escolares de primaria.

—Hum... Pues sí, cada uno se trajo su Zingarelli.

—Magnífico. Ahora bien, las palabras por así decir incriminadas son, si no me equivoco, las siguientes... Las escribo en esta pizarra (...)

—Pues son muchas. ¡Casi cien!

—Sí, era necesario a mis fines.

—Que todavía no nos ha aclarado.

—Silencio y vayamos por orden. Vamos, empiecen con la primera. Búsquenla en sus Zingarelli.

—Que no estamos en la escuela. Bueno... ¡Vaya, vaya! Parece imposible.

—¿Y esta otra palabra? ¡Inaudito!

—Y esta otra, con su explicación y todo...

—Pues sí, parece que sus palabras tienen un sentido preciso.

—Ya lo creo. ¡Animo! Sigán ustedes... Por lo demás, es superfluo que les dé ánimos. Me es grato constatar que toda la concurrencia está consultando ávida y ruidosamente sus correspondientes Zingarelli y en ellos encuentra, con sus oportunas explicaciones, TODAS las palabras en cuestión.

—¡Entonces su narración tiene sentido común!

—Comunísimo y palmario.

—¡Y usted tiene razón frente a todos!

—No, no, un momento. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que confutar la opinión del primer crítico y la sentencia del segundo, allí donde define «indescifrable y misteriosísima» la lengua por mí usada («redactada», dice él más elegantemente, hay que reconocérselo). Pero aún nos queda confutar el resto de esa misma sentencia.

—O sea, ¿que no se trata de «términos dialectales» ni mucho menos «de la comarca de Pico» (como poco avisadamente opina el segundo crítico)?

—Exacto. De modo que... ¿Trajeron ustedes su Tommaseo-Bellini?

—¿Cómo? Para traerlo hace falta una carretilla.

—Calma. Si no lo han traído ustedes, yo sí. ¿Lo ven? ¿Esto es un Tommaseo-Bellini o un pescuezo de pollo?

—Espere, déjenos ver... No, seguro que no es un pescuezo de pollo. Sí, no hay duda: es un Tommaseo-Bellini.

—Un Tommaseo-Bellini, un diccionario específico para literatos, que no falta ni

en la biblioteca de los literatos más mediocres.

—Está bien, está bien. Siga usted.

—Consideremos una a una las palabras incriminadas y observen si son picanas o dialectales y si más bien corresponden al buen uso toscano.

—Tardaremos mucho.

—Tomemos algunas al azar y por lo que se refiere a las demás tendrán que fiarse de mi palabra.

—Quédese usted tranquilo; ya empezamos a fiarnos.

—Ya era hora. Esta palabra: (...).

—De acuerdo. Ya es bastante. Usted gana.

—No, quería que observaran a este respecto que, si no de nacimiento, esta segunda audacia es de buena familia toscana.

—No se ensañe usted, por favor. Pero diga, ¿no nos había hablado usted de una cuestión de interés general?

—Bueno, alguna conclusión habrán sacado ustedes de todo esto, espero.

—¿Que los críticos literarios no conocen la lengua italiana?

—Para ser honrados, demasiado, y demasiado poco.

—Explíquese.

—Con mucho gusto. Al crítico no se le exige, aunque sería de desear, el conocimiento de tantas palabras raras. Lo que se pretende de él, y uno tiene derecho a pretenderlo, es que, por lo menos, tenga un cierto olfato filológico... Interrúpanme si me equivoco.

—No se equivoca, y ahórrenos usted todas sus carantoñas.

—¿Es posible que, en el centenar de palabras que hemos revisado, en ninguna de ellas nuestros genios hayan identificado un cierto aire familiar?

—Efectivamente parecería imposible, ya que un crítico no debe forzosamente ser tan ignorante como un tarugo. No obstante, y perdone usted, se nos escapa lo mejor de su argumentación; podría ser que dichos críticos entreviesen en algunas palabras... Bueno, resumiendo, ¿qué es lo que quiere decir usted?

—Sencillamente, que lo imposible es siempre posible; efectivamente, si ellos o aquéllos hubieran tenido la más mínima duda sobre una de las palabras vejadas, si, en consecuencia, se hubieran dado cuenta de que esa palabra estaba debidamente recogida en cualquier diccionario escolar, las habrían buscado todas y en todas habrían reconocido un significado inequívoco y no se habrían cubierto de vergüenza con insulsas sentencias.

—¡Caray! Tiene razón.

—Gracias, pero aún hay más y peor. Admitamos que al crítico no se le exija un especial olfato filológico... Amigos míos, seamos sinceros: en el peor de los casos, ¿ese personaje que se autoproclama intérprete de la obra ajena no debería tener un cierto olfato literario?

—¿Qué entiende usted por olfato literario?

—Si ese personaje es, o se considera crítico, debería saber que ni D'Annunzio ni yo inventamos palabras: nos es suficiente y más cómodo tomarlas de nuestro bello idioma (con efectos bastante más mortificantes para los propios críticos).

—Bueno, bueno, bueno. Ya puede usted presumir de habernos convencido.

—Confieso, para mérito de ustedes, que no esperaba menos de su comprensión, pero me alegro de que, del mismo modo, quieran seguirme en la conclusión general que, en forma de pregunta, voy a formular.

—Formúlela.

—A sus órdenes. Pues bien, ¿otorgaremos a tales, y a otros tales críticos el derecho a juzgar nuestras obras cuando (como acabamos de ver) no entienden ni tan siquiera la letra?

—¡Nooo!

—Gracias, amigos, por este plebiscito, pero aún queda algo más, o sea de lo mismo, ilustrado con un claro ejemplo.

—¿Algo más? ¿Lo mismo? La verdad es que nosotros esperábamos... Temíamos que la conferencia hubiera acabado.

—Alejen sus temores... Pregunto: ¿por qué me he tomado tanto trabajo en demostrar la ignorancia e incompetencia de los críticos, que, a fin de cuentas, está más que comprobada?

—Respóndase usted mismo.

—La respuesta es: por el hecho de que su errónea interpretación hizo que todo mi trabajo fuera en vano.

—Hable más claro.

—Digo que nada de «chanza». Mi «Paseo», por el contrario, quería ser una amarguísima denuncia, o si no denuncia, una amarguísima constatación. Es como si hubiera dicho: «Miren, es que no nos entendemos aunque hablemos la misma lengua». Pero, evidentemente, esos críticos y yo no hablamos en absoluto la misma lengua. Por lo cual no es que no podamos entendernos aunque etcétera, sino simplemente *porque* etcétera. Lo cual es muy diferente, a efectos de mis efectos.

—Deje estar ahora los efectos verbales y díganos: ¿No podría ser que los críticos tuvieran sus buenas razones o, al menos, justificaciones?

—¿En qué?

—Al no adivinar sus intenciones, pues usted, por una u otra razón, envolvió de oscuridad sus amarguísimas denuncias o constataciones.

—¿Y (de nuevo) el olfato, señores míos?

—¿Qué quiere usted decir?

—El tono y la atmósfera de los cuentos o cuentecitos siguientes habría debido iluminar al lector avisado acerca del valor y las intenciones del primero, que, idealmente, podría haberse considerado como cuento *límite* de toda la colección.

—Ejem... puede, la verdad es que poco hemos entendido de su respuesta, pero permítanos igualmente que lo llevemos en triunfo.

—¡Alto, alto! ¿Así, sin añadir nada más?

—¿Por qué? ¿Es que aún le queda algo por añadir? ¿Algún hecho divertido?

—Mi archivo es tan grande como Versalles y El Escorial.

—Pues adelante.

—¿Quieren algo reciente?

—Como usted guste.

—Pues no sé. Un cierto crítico altamente cualificado, colaborador fijo y, a lo mejor, jefe de sección de una publicación exclusivamente literaria... No, no vale la pena hablar de él: no es nada de nuevo ni de singular.

—Claro que sí, aunque sólo sea para hacernos una idea. ¿Ese crítico...?

—No sabe copiar un soneto italiano, asunto de puro trámite, como ustedes ven.

—¡Dios mío, no puede ser! Evidentemente la culpa es del tipógrafo.

—Efectivamente, esta antigua y piadosa mentira podría servir una vez más, si el propio título del artículo no lo hubiera sacado de uno de esos errores de *copia* y si, sobre todo, otros elementos no mantuvieran despierta nuestra perplejidad.

—¿Es decir?

—Una vez encaminado por la vía de las concesiones, a ese buen hombre nada le costaba atribuirme, y con doctas así como con entusiastas palabras exaltar, el cuento (y perdonen si es poco), *Relato de invierno*... Pero ya basta.

—No, no, cuéntenos al menos otra historieta crítica que nos enseñe y nos deleite.

—Nos iríamos demasiado por las ramas, y, además, ¿qué iba a contarles? ¿Acaso algo relativo al «sublime “Scherzo para Elisa” de Mozart»?

—Despacio, despacio. «Scherzo para Elisa», Mozart. ¿Es que está usted de broma?

—Yo no, ni Mozart. Por el contrario, ésa es la atribución que firmemente emerge de lo dicho por un excelente crítico (el mismo, por casualidad, al que le parecieron «inventadas» las palabras del cuentecito que acabamos de estudiar).

—¡Ah! conque... Entonces...

—No, de verdad, basta ya. Y les ruego que vuelvan a prestarme atención porque, por lo que respecta a la cuestión principal, guardo un as en la manga, o sea, una bomba bajo el faldón.

—¡Maravilloso!... Diga, diga.

—Al entrar aquí para esta instructiva y deleitosa conferencia, me entregaron un papel que, por lo que veo, contiene extractos de chismes a mí concernientes no hace mucho durante un premio literario del que me fue (ignoro por qué méritos especiales) atribuida una tajada.

—Por favor, exprese menos aburridamente; primero nos promete el oro y el moro y ahora nos deja dormidos de pie.

—Pues que quisiera que leyéramos juntos ese papel.

—¡Magnífica idea! Somos todo oídos.

—... Y en particular el párrafo donde... Aquí, aquí: «Los *Cuentos imposibles*

contienen algunas páginas de las más reveladoras de esta condición presente del escritor y, sobre todo, de su “epoché” narrativa y estilística: se abren con el breve capricho o *pastiche* de *El paseo*, donde el ídolo de la incomunicabilidad es jocundamente exorcizado e ironizado metiendo con calzador un léxico “imposible”, glosemático (pero perteneciente en su totalidad a los muertos arrabales del vocabulario italiano), en la más tradicional sintaxis decimonónica, y se cierran...». Bueno, ¿qué les parece?

—Que por lo que respecta a sus intenciones no se puede decir mejor.

—Mejor o casi mejor, es cierto.

—Entonces, como suelen ustedes hacer, ¿nos ha tomado usted el pelo? ¿Entonces no todos los críticos son tan toscos como usted ha querido mostrárnoslos?... Bueno, ¿en qué consiste su bomba o su as?

—Es muy sencillo: consiste en que de este último y archivalioso crítico podemos celebrar su archivalor pero no podemos proclamar su nombre.

—¿Es que se cubrió con el anonimato?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Mucho más sencillo todavía: para desviar los vituperios de sus colegas.

—¡Estupendo!

—¿El qué?

—El hombre, pero también su chiste, razón por la cual procedamos al ya concedido triunfo.

—¿Pero es que se lo han tomado en serio? No se alboroten; calma, tranquilos... ¿O es que desean de verdad que intervengan las autoridades?

—No, todo menos las autoridades.

—Bien. Que nuestra despedida sea, por tanto, clamorosa y discreta.

—Sea; ¡como la siguiente!: «Que Dios te inspire siempre, ítaló grande».

—No, algo menos cursi y de sentido contrario. Por ejemplo: «Adiós, mis fieles, e insultos a sus familias, si son tan tontos o tan infelices como para tenerla».

DERROTA Y DESBANDADA DEL EJÉRCITO

J'aime dans le temps Clara d'Ellébeuse

CORRÍAN tiempos no sospechosos. De noche todavía se oía el ulular de los lobos y el zorro ladraba desde una pendiente al otro lado del pueblo sin preocuparse de la furia de los perros. Todavía algún bandolero retrasado atravesaba los bosques hacia los altos pasos. Pero esta vez la familia estaba en su casa de campo, con una plazoleta delante y a un lado una capillita, bastante rústica, hay que decirlo (hoy es algo así como una leñera). Por otra parte, desde allí los lobos se habrían oído más cercanos si no fuera porque era una noche de tempestad.

¿Es libre la naturaleza? No creo: lo es tan poco que, de vez en cuando, siente la necesidad de romper en palabra sin freno, en sagrados tumultos antes de retornar a la aborrecida norma. ¿Al menos es gozosa rebelión su inconsciente y olvidadiza furia? Tampoco: parece que no llega a romper sus cadenas, los suyos son gritos de dolor, bramidos de agonía. O acaso sólo es la desesperación de quien no puede alcanzar la muerte, si desde su último y nunca extremo dolor surgen para nosotros todas las imágenes más larga y secretamente anheladas, si de su voz salvaje deducimos el presagio de profundos escalofríos, de monstruos voluptuosos, de punzantes placeres. En verdad se diría, ¿qué no puede suceder en una noche de tempestad?

El viento enfilaba los barrancos, atravesaba la casa misma y le sacaba largos gemidos pronto apagados en leves gañidos, en soplos, y pronto renacidos en gritos sediciosos. La lluvia azotaba de improviso los cristales como para avisar a los habitantes de un peligro amenazador o, más bien, como invitándolos a salir a desquitarse, pero con poca esperanza de que respondieran a la llamada (por lo que se alejaba de prisa). El trueno, el rayo, estaban, sí, en el cielo, pero, satisfechos de haber desencadenado los elementos, se limitaban a presidir su aquelarre, manifestándose sólo a ratos con débiles relámpagos y fragores. El murmullo torrencial de los árboles peinados por el huracán se confundía con el frondoso del chaparrón, y a ambos, cada vez más atronador, se iba uniendo el ruido de la crecida que se precipitaba desde los valles montanos en torrentes fangosos minuto a minuto cada vez más hinchados e impetuosos y cuyo olor penetraba hasta en las habitaciones. Las llamadas del candil de tres picos vacilaban y se inclinaban avivadas, despeinadas por el choque.

Ya se había rezado el rosario. El padre posó el libro, se levantó y dijo:

—Mala noche e hija hembra —y quería por enésima vez aclarar el sentido de este dicho pero se dio cuenta de que nadie le escuchaba, de modo que añadió—: hora canónica —dio las buenas noches y desapareció escaleras de madera arriba. La madre también se levantó murmurando:

—*A fulgure et tempestate libera nos Domine* —y siguió al padre. Los dos hijos

varones ya dormían soñando el alba; en efecto, esperaban que el movimiento del aire traería las becasas... Seguro que el lector no sabe que los perdigones de caza tienen su propio olor, especialmente si se guardan en bolsas de piel agamuzada: en ese olor y en el de la pólvora negra dormían los hermanos.

Las dos hermanas se miraron a la cara tristemente; la primera tomó el candil, la segunda encendió la bujía con *bombéche* en un pico de aquél y se dirigieron a sus respectivos cuartos, uno de los cuales apenas estaba separado de las tejas del tejado por una guardilla de delgadas tablas.

Clara, a la que evoco del reino de las sombras...

Pero, vamos y ¿qué es esta acumulación de datos inertes? ¿Qué son, sobre todo, este tono hinchado y exclamativo, estas preguntas más o menos retóricas y en una palabra, este os rotundum? Aunque un cierto oficio intervenga en ello no puede paliar la falsedad de esta escritura y, por tanto, no sólo de esta escritura. ¿Y qué me dicen de las dificultades sintácticas, verbales y de todo tipo? En la penúltima frase de la especie de texto anterior, por ejemplo y conseguí juntar tal tropel de artículos indeterminados que era para reírse (si yo me riese por tan poco) o para desesperarse (si yo me desesperase por tan poco). La frase en cuestión había salido así: «Las dos hermanas (y observen: dos, lo que imparablemente lleva, por comparación o atracción el artículo determinado mismo a su valor numeral) se miraron a la cara tristemente: la una (aquí verdaderamente en función pronominal, pero poco importa) tomó el candil, la otra una bujía con bombéche encendida en un pico de aquél, y se dirigieron a sus respectivos cuartos, uno de los cuales apenas estaba separado de las tejas del tejado por una guardilla de delgadas tablas». Para evitar tal bombardeo articular, el mísero escritor (que soy yo mismo, no conviene olvidarlo) tuvo que recurrir infelizmente a los ordinales. Pero al final de la frase también había varios elegantísimos de casi seguidos y que también subrayé, y que allí han quedado.

Bueno, me dirán, no hay necesidad de recurrir a los síntomas: la crisis de este cuento es en cierto modo implícita, es más, inmanente. ¡De acuerdo! Es preciso tener una cierta dosis de locura para contar una historia y, tal vez, el título de toda la presente colección debía ser, menos ambiguamente, Narración: imposible.

De todos modos, intentemos captar las ideas: ¿Qué demonios quería contar o, más bien, qué tenía intención de hacer? Pero Dios sabe lo difícil que me es concentrarme en semejantes bobadas. No obstante, y para magra satisfacción del lector, lo intentaré. Entonces, continuando a partir de donde el condenado texto había llegado:

a) No contento con haberla evocado del reino de las sombras (pero, en cambio, no sería más que un personaje rebuscado), el inicuo autor pregunta a la llamada Clara si ama, y añade de su cosecha que no ama, si bien se dispone al amor... que nunca llegará. Ello está destinado a informar al mísero lector, ¿qué digo?, a hacer

que ante él salte viva, en pocos rasgos, la imagen de la jovencita con sus sentimientos tiernos y trémulos.

b) Clara se desnuda ante el espejo (escena, con actitudes encantadoras y lúbricas y divagaciones ad libitum) y se acuesta con el oído puesto en el fragor del huracán.

c) Revuelo en la habitación de los padres y, luego, en toda la casa: alguien, de alguna manera (que hay que declarar escrupulosamente), trajo la noticia de que esta noche hay bandidos en las cercanías (sobreentendido: ansiosos de hospedaje y botín).

d) Todos los personajes, padres, hijos, hijas, criados y dependientes de todo tipo se concentran en el desván de la bicoca donde van aprestando las armas para, dado el caso, acoger dignamente a los agresores. Clara también pide un fusil; se le niega. Que las hermanas, con su madre y las criadas se ocupen de las municiones. Todos los potenciales combatientes se apostan en las aspilleras del desván (ambiente, variadamente puesto de relieve por la tempestad, de tensión, suspensión y otros iones a discreción).

e) Ahora alguien habla de pisadas herradas en el pedregoso camino que lleva a la casa... Ahora todos las oyen... (Aquí, iones y lluvia a placer.) Los ojos se clavan en las tinieblas que, sin embargo, siguen siendo impenetrables.

f) Imprevistos, ufanos, redoblados, imperiosos golpes en la puerta de abajo, o sea en el portón, invisible para los mirones (a causa, se especifica, de voladizos en la fachada). Cada cual, debidamente, se sobresalta; el padre va a asomarse, es decir, a sacar fuera el cuerpo lo que fuera necesario; la madre lo echa para atrás, que sería peligroso. Al final, se aclara la garganta y pregunta con voz lo más amenazadora posible: «¿Quién es?».

g) Voz desde abajo, con ideal estridor: «¡Abrid, Sacramento!»

h) ¡Oh, cielos! —exclamación que lo dice todo. Pero al final es preciso que alguien se asome. El cual alguien, entrecerrando las pestañas, ve:

i) Al tío A., que está algo chalado. Naturalmente, con gran sombrero y capa. Vive en una casa no demasiado alejada y, habiendo oído hablar de bandidos, quiso gastarle una broma a la parentela.

j) Reacciones contrarias de diverso tipo. Hacen entrar al tío, todos lo vituperan. Luego, muy pronto, todo acaba en alegría y los, por otra parte hipotéticos bandidos, quedan olvidados. Pero:

k) Clara llora desconsoladamente. Todos creen que se debe a las emociones sufridas, pero ella exclama entre las lágrimas:

l) «Aquí nunca pasa nada».

ll) Reflexión última, conclusiva y constructiva del narrador, brevemente resumida: «¡Ah, no sólo aquí ni ahora! Nunca ni en ningún sitio pasa nada, aunque la tempestad acumule sus presagios, pobre Clara».

Pues bien, ya no hay más. ¿Qué les parece? Por mi parte, yo digo que si esto es a lo que se debía llegar, tanto valía llegar desde el principio. Cuando un cuento va a

acabar así, tanto vale no escribirlo y, en su lugar, una dedicatoria y no exponerse a autoinvektivas que, entre corchetes, vislumbro entre las líneas de mi escrito [como: «¡Mentecato!», «¡Vete a la cama y tápate bien!» y otras menos transcribibles]. Pero, quién sabe, tal vez me dejé llevar por no sé qué. Tal vez me dio la veleidad de aprovechar la ocasión para representar una cierta vida patriarcal o bien, por el gusto de cambiar, quise hacer una pizca de psicología adolescente. Pero observen que aquí, bien o mal, hay una idea. ¡Figurémonos si ni siquiera hubiera habido una idea! O, tal vez, todo el mal venga de ahí precisamente, o sea, de que los cuentos no se hacen con ideas. Ya, ya; algunas veces llego a pensar que basta con tener el principio de una idea para no poder ya escribir un cuento o lo que sea e incluso para no poder hacer ya nada más, y que, de verdad, la literatura sea el mero accidente de no sé qué sustancia, mísera e innecesariamente en ella despotenciada, etcétera.

Pero dejemos el malhumor a un lado y, además, no hago más que repetirme. Más bien, veo que con tantos razonamientos no consigo dar cuenta, no diré de mi fracaso sino ni siquiera de mi mínimo impulso inicial, de ese sobresalto cualquiera que me había inducido a tomar la pluma. Pero bueno, ¿a qué nos conduce toda esta charla? No ya en veste de pésimo narrador, ¿qué es lo que concluyo? Nada, por supuesto, salvo que para concluir (o sea, en este caso, para demostrar la imposibilidad de concluir) podría servir una cuestión que hoy es, o vuelve a ser, de actualidad.

Es la siguiente. ¿Basta o no basta con decir «Yo no tengo nada que decir»? O sea, ¿decir «Yo no tengo nada que decir» es decir algo o es decir nada? Por favor, no me hablen del metro lógico; si lo hacen, la respuesta es palmaria y, como tal, inservible. De hecho, a quien diga «Yo no tengo nada que decir» el vulgar le espeta: «¿Entonces por qué no te callas?». ¡Santa simpleza! Es cierto que una declaración semejante no tiene contenido en sí misma, pero, por otra parte, no es menos cierto que es una declaración, algo que ese ser tiene la necesidad de decir y, a las malas, siempre es un dicho (esta todavía es lógica, pero, al menos, un poco más lógica que la otra).

Resumiendo: la historia de siempre; quien dice que no tiene nada que decir es uno que está a medio camino entre el silencio y la expresión, un infeliz al que le convendría el silencio, pero que no sabe ni siquiera ganarse el silencio. Así pues, la verdadera conclusión de mi razonamiento podría ser un puro y simple miserere por el alma de tamaño desgraciado.

PALABRAS ALBOROTADAS

POR las mañanas, cuando me levanto, me lavo los dientes, naturalmente. Así pues, extendí en el cepillo un gusanillo de dentífrico de un centímetro y medio aproximadamente, me metí el cepillo en la boca frotando vigorosamente y, luego, con la boca aún llena de espuma, sorbí un trago de agua del grifo. Digo esto para decir que, en suma, hice todo como siempre.

Me enjuagué la boca y escupí. Pero, en lugar de salir la habitual y desagradable mezcla, salieron ellas, las palabras. No sé cómo explicarme: eran palabras, pero estaban vivas y culebreaban de aquí para allá en el lavabo, por suerte vacío. Una resbaló y casi se fue por el agujero del fondo, pero se recuperó y se salvó. Parecían avispaditas y alegres, aunque algo locuelas: daban vueltas como a veces hacen los conejitos en la jaula o las jóvenes nutrias en los rápidos. Luego decidieron emprender la escalada del espejo. No exactamente del espejo: querían trepar hasta la repisa del espejo y lo lograron fácilmente, no sé en qué modo. Y entonces me di cuenta de que hablaban o, mejor, gritaban con una voccecita agudísima, aunque siempre debilísima para mis oídos. En la repisa hicieron un montón de pasos de baile, de payasadas y de reverencias, como si estuvieran en un escenario, y luego empezaron a hacer señas, de lo que comprendí que querían hablarme. Agucé el oído y acerqué la cara y así, no sin esfuerzo, no sólo pude oírlas, sino que mi vista se acostumbró a reconocer algunas. En realidad, debería decir a identificarlas o a leer algunas, ya que a muchas sólo las conocía de forma muy aproximada. De todos modos vi las palabras Locupletal, Amasijo, Erario, Martillo y otras.

—Nosotras somos palabras —empezó a decir Locupletal, que parecía la comandanta.

—Ya lo veo —respondí.

—Nosotras somos palabras y tú eres uno de éstos.

—¿Ésos? ¿Quiénes?

—Uno de esos que nos trata y maltrata. Razón por la cual es legítimo que, en justicia, nos dirijamos a ti en especial. En estos tiempos de reivindicaciones, de redimensionamientos y semejantes *re*, sería ridículo que justo nosotras nos quedásemos atrás. Pero si presentásemos todas a la vez nuestras reivindicaciones estaríamos frescas. Resumiendo, pedimos una redistribución.

—¿Qué redistribución o de qué, tontinas?

—De los significados, para empezar. Cada una de nosotras significa algo, ¿o no?

—Yo diría que sí, a pesar de lo que hagan algunos novelistas o periodistas.

—Pues bien, escucha. Yo, por ejemplo, soy Locupletal, ¿y qué significo?

—Significas, más o menos, referente a la riqueza.

—Sí, porque lo sabes, pero, ¿si no lo supieras?

—¡Vaya pregunta!

—No, mira, yo significo eso que has dicho, pero, ¿te parece justo? En cambio, debería significar algo referente a arroyuelo o, en general, a agua que fluye.

—¿Pero por qué?

—¡Demonio! Lo-cu-ple-tal; ¿es que no tienes oído?

—Hum... Pero, en primer lugar, tú acaso ni siquiera existes. Yo conozco Locupletar, Locupletación, Locupletísimo, pero a ti... Si existes eres muy poco usada. Entonces, ¿de qué te quejas?

—Existo, existo, y si soy poco usada eso no quiere decir nada.

—Veamos —dijo otra—, yo soy Boneta. ¿Qué significo?

—¡Y yo qué sé!

—Bravo, entre paréntesis, por ser tú uno de éstos, pero, por otra parte, es mejor así. A cara o cruz, ¿qué te parece que significo yo?

—No sé... algo para la cabeza.

—Pues no; eso es porque piensas en Bonete. Olvídate de los parecidos, si no las cosas se complican todavía más. Debes intentar ponerte frente a mí sin ninguna idea especial en la cabeza. Así, a la primera, ¿qué significo?

—Bueno... yo diría que una especie de tienda o pabellón.

—¿Lo ves?

—¿Qué?

—Pues que significo paño que se añade a algunas velas para aumentar su superficie. ¿Te parece justo?

—¿Y yo? —intervino una tercera—. ¿Qué dices de mí? Porque también se puede proceder a la inversa. Mira, yo soy Martillo, ¿y no es un verdadero y auténtico abuso?

—Para mí como si me hablaras en árabe.

—¿Qué es un martillo? Eso quizá lo sepas. Bueno, el martillo debería llamarse cualquier cosa menos Martillo.

—¡Vaya! ¿Y cómo debería llamarse?

—Está claro: Jibia.

—Comprendo lo que quieres decir, pero no veo de qué modo eso te afecta a ti, precisamente a ti. Tú eres Martillo y, en cambio, crees que te llamas Jibia; te equivocas porque en ese caso serías precisamente Jibia y no Martillo: tú no eres más que una palabra, desgraciada.

—No entiendes nada de nada —intervino la propia Jibia. Es sencillo: nosotras dos queríamos cambiar nuestros significados, y, al menos, esta cuestión quedaría resuelta, ¿no es así, Martillo?

—¡Ni hablar, monina! —gritó Martillo—. ¿Qué te crees? Tú te quedarías perfecta, no hay ni que discutirlo, pero, ¿y yo? ¿Designar yo a esa especie de calamar? ¡Puah! Te engañas, ricura. Martillo no puede significar otra cosa que alguna especie de... de árbol, eso es. Algo vegetal.

—Calma —dije yo—. Es verdad que dos mujeres y una oca pusieron un mercado en Nápoles.

—Nada de dos mujeres: tres mujeres, dice el refrán.

—Y vosotras dos armáis follón como si fuerais tres. Veamos, tú, Martillo, ¿no has dicho tú misma que habrías querido llamarte, mejor dicho, ser Jibia?

—En absoluto, ¿es que de verdad eres tonto? Sólo dije que el objeto Martillo debería llamarse Jibia, lo que es muy distinto.

—¡Oh, santo cielo! Me vais a volver loco. ¿Y entonces?

—Entonces, nada. Naturalmente, yo no puedo cambiar mi significado por el de Jibia aunque Jibia tomase el mío. ¿Está claro?

—No.

—Bueno, yo cedo, y es justo que ceda, mi significado a Jibia, pero a cambio no quiero el suyo, ¡ea! Quiero el de otra.

—Por ejemplo, ¿el de quién?

—Por ejemplo, el de... mírala allí... el de Abedul.

—¿Y ella?

—¿Quién? ¿Abedul? Toma otro de cualquier otra ya que su significado no le cuadra; lo toma, por ejemplo, de Vega.

—¿Cómo? ¿Cómo? —chilló la mentada Vega al oír aquello—. ¿Estás loca? Ocupate de tus asuntos que yo ya me ocupo de los míos —y venga a discutir.

—Yo, Iridio —habló una dándose aires de importancia—, no puedo designar más que a una lima, está claro.

—¿Y voy a cargar yo con tu significado? —retrucó Lima—. Yo, para que te empapes, no puedo significar otra cosa que algo muy blando, nada de metal, ¡y por añadidura durísimo! Todo lo más, podría cambiar mi significado con Almohada o con Cojín...

Y gritaban y chillaban todas a la vez. Me parecía tener un puñado de alfileres en los oídos. Perdí la paciencia.

—¿Pero se puede saber qué es lo que os proponéis, bribonas? —grité—. ¿Queréis ver lo que voy a hacer y así estaremos todos empatados?

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer? —se mofaban.

—Esperad un poco.

Cegado por la ira, fui a la cocina y agarré una botella vacía, mientras en el estudio cogí un folio y un lápiz, y volví.

—Ahora apunto aquí cuidadosamente todos vuestros significados, luego os meto a todas en esta botella y, por último, os hago salir una a una, y a la que le toque le tocó: la primera que salga toma el primer significado, la segunda, el segundo, y así sucesivamente. Lo toma y se conforma, le guste o no. Adelante, empecemos.

No querían y hacían obstruccionismo intentando embrollarme, pero las obligué a declarar punto por punto su propio ser. Como no querían dejarse atrapar y se escapaban por todas partes, yo, encerrándolas y aplastándolas bajo la palma de mi mano curvada y, posteriormente, agarrándolas con el pulgar y el índice de la otra mano, conseguí embotellarlas a todas. Parecían ratones atrapados, por lo que gritaban

allí dentro. Cuando las encerré a todas, empecé a hacerlas salir una a una, según lo había decidido. Y cada una, como digo, tuvo que conformarse con el significado que le tocó. A medida que salían, huían a saber dónde y las perdí de vista. Y así acabó la historia.

Ya, pero ahora hay un gran problema. Porque cada una de ellas tomó un cierto significado y se quedó con él, de acuerdo; pero, ¿quién tomó ese determinado significado? Ése es el problema. No sé si me explico. ¿Entienden el problema? Todo se hizo a la buena de Dios, de palabra. En la agitación del momento, no me acordé de anotar los varios cambios y las distintas atribuciones de significado. No me quedó nada en la mano, ni un solo documento probatorio. De modo que ahora, abreviemos, ellas saben lo que significan, yo no. Es terrible.

Además, estoy un tanto preocupado. He contado que, al salir de la botella, huyeron a saber dónde, pero seguro que se quedaron en casa y un día u otro, ya lo verán, volverán a mí.

Sólo por una cosa estoy satisfecho: que, al menos, por fin, he comprendido el sentido de la expresión «enjuagarse la boca con las palabras».

LA PLUMA

TODOS saben que las plumas, como los encendedores y cualquier otro objeto de uso, necesitan descansar. En consecuencia, cuando el poeta constató que la suya no funcionaba como debía no se extrañó demasiado y, en cambio, la apartó a un lado tomando en préstamo, de momento, una de la patrona. Pero tampoco ésta funcionaba aunque la trató con mucho miramiento, o sea, que la ayudó en sus posibles caprichos de pluma mediante oportunas inclinaciones o presiones. Lo que indujo al poeta a volver con espíritu más conciliador a la primera, que, sin embargo, seguía renuente. Finalmente, después de varias tentativas y después de haber derrochado paciencia unos días (con grave daño de su prepotente inspiración), se decidió a adquirir una pluma nueva. La misma patrona le adelantó el dinero necesario. El poeta se dirigió a la mejor tienda de la ciudad, eligió la mejor y más costosa pluma y, seguro ya de que nada obstaculizaría la libre expansión de sus sentimientos, regresó triunfante a casa.

Se sentó ante la mesa y planteó sin vacilar un soneto, vale decir que escribió el título, el primer verso, una parte del segundo y... al llegar aquí la pluma nueva y perfecta se atascó a su vez. ¿Cómo? ¿No acababa de escribir veloz e impecablemente los largos trazos y las frasecillas de prueba? La cosa era singular. Una sospecha cruzó por la mente del poeta que le llevó a considerar con mayor atención el comportamiento de estas plumas; en particular, de esta última, cuya calidad excluía la hipótesis de un accidente ocasional.

No es que se atascase exactamente, más bien, aunque bien alimentada de tinta, cuidadosamente limpiada, etcétera, en un determinado punto languidecía dejando en el folio un trazo cada vez más pálido hasta volverse muda, o ciega, hasta no dejar nada. Para ser más claros, parecía como si algo de lo que el poeta iba escribiendo no le gustara y que, por ello, se negase a realizar su labor.

Dicho con palabras aún más sencillas: el poeta comprendió que la pluma le estaba juzgando, tal como, acaso, lo habían juzgado las anteriores, de ahí su huelga. Así pues, era inútil buscar otras más indulgentes. Más valía, aun repugnándole y deplorando que hasta las plumas se hubieran vuelto tan evolucionadas y conscientes, pactar con esta una. Y, por otra parte, al poeta se le ocurrió pensar que, a lo mejor, de los dos quien podía tener razón fuese precisamente la pluma. A lo mejor el dios Apolo quería con ese medio llamarle al orden... Pero, eso, ¿a qué orden? O sea, ¿cuáles eran sus fallos o carencias como poeta? ¿Acaso el dios, o por delegación suya la pluma, hallaban su estilo demasiado pomposo o, al contrario, demasiado modesto? ¿Dudaban de la sinceridad de sus sentimientos? ¿Consideraban poco musical su verso y excesiva su prosa? Preguntas que se reducían a una sola: ¿qué quería la pluma de él? Era urgente saberlo por la salud de su poesía, así como de la poesía en general, y el poeta puso manos a la obra con ahínco. Había que —se repite—, de prueba en prueba y procediendo en todo caso por eliminaciones sucesivas, adivinar las

intenciones de la pluma y lograr su aprobación final.

Ahora bien, esta especie de pelea continuó durante algún tiempo con suerte alterna. A veces, le parecía haber amansado a su maestra y adversaria (en el sentido de que consentía en escribir tres o cuatro líneas sin languidecer), pero inmediatamente después la desesperante situación se restablecía, y ella, cada vez menos partícipe, cada vez concediendo menos de sí misma o de su propia tinta o de su propia sangre, acababa arañando áridamente el papel. Por lo demás, no se dará noticia detallada de todo: bastará con llegar al día en el que el poeta, harto ya de tantas justas y descalabros, se dispuso a un experimento, en su opinión, definitivo.

El poeta se dijo: ¿Es o no el amor el sentimiento más noble y universal? Y se respondió: sin duda. Por lo cual, continuó hablando consigo mismo, al menos sobre esto esta meticona de pluma no tendrá nada que objetar: si hablo de mi amor tendrá que rendirse. O bien no, añadió honestamente, si el mío no fuera genuino amor sino un sentimiento cualquiera simulado o literario, tendría toda la razón para enfurruñar el hocico. Pues bien, veamos: ¿Amo yo verdaderamente? ¿Verdaderamente la distinguida doncella que yo me sé ocupa la cima de mis pensamientos y de mis esperanzas? Sí, amo con toda el alma y la distinguida doncella ocupa la cima, creyó responderse... Bueno, lo elevado del tema y la sinceridad no bastan, de acuerdo, pero siempre son dos puntos a mi favor; ya me ocuparé de lo demás.

Vamos, manos a la obra, y escribió con letra garbosa el título de su composición: *Mi amor*. Y la pluma siguió dócilmente el movimiento de su mano ayudándolo con una perfecta erogación de tinta (como la llaman). Al final, las letras, intensas, bien legibles, casi resplandecían en la página blanca. Pero, se sobreentiende, esto no era más que una escaramuza. Los adversarios parecían estudiarse y el poeta tenía la desagradable impresión de que la pluma lo espiaba con aire burlón, como diciendo: ¡Demonios! A tus órdenes. Un título hermosísimo; ahora veremos cómo te las vas a arreglar.

La composición, largamente meditada y sentida y ya pronta en cada una de sus partes en la mente del poeta, sonaba así:

«Mi amor es semejante al viento de la noche, que primero apenas te roza con su onda fugitiva y sigue incógnitas metas y, tras de ti, se cierra como el agua tras la nave, pero luego, poco a poco, como curioso de ti, se arrebuja y revuelve, te ciñe, penetra y fuerza.

»¿No lo sientes ya en forma de escalofrío sutil, insinuado entre tus más íntimas fibras, buscar su paz junto a tu corazón?

»Así, cara, yo te asedio e irrumpo en la cerrada ciudadela que custodia tus dioses y quiero hacer de ella el lugar de mi reposo.

»Se sobresalta y asombra tu corazón al viento de mi violencia, pero de súbito se calma. No se rinde, se calma, reconoce la fuerza y la dulzura del nuevo poder.

»No de otros sino sólo de mí querrás ser súbdita reina».

Escribió sufriendo y exultando y ni siquiera se dio cuenta de que la pluma esta vez le había ayudado voluntariosamente, sin un fallo. En otras cosas pensaba él, no en triunfar de la obstinada. Se echó en el respaldo de la silla, encendió otro cigarrillo, consideró con los ojos entornados la oscura y ordenada falange de líneas. Se sentía exhausto pero feliz: fueran las que fueran, aquellas estrofas salidas de lo más profundo de su alma correspondían exactamente a su pasión y a su modo de pasión, estaba seguro de ello... Claro, allí dentro podía haber una superposición y tal o cual confusión de imágenes u otra cosa imperfecta, pero había tiempo para corregir, retocar, para mejorar lo dictado... Volvió a inclinarse sobre las sudadas hojas y se puso a releer lo escrito.

Y esto es lo que, horrorizado, leyó:

«Querría celebrar mi amor. Pero, gran Dios, ¿qué puedo decir de él? Si es sincero sobran las palabras o las hace inútiles; si no lo es, ¿ante quién y por quién fingir?

»Pero puedo, al menos preguntarme, en este papel, en el silencio de la noche, si es verdaderamente sincero. ¡Ah! ¡Cuestión vana entre todas! Todo sentimiento es sincero y ninguno lo es hasta el fondo; ninguno es, o tal vez no pueda ser, puro. Por lo demás, ¿a qué llevaría semejante indagación o cómo me dejaría la certeza de que mi corazón miente?

»¿Acaso pienso en la gloria? ¿Cuando, yo muerto, alguien juzgue que dispuse bien en blanca página negras palabras? ¡Ah! ¿Y cómo gozaría de lo que ahora no puedo gozar y no podré, insensibles despojos, gozar nunca?

»Negras palabras, y oscuras. En vano me esfuerzo en suscitar en ellas una luz; en vano intento penetrarlas y establecer en ellas una correspondencia con una realidad de cualquier orden; no responden sino a la nada. Bellos tiempos en que imaginaba una patria celestial revelada para ellas... A veces, en ciertos años, las buenas avellanas que vienen del monte están todas vacías a causa de una roncha secreta. Ávido muchacho, me encontraba con las manos llenas de cáscaras, nada más que de cáscaras... La misma suerte me preparo hoy si insisto.

»No es que yo sea un mal poeta; aunque fuera bueno el resultado final sería el mismo. En conclusión, con o sin el Violante, sólo me queda cambiar de oficio... No sé, mi padre me dejó algún dinero, la tienda de ultramarinos de la esquina está en venta... ¿Tendero yo? ¿No podría elegir un oficio un poquito más poético?... ¡Tonterías! Tengo que armarme de valor y actuar rápidamente o será demasiado tarde y seguiré toda la vida entreteniéndome con cáscaras vacías».

EL ESCRITORIO

EL escritor solía trabajar en una gran mesa de comedor (en cuya tabla estaban bien ordenados y oportunamente distanciados los objetos de su oficio), y ello por la sencilla razón de que no poseía un escritorio propiamente dicho. O sea, cuando hubo que repartir con su mujer, alojada en otro lugar entre sus polluelos, su mísero mobiliario, se había quedado con todo el comedor, consistente, por lo demás, sólo en aquella mesa y en un aparador o vitrina en el que guardaba sus viejos manuscritos y algunos libros. Trabajar en tales condiciones y sobre, o con, un enser acostumbrado a comida mucho más grosera, no era, ciertamente, muy digno de un escritor, pero él se conformaba.

Pero hacía tiempo que su mujer lo agobiaba. Había pasado un año y no había dinero para comprar otros muebles y ya no podía privarse de un trozo de mesa alrededor de la cual sentarse con sus tesoritos ni podía seguir arreglándoselas en la cocina... Resumiendo, llegó el triste día en que el escritor tuvo que ceder hasta aquellos muebles de fortuna.

Aún le quedaba una mesa, pero de esas en las que, en cartulinas grises o rosas o verdes, las damas informan a sus amigas del tiempo que hace y de los trajes de noche de las rivales en mundanos placeres. Para entendernos, demasiado pequeña... ¿O no? ¿Era suficiente si se distribuía cuidadosamente el espacio? Éste fue el problema al que, antes que nada, se dedicó el despojado escritor.

Así, a primera vista, no parecía que el problema se pudiera resolver: el escritor se dispuso a una enésima revista de los objetos que antes habían ocupado su sitio en la gran mesa y de nuevo constató que no todos podrían volver a tenerlo (en orden igualmente tan bello y a distancias igualmente convenientes) en la mesita actual. Pero, ¡diablos!, se dijo. ¿Acaso no podría eliminar algunos y no sería ésta la solución? Volvamos a empezar.

El tintero. —¡No se concibe la mesa de un escritorio sin un tintero! No obstante, sobre este punto hay que hacer alguna observación. Él, por razones muy especiales, solía, sí, escribir con pluma estilográfica, pero mojándola cada vez. Bueno, ¿y si, en cambio, la hubiese cargado como hacen la mayoría de los cristianos? ¡Quita, quita!, concluyó después de madura reflexión, no estaba dispuesto a renunciar a sus costumbres. El tintero (el modesto botecito de la tinta) era, pues, un objeto ineliminable. Prosigamos, siempre desde la derecha de la mesa.

El abrecartas. —¡Ni pensarlo! Un escritor puede incluso no abrir nunca un libro ni hojear los intactos pero siempre conserva la esperanza de hacerlo un día u otro y de ponerse diligentemente a considerar las palabras de sus predecesores, de sus contemporáneos y, a lo mejor, lo hará por una exigencia imprevista. El abrecartas

debía quedar al alcance de su mano como siempre había estado.

La grapadora. —¿Es que hay algo que discutir? Cuando uno, con sudor, consigue escribir un docto artículo o un extravagante cuento tendrá que coser los folios, ¿o se pretende que con la cabeza aún caliente se levante y vaya a buscar la grapadora?

Las pastillas antiasma. —Un escritor fuma como un turco, es más que sabido, y naturalmente está expuesto a repentinos ataques de asma. Por tanto, hay que estar preparados para dar inmediato alivio a los maltrechos pulmones...

La lima de uñas. —También esto se sabe: cuando uno se corta las uñas, luego, durante uno o dos días, rascan y hay que limarlas continuamente (los dientes no son suficientes).

La bolsita de papel de boquillas con filtro. —Nada que comentar y ninguna posibilidad de prescindir de ella.

Las cerillas. —*Ut supra*.

La caja cilíndrica de cincuenta cigarrillos. —*Ut supra*; da risa plantearse la cuestión.

El cenicero (capaz, todo lo grande que se quiera). —Bueno: una mesa de escritor sin cenicero lleno de colillas medio aplastadas, humeantes, malolientes, sería un contrasentido, un ultraje a la supremacía y superioridad del espíritu.

Y además: bolígrafo, lápiz, goma de borrar, goma de pegar, clips, palillos de dientes (¡naturalmente!, porque los escritores en lo mejor de su inspiración siempre tienen algo molesto entre los dientes) y otras menudencias. —¡A ver quién quita o aparta uno solo de estos indispensables instrumentos de trabajo! Pero pasemos al lado izquierdo; no, antes al centro.

Blocs de notas. —Ni se discuten: deben estar allí, a mano, dóciles al pulgar que los compulsa si, por casualidad, la inspiración flaquea o no suministra la expresión adecuada o si el mismo argumento divaga entre irrefrenables bostezos. Veamos más bien el:

Cubo elevador. —Éste sí que es un objeto avasallador y descarado pero no menos indispensable. —Se trataba, en particular, de un gran cubo de madera tosca (obra de un complaciente carpintero) destinado a levantar la lámpara, ya que, como nadie ignora, las lámparas de mesa, por altas que sean, siempre son demasiado bajas y su luz hiere los ojos. No se ganaba nada sustituyendo, según la costumbre de los más, el cubo por una pila de libros.

Ahora, a la izquierda.

El montón de cuadernos de gran formato, léase de los manuscritos más recientes. —Notable y poco agraciado montón, pero si es cierto que no se puede escribir en más de un cuaderno a la vez, también lo es que lo que se está escribiendo necesita de continuas referencias y controles a y de lo escrito anteriormente.

El pañuelo. —¿Pero la nariz de los escritores acaso no empieza de punta en blanco, y cuando menos falta hace semejante molestia, a gotear?

El Zingarelli (si no otro), universalmente conocido diccionario de la lengua italiana. —¡Dejémonos de bromas! Señores míos, a los escritores, especialmente a los actuales, puede ocurrirles que se queden en blanco en el calor de la creación: ¿Se dirá «creo que» o «creo de que»? ¿Un caso concreto, por ejemplo, se dice así o no se dirá «caso puntual»? Etcétera. Así pues, eliminar de la mesa el Zingarelli sería mera locura...

Con esto la revista había terminado pero la conclusión parecía evidente: ¡No había nada que hacer! El escritor volvió a mirar los numerosos objetos de sus perplejidades y se sintió desmoralizado. Intentó otra vez colocarlos de otra forma, apretarlos un poco uno contra otro... ¡Nada de nada! El espacio que quedaba en medio de la mesa era definitivamente demasiado exiguo; en él no cabía ni el cuaderno abierto... Acabó mirando atónito la blanca pared de enfrente. Y luego se dijo:

¡Escribir, ah, escribir! ¿Para qué, por favor? ¿Acaso es necesario escribir o es que un confesor me lo impuso como penitencia? ¡Escribir! ¿Para qué o a quién sirve? Bueno (añadió oportunamente), bueno, hay que ganarse el pan, de acuerdo, pero ¿no podría ganármelo más honradamente y sin tantas fatigas?... Hum... ¿Y qué otra cosa sé hacer yo? Es decir, entendámonos: no es que yo sepa escribir pero, al menos, alguna vez me dan dinero por mis escritos... ¡Ah, de todos modos, no pude elegir oficio más ingrato!...

Muy pronto nuestro escritor había caído presa de lo que los mandarines de los cimientos literarios y de las literarias angustias llaman encantados una crisis. En esta mínima mesa, en este espacio insuficiente para cualquier libre expansión del intelecto (continuaba), ¿qué sería capaz de escribir o cómo podría dedicarme a la redacción de textos eternos y feraces, y, en el peor de los casos (insistía con laudable sentido común), de textos inmediata y vulgarmente fructíferos? Porque, el caso es que (volvió a insistir yendo al verdadero meollo de la cuestión) ahora, por ejemplo, tengo que escribir un artículo y si no lo escribo mis hijitos se quedarán desolados y famélicos... Pero, ¿de qué parte de mí sacarlo, que me he agotado en impotentes conatos de orden, de fundamento del régimen favorable al buen hacer o al bien escribir y que ni siquiera dispongo del espacio necesario para abrir un cuaderno?

Al llegar aquí, una idea repentina cruzó su mente. ¿De qué se preocupaba? El artículo se podía hacer no haciéndolo. Sí, a él le bastaba con referir sus penas, sus dificultades y la imposibilidad de escribir el artículo; referirlo a la pata la llana, con pluma humilde e inocente (o si se prefiere, según se mire, soberbia, protervamente orgullosa de esas mismas penas). Y el artículo, salvo el carrusel verbal, quedaría perfecto.

Última escena. El escritor empuñó la estilográfica que tan bien conocía sus ímpetus, dio un codazo al Zingarelli, que se quedó en equilibrio, medio dentro y medio fuera de la mesa (aunque sin permitir que el cuaderno se abriera por completo)

y pronto el primer negro guiñó en el blanco. Aún dudó un poco, no vale negarlo, pero al final se tranquilizó al pensar que aquel procedimiento suyo no era, después de todo, excepcional y que, por el contrario, era el más usual hoy en día.

CUESTIÓN DE ORIENTACIÓN

UN tal C. volvía de vacaciones a su vieja casa del pueblo. Al partir, la había dejado, más o menos, como a su vez la habían dejado, más de veinte años atrás, es decir al final de la guerra, los llamados refugiados, que habían hecho de ella su guarida y vivac, pero en seguida se dio cuenta de que algo había cambiado. ¿Qué era? De momento C. no quiso averiguarlo y, en cambio, por la fuerza de un hábito renaciente a través de tantos meses de ausencia, buscó en primer lugar sus pantalones de campo (para «sentirse libre»). Esperaba encontrarlos en el sitio y modo habituales, es decir, colgados del habitual clavo, polvorientos, mohosos y tiesos. No estaban allí. Un poco inquieto, los buscó en otros sitios y, por último, los descubrió en su vetusto armario, pero, ¡Dios mío!, cuidadosamente cepillados, sin manchas, planchados y convenientemente colgados de una percha. Igual tipo de amansamiento y de limpieza parecían haber experimentado sus zapatones, que él recordaba blancos por los paseos en el puerto y en el patio... En conclusión, C. se dijo: «No hay duda; por aquí ha pasado una mano amiga y benigna. Veamos hasta dónde llegó su ayuda o su destrozo». Dicho y hecho: se puso a buscar empezando por el cuarto de baño.

¡Pobres de nosotros! ¿Qué espejismo era aquel cuartito casi coquetón con todo el brillo y la limpieza necesarios cuando allí, desde hacía tanto tiempo, no había más que un depósito de hierro con un grifo y una especie de semicupio desconchado destinado a todos los usos? Y aquellas paredes amorosamente repintadas, aquel pavimento renovado, aquella luz esplendente... Atónito y dando poco crédito a sus ojos, C. se trasladó en seguida a otra parte de la casa, como buscando una confirmación de todo aquello.

Toda un ala del antiguo edificio había quedado en ruinas, en aquellos tiempos, bajo bombas caídas del cielo. En el gran vano y en el gran vacío resultante volaban y zureaban libremente numerosas palomas torcaces que C. estaba acostumbrado a considerar como los vecinos de la puerta de al lado. Pues bien, dicho vano desolado y selvático parecía ahora parcialmente transformado en una amplia habitación pulimentada, con puertas y ventanas recién hechas, con paredes lisas y hasta con una lámpara en el medio, pero sin muebles.

Pero, llegado a este punto, C. no quiso saber nada más y se retiró a su cuarto, el cual, ¡ay!, también había sido limpiado y violado: el macizo bargueño, cambiado de sitio; la cómoda, desplazada tres metros; la mesa, de través, etcétera. Colocado de modo particular, o sea con una orientación distinta, el decrepito sillón entre cuyos brazos solía abandonarse a siestecitas reparadoras, a lecturas y a fantasías.

En suma, a C. no le fue difícil adivinar que su padre y su tía, aprovechando su larga ausencia y un tiempo pasado allí, habían querido darle una agradable sorpresa.

Agradable sorpresa: ¡Claro! Salvo que... «Esto, para bien o para mal, era mi cubil o guarida, y mejor para el caso si era vetusto y poco hospitalario. ¿Con qué derecho,

con qué engañoso pretexto me lo han puesto patas arriba?».

La cuestión del sillón pronto demostró ser la más grave: apretado como estaba entre amenazadoras moles de muebles venerables y, a menos de revolverlo todo, parecía, por así decir, irrecuperable para su primitiva orientación. Por tanto, no quedaba más remedio que adaptarse a la nueva, lo cual C. hizo concienzudamente, volviendo a establecer con él las pasadas complicidades y, en otros términos, reanudando en aquel maternal refugio siestecitas, lecturas y fantasías. Pero, cuanto más fingía que no pasaba nada, más se sentía invadido de una sutil y amarga quietud que, al poco tiempo, se convirtió en imagen definida o, mejor dicho, en obsesión.

Antes el sillón estaba vuelto hacia la izquierda y ahora hacia la derecha. Y, se comprende, C. empezó a experimentar algo así como un ignoto o secreto impulso, relativo a cualquier movimiento suyo, interior o exterior, y que lo torcía precisamente hacia la derecha.

Ya, pero en la práctica, ¿qué significaba y adónde le llevaba este impulso? C. reflexionó sobre ello y creyó reconocer el sentido último de todo aquello en una especie de pomposidad que, poco a poco, se iba adueñando de su alma y, a través de ella, de las varias manifestaciones concretas de su intelecto o de sus sentimientos. Pomposidad, por otra parte, no mejor identificada y no solicitada, al contrario, rechazable. Aclarémonos una vez más: probablemente no se trataba de un efecto forzado sino de una cualquiera y tal vez casual reacción de C. a su propio vago malestar, contra el que, de todos modos, era impotente. Pero, llegados a este punto, a pesar de la evanescencia de los datos, convendría abreviar la cuestión y, si es posible, ejemplificar.

Aquella misteriosa y difusa pompa interior (como podríamos atrevernos a llamarla) parecía querer influir o impresionar un especial sector de la conciencia y se manifestaba, sobre todo, en la ocupación favorita de C., vale decir en el ejercicio de escribir. Así, ocurría que la más insulsa tarjeta de felicitación cambiaba de naturaleza en su pluma y se transformaba, a su pesar, en algo sofisticado y peregrino. En pocas palabras, su lenguaje tendía irresistiblemente, quién sabe por qué, hacia locuciones y modos áulicos, arcaicos, curialescos. Y los mismos nexos resultaban distorsionados o bien eran los propios de la imaginación, de la sintaxis y de los dengues de tiempos menos libres y osados... Por ejemplo, ¿debía felicitar a un amigo por su boda? Pues le salía: «¡Querido amigo! (con puntos exclamativos), ¡querido amigo!, oigo a consortes y compañeros que... y me dispongo a...» —mientras C., entre confuso, aturdido y rabioso, imprecaba: «¡Al diablo! ¿Por qué condenado motivo me expreso de forma tan ridícula? ¿No quedaría mejor: He sabido (o me he enterado) de amigos comunes que te has desposado (desposado es demasiado: queda mejor casado) y me apremia... (¿Por qué me apremia? Deseo, Te expreso, Quiero)...»

Pero C. no tenía valor para oponerse a esta infestación de palabras hinchadas. Lo que pasaba es que era más fuerte que él.

Es superfluo insistir en cuánto sufría el mísero en semejante situación. Su fantasía derivaba peligrosamente hacia desconocidas regiones; sus escritos llevaban la marca de una infructuosa lucha contra influencias avasalladoras y perniciosas; su estilo (que siempre había sido límpido) se embrollaba; de auténticas lecturas ya era mejor no hablar. Toda su vida se había convertido en una sorda pelotera contra la implacable marea de ampulosidad que pretendía sumergirle; y no tardó en sobrevenir el pánico. Entre otras cosas, se preguntaba angustiado si por ventura no estaría cayendo en algún delirio de grandeza, y, todavía más angustiado, si aquel impulso aparentemente casual no respondería, en realidad, a algo inconsciente pero connatural a su ánimo, algo que circunstancias, por insignificantes que fueran, habían liberado... En el fondo, ¿él era realmente así, tal cual se mostraba ahora a los demás, o sea, engreído, pomposo, ampuloso?

No habían pasado dos semanas y ya C., que deseaba una tortilla (y soberbiamente cubierto con su bata), decía a la criada campesina: «Por favor, hágame la merced de prepararme un pez de huevo», mientras la parte de él todavía sensata se carcajeaba y blasfemaba.

Sin embargo, se obligó a resistir y lo logró durante otra semana. Pero, cuando llegó el día de escribir una carta importante y decisiva para su carrera, cuando se vio a sí mismo, que tan tranquilo y como si tal cosa escribía: «Respetabilísimo señor mío del que me es grato manifestarme devoto: ¿Es posible que el eco de mis pequeños méritos y de mis dudosas benemerencias, no diré adquiridas, sino usurpadas en la asamblea de las patrias letras hayan suscitado la ventura de merecer su liberal favor para que Su Señoría...» (en el siglo: un director de un gran periódico lo había invitado a colaborar). Cuando C. vio esto, se dijo resueltamente: «Está claro; de ésta no escapo; o matarse o tomar las de Villadiego y abandonar el maldito sillón y todas las otras malditas cosas a su potencial ignominia».

Pero como no tenía malditas las ganas de matarse, C. tomó las de Villadiego.

Y con esto la cosa quedaría vista para sentencia. Pero, mira por dónde, surge el consabido pío pío del consabido lector impertinente: «Y una vez que tomó las de Villadiego, ¿qué ocurrió? ¿Volvió a encontrar su sí o, al menos, su aquiescencia a un orden constituido?».

¡Hay que ver en qué cosas se entrometen los lectores! —habrá que responder—. Sí, volvió a encontrarlo o no lo volvió a encontrar. En todo caso, aténganse los lectores a lo que se les comunica y no intenten penetrar las intenciones del autor, a menudo oscuras para él mismo.

LAS FUENTES

Las narraciones que forman el presente volumen fueron seleccionadas de las siguientes obras:

Dialogo dei massimi sistemi, 1937

«Maria Giuseppa» - «La muerte del rey de Francia» - «Manos» - «Diálogo de los máximos sistemas»

Il Mar delle Blatte, 1939

«El cuento del licántropo» - «El Mar de las Cucarachas»

La spada, 1942

«La espada» - «La noche provinciana» - «El ladrón» - «El padre de Kafka» - «La tenia mística» - «De “La melotécnica expuesta al pueblo”»

La bière du pêcheur, 1953

«Trabajos forzados» - «Un tratado de psiquiatría» - «Los nonatos»

Ombre, 1954

«La mujer de Gogol» - «Epistolario de provincias» - «Prefiguraciones: Prato» - «La verdadera historia de Maria Giuseppa» - «Sorrento»

Se non la realtà, 1960

«Dos duelos» - «La mañana del escritor» - «La eterna provincia» - «La Diosa ciega y vidente»

In Società, 1962

«La gracia de Dios» - «Los contrafuertes de Frosinone»

Racconti impossibili, 1966

«A rodar» - «Un concepto abstruso» - «El paseo» - «Derrota y desbandada del ejército»

Un paniere di chioccioline, 1968

«El beso» - «Premio para fastidiar» - «El eclipse» - «Hoja volandera» - «Palabras alborotadas» - «La pluma» - «El escritorio»

Le labrene, 1974

«Las labrenas» - «Conferencia personalfilologicodramática con implicaciones»

A caso, 1975

«Un pecho de mujer» - «Milán no existe»

Del meno, 1978

«Un homicidio» - «Buenas esperanzas» - «El hombre de fichas» - «Premio literario» - «La maleta» - «El mosquito» - «Lluvia» - «Estaciones muertas» - «Cuestión de orientación»

«Cochinilla de humedad» se publicó en el *Corriere della Sera* el 6-11-76.

Notas

[1] Realmente, el título original de este relato es *OO (prefacio)*. Pero una revista como *Caratteri* necesita títulos rotundos y distendidos. Éste es el único motivo que nos indujo a la sustitución que ya se ha visto («pero esto es la muerte del rey de Francia...» acostumbra a decirse de las músicas largas y aburridas). (N. del E. de *Caratteri*) <<

[2] En efecto, ¿cómo sufrir el espectáculo de una inocente araña que, medio aplastada por una torpe escoba, intenta huir sembrando el suelo con sus propias patas y mojándolas en un líquido amarillento (¡su sangre!), arrastrándose desordenadamente sobre las pocas patas que aún le quedan para luego yacer al final con las patas en cruz, muerta? <<

[3] «¡Exacto! —interviene, inoportuno como siempre, el escribano—. ¿Es que acaso se recuerda el color de los ojos de la mujer amada? Más que la real, es la forma fantástica la que se concreta dentro de nosotros en semejantes casos y ésta, por ser fantástica, tiene atributos no lógicos sino sólo irreales.» <<

[4] Resumiendo, Rosalba se refería, quizá inconscientemente, a la tranquilizadora certeza de las así llamadas verdades apodícticas. Tal vez quería aludir a la existencia de una categoría de hechos más allá de la experiencia: hechos incognoscibles. <<

[5] El escribano se disculpa una vez más por la sospecha icástica del buen capitán, el cual, evidentemente, también conocía las novelas rusas. <<

[6] Era mi intención testimoniar aquí públicamente mi reconocimiento a Eugenio Mántale, el célebre barítono profundo (o bajo cantante, *singing bass*), por su largueza en consejos y ánimos durante la redacción de los tres capítulos que siguen. Debo renunciar por su expresa voluntad, ¡tan grande es su modestia! Es más, su modestia es tal que el Maestro hace muy poco caso de su universal fama de artista lírico y de mil amores —él mismo me lo confesó— la cambiaría por otra, incluso más modesta, en la asamblea de las letras patrias: ¡Debilidad de hombres ilustres! (En efecto, hay que saber que Mántale es autor de dos libritos de poemas, no carentes ciertamente de valor, si bien alejados de la excelsitud que ha alcanzado en los escenarios líricos.) <<

[7] *Sic. (N. del T.)* <<

[8] Se refiere a Pico, pueblo natal de Landolfi, en la provincia de Caserta hasta su integración en la provincia de Frosinone, creada en 1927 durante el régimen fascista. El adjetivo en cuestión es «causillo»; la terminación en «illo» de este localismo posiblemente pueda atribuirse a influencia española. (*N. del T.*) <<

[9] Tengo que declarar que fue el gran crítico el que eligió, para hablarnos, la segunda persona del plural; nosotros lo seguimos dócilmente. Esta circunstancia confirió a nuestro coloquio, como todos habrán podido observar, un sabroso carácter fantástico.

<<

[10] Por el debido respeto del traductor a los lances y situaciones de esta narración, no todos los versos traducidos resultan ser endecasílabos. (*N. del T.*). <<

[11] Se ha preferido dejar la palabra *Voi* (vos, vosotros, vosotras) en italiano para facilitar una mejor comprensión del párrafo siguiente. (N. del T.) <<